

TONY CLIFF

LENIN
LA CONSTRUCCIÓN
DEL PARTIDO

1893-1914

Traducción de Alba Dedeu

Índice

Nota sobre la traducción	9
Prólogo: Recuperar a Lenin para el siglo XXI <i>Andy Durgan y Joel Sans</i>	11
Capítulo 1. Lenin se convierte en un marxista	23
Capítulo 2. Del círculo de estudio marxista a la lucha obrera	63
Capítulo 3. Avanzar hacia la construcción del partido	91
Capítulo 4. “¿Qué hacer?”	103
Capítulo 5. El Congreso de 1903: el nacimiento del bolchevismo	123
Capítulo 6. La lucha contra los liberales	165
Capítulo 7. La Revolución de 1905	177
Capítulo 8. “Abrid las puertas del partido”	199
Capítulo 9. Lenin y la insurrección armada	215
Capítulo 10. La lucha por un gobierno provisional revolucionario	229
Capítulo 11. La rebelión de los múzhiks	241
Capítulo 12. El gran ensayo general	265
Capítulo 13. La victoria de una oscura reacción	273
Capítulo 14. Estrategia y táctica (Lenin aprende de Clausewitz)	293
Capítulo 15. Semiunidad con los mencheviques	315
Capítulo 16. Lenin expulsa a los ultraizquierdistas	325
Capítulo 17. La ruptura final con el menchevismo	339
Capítulo 18. La ola revolucionaria crece	363

Copyright © Bookmarks Publications

First published in July 2010 by Bookmarks Publications

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo

Diseño cubierta: Manel Ros

Diseño: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-15216-94-0

Déposito Legal: B-39.628-2011

Imprime: Novagràfik

Impreso en España

Capítulo 19. Pravda	385
Capítulo 20. El Partido Bolchevique se convierte en un partido de masas	401
Notas	415
Índice analítico	441

Nota sobre la traducción

Se ha intentado hacer una traducción lo más fiel posible a la fonética rusa de los nombres propios rusos que aparecen en el texto, sea de personas, colectivos o topónimos, adaptándolos siempre que ha sido posible a las normas ortográficas del castellano. Así, por ejemplo, he traducido “Gueorgui Plejánov”, “Vladímir Ilich” o “Maksim Gorki”; pero he preferido “múzhik”, en vez de “mújik”, porque la primera es más fiel a la pronunciación rusa.

Para las citas de Lenin y otros autores disponibles en castellano (Krúpskaya, Trotski, Stalin), se han seguido, siempre que ha sido posible, las ediciones castellanas traducidas directamente del ruso. En algunas ocasiones, sin embargo, ha sido necesario corregirlas y adaptarlas para uniformizar la terminología utilizada en el resto del texto (por ejemplo, sustituyendo “tradeunionista” por “sindical” o “sindicalista”).

Las notas a pie de página de la traductora se distinguen de las del autor por el escrito final “(N. de la T.)”. En el texto hay algunas notas del autor entre corchetes: [T. Cliff].

A. D.

Octubre 2011

Prólogo

Recuperar a Lenin para el siglo XXI

“Reivindicar el nombre de ‘Lenin’ es una necesidad urgente precisamente ahora, en unos tiempos en que muy poca gente considera seriamente que siga habiendo alternativas posibles al capitalismo”, escriben los editores del libro *Lenin reactivado*, publicado en 2007¹. Aunque desde aquel año hasta ahora la crisis económica ha agrietado enormemente cualquier visión de un futuro esperanzador dentro del capitalismo, continúa siendo cierto que se habla muy poco de alternativas. Y no es por falta de motivos.

Los efectos de la crisis económica desatada a mediados de 2008 han marcado un antes y después en el clima político global. La mayor crisis desde los años treinta, el desafío que suponen las salvajes políticas de “austeridad”, el ascenso de diversas olas de huelgas por gran parte de Europa, el estallido de movimientos masivos imprevistos, como el 15-M y, sobre todo, las revoluciones en el mundo árabe, están conllevando una radicalización ideológica que no se producía desde los años sesenta y setenta. La izquierda afronta de nuevo grandes retos, incluso con la cuestión de la revolución otra vez encima de la mesa. En esta situación, la experiencia de las y los revolucionarios del pasado que se enfrentaron a retos de una gran magnitud vuelve a tomar valor. De revolucionarios que vivieron grandes luchas, revoluciones y enormes expresiones de autoorganización de los trabajadores y trabajadoras. Revolucionarios que afrontaron situaciones difíciles y la cuestión de cómo avanzar y cómo conseguir victorias. Lenin aparece aquí como una figura muy relevante a recuperar.

Los editores de *Lenin reactivado* optaron por centrar el libro concretamente en Lenin por ser menos susceptible que Marx a ser reducido a una “moda académica”. De hecho, si bien es clara y positiva la recuperación de Marx en los últimos años, las ideas de Lenin no están viviendo el mismo proceso. Esto es, en gran parte, por dos grandes tópicos que han dañado las ideas de Lenin: la experiencia de la degeneración de

la URSS y el funcionamiento autoritario de muchos partidos de izquierda, problemas hasta cierto punto bastante relacionados.

Sobre el primero, se ha tendido a trazar una línea continua entre Lenin y Stalin, como si el segundo fuera la culminación natural del primero. Contrariamente, el estalinismo supuso la liquidación de las conquistas de la Revolución de 1917, dilapidando la visión de Marx y Lenin del socialismo como emancipación de la clase trabajadora. En los años treinta, el estalinismo, para consolidar el giro de la URSS hacia la industrialización forzada, llevó a cabo un terrible proceso de purgas, con centenares de miles de ejecuciones² que aniquilaron la generación de militantes que había vivido la Revolución. La época de Stalin fue la negación del "leninismo", no su culminación³.

Sobre el segundo, el funcionamiento de muchos partidos de la izquierda, especialmente de los partidos comunistas, como el PCE de Carrillo, fue muy rígido, con un régimen interno autoritario. Algunas organizaciones de la izquierda revolucionaria en los años setenta tampoco tuvieron un funcionamiento muy distinto, con ausencia de mecanismos y cultura democrática. Este modelo se ha asociado, erróneamente, con la teoría y la práctica de Lenin sobre el partido, quien supuestamente habría gobernado de forma dictatorial el Partido Bolchevique.

Incluso los mismos relatos biográficos sobre Lenin han oscilado entre las mitificaciones por parte del estalinismo, que ensalzan a un Lenin genial y heroico desde su infancia, y las versiones demonizadoras. El libro de Cliff rescata a Lenin de este tipo de caricaturas.

El libro y el autor

Lenin: la construcción del partido, que se publica con esta edición por primera vez en castellano, es el primer libro de una extensa biografía sobre Lenin en cuatro volúmenes. Tony Cliff los escribió en los años setenta en un momento en que había un renacimiento de la izquierda revolucionaria distanciada del estalinismo y volvía a plantearse otra vez la cuestión de qué tipo de organización y formas de actuación necesitan las y los revolucionarios.

Más que una biografía completa sobre la vida de Lenin se trata de un manual político a través de la evolución de éste⁴, sobre todo centrado en la teoría y práctica de la construcción de una organiza-

ción revolucionaria. El libro recorre la evolución de Lenin partiendo de sus inicios políticos en 1891-93. Después de unos años de estudio, Lenin se implicó de forma crucial en la formación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que posteriormente se dividirá entre bolcheviques y mencheviques (en sus inicios la mayor parte de los partidos socialdemócratas eran marxistas y tenían una orientación revolucionaria). Los orígenes de los socialdemócratas rusos en los años noventa del siglo XIX fueron muy difíciles por el contexto represivo de la Rusia zarista y por el estado embrionario del marxismo en ese país. En un primer momento, los socialdemócratas oscilaron entre el elitismo teórico de pequeños círculos marxistas y la agitación por pequeñas reformas económicas y laborales, dejando de lado la cuestión del socialismo. Lenin dedicó un gran esfuerzo teórico y organizativo para conseguir crear una estructura que uniera a los militantes socialistas de toda Rusia en las condiciones de ilegalidad existentes. El libro también explica cómo intervinieron los bolcheviques en la gran revolución de 1905, en la que se crearon los soviets (consejos obreros), y cómo afrontaron la represión y la "travesía en el desierto" de los años siguientes. Cliff termina el relato en la vigilia del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914.

El libro de Cliff no forma parte de lo que podríamos llamar "historia objetiva", sino que es el texto de un "historiador activista"⁵. Se distancia de la historia neutral y aséptica que puede ser impoluta pero totalmente incapaz de servir para entender cómo funciona el mundo, cómo hemos llegado hasta el presente y cómo podemos cambiarlo.

No es tan fácil hacer una interpretación de Lenin. Su trabajo político durante 30 convulsos años y la enorme extensión de sus escritos, que llenan más de 40 volúmenes, hacen difícil una aproximación directa. Por esto es tan bienvenido este libro que presentamos.

Dado lo poco conocido que ha sido Cliff para el público en castellano⁶, vale la pena dar alguna referencia de sus ideas y recorrido político. Más teniendo en cuenta que en este primer volumen de la biografía de Lenin es en el que Cliff más pudo aportar su propio bagaje, pues se adentra en un terreno político que conoció muy bien, la construcción de un partido desde sus inicios. La propia experiencia militante de Cliff, habiendo estado en la clandestinidad en Palestina y con el bagaje de formar parte del liderazgo de una organización revolucionaria, le permitió tener una comprensión mucho mayor de la teoría y práctica de Lenin⁷.

Tony Cliff nació como Ygael Gluckstein en el seno de una familia judía y sionista en Palestina en 1917. A los 16 años empezó su actividad política en los Círculos Marxistas y en 1938 entró a formar parte de la oposición trotskista. Poco después rompió totalmente con el sionismo, del cual se convirtió en un oponente resuelto para el resto de su vida. Fue encarcelado por las autoridades británicas coloniales durante la Segunda Guerra Mundial. En vísperas de la creación del estado de Israel después de la guerra, consiguió emigrar a Gran Bretaña, donde llegó en 1946.

En Gran Bretaña militó en el movimiento trotskista, donde pronto destacó como un militante muy capaz, tanto por sus dotes de orador como por su gran capacidad intelectual. Ya se le conocía por el nombre de Tony Cliff con el que firmaba la mayoría de sus escritos. La originalidad del pensamiento de Cliff no solamente le ayudó a rescatar la esencia de un marxismo vivo y no dogmático sino que sería la base de toda su actividad política hasta su muerte en el año 2000.

A finales de los años treinta, en una situación de profunda crisis, enfrentado con el auge del fascismo, el estalinismo y la persecución de su propio movimiento, Trotski había argumentado que el capitalismo era incapaz de superar su propia crisis; la dicotomía era socialismo o barbarie y la época de la democracia burguesa y el reformismo había terminado. Al mismo tiempo, la inestabilidad de la burocracia estalinista en la URSS significaba, según Trotski, que a corto plazo se restablecería el capitalismo si la clase obrera soviética no conseguía aplastar a la casta burocrática por medio de una revolución política.

Ya terminada la Segunda Guerra Mundial, se hizo evidente que las previsiones de Trotski no habían sido acertadas.⁸ En este contexto, Cliff llegó a la conclusión de que el sistema económico de la URSS —y por extensión los demás países ‘comunistas’— eran capitalismo del estado. Cliff basó su análisis tanto en una lectura cuidadosa de Marx como en el análisis anterior del propio Trotski, además de efectuar una exploración minuciosa de la economía ‘soviética’.⁹ Al mismo tiempo Cliff y otros marxistas, en especial Michael Kidron, elaboraron un análisis del capitalismo de posguerra que demostraba que el gran gasto en armas de la Guerra Fría evitó que la economía volviera a entrar en crisis después de la Segunda Guerra Mundial. Así, se podía explicar el largo boom del capitalismo entre los años cincuenta y principio de los años setenta. Más adelante, Cliff también hizo una revisión crítica de la teoría de la revolución permanente de Trotski; algo

indispensable para entender los nuevos procesos de liberación nacional y social en el llamado “tercer mundo”.¹⁰

En 1950, Cliff y unos pocos más formaron el *Socialist Review Group*, precursor de los *International Socialists* (IS) y lo que es hoy en día el *Socialist Workers Party* (SWP). En los siguientes cincuenta años, Cliff dedicó su tiempo a la construcción de la organización; era un conferenciante incansable, además de ser un escritor prolífico.¹¹ Desde principios de los años setenta, con el gran auge de luchas sociales en Gran Bretaña, la IS había entrado en un periodo de gran expansión y su transformación en una organización con una composición social cada vez más obrera. En este contexto, se editó en 1975 el primero de cuatro volúmenes escritos por Cliff sobre Lenin: *La construcción del partido*. El libro tuvo un hondo impacto entre la militancia de IS, convirtiéndose en un texto de referencia imprescindible. Para los militantes de la nueva generación, el libro de Cliff, y el propio Cliff, sirvieron como un puente con Lenin y su mundo; un Lenin de carne y hueso luchando con sus aciertos y sus errores en un mundo terriblemente real.

Cliff rescata a Lenin

Lenin ha sido muy mal interpretado y entendido, incluso por sus más fervientes seguidores. La interpretación de Cliff es bastante original: hace revivir las ideas de Lenin de una forma fresca, flexible y, sobre todo, práctica, situándolo como un autor imprescindible frente a las necesidades de cambiar el mundo. Si un gran obstáculo para poder entender el pensamiento y la práctica de Lenin es que fueron cambiando de ángulo y énfasis según los acontecimientos, la virtud de esta obra es que los analiza en cada momento y en su desarrollo constante. Aunque el libro contiene una gran cantidad de citas de los escritos de Lenin, están contextualizadas, relativizando y analizando los aspectos coyunturales para exprimir los puntos más relevantes.

Un primer punto a destacar es que Cliff rompe con cualquier visión estática de las ideas de Lenin sobre la naturaleza del partido revolucionario. Es importante señalar que no existió como tal un “modelo” de partido leninista¹². En la década de 1890, Lenin apostó por romper con el modelo elitista y teórico de los círculos marxistas y giró hacia la agitación obrera, insistiendo en la capacidad de de-

sarrollo ideológico de los propios trabajadores. En cambio, en su conocido libro *¿Qué hacer?* de 1902, Lenin hizo un giro y consideró que se tenían que introducir las ideas socialistas “desde fuera” de la clase trabajadora, la cual solo “es atraída espontáneamente hacia la conciencia sindical”, otorgando un papel importante a los intelectuales. Pero dos años más tarde abogó por que en el partido tuvieran más peso los elementos obreros y por que se disciplinara a los intelectuales. En la primavera revolucionaria de 1905, Lenin abrirá la organización a nuevos sectores, sobre todo de jóvenes trabajadores, ya que se necesitaba el máximo de fuerzas para hacer avanzar el movimiento contra el régimen zarista. El partido, creció enormemente, cambiando su composición, con un alto porcentaje de jóvenes y de trabajadores. En el artículo *La reorganización del partido* escrito en noviembre de 1905, Lenin afirmó lo contrario de lo que había dicho tres años antes en *¿Qué hacer?* y escribió: “la clase trabajadora es instintivamente, espontáneamente, socialdemócrata”. Este carácter flexible de Lenin hacia el partido es descrito por Cliff en el capítulo 8: “La actitud de Lenin hacia las formas organizativas siempre fue históricamente concreta; de ahí su fuerza” y “siempre estaba preparado para cambiar la estructura organizativa del partido para reflejar el desarrollo de la clase trabajadora”.

Vale la pena detenernos un momento en el libro *¿Qué hacer?* ya que tanto detractores como seguidores de Lenin han tendido a presentarlo como la síntesis definitiva de sus ideas sobre la organización. En esta obra habla de una organización altamente centralizada de revolucionarios profesionales, reducida solamente a las personas que pudieran tomar un gran compromiso. Este escrito ha sido aprovechado de forma recurrente para mostrar el supuesto “autoritarismo” intrínseco del leninismo ya desde sus inicios. Sin embargo, esto supone sacar de contexto un libro que fue escrito en 1902 en contraposición a los debates del momento dentro de una socialdemocracia rusa laxa organizativamente y con influencia del “economicismo” (la variante rusa del revisionismo). De hecho, el modelo de “revolucionarios profesionales” sólo encaja en el contexto del trabajo clandestino y de intensa persecución policial. Intentar replicarlo en otras situaciones conlleva efectos desastrosos. El análisis de Cliff sobre *¿Qué hacer?* insiste en el carácter relativo de este modelo organizativo, al mismo tiempo que señala —en contra de los tópicos— que el Partido Bolchevique estaba lejos de ser una organización altamente disciplinada y ultraeficiente.

Precisamente, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso era poco formalista, contaba con pocas normas y un aparato modesto. Uno de los pocos aspectos que Cliff considera importantes de *¿Qué hacer?* es el papel que se da al periódico revolucionario. Ante el reto de organizar una red de revolucionarios por toda Rusia que estuviera en contacto y pudiera intervenir dentro de la clase trabajadora, Lenin concibió el periódico como un gran organizador. La venta y distribución del periódico debía actuar como un cohesionador ideológico, al mismo tiempo que estructurar la red de activistas.

Pero si el modelo de partido tiene que transformarse para adecuarse a cada situación, esto no implica desdeñar la idea de fondo de Lenin, que es la importancia de la organización revolucionaria. Se trata de una cuestión polémica en la actualidad, cuando las ideas reacias a las organizaciones políticas y que apuestan por la descentralización tienen una influencia significativa dentro de los movimientos sociales. Sin embargo, la experiencia de organización de la izquierda revolucionaria es un legado histórico aún vigente. El tópico ha consistido en ver el “partido leninista” como una organización autoritaria, dirigista y elitista que trata de imponer “desde arriba” sus ideas a los movimientos y luchas, o bien que realiza la revolución por ella misma. Esto se aleja totalmente de lo que fue el Partido Bolchevique. Como dice Cliff en el capítulo 8: “Lenin comprendió mejor que nadie la necesidad de una organización basada en un partido centralizado. Sin embargo, no veía tal organización como un fin en sí misma, sino más bien como una palanca para incrementar el nivel de actividad y conciencia entre las masas trabajadoras.” Para Lenin eran la clase trabajadora, los campesinos y los soldados quienes debían realizar la revolución, siendo el partido un elemento de impulso y profundización del proceso revolucionario. Ante la revolución de 1905, Lenin puso justamente el énfasis en la acción y la iniciativa de las propias masas. Como dice Cliff: “El marxismo no acepta el determinismo mecánico, el fatalismo ni la obstinación voluntarista. En su base encontramos la dialéctica materialista y el principio de que las masas descubren sus propias habilidades a través de la acción”.

La relación entre los trabajadores y el partido sería un aprendizaje en dos direcciones, con el partido actuando como la memoria de las lecciones de luchas pasadas al mismo tiempo que aprendiendo y generalizando las buenas ideas de la clase trabajadora en el presente. Como le gustaba repetir a Cliff: “Es verdad que el partido revolucionario tiene

que enseñar a los trabajadores. Pero, ¿quién enseña al profesor?, preguntaba Lenin una y otra vez. La respuesta era, la clase trabajadora¹³. Este no es un punto específico de Lenin, Marx y Engels aprendieron de la clase trabajadora inglesa y francesa, y Marx desarrolló su idea del estado de los trabajadores a partir de la experiencia de la Comuna de París de 1871. Como destaca Cliff, no fue Lenin quien propuso crear los soviets (consejos obreros), sino que los construyeron los trabajadores en el transcurso de sus luchas. Lenin destacó por ser de los primeros en ver en este ejemplo de autoorganización de las y los trabajadores, no solo una forma de coordinación para las huelgas, sino también un órgano para hacer la revolución y organizar toda la sociedad desde abajo. Aún así, incluso Lenin tardó un cierto tiempo en reconocer la importancia de los soviets¹⁴.

El partido revolucionario aparece así como el espacio que permite un gran encuentro entre la teoría y la práctica. Para Lenin, el partido era la escuela de la estrategia y la táctica. Las discusiones estratégicas solamente tomaban sentido a través de la actividad del partido y así se podían reevaluar para una mejor adecuación en cada momento. Los vínculos del partido con la práctica y la clase trabajadora, además, serían la única forma de conseguir una organización democrática. Como dice Cliff: "Sin una política de clases correcta y un partido compuesto de proletarios, una democracia de partido saludable no es posible. (...) Al mismo tiempo, sin democracia dentro del partido, sin una autocrítica constante, el desarrollo de una política de clases correcta tampoco es posible".

Si el modelo de partido fue cambiando, también lo hizo la orientación de los bolcheviques, desplegando una gran flexibilidad táctica. Cabe tener en cuenta que los giros de la situación política en Rusia fueron muy bruscos: en 1905 estalló la revolución, le siguió la contrarrevolución y la derrota del movimiento obrero; en 1912 empezó un resurgir de la lucha de los trabajadores, que se paralizó en 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial; y en 1917 se produjeron dos revoluciones. Los bolcheviques tuvieron el reto de ir adaptándose a cada situación. Lenin fue una pieza clave del liderazgo en este proceso. De hecho, fue el único miembro de la dirección que mantuvo su posición entre 1903 y 1917, gracias a su combinación de conocimiento sólido del marxismo y su flexibilidad. Lenin, como dice Cliff, afrontaba los cambios con una actitud resolutiva y constante: "Siempre hablaba de lo que había que hacer de la manera más clara, repitiendo lo

que era necesario infinitas veces, con las palabras más llanas, contundentes y resueltas, como si fueran golpes de martillo. Después recuperaba su equilibrio, enderezaba el palo, y más tarde lo volvía a doblar en otra dirección. Si bien este método tenía sus ventajas cuando se trataba de superar obstáculos inmediatos, también conlleva riesgos para quien quiera citar los escritos de Lenin acerca de cuestiones tácticas y organizativas. La autoridad que puede proporcionar una cita, en el caso de Lenin, no tiene ningún sentido. Si se le cita en algún aspecto táctico o de organización, siempre hay que dejar claro a qué problemas concretos se enfrentaba el movimiento en aquel momento". Más aún, Lenin, para conseguir un viraje de la organización, solía exagerar los argumentos. Cliff lo llama "doblar el palo", en palabras de Lenin "enderezar lo torcido". Es por esto que con Lenin, más aún que con otros revolucionarios, se tiene que aprender, sobre todo, de la música y no de la letra.

Cliff dedica todo un capítulo, el 14, a hablar de la visión de Lenin sobre la estrategia y la táctica. La táctica serían los movimientos a realizar en luchas concretas; la estrategia el encadenamiento de las distintas tácticas para conseguir el objetivo general. Ambas son necesarias para priorizar y focalizar las energías en la cuestión específica en cada momento en la que el sistema es más vulnerable, pudiendo hacer avanzar de mejor forma el movimiento. Esta es la idea de Lenin de buscar el eslabón débil, del cual depende toda la cadena¹⁵. Como muestra Cliff, los planteamientos tácticos de Lenin se alejaban de la teoría abstracta para encajar en cada situación específica: "Hay una gran diferencia entre las leyes generales de la dinámica de la sociedad y las condiciones históricas reales y concretas, porque la vida es infinitamente más complicada que cualquier teoría abstracta. Con tantos factores interactuando, el conocimiento teórico por sí solo no puede ser la base del conocimiento de la realidad. Lenin no se cansaba de repetir: «La teoría, amigo mío, es gris, pero el árbol eterno de la vida es verde». La realidad viva es siempre mucho más rica en acontecimientos, probabilidades y complicaciones que cualquier concepto teórico o pronóstico". Por esto Lenin repetía: "La verdad abstracta no existe. La verdad es siempre concreta."

Sobre esta flexibilidad táctica este libro comenta, entre otras cuestiones, la orientación de Lenin hacia las elecciones, los sindicatos o las pequeñas luchas, aunque no se relacionaran inmediatamente con el objetivo de la revolución. Lenin apostó por llevar a cabo un trabajo en el

parlamento —incluso en la limitada *Duma* zarista de aquellos momentos—, subordinando la actividad de los revolucionarios fuera de él y creando vínculos con las reivindicaciones democráticas de las huelgas del movimiento obrero. Postuló también la participación en los sindicatos, aunque no fueran muy grandes, y apostó por empujar las luchas por reformas muy concretas (como la reforma legislativa del seguro médico) que permitieran enraizarse en la clase trabajadora. Se trataba de participar en luchas que inicialmente eran pequeñas pero que podían ir desplegándose en fuerza y contenido.

Una constante en Lenin es la síntesis entre teoría y práctica. Lenin dedicó grandes períodos al estudio y a la clarificación teórica, incluso en momentos de gran agitación, como en la Revolución de 1917 durante la que escribió *El Estado y revolución*. Como dice Cliff en este libro: “una comprensión científica clara de los rasgos *generales* del desarrollo histórico de la lucha de clases es algo esencial para un líder revolucionario, el cual sin un conocimiento general de economía y política, no sería capaz de orientarse y conservar la confianza a lo largo de los muchos giros y recovecos de la lucha.” Pero al mismo tiempo debe haber una gran unidad entre la teoría y la práctica: “La práctica sin teoría lleva a la incertidumbre y a los errores. Por otro lado, estudiar el marxismo separándolo de la lucha es desposeerlo de su fuerza principal —la acción—, y solo crea inútiles devoradores de libros” ya que “a través de la teoría revolucionaria se clarifica la práctica, y a través de la práctica se verifica la teoría”.

Seguramente la plasmación más importante del trabajo de Lenin fue el mismo Partido Bolchevique, que fue desarrollándose en circunstancias muy difíciles hasta conseguir tener una fuerza decisiva para que la Revolución de 1917 fuese victoriosa. En la década de 1890, los socialdemócratas se contaban por decenas y en 1903 eran solamente unos 360. Con la revolución de 1905 los bolcheviques crecieron explosivamente en miles, pero con la derrota y la reacción posterior pasaron a una cifra muy reducida. Con el siguiente estallido de luchas, que no tardó más de 4-5 años, muchos exmilitantes se unieron al partido, creando de nuevo en miles.

Esto conllevó que la organización bolchevique fuera muy inestable, con comités funcionando precariamente, rotación continua de la militancia por la persecución policial y cambios repetidos en la dirección, con líderes que encajaban en un momento, pero se quedaban rezagados en un giro brusco de la situación política. Pero, por otro lado, el partido

tuvo la estabilidad suficiente para mantenerse en todas estas circunstancias debido a su arraigo profundo dentro de la clase trabajadora y a haber conseguido un carácter masivo. Hubo una continuidad considerable de miembros entre 1905 y después de la revolución de 1917. Como escribe Cliff, se trató de un logro muy significativo: “Para un partido que trabaja en condiciones ilegales, en un país donde el proletariado industrial solo alcanza la cifra de 2,5 millones, el hecho de que una organización con varios miles de cuadros sobreviviera muchos años es una hazaña no poco importante.”

El libro *Lenin: la construcción del partido* ofrece muchas lecciones que se pueden conectar con las tareas y necesidades de los anticapitalistas de hoy en el Estado español. En el momento actual, con revoluciones sacudiendo el mundo árabe y con la mayor crisis del capitalismo desde los años treinta, hace falta, como decía Cliff, subirse a las espaldas de los gigantes para mirar más lejos.

Frente a cualquier legado procedente del pasado siempre tiene que haber una aproximación crítica, sabiendo escoger aquellos elementos que continúan siendo valiosos y saber adaptarlos, como hacía continuamente Lenin, a situaciones nuevas. Es obvio que el mundo actual es muy distinto al que vivió Lenin. Hoy se puede tener comunicación a través de internet a tiempo real con prácticamente cualquier zona del mundo, cuando entonces se tardaban días en mandar correspondencia de una parte a otra de Rusia. Sin embargo, la lógica destructiva del capitalismo frente a la que Lenin dedicó tantos esfuerzos continúa siendo, a grandes rasgos, la misma.

Parafraseando el comentario que hacía Birchall en su biografía sobre Cliff podríamos decir: “No tomes lo que dijo Lenin como la biblia —Lenin lo hizo para su momento. Lo tienes que hacer para tu momento, y tu momento será muy diferente de todo lo que Lenin vivió”¹⁶. También, como dice Cliff en el primer capítulo de esta obra, “lo que de verdad importa no es qué se adquiere, sino qué se hace con los elementos adquiridos, y eso depende de las experiencias y de la historia del individuo en cuestión, y de sus acciones en la lucha”. Esto vale también, esperamos, para la lectura de este libro.

ANDY DURGAN, historiador
y JOEL SANS, editor de *La Hiedra*

Capítulo 1

Lenin se convierte en un marxista

En todas las religiones, no solo al hombre sagrado, sino también a sus ancestros se les atribuye una piedad extraordinaria. De la misma manera, los artífices de la leyenda estalinista atribuyeron convicciones revolucionarias no solo a Lenin desde su primera infancia, sino también a sus padres. Una biografía oficial de Lenin, de 602 páginas, publicada bajo los auspicios del Instituto de Marxismo-Leninismo, en Moscú, en el año 1960 (*Vladimir Ilich Lenin, Biografía*), describía al padre de Lenin como un educador radical y progresista, y su casa en Simbirsk como una especie de club revolucionario. «Alexander (el hermano mayor de Lenin) establecía el tono», mientras que Vladímir «participaba con frecuencia en la discusión, y con mucho éxito».

Todo esto son tonterías. El padre de Lenin, Iliá Nikoláievich Uliánov, no era un educador progresista. En 1869 le asignaron el puesto de Inspector de escuelas en la pequeña ciudad de Simbirsk, en el Volga. En 1874 le ascendieron a Director de escuelas para toda la provincia. Para entonces era un Consejero de Estado, condecorado con la Orden de Stanislav, primera clase, y se dirigían a él como Su Excelencia. Esto suponía que pasaba a formar parte de la nobleza de alto rango, en la posición cuarta de catorce, con estatus hereditario.

Estas dos fechas en el ascenso social de su padre (1869 y 1874) son significativas. Lenin las destaca en un artículo que escribió en 1901 ("Los perseguidores del *zemstvo* y los Aníbal del Liberalismo"¹, en el cual traza la historia de los esfuerzos zaristas contra el gobierno local, el *zemstvo*), como las fechas en que, precisamente, la burocracia zarista actuó contra tales órganos de autogobierno y acabó supervisando directamente la educación pública. La posición de Iliá Nikoláievich en el ministerio de educación, y su firme ascenso en la jerarquía social, no acaban de coincidir con la imagen de un revolucionario, ni siquiera con la de un radical.

Lenin recordaba una vez que, cuando Alejandro II fue asesinado en 1881, su padre se abrochó con tristeza su uniforme de oficial y fue

hasta la catedral de Simbirsk para llorar al autócrata. Fue una persona muy devota, practicante del cristianismo ortodoxo griego hasta el fin de sus días, y un partidario incondicional de la autocracia zarista. Por supuesto, no hay razones para creer que el padre de un revolucionario siempre será un revolucionario.

Los fabricantes del culto fueron aún más lejos, atribuyendo al mismo Lenin cualidades sobrehumanas. Según ellos, Lenin llegó al mundo completamente equipado, y era un marxista y un revolucionario desde casi su infancia. ¡Y de su cabeza calva brota y se despliega bien formado y listo el partido que está destinado a dirigir y dar forma a la clase trabajadora en la revolución! La realidad fue, sin embargo, muy diferente. Se necesitaron meses, o de hecho años, de estudio y de reflexión hasta que el joven Lenin se convirtió en un marxista. Primero tenía que romper con las ideas conservadoras de su padre, y después con la perspectiva narodnik de su hermano mayor.

El 8 de mayo de 1887, Alexander Ilich Uliánov, el hermano mayor de Lenin, fue ahorcado por haber planeado el asesinato del zar. Esto fue un golpe terrible para el joven Vladímir, que por aquel entonces tenía diecisiete años. Hasta ese momento no se le había ocurrido siquiera que su hermano estaba interesado en asuntos políticos. Alexander era reservado, introvertido, «siempre estaba meditabundo y triste». Escondió sus ideas políticas a su familia, de manera que ni siquiera su hermana Anna, dos años mayor que él —y que vivía también en Petersburgo cuando él se involucró en el plan para asesinar al zar—, sabía nada en absoluto de sus ideas políticas. Unos años después del suceso, en 1893, el socialdemócrata Lalayants interrogó a Lenin sobre el complot. Lenin respondió: «Para mí, como para el resto de mi familia, la participación de mi hermano en el asunto del primero de marzo fue una absoluta sorpresa».²

La familia Uliánov estaba muy unida, y fue para no involucrarles que Alexander mantuvo sus actividades políticas en secreto. Era una persona excelente, parecido a su madre, «la misma extraña combinación», escribe Anna, «de firmeza extraordinaria y serenidad, con una sensibilidad, una ternura y una honradez maravillosas: pero él era más austero y más resuelto, e incluso más intrépido».

Vladímir, cuatro años menor que Alexander, siempre intentaba emular a su hermano. Cuando le preguntaron si los cereales debían comerse con mantequilla o con leche, él respondió: «Como los come

Sasha*». Quería hacerlo todo «como Sasha», excepto seguir su ejemplo político. Cuando, en el verano de 1886, Alexander regresó de San Petersburgo, donde estudiaba en la universidad, para pasar las vacaciones con su familia, traía consigo varios volúmenes sobre economía; entre ellos, *El Capital* de Marx. Según las memorias de Anna, Vladímir no prestó ninguna atención a los libros que había traído su hermano, con quien compartía habitación, y mucho menos se los leyó. En esa época, dice Anna, Vladímir no mostraba ningún interés por la política.³

La ejecución de Alexander no solo tuvo que producir un efecto permanente en él, sino que, además, con toda probabilidad le enfrentó a una alternativa para sí mismo: o bien seguía los pasos de su hermano mártir y se convertía en un narodnik y un terrorista, o se apartaba de la actividad revolucionaria. Lo que nos cuentan los creadores de la leyenda estalinista es que la decisión fue simple, y el dilema, de hecho, inexistente. Su versión dice que Vladímir, al recibir la noticia de la ejecución de su hermano, exclamó: «No, no seguiremos ese camino. Ese no es el camino a seguir».⁴

¡Tal se supone que fue la reacción de un joven de diecisiete años, que había roto con sus creencias religiosas apenas unos meses antes, que no había oído nunca el nombre de Marx, que no había leído ningún libro prohibido, y que no sabía nada de la historia del movimiento revolucionario ruso!

Su biógrafo Trotski, irónicamente, se pregunta a quién dirigía Vladímir tales sabias palabras. Obviamente no era a su padre, que había muerto un año antes, ni a Alexander, que acababa de perecer en el patíbulo. Tampoco podía ser a su hermana Anna, que estaba en la cárcel; ni a su madre, que había viajado hasta San Petersburgo para recorrer los ministerios y tratar de salvar a su hijo. «¡Evidentemente», escribe Trotski, «Vladímir confió sus reflexiones tácticas a Dimitri, que entonces tenía trece años, y a María, que tenía nueve años!».

Si Lenin se hubiera decidido, en marzo de 1887, a seguir los pasos de Sasha, a tomar otro camino de lucha revolucionaria o a apartarse completamente de la política revolucionaria, su comportamiento en los seis años siguientes parecería incomprensible: no se involucró en ninguna actividad política; en cambio, se dedicó a estudiar.

* Diminutivo de Alexander. (N. de la T.)

A finales de junio de 1887, la familia Uliánov se trasladó a Kazán, donde Lenin empezó sus estudios de derecho en la universidad. Sin embargo, este período universitario fue breve, ya que por haber participado en una manifestación estudiantil —aunque sin desempeñar ningún papel importante en ella—, Vladímir, después de pasar una noche en la comisaría, fue expulsado de la universidad y de la ciudad de Kazán. La razón era simple: era el hermano del otro Uliánov. Vladímir y el resto de su familia se trasladaron entonces a Kokúshkino, a unas treinta millas de Kazán, donde su madre tenía una finca.

En el otoño de 1888, la familia Uliánov pudo regresar a Kazán, con la excepción de Anna, que había sido arrestada en marzo de 1887 después de ir a la habitación alquilada de Alexander. Entonces Vladímir se unió a un círculo socialista del cual poco se conoce. Se componía de unos cuantos estudiantes que leían juntos buenos libros e intercambiaban ideas sobre lo que leían. El círculo más importante en Kazán era el liderado por N. E. Fedoséiev, quien ya entonces era un marxista. Según Maksim Gorki, que entonces vivía en el Volga y se movía en círculos radicales, Fedoséiev proclamó su apoyo al primer tratado marxista importante de Plejánov, *Nuestras diferencias*, ya en 1887. El grupo de Fedoséiev poseía una pequeña biblioteca ilegal e incluso una imprenta clandestina. Mientras estaba en la ciudad, Vladímir entró en contacto con algunos de sus miembros menos importantes.

Durante julio de 1889 se produjeron numerosos arrestos en Kazán. No solo arrestaron a Fedoséiev y a los miembros de su círculo, sino también a miembros del círculo al que pertenecía Lenin. Sin embargo, él no fue detenido, ya que, afortunadamente, la familia Uliánov se había trasladado, el día 3 de mayo, al pueblo de Alakáievka, cerca de Samara. El 11 de octubre se trasladaron de nuevo, esta vez a la misma ciudad de Samara. Vladímir permaneció allí hasta finales de agosto de 1893, momento en que se mudó a San Petersburgo. El hecho de que Lenin estuviera dispuesto a permanecer cuatro años en la remota ciudad de Samara es prueba suficiente de que no estaba todavía preparado para comprometerse en la política activa, que aún estaba estudiando y tratando de decidir qué dirección debía tomar. Samara no tenía apenas industria, y por lo tanto, la clase trabajadora industrial prácticamente no existía. Tampoco tenía, a diferencia de Kazán, una universidad, y en consecuencia, no había estudiantes. En aquella ciudad no había, pues, ni descontento obrero ni estudiantil.

Lenin necesitaba esos años para decidir si seguía los pasos de Sasha o, si no lo hacía, qué camino tomaba. No hay duda de que el joven Vladímir sentía atracción por el narodismo, por mucho que digan lo contrario los artífices de la leyenda estalinista. Uno de sus compañeros de estudios, arrestado junto a él en Kazán en 1887, describe cómo la mayoría de estudiantes arrestados intercambiaban bromas ligeras. En algún momento alguien se dirigió a Uliánov, que se había sentado un poco apartado y estaba sumido en sus pensamientos, y le preguntó qué pensaba hacer cuando le dejaran ir. Uliánov replicó: «¿En qué tendría que pensar? Mi hermano mayor ya me ha abierto el camino».⁵

En Samara, Lenin buscó a veteranos del clandestino movimiento terrorista y les interrogó detenidamente acerca de sus técnicas conspiratorias. De esta manera adquirió conocimientos que después aplicaría en la organización del Partido Bolchevique. Antes de que la fábrica de mitos estalinista empezara a funcionar, salieron a la luz numerosas pruebas de que, en su juventud, Lenin estuvo influenciado por el narodismo. Un testimonio de tal influencia es V. V. Adoratski, el futuro director del Instituto Marx-Engels-Lenin. Según él, en 1905 Lenin le dijo que estaba muy influenciado por las ideas de los naródniks. Admitió que, durante 1888, había apreciado mucho ese movimiento terrorista, y que tardó bastante tiempo en librarse de sus ideas. «Durante sus últimos años en Samara, 1892-93, Lenin era ya un marxista, aunque todavía había en él algunos rasgos relacionados con Naródnaya Volia (esto es, una actitud especial hacia el terrorismo)».⁶

Muchos años después, en *¿Qué hacer?* (1902), Lenin escribía:

Muchos de ellos [los socialdemócratas rusos] comenzaron a pensar de un modo revolucionario como los de Naródnaya Volia. Casi todos habían rendido pleitesía en su juventud a los héroes del terrorismo, y les costó mucho trabajo sustraerse a la impresión seductora de esta tradición heroica. Hubo que romper con personas que querían a toda costa seguir siendo fieles a Naródnaya Volia, y que gozaban de un gran respeto entre los jóvenes socialdemócratas.⁷

Krúpskaya, cuando cita este pasaje en sus memorias, añade que representa un fragmento de la autobiografía de Lenin.

Lalayants, a quien se citaba antes, conoció bien a Lenin en Samara, y detectó en él, en marzo de 1893, «ciertas simpatías por el terror

de Narodnaya Volia». También decía que tal inclinación fue una causa de conflicto entre ambos. Cuando, en el otoño de 1893, Lenin quiso entrar en un círculo socialdemócrata petersburgués, le examinaron detenidamente sobre la cuestión del terrorismo, y se decidió que estaba demasiado favorablemente dispuesto hacia él.⁸

Vladimir tuvo que adentrarse en un estudio largo y exhaustivo, no solo porque el narodismo tenía raíces muy profundas, sino también porque, como veremos más adelante, las líneas de demarcación entre el narodismo y el marxismo no estaban claramente definidas para la juventud radical de la época. Otra razón era que las ideas del marxismo ruso no habían calado todavía en ningún movimiento obrero activo: solo eran, de momento, el privilegio de unos cuantos intelectuales aislados.

Los principales libros de estudio de Vladimir fueron el primer y el segundo volúmenes de *El Capital* de Marx (el tercer volumen no se había publicado todavía). Los estudió con gran intensidad también más adelante, a lo largo de su vida, y en ellos encontró una guía para su pensamiento y una fuente permanente de ideas. Aprendió, tal como dijo más tarde, a "consultar" a Marx. Durante el mismo período, estudió el periodismo radical ruso de las décadas de 1860 y 1870, de manera que sus conocimientos sobre el narodismo eran extensos. Más adelante sacaría un buen provecho de ellos, tanto en los debates que sostendría con los narodniks como en sus primeros intentos como escritor durante los años 1893-99. Como recordaría más tarde, nunca más volvería a leer tanto como durante los años 1888-93.⁹

También realizó un riguroso estudio de material estadístico sobre la economía nacional rusa, y escribió sus primeras monografías, con las que quería arrojar un poco de luz sobre la situación social y económica rusas. De los registros de la biblioteca de Samara de 1893, el único año del que accidentalmente se han conservado, se puede apreciar que Vladimir no pasó por alto ninguna publicación relevante, fueran compilaciones estadísticas oficiales o estudios económicos realizados por los narodniks.¹⁰

Lenin necesitó años de estudio para decidir su posición respecto al narodismo y al marxismo. La tragedia de su hermano le afectó demasiado para tomar una decisión rápida. Empezó a estudiar *El Capital* de Marx en algún momento de 1889, pero esto, en sí mismo, no significa que renunciara al narodismo. Como veremos, los narodniks también estudiaban a Marx. Parece que no fue hasta el año 1891 que

Lenin descubrió las obras de Plejánov, «sin las cuales uno no podía llegar a posiciones socialdemócratas», tal como indica acertadamente Trotski¹¹. En 1919, respondiendo a un cuestionario, Lenin dejó claro que se había convertido en un socialdemócrata (en aquel tiempo, un sinónimo de marxista) en 1893.¹² En 1920, respondiendo a otro cuestionario, a la pregunta de cuándo había empezado a tomar parte en el movimiento revolucionario, escribió: «1892-93».¹³

La leyenda estalinista, que afirmaba que el joven Vladimir decidió cuál era el camino correcto inmediatamente después de oír la noticia sobre la muerte de su hermano, no solo es psicológicamente estúpida, sino también un insulto a la integridad intelectual y emocional de Lenin, que aparece como un monstruo: rígido, árido, muerto, incapaz de cambiar.

Su larga investigación sobre el narodismo fue necesaria, para él, para evitar la tragedia de su hermano, quién, en la víspera del complot, todavía dudaba de si había tomado el camino correcto.

En la última noche del año [1886], él [Sasha] todavía se mostraba en contra del plan, diciendo que era absurdo, e incluso suicida, comprometerse en cualquier actividad política antes de haber aclarado los principios en los que debía basarse. Sentía la necesidad de más trabajo teórico y de una definición más precisa de los objetivos y los medios [...]. Pero respondieron a sus escrúpulos con un reproche contundente: ¿vamos a quedarnos sentados, de brazos cruzados, mientras nuestros colegas y amigos son victimizados, mientras la nación entera permanece oprimida y aletargada? Adentrarse ahora, decían, en la elaboración de principios teóricos significaba rendirse. Cualquier necio puede hacer teorías: los revolucionarios deben luchar. Hablaba, por supuesto, la voz de la inexperiencia y de la impaciencia, la voz de la juventud. Pero el sentido del honor revolucionario de Alexander era sensible a ella y, dejando de lado sus sensatas objeciones, acabó cediendo: no, él no se quedaría sentado con los brazos cruzados.¹⁴

Las ideas de cada época están estrechamente conectadas con aquellas de la época precedente. El estado mental de Lenin en 1887 no puede entenderse sin tener en cuenta las ideas de su hermano mayor: su desarrollo intelectual debe verse como un flujo que tenía su origen en el legado narodnik y que estaba muy vinculado con él. Para acatar

la cuestión del narodismo y decidir qué actitud tomar al respecto, Lenin, como haría cualquier científico riguroso, no podía confiar en las opiniones de terceros: debía estudiar la materia él mismo.

En realidad, necesitó un período de estudio mucho mayor que la siguiente generación de marxistas rusos, a la que pertenecía Trotski. En primer lugar, por supuesto, Trotski no tuvo la experiencia traumática de que ahorcaran a su hermano por ser un terrorista narodnik. En segundo lugar, al ser nueve años más joven que Lenin, Trotski entró en contacto con la política revolucionaria mucho después, en 1896, cuando los marxistas ya estaban involucrados de manera práctica en las huelgas de trabajadores, incluso en huelgas masivas. Este no era el caso en 1887, cuando el movimiento marxista consistía casi en su totalidad en cuatro o cinco exiliados, más un puñado de estudiantes que de vez en cuando les prestaban apoyo. Pero incluso Trotski tuvo que enfrentarse al narodismo. El primer grupo al que se unió en Nikoláiev se componía de individuos que se consideraban narodniks y tenían unas nociones bastante vagas sobre marxismo. Solo un miembro del grupo, una mujer joven llamada Alexandra Sokolóvskaya, hija ella misma de un narodnik, decía ser marxista. Trotski, al principio, se alineaba con los narodniks, y no fue hasta después de unos meses de controversias en el círculo que Alexandra Sokolóvskaya lo convirtió al marxismo. (Más tarde se casaría con ella y tendrían dos hijos. El destino de los tres estuvo trágicamente entrelazado con el de Trotski).

Cuesta entender por qué Vladímir Ilich Uliánov, este hombre serio y —como se vería en el futuro— activo, evitó todo compromiso político durante cinco o seis años. Para explicar por qué decidió esperar, tenemos que tratar de comprender la naturaleza del narodismo, la interrelación de las ideas de los narodniks y las ideas marxistas, y las profundas pasiones que el heroísmo de los primeros despertaba en los jóvenes radicales de la época. Debemos entender, también, la alternativa ideológica al narodismo que desarrolló por aquel entonces Plejánov, el padre del marxismo ruso. Finalmente, el compromiso individual—en nuestro caso, el de Vladímir— se ve afectado no solo por la pura razón, sino también por la interrelación de ideas y acciones. De ahí que sea necesario conocer el estado real del movimiento obrero de la época: cuántas huelgas hubo, y si los marxistas o los narodniks tuvieron en ellas alguna influencia, etc. Para tratar todo esto adecuadamente necesitaríamos mucho más espacio del que dispone-

mos. De todas maneras, si no conocemos las luchas intelectuales y políticas de la época, el desarrollo de Lenin no es comprensible. Las raíces de su pensamiento se adentraban profundamente en la tradición revolucionaria rusa de las dos generaciones precedentes de narodniks, una tradición que, para él, culminaría en el martirio de Alexander. Una excursión por el narodismo y el marxismo ruso es, por lo tanto, inevitable. La evolución personal de Vladímir estuvo estrechamente relacionada con la evolución de los intelectuales revolucionarios rusos y del pequeño grupo de trabajadores revolucionarios. Su biografía política confluye con la historia del movimiento.

Los narodniks

El narodismo era un movimiento radical que nació a mediados del siglo XIX, en el tiempo de la Guerra de Crimea y la abolición de la servidumbre (1861). Ganó influencia y renombre durante los años 1860-70, y alcanzó su cénit con el asesinato del zar Alejandro II (1881), tras el cual declinó rápidamente. Sin embargo, renació de sus cenizas en más de una ocasión.

Fue Herzen quien estableció, en los años 1850-60, los fundamentos del movimiento. Según él, la base del socialismo sería sobre todo el campesinado ruso. «El futuro, en Rusia, pertenece a los campesinos, tal como en Francia pertenece a los obreros», escribía Herzen al historiador francés Michelet en 1851.

Herzen creía que sería la comuna rural de propiedad colectiva —la *obshtchina*—, que había sobrevivido en Rusia, la que formaría los fundamentos del socialismo, antes que la fábrica de propiedad colectiva. El desarrollo capitalista, decía Herzen, podía evitarse en Rusia. Escribió a Mazzini: «Yo creo que no puede haber una revolución, en este país, si no es una guerra campesina», y después se refería a Yemelian Pugachiov, el líder de la guerra campesina de 1773-75. Esa revolución alcanzaría de lleno «el despotismo glacial de San Petersburgo». El estado sería destruido, y la revolución conservaría la redistribución periódica de la tierra, tradicional en la Rusia rural, con la intención de evitar que se formara una clase proletaria y que hubiera hambre. Desarrollaría, también, una autoadministración interna. «¿Por qué debería perder Rusia su comuna rural ahora, cuando se ha conservado a lo largo de todo el período de desarrollo político del país, cuando ha permanecido intacta

bajo el pesado yugo del zarismo moscovita, y bajo la autocracia al estilo europeo de los emperadores?».

Pero, ¿era capaz Rusia de llegar a esa revolución? Dos factores apuntaban una respuesta afirmativa a la pregunta que se hacía Herzen: la fuerza del campesino ruso, quien a pesar de una sucesión de despotismos había conservado su humanidad, junto con un sentimiento de independencia y de lejanía de la autoridad; y por encima de todo la vida espiritual e intelectual de la Rusia moderna.¹⁵ Lo que se necesitaba, decía Herzen, eran revolucionarios que dedicaran su vida al pueblo. En un llamamiento escrito que hizo a los estudiantes en 1861, decía: «¡Al pueblo! [...] Ese es vuestro lugar. [...] Probad que de vosotros no surgirán empleados, sino soldados del pueblo ruso».

N. G. Chernishevski llegó a conclusiones más extremas que Herzen. El historiador del narodismo Franco Venturi ha descrito la relación entre Herzen y Chernishevski como sigue: «Herzen creó el populismo, y Chernishevski era el político del populismo: le aportó sus contenidos más sólidos, y no solo aportó ideas al movimiento, sino que también inspiró su curso principal de acción a través de sus brillantes actividades publicitarias, llevadas a cabo entre los años 1853 y 1862».¹⁶

En julio de 1848, Chernishevski escribió en su diario que «se sentía cada día más convencido por las ideas de los socialistas». Ya sentía, entonces, la necesidad de traducir esas convicciones al ruso. ¿Qué podían significar las palabras «revolución» y «socialismo» en su propio país? Respondió que la única esperanza se encontraba en una revuelta campesina. «Lo único que falta es unidad entre los diferentes levantamientos locales».¹⁷ Una carta a Herzen, de autor anónimo pero que ciertamente expresaba los puntos de vista de Chernishevski y su amigo N. A. Dobroliúbov, llamaba claramente a un levantamiento campesino:

Evidentemente, se equivoca con respecto a la situación en Rusia. Los terratenientes liberales, los profesores y los escritores liberales le apaciguan con esperanzas acerca de los propósitos progresistas de nuestro gobierno. [...] No debe olvidar ni por un instante que Alejandro II mostrará sus garras como hizo Nicolás I. Que no le engañen con habladurías sobre nuestro progreso. Estamos exactamente igual que antes. [...] Que no le engañen con esperanzas, y no engañe usted a otros. [...] No, nuestra posición es terrible, insoportable, y solo las hachas de los campesinos pueden salvarnos. Nada, aparte de esas hachas, servirá. Creo que ya le han dicho

esto antes, y es absolutamente cierto. No hay otra manera de salvarnos. Ha hecho todo lo posible para alcanzar una solución pacífica del problema, pero ahora está cambiando de tono. Deje que su “campana” suene para la carga, no para el rezo. Llame a Rusia a las armas».¹⁸

Para Chernishevski —como para Herzen—, la *obshchina* era la base del socialismo, pero él no idealizaba esta institución, que había sido heredada de tiempos patriarcales: había que reavivarla y transformarla a través del socialismo occidental. Para él, el mayor enemigo no era el capitalismo, sino el atraso ruso: «las condiciones asiáticas de vida, el orden y la estructura social asiáticos»; y su objetivo principal era el derrocamiento del régimen político zarista.

En 1860 se formó en Petersburgo una pequeña organización clandestina conocida como “Joven Rusia”. Su objetivo inmediato era «una revolución sanguinaria e implacable, que cambiará radical y enteramente las bases de la sociedad contemporánea», y se inspiraba en Chernishevski. En 1862, Chernishevski fue arrestado y pasó más de dieciocho meses en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Entonces le enviaron a hacer trabajos forzados en Siberia, y allí permaneció hasta 1883, año en que se le permitió irse a Astracán y, finalmente, unos meses antes de su muerte en 1889, pudo volver a su ciudad natal, Sarátov.

En 1862-63 se formó *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad). Se trataba de una colección dispersa de grupos compuestos principalmente de estudiantes. El espíritu que guiaba al movimiento, incluso después de su arresto, seguía siendo Chernishevski. Un resultado de la formación de *Zemlia i Volia* fue el aumento de actos terroristas contra la autocracia. El 4 de abril de 1866, un estudiante, Dimitri Karakósov, atentó contra la vida del zar. Fracasó, y fue ejecutado, pero el suyo fue el primer acto de un drama revolucionario que acabaría con el derrocamiento del zarismo medio siglo más tarde.

La década de 1860, que había empezado con la liberación de los siervos el 19 de febrero de 1861, se cerró con el confinamiento en solitario de Niecháiev, una de las grandes figuras de la galería heroica del narodismo, en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Niecháiev había intentado crear una sociedad muy cerrada de conspiradores, llamada «La venganza del pueblo», para dirigir una revuelta campesina. La iniciativa fracasó y no hubo ninguna insurrección, pero los esfuerzos de Niecháiev se vieron recompensados con un confinamiento en solitario en la cárcel.

Una segunda oleada del movimiento revolucionario empezó al inicio de la década de 1870, y con ella el péndulo se desplazó en el sentido contrario, distanciándose por completo de los métodos conspirativos de Niecháiev (a ello ayudó la repulsión hacia el propio Niecháiev por haber organizado el asesinato de uno de sus colaboradores). En su lugar, empezó entonces un peregrinaje en masa de intelectuales hacia el campo para convertir a los campesinos. Se puede deducir cuán amplio fue el movimiento si se tiene en cuenta que, en 1874, 4.000 personas fueron encarceladas, interrogadas o como mínimo acosadas por la policía.¹⁹

En ese período de 1874, llamado «el verano de la locura», cientos de miles de hombres y mujeres jóvenes:

[...] dejaron sus hogares, sus posesiones, su honor y sus familias, y se lanzaron al movimiento con una alegría, un entusiasmo y una fe que solo pueden experimentarse una vez en la vida y que, una vez perdidos, nunca más pueden recuperarse. No era todavía un movimiento político, sino algo parecido a un movimiento religioso, con la naturaleza infecciosa típica de tales movimientos. Aquellas personas no solo trataban de llegar a conseguir un determinado fin práctico, sino también de satisfacer un deber que sentían muy profundamente, una aspiración a la perfección moral.²⁰

Pero el campesinado ruso resultó ser menos receptivo a las ideas socialistas de lo habían creído los intelectuales revolucionarios. Tenían grandes dificultades para comunicarse con los campesinos, quienes desconfiaban mucho de ellos. Ocurría a menudo, incluso, que los intelectuales eran entregados a la policía por las mismas personas a las que habían acudido a ayudar.

El movimiento *naródnik* adquirió, entonces, experiencia práctica, y como resultado de ello se tuvo que elaborar una política nueva. Si los campesinos no estaban preparados para actuar, los revolucionarios tendrían que hacerlo por su cuenta. Uno de los nuevos líderes, P. M. Tkachiov, escribía unos años después, en 1879, sobre el «fracaso completo» del intento de acercarse al pueblo, y añadía orgullosamente:

Nosotros fuimos los primeros en señalar que tal fracaso era inevitable; fuimos los *primeros* [...] en inplorar a la gente joven que abandonara ese desastroso camino antirrevolucionario y que re-

gresara de nuevo a las tradiciones del trabajo revolucionario directo y a una organización revolucionaria combativa y centralizada [es decir, a las tradiciones de la tendencia de Niecháiev]. Y la nuestra no era la única voz que se alzaba en este sentido [...]. Organizar combativamente las fuerzas revolucionarias, desorganizar y aterrorizar a las autoridades gubernamentales: esas han sido, desde el principio, las demandas básicas de nuestro programa. Y ahora, por fin, estas demandas empiezan a ponerse en práctica [...]. Por ahora, nuestra única tarea es aterrorizar y desorganizar a la autoridad gubernamental.²¹

De modo que, después de intentar acercarse al pueblo, el péndulo volvió de nuevo hacia el terrorismo. El 24 de enero de 1878, Vera Zasúlich, una joven que actuó en solitario, disparó al general Tréprov, el jefe de la policía de Petersburgo, que había ordenado castigos corporales para el prisionero Bogoliúbov. En mayo, el jefe de la Gendarmería de Kiev fue asesinado. En agosto de 1879, Kravchinski mató al jefe de la Gendarmería rusa. A diferencia de Vera Zasúlich, Kravchinski no estaba solo: era miembro de Zemlia i Volia, que por aquel entonces ya era un grupo muy bien organizado y disciplinado.

El 2 de abril de 1879, Alexander Sólovev, después de haber informado personalmente a Zemlia i Volia de su intención de asesinar al zar Alejandro II, pero sin la ayuda de esa organización, realizó su intento y falló. Unas semanas después surgió de Zemlia i Volia una organización terrorista activa, «Muerte o Libertad». El 1 de marzo de 1881 logró asesinar al zar.

Pero las esperanzas de los revolucionarios se frustraron amargamente: su acto no condujo a un levantamiento popular, sino a un fortalecimiento de la autocracia y a la supresión de todas las actividades revolucionarias durante muchos años. El coraje sobrehumano y la fortaleza moral de los terroristas no fueron suficientes para derrocar al zarismo.

Los *naródniks* «adaptan» el marxismo

Para entender el desarrollo del marxismo ruso hay que entender la actitud de los *naródniks* hacia él. En 1848 y durante bastantes años, las obras de Marx y Engels podían importarse legalmente, ya que, según

el censor, eran solo «una especulación abstracta» sin relevancia en Rusia.²² En 1872, el primer volumen de *El Capital* de Marx fue publicado en ruso (muchos años antes de que se publicara en francés o en inglés), e inmediatamente se vendieron 3.000 ejemplares. El comité ejecutivo de Narodnaya Volia escribía a Marx en 1880: «¡Ciudadano! La clase intelectual y progresista de Rusia [...] ha reaccionado con entusiasmo a la publicación de sus obras académicas, que reconocen científicamente los mejores principios de la vida rusa».

La descripción que Marx hacía de las atrocidades de la acumulación primitiva de capital, de la revolución industrial en Inglaterra y de la teoría de la plusvalía, su ataque a la división del trabajo y a la alienación capitalistas, su crítica a la democracia parlamentaria «formal» de los burgueses; todo ello fue interpretado por los narodniks como una indicación de que había que impedir, con todos los esfuerzos necesarios, que el capitalismo se desarrollara en Rusia. «Después de descubrir, a través de Marx, el alto precio que se pagaba por el desarrollo capitalista, [los narodniks] rehusaron pagar ese precio, y pusieron sus esperanzas en la supuesta posibilidad de restaurar las formas arcaicas de vida social, adaptándolas para que encajaran con las nuevas condiciones».²³

Los narodniks no comprendieron, sin embargo, que para Marx el capitalismo era progresista comparado con el feudalismo, y que la democracia parlamentaria, aunque formal y limitada, era un paso adelante en contraste con la autocracia. Con sus conocimientos de *El Capital* de Marx, los economistas narodniks escribieron obras en las que probaban la posibilidad y la necesidad de un desarrollo no capitalista en Rusia. El más original entre aquellos economistas fue V. P. Vorontsov, que escribía bajo el pseudónimo «V. V.» En su libro *El destino del capitalismo en Rusia* (1882), sostenía que el capitalismo ruso, al ser tardío, no podía encontrar mercados externos para sus productos. Al mismo tiempo, sus mercados interiores no estaban en expansión, sino al contrario, se contraían, porque el capitalismo estaba arruinando a los campesinos y a los artesanos y reducía su capacidad adquisitiva. El capitalismo no podía ir más allá de la creación de las pequeñas islas de industria moderna que eran necesarias para satisfacer la demanda de las clases más altas, ni podía convertirse en la forma dominante de producción. Podía arruinar a millones de campesinos y artesanos, pero no podía darles empleo ni permitirles socializar la producción. Podía desarrollarse *intensivamente* a través de la explotación del trabajo, pero no *extensivamente*, creando empleo. En los países atrasados, en general, solo podía ser destructivo, una «parodia

del capitalismo», un «hijo ilegítimo de la historia». Existían, ciertamente, islas de capitalismo en Rusia, pero se trataba solo de un producto artificial creado por los esfuerzos del estado.

Aunque adaptaron el marxismo para su ideología, los narodniks eran esencialmente socialistas utópicos. Viendo la inercia de las masas rusas, y considerando, ellos mismos, que el socialismo era un ideal deseable, no establecieron una relación causal real entre las masas del presente y el futuro. N. K. Mijáilovski, uno de los teóricos del narodismo, expresó este dualismo hablando de dos tipos de verdades: «la verdad verdadera», es decir, aquello que realmente es, y «la verdad de la justicia», es decir, aquello que debería ser. El «mundo de aquello que debería ser, el mundo de lo verdadero y lo justo», no tenía conexión alguna con el curso objetivo del desarrollo histórico. La descripción que hizo Marx de las características principales de los socialistas utópicos de su tiempo es válida para los narodniks. Su defecto principal, decía Marx en el *Manifiesto comunista*, se debía al hecho de que «el proletariado [...] les ofrece el espectáculo de una clase sin ninguna iniciativa histórica ni ningún movimiento político independiente»; todavía no habían adoptado la perspectiva de la lucha de clases y, para ellos, el proletariado existía sólo en el aspecto de ser «la clase que más sufría».²⁴ Solo hay que sustituir la palabra «proletariado» por «campesinado» para que la descripción encaje perfectamente con los populistas rusos. De su posición utópica surgió el concepto elitista del papel que debían jugar los intelectuales: eran ellos los que construían la historia, y su tarea era dar forma a las masas inertes e ignorantes.

De la misma manera que varios pueblos con diferentes niveles de desarrollo económico pueden profesar una misma religión dándole cada uno un contenido diferente, el «marxismo» de los intelectuales narodniks era distinto del marxismo de un movimiento obrero. En una carta del 26 de febrero de 1895, un Engels envejecido explicaba la grotesca combinación de «marxismo» y narodismo:

En un país como el vuestro, en donde la industria moderna a gran escala se ha injertado en la comuna campesina primitiva, y en donde, al mismo tiempo, todas las etapas intermedias de la civilización coexisten unas con otras; en un país que, por añadidura, ha sido encerrado por el despotismo con una muralla china intelectual, uno no debería extrañarse de la aparición de las combinaciones de ideas más increíbles y estafalarias.²⁵

No cabe sino estar de acuerdo con A. Walicki, autor de un importante estudio sobre la filosofía social de los populistas, cuando escribe que el populismo:

{...} fue una reacción rusa al capitalismo occidental, pero también al socialismo occidental: una reacción al capitalismo y al socialismo occidentales por parte de unos intelectuales democráticos, en un país rural y atrasado que se encontraba en una fase temprana de desarrollo capitalista. Y es comprensible que el populismo ruso clásico fuera, ante todo, una reacción al marxismo: después de todo Marx era, por aquel entonces, la figura más importante del socialismo europeo y, al mismo tiempo, el autor del libro con más autoridad sobre el desarrollo del capitalismo. No es de ninguna manera accidental que los inicios del populismo clásico y completamente formado coincidieran en el tiempo con la primera ola de difusión de las ideas marxistas en Rusia [...]. Tampoco es exagerado decir que el encuentro con Marx fue de una importancia primordial para la formación de la ideología populista, la cual, sin Marx, hubiera sido distinta.²⁶

Sin una buena comprensión de las relaciones estrechas existentes entre el narodismo y el marxismo, es imposible llegar a entender las dificultades a las que se enfrentaron los marxistas rusos que querían avanzar dejando atrás el narodismo, obstáculos que Plejánov, el padre del marxismo ruso, tardó años en superar, y que reaparecieron en el camino de su seguidor, Vladimir Ilich Uliánov.

El heroísmo de los *narodniks*

El análisis general y esquemático que hemos hecho de las ideas de los *narodniks* en las décadas de 1860 y 1880 dista mucho de ofrecer una visión precisa de la naturaleza del narodismo. La pasión extraordinaria con la que los *narodniks* sostenían sus ideas les daba el coraje moral y la determinación para enfrentarse a muchos tipos de peligros y sufrimientos: cientos de ellos acabaron confinados en solitario en la Fortaleza de Pedro y Pablo, en Siberia, o incluso en la horca.

No hay mejor testigo del heroísmo de los *narodniks* que el escritor estadounidense George Kennan, a pesar de que, en un principio, se

había posicionado en su contra. Dado que Kennan había condenado públicamente a los terroristas en 1882, las autoridades rusas le dejaron entrar de buen grado en el país, y le permitieron visitar las cárceles y los campos de trabajos forzados, con la esperanza de que su actitud negativa hacia los revolucionarios rusos ayudaría a inclinar la opinión mundial a favor del gobierno ruso. Sin embargo, después de pasar los años 1884-86 en Siberia, Kennan dijo lo siguiente (en una carta citada por la señora Dawes en el número de agosto de 1888 de la revista estadounidense *The Century*): «Lo que vi y aprendí en Siberia me conmovió hasta lo más profundo del alma. Me abrió un mundo nuevo de experiencias humanas, y elevó, en algunos aspectos, todos mis criterios morales».

Conocí a personajes de un carácter tan verdaderamente heroico y elevado como cualquiera que la historia haya destacado, y les vi mostrar un coraje, una fortaleza, un sacrificio y una devoción por un ideal que están mucho más allá de lo que yo me creo capaz de mostrar [...]. Fui a Siberia creyendo que los exiliados políticos eran una banda de fanáticos mentalmente desequilibrados, que se dedicaban a lanzar bombas y a asesinar. Cuando me fui de allí, besé a esos mismos hombres y me despedí de ellos con un abrazo, con los ojos llenos de lágrimas.²⁷

La represión de la década de 1880 fue terrible. Después del asesinato de Alejandro II, el país parecía un cementerio: apenas había resistencia. En 1883, Vera Figner, una de las figuras más admirables del comité ejecutivo de *Naródnaya Volia*, fue arrestada. Un año más tarde, G. A. Lopatin, que había mantenido un contacto estrecho con Marx y Engels mientras estaba en el extranjero, regresó a Petersburgo para retomar las actividades terroristas, pero fue también arrestado al cabo de poco tiempo. Con su detención, muchas direcciones cayeron en manos de la policía, cosa que conllevó la eliminación de lo que quedaba de *Naródnaya Volia*.

El último número del periódico *Naródnaya Volia*, que salió el 1 de octubre de 1885 —cuando el partido en sí mismo ya no existía—, esbozaba de una manera muy sombría la moral de los intelectuales:

Una desintegración intelectual completa, un caos de opiniones absolutamente contradictorias sobre las cuestiones más elemen-

tales de la vida social [...]. Por un lado, un pesimismo tanto personal como social, y por el otro, un misticismo socio-religioso [...]. Había una marea de renegados de todo tipo. Los intelectuales más privilegiados proclamaban con franqueza que estaban hartos de los campesinos. ¡Es hora de vivir para nosotros! Los periódicos liberales y radicales, que iban apagándose, revelaban que el interés social descendía.²⁸

Otra descripción del período viene de la pluma de Rosa Luxemburg, que mientras estaba en la cárcel, durante la Primera Guerra Mundial, escribió:

Después del asesinato de Alejandro II, un período de rígida desesperanza se impuso en toda Rusia [...]. Los tejados de plomo [de las prisiones] del gobierno de Alejandro III albergaban el silencio del sepulcro. La sociedad rusa se dejó llevar por una resignación desesperanzada, contemplando ante ellos el fin de todas las ilusiones de reformas pacíficas, y el fracaso aparente de todos los movimientos revolucionarios.²⁹

Característica de ese tiempo fue la defección de uno de los líderes más importantes de los *naródniks*, Lev Tijomírov, que publicó, en Europa occidental, una confesión que tituló *Por qué dejé de ser un revolucionario* (poco después se convertiría en uno de los más fervientes defensores del zarismo). Muchos otros ex-revolucionarios encontraron un profeta en Lev Tolstói, el cual, a pesar de rechazar la abominación que suponía el zarismo, predicaba la doctrina de la no-violencia. Las enseñanzas de Tolstói parecían brindar apoyo moral a los desilusionados y pasivos intelectuales.

Dentro de la marea general de reacción, sin embargo, se formaban pequeños remolinos. El más importante fue el complot de marzo de 1887, en el cual Alexander Uliánov fue una figura central. Participaron seis personas: tres de ellas, incluyendo a Uliánov, se consideraban miembros de *Naródnaya Volia*; los otros tres decían ser socialdemócratas, aunque la distinción entre una cosa y la otra no estaba nada clara.

El mismo Alexander había leído extensamente a Marx, pero seguía siendo un *naródnik*, como puede verse con el programa que escribió para el grupo: *Programa de la Facción Terrorista del partido Naródnaya Volia*. Vio la fuerza revolucionaria principal no en el campesinado, sino

en la clase trabajadora industrial. El socialismo era «un resultado necesario de la producción capitalista y de la estructura de clases capitalista».³⁰ Sin embargo, afirmaba el *Programa*, esto no excluye «la posibilidad de otra transición, más directa, hacia el socialismo, en el caso de que hubiera condiciones especiales y favorables en los hábitos del pueblo y en el carácter de los intelectuales y del gobierno».

El capitalismo no era una etapa necesaria antes del socialismo. Solo era necesario en aquellos casos en que «se deja que el proceso de transición se desarrolle espontáneamente, cuando no hay una intervención consciente por parte de un grupo social». El *Programa* reconocía la necesidad de «organizar y educar a la clase trabajadora», pero esta tarea tenía que postergarse, ya que la actividad revolucionaria entre las masas «con el régimen político existente es casi imposible». La autocracia tenía que ser derrocada a través del terror, para que la clase trabajadora pudiera entrar en la arena política.

Este peculiar eclecticismo era un intento de combinar el *narodismo* y el marxismo. Como mencionábamos antes, Alexander necesitaba tiempo para aclarar sus ideas, pero no se lo concedieron. Lenin le dijo a Lalayants en 1893 que Alexander «se consideraba un marxista». Esto es, por supuesto, una exageración. La tragedia de Alexander fue ser un hombre de la transición en un período de transición. En sus trabajos sobre el pensamiento social ruso, Ivánov-Razumnik, describiendo el carácter transicional de la década de 1880, dice: «Antes que ellos estaba el *narodnichestvo**, después de ellos el marxismo, pero ellos mismos representaban un vacío ideológico».³¹

Plejánov rompe con Zemlia i Volia

Como resultado de los zig-zags del grupo, durante los años 1878-1879 hubo una lucha interna en Zemlia i Volia, que dividía a los que abogaban por la agitación de masas —acercarse al pueblo— y a los defensores del terrorismo. El mayor defensor de la primera tendencia era Gueorgui Valentínovich Plejánov.

En octubre de 1879, Zemlia i Volia había dejado de existir. Los

* Término ruso para referirse a las ideas y las acciones de los *naródniks*. (N. de la T.)

agitadores crearon una organización separada llamada *Chiorni Peredel* (Redistribución Negra). El nombre significaba, literalmente, una distribución igualitaria de la tierra entre la gente "negra", es decir, los campesinos. Los terroristas adoptaron el nombre de *Naródnaya Volia*, el cual, gracias al doble significado de la palabra *volia*, quería decir «La voluntad del pueblo» y «La libertad del pueblo».

Chiorni Peredel prácticamente nació muerta. «La organización, desde el día de su creación, fue desafortunada», se quejaba Deutsch, uno de sus fundadores, en sus memorias. «O. V. Aptekmán, el cronista de *Chiorni Peredel* y uno de sus dirigentes, empieza su relato con estas lúgubres palabras: "No fueron tiempos de fortuna aquellos en los que nació la organización *Chiorni Peredel*. Dios no le dio vida, y después de tres meses, expiró".»³²

Como resultado de las actividades de un traidor dentro de la organización, sus dirigentes, Plejánov, Axelrod, Zasúlich y Deutsch, se vieron obligados a emigrar fuera de Rusia uno tras otro. Después de una serie de redadas policiales, que resultaron en la confiscación de la imprenta del grupo y en el arresto de casi todos los miembros que no habían salido del país, el grupo prácticamente dejó de existir. Sin embargo, *Chiorni Peredel* estaba destinado a jugar un papel histórico importante: se convirtió en el puente del populismo hacia el marxismo.

Hacia la clase trabajadora

Empíricamente, y sin un conocimiento teórico claro del problema, algunos *naródniks* se acercaban una y otra vez a la clase trabajadora industrial. Sin tener en cuenta esos pequeños brotes no se puede entender el crecimiento del marxismo ruso.

En 1870, y por primera vez en la historia rusa, un grupo de estudiantes, liderado por N. V. Chaikovski, plantó la semilla de una organización de clase trabajadora*. No lo hicieron porque consideraran que el proletariado era el agente del socialismo, sino porque creían que los trabajadores de las fábricas podían ser un medio para extender el mensaje *naródnik* entre los campesinos:

* Chaikovski fue, durante los últimos tiempos de su vida, jefe del Gobierno blanco de Arcángel después de la Revolución de Octubre. Murió exiliado en Francia.

Así, se pusieron en contacto con aquellos trabajadores menos cualificados y más directamente vinculados con la vida y el espíritu del campo. En principio, siempre escogían a los trabajadores del sector textil antes que los de la industria siderúrgica, porque creían que los primeros eran los representantes del que, según su punto de vista, era el pueblo real. A. V. Nizovkin, uno de sus propagandistas más activos, decía que en los trabajadores siderúrgicos ya se notaba la influencia de la vida urbana. Se vestían mejor, ya no vivían en comunas y poco a poco iban perdiendo las tradiciones del *artel**. Los trabajadores del sector textil, sin embargo [...], se vestían aún como lo hacían en el campo y conservaban los hábitos típicos de la vida rural, desde el espíritu comunal hasta la embriaguez.³³

Los chaikovistas eran muy pocos:

Es difícil decir exactamente cuántos miembros tenía el grupo chaikovista de San Petersburgo [...]. En 1928, casi medio siglo después, tres supervivientes [...] intentaron elaborar una lista exacta de sus camaradas entre 1871 y 1874. Estimaron que había habido un grupo con 19 miembros en Moscú, uno con 11 miembros en Odesa, otro con ocho miembros en Kiev, y algunos en Járkov, Orel, Kazán, y Tula.³⁴

Cada chaikovista empezó su trabajo político contactando con un pequeño grupo, de entre tres y cinco trabajadores, a quienes enseñaba a leer y a escribir. También les daba lecciones de geografía, historia, física, y otras materias. Las clases trataban temas como la historia de las rebeliones en Rusia, la Internacional, el movimiento de la clase trabajadora alemana o la economía política (tomando como base los trabajos de Marx). Se construyó una biblioteca para aquellos miembros que estuvieran dispuestos a pagar un dos por ciento de su salario para mantenerla. Por desgracia, los chaikovistas fueron víctimas de la persecución policial, y en 1873 dejaron de existir como grupo organizado.

* Término ruso que designaba, de forma general, un tipo de asociación cooperativa que agrupaba a los miembros de un sector —los cuales, si trabajaban lejos de su tierra, solían vivir en comunas—, y que a veces tenía carácter estacional. (N. de la T.)

Mientras los chaikovistas estaban manos a la obra en San Petersburgo, un grupo aún más importante y de naturaleza mucho más proletaria se formó en Odesa. Tenía como centro la figura de E. Zaslavski, que la dirigió durante ocho o nueve meses, y se llamaba Unión de Trabajadores del Sur de Rusia. Se puede considerar que es la primera organización realmente proletaria que existió en la Rusia imperial.³⁵ La Unión, que tenía cincuenta o sesenta miembros en la organización central, pudo apoyar dos huelgas: la primera, en enero de 1875, en la fábrica de Bellino-Venderich, y la segunda, en agosto, en la de Guillier-Blanchard. Se elaboró un manifiesto y se distribuyó durante la segunda huelga. La influencia de la Unión creció rápidamente, no solo en Odesa, sino también en otras ciudades a lo largo de la costa del Mar Negro. Su programa contenía ciertos puntos novedosos. Las tareas que el grupo debía llevar a cabo incluían: «a) realizar propaganda de la idea de la emancipación de los trabajadores del yugo del capital y de las clases privilegiadas; y b) la organización de la clase trabajadora del sur de Rusia para la lucha que se avecinaba contra el orden político y económico existentes».³⁶ A finales del año 1875, por culpa de un informador, las autoridades arrestaron a todos sus dirigentes, acabando virtualmente con la Unión.

Pero el arresto de los chaikovistas a principios de 1874, que destruyó la base de dicha organización, no detuvo el lento e imperceptible avance de las ideas revolucionarias entre los trabajadores de San Petersburgo. Una de las muestras más dramáticas de este proceso, la culminación de seis largos años de diseminación de ideas, fue una manifestación en la plaza de la Catedral de Kazán, el 6 de diciembre de 1876, que fue el hito de la historia del movimiento revolucionario ruso. Plejánov desempeñó un papel importante en la manifestación y unos años más tarde describiría el acontecimiento. Inspirándose en una manifestación que habían protagonizado los intelectuales en la primavera de 1875, en el funeral de un estudiante asesinado por sus carceleros, un grupo de trabajadores propuso que organizaran ellos también una manifestación, y aseguraron a Plejánov que acudirían unos 2.000 trabajadores. En el día del evento, un grupo compuesto básicamente de estudiantes, pero con algunos trabajadores, se reunió ante la catedral. Las estimaciones de asistencia varían entre las 150-500 personas. Después de retrasar durante un tiempo el desarrollo del acto, con la esperanza de que acudieran más trabajadores, y bajo la amenaza de que todo el esfuerzo se viniera abajo, Plejánov se alzó

e hizo un discurso que terminó con las palabras siguientes: «Larga vida a la revolución social. Larga vida a Zemlia i Volia». Entonces se desplegó una bandera roja con las palabras «Tierra y Libertad» escritas en ella. Este pequeño acto fue la primera manifestación de trabajadores de la historia de Rusia.

Entre 1877 y 1879 tuvo lugar en Petersburgo una oleada de huelgas. En total fueron 26, cifra que supone un nivel de actividad huelguística sin precedentes, y que no se repitió hasta la década de 1890. Fue en esta época que surgió una nueva organización de trabajadores en Petersburgo, la Unión de Trabajadores del Norte de Rusia. Contaba con unos 200 miembros, con grupos en todos los distritos de clase trabajadora de la ciudad. Su fundador fue el carpintero Stepán Jalturin, hijo de un campesino de la provincia de Viatka. Sin embargo, después de tan solo unos meses de vida activa, también la Unión del Norte fue aplastada por la policía, y en 1880 dejó de existir.

En 1879, Plejánov renunció al terrorismo naródnik, y como dirigente de Chiorni Peredel destacó la importancia de las actividades de propaganda, al mismo tiempo que afirmaba, apoyándose en argumentos empíricos, que había que dirigirse hacia la clase trabajadora. Pero el cordón umbilical que conectaba sus razonamientos con las ideas naródnik sobre el campesinado como agente del socialismo todavía no se había cortado. En febrero de 1879 escribió: «La agitación en las fábricas crece a diario: esta es la noticia del día». Esta agitación era uno de esos problemas que «la vida misma pone a la vanguardia, es decir, en la posición que le corresponde, a pesar de las decisiones teóricas y a priori de los revolucionarios [...]. En el pasado, y no sin razones, depositamos todas nuestras esperanzas y todos nuestros esfuerzos en las masas rurales. El trabajador urbano solo tenía una consideración secundaria en los cálculos de los revolucionarios».

Mientras que los campesinos de las aldeas estaban bajo la influencia de «los miembros más conservadores y timoratos de la familia campesina», los «trabajadores de la ciudad [...] constituyen la capa de la población más móvil, la más susceptible a la incitación, la más fácilmente revolucionable».

Nuestros grandes centros industriales agrupan a decenas de miles y, a veces, incluso a cientos de miles de trabajadores. En la gran mayoría de casos se trata de los mismos campesinos que hay en

las aldeas [...]. El problema de la agricultura, la cuestión de la autoadministración de la *obschchina*, la tierra y la libertad: todas estas cosas están tan presentes en el corazón de los trabajadores como en el de los campesinos. En pocas palabras, no se trata de masas aisladas y apartadas del campo, sino de una parte del campo. Su causa es la misma, su lucha puede y debe ser la misma. Y además, las ciudades atraen a lo mejor de la población rural, la parte más joven, la más emprendedora [...]. Allí se mantienen lejos de la influencia de los elementos más conservadores y tímidos de la familia campesina [...]. Gracias a todo esto, constituirán un aliado incomparable para los campesinos cuando la revolución social estalle». ³⁷

La revolución socialista que se avecinaba sería una revolución campesina, pero los trabajadores estaban destinados a ser los mejores aliados del campesinado, ya que ellos todavía eran, en esencia, campesinos, y podían actuar de intermediarios entre los intelectuales de las ciudades y los campesinos rurales. Desde Naródnaya Volia, después de la ruptura de Plejánov y durante años, también se hizo un llamamiento a poner más énfasis en la actividad propagandística entre los trabajadores industriales. Así, en un artículo programático titulado "Trabajo preparatorio del partido" en *Kalendar Narodnoi Voli* (1883) afirmaban: «La población trabajadora de las ciudades tiene una importancia muy especial para la revolución, tanto por su posición como por su gran desarrollo, y debe ser objeto de una atención cuidadosa por parte del partido». ³⁸

Sin embargo, hay una diferencia básica entre la actitud de los naródniks, incluyendo a Plejánov en 1879, acerca del trabajo de propaganda entre los trabajadores industriales, y la actitud de los marxistas. Estos últimos están «convencidos de que los trabajadores no son necesarios para la revolución, sino que la revolución es necesaria para los trabajadores». ³⁹ Para los naródniks, los trabajadores son importantes para la revolución. Un naródnik puede preguntar: «¿Y por qué la clase trabajadora?», mientras que un marxista sólo puede preguntar: «¿Y por qué el marxismo?», ya que, para él, la clase trabajadora es el sujeto de la historia, no el objeto.

Una vez más, en la actitud de los naródniks con respecto al trabajo entre el proletariado, podemos observar un caso de teoría que se queda pequeña ante la práctica: un cambio de táctica sin la comprensión ne-

cesaria de las consecuencias teóricas para lograr un cambio de curso consistente. El narodismo había sobrevivido más allá de su propio tiempo, y dentro de su marco ideológico empezaban a emerger elementos marxistas.

Plejánov, el pionero marxista

Entre 1880 y 1882, Plejánov recorrió toda la distancia que separaba el narodismo del marxismo. En 1883, se formó el grupo Emancipación del Trabajo.

También en 1883, Plejánov escribió la primera obra importante del marxismo ruso: *El socialismo y la lucha política*. Esta primera obra no era en absoluto corta, pero la que siguió, cerca de un año después, era el voluminoso libro *Nuestras diferencias*. El historiador bolchevique Pokrovski afirmaba algo conocido por todos cuando decía que esta obra contenía «prácticamente todas las ideas básicas que conformaban la esencia del marxismo ruso hasta finales de siglo». ⁴⁰

El futuro, decía Plejánov, que sometía la comuna a un análisis inquisitivo, no pertenecía a los campesinos y su "comuna". Citando unos datos sorprendentes, probaba la desigualdad y la individualidad crecientes entre el campesinado comunal. Por un lado, muchos campesinos habían perdido, o estaban perdiendo, la capacidad de cultivar las parcelas de tierra, y cedían sus derechos a otros campesinos, convirtiéndose, así, en meros asalariados. Al mismo tiempo, los campesinos ricos o kúlaks (*kúlak*, en ruso, significa "puño"), cada vez cultivaban más y más parcelas de otros campesinos aparte de las suyas, adquirían o alquilaban tierras adicionales y empleaban a trabajadores asalariados.

Plejánov también atacaba la idealización del pasado comunal: «Nuestra comunidad rural [...] ha sido, en realidad, el principal respaldo del absolutismo ruso», y «se está convirtiendo cada vez más en un instrumento que la burguesía rural utiliza para explotar a la mayoría de la población agraria». ⁴¹ Hizo añicos los argumentos del economista naródnik V. V., que decía que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia por falta de mercados. Mostrando una gran capacidad de análisis histórico, utilizó como ejemplos la Francia de Colbert, la Alemania de la Zollverein y los Estados Unidos, demostrando que el estado siempre intervenía protegiendo a la industria joven y creciente para contrarrestar la supremacía abrumadora de Gran Bretaña.

Además, al contrario de lo que afirmaba V. V., los mercados interiores no precedían el desarrollo del capitalismo como precondition para éste, sino que los creaba el propio capitalismo. «La burguesía *creó* los mercados, no se los encontró *hechos a medida*». ⁴² La ruina de los artesanos y la invasión de la agricultura por las relaciones monetarias son creaciones del mercado. «La transición, en cualquier país, de una economía natural a una economía monetaria se acompaña necesariamente de una enorme expansión del mercado interior, y no hay duda de que, en nuestro país, todo este mercado caerá en las manos de nuestra burguesía». ⁴³

Plejánov sostenía que era utópico creer, tal como creían los narodniks, que se podía evitar la transformación capitalista de la economía y la sociedad rusas. Concluyó que los socialistas debían dirigirse a la clase trabajadora porque era la precursora del futuro: «La población rural de hoy, que vive en unas condiciones sociales atrasadas, no solo es menos capaz que los trabajadores industriales de tomar una *iniciativa* política consciente, sino que también es menos *receptiva* al movimiento que nuestros intelectuales revolucionarios han empezado».

«Y además», continuaba Plejánov, «el campesinado atraviesa ahora un período difícil, crítico. Los fundamentos “ancestrales” de su economía se hacen añicos, la desafortunada comuna rural está cayendo en descrédito ante sus propios ojos, tal como admiten órganos tan “ancestrales” del narodismo como *Nedelia*; y las nuevas formas de trabajo y de vida todavía se están formando. Este proceso creativo es más intensivo en los centros industriales». ⁴⁴

Plejánov fue el primer ruso que afirmó que la clase trabajadora desempeñaría un papel crucial en la inminente revolución rusa contra la autocracia zarista. Así, en un comunicado para el congreso fundacional de la (Segunda) Internacional Socialista (julio de 1889), proclamó: «El movimiento revolucionario en Rusia solo puede triunfar si es el movimiento revolucionario de los trabajadores. ¡Para nosotros no hay ni puede haber ningún otro camino!». ⁴⁵

Aún inclinado hacia el narodismo

Plejánov aún se sentía atraído, sin embargo, por los narodniks. En sus escritos, especialmente en aquellos de 1883 y 1884, abundan las ideas

populistas. En aquel momento no contraponía a los futuros socialdemócratas con Narodnaya Volia, sencillamente exigía que ésta última adoptara el marxismo. En *Nuestras diferencias* escribía:

Al presentar a los camaradas que trabajan en Rusia este primer intento de programa para los marxistas rusos, estamos lejos de querer competir con Narodnaya Volia; al contrario, nuestro mayor deseo es un acuerdo completo y definitivo con tal partido. Creemos que si Narodnaya Volia quiere realmente permanecer fiel a sus tradiciones revolucionarias, y arrancar el movimiento ruso de su estancamiento actual, debe convertirse en un partido marxista. ⁴⁶

A pesar de sus críticas al papel de las comunas rurales, sus concesiones al narodismo fueron notables incluso en este aspecto. Así, escribía:

Cuando llegue la hora de la victoria decisiva del partido de los trabajadores sobre las clases altas de la sociedad, será de nuevo ese partido, y solo ese partido, el que tome la iniciativa en la organización socialista de la producción nacional [...]. Las comunas rurales todavía existentes empezarán, de hecho, una transición a una forma más elevada, comunista [...]. La propiedad comunal de la tierra se convertirá no solo en algo *posible*, sino *real*, y el sueño narodista sobre el desarrollo excepcional del campesinado se hará realidad. ⁴⁷

También se comprometió con el terrorismo narodnik individual. «¿Y qué pasa con el terror? [...] De ninguna manera negamos el importante papel de la lucha terrorista en el presente movimiento de emancipación. Ha crecido de manera natural a partir de las condiciones sociales y políticas en las cuales nos encontramos, y debe, de la misma manera, promover un cambio a mejor». El Partido narodnik debía:

[...] aproximarse a la clase trabajadora, que, en la sociedad actual, es la más revolucionaria de todas [...]. Nosotros señalamos una manera de ampliar la lucha, de diversificarla, y por lo tanto de hacerla más exitosa [...]. Hay otras secciones de la población [es decir, aparte de los trabajadores] para quienes sería mucho más conveniente dedicarse a la lucha terrorista contra el gobierno. La propaganda entre

los trabajadores no elimina la necesidad de la lucha terrorista, pero ofrece oportunidades que, hasta ahora, no existían*⁴⁸

Plejánov también hacía concesiones con la actitud elitista de los *naródniks* respecto de los intelectuales:

Nuestros intelectuales socialistas se han visto obligados a dirigir el movimiento de emancipación actual, cuya tarea directa debe ser la de establecer instituciones políticas libres en nuestro país; los socialistas, junto a ellos, tienen la obligación de ofrecer a la clase trabajadora la posibilidad de un papel activo y fructífero en la futura vida política de Rusia [...]. Es por esta razón que los intelectuales socialistas tienen la obligación de organizar a los trabajadores y de prepararlos tanto como sea posible para la lucha contra el sistema de gobierno vigente y también contra los futuros partidos burgueses.⁵⁰

Plejánov introdujo el marxismo auténtico en Rusia y lo convirtió en un arma adaptada a las necesidades de la revolución. Descubrió que la clase trabajadora era la portadora de la revolución rusa. Tal paso adelante requería una perspectiva histórica amplia, que Plejánov ciertamente poseía. Era uno de los hombres más leídos, con más criterio y más culturizados de su tiempo; tenía una inteligencia poderosa y original y un talento literario brillante, y era crítico y creativo en muchos campos. Estudió materias tan diversas como química orgánica, geología, antropología, zoología y anatomía comparada. Sus investigaciones abarcaban campos tan variados como la historia y la estética, la etnografía, la literatura, la epistemología y el arte. Fue el iniciador de la crítica literaria marxista y fue el primero en extender la investigación marxista en muchos otros campos.

Es difícil concebir la importancia de la contribución de Plejánov al movimiento revolucionario ruso a menos que nos sumerjamos, en nues-

* En la edición de 1905 de *Nuestras Diferencias*, Plejánov da la siguiente explicación, poco convincente, acerca de su afirmación sobre el terrorismo de 1884: «En base a este fragmento, se ha dicho que el grupo Emancipación del Trabajo simpatizaba con el "terrorismo". Pero mientras ha existido, dicho grupo ha sostenido que el terrorismo es contraproducente para los trabajadores. En ese momento, era inútil pronunciarse contra la actividad terrorista de unos intelectuales que creían ciegamente en ella». En Plejánov, *Selected Philosophical Works*, p. 392.49

tra imaginación, en el entorno de los intelectuales radicales de los primeros años de la década de 1880, macerado en un *narodismo* santificado por décadas de lucha y sangre de mártires. Sólo entonces se puede llegar a comprender la verdadera emoción de ser el pionero, el primero en traducir el marxismo en términos rusos. Según Lenin, el primer tratado marxiano de Plejánov, *El socialismo y la lucha política*, tuvo una importancia en Rusia comparable a la del *Manifiesto comunista* en Occidente. El libro de Plejánov *Sobre el desarrollo del concepto monista de la historia* (1894), en palabras de Lenin, «formó a toda una generación de marxistas rusos». Trotski afirmó: «La generación marxista de la década de 1890 se erigía sobre los fundamentos construidos por Plejánov [...]. Después de Marx y Engels, Vladímir se lo debía casi todo a Plejánov».⁵¹

La "fuerza" del grupo Emancipación del Trabajo

Para entender por qué tardó tanto el joven Vladímir Uliánov en convertirse a las ideas de Plejánov, hay que tener en cuenta que se trataba de ideas incorpóreas, sin un movimiento que las acompañara: no había huelgas masivas ni manifestaciones con la participación de muchos seguidores. De hecho, durante diez años, en el período 1883-93, el grupo Emancipación del Trabajo existió sólo en el exilio, y constituía prácticamente la totalidad del movimiento marxista.

Y es que, al principio, el grupo consistía solo en cinco personas: Plejánov, Axelrod, Deutsch, Vera Zasúlich y V. I. Ignatov. Muy pronto se vio reducido a tres: Ignatov, que había aportado una cantidad sustanciosa de dinero para mantener a la organización, murió de tuberculosis en 1895. La enfermedad ya le había impedido, desde el comienzo, tomar una parte realmente activa en el trabajo del grupo. Deutsch fue arrestado a mediados del año 1884, mientras intentaba organizar el envío de publicaciones a Rusia. Plejánov y los otros dos miembros permanecieron, durante una década, en un aislamiento casi completo. Sí que es cierto que, a lo largo de la década de 1880, existían círculos en varias ciudades rusas que realizaban actividades con los trabajadores, pero eran tan débiles, el resultado de su trabajo tan imperceptible, y la persecución de la policía tan efectiva, que apenas pudieron establecerse en ningún sitio, y permanecieron completamente aislados los unos de los otros. Fueron necesarias varias décadas de investigaciones históricas para desenterrar la mera existencia de estos grupos, los cuales, trabajando en las más penosas

circunstancias, estaban haciendo un trabajo preliminar importante y preparaban el terreno para la extensa actividad de la década siguiente.

En 1884, un pequeño grupo de intelectuales y trabajadores, encabezado por el estudiante búlgaro Blagóiev (más adelante sería el fundador del Partido comunista búlgaro), escribía al grupo Emancipación del Trabajo: «Hemos llegado a la conclusión de que entre nuestros puntos de vista y los del grupo Emancipación del Trabajo hay mucho en común». Hablando con deferencia a sus «camaradas extranjeros, que tienen mucha más preparación literaria y más experiencia revolucionaria», el grupo de Blagóiev solicitaba establecer relaciones regulares, el envío de publicaciones, una discusión de los puntos del programa, y prometía proveer fondos. No es de extrañar que Plejánov le dijera, aliviado, a Axelrod: «No estamos sufriendo en vano». Así empezaba una colaboración que duró un año y que terminó en el invierno de 1885-86, cuando el grupo de Blagóiev, como ya había ocurrido con otros grupos, dejó de existir después de una redada policial.⁵²

Poco después de la eliminación del grupo de Blagóiev, otro grupo, llamado Círculo Tochiski empezó a crecer, pero también tuvo una existencia muy corta, confinada en el año 1888. La policía apenas había logrado liquidarlo cuando, en 1889, un nuevo grupo revolucionario apareció, conocido como Grupo Brúsnev, por su líder, un ingeniero. Entre los miembros de este grupo había algunos trabajadores prominentes, como Bogdánov, Norinski, Shélgunov, y Fiódor Afanásiev. También dejó de existir después de las redadas policiales de 1892.

En conjunto, la década de 1880 fue una época de círculos muy pequeños de propaganda marxista entre los trabajadores rusos. En general, se recuerda como un tiempo de oscuridad. El «hombre de los ochenta» era un hombre decepcionado, desalentado, apático. En el ámbito de la literatura, este estado de ánimo se expresaba perfectamente en las obras de teatro de Chéjov: el tío Vania, Ivánov, son ejemplos de la desesperación y la escasez de movimiento de esos años.

En los años ochenta hubo pocas huelgas. En el período 1881-86, solo hubo 48 huelgas⁵³, y los marxistas apenas influenciaron alguna de ellas. Un historiador de los movimientos laborales ruso escribía, justificadamente, en 1893, que hasta ese año, la agitación laboral en Rusia «no tenía conexiones en absoluto con ninguno de los grupos socialdemócratas».⁵⁴

Lo mismo, pero diferente

Para clarificar sus ideas, y para investigar su propia vinculación con el narodismo, el joven Vladímir Uliánov empezó a escribir invectivas contra los naródniks. «Es imposible desarrollar concepciones nuevas sin recurrir a la polémica», escribía dos décadas después.⁵⁵ La historia de las ideas es la historia del conflicto de ideas. Estos primeros escritos no son estudios huecos, sino que hurgan profundamente en los datos del desarrollo económico y social ruso. Por encima de todo, Lenin quería comprender la realidad de la sociedad en la que vivía, y en la que estaba destinado a participar para transformarla radicalmente.

Al final del período de Samara, un escrito de Uliánov circulaba entre los camaradas. Llevaba por título *Una discusión entre un socialdemócrata y un populista*, y era, muy probablemente, un resumen de las discusiones de Samara presentado en forma de diálogo. Desafortunadamente, ese documento se ha perdido. Después, Uliánov escribió una voluminosa reseña sobre la cuestión agraria, que tituló “Nuevos desarrollos económicos en la vida campesina (en respuesta a *Agricultura campesina en el sur de Rusia*, de V. Y. Póstnikov)”. La reseña, llena de datos estadísticos, y escrita para una revista legal, fue rechazada, quizás por su extensión, o por su afilada crítica del punto de vista naródnik, que entonces prevalecía. Uliánov leyó su manuscrito ante los miembros del círculo de estudio de Samara, donde inmediatamente estableció su autoridad. Una de las dos copias manuscritas de la reseña ha llegado hasta nosotros, gracias a los más infatigables coleccionistas de manuscritos revolucionarios: los miembros de la policía secreta zarista. Se trata de un análisis muy maduro e inusualmente penetrante del panorama social y económico de la Rusia rural, a pesar de que, por aquel entonces, Uliánov tenía solo 23 años. Gran parte de ese escrito se incorporaría después al libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, escrito media década más tarde.

La tercera obra escrita por Uliánov fue otro ataque a los naródniks. Se titulaba *Sobre la llamada cuestión del mercado*, y la escribió en Petersburgo durante el otoño de 1893. Lenin explicó por primera vez sus puntos principales en el encuentro de un círculo marxista, en el cual se discutía la conferencia que había dado otro joven marxista, G. B. Krasin, llamada “La cuestión del mercado”. Según los participantes, el trabajo de Lenin impresionó mucho a todos los presentes.⁵⁶ El documento muestra una comprensión muy lúcida del segundo volumen de *El Capital* de

Marx. Se trata de una crítica excelente y certera de la teoría de V. V. sobre la imposibilidad de un desarrollo "extensivo" de la industria en Rusia por falta de mercados. La única copia de este manuscrito se consideró perdida durante mucho tiempo, pero se recuperó, de hecho, en 1937.

El principal escrito de Lenin en 1894 fue un trabajo titulado *Quiénes son los "Amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas (una respuesta a los artículos del "Rúskoie Bogatstvo" en oposición a los marxistas)*. Circulaba en tres gruesos cuadernos, cuidadosamente escritos, que crearon una agitación considerable entre los pocos marxistas de Petersburgo, y pronto fueron hectografiados y pasaban de mano en mano. Solo la primera y la tercera parte del trabajo han sobrevivido, y ocupan 199 páginas en las *Obras completas* de Lenin (cuarta edición rusa). Cuesta hacerse una idea de la cantidad de trabajo que suponía escribir todo esto a mano, primero muy pulcramente en los cuadernos, y después otra vez, letra por letra, en las hojas hectografiadas.

Su siguiente obra importante, escrita entre finales de 1894 y principios de 1895, era de nuevo una crítica de los naródniks: *Los contenidos económicos del narodismo y la crítica de los mismos en el libro del señor Struve (El reflejo del marxismo en la literatura burguesa)*. P. Struve, *Apuntes críticos acerca del desarrollo económico de Rusia, San Petersburgo, 1894*. También éste era un trabajo voluminoso, que ocupa 166 páginas en las *Obras completas*. Fue el primer escrito suyo que se publicó, pero fue confiscado por la policía y solo sobrevivieron unas pocas copias.

Durante lo que quedaba de 1895 y 1896, Uliánov no escribió nada más contra los naródniks. Pero en 1897 compuso otro ataque mayor contra ellos, de 118 páginas, titulado *Una caracterización del romanticismo económico (Sismondi y nuestros Sismondís nativos)*. Por último apareció su obra teórica principal, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, que prácticamente ocupa todo el volumen tercero de sus *Obras* (535 páginas). Se trata de un análisis marxista del desarrollo económico de Rusia que ataca las posiciones de los naródniks. Toda la investigación y la escritura del libro tuvo lugar mientras estaba bajo tutela policial: primero en la cárcel, y después en Siberia. Consultó 299 libros en ruso y 38 estudios extranjeros en alemán, francés e inglés (o en su traducción rusa), que adquiría o pedía prestados por correo de bibliotecas lejanas

* *Rúskoie Bogatstvo* era una de las principales revistas de economía, sociología, filosofía y literatura, que editaba el teórico veterano más prominente de los naródniks, N. K. Mijáilovski.

mientras vivía en la cárcel o en Siberia. El libro apareció durante el último año de su exilio en Siberia (1899), y lo firmaba V. Ilin.

En muchos aspectos, estas obras seguían el camino abierto por Plejánov. Lenin nunca dejó de expresar su gratitud por la deuda intelectual que tenía con él. Lo que menos le importaba era buscar ser original, y probablemente recordaba las palabras de su gran maestro e inspirador, Chernishevski:

La preocupación por la originalidad destruye la misma originalidad. Solo aquellos que no se paran a pensar en la posibilidad de su independencia consiguen la verdadera independencia. Solo los débiles hablan de su firmeza de carácter, y solo el hombre que teme que le confundan fácilmente tiene miedo de exponerse a la influencia de los demás. La preocupación actual por la originalidad es una preocupación de forma. Un hombre con verdadero contenido no debe preocuparse indebidamente por la originalidad. La preocupación por la forma lleva a fabricaciones vacías y carentes de base.⁵⁷

Sin embargo, en algunos aspectos, los escritos de Lenin contra los naródniks son realmente originales, y radicalmente diferentes a los de Plejánov. Por un lado, el joven alumno no tenía los vastos conocimientos históricos del viejo maestro: mientras que Plejánov utilizaba ejemplos históricos de diferentes países, investigaciones antropológicas sobre el destino de las comunas primitivas, etc., en Lenin no había nada de esto. Sus obras tampoco tienen la misma riqueza de alusiones culturales y literarias, ni la brillantez de estilo de Plejánov. Pero por otro lado, la comprensión de Lenin de la realidad económica y social es muy superior: el análisis detallado de los datos estadísticos de la situación real es mejor que todo lo que escribió Plejánov. Su profundización en las complicadísimas formas de esclavitud feudal que siguieron al establecimiento de las nuevas relaciones capitalistas en el campo no tiene parangón. Aunque era todavía un discípulo, Uliánov elaboró una gama propia y diferenciada de ideas, desviándose de su maestro en dos puntos interrelacionados y, como se vería en el futuro, decisivos: 1) su actitud ante el desarrollo capitalista como tal, y 2) su actitud hacia los naródniks.

Las diferencias con respecto al primer punto son claras en *Los contenidos económicos y la crítica de los mismos en el libro del señor Struve*. Para apreciarlas, tenemos que comprender el fondo en el que se enmarcaba

el libro cuando apareció. Durante mucho tiempo, las autoridades zaristas se despreocuparon del marxismo, por lo que, durante las décadas de 1870-80, los volúmenes primero y segundo de *El Capital* de Marx pasaron la censura zarista.

«Se puede decir con certeza», declaraba el censor Skuratov en 1872, en el informe del primer volumen de *El Capital*, «que en Rusia solo un puñado de personas leerán el libro, y serán todavía menos las que [lo] entenderán». Las autoridades de Alejandro III también aprobaron sin dudar el segundo volumen incensurado —apareció una edición rusa en 1885—, ya que se trataba, «en contenido y en forma, de un estudio económico riguroso, comprensible solo para el especialista».⁵⁸

Para alentar la lucha contra los *naródniks*, en los cuales el zar veía a sus principales enemigos, el “marxismo legal” fue permitido a mediados de la década de 1890. Ya en la década de 1880, un agente de la policía secreta aconsejó a sus superiores que dejaran que se consolidara una fuerza marxista para contrarrestar a los *naródniks*, más peligrosos. Dado que la mayoría de escritos marxistas desacreditaban de una forma u otra a los *naródniks*, los oficiales supusieron que el marxismo ayudaría a eliminar la mayor ideología opositora. Por lo que respecta a los propios marxistas, el gobierno no anticipaba que fueran a dar ningún problema. Por ejemplo, un coronel de la policía de Nizhni-Nóvgorod afirmó que los marxistas «no eran peligrosos en el momento presente»; y un fiscal de Petersburgo consideró que eran, «por ahora, solo teóricos».⁵⁹

En 1894, Peter Struve elaboró una obra de clara orientación marxista, titulada *Notas críticas sobre el desarrollo económico en Rusia*, y el censor permitió su publicación. Cuando vio la luz, en septiembre de 1894, empezaba el período del “marxismo legal”, que continuaría durante los cinco años siguientes.

A pesar de que Lenin se aprovechó del espacio legal para publicar literatura marxista, como hizo con su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, desde el principio quiso desmarcarse claramente del principal marxista legal, Struve: el libro de éste último era un ataque feroz contra el *narodismo*, pero también una apología del capitalismo.

Plejánov, sin embargo, sólo le dedicaba alabanzas. Como Struve, también él pasaba mayormente por alto los aspectos trágicos, dolorosos y contradictorios del desarrollo del capitalismo en Rusia. A menudo escribía casi como un ferviente defensor de la industrialización capitalista. Contra el “subjetivismo” de los *naródniks*, él presentaba un “obje-

tivismo” rígido, y creía que los socialistas científicos luchaban por el socialismo no porque se debiera llegar a él, sino porque se trataba de la siguiente etapa en la magnífica e irresistible marcha de la historia.⁶⁰ «El socialdemócrata nada en la corriente de la historia»⁶¹, y las causas del desarrollo histórico «no tienen nada que ver con la voluntad humana o la conciencia»⁶². Gramsci acusó a Plejánov, y con bastante razón, de «recaer en el materialismo más vulgar»⁶³. Conforme a esta actitud suya, Plejánov podía citar con aprobación las siguientes palabras de Struve: «Debemos concluir que nos falta cultura, y que debemos acudir a la escuela del capitalismo».⁶⁴

Aunque Lenin no es menos crítico con los *naródniks* que Struve o Plejánov, su actitud hacia ellos es radicalmente distinta. Al principio de su ensayo sobre el contenido económico del *narodismo*, y de la crítica del mismo en el libro de Struve, Lenin deja claro que el marxismo no tiene nada en común con «la creencia de que cada país debe pasar inevitablemente por una fase de capitalismo» ni con ninguna idea errónea parecida.⁶⁵

El marxismo sólo se basa en los hechos de la realidad y de la historia rusa; es también [como el *narodismo*] la ideología de la clase trabajadora; pero explica de modo muy distinto el desarrollo y las victorias del capitalismo ruso, hechos por todos conocidos, y entiende de un modo muy distinto las tareas que la realidad de este país plantea a los ideólogos de los productores directos.⁶⁶

Lenin atacaba duramente a Struve por su «estrecho objetivismo», que:

[...] se limita a demostrar la inevitabilidad y la necesidad del proceso, y no hace ningún esfuerzo por descubrir en cada fase concreta de este proceso la forma de antagonismo de clases que le es inherente; objetivismo que caracteriza el proceso en general, pero no las clases antagonicas por separado, de cuya lucha nace el proceso en cuestión.⁶⁷

Al demostrar la necesidad de una determinada serie de hechos, el objetivista siempre corre el riesgo de convertirse en un apologeta de estos hechos.⁶⁸

Contra esto, Lenin propone el método de los materialistas, que «pone al desnudo las contradicciones de clase y, al proceder así, fija ya su posición».⁶⁹

Para Lenin, el capitalismo era progresista comparado con el feudalismo, porque el capitalismo nace con la semilla de su propia destrucción. El capitalismo puede despertar a millones de personas del torpor feudal y organizarlas, y es aquí donde reside su progresismo. Y la tarea clave de los marxistas es la de impulsar y agudizar la lucha de clases del proletariado contra los capitalistas.

Plejánov y Axelrod, por su parte, criticaron el artículo de Lenin sobre Struve, porque era, a sus ojos, demasiado duro hacia la burguesía liberal. Así describe Axelrod, en sus memorias, una discusión con Lenin:

«Muestra exactamente la tendencia opuesta a la que yo quería expresar en mi artículo», le dije. «Yo [...] quería demostrar que, en un momento histórico dado, los intereses inmediatos del proletariado ruso coinciden con los intereses vitales de los demás elementos progresistas de la sociedad [...]. Ambos se enfrentan al mismo problema urgente [...], el derrocamiento del absolutismo».

Uliánov sonrió, y dijo: «Sabe, Plejánov hizo exactamente la misma observación que usted sobre mis artículos, y lo expresó de una manera muy pintoresca: “Usted”, me dijo, “se vuelve y muestra el trasero a los liberales, mientras nosotros les mostramos la cara”».⁷⁰

Este desacuerdo anticipaba el futuro antagonismo entre Lenin, por un lado, y Plejánov y Axelrod, por el otro, respecto de la actitud hacia los liberales. Si leemos detenidamente *El socialismo y la lucha política* de Plejánov, podremos predecir la relación que su autor acabaría teniendo con ellos. En el panfleto siguiente afirmaba que se debían limitar los objetivos de la revolución antizarista a la «exigencia de una constitución democrática»:

Sin tratar de asustar a nadie con el todavía remoto “espectro rojo”, un programa político de estas características se ganaría, para nuestro partido revolucionario, la aprobación de todos aquellos que no fueran enemigos sistemáticos de la democracia. Podrían apostar por él muchos representantes de nuestro liberalismo, además

de los socialistas [...]. Entonces, los intereses de los liberales les “forzarían” a actuar “conjuntamente con los socialistas en contra del gobierno”, porque dejarían de encontrarse, en las publicaciones revolucionarias, con la afirmación de que el derrocamiento del absolutismo sería una señal para el comienzo de la revolución social en Rusia. Al mismo tiempo, otro sector menos tímido y más sobrio de la sociedad liberal dejaría de ver a los revolucionarios como jóvenes poco prácticos que se ponen objetivos irrealizables y fantásticos. Este punto de vista, que es contraproducente para los revolucionarios, sería desplazado a favor del respeto de la sociedad, que se daría cuenta del heroísmo de los revolucionarios, y también de su madurez política. Esta aprobación crecería gradualmente hasta convertirse en un respaldo activo o, más probablemente, en un movimiento social independiente, y entonces el absolutismo tendría las horas contadas.⁷¹

La actitud de Lenin hacia los *naródniks*, como se ha dicho, también difería de la de Plejánov. Aunque el Lenin de 1893-95 establecía unas líneas muy claras de demarcación entre él y los *naródniks* (mucho más que las de Plejánov en 1883-84), nunca olvidó que el *narodismo* tenía un aspecto progresista, democrático y revolucionario. Plejánov, por su lado, después de romper completamente con el *narodismo* ya no veía nada progresista en él.

Es claro [afirmaba Lenin] que sería absolutamente erróneo desechar todo el programa de los populistas [*naródniks*] sin analizarlo. Hay que diferenciar claramente sus aspectos reaccionarios y progresistas. El *narodismo* es reaccionario en cuanto propone medidas que sujetan al campesino a la tierra y a los viejos modos de producción, como la inalienabilidad de las parcelas, etc.; en cuanto quiere frenar el desarrollo de la economía monetaria [...]. Pero hay otros puntos relativos a la autoadministración, [...] a la “elevación” de la economía “popular” (es decir, pequeña) mediante créditos baratos, mejoras técnicas, regulación del mercado, etc. etc. [...] estas medidas democráticas de carácter general son progresistas [...]. El *naródnik* es en teoría algo así como Jano, que con una cara mira al pasado y con la otra al porvenir, como lo es en la vida real el pequeño productor, que con una cara mira al pasado, movido por el deseo de fortalecer su pequeña ha-

cienda —sin saber ni querer saber nada del sistema económico general, ni de la necesidad de tener en cuenta a la clase que lo gobierna—, y con la otra mira al porvenir, adoptando una actitud hostil hacia el capitalismo, que lo arruina.⁷²

Durante muchos años, como veremos más adelante, Lenin luchó por conseguir una alianza, pero no con los liberales del Partido cadete, como proponía Plejánov, sino con los trúdoviks, los herederos pequeño-burgueses del narodismo. En 1912, Lenin señaló la conexión entre el bolchevismo y el intento de extraer del narodismo su «valioso grano democrático»:

Claro está que los marxistas deben separar cuidadosamente la paja de las utopías paródicas del grano bueno y valioso del espíritu democrático sincero, decidido y combativo de las masas campesinas. En las viejas publicaciones marxistas de la década de 1880 puede observarse la tendencia sistemática a destacar este valioso grano democrático. Ya estudiarán sistemáticamente algún día esta tendencia los historiadores y analizarán qué relación guarda con lo que ha recibido el nombre de “bolchevismo” en el primer decenio del siglo XX.⁷³

Al luchar contra el narodismo como falsa doctrina del *socialismo*, los mencheviques pasaron por alto, de una manera doctrinaria, el contenido histórico real e históricamente progresista del narodismo como teoría de la lucha *pequeño-burguesa* de masas del capitalismo democrático contra el capitalismo liberal terrateniente [...]. De ahí su idea monstruosa, idiota y apóstata [...] de que el *movimiento* campesino es reaccionario, de que un demócrata constitucionalista [cadete] es más progresista que un trúdovik.⁷⁴

Una y otra vez, Lenin decía: «Los socialdemócratas rusos siempre han reconocido la necesidad de extraer y absorber el aspecto revolucionario de la doctrina y la tendencia narodniks».⁷⁵

En *¿Qué hacer?* (1902), Lenin afirmaba que los marxistas revolucionarios tampoco debían pasar por alto los logros positivos de los narodniks por lo que respecta a la estructura organizativa:

La magnífica organización de los revolucionarios de la década de 1870 [...] debería servirnos a todos de modelo [...]. Una organi-

zación combativa centralizada que declare una guerra sin cuartel al zarismo [...] no puede prescindir de semejante organización [...]. Sólo la más burda incompreensión del marxismo (o su “compreensión” en sentido “struvista”) ha podido dar lugar a la opinión de que la aparición de un movimiento obrero espontáneo de masas nos *exime* de la obligación de fundar una organización de revolucionarios tan buena como la de los partidos de Tierra y Libertad [Zemlia i Volia] o de crear otra incomparablemente mejor.⁷⁶

Nos encontraremos de nuevo con Plejánov, primero como maestro de Lenin, después como su colega más experimentado, y finalmente como su oponente más implacable. De todas formas, el alumno, desde el principio, mostró su independencia respecto al maestro, incluso cuando repetía y reafirmaba los argumentos del marxismo ruso contra el narodismo.

En anticipación

En realidad, tiene poco interés detectar la influencia de Plejánov o de cualquier otra persona en el joven Uliánov; ya que lo que de verdad importa no es qué se adquiere, sino qué se hace con los elementos adquiridos, y eso depende de las experiencias y de la historia del individuo en cuestión, y de sus acciones en la lucha.

La ruptura de Vladímir Uliánov con el narodismo, su posición original en relación al liberalismo de Struve, y su actitud dialéctica —es decir, su respaldo crítico al narodismo en la medida en que éste era un movimiento revolucionario democrático—, serán básicas en todo su desarrollo posterior. A lo largo de toda su carrera política, Lenin consideró fundamental la relación de los socialistas revolucionarios con tres clases sociales: el proletariado, el campesinado y la burguesía.

Los argumentos de Lenin de este período contienen ya, en fase embrionaria, los temas centrales de su desarrollo teórico posterior: la oposición implacable a la burguesía liberal, la hegemonía del proletariado sobre el campesinado, y la alianza del proletariado de los países industriales con el movimiento de liberación nacional de las colonias, que es, en gran medida, un movimiento campesino. Siendo pequeño-burgueses, los campesinos oscilan entre el proletariado y la burguesía; son revolucionarios en la medida en que luchan contra el feudalismo

y el imperialismo, y reaccionarios porque se aferran a la pequeña propiedad privada. El proletariado debe aliarse con el campesinado pero, al mismo tiempo, mantenerse separado de él. Debe liderarlo sin fusionarse con él, sin compartir sus vacilaciones. En la actitud de Lenin, el marxismo occidental se funde con las tradiciones nacionales rusas de lucha revolucionaria que llevaban a cabo los *naródniks*.

Marx escribió: «Hasta ahora, los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo, pero lo que hay que hacer es cambiarlo». Lenin aportó para esa tarea no solo su pasión personal y su activismo, sino también las tradiciones heroicas de los *naródniks*. Uno de los grandes héroes del *narodismo*, Zheliábov (el organizador del asesinato de Alejandro II), dijo: «La historia se mueve muy despacio, hay que empujarla un poco». Lenin estaba preparado para dar ese empujón: representaba el proletariado ruso, una clase joven, muy cercana al campesinado, pero sin los grilletes de la rutina y el conservadurismo, valiente y atrevida, porque fuera de su clase había millones de personas —los campesinos— que también vivían oprimidos, sin derechos, pasando hambre, humillados. Cuando el proletariado lucha por la democracia no lucha solo por sus intereses de clase, sino como representante de toda la masa del pueblo y, por encima de todos, del campesinado. Al contrario de la posición *naródnik*, de “mezclarse con el pueblo”, el proletariado tenía que ser el líder rural. Pero ahora estamos adelantando la historia del presente libro.

Capítulo 2

Del círculo de estudio marxista a la lucha obrera

El 31 de agosto de 1893, Vladímir Uliánov llegó a San Petersburgo, y en el otoño del mismo año se unió a un círculo marxista de estudiantes del Instituto tecnológico (G. M. Krzhizhanovski, S. I. Rádchenko, V. V. Starkov, G. B. Krasin y otros). Como hemos visto anteriormente, durante la primavera de 1892 la policía había arrestado a muchos de los miembros del grupo Brúsnev en San Petersburgo. Sin embargo, unos cuantos trabajadores que habían sido miembros del grupo siguieron en libertad, y una organización obrera, bastante dispersa e informal, logró sobrevivir. Se componía principalmente, si no enteramente, de trabajadores, cuyo objetivo central era el estudio. Los trabajadores que se unían a los círculos (*kruzhki*) tenían una sed insaciable de conocimientos. Plejánov describe así al tipo de trabajador que se unía a estos grupos:

Después de trabajar en la fábrica diez u once horas diarias, y después de haber llegado a casa no antes del anochecer, el obrero se sentaba ante sus libros hasta la una de la madrugada [...]. La variedad y la abundancia de cuestiones teóricas que le interesaban me dejaban boquiabierto [...]. Economía política, química, asuntos sociales y la teoría de Darwin ocupaban su atención [...]. Habría necesitado décadas para saciar su sed intelectual.¹

Cuando pregunté a los obreros qué buscaban, exactamente, en los escritos revolucionarios, me encontré ante las respuestas más diversas. En la mayoría de casos, querían una solución para aquellos problemas que, por alguna razón, eran de especial interés para mi oyente individual en ese determinado momento. En la mente de los trabajadores tales problemas crecían enormemente, y cada trabajador tenía sus preguntas favoritas, según su carácter y sus inclinaciones. Uno de ellos estaba especialmente interesado por el problema de Dios y afirmaba que las publicaciones revolucio-

narias debían emplear gran parte de sus esfuerzos en destruir las creencias religiosas de la gente. A otros les interesaban los problemas políticos o históricos, o las ciencias naturales. Entre mis conocidos de las fábricas, también había un individuo especialmente interesado en la cuestión de la mujer.²

Los dirigentes de un grupo de estudio socialista de trabajadores judíos intentaron instruir a los trabajadores sobre un amplio abanico de materias. Así, León Bernshtein, en Vilna, enseñaba a sus alumnos «cómo se creó el mundo, el sol, la tierra, los mares y los volcanes», y también «cómo había vivido y vivía la gente, empezando por las tribus salvajes y acabando con los ingleses, su Parlamento y sus sindicatos». En otro círculo, «entre las materias que se discutía había la aparición de las clases sociales, la esclavitud, la servidumbre y el capitalismo. Los miembros del círculo estudiaban a Darwin y a Mill y leían las obras maestras de la literatura rusa».³

Un historiador del movimiento obrero ruso de ese período escribe:

Esos trabajadores veían en el aprendizaje y la alfabetización una salida a su desesperada situación social, por eso aprovechaban con entusiasmo las oportunidades que les brindaban los *kruzhki*. Algunos de los trabajadores más perspicaces no solo llegaron a dominar las herramientas básicas para aprender, sino que mostraron, además, un agudo interés por la “ciencia” y por la comprensión científica del mundo que les rodeaba.⁴

Un trabajador, en un discurso que dirigió a sus camaradas en una celebración secreta del Primero de Mayo de 1891, resumía con viveza el enfoque prevalente entre los miembros de un círculo de estudio:

En este momento, lo único que podemos hacer es dedicarnos con devoción a educar y a organizar a los trabajadores, una tarea que —espero— podremos echar adelante a pesar de las amenazas y los obstáculos que nos pone nuestro gobierno. Para que nuestros esfuerzos den su fruto, debemos hacer todo lo que podamos para educarnos y educar a otros, intelectual y moralmente. Debemos trabajar en ello con todas nuestras energías, para que la gente a nuestro alrededor nos considere hombres inteligentes, honestos y valientes, para que tengan más con-

fianza en nosotros y nos tomen como ejemplo para sí mismos y para otros.⁵

En la práctica, el *kruzhki* confiaba en la diseminación pacífica de las ideas marxistas para hacer avanzar el progreso de la revolución.

Los círculos estaban pensados como escuelas de socialismo, pero a veces los trabajadores las consideraban sencillamente escuelas, y ponían todas sus esperanzas en el aprendizaje, prestando poca atención a las doctrinas revolucionarias. En 1892, un trabajador de Vilna expresaba muy bien dicha actitud: «Como una madre devota, el conocimiento nos guiará pacíficamente sobre el mar del miedo y el dolor hasta la orilla de la vida».⁶

Las perspectivas de los trabajadores eran vagas. Uno de los primeros marxistas rusos, y el fundador del primer círculo marxista en Nizhni-Nóvgorod, P. N. Skvortsov, tenía un punto de vista típico. Un alumno suyo, Mitskévich, describía así su actitud:

Tuvimos largas conversaciones acerca del futuro del movimiento de los trabajadores. Cuánto era abstracta la manera como concebíamos las formas futuras del movimiento, se puede percibir en las perspectivas esbozadas por Skvortsov: gradualmente, el número de obreros que estudian las obras de Marx crecerá; y esos obreros atraerán todavía más obreros a los círculos de estudio. Con un poco de tiempo, toda Rusia se llenará de estos *kruzhki*, y entonces formaremos un partido socialista obrero. Qué tareas tendría que realizar dicho partido, y cómo tendría que llevar a cabo sus luchas, eran cuestiones que no estaban muy claras.⁷

Las reglas oficiales de la “Unión de trabajadores” socialdemócrata de Ivánovo-Voznesensk definían a sus miembros como «individuos que piensan de manera crítica, y que tratan de hacer posible el progreso de la humanidad», y declaraban que su objetivo principal era «hacer propaganda entre el sector más culturizado de la población trabajadora de ambos sexos».⁸

Lo que era todavía peor es que muchos miembros de los círculos se iban alienando de sus compañeros de trabajo: «Como resultado de la exposición prolongada a la dieta intelectual del mundo socialista,

muchos trabajadores acababan por ser indistinguibles de los intelectuales, en cuanto a perspectivas y a la profundidad y la variedad de sus conocimientos».⁹

Los trabajadores "avanzados", que provenían principalmente de los sectores especializados, estaban tan alienados del trabajador medio como los intelectuales. Hablaban con un lenguaje más culto que sus compañeros, se vanagloriaban de sus conocimientos académicos y se vestían con más cuidado incluso que la intelectualidad democrática. Dado que muchos de ellos no fumaban, bebían, ni blasfemaban, se les confundía a veces con los pashkovitas [miembros de una secta bíblica], y se convertían en objeto de burla por parte de sus compañeros. Y lo que es más alarmante, tendían a mantenerse apartados de las huelgas y de otras formas básicas de protesta, que se estaban volviendo muy frecuentes.¹⁰

Como decía Márkov, los trabajadores de los círculos:

[...] se veían a sí mismos como individuos que emergían de una multitud atrasada y creaban un nuevo ambiente cultural. Pero el problema principal no era este, sino que, con dicho punto de vista, contemplaban el proceso de una futura insurgencia de su clase de una manera excesivamente simplista. Creían que tal cosa sucedería gracias a la extensión de los conocimientos y los nuevos conceptos morales que ellos mismos habían adquirido en los círculos y a través de la lectura. Después de discutir con ellos, llegamos a la sorprendente conclusión de que todo su pensamiento social era idealista, que su socialismo era aún enteramente abstracto y utópico, y que la idea de utilizar la lucha de clases para transformar ese medio no culturizado —contra el cual ellos habían reaccionado a través de su propio despertar social— todavía les era absolutamente ajena.¹¹

Algunos trabajadores adquirieron, incluso, «una especie de actitud condescendiente y de desprecio hacia las masas que, se podría decir, no consideraban dignas de las enseñanzas socialistas». Los círculos eran, para muchos, solo «una manera de adquirir conocimientos, y una vía de escape de las condiciones deprimentes en que vivían las masas trabajadoras».¹²

Hacia la agitación

La hambruna de 1891 llevó a Plejánov a intentar, sin mucho éxito, empezar un nuevo episodio del movimiento marxista: se trataba de pasar del trabajo de los círculos a la agitación de masas. En su panfleto *Sobre las tareas de los socialistas durante la hambruna en Rusia*, afirmaba que los marxistas debían desarrollar su trabajo educativo entre el proletariado en dos niveles: la "propaganda" y la "agitación". «Una secta», explicaba, «puede considerar suficiente la propaganda en el sentido estricto de la palabra; un partido político, nunca [...]. Un propagandista da muchas ideas a una o a pocas personas, mientras que un agitador da una o pocas ideas a grandes masas de gente [...]. Y sin embargo, la historia la hacen las masas».¹³

En resumen, en vez de restringirse a «la organización de los círculos socialistas de trabajadores», los revolucionarios debían ir más allá, hacia afuera, y avivar el descontento de las masas con consignas políticas y "económicas", como la demanda de la jornada laboral de ocho horas. Demandas de este tipo atraerían a todos los trabajadores al movimiento socialista. «Así, todos los trabajadores —incluso los más reacios— se convencerán claramente de que llevar a cabo al menos algunas de las medidas socialistas es bueno para la clase trabajadora [...]. Reformas económicas como la reducción de la jornada laboral son buenas aunque solo sea porque conllevan un beneficio directo para los trabajadores». «Formular demandas económicas adecuadas en el momento presente» era el deber del partido.¹⁴

La llamada de Plejánov no obtuvo respuesta entre los trabajadores rusos. Sin embargo, sí que hubo respuesta entre los trabajadores judíos de la parte occidental del Imperio ruso, en Polonia. En general, el movimiento socialista polaco iba muy por delante del ruso. Tal como decía el historiador soviético S. N. Valk: «El movimiento socialista en Polonia, desde sus inicios, era un movimiento de trabajadores y un movimiento de masas, en claro contraste con el movimiento socialista revolucionario ruso, en el que quien marcaba las pautas eran los intelectuales y los círculos».¹⁵ En mayo de 1891 hubo una oleada de huelgas en muchas ciudades polacas, que llegaría a su clímax el año siguiente con la huelga general de Lódz.

Los socialistas judíos también destacaban en la tarea de organizar la agitación. En las regiones con mucha población judía, las huelgas se volvieron frecuentes, llegando a un pico en 1895, en una huelga de la

industria textil de Bialistok, en la cual participaron al menos unos 15.000 trabajadores. De hecho, también en cuanto a organización sindical los trabajadores judíos iban muy por delante de los trabajadores rusos. Mientras que, en una fecha tan tardía como 1907, sólo un siete por ciento de los trabajadores de San Petersburgo estaban organizados en un sindicato¹⁶, en 1900, el 20 por ciento de los trabajadores judíos de Bialistok estaban sindicados; en Vilna, el 24 por ciento; en Gomel, el 40 por ciento; y en Minsk, el 25-40 por ciento.¹⁷

No es, por lo tanto, sorprendente que la llamada de Plejánov a la agitación entre los trabajadores fuera escuchada en primer lugar por los socialistas judíos, que más tarde se organizarían alrededor del Bund judío. En 1894, A. Kremer, un dirigente de la organización socialista judía, escribió un panfleto, *Ob Agitatsii* (Sobre la agitación), en colaboración con Márkov. *Ob Agitatsii* condenaba duramente la preocupación por la "autoperfección" que tenían los miembros de los círculos marxistas. «Son precisamente los trabajadores socialdemócratas, en la mayor parte, los que apoyan la misma cosa (la propaganda del círculo) que nosotros condenamos por inútil». Repasando los logros de la *kruzhkóvshchina**, el panfleto afirmaba que «de esa forma, solo los trabajadores superiores, los más capaces, han obtenido unos conocimientos teóricos, los cuales asocian de una manera muy superficial a la vida real y a las condiciones que les rodean [...]. La lucha de los trabajadores por el conocimiento, para escapar de la oscuridad, se explotaba con el propósito de endilgarles las nociones generales y los principios del socialismo científico».¹⁸

El objetivo no era crear intelectuales-obreros alienados de la clase trabajadora, sino entrenar a agitadores. La masa de los trabajadores no podía educarse sobre el socialismo a través de la actividad intelectual abstracta. «Las masas se unen a la lucha no por consideraciones intelectuales, sino a causa del curso objetivo de los acontecimientos».¹⁹

La lucha [económica][...] enseña a los trabajadores a defender sus propios intereses, aumenta su coraje, les da confianza en su propia fuerza y la conciencia de la necesidad de unirse; pone ante ellos tareas más vitales que requieren una solución. De esa forma la clase trabajadora se prepara para una lucha más seria, y procede

* Término para referirse al conjunto de círculos de estudio o *kruzhki*. (N. de la T.)

a acatar esas cuestiones vitales. La lucha de clases, de esta forma más consciente, prepara el terreno para la agitación política, cuyo objetivo es el cambio de las condiciones políticas existentes para favorecer a la clase trabajadora. El resto del programa de la socialdemocracia se hace evidente por sí mismo [...]».²⁰

Para conseguir captar esa cuestión trivial capaz de movilizar a los trabajadores para la lucha, es necesario entender qué abusos atraen más fácilmente el interés de los trabajadores, hay que escoger el momento más favorable para empezar y conocer qué métodos de lucha, con las condiciones dadas de tiempo y de espacio, serán más efectivos. Tales conocimientos requieren del agitador un contacto constante con las masas de las fábricas, un seguimiento continuo de los acontecimientos de un determinado sector de la industria. En cada fábrica hay innumerables abusos, y el trabajador puede interesarse por los detalles más insignificantes. Discernir precisamente en qué momento impulsar una determinada demanda, saber a priori cuáles pueden ser las complicaciones posibles, etc., esas son las verdaderas tareas del agitador [...]. El conocimiento de las condiciones de vida, de los sentimientos de las masas [...] le convertirán en su líder de manera natural.²¹

El papel de los socialistas como dirigentes de las masas se definía así:

La tarea de los socialdemócratas es hacer una agitación constante entre los trabajadores de las fábricas, basada en sus demandas y necesidades cotidianas [...]. Está claro que las ideas socialdemócratas del agitador determinarán el camino por el cual guiará a la gente. El agitador siempre debe estar un paso por delante de las masas, debe iluminarles la lucha, explicarles, de una manera general, que sus intereses [y los de sus patrones] son irreconciliables; expandiendo así los horizontes de las masas.²²

Ob Agitatsii tenía una teoría mecánica acerca de la relación entre la lucha industrial, la lucha contra los patrones y la lucha política contra el zarismo, basada en el concepto de "etapas". En años posteriores, esta teoría vino a ser el fundamento teórico para el desarrollo del "economismo" que tan duramente condenaría Lenin. Así, el panfleto decía:

Absteniéndose, por el momento, de presentar objetivos más amplios a las masas, la socialdemocracia debía dejar que fuera la misma experiencia de la lucha la que produjera el enfrentamiento de los trabajadores, no ya con sus patrones individuales, sino con toda la clase burguesa y con el poder gubernamental que había tras ella. Sobre la base de esta experiencia debía ampliar y profundizar su agitación.²³

La reacción inicial de los miembros de los círculos a *Ob Agitatsii* fue, en muchos casos, muy hostil. Mártoov escribió que los representantes de los círculos socialdemócratas de Kiev y Jártov que visitaron Vilna se posicionaron contra la agitación. Uno de ellos afirmaba que sería una «infracción del sistema de conspiración estricta que habían tardado años en construir, sistema del que dependía todo el entramado de propaganda de los círculos». Otro objetó que la agitación «solo rozaba la conciencia del proletariado», mientras que la tarea verdadera de la socialdemocracia consistía en entrenar a una «vanguardia de trabajadores con conciencia de clase», término con el que ellos querían decir «unos marxistas-obreros completos, instruidos».²⁴ Akímov, un cronista temprano del movimiento, citaba a un trabajador, miembro de uno de los círculos marxistas, que decía: «Los folletos son una pérdida de tiempo. ¿Qué es lo que puedes explicar en un solo folleto? Al obrero debería dársele un libro, no un folleto. Al obrero hay que instruírsele. ¡Hay que hacer que se una a un círculo!».²⁵

Un camarada de Kiev relataba:

Fui a ver a una trabajadora y la encontré llorando. Le pregunté qué era lo que la preocupaba, y me dijo que algunos de sus amigos, antiguos miembros de un círculo de trabajadores, le habían hecho una visita y la habían ridiculizado por atreverse a hacer discursos sin haber pasado ella misma por el entrenamiento de los círculos: «Parece que te han convertido en una especie de agitadora socialdemócrata a medio terminar, ¿no es así? ¡Deberías estudiar un poco tú misma, antes de querer enseñar nada!».²⁶

Un trabajador, Abram Gordon, escribió un panfleto que tituló *Carta a los intelectuales*, y en él recordaba a los intelectuales socialdemócratas que su deber era servir a los trabajadores, no usarlos como «la carne de cañón de la revolución». Denunciaba también que la agitación

no era más que otro intento de mantener a los trabajadores en la semi-ignorancia y perpetuar su dependencia de los líderes intelectuales de origen burgués.²⁷

Criticando esa actitud, Akímov decía que estos trabajadores:

[...] no lograban entender la profunda importancia del cambio de táctica. Les parecía que si se abandonaba la actividad propagandística de los círculos de trabajadores, los intelectuales estaban renunciando a su labor cultural e intentando explotar el movimiento elemental inconsciente de las masas trabajadoras, a las que veían como mera «carne de cañón». De hecho, los trabajadores pertenecientes a los círculos demostraron ser menos democráticos que los revolucionarios que provenían del ámbito intelectual. Se creían superiores a las masas y les irritaba la aparición de trabajadores ignorantes en las reuniones. Como resultado, sectores enteros, como el de los compositores tipográficos, que hasta aquel momento habían marcado el ritmo, se retiraron del movimiento».²⁸

Muchos de los trabajadores que pertenecían a los círculos «consideraban que la autoeducación, en el sentido más noble del término, era el objetivo primordial del movimiento socialista, y les parecía intolerable que, en vez de dedicar todo su tiempo y sus esfuerzos a convertirse en «personalidades capaces de pensar de manera crítica», debieran dedicarse a seleccionar a personas con talento para la agitación y equiparles con los conocimientos mínimos necesarios para influenciar a las masas».²⁹

A pesar de esta fuerte oposición desde dentro de los círculos, la agitación consiguió afianzarse y desplazó a la *kruzhkóvshchina*. En abril de 1894, una copia de *Ob Agitatsii* llegó a Moscú, donde se hectografió y se envió a otros grupos socialdemócratas de toda Rusia. En 1896, el grupo Emancipación del Trabajo lo imprimió desde Ginebra, con un prefacio escrito por Axelrod, y se logró que alcanzara una amplia distribución.

Plejánov no supera el examen

Una proporción muy alta de los trabajadores que eran miembros de los círculos, posiblemente la mayoría de ellos, no llevó a cabo la transición

hacia la agitación. Y a pesar de que fue Plejánov, quien, en 1891, había afirmado que era necesario pasar a la agitación, él y su grupo Emancipación del Trabajo, en la práctica, no fueron demasiado activos.

En una fecha tan temprana como 1892, un joven intelectual marxista de San Petersburgo, A. Voden, visitó a Plejánov para transmitirle una demanda del grupo Brúsnev, relacionada con publicaciones para los trabajadores. Plejánov dijo, cáustico, que era evidente que estos jóvenes *praktiki* «no sentían ningún deseo de aprender a pensar como marxistas». A Voden le pareció que Plejánov hablaba «con una vejación acumulada a lo largo de mucho tiempo». ³⁰ Hubo al menos seis peticiones como la de Voden antes de 1895, y todas acabaron en un conflicto insoluble. La esposa de Plejánov, Rosalia Márkovna, describió la irritación que sentía su marido ante «la ordinariez, la crudeza, y la presuntuosidad [...] de esos Lassalles provincianos» que, en las palabras de Plejánov, «venían a medirse con nosotros». ³¹

En 1897, enviaron a Tuchapski, un marxista de Kiev, a Suiza, a pedir a Plejánov y a Axelrod que publicaran una serie de panfletos de propaganda popular para los trabajadores rusos. Ellos rechazaron la petición inmediatamente, afirmando que no tenían tiempo para tales tareas. ³²

Sí que es verdad que, un año antes, el grupo de Plejánov había accedido a publicar un periódico, *Listok Rabótnika* (El suplemento de los trabajadores), que se ocupaba básicamente de las noticias relacionadas con el movimiento obrero y los conflictos del sector industrial en Rusia. El mismo Plejánov, sin embargo, no quiso involucrarse en el asunto, y tanto Vera Zasúlich como Axelrod se mostraron claramente resentidos por tener que encargarse de la publicación. En una carta de finales de 1896, Vera Zasúlich se quejaba de que «había empezado a sublevarse» nada más poner la vista en «las frases increíbles, desastrosas» de los artículos destinados a *Listok Rabótnika*. ³³ Axelrod escribiría: «Por supuesto que es posible escribir tales caricaturas literarias sin mi ayuda». ³⁴ Dos años más tarde, Axelrod escribía a Plejánov que él y Vera Zasúlich estaban «ansiosos por librarse de la tarea de editar publicaciones analfabetas o semianalfabetas». ³⁵

La falta de entusiasmo por la publicación de los folletos para los trabajadores fue la causa de que pasara más de medio año entre la decisión de publicar *Listok Rabótnika* y la aparición del periódico por primera vez, y también de que, entre noviembre de 1896 y noviembre de 1897, apareciera solo un número del mismo.

El abismo entre el respaldo teórico del grupo Emancipación del

Trabajo a la agitación y su rechazo a ponerla en práctica se puede explicar considerando la falta de perspectivas inmediatamente revolucionarias de la década de 1880 y principios de la de 1890, cuando se formó el grupo. Vera Zasúlich señalaba claramente la distancia entre ellos y los nuevos agitadores que aparecían en Rusia. Escribía a Plejánov: «¿No te parece claro que no podemos trabajar con una persona así en una misma organización? ¡Y no es porque sea una mala persona! Se trata, sencillamente, de la diferencia de edad, de comprensión y de disposición». ³⁶ Unas semanas más tarde, volvía a escribir:

Está ante nosotros prácticamente toda la emigración joven, unida a aquellos estudiantes que ya están preparados o que se están preparando para actuar en serio. Están llenos de energía, y sienten que Rusia les sigue [...]. Nosotros no podemos llevar a cabo la función de la Unión, y publicar material escrito para los obreros [...]. No podemos publicar un material para trabajadores que satisfaga las necesidades de los rusos. Y parece que se nos acusa de estorbar a aquellos que sí podrían hacerlo [...]. Ellos tampoco verán cumplidos sus ideales, pero tienen unos ideales, mientras que nosotros no. Están deseosos de llevar adelante este tipo de actividad, pero no bajo nuestra tutela.

Yo creo que simplemente deberíamos reconocer que nosotros hemos llegado a la conclusión de que los resultados de editar publicaciones obreras no son brillantes, y que damos la oportunidad a quienes nos han criticado de que hagan su propio intento. ³⁷

Lenin, agitador de fábricas

Lenin se adaptó perfectamente a las necesidades de la agitación industrial. Además, por mucho que digan sus biógrafos oficiales, la verdad es que durante los años 1894-96, lejos de denunciar *Ob Agitatsii* por ser parcial, mecánico y “economista”, sus escritos de aquel período coinciden exactamente con la línea que proponía ese panfleto.

Mientras estaba en la cárcel, en 1895, escribió un esbozo de programa para los socialdemócratas. Este documento fue sacado de la cárcel en secreto, después se perdió y solo fue descubierto pasada la revolución. Es un trabajo interesante, que resume muy claramente la opinión de Lenin sobre *Ob Agitatsii*. Decía:

Esta transición de los trabajadores hacia la lucha directa por sus necesidades vitales, para obtener concesiones, mejorar las condiciones de vida, los salarios, y la jornada laboral, que ha empezado por toda Rusia, significa que los trabajadores del país están haciendo un progreso increíble, y esa es la razón por la cual la atención del Partido socialdemócrata debería centrarse *principalmente* [el énfasis es mío, T. Cliff] en esta lucha, y en promocionarla.³⁸

Esta lucha económica, decía Lenin, conseguía, en primer lugar, poner de manifiesto para el trabajador la naturaleza de la explotación económica; en segundo lugar, le infundía un espíritu de lucha; y en tercer lugar, desarrollaba su conciencia política. La conciencia de clase, incluyendo la conciencia política, se desarrolla automáticamente a partir de la lucha económica.

La conciencia de clase de los trabajadores significa que éstos llegan a entender que la única manera de mejorar las condiciones en que viven y conseguir su emancipación es a través de la lucha contra la clase capitalista y propietaria industrial surgida de las grandes fábricas. Significa, además, la comprensión de que los intereses de todos los trabajadores, sean del país que sean, son idénticos, que todos son parte de la misma clase y están separados del resto de clases de la sociedad. Finalmente, significa que los trabajadores comprendan que para conseguir sus objetivos tienen que trabajar para influir en los asuntos de estado, como han hecho y continúan haciéndolo los terratenientes y los capitalistas.

¿Con qué medios pueden llegar a comprender todo esto los trabajadores? Pueden hacerlo a través de la adquisición constante de experiencia a través de la propia lucha que empiezan a llevar a cabo contra los patrones, que se va desarrollando y se agudiza, e involucra cada vez más trabajadores a medida que las grandes fábricas crecen.

Las condiciones de vida de la masa de trabajadores les deja en una posición desde la cual no poseen —no pueden poseer— ni el tiempo libre ni la oportunidad para reflexionar acerca de los problemas de estado. Por otro lado, la lucha contra los propietarios de las fábricas por sus necesidades vitales les espolea, de manera automática e inevitable, a pensar en cuestiones políticas y de estado, sobre cómo se gobierna el estado ruso, cómo se hacen las leyes y las regulaciones, y qué intereses sirven. Cada conflicto en

la fábrica enfrenta a los trabajadores con la ley y con los representantes de la autoridad estatal.³⁹

Lenin siguió esta línea de pensamiento de manera consistente en los folletos y los panfletos de agitación que escribió durante los años 1894-96. Paso a paso, conducía al lector a unas conclusiones políticas que, no obstante, no figuraban explícitamente en los escritos. Así, por ejemplo, la conclusión de *Explicación sobre la Ley de multas que se impone a los trabajadores de las fábricas*, panfleto escrito en la cárcel en 1895, decía que los trabajadores:

[...] entenderán que el gobierno y sus oficiales están de parte de los propietarios de las fábricas, y que las leyes se elaboran de tal modo que el patrón pueda más fácilmente oprimir a los trabajadores [...]. Cuando hayan comprendido esto, los trabajadores se darán cuenta de que solo tienen una manera de defenderse, a saber, unir sus fuerzas para la lucha contra los propietarios de las fábricas y contra las prácticas injustas que establece la ley.⁴⁰

En esa época, el tono que utilizaba Lenin era bastante moderado. Así, por ejemplo, en el folleto *Los trabajadores y trabajadoras de la fábrica Thornton* se centraba exclusivamente en asuntos económicos, y no hacía ninguna alusión política. Terminaba con un lenguaje muy suave: «Defendiendo estas demandas, camaradas, no nos estamos rebelando en absoluto; simplemente pedimos que se nos dé algo que, por ley, ya disfrutaban los trabajadores de las otras fábricas, que se nos devuelva aquello que nos quitaron los que esperaban ansiosamente que fuéramos incapaces de luchar por nuestros derechos».⁴¹

En noviembre de 1895, en un artículo titulado “¿En qué piensan nuestros ministros?”, Lenin señalaba insistentemente la conveniencia de dejar al zar fuera del asunto, y hablar, en cambio, de las nuevas leyes que favorecían a los patrones y de los ministros del gabinete que tenían actitudes hostiles hacia la clase trabajadora. El monarca era todavía, para los trabajadores y los campesinos, el «Padrecito». La hermana de Lenin, Anna, citaba las siguientes palabras de Lenin: «Está claro que si empiezas cargando contra el zar y el sistema social existente sólo crearás antagonismo en los trabajadores».⁴²

A finales del año 1894, Lenin y G. M. Krzhizhanovski se encontraron con Greshin-Kopelzon, Nikitin-Sponti y Liajovski, que entonces

trabajaban en los grupos marxistas de Vilna, Moscú y Kiev respectivamente, pero que tenían, todos ellos, experiencia directa en el movimiento huelguista de Vilna. Los asistentes aceptaron la tesis básica de *Ob Agitatsii*, y después del encuentro, Lenin, MártoV, Krzhizhanovski y otros fundaron la Liga de Lucha por la Emancipación de la Clase Trabajadora de San Petersburgo. La Liga estaba formada por una veintena de intelectuales y trabajadores, y desempeñó un papel importante, empezando la agitación socialdemócrata entre los trabajadores de San Petersburgo. Desde la fundación de la Liga, siempre se asoció el marxismo con los trabajadores de San Petersburgo. MártoV y Lenin eran sus dirigentes reconocidos, y su actividad principal era la elaboración de folletos para las fábricas, para cuya tarea Lenin contó con la importante asistencia de Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya, una joven que había conocido en 1894 y con quien se casaría unos años más tarde.

En 1890 Krúpskaya se había unido al círculo marxista de Brúsnev y durante cinco años (1891-96) enseñó en lo que se llamaba "Escuela dominical nocturna", en los arrabales industriales de San Petersburgo. Los domingos y dos noches a la semana enseñaba aritmética, historia y literatura rusa a los trabajadores, del nivel más básico a uno bastante avanzado. La escuela ofrecía la posibilidad de entrar en contacto con trabajadores dedicados y serios, y eso era lo que atraía a la joven Krúpskaya y a las demás maestras marxistas de la misma escuela, entre ellas, Alexandra Kalmikova, una editora acomodada y propietaria de una librería popular. Más adelante, Kalmikova financiaría el primer periódico en el exilio de Lenin, *Iskra*. También estaba Lidia Knípovich, que fue una de las agentes clandestinas del mismo periódico; y Elena Stásova, que reemplazaría, en 1917, a Krúpskaya como secretaria del partido. Las maestras marxistas de la escuela fundaron un círculo clandestino para coordinar sus actividades.

Los trabajadores mostraban una confianza ilimitada en las "maestras de escuela". Así, el vigilante sombrío del almacén de madera podía anunciar a su maestra, con ojos brillantes, que había nacido su hijo; una trabajadora del sector textil con tuberculosis le pedía que enseñara a leer y a escribir a su ambicioso pretendiente; o un trabajador metodista, que se había pasado toda la vida buscando a Dios, escribía con satisfacción que no había sido hasta el Domingo de Pasión, gracias a una charla con Rúdakov (otro alum-

no), que había descubierto finalmente que no existía ningún Dios.⁴³

La escuela servía como fuente de reclutamiento de trabajadores revolucionarios:

Los que pertenecían a nuestra organización iban a la escuela para observar a la gente y detectar quién podía pasar a formar parte de los círculos o ser introducido en el movimiento. Estos trabajadores no consideraban que todas las maestras fueran iguales: podían distinguir hasta qué punto estaban informadas del trabajo de nuestros círculos, y si se daban cuenta de que una maestra era "una de los nuestros", le daban a entender de dónde venían con alguna observación o alguna frase.⁴⁴

Krúpskaya hablaba con facilidad con los trabajadores-alumnos y jugaba un papel central tanto en la recopilación de información sobre las condiciones en las fábricas —que después se usaría para elaborar los folletos de la Liga— como en organizar la distribución de los folletos en las mismas fábricas.

Para obtener la información necesaria para los folletos, la Liga empezó a distribuir cuestionarios a algunos trabajadores con quienes habían contactado a través de las maestras. El operario Ivan Bábushkin explicaba: «Recibíamos listas con preguntas preparadas, cuyas respuestas requerían una observación minuciosa de la vida en la fábrica [...]. Mi caja de herramientas estaba constantemente llena de papeles, y yo me esforzaba en anotar, sin ser visto, las pagas diarias en nuestro taller».⁴⁵

Y Lenin escribe:

Recuerdo como si fuera ahora mismo mi "primer experimento", que no me dejó ganas de repetirlo nunca. Me entretuve durante muchas semanas en interrogar "con saña" a un obrero que venía a verme sobre todos los detalles de la vida en la enorme fábrica donde trabajaba. Es cierto que, con grandísimas dificultades, conseguí elaborar más o menos una descripción (¡sólo de una fábrica!), pero el obrero, limpiándose el sudor, al final de nuestro trabajo decía con una sonrisa: «¡Me cuesta menos trabajar horas extra que contestar a sus preguntas!».⁴⁶

La información obtenida de ese modo se editaba y se elaboraba para realizar folletos para los trabajadores de cada planta. Trataban aspectos concretos, que todos los trabajadores podían entender.

Lenin pasó meses estudiando legislación laboral para poder explicar con claridad las leyes relevantes y las prácticas que prevalecían en las fábricas, y para formular demandas que los trabajadores después podían trasladar a la dirección. Krúpskaya escribía:

Vladímir Ilich estaba interesado en los detalles más mínimos de las condiciones de vida de los trabajadores. Considerando estas características por separado, intentaba comprender la vida del trabajador en su conjunto, intentaba encontrar algo que sirviera para acercarse mejor al trabajador con la propaganda revolucionaria. La mayoría de intelectuales de esa época no comprendían bien a los trabajadores. Un intelectual iba a un círculo y simplemente les daba una especie de clase.⁴⁷

Recuerdo, por ejemplo, cómo se recopiló el material de la fábrica Thornton. Se decidió que yo contactaría con un alumno mío, Królikov, un obrero clasificador de esa fábrica que ya en una ocasión había sido deportado de Petersburgo. Yo debía recoger toda la información que él me proporcionara, según un plan trazado por Vladímir Ilich. Królikov llegó envuelto en un abrigo de piel muy elegante que había pedido prestado a alguien, y traía un cuaderno de ejercicios lleno de información que después iba completando verbalmente. Estos datos eran muy valiosos, y de hecho, Vladímir Ilich los devoraba. Después, Apolinaria Alexándrovna Yakúbova y yo nos atamos pañuelos a la cabeza, para parecer obreras de fábrica, y fuimos personalmente a los barracones de Thornton, visitando tanto la sección de trabajadoras solteras como la de casadas. Las condiciones eran absolutamente horribles. Era a partir de la información recopilada de esta forma, únicamente, que Vladímir Ilich componía sus cartas y panfletos. Examinad los panfletos que escribía para las trabajadoras y los trabajadores de la fábrica Thornton. El conocimiento detallado de las cuestiones que trataba en seguida se hace evidente. ¡Y qué aprendizaje suponía esto para los camaradas! Justo entonces estábamos aprendiendo a prestar atención a los detalles. Y cuán profundamente esos detalles se nos quedaban grabados en la mente.⁴⁸

De los recuerdos de Krúpskaya sobre el destino de uno de esos folletos de Lenin se puede deducir cómo era, en la práctica, la agitación en esa época: «Recuerdo que Vladímir Ilich elaboró el primer folleto para los trabajadores de la fábrica Semiánnikov. Por entonces no teníamos ningún tipo de recursos técnicos: copiamos el folleto a mano en letra de imprenta y Bábushkin lo distribuyó. De las cuatro copias, dos las interceptó el vigilante, mientras las otras dos circularon de mano en mano».⁴⁹

El efecto inmediato de la agitación industrial que llevaba a cabo la Liga de San Petersburgo —Lenin, Márto y sus amigos— fue bastante pequeño. Un historiador lo describe así:

La proclama de Lenin [a los trabajadores de la Thornton] salió del mimeógrafo del grupo el 10 de noviembre de 1895, pero ese mismo día los tejedores regresaron a sus puestos sin haber conseguido ninguna concesión de los patrones. Los *stariki* [los veteranos: Lenin, Márto, etc; T. Cliff] fallaron, pues, en su primer intento de avivar las llamas del descontento industrial.

Antes de que acabara la huelga en la Thornton, empezó una huelga espontánea en la fábrica de tabaco Leferm (9 de noviembre), y cuatro días después otra en la fábrica de zapatos Skórojud. En ambos casos, trabajando sobre la base de materiales que les proporcionaban los trabajadores de las fábricas en huelga a través del Grupo central de trabajadores, los *stariki* prepararon proclamas que definían las demandas de los huelguistas. En ninguno de los casos lograron influenciar el curso de los acontecimientos, ya que ambas huelgas terminaron pronto y sin obtener concesiones para los trabajadores. Pero sus esfuerzos sirvieron para que la gente hablara de la organización ilegal.

La única huelga que los *stariki* consiguieron alentar antes de que la policía les arrinconara fue la que tuvo lugar en una sección de la fábrica Pútilov. Zinóviev, un trabajador de la Pútilov y uno de sus representantes ante el Grupo central, escribió una proclama para los trabajadores de la sección de las máquinas de vapor, instándoles a empezar una huelga. Su proclama fue mimeografiada por Márto, y condujo a una interrupción del trabajo el 5 de diciembre. Un llamamiento de Márto a las hilanderas de la fábrica Kenig, realizada al mismo tiempo, parece que no produjo ningún resultado.

Considerando los logros reales, el resultado de los llamamientos y las proclamas de los *stariki* en noviembre y a principios de diciembre fue prácticamente nulo.⁵⁰

Lenin y otros cinco miembros de la Liga fueron arrestados en diciembre de 1895, y unos cuantos más, Mártoev entre ellos, a principios del año siguiente. Pero la lucha no había sido en vano: unos cuantos meses después, la primera huelga masiva en Rusia tuvo lugar bajo el estandarte de la socialdemocracia. Fue una huelga de trabajadores del sector textil, y ocurrió en mayo de 1896, en San Petersburgo. Los miembros de la Liga —es decir, aquellos que se habían librado de ser arrestados— desempeñaron un papel central. El conflicto empezó como una protesta por el impago de los salarios de los tres días de vacaciones para celebrar la coronación de Nicolás II. Muy pronto se convirtió en una lucha por la reducción de la jornada laboral y por salarios más altos, y se extendió a veinte de las grandes fábricas de Rusia, que daban empleo a 30.000 trabajadores. La lucha por una jornada laboral de diez horas y media siguió durante tres semanas, y cuando al final los trabajadores decidieron volver al trabajo, lo hicieron en todas las fábricas al mismo tiempo. No se trataba solo de la huelga más grande de Rusia, sino que además era la primera que iba más allá de una sola planta industrial, y la Liga de San Petersburgo tuvo en ella un papel central. Por primera vez en la larga historia del movimiento revolucionario ruso, los revolucionarios habían conducido a las masas a la acción. La socialdemocracia se convirtió, entonces, en un movimiento importante.

Podemos intuir cuánta distancia había recorrido Rusia desde finales de 1895 si leemos una circular confidencial que el ministro de economía escribió al cuerpo de inspectores de fábricas durante aquella época: «Afortunadamente, Rusia no tiene una clase trabajadora como la que existe en Occidente; en consecuencia, nosotros no tenemos problemas laborales; y nadie encontrará en Rusia el terreno adecuado para producirlos».⁵¹

Derrota en la victoria

El éxito del movimiento, sin embargo, condujo a una grave crisis interna. El movimiento socialdemócrata empezó a dividirse en dos corrientes: la “política” y la “economista”. La corrección de la tendencia

de la *kruzhóvshchina* —un exceso de énfasis en la teoría— llevó a la tendencia opuesta, el “economismo”. Este peligro era ya inherente a *Ob Agitatsii*, como observaron con perspicacia Lenin y otros en 1898. Hay que recordar la conclusión a la que llegaba *Ob Agitatsii*:

La tarea de los socialdemócratas consiste en hacer una agitación constante entre los trabajadores de las fábricas, basada en sus pequeñas necesidades y demandas. La lucha provocada por esta agitación entrenará a los trabajadores para defender sus propios intereses, reforzar su coraje, darles confianza en sus propios recursos y despertarles la conciencia de la necesidad de unión, y en un análisis final, les confrontará, finalmente, con las cuestiones más importantes que requieren una solución. Preparada así para una lucha más seria, la clase trabajadora se encaminará a encontrar una solución para las cuestiones más básicas.

Esta fórmula abría el camino a la teoría de las etapas característica de los futuros “economistas”. Los socialistas debían limitar la agitación a cuestiones puramente económicas, primero de una sola planta industrial, después a demandas compartidas en más de una planta, y así sucesivamente. En segundo lugar, gracias a la agitación estrictamente económica y a través de la propia experiencia de la lucha, los trabajadores comprenderían la necesidad de una política, sin que los socialistas tuvieran que emprender una tarea de agitación sobre las cuestiones políticas y sociales generales que afectaban al conjunto de la población rusa. El arresto de Lenin, Mártoev y los demás aceleró el giro hacia el economismo en la Liga de San Petersburgo, y los nuevos camaradas que se unieron al grupo tenían menos formación teórica.

«Todo se quedaba en la agitación», escribió Krúpskaya. «Ni siquiera había tiempo de pensar en la propaganda [...]. La huelga de los tejedores de 1896 ocurrió bajo la influencia socialdemócrata, y eso cambió la perspectiva de muchos camaradas. Surgió la base para el crecimiento del economismo».⁵²

F. I. Dan, el veterano líder menchevique, que escribió su testamento político unos cincuenta años más tarde, explicaba el ascenso de la tendencia “economista” como sigue:

Aunque respondieron favorablemente a los matices políticos de la agitación económica de la Liga, esas decenas de miles de tra-

bajadores, que se veían envueltos en una lucha organizativa activa por primera vez, aceptaron también, sin embargo, la emancipación política como un mero objetivo "final" y remoto de su movimiento. Para ellos, el objetivo práctico "inmediato" eran las demandas económicas por las cuales estaban dispuestos a arriesgarse haciendo huelgas y perdiendo salarios. En este sentido, el carácter del nuevo estrato de trabajadores avanzados, los nuevos intelectuales obreros que estaban empezando a tomar forma en el fuego de la lucha de masas, divergían no solo de los intelectuales marxistas, sino también de la primera generación de trabajadores socialdemócratas, que no habían accedido a la socialdemocracia a través de una lucha económica "práctica", sino por la vía "ideológica" de la propaganda en pequeños grupos.⁵³

Un historiador de este período de la socialdemocracia rusa ofrece una perspectiva correcta de los "economistas":

Las raíces del economismo deben buscarse en el método de agitación que practicaban los socialdemócratas. Los socialistas que idearon este método se habían dado cuenta de la indiferencia que sentían los trabajadores por la política, y se propusieron acabar con esa indiferencia demostrando el vínculo supuestamente inevitable entre los intereses económicos y el orden político del país. Mientras que, en teoría, la agitación era algo político, en la práctica quedó confinada a la economía. De la agitación, que dejaba de lado la política por conveniencias tácticas, solo había un paso hasta llegar al economismo propiamente dicho, que subordinaba la política a la economía por principios. Así nació el economismo en Rusia en los años 1896-97, tras los pasos del creciente movimiento de masas de los trabajadores.⁵⁴

Al impacto del economismo y a la amenaza que suponía para el socialismo hay que sumar dos factores más que afectaban el movimiento obrero ruso de esa época. Uno era la política laboral de la policía secreta zarista, y el otro, el ascenso de la poderosa corriente de revisionismo, encabezada por Eduard Bernstein, del Partido socialdemócrata alemán, que era, con diferencia, el partido socialista más importante del mundo.

La policía secreta pensó que el economismo era una reacción a la creciente lucha industrial en Rusia. El general Trépov, jefe de la policía secreta, escribía en 1898:

Si los revolucionarios explotan las necesidades y las demandas menores de los trabajadores para lograr objetivos tan profundamente antigubernamentales, ¿no debería el gobierno apoderarse cuanto antes de esa arma, tan valiosa para los revolucionarios, para asegurarse de que la tarea se lleva a cabo [...]? La policía debe estar interesada en lo mismo que los revolucionarios.

Siguiendo esta lógica, como veremos más adelante, el coronel Zubátov, jefe de la Policía de seguridad de Moscú, organizó sindicatos controlados por la policía, primero entre los trabajadores judíos, donde la agitación "economista" era muy efectiva, y después entre los rusos, una iniciativa cuyo punto culminante serían los sindicatos organizados por el padre Gapón en San Petersburgo y el Domingo Sangriento que daría inicio a la revolución de 1905.

El segundo factor que aupó el economismo, el revisionismo alemán, tenía por heraldo el libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, de Eduard Bernstein, publicado en enero de 1899. La idea central del libro era el gradualismo, la reforma del capitalismo por etapas que debía culminar en la transformación en socialismo. La influencia del partido, escribió, «sería mucho mayor que ahora si la socialdemocracia hallara el coraje para deshacerse de la fraseología anticuada y luchara para mostrarse tal como es ahora en realidad: un partido democrático y socialista de reforma». «Lo que se considera en general el objetivo final del socialismo no significa nada para mí; el movimiento mismo lo es todo para mí». Esto coincidía perfectamente con las ideas de los "economistas" rusos, para quienes también "el movimiento" era vital, en el sentido de asegurar mejoras pequeñas y concretas en las condiciones económicas de los trabajadores. Así, todos los objetivos políticos —y sobre todo, el derrocamiento del zarismo— desaparecieron del horizonte.

El vínculo entre el economismo y el revisionismo de Bernstein se concretó en un documento titulado *Credo* (1899). La autora era Y. D. Kuskova, que por aquel entonces era miembro de la Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero, y en él declaraba abiertamente que el revisionismo de Bernstein era su base teórica. La ley general de la ac-

tividad de la clase trabajadora, decía, debía consistir en seguir «la línea de menor resistencia». «En Rusia, esta línea nunca irá hacia la actividad política. La opresión extrema originará muchas discusiones y atraerá la atención precisamente sobre esta cuestión, pero nunca será capaz de originar acción política». La «línea de menor resistencia en Rusia» era la acción económica contra los empresarios, y el intento de organizar los sindicatos.

La lucha económica es, también, muy difícil, infinitamente difícil, pero es posible llevarla a cabo, y de hecho las mismas masas la están llevando a cabo. A través de la lucha, los trabajadores rusos aprenderán a organizarse y, al estar en permanente conflicto con el régimen político, crearán finalmente lo que podría llamarse una forma de movimiento obrero, la organización u organizaciones que mejor se adapten a las condiciones rusas. Por el momento, se puede afirmar con seguridad que el movimiento obrero ruso está todavía en un estado amebiano, no ha adquirido forma alguna. El movimiento de huelgas, que sigue adelante con cualquier tipo de organización, no puede describirse aún como la forma cristalizada del movimiento ruso, mientras que las organizaciones ilegales no merecen consideración ni siquiera desde el simple punto de vista cuantitativo (dejando aparte la cuestión de su utilidad en las presentes circunstancias) [...].

[...] Entonces, ¿qué puede hacer un marxista ruso? Todos los discursos sobre la formación de un partido político obrero independiente son el resultado de trasplantar objetivos y logros ajenos a nuestra tierra [...].

Para el marxista ruso solo hay un camino posible: la participación en la lucha económica del proletariado —es decir, la tarea de asistirlos—, y la participación en la actividad de oposición liberal.⁵⁵

Así, el deber de los socialistas era respaldar a los trabajadores en su esfuerzo por construir los sindicatos, y a la burguesía liberal en su lucha política.

Cuando Lenin, que estaba exiliado en Siberia, recibió una copia del *Credo*, escribió inmediatamente una respuesta: *Una protesta de los socialdemócratas rusos* (agosto de 1899). El borrador de aquel texto se discutió en un encuentro de diecisiete marxistas exiliados en la región

de Minusinsk, y todos lo aprobaron. El texto hizo que Lenin pasara a ser conocido ampliamente en los círculos socialdemócratas y cumplió bien con su objetivo. Como diría Mártov unos años más tarde, el escrito congregó entorno al marxismo revolucionario a los centenares de exiliados dispersos por toda Siberia.⁵⁶

Durante los años 1883-99 la evolución de los marxistas revolucionarios fue ciertamente errática, y abarcó desde una secta de propaganda aislada de la clase trabajadora a una organización agitativa que restringía sus actos a la lucha inmediata y diaria de los trabajadores: de la teoría pura a la práctica más estricta. El reproche contundente de Lenin al *Credo* dejaba claro que era necesaria una síntesis entre la teoría y la práctica:

El famoso bernsteinismo, en el sentido en que lo entiende el público general normalmente y los autores del *Credo* en particular, es un intento de limitar la teoría marxista y convertir el partido revolucionario de los trabajadores en un partido reformista.

Por un lado, el movimiento obrero se aleja del socialismo: se ayuda a los trabajadores a llevar a cabo su lucha económica, pero no se hace nada, o casi nada, para explicarles los objetivos socialistas o las tareas políticas del movimiento en su conjunto. Por otro lado, el socialismo se aleja del movimiento obrero: los socialistas rusos de nuevo empiezan a decir con más y más frecuencia que la lucha contra el gobierno la tienen que llevar a cabo los intelectuales por sí solos, porque los trabajadores se limitan a la lucha económica.⁵⁷

Contra esta idea, Lenin exponía la síntesis de la lucha económica y política de los trabajadores desde el punto de vista marxista:

Para un socialista, la lucha económica sirve de base para organizar a los obreros en un partido revolucionario, para cohesionar y desarrollar su lucha de clase contra todo el régimen capitalista. Si tomamos la lucha económica por sí sola, no encontraremos en ella nada de socialista, y la experiencia de todos los países europeos nos ofrece numerosísimos ejemplos de sindicatos no sólo socialistas, sino también antisocialistas.

La tarea del político burgués es “contribuir a la lucha económica del proletariado”; la tarea del socialista es lograr que la lucha eco-

nómica contribuya al movimiento socialista y a los éxitos del partido obrero revolucionario. La tarea del socialista es contribuir a la fusión indisoluble de la lucha económica y la lucha política en la lucha de clase única de las masas obreras socialistas.

La actividad agitadora entre las masas debe consistir en la más amplia agitación, tanto económica como política, debe ocuparse de todos los casos y todas las manifestaciones de opresión, sea cual sea su forma. Debemos utilizar la agitación para atraer a un número cada vez mayor de obreros al seno del partido socialdemócrata revolucionario, para estimular todas las manifestaciones de lucha política, para organizar esa lucha arrancándola de sus formas espontáneas con el fin de transformarla en la lucha de un partido político único. La agitación, pues, debe servir de *medio* para la amplia difusión de protestas políticas y de las formas más organizadas de lucha política. Actualmente, el marco de nuestra agitación es demasiado estrecho, el ámbito de problemas que trata es demasiado limitado, y es nuestro deber no dar legitimidad a esta estrechez, sino, por el contrario, procurar librarnos de ella, procurar profundizar y ampliar nuestra labor de agitación.⁵⁸

Lenin señala que las raíces históricas del reformismo se hallan tanto en la parcialidad de la *kruzhkóvshchina* como en la reacción contra ella. «En los comienzos de su actividad, los socialdemócratas rusos se limitaron al simple trabajo de propaganda en los círculos. Al pasar a la agitación entre las masas, no siempre pudimos evitar irnos al otro extremo»⁵⁹. Continúa diciendo que también ayudó a fomentar el economismo la rigidez organizativa que caracterizaba tanto la fase de la *kruzhkóvshchina* como la fase de la agitación industrial:

En tercer lugar, al actuar aislados en pequeños círculos obreros locales, los socialdemócratas no prestaron la debida atención a la necesidad de organizar un partido revolucionario que coordinase toda la actividad de los grupos locales y permitiese organizar adecuadamente el trabajo revolucionario. El predominio del trabajo aislado está conectado con el predominio de la lucha económica.⁶⁰

El conflicto entre los marxistas ortodoxos, como Lenin y Márto, y los “economistas” también adquirió una forma organizativa, que anticipaba el debate en torno a la organización que más adelante enfren-

taría a los bolcheviques y los mencheviques. En aquel momento, sin embargo, los protagonistas de las dos futuras tendencias, Lenin y Márto, sostenían la misma posición.

Después de la exitosa huelga en San Petersburgo en 1896, muchos de los nuevos miembros del movimiento, tanto trabajadores como intelectuales, pidieron que la organización se transformara, dejando de tener un núcleo de revolucionarios profesionales. Los “economistas” explicaron que el carácter político y altamente conspirativo de la Liga era el resultado de la prioridad que los intelectuales habían dado a la actividad política, y de su falta de comprensión de las necesidades reales de la masa de los trabajadores. Si la actividad principal fuera la agitación económica, la necesidad de una organización conspirativa y centralizada sería mucho menor. Una organización “economista” tendría un carácter local, y se ocuparía de los problemas de los trabajadores de una sola fábrica, o como mucho de las fábricas de una localidad, y la organización poco rígida de los trabajadores de la zona y de las fábricas locales sería suficiente. El enfrentamiento entre centralismo y parroquialismo reflejaba en términos organizativos la ruptura entre los revolucionarios políticos y los “economistas”. El revolucionario profesional, en el esquema de los “economistas”, quedaría relegado y sería reemplazado por trabajadores que no dejarían su puesto de trabajo ni su hábitat local normal.

Muchos de los miembros de los círculos, como hemos visto, no realizaron la transición hacia la agitación industrial, pero de los que lo hicieron, fueron muy pocos los que cayeron en el economismo. Fueron los nuevos activistas los que más sucumbieron, aquellos que habían aparecido durante la lucha industrial que culminó en la huelga del sector textil de 1896. El testimonio del líder menchevique Dan, escribiendo cincuenta años después de aquellos acontecimientos, relaciona aquella situación con el posterior desarrollo del bolchevismo y el menchevismo.

Hay que señalar que, más adelante, casi todos los obreros socialdemócratas más eminentes de esta primera “llamada a filas”, que llegaron a ver las revoluciones de 1905 y 1917 (Bábushkin, Shélgunov, Shapoval, Poletáiev y otros), aparecieron después en el bando bolchevique, mientras que de los “intelectuales obreros” bautizados en el movimiento de huelgas de la segunda mitad de la década de 1890 emergieron los futuros cuadros del movimiento

obrero de los sindicatos y las cooperativas legales y semilegales, de la ilustración cultural, etc. que, durante mucho tiempo, fueron el principal respaldo del menchevismo.⁶¹

“Doblar el palo”

Los años 1894-96 fueron importantes para el desarrollo de Lenin como líder de los trabajadores. Citando a Krúpskaya:

Este período del trabajo de Vladímir Ilich en Petersburgo fue de una importancia extrema, aunque pasara inadvertido y en sustancia no fuera aparente. Él mismo lo describía así, no había efectos externos, no nos preocupaban los gestos heroicos, sino cómo acercarnos más a las masas, intimar con ellas, aprender a ser la expresión de sus mejores aspiraciones y lograr que nos entendieran y siguieran nuestro camino. Pero fue precisamente durante este período de trabajo en San Petersburgo que Vladímir Ilich se formó como líder de las masas trabajadoras.⁶²

A pesar de la parcialidad de la agitación de fábricas de ese momento, Lenin siempre valoró el período como una etapa importante y necesaria en el desarrollo de la socialdemocracia rusa, y admitía al mismo tiempo su aspecto progresivo y los riesgos que comportaba. Así, en una carta que escribió a Plejánov el 9 de noviembre de 1900, decía:

La tendencia económica, por supuesto, siempre ha sido un error, pero se trata de algo muy nuevo; mientras que el *excesivo énfasis* en la agitación económica ha existido incluso sin esta tendencia (*y todavía existe, aquí y allá*). Y este énfasis era el compañero legítimo e inevitable de *cualquier paso adelante* en las condiciones de nuestro movimiento tal como *existía en Rusia* a finales de la década de 1880 y a principios de la de 1890. La situación era tan precaria, entonces, que no puedes ni siquiera imaginártela, y no se debería censurar a aquellos que luchaban por salir como podían de ella. Para lograr dejarla atrás, cierta rigidez era esencial y legítima: y digo *era*, porque ahora, con esta tendencia a agrandarla hasta las dimensiones de una teoría ligada al bernsteinismo, la

cosa ha cambiado radicalmente, por supuesto [...]. El exceso de énfasis en la agitación “económica” y en el apoyo a las demandas del movimiento “de masas” eran naturales.⁶³

Esta disposición de Lenin a “doblar demasiado el palo” hacia una dirección, para después doblarlo demasiado hacia la otra, era una característica que conservaría durante toda su vida, y ya se podía observar claramente en esta etapa de su desarrollo como líder revolucionario.

En cada etapa de la lucha, Lenin buscaba aquel que él consideraba el eslabón clave de la cadena del desarrollo de los acontecimientos. Entonces ponía el énfasis repetidamente en la importancia de este eslabón, al que todos los demás debían subordinarse. Más tarde diría: «Nos hemos pasado; hemos doblado demasiado el palo», y con eso no quería decir que hubiera sido un error: para ganar la lucha de ese momento, era necesario concentrar todas las energías en ella.

El desarrollo irregular de los diferentes aspectos de la lucha hacía necesario buscar ese punto clave en cada situación concreta. Cuando se trataba de la necesidad de estudio, de construir la base de los primeros círculos marxistas, Lenin enfatizó el papel central del estudio. En la etapa siguiente, cuando era necesario romper con la mentalidad de los círculos, repitió una y otra vez cuán importante era la agitación en las fábricas. En la siguiente fase de la lucha, cuando había que acabar con el economismo, Lenin lo hizo con ganas. Siempre hablaba de lo que había que hacer de la manera más clara, repitiendo lo que era necesario infinitas veces, con las palabras más llanas, contundentes y resueltas, como si fueran golpes de martillo. Después recuperaba su equilibrio, enderezaba el palo, y más tarde lo volvía a doblar en otra dirección. Si bien este método tenía sus ventajas cuando se trataba de superar obstáculos inmediatos, también conlleva riesgos para quien quiera citar los escritos de Lenin acerca de cuestiones tácticas y organizativas. La autoridad que puede proporcionar una cita, en el caso de Lenin, no tiene ningún sentido. Si se le cita en algún aspecto táctico o de organización, siempre hay que dejar claro a qué problemas concretos se enfrentaba el movimiento en aquel momento.

Otra característica de Lenin que ya era aparente en esta época temprana de su desarrollo es su actitud hacia las formas de organización, que él siempre consideraba condicionadas por la historia. Nunca adoptó unos esquemas organizativos abstractos o dogmáticos, y estaba dispuesto a alterar la estructura organizativa del partido en cada nueva

etapa del desarrollo de la lucha de clases. La organización, según él, debía estar subordinada a la política, aunque esto no significaba que la primera no pudiera tener una influencia *independiente* sobre la segunda. Había una relación recíproca entre ellas, y en ciertas situaciones incluso se podía dar prioridad a la organización.

Capítulo 3

Avanzar hacia la construcción del partido

“Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia hasta sus cimientos.”¹

En marzo de 1898 tuvo lugar un “Congreso” de los socialdemócratas en Minsk. Fue algo minúsculo, con solo nueve delegados, provenientes de Petersburgo, Moscú, Kiev, el periódico *Rabóchaya Gazieta* y la organización socialista judía, el Bund. No fue posible acordar un programa o la publicación de un diario. De hecho, sus únicos logros fueron la redacción de un manifiesto, cuyo esbozo realizó Peter Struve (un “economista” que después se convertiría en líder liberal y después en monárquico); la promulgación de la idea de un partido de ámbito nacional, y la elección de un Comité Central compuesto por tres personas. Ocho de los nueve delegados y dos de los tres miembros del Comité Central fueron arrestados pocos días después de que acabara la conferencia.*

En ese momento, Lenin estaba en Siberia. El fracaso del Congreso de 1898 le convenció de que para construir un partido nacional que liderara la socialdemocracia rusa se necesitaría una preparación rigurosa y sistemática. Durante los últimos meses del exilio siberiano, Lenin había desarrollado un plan para elaborar un periódico nacional, con una cadena de agentes que se encargarían de hacerlo entrar en el país clandestinamente y lo distribuirían por ciudades y fábricas. El periódico

* La concepción organizativa del primer congreso era federalista y poco estrecha. Un artículo estipulaba que el Comité Central (CC) no debía decidir ninguna cuestión que pudiera posponerse hasta el congreso siguiente, y que el CC, bajo su propia autoridad, sólo podía resolver las cuestiones más apremiantes. Incluso en este caso, la decisión del CC tenía que ser unánime. Ver *Kommunisticheskaia partiia sovetskogo soiuza v rezoliutsiakh i resheniakh sezdov, konferentsii i plenumov TsK*, 7ª edición, vol. 1, Moscú, 1953, p. 14.

sería la manera de fusionar los círculos locales en una organización nacional, y serviría de clarificador y unificador, tanto en las actividades prácticas como en los aspectos teóricos.

Krúpskaya recuerda ese período como sigue: «Vladímir Ilich empezó a pasar noches en vela, y adelgazó muchísimo. Fue durante estas noches que elaboró su plan con todos los detalles, lo discutía con Krzhizhanovski y conmigo, y también, por carta, con Márto y Potrétsov, a quienes consultaba acerca del viaje al extranjero».²

La necesidad de generalizar la lucha

El miedo de que el economismo ruso y el revisionismo alemán de la segunda mitad de 1899 pusieran en peligro el movimiento fue lo que impulsó a Lenin a “doblar el palo” una vez más, ahora en la dirección contraria a la de la lucha económica diaria, fragmentada y espontánea, y hacia la organización de un partido político nacional. En un artículo titulado “Nuestras tareas inmediatas”, escrito a finales de 1899, decía:

Cuando los obreros de una fábrica, o de una sola rama de la industria, inician una lucha contra su patrón o patrones, ¿es eso lucha de clase? No; eso es tan solo un pequeño embrión de ella. La lucha de los obreros se convierte en lucha de clase sólo cuando los representantes de vanguardia de toda la clase obrera de un país adquieren conciencia de que son una clase unida y empiezan a actuar, no contra patrones aislados, sino contra la clase de los capitalistas *en su conjunto*, y contra el gobierno que apoya a esa clase. [...] El cometido de la socialdemocracia es *convertir* la lucha espontánea de los obreros contra sus opresores en la lucha de *la clase en su conjunto*, en la lucha de un *partido* político definido por unos ideales políticos y socialistas definidos. Y para conseguir esto la socialdemocracia tiene que organizar a los obreros, realizar propaganda y agitación entre ellos. Esta tarea no puede conseguirse solamente con la actividad local.³

Por lo tanto, había que superar la limitada concepción organizativa economista.

Nuestro defecto principal, a cuya superación debemos consagrar

todos nuestros esfuerzos, es el carácter limitado y un poco “amateur” del trabajo local. Debido a este carácter amateur, muchísimas manifestaciones del movimiento obrero en Rusia no dejan de ser acontecimientos puramente locales y pierden gran parte de la importancia que podrían tener como ejemplos para toda la socialdemocracia rusa, como etapas de todo el movimiento obrero ruso.⁴

Las conclusiones son claras:

La simiente de las ideas socialdemócratas está sembrada ya en toda Rusia; los folletos obreros, las publicaciones socialdemócratas en su forma más inicial, ya son conocidos por todos los obreros rusos, desde Petersburgo hasta Krasnoyarsk, desde el Cáucaso hasta los Urales. Ahora nos falta precisamente convertir todo este trabajo local en el trabajo de un solo partido. [...] ¡Basta ya de estos métodos de aficionados! Ya hemos madurado lo suficiente como para pasar a un *trabajo conjunto*, para elaborar un programa común del Partido, para discutir colectivamente las tácticas y la organización de nuestro partido.⁵

Para conseguir unificar a los socialistas, la tarea *clave* era publicar un periódico para toda Rusia.

Debemos proponernos, como objetivo inmediato, *la creación de un órgano del partido que aparezca regularmente y esté estrechamente ligado a todos los grupos locales*.

Pensamos que *toda* la actividad de los socialdemócratas en el futuro próximo debe orientarse a cumplir esta tarea. Sin tal órgano, el trabajo local seguirá siendo limitado y amateur. La formación del partido —si éste no está representado debidamente por un periódico determinado— no pasará de ser en gran medida letra muerta. Una lucha económica que no esté unificada a través de un Órgano Central de prensa no podrá convertirse en la *lucha de clase* de todo el proletariado ruso. Es imposible sostener una *lucha política* si el partido en su conjunto no puede dejar claros sus puntos de vista respecto de todas las cuestiones políticas, si no puede guiar las diversas manifestaciones de la *lucha*. No se podrá organizar a las fuerzas revolucionarias, disciplinarlas y desarrollar

unas técnicas de acción revolucionaria si todas estas cuestiones no se discuten en un Órgano Central, si no se elaboran colectivamente ciertas *formas y reglas de organización del trabajo*, si no se establece la *responsabilidad* —por medio de un Órgano Central— de cada miembro del partido ante el partido en su conjunto.⁶

En otro artículo, “Una cuestión urgente”, escrito por aquel tiempo, Lenin afirmaba que la unificación de los marxistas en un partido nacional posibilitaría la división del trabajo en el movimiento, aumentando así la eficiencia.

Es imprescindible que los miembros o grupos del partido se especialicen en diferentes aspectos del trabajo del partido: algunos en la reproducción de folletos, otros en la distribución de éstos a través de la frontera, otros en la introducción de los folletos en Rusia, otros en su distribución por las ciudades rusas; otro grupo, en la organización de pisos francos, otro en la recolección de fondos, otro en la entrega de la correspondencia y de todas las informaciones acerca del movimiento, otro en funciones de enlace, etc. Semejante especialización exige, como sabemos, mucha más contención, mucha más capacidad para concentrarse en un trabajo modesto, invisible, rutinario, mucho más heroísmo auténtico que el trabajo habitual en los círculos de estudio.⁷

El plan de Lenin suponía la creación de dos periódicos: una revista bimestral y teórica (la futura *Zaria*) y otra quincenal, distribuida más ampliamente (*Iskra*), que se ocuparía de la consolidación organizativa e ideológica del movimiento.

La casi extinción de *Iskra*

Mientras estaba en Siberia, Lenin mantenía correspondencia con otros dos exiliados, Márto y Potrétsov, que básicamente estaban de acuerdo con su plan organizativo y su idea sobre el periódico nacional. Su correspondencia acerca de dicho periódico y de todas las cuestiones relacionadas con él es voluminosa: quién escribiría en él, cuándo se imprimiría, cómo se introduciría en las ciudades, cómo se posicionaría

respecto a una serie de asuntos... Los tres estaban muy unidos, tenían más o menos la misma edad (Potrétsov era un año mayor, y Márto tres años menor que Lenin), y sus condenas terminaban más o menos en la misma fecha; además, todos planeaban salir del país para poner en marcha el lanzamiento del periódico. Estaban tan unidos, de hecho, que Lenin se refería a ellos como “la triple alianza”.

También compartían la admiración por Plejánov, a quien consideraban su maestro. Sin embargo, el encuentro de Lenin, en agosto de 1900, con “el padre del marxismo ruso” fue un auténtico golpe. Vale la pena escribir sobre el incidente, porque ofrece una visión interesante de la naturaleza emocional de Lenin, naturaleza que él mismo suprimiría durante las décadas que siguieron. También es importante como indicio de la futura ruptura entre Lenin y los viejos maestros, esa generación de pioneros del marxismo ruso que eran Plejánov, Axelrod y Zastúlich.

El encuentro se describe en un extenso informe confidencial (de unas 18 páginas, en las *Obras Completas*). Lenin lo escribió para que lo leyeran exclusivamente Krúpskaya, Márto, y algunas otras personas de confianza, y se titulaba “Cómo la ‘chispa’ casi se extingue” [juego de palabras con *iskra*, que en ruso significa “chispa”].

Durante el encuentro, Plejánov:

[...] estaba receloso, aprensivo y *rechtaberisch* hasta el *nec plus ultra*, y creía tener razón en absolutamente todo. Traté de ser prudente y evitar los puntos “conflictivos”, pero ese esfuerzo por contenerme en todo momento no podía dejar de afectar mi estado de ánimo [...]. También hubo “fricción” cuando empezamos a hablar de las tácticas de la revista: Plejánov se mostró siempre completamente intolerante, y no pudo o no quiso entender los argumentos ajenos, y, para emplear el término justo, se mostraba insincero.⁸

Plejánov también se había comportado de una manera insensible e incorrecta hacia Struve cuando emergía el economismo de éste último, pero no quería admitirlo. Lenin dice:

Dijimos que debíamos ser indulgentes con Struve *en la medida de lo posible*, ya que *nosotros mismos* éramos en parte responsables de su evolución; porque nosotros, *Plejánov* incluido, no protestamos cuando había que hacerlo (1895, 1897). Pero él no quiso de nin-

guna manera reconocer su responsabilidad, por pequeña que fuera, esgrimiendo argumentos claramente inválidos que *ehudían* el problema sin aclararlo. Esta "diplomacia", en una conversación entre camaradas que debían ser futuros coeditores, era extremadamente desagradable. ¿Para qué engañarse a sí mismo diciendo que en 1895 a él, a Plejánov, se le había "ordenado (??) no disparar" (a Struve), y que él tiene la costumbre de hacer lo que se le ordena (¡se ve)!? ¿Para qué engañarse afirmando que en 1897 (cuando Struve anunciaba en *Nóvoye Slovo* que su intención era refutar una de las tesis fundamentales del marxismo) él no había intervenido en contra porque no creía que fueran convenientes (no lo creería jamás) las controversias entre colaboradores de una misma revista? Esta falta de sinceridad era irritante en extremo.⁹

Lenin, por otro lado, aunque afirmaba que el periódico que se proponían hacer tenía que ser un defensor férreo del marxismo revolucionario, estaba a favor de abrirlo a discusiones con liberales, "economistas" y revisionistas. Preparó un esbozo de declaración de la junta editorial, en el cual explicaba:

[...] las tareas y el programa de las publicaciones. Esto, según Plejánov, estaba redactado con espíritu "oportunist": se permitían las controversias entre colaboradores, el tono era moderado, se señalaba la posibilidad de terminar pacíficamente la disputa con los "economistas", etc. En la declaración se destacaba también que pertenecíamos al partido y que deseábamos trabajar por su unificación.¹⁰

Lenin estaba dispuesto a invitar a Struve y a Tugan-Baranovski a escribir para las revistas, pero Plejánov, opuesto a admitir ningún punto de vista diferente, mostró una animosidad hacia los "aliados" que «estaba al límite de la decencia (sospechando que eran espías, acusándoles de ser estafadores y deshonestos, y afirmando que no dudaría en "disparar" a tales "traidores", etc.)».¹¹

Unos días más tarde, Plejánov, Axelrod y Zasúlich se encontraron con Lenin y Potrésov para tratar de negociar un acuerdo entre las dos generaciones. Las tensas relaciones se inflamaron entonces hasta crear un conflicto abierto. «El deseo de Plejánov de tener un poder ilimitado era obvio», aunque empezó «diplomáticamente»:

Declaró que valdría más que fuera un colaborador y sólo un colaborador, pues de otra manera habría fricciones continuas; que, evidentemente, sus puntos de vista diferían de los nuestros, que comprendía y respetaba nuestro partido, nuestras opiniones, pero no podía compartirlas. Era mejor, entonces, que nosotros fuéramos redactores y él un colaborador. Nos quedamos completamente pasmados al oír estas palabras, y empezamos a decir que no nos gustaba esa idea.¹¹

Cuando Lenin y sus compañeros insistieron en que Plejánov debía estar en la junta editorial, él preguntó, con intención, cómo se harían las votaciones con un número par de seis redactores (Plejánov, Axelrod y Zasúlich, los veteranos; y Lenin, Márto y Potrésov, de la generación más joven). Vera Zasúlich sugirió entonces que a Plejánov se le dieran dos votos, y que los demás tuvieran solo uno.

Después de aquello Plejánov tomó las riendas y, con maneras de director, comenzó a distribuir las secciones y los artículos entre los presentes un tono que no admitía réplica. Nos quedamos anonadados, y lo aceptábamos todo mecánicamente, incapaces todavía de digerir lo ocurrido. Nos dimos cuenta de que se habían burlado de nosotros.¹²

Mi "encaprichamiento" con Plejánov desapareció como por arte de magia, y me sentí ofendido y lleno de resentimiento en grado sumo. Nunca, nunca en mi vida había creído en un hombre con un respeto tan sincero y con tanta veneración, nunca me había presentado ante un hombre con tanta "humildad" y nunca antes había sido tan brutalmente "pataleado". Porque realmente era eso, habíamos sido pataleados.¹³

Lenin muestra una amargura profunda cuando describe su reacción y la de Potrésov ante el comportamiento autoritario de Plejánov:

Nuestra indignación no tenía límites: nuestro ideal se había hecho trizas y lo pisoteábamos con deleite, como a un dios derribado. No podíamos parar de acusarle, de lanzarle reproches. ¡Imposible seguir así!, decidimos. No deseamos trabajar así, no lo haremos ni *podemos* trabajar así. ¡Adiós revista! Lo abandonaremos todo y regresaremos a Rusia, y allí empezaremos de nuevo limitándonos a

publicar el periódico. Nos negamos a ser peones en manos de ese hombre que no comprende ni puede mantener unas relaciones de camaradería. No nos decidíamos a emprender la tarea de redacción *nosotros mismos*, y además, hacerlo ahora sería ciertamente repugnante; porque hubiera parecido que en realidad era eso lo que queríamos, que realmente éramos *Streber*, arribistas, que también a nosotros nos movía la vanidad, aunque de un modo más leve [...]. Es difícil describir con precisión nuestro estado de ánimo aquella noche: era una mezcla de sentimientos confusos y dolorosos.

Y todo esto sucedía porque habíamos adorado a Plejánov: si esa adoración no hubiera existido, si nos hubiéramos comportado con más serenidad y ecuanimidad hacia él, si le hubiéramos estudiado objetivamente, habríamos actuado de otro modo con él y no habríamos sufrido este derrumbe, en el sentido literal de la palabra [...]. Fue la más dura lección que puede dar la vida, una lección dolorosamente amarga, dolorosamente brutal. Unos camaradas jóvenes “cortejan” a un camarada mayor, por quien sienten un gran afecto, y de pronto él introduce en ese afecto una atmósfera de intriga [...]. Y el joven enamorado recibe de aquel en quien ha depositado su afecto una amarga lección: es necesario tratar a todas las personas “sin sentimentalismos”, hay que guardarse una piedra en el bolsillo. Esa noche dijimos muchas otras cosas igual de amargas que éstas.¹⁴

El incidente ilustra el desprecio que sintió Lenin, durante toda su vida, por las críticas abusivas y gratuitas en el movimiento, ante actitudes autoritarias de sus líderes, o ante cualquier encubrimiento de los errores que los mismos líderes hubieran cometido en el pasado. Muestra cómo, por primera vez, Lenin tensa los músculos, preparándose para convertirse en un líder por derecho propio. Aquel episodio le enseñó que nunca debían mezclarse los aspectos personales con los políticos en las disputas y las alianzas del futuro, y a disciplinar la vertiente emocional de su carácter.

Decidimos no contar a nadie lo ocurrido, salvo a los camaradas más próximos [...]. Exteriormente, [era] como si nada hubiese sucedido; pero en nuestro interior se había roto una cuerda, y en lugar de unas relaciones personales excelentes, prevalecieron las

relaciones profesionales, secas, en que nos recordábamos constantemente el principio *si vis pacem, para bellum* [Si quieres la paz, prepárate para la guerra].¹⁵

Este episodio, al cual Lenin no volvió a referirse en ninguno de sus escritos, no solo anticipaba el futuro conflicto individual —Lenin contra Plejánov (y sus camaradas más cercanos, Axelrod y Zasúlch)—, también manifestaba la debilidad real y fundamental del padre del marxismo ruso, cuya razón principal era, probablemente, que había pasado muchos años aislado y apartado de todo movimiento de lucha real. Krúpskaya escribía:

El destino de Plejánov era trágico. En el plano teórico, su aportación al movimiento obrero fue enorme. Pero sus años en el exilio le afectaron, y le aislaron de la vida real rusa. El movimiento de masas de los trabajadores se desarrolló cuando él ya no estaba. Veía a representantes de los distintos partidos, escritores, estudiantes, e incluso trabajadores individuales, pero no veía a las masas de trabajadores rusos, ni trabajaba con ellas, ni sentía con ellas. Cuando llegaba alguna carta de Rusia, cartas que nos permitían dar un vistazo a las nuevas formas del movimiento y tratar de entender sus perspectivas, Vladímir Ilich, MártoV e incluso Vera Ivánovna leían la carta una y otra vez. Después, Vladímir Ilich se pasaba horas caminando de un lado para otro y no podía dormir. Cuando nos trasladamos a Ginebra le di a leer una de esas cartas a Plejánov, y su reacción me dejó estupefacta. Parecía haber perdido contacto con el mundo, y su rostro reflejaba desconfianza. Después nunca hablaba de esas cartas [...]. Al principio esto me ofendía; pero después empecé a reflexionar sobre el porqué de su actitud. Hacía mucho tiempo que había dejado Rusia, y no poseía esa capacidad de análisis —que se adquiere con la experiencia— que permite captar el valor relativo de cada carta, leer entre líneas.

Los trabajadores venían a *Iskra* a menudo, y todos, por supuesto, querían ver a Plejánov. Conseguir verle a él era mucho más difícil que vernos a nosotros o a MártoV. Cuando un trabajador lograba verle, salía de allí confuso. Puede que quedara cautivado con su inteligencia brillante, sus conocimientos y su ingenio, pero de alguna manera, al irse, solo podía sentir el gran vacío que existía

entre él y aquel teórico deslumbrante. De aquello que había querido hablar con Plejánov, de los consejos que quería pedirle, no decía nunca ni una palabra.

Y si el trabajador no estaba de acuerdo con él y trataba de exponerle su propia opinión, Plejánov empezaba a molestarse: «Vuestros padres y madres eran todavía niños cuando yo...».

No creo que las cosas fueran así durante sus primeros años de exiliado, pero a principios de siglo [XX], Plejánov había perdido ya toda capacidad para percibir directamente lo que sucedía en Rusia. En 1905 no regresó a su país.¹⁶

Trotsky resume muy adecuadamente la situación de Plejánov:

Plejánov había empezado ya a entrar en un estado de declive. Precisamente aquello que daba fuerzas a Lenin era lo que minaba sus fuerzas: la revolución que se acercaba. Toda la actividad de Plejánov tuvo lugar durante los días teóricos y preparatorios. Era un propagandista marxiano excelente y un gran participante en los debates y las controversias, pero no era un político revolucionario del proletariado. Cuanto más grande se hacía la sombra de la revolución, más evidente era que Plejánov perdía terreno. Y él mismo se daba cuenta, por eso se irritaba con los hombres más jóvenes.¹⁷

En contraste con él, Lenin conocía y entendía bien a los trabajadores rusos.

Una firmeza excepcional

El hiriente conflicto con Plejánov fue una prueba muy temprana de la fuerza de voluntad y de la resolución de Lenin. Probablemente nunca ha habido un revolucionario tan decidido, firme y persistente como él. Es bastante significativo, en este sentido, que las palabras más recurrentes de sus escritos probablemente son “implacable” e “irreconciliable”.

Ante todo, tenía una fuerza de voluntad inquebrantable. Como escribió Lunacharski en *Siluetas revolucionarias*, «el rasgo dominante de su carácter, la característica que explicaba al menos la mitad de su personalidad, era su voluntad: una voluntad extremadamente firme y ené-

gica, capaz de concentrarse en las tareas más inmediatas y que, sin embargo, nunca se extraviaba más allá de los límites que le marcaba su inteligencia poderosa, asignándole a cada problema su sitio preciso, como si fuera un eslabón en la enorme cadena política mundial».¹⁸ La lengua rusa, significativamente, usa la misma palabra para decir “libertad” y “voluntad”.

El estilo de vida de Lenin era un modelo de disciplina, orden y paciente autodomínio. Gorki le describía como «poco exigente en el ámbito personal, un abstemio total, no fumador, ocupado de la mañana a la noche en tareas difíciles y complejas, incapaz de ocuparse como era debido de sí mismo».¹⁹ En sus cartas, Lenin nunca describía el ambiente en que vivía: estuviera en la cárcel o en Siberia, Ginebra, París o Londres, él permanecía invariablemente sumergido en su trabajo. Cuando su familia se quejó de que no les escribía desde Siberia, Krúpskaya les respondió: «Volodia* no sabe escribir sobre su vida cotidiana».²⁰

En unas memorias hostiles de Potrétsov, escritas en 1927, el autor admite: «Y sin embargo [...] todos los que estábamos más implicados en el trabajo [...] valorábamos de Lenin no solo sus conocimientos, su inteligencia y su capacidad de trabajo, sino también su devoción excepcional a la causa, su disposición constante a entregarse a ella por completo, a tomar para sí las tareas más desagradables, realizándolas siempre con la máxima escrupulosidad».²¹

Vera Zasúlich, según Trotsky, una vez le dijo a Lenin: «Gueorgui [Plejánov] es como un perro de caza: sacude la presa durante un tiempo, y luego la deja. Pero usted es como un bulldog: cuando alcanza algo, el agarre es mortal». Más tarde, cuando Zasúlich relataba aquella conversación a Trotsky, añadía: «Esto a Lenin le gustó mucho. “Un agarre mortal”, repitió, evidentemente complacido».²²

El siguiente diálogo entre Axelrod (uno de los fundadores del marxismo ruso, y después un líder menchevique) y un miembro del Buró Socialista Internacional (BSI) es bastante iluminador:

Miembro del BSI: ¿Quiere decir que todas estas escisiones, estos escándalos y disputas son obra de un solo hombre? ¿Cómo es posible que un solo hombre sea tan efectivo y tan peligroso?

Axelrod: Porque no hay ningún otro hombre que durante las

* Diminutivo de “Vladimir”. (N. de la T.)

veinticuatro horas del día esté pensando en la revolución, que no tenga otros pensamientos que no estén dedicados a la revolución, y que, incluso en sus sueños, no vea nada más que la revolución. Vaya e intente controlar a un tipo así.²³

Esto es lo que le dijo Lenin a una amiga de confianza, la revolucionaria alemana Clara Zetkin:

La revolución exige concentración, suma de fuerzas. De las masas, de los individuos. La revolución no admite situaciones orgiásticas, como las que los héroes y heroínas decadentes de D'Annunzio consideran normales. Una vida sexual disoluta es algo burgués, un fenómeno de la decadencia. El proletariado es una clase en alza. No necesita intoxicarse con un narcótico o un estímulo; no debe intoxicarse ni con exageraciones sexuales ni con alcohol. No debe olvidar ni olvidará la vergüenza, la mugre, la bestialidad del capitalismo. La urgencia de la lucha se le aparece con más fuerza por la situación de clase, por el ideal comunista. Necesita sobre todo claridad, claridad y claridad. Y por lo tanto, repito: ningún derroche, ninguna debilidad, ninguna destrucción de fuerzas. El autodomínio y la autodisciplina no suponen una esclavitud, ni siquiera respecto al amor.²⁴

Capítulo 4

“¿Qué hacer?”

Los años de reflexión de Lenin sobre las tareas organizativas a las cuales se enfrentaba la socialdemocracia rusa culminaron, en el año 1902, en el importantísimo libro *¿Qué hacer?* Su tema central eran «los tres problemas [...]: el carácter y el contenido principal de la necesaria agitación política, nuestras tareas de organización y el plan de crear, simultáneamente y desde distintos frentes, una organización militante a escala nacional».¹

La diferencia entre conciencia sindical y conciencia socialista

El punto de vista de Lenin acerca del «carácter y el contenido principal de la necesaria agitación política» se convirtió en una exposición de la diferencia entre la política sindical y la política socialista. Lo expresaba así: «La historia de todos los países demuestra que la clase obrera, exclusivamente por sí misma, solo está en condiciones de llegar a tener una conciencia sindicalista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros».²

En otra parte decía:

El desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero conduce a que dicho movimiento se subordine a la ideología burguesa [...]. Pues el movimiento obrero espontáneo se limita al sindicalismo, *Nur-Gewerkschaftlerei*, y el sindicalismo no es otra cosa que la esclavitud ideológica de los obreros por parte de la burguesía.³

¿Pero por qué, preguntará el lector, el movimiento espontáneo, el movimiento que sigue la línea de menor resistencia, conduce a la dominación por parte de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es, en origen, mucho

más antigua que la ideología socialista, porque está mucho más desarrollada, porque posee medios de difusión *incomparablemente* mayores.⁴

De ahí que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consista en combatir la *espontaneidad*, en *apartar* el movimiento obrero de este afán espontáneo, sindicalista, que tiende a cobijarse bajo el ala de la burguesía, y atraerlo a la socialdemocracia revolucionaria.⁵

Y continuaba:

Al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase *sólo desde fuera*, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de donde se pueden extraer estos conocimientos es la de las relaciones de *todas* las clases y estratos sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de *todas* las clases entre sí.⁶

No hay duda de que estas afirmaciones ponían demasiado énfasis en la diferencia entre espontaneidad y conciencia, porque, en realidad, separarlas de manera absoluta es algo mecánico y carente de dialéctica. Lenin, como veremos más adelante, admitió esto. La espontaneidad pura, en la vida, no existe: «todo movimiento “espontáneo” contiene, al menos, elementos rudimentarios de liderazgo consciente»⁷. Incluso la más pequeña huelga tiene al menos un liderazgo rudimentario.

El propio Lenin, en un artículo que escribió a finales de 1899, titulado “Sobre las huelgas”, contradecía francamente sus argumentos posteriores en *¿Qué hacer?*, en relación con la lucha de clases espontánea y la conciencia socialista. Así, por ejemplo, escribía:

Toda huelga, forzosamente, trae a la mente de los obreros la idea del socialismo: la idea de la lucha de toda la clase obrera por su emancipación del yugo del capital.⁸

La huelga enseña a los obreros a entender en qué consiste la fuerza de los patronos y la suya, la de los trabajadores; les enseña a pensar no sólo en su patrón y en sus compañeros más próximos, sino en todos los patronos, en toda la clase de capitalistas y en toda la clase de los obreros.⁹

La huelga, además, hace que los obreros vean cuál es la naturaleza no sólo de los capitalistas, sino también del gobierno y de las leyes.¹⁰

La lógica de la yuxtaposición mecánica de la espontaneidad y la conciencia significaba la separación absoluta del partido y los elementos *reales* de liderazgo obrero que ya habían surgido en la lucha. Asumía que el partido tenía respuestas para todas las preguntas que la lucha espontánea podía plantear: la ceguera de las masas que luchaban era el anverso de la omnisciencia de unos pocos.

En general, la dicotomía entre lucha económica y lucha política era ajena a Marx. Una demanda económica, si era seccional, se definía como “económica”, en términos de Marx; pero la misma demanda, hecha al estado, era “política”.

El intento, en una determinada fábrica, o incluso en un sector particular, de forzar a unos capitalistas individuales a una reducción de la jornada laboral a través de huelgas, etc., es un movimiento puramente económico. Por otro lado, los esfuerzos para lograr una *ley* que obligue a conseguir la jornada de ocho horas, u otras cosas, constituyen un movimiento *político*. De esta forma, de los movimientos económicos separados de los trabajadores surge, por todas partes, un movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, con el objetivo de hacer valer sus intereses de una manera general, y con medios que tienen una fuerza general, y socialmente coercitiva [...]. Todo movimiento en que el proletariado aparece como *clase* contra las clases dirigentes e inerte coaccionarlas a través de la presión desde fuera es un movimiento político.¹¹

En muchos casos, las luchas económicas (seccionales) no crecen hasta convertirse en luchas políticas (las que abarcan a toda la clase), pero no hay ninguna muralla china entre ellas, y muchas luchas económicas pueden diseminarse y transformarse en luchas políticas.

La táctica de Lenin de “doblar el palo” hacia el énfasis excesivo y mecánico en la organización, en su libro *¿Qué hacer?*, fue, sin embargo, bastante útil operativamente. Mientras que, durante un período de cuatro o cinco años, los marxistas rusos habían avivado el deseo de confrontación de la clase trabajadora a nivel de fábrica, el paso necesario,

ahora, era alentar, al menos en la sección más políticamente consciente de las masas, la pasión por la acción política.

La lucha por la democracia y el socialismo

Un tema que recorre todos los escritos de Lenin que tratan las «tareas organizativas del movimiento» es la necesidad de que los socialistas revolucionarios apoyen todos los movimientos que se enfrenten a la opresión, no solo económica, sino también política y cultural; y no solo de los trabajadores, sino de todos los sectores tiranizados de la sociedad:

Los superintendentes rurales y los castigos corporales a los campesinos, la corrupción de los funcionarios y el trato que da la policía a la “plebe” en las ciudades, la lucha con los hambrientos, la persecución de los deseos de instrucción y de saber que siente el pueblo, la exacción de impuestos y la persecución de las sectas religiosas [...], el trato humillante que se da a los estudiantes y los intelectuales liberales; [...] todas estas manifestaciones de opresión y miles de otras análogas, que no tienen relación directa con la lucha “económica”, son, en general, medios y motivos que se pueden aplicar con *menos* amplitud para hacer agitación política, para incorporar a las masas a la lucha política.¹²

La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están preparados para responder a *todos* los casos de arbitrariedad y de opresión, a *todos* los abusos y violencias, *cualesquiera que sean las clases afectadas*, y además, deben responder desde una perspectiva socialdemócrata y ninguna otra.¹³

Si se exponen estas tiranías:

[...] el obrero más atrasado comprenderá, o *sentirá*, que el estudiante y el miembro de una secta religiosa, el *múzhik** y el escritor, todos ellos son humillados y acosados por esa misma fuerza oscura que le oprime y le esclaviza a él mismo en cada paso de su vida. Al sentirlo le invadirá un deseo incontenible de reaccionar, y en

* “Campesino”. (N. de la T.)

tonces sabrá abuchear un día a los censores, manifestarse otro día ante la casa del gobernador que haya sofocado un levantamiento campesino, y otro día dará una lección a los gendarmes con soltana que desempeñan la función del Santo Oficio, etc.¹⁴

Era con este espíritu de ayuda a todos los oprimidos que Lenin, en 1903, sugirió la publicación de un periódico especial para miembros de sectas religiosas (había, en toda Rusia, más de diez millones de miembros de sectas). Esta es la resolución que presentó en el segundo Congreso:

PROYECTO DE RESOLUCIÓN SOBRE LA PUBLICACIÓN DE UN PERIÓDICO PARA LOS MIEMBROS DE SECTAS RELIGIOSAS

Teniendo en cuenta que por muchos aspectos el movimiento sectario en Rusia constituye una de las corrientes democráticas del país, el segundo Congreso llama la atención de todos los miembros del partido sobre la necesidad de trabajar entre los miembros de las sectas con el fin de atraerlos a la socialdemocracia. A título de experimento, el Congreso autoriza al camarada V. Bonch-Bruievich* a publicar, bajo el control de la Redacción del Órgano Central, un periódico popular que se titulará *Sredi Sekiántov* (Entre miembros de las sectas), y encarga al CC y a la Redacción del Órgano Central que adopten las medidas necesarias para asegurar la publicación con éxito de tal periódico y crear las condiciones requeridas para su adecuado funcionamiento.¹⁵

Así fue como se lanzó un nuevo periódico llamado *Rassvet* (“Alba”) dirigido a los miembros de las sectas religiosas. El primer número apareció en enero de 1904, y siguió saliendo —nueve números en total— hasta septiembre del mismo año. El trabajo en las sectas tenía mucho valor para los socialistas. Solo hay que leer la autobiografía de Trotski

* V. Bonch-Bruievich era una de las autoridades más importantes sobre los movimientos sectarios rusos, y publicó numerosos volúmenes sobre sus investigaciones. Colaboraba estrechamente con Lenin, y le ofreció su apoyo en el segundo Congreso. Estuvo siempre del lado bolchevique, y durante y después de la Revolución de 1905 fue un organizador activo de su prensa clandestina.

para descubrir que las áreas de clase trabajadora estaban repletas de sectas religiosas que se oponían a la Iglesia ortodoxa griega. En general, esta oposición tenía implicaciones directamente políticas.¹⁶

Siguiendo con la idea de la necesidad de reaccionar contra todas las formas de opresión, Lenin describe el perfil del socialdemócrata revolucionario comparándolo con el de un secretario sindical:

Porque el secretario de cualquier sindicato inglés, por ejemplo, ayuda constantemente a los obreros a sostener la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos en las fábricas, explica la injusticia de las leyes y disposiciones que restringen la libertad de huelga y la libertad de colocar piquetes cerca de las fábricas (para avisar a todos que en tal fábrica se han declarado en huelga), explica la parcialidad de los árbitros pertenecientes a las clases burguesas, etc., etc. En una palabra, todo secretario sindicalista sostiene y ayuda a sostener «la lucha económica contra los patrones y el Gobierno». [...] El ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario del sindicato, sino el *tribuno popular*, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social que afecte; que sabe englobar todas estas manifestaciones en un cuadro único de brutalidad policial y explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer *ante todos* sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar *a todos* y cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado.¹⁷

La necesidad de una organización altamente centralizada de revolucionarios profesionales

Las formas de organización que necesitaba la socialdemocracia dependían de la naturaleza de las tareas políticas, y estas tareas exigían, antes que nada, una lucha a muerte con lo que Lenin llamaba *kustarichestvo*, un “método organizativo artesanal” primitivo. Así describía Lenin el círculo de estudio marxista típico que existía durante el período de 1894-1901.

Un círculo de estudiantes se pone en contacto con obreros y em-

pieza a trabajar, sin tener conexión alguna con los viejos miembros del movimiento, sin tener conexión alguna con los círculos de otros distritos, ni siquiera con los de otras partes de la misma ciudad (u otras instituciones educativas), sin ningún tipo de organización de las diferentes divisiones del trabajo revolucionario, sin un plan sistemático de actividad para un período de tiempo determinado. El círculo expande gradualmente la agitación y la propaganda; con su actuación se gana las simpatías de sectores obreros bastante amplios y de una parte de la sociedad instruida, que proporciona dinero y pone a disposición del “comité” nuevos grupos de jóvenes. Crece el poder de atracción del comité, aumenta su campo de acción, y el comité expande su actividad de un modo espontáneo.

Ahora el círculo se pondrá en contacto con otros grupos de revolucionarios, conseguirá publicaciones, emprenderá la edición de un periódico local, empezará a hablar de organizar una manifestación y, por fin, optarán por operaciones claramente bélicas (que pueden tomar la forma, según las circunstancias, del primer folleto de agitación, o del primer número del periódico, o de la organización de la primera manifestación). Por lo general, en cuanto se inician estas operaciones se produce un fracaso inmediato y completo. Inmediato y completo precisamente porque dichas operaciones claramente bélicas no son el resultado de un plan sistemático, bien meditado y preparado gradualmente para llevar a cabo una guerra larga y tenaz, sino sencillamente el crecimiento espontáneo del trabajo tradicional del círculo.¹⁸

Es inevitable comparar este tipo de actos bélicos con los que podría emprender la masa de campesinos, armada con garrotes, contra un ejército moderno. Y es de admirar la vitalidad de un movimiento que se ha extendido, crecido y ha conquistado victorias pese a la completa falta de preparación de los combatientes. Es cierto que, desde el punto de vista histórico, el carácter primitivo del equipo era al principio no sólo inevitable, sino *incluso legítimo*, como una de las condiciones que permitían atraer a un gran número de combatientes. Pero en cuanto empezaron las operaciones serias de guerra (y ya empezaron, en realidad, con las huelgas del verano de 1896), las deficiencias de nuestra organización de combate se hicieron sentir cada vez más.¹⁹

La naturaleza amateur del movimiento lo hacía vulnerable a redadas policiales de consecuencias nefastas:

El gobierno [...] no tardó en adaptarse a las nuevas condiciones de lucha y supo colocar en los lugares adecuados sus destacamentos de provocadores, espías y gendarmes, pertrechados con todos los medios modernos. Las redadas se hicieron tan frecuentes, afectaron a un número tan grande de personas y barrieron los círculos locales hasta tal punto que la masa obrera se quedó literalmente sin dirigentes, y el movimiento adquirió un carácter asombrosamente esporádico: era completamente imposible establecer una continuidad o un poco de coherencia en el trabajo. La terrible dispersión de los líderes locales, el carácter fortuito de los círculos, la falta de preparación y la estrechez de miras en el terreno teórico, político y organizativo eran consecuencias inevitables de las condiciones descritas. Las cosas han llegado al extremo de que, en algunos lugares, los obreros, a causa de nuestra falta de contención y de habilidades para la clandestinidad, empiezan a perder fe en los intelectuales y se apartan de ellos: ¡los intelectuales, dicen, son sumamente descuidados y provocan redadas policiales!²⁰

Realmente, la crítica es severa. Lenin no perdona a nadie, y menos aún a sí mismo:

Que ningún militante activo se ofenda porque hable con franqueza, porque cuando se trata de falta de preparación, me aplico las críticas ante todo a mí mismo. Yo había estado en un círculo que se asignaba tareas vastísimas, globales, y todos nosotros, los miembros del círculo, sufríamos lo indecible al darnos cuenta de que actuábamos como amateurs en un momento histórico en que podríamos haber sido capaces de decir, alterando un poco una máxima célebre: ¡dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia hasta sus cimientos! Y cuanto más a menudo he recordado la bochornosa sensación de vergüenza que sentí entonces, tanto mayor ha sido mi amargura contra los pseudo-socialdemócratas que deshonran el título de revolucionario, que no comprenden que nuestra misión no consiste en impulsar la caída del revolucionario hasta el nivel del amateur, sino en *eleva*r el de este último al del revolucionario.²¹

Lenin concluye que hay que establecer «una organización estable de líderes que mantengan la continuidad»:

La organización debe estar formada, en lo fundamental, por personas que hagan de las actividades revolucionarias su profesión; en un país autocrático, cuanto más *restrinjamos* las condiciones de acceso (incluyendo en la organización sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tienen una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política), tanto más difícil será que la descubran.²²

El reclutamiento de revolucionarios profesionales para el movimiento no debía restringirse a los círculos de estudiantes o intelectuales.

Un agitador obrero que tenga algún tipo de talento y sea prometededor no *debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso, que cambie de lugar de acción, pues de otro modo no adquirirá gran experiencia, no ampliará su horizonte, no podrá aguantar al menos durante unos cuantos años en la lucha contra los gendarmes.²³

Algunos de los que en años venideros serían sus oponentes mencheviques acusaron a Lenin de elevar a los intelectuales por encima de los trabajadores en *¿Qué hacer?* Pero esto no es cierto. De hecho, él atacaba a los intelectuales por ser «de hábitos lentos y negligentes». A diferencia de los trabajadores, que se han acostumbrado a la disciplina a través de la vida en la fábrica, a los intelectuales había que disciplinarles desde el partido con puño de hierro. Lo más importante era que su papel en el partido era transitorio. «El papel de la intelectualidad consiste en hacer innecesarios los dirigentes especiales intelectuales».²⁴

Iskra como herramienta de organización

Desde que empezó a publicarse *Iskra*, Lenin quiso dejar claro que el periódico debía ser un arma para construir una organización centralizada a nivel nacional. En un artículo titulado “Por dónde empezar” (*Iskra*, núm. 4), escribía que el «cometido del periódico»:

[...] no se limita, sin embargo, a difundir ideas, a educar políticamente y a conquistar aliados políticos. El periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo. En este último sentido se le puede comparar con los andamios que se levantan alrededor de un edificio en construcción, que señalan sus contornos, facilitan las relaciones entre los distintos constructores, les ayudan a distribuirse las tareas y a observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado. Con la ayuda del periódico, y a través de él, se irá formando de manera natural una organización permanente, que se ocupará no sólo de las tareas locales, sino también del trabajo regular general; que entrenará a sus miembros para que sigan atentamente los acontecimientos políticos, a apreciar su significado y su influencia sobre los distintos sectores de la población, a concebir los medios más adecuados para que el partido revolucionario influya en estos acontecimientos. La mera tarea técnica de asegurar un suministro normal de informaciones al periódico y una difusión normal del mismo obliga a crear una red de agentes locales del partido unido que mantengan entre sí relaciones constantes, que conozcan el estado general de las cosas, que se acostumbren a cumplir sistemáticamente sus funciones específicas en el trabajo a nivel nacional, y que prueben sus fuerzas organizando distintas acciones revolucionarias.

Esta red de agentes será precisamente el armazón de la organización que necesitamos: lo suficientemente grande y variada para instaurar una estricta y minuciosa división del trabajo; lo suficientemente firme para proseguir sin desmayo *su trabajo* en todas las circunstancias, a través de todos los "giros bruscos" y ante todas las eventualidades; lo suficientemente flexible para poder evitar, por un lado, una lucha abierta contra un enemigo demasiado fuerte, cuando éste concentra todas sus fuerzas en un punto, y por el otro, para aprovechar la rigidez de este enemigo y lanzarse sobre él cuando y dónde menos espere ser atacado.²⁵

El periódico como organizador de líderes para un futuro levantamiento armado

La activa imaginación de Lenin no se contentaba con considerar al periódico como organizador de un partido de agitadores. En *¿Qué hacer?*

explicaba cómo la red de agentes del periódico debía convertirse en la base para la organización de un futuro levantamiento armado contra el zarismo:

La organización que se forme en torno a este periódico [...] estará dispuesta a todo, desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del partido en los momentos de mayor "depresión" revolucionaria, hasta preparar, fijar la fecha y llevar a cabo la *insurrección armada a escala nacional*. [...] Imagínense una insurrección popular. Probablemente todo el mundo estará de acuerdo en que debemos pensar en ella y prepararnos para ella. Pero ¿cómo prepararnos? [...] Una red de agentes que se forme por sí misma en el trabajo de organización y difusión de un periódico central no tendría que "aguardar con los brazos cruzados" la consigna de la insurrección, sino que llevaría a cabo la actividad regular que garantizara la probabilidad más alta de éxito en el caso de que dicha insurrección ocurriera. Esa actividad fortalecería nuestros contactos con capas más amplias de la clase trabajadora, y con todas aquellas clases sociales descontentas con la autocracia, cosa muy importante en el caso de una insurrección. Precisamente esa actividad serviría para aprender a evaluar correctamente la situación política general y, en consecuencia, para decidir el momento adecuado para la insurrección. Precisamente esa actividad serviría para entrenar a todas las organizaciones locales a responder simultáneamente a todos los problemas políticos, incidentes y acontecimientos de la manera más contundente, uniforme y adecuada posibles; porque una insurrección es, en esencia, la forma más contundente, uniforme y adecuada que tiene el pueblo de responder al gobierno. Por último, sería precisamente esa actividad la que serviría para entrenar a todas las organizaciones revolucionarias rusas a mantener los contactos más constantes, y también más secretos, entre ellas, creando así una unidad de partido *real*; porque sin estos contactos sería imposible discutir colectivamente el plan para la insurrección, y tomar las medidas previas necesarias para prepararla, medidas que deben mantenerse en el más estricto secreto.²⁶

«Lo que necesitamos» decía, «es una organización militar de agentes». ²⁷ ¡1905 no estaba lejos!

La estructura del partido

El plan organizativo que proponía Lenin en *¿Qué hacer?* se elaboró más profundamente y con más claridad en un documento que escribió unos meses más tarde, titulado *Carta a un camarada sobre nuestras tareas organizativas*, que circuló muy ampliamente y se imprimó como panfleto en 1904.

El partido tenía que contar con dos centros de liderazgo: un OC (Órgano Central) y un CC (Comité Central). El primero se ocuparía del liderazgo ideológico, y el segundo del liderazgo práctico y directo. El primero, además, debía estar fuera del alcance de los gendarmes rusos, y tener garantizada la consistencia y la estabilidad, por lo que tenía que establecerse en el extranjero.

Por debajo del Comité Central, el aparato consistiría en dos tipos de grupos: locales y funcionales (industriales). El comité local «consistiría en socialdemócratas plenamente convencidos que se entregarían por completo a las actividades socialdemócratas», y no debía ser un grupo demasiado grande:

El número de miembros del comité deberá ser, en lo posible, no muy grande... pero al mismo tiempo, suficiente para dirigir *todos* los aspectos del trabajo y garantizar la representatividad de las reuniones y la firmeza de los acuerdos. Si el número de miembros fuera demasiado grande y el reunirse con frecuencia resultase peligroso para ellos, tal vez habría que designar dentro del comité un pequeño grupo *directivo* (por ejemplo, cinco personas, incluso menos), del que deberían formar parte en todo caso el secretario y las personas más capacitadas para guiar de forma práctica el trabajo en su conjunto.²⁸

Bajo la jurisdicción de los comités locales habría las instituciones siguientes:

1) reuniones de discusión (conferencias) con los “mejores” revolucionarios; 2) círculos de distrito, con 3) un círculo de propagandistas adjunto a cada uno de ellos; 4) círculos de fábrica, y 5) “reuniones de representantes” de delegados de los círculos de fábrica del distrito correspondiente. Estoy completamente de acuerdo con usted en que todos los demás organismos (que ten-

drán que ser muchísimos y muy diversos, además de los que usted menciona) deben estar subordinados al comité, y en que son necesarios grupos de distrito (para las ciudades más grandes) y de fábrica (siempre y en todas partes).²⁹

En las grandes ciudades se necesitaban grupos de distrito, que debían servir de “intermediarios” entre los comités locales y los comités de fábrica.

Hablemos ahora de los círculos de fábrica. Tienen para nosotros una importancia especial, ya que la fuerza principal del movimiento reside en el grado de organización de los obreros en las grandes fábricas, que es donde se concentra la parte predominante de la clase obrera, predominante no sólo en cuanto al número, sino también, y más aún, por su influencia, desarrollo y capacidad de lucha. Cada fábrica debe convertirse en una fortaleza nuestra. Una vez formado, el subcomité de fábrica deberá emprender la creación de toda una serie de grupos y círculos fabriles con tareas diferentes y con distinto grado de clandestinidad y organización; por ejemplo, círculos de reparto y distribución de publicaciones (una de las funciones más importantes, que debe ser organizada de tal modo que tengamos nuestro verdadero servicio de correo, que sean probados y comprobados los métodos no sólo de distribución, sino también de reparto a domicilio, que se conozcan sin falta todos los domicilios de los obreros y la manera de llegar a ellos), círculos de lecturas clandestinas, círculos para la vigilancia de los espías, círculos de dirección especial del movimiento sindical y de la lucha económica, círculos de agitadores y propagandistas que sepan entablar largas charlas *en un plano completamente legal* (sobre maquinaria, inspección, etc.).

Las organizaciones de fábrica contarían con un pequeño núcleo de revolucionarios bajo el control del comité local. «Todos los miembros del comité de fábrica deben considerarse agentes del comité, obligados a acatar todas sus órdenes y a observar todas las “leyes y costumbres” del “ejército activo” en que se han enrolado y que, en tiempos de guerra, no tienen derecho a abandonar sin permiso oficial».³⁰

La estructura de partido que proponía Lenin tenía como objeto conseguir la máxima división del trabajo, un liderazgo real, centralizado

e intervencionista, y extender la responsabilidad y la iniciativa tan ampliamente como fuera posible entre los miembros en general. Así describía el principio central de la actividad del partido:

En lo que concierne a la *dirección* ideológica y práctica del movimiento y de la lucha revolucionaria del proletariado, es necesaria *la mayor centralización posible*; y en lo que se refiere a mantener el centro del partido (y por lo tanto, el partido en su conjunto) *informado* sobre el movimiento, y a la responsabilidad ante el partido, se impone *la mayor descentralización posible*. El liderazgo del partido debe recaer en el menor número posible de los grupos más homogéneos de revolucionarios profesionales que tengan una gran experiencia práctica. Pero la participación en el movimiento debe extenderse al mayor número posible de los grupos más variados y heterogéneos, pertenecientes a las capas más diversas del proletariado (y de otras clases de la sociedad). [...] Debemos centralizar la dirección del movimiento. Pero también [...] debemos, tanto como sea posible, *descentralizar la responsabilidad ante el partido* de cada uno de los miembros individuales, de cada uno de los participantes en el trabajo, de cada uno de los círculos integrados en el partido o ligados a él. Esta descentralización es condición indispensable para la centralización revolucionaria y *un correctivo imprescindible de la misma*.³¹

La repugnancia de Lenin hacia la burocracia y la “normativización”

Sobre las normas o los estatutos, Lenin decía lo siguiente:

Lo que hace falta no son estatutos, sino organizar la información de partido, valga la expresión. Cada una de nuestras organizaciones locales dedica ahora por lo menos varias veladas a la discusión de los estatutos. Si en lugar de ello cada miembro dedicara este tiempo a rendir cuenta de su función específica con un informe detallado y exhaustivo *ante todo el partido*, saldríamos ganando cien veces.

Y no es que los estatutos sean inútiles por el mero hecho de que el trabajo revolucionario no siempre admita ser reglamentado. No, definir la forma organizativa es necesario, y debemos esfor-

zarnos en *dar esa forma*, en la medida de lo posible, a todo nuestro trabajo. Tal cosa es admisible en proporciones mucho mayores de lo que generalmente se piensa, pero no se alcanzará mediante los estatutos, sino única y exclusivamente (no nos cansamos de repetirlo) mediante la transmisión de formas organizativas, conectadas con una responsabilidad real y la publicidad dentro del partido.³²

Confío en que el lector haya comprendido que, en el fondo, tal vez sería posible *prescindir de estatutos*, sustituyéndolos por la entrega regular de informes sobre cada círculo y cada aspecto del trabajo.³³

En realidad, los estatutos que Lenin elaboró para el POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata ruso), a finales de junio o principios de julio de 1903, eran muy breves y sencillos, y seguían, en esencia, el espíritu de *¿Qué hacer?* y *Carta a un camarada*.³⁴

Lenin alude a los estatutos de Mártoov con un tono divertido: ahogados en un «río de palabras y fórmulas burocráticas (es decir, innecesarias para el objeto y, al parecer, necesarias para hacer bulto)». ³⁵ Estos estatutos (48 párrafos, comparados con los 12 de Lenin) «es justamente una hipertrofia de frase, o un verdadero formalismo burocrático en el sentido de componer puntos y artículos superfluos, sabiendo de antemano que no sirven para nada o que sirven para entorpecer». ³⁶

En la práctica, la facción de Lenin fue realmente informal durante mucho tiempo. Lenin empezó a construir su organización a través de los agentes de *Iskra*. Cuando, después del segundo Congreso, como veremos, perdió el apoyo de su propio Comité Central, reorganizó a sus seguidores alrededor de una nueva conferencia que eligió un Buró ruso. Cuando, en 1909, se produjo la ruptura entre él y Bogdánov, Lenin le apartó de su puesto en un encuentro de la junta editorial extendida del periódico *Proletari*, a pesar de que Bogdánov había sido elegido para formar parte del Centro bolchevique en el Congreso de 1907.

Una estructura de partido excesivamente formal choca con dos rasgos básicos del movimiento revolucionario: 1) los desequilibrios en la conciencia, la militancia y la dedicación de las diferentes partes de la organización revolucionaria; y 2) el hecho de que los miembros que desempeñan un papel positivo y vanguardista en un determinado punto de la lucha, pueden no obstante quedarse rezagados en otro momento.

“Héroe” y “muchedumbre”

Una de las principales interpretaciones de *¿Qué hacer?*, compartida tanto por quienes más tarde serían sus oponentes mencheviques como por los epígonos de Lenin, los estalinistas, era que el libro ponía el énfasis en los “héroes” en detrimento de la muchedumbre.

Esta interpretación es completamente injustificada. De hecho, a lo largo de toda su vida, nada fue más ajeno a Lenin que el hacer distinciones entre el “héroe” y la “muchedumbre”. Incluso cuando el héroe ama a las masas, no puede más que mirarlas con desprecio: moldear toda esa humanidad inerte depende por completo de él. Lenin nunca quiso mirarse a sí mismo en el espejo de la historia. Lunacharski, comparando a Trotski y a Lenin, escribía: «Trotski, sin duda, tiene tendencia a volver atrás para observarse a sí mismo. Atesora su papel histórico, y seguramente estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio personal, sin excluir el mayor de todos —el de su vida— con el fin de permanecer en la memoria de la humanidad envuelto en esa aura de auténtico líder revolucionario. Su ambición tiene las mismas características». ³⁷ Contrariamente, «Lenin no es ambicioso en absoluto [...]. No creo que se detenga nunca para contemplarse, no creo que piense siquiera en lo que se dirá sobre él en los tiempos venideros: simplemente hace lo que tiene que hacer».

Todos los que conocían a Lenin se quedaban perplejos ante su falta de presunción. Angélica Balabanova decía no poder recordar cuándo le había conocido, durante el exilio, y que «externamente parecía el más gris de todos los líderes revolucionarios». Después de ver a Lenin por primera vez pasada la Revolución de Octubre, Bruce Lockhart, el cónsul británico moscovita durante 1917, pensó que «a primera vista se parecía más a un tendero provinciano que a un líder de masas». ³⁸ Clara Zetkin cuenta la historia de cómo recibió Lenin a una delegación de comunistas alemanes. Acostumbrados a los marxistas del Reichstag, con sus formales abrigos largos y su engruimiento oficial, estos alemanes se esperaban otra cosa. Él, en cambio, fue tan puntual en su llegada, entró en la sala tan discretamente y les habló de una manera tan natural y sencilla que ni se les pasó por la cabeza que estaban hablando con el propio Lenin.

Un viejo bolchevique anotaba en sus memorias, publicadas en 1924, que «la impresión que me hizo, a mí y a otros, fue ambigua, al principio. Su aspecto sencillo y a primera vista común no nos impresionó demasiado». ³⁹

Maksim Gorki describía así su primera impresión de Lenin: «No

había esperado que fuera así. Pensé que faltaba algo. Arrastraba las erres y permanecía con los brazos en jarras, y los puños le asomaban un poco bajo las axilas. Era, de algún modo, demasiado corriente. No daba la impresión de ser un líder». ⁴⁰

Personalmente no tenía pretensiones de ningún tipo. En un cuestionario del partido con fecha del 13 de febrero de 1922, escribió las siguientes respuestas: «¿En qué idioma habla habitualmente?: En ruso. ¿Qué idioma, además del ruso, habla con soltura?: Con soltura, ninguno». ⁴¹ En realidad, Lenin hablaba y leía con fluidez en alemán, francés e inglés, y podía leer también en italiano. Si hubiera dudas sobre esta cuestión, su participación en las sesiones y los comités del Comintern debería ser prueba suficiente.

Pero sobre todo, nunca se deleitaba en la gloria que le podría haber proporcionado el martirio de su hermano Alexander, ejecutado por la autocracia zarista en 1887. En los 55 volúmenes de la quinta —la última y más completa— edición de sus *Obras*, el nombre de Alexander se menciona tres veces, y solo incidentalmente. Primero, en una mera declaración factual, al responder un cuestionario. Segundo, en una carta escrita en 1921, en la cual recomendaba a un cierto Chebotariov: «Conozco a Chebotariov desde la década de los 1880, en relación con el caso de mi hermano mayor, Alexander Ilich Uliánov, ahorcado en 1887. Chebotariov es, sin duda, un hombre honesto». Por último, en otro artículo, el nombre de Alexander Uliánov aparecía entre el de otros ejecutados por el mismo complot.

El creciente movimiento revolucionario

El economismo que Lenin atacaba tan duramente en *¿Qué hacer?* estaba ya en declive y era prácticamente inexistente cuando el panfleto vio la luz. Unos cuantos años más tarde, Lenin podía afirmar que de 1898 a 1900 los economistas de *Rabócheye Dieo* eran más fuertes que los afines a *Iskra*, tanto fuera como dentro de Rusia. ⁴² Pero después de esos años, el economismo decayó rápidamente. El período de prosperidad industrial en Rusia terminó en 1898-1899, y el movimiento de huelgas empezó a debilitarse: el número de trabajadores involucrados en las huelgas de 1901 era solo de un tercio del de 1899. El carácter de las huelgas también cambió, y se fueron volviendo más desesperadas. El desempleo crecía, y hubo diversos disturbios que fueron sofocados por la policía

y el ejército. La agitación revolucionaria iba en aumento, y se dieron una serie de manifestaciones organizadas.

Los años 1900-03, durante los cuales Lenin estaba ocupado construyendo *Iskra* y creando una red nacional de agentes, de revolucionarios profesionales, que serían la columna vertebral del partido, fueron también años de un crecimiento masivo de los sentimientos revolucionarios en Rusia.

Como ya había pasado antes y ha pasado desde entonces, el movimiento estudiantil precedió al movimiento de la masa de la clase trabajadora. Cuando la crisis en una sociedad es muy profunda, pero la clase trabajadora no está todavía preparada para emprender la tarea de superarla, con frecuencia son los estudiantes los que toman la iniciativa. En 1899 surgió un tempestuoso movimiento estudiantil: se formaron diferentes organizaciones de estudiantes y los conflictos se volvieron más y más frecuentes. Sus protestas contra la opresión policial tomaron unas proporciones masivas.

En febrero de 1899, los brutales métodos usados por la policía de Petersburgo contra los estudiantes ocasionaron una huelga general de estudiantes universitarios en todo el país: unos 5.000 estudiantes participaron en ella. Unos cuantos meses más tarde, una pequeña manifestación estudiantil tuvo lugar en Kiev, en protesta por el exilio de algunos colegas que habían hablado en un encuentro de estudiantes. Como resultado, 183 estudiantes fueron arrestados y alistados en el ejército. En Petersburgo el procedimiento fue similar, y 30 estudiantes fueron enviados al servicio militar como castigo.

El cuerpo estudiantil en su conjunto estaba agitado. En todas las universidades se celebraban mítines, y los folletos se distribuían haciendo llamamientos para una protesta unitaria. El 4 de marzo, cuando una procesión de estudiantes fue dispersada por la policía en las calles de Járkov, una multitud de trabajadores se unió a los estudiantes, y a lo largo de todo el día hubo choques con la policía en la ciudad. Se cantaron canciones revolucionarias, y las consignas contra el gobierno se fueron haciendo más ruidosas. Unos días más tarde, cuando cientos de estudiantes moscovitas fueron arrestados y encarcelados en Marstall, enormes grupos de trabajadores y pequeño burgueses se reunieron ante el edificio, expresando así su apoyo a los estudiantes.⁴³

Esta actividad a gran escala significaba que la crisis social se ahondaba, pero las masas trabajadoras todavía se movían con lentitud. El año 1900 transcurrió de una manera relativamente pacífica para la clase

trabajadora, pero el 1 de mayo se declaró una huelga general en Jártov, propiciada por la intensa agitación de los comités locales de los socialdemócratas. En esta huelga se plantearon demandas políticas, hecho que, en cierto sentido, convirtió la huelga en un punto de inflexión en el desarrollo del movimiento obrero ruso.⁴⁴

El movimiento, a partir de entonces, creció rápidamente. De 1901 en adelante, los trabajadores de Jártov, Moscú, Tomsk y otras ciudades también empezaron a participar en las manifestaciones de estudiantes, dándoles un carácter mucho más combativo y enérgico. Los choques sangrientos con la policía y las tropas se volvieron más y más comunes. El intento de suprimir la huelga del 1 de mayo de 1901 en la fábrica de municiones Óbujov, en el distrito de Viborg de San Petersburgo, se convirtió en un asedio militar a la fábrica, que dio como resultado el arresto de 800 trabajadores, muchos de los cuales fueron condenados a trabajos forzados por un tribunal militar.

En el invierno de 1901-02 se declaró una huelga general en la que participaron unos 30.000 estudiantes. El 19 de febrero de 1901, en el cuarenta aniversario de la emancipación de los campesinos, los estudiantes organizaron una manifestación masiva a la cual se unió un gran número de trabajadores. Aún más impresionantes fueron las manifestaciones de Moscú del 23 al 26 de febrero. Decenas de miles de trabajadores salieron a la calle e hicieron retroceder varias veces a los cosacos, que los atacaban con látigos. Por primera vez hubo barricadas en las calles de Moscú. Después de esto, en marzo, y en mayo, se vieron manifestaciones masivas en Petersburgo, que culminarían en una batalla entre los trabajadores de la fábrica Óbujov y la policía: murieron seis trabajadores y ochenta resultaron heridos. Disturbios similares tuvieron lugar en Tiflis en abril, y en Yekaterinoslav en diciembre.

En noviembre de 1902, la huelga del sector del ferrocarril en Rostov-del-Don se convirtió en una huelga general de solidaridad de todas las fábricas de la ciudad. Durante las huelgas se celebraron mítines con decenas de miles de trabajadores; en muchos de ellos los oradores eran socialdemócratas. En julio de 1903 empezó una nueva oleada de huelgas, pero esta vez no se quedaron confinadas en una sola ciudad. Se extendieron por toda Ucrania y Transcaucasia, y se dieron huelgas políticas en Bakú, Tiflis, Odesa, Nikoláiev, Kiev, Yelisavetgrad, Yekaterinoslav y Kerch. Participaron unos 250.000 trabajadores. Estas huelgas se acompañaban de manifestaciones revolucionarias, que la policía y el ejército sofocaban con brutalidad.

Durante los años 1901-03, los trabajadores se convirtieron en los principales opositores políticos activos del zarismo. Esto se pone de manifiesto claramente con los datos disponibles respecto a la naturaleza de las personas dentro del movimiento de liberación que fueron acusadas de crímenes de estado.⁴⁵ De cada cien personas, había la siguiente composición:

	Nobles	Campesinos	Trabajadores	Intelectuales
1827—46	76	?	?	?
1884—90	30,6	7,1	15,1	73,2
1901—03	10,7	9	46,1	36,7
1905—08	9,1	24,2	47,4	28,4

A pesar de que los trabajadores de las ciudades eran una minoría de la población, su número suponía *casi la mitad* de los participantes: los intelectuales y los estudiantes ya han quedado relegados a la segunda posición.⁴⁶ Así fue como el curso de los acontecimientos —y las actividades de los afines a *Iskra*— minaron el economismo. Como dijo Lenin más tarde: «la lucha contra el economismo se atenúa y cesa ya por completo en 1902».⁴⁷

Capítulo 5

El Congreso de 1903: el nacimiento del bolchevismo

La preparación del Congreso

Lenin estaba preparado para enfrentarse no solo a los problemas generales de teoría y política, sino también a los detalles del trabajo organizativo. Este era un punto fuerte suyo, y también de su facción o partido, y es una característica que se hizo evidente durante el período de *Iskra* y la preparación del segundo Congreso, es decir, durante los años 1900-03.

Siempre estaba impaciente por encontrarse con trabajadores que actuaban clandestinamente para el partido. Invitaba a exiliados en Siberia después de ser liberados y a prisioneros fugados a venir al extranjero y permanecer allí durante un tiempo, y discutía con ellos sobre los problemas políticos, tácticos, y organizativos a los cuales se enfrentaban. Así acercaba a camaradas prometedores al trabajo central de la organización, transfiriéndolos de una localidad a otra y usándolos como agentes de *Iskra*. Lenin mantenía un contacto regular con al menos veinte o treinta de esos camaradas. Un papel clave en mantener el contacto con Rusia lo desempeñaba Krúpskaya:

A mi llegada, Vladímir Ilich me dijo que había conseguido que se me nombrara secretaria de *Iskra* tan pronto como llegara. Esto evidentemente significaba que el contacto con Rusia se realizaría bajo su estrecho control. Mártoy y Potrétsov no se opusieron, y el grupo Emancipación del Trabajo no presentó ningún candidato, pues en aquel tiempo concedían muy poca importancia a *Iskra*. Vladímir Ilich me dijo que había sido bastante incómodo para él tener que dar este paso, pero que era necesario para el bien de la causa. Yo me vi inmediatamente inundada de trabajo.¹

Había una serie de dificultades en la correspondencia con los activistas rusos. La más importante, sin duda, era la intervención de la policía.

Al leer ahora la correspondencia mantenida con Rusia en aquellos días, una se maravilla de la ingenuidad de nuestro trabajo conspiratorio. Todas aquellas cartas sobre pañuelos (pasaportes), cerveza, pieles (publicaciones ilegales), todos aquellos nombres en clave de ciudades que empiezan con la misma letra que el nombre de la ciudad ("Osip" por Odesa, "Terenti" por Tver, "Petia" por Poltava, "Pasha" por Pskov, etc.), la sustitución de los nombres de mujer por nombres de hombre, y viceversa... todo ello era clarísimo en extremo.²

Trotsky escribía:

Krúpskaya [...] era clave por lo que respecta al trabajo organizativo; recibía a los camaradas que llegaban, les daba instrucciones cuando se iban, establecía contactos, suministraba direcciones secretas, escribía cartas, las codificaba y descodificaba. En su habitación siempre se podía percibir el olor de papel quemado de las cartas que calentaba sobre el fuego para leerlas. A menudo se quejaba, de ese modo gentil e insistente, de que la gente no escribía lo suficiente, o de que embrollaban los códigos o escribían en tinta química de un modo que no podía leerse, porque una línea cubría a la otra, y otras cosas por el estilo.³

Krúpskaya logró coordinar el clandestino *Iskra* con una eficiencia nunca antes vista en una organización revolucionaria clandestina rusa, y todo esto se hacía sin ningún asistente, en la única habitación habitada para ello, la «oficina principal» que olía a «papel quemado».

Lenin estaba en un estado de tensión permanente:

Vladímir Ilich tenía que ocuparse de todo. La correspondencia con Rusia le ponía extremadamente nervioso. Esperar durante semanas, incluso meses, para recibir respuestas a sus cartas, estar continuamente temiendo que todo se viniera abajo y sin saber nada de cómo progresaban las cosas; todo esto era absolutamente incompatible con su manera de ser. Sus cartas a Rusia contenían abundantes peticiones de que se escribiera con precisión: «De nuevo, te rogamos y te exigimos encarecida y categóricamente que nos escribas más a menudo, y con más detalle. Escribe *de inmediato*, sin titubeos, el mismo día que recibas esta carta. Haznos saber que la

has recibido, aunque solo sea con un par de líneas». En sus cartas se repetían las peticiones de actuar más rápidamente. Ilich se pasaba noches enteras sin dormir después de recibir cartas que decían: «"Sonia" está más callada que una tumba», o bien «Zarin no llegó a tiempo al Comité», o «Sin contacto con la "vieja"». Estas noches en vela se han quedado grabadas en mi memoria.⁴

Iskra desempeñaba un papel muy importante en la preparación del Congreso. Este periódico tenía una función singular en la historia del periodismo: era el centro organizativo de un partido clandestino ruso. Los agentes de la junta editorial —nueve a finales de 1901⁵—, que viajaban clandestinamente por el país, se ponían en contacto con los grupos locales, o establecían grupos allí donde no los había, y coordinaban su trabajo. Los intentos que precedieron a *Iskra* habían alentado el pesimismo. Cuando, en 1900, Lenin, Mártoy y Potrétsov fueron al extranjero para fundar un periódico y, a través de este, una organización rusa, se habían arriesgado a sufrir el destino de tantas olas de revolucionarios antes que ellos, que habían salido del país con las mismas esperanzas de crear un movimiento revolucionario ruso desde Europa occidental; y como mucho habían conseguido, uno tras otro, crear organizaciones de exiliados, si es que llegaban a crear algo. Pero esta vez, «donde habían fallado los otros, el triunvirato tuvo éxito; su congreso empezó realmente como un congreso de vencedores».⁶

Durante la preparación del Congreso —que, después del fracaso del Congreso de 1898, tenía que ser el verdadero congreso fundador del partido y establecer una unidad entre los grupos revolucionarios—, Lenin no dejó nada al azar.

A continuación vemos parte de una carta suya a uno de los agentes de *Iskra*, F. V. Lengnik, escrita el 23 de mayo de 1902:

De modo que ahora su tarea es convertirse *usted mismo* en el comité para la preparación del Congreso... e introducir a la gente de ustedes en el mayor número posible de comités, protegiéndose y protegiendo a los suyos como a las niñas de sus ojos hasta el Congreso. Ténganlo presente: ¡todo esto es de la mayor importancia! Sean más audaces, más atrevidos y más ingeniosos en este sentido, y en todos los demás tan discretos y prudentes como les sea posible. Sabios como serpientes, y (con los comités: el Bund y Petersburgo) inofensivos como palomas.⁷

A otro agente, I. I. Rádchenko, se le decía que fuera muy cauteloso con la organización socialista judía, el Bund:

Proceda con la mayor eficacia posible y actúe con prudencia. Ocúpese usted mismo del mayor número posible de distritos en los que se propone preparar el Congreso, mencione el Buró (dándole otro nombre); en una palabra, haga de modo que todo esté íntegramente en sus manos, dejando, por el momento, que el Bund se limite al Bund. [...] De modo que, por el momento, vaya pensando en la composición de un Comité ruso para la preparación del Congreso que sea la más ventajosa para nosotros (quizá considere usted oportuno decir que ya se ha constituido ese comité y que se alegra mucho de que participe el Bund, o algo por el estilo). Asuma usted, sin falta, el cargo de secretario de ese comité. Estos son los primeros pasos. Luego veremos. Le digo que “vaya pensando” en la composición, para que tenga las manos lo más libres que sea posible: no se comprometa en seguida con el Bund (puede decir, por ejemplo, que se han establecido contactos con el Volga, el Cáucaso, el centro —tenemos un hombre de allí— y el sur —hemos enviado a dos personas allí—, y conviértase en el amo de esta empresa. Pero hágalo todo con mucha prudencia, sin suscitar objeciones.⁸

Las declaraciones de lealtad que aparecieron en las páginas de *Iskra* durante el invierno de 1902-03 muestran claramente que los agentes de Lenin llevaron a cabo su misión con éxito. *Iskra* se ganaba a los comités uno tras otro: en diciembre de 1902, el Comité de Nizhni-Nóvgorod; en enero de 1903, el Comité de Sarátov; en febrero, el Sindicato de trabajadores del norte; en marzo, el Comité del Don (Rostov), el Sindicato de trabajadores siberianos, y los comités de Kazán y Ufa; en abril, los de Tula, Odesa e Irkutsk; y en mayo, el Sindicato de mineros del sur de Rusia y el Comité de Ekaterinoslav.⁹

El general de la Gendarmería, Spiridóvich, describía muy bien el trabajo de los agentes de *Iskra*:

Se trataba de un grupo conspirativo compacto de revolucionarios profesionales, que viajaban de un lugar a otro donde había comités del partido, establecían contacto con sus miembros, les proporcionaban publicaciones ilegales, les ayudaban a montar

imprentas y recopilaban información que *Iskra* necesitaba. Penetraban en los comités locales, hacían propaganda contra el economismo, eliminaban a sus oponentes ideológicos y de esta manera mantenían a los comités bajo su influencia.¹⁰

Después de meses de esfuerzos persistentes, la correspondencia con los agentes de *Iskra* y otras personas en Rusia se hizo regular, y aumentó considerablemente en volumen. Entonces Lenin pudo empezar a comprender realmente cómo pensaban y sentían los trabajadores militantes. Como dice Krúpskaya:

El movimiento revolucionario en Rusia siguió creciendo, y al mismo tiempo crecía también la correspondencia rusa. Pronto tuvimos 300 cartas cada mes, una cifra altísima en aquellos tiempos. ¡Y para Ilich aquello era una avalancha de material! Realmente sabía cómo leer las cartas de los trabajadores. Recuerdo una carta, escrita por los obreros de las canteras de Odesa. Era un ensayo colectivo, escrito en una serie de caligrafías de apariencia primitiva, sin sujetos ni predicados, en el que las comas y los puntos brillaban por su ausencia. Pero emanaba una energía inagotable y una disposición a luchar hasta el final, hasta la victoria. En esa carta, cada palabra, por muy inocente que fuera, denotaba con elocuencia una convicción inquebrantable. Ahora mismo no recuerdo a qué se refería la carta, pero recuerdo su aspecto, el papel, la tinta roja. Lenin la leyó muchas veces, y recorría la habitación de un lado para otro, sumido en profundos pensamientos. No fue en vano que los trabajadores de la cantera de Odesa escribieron a Lenin: habían escrito a la persona adecuada, la que les entendía mejor que nadie.¹¹

Krúpskaya también era la tesorera del Partido, la única que tenía acceso a sus cuentas. Además, se encargaba de organizar el transporte de *Iskra* hasta Rusia, tarea realmente onerosa. Una de las personas que, en la práctica, se ocupaba principalmente de realizar ese transporte, Osip A. Piátnitski, describe con viveza los métodos que se utilizaban:

Para agilizar el transporte de publicaciones a Rusia en cantidades más pequeñas utilizábamos maletas con doble fondo. Incluso

antes de mi llegada a Berlín, había una fábrica pequeña que nos las suministraba en gran número. Pero los oficiales de aduanas de la frontera pronto husmearon algo, y varias expediciones fracasaron. Por lo visto reconocían las maletas, que tenían siempre el mismo aspecto. Entonces, nosotros mismos empezamos a construir con cartón dobles fondos en maletas comunes, y así podíamos enviar unos 100 o 150 números nuevos de *Iskra*. Pegábamos esos dobles fondos tan hábilmente que nadie se daba cuenta de que aquellas maletas contenían publicaciones, y tampoco sospechaban por el aumento de peso (que era poco). Repetimos esta operación en todas las maletas de estudiantes, hombres o mujeres, que simpatizaban con el grupo de *Iskra*, y también con las de los camaradas que viajaban a Rusia, legal o ilegalmente. Pero ni siquiera eso era suficiente. La demanda de materiales publicados nuevos era tremenda, así que entonces nos inventamos las "placas pectorales" para los hombres. Se trataba de un tipo de chaleco en cuyo interior podíamos introducir doscientas o trescientas copias de *Iskra* o de panfletos cortos. Para las mujeres construimos un corpiño especial y también cosíamos el material en sus faldas. Así equipadas, las mujeres podían llevar trescientas o cuatrocientas copias de *Iskra*.

A esto se le llamaba "transporte exprés", en nuestra jerga. Todo el mundo que pasaba por allí salía vestido con una de esas "placas pectorales", sin importar si eran camaradas responsables o simples mortales.¹²

Esta forma de transportar *Iskra* hasta Rusia era incómoda y costosa. Como recordaría Krúpskaya unos años más tarde: «A pesar de que se dedicaban montones de dinero, energía y tiempo en el transporte, y había que asumir riesgos tremendos, probablemente no llegaba a su destino más de un diez por ciento de todo el material publicado que se enviaba». ¹³ Corría el rumor de que en Kiev había una tirada de 100.000 ejemplares del periódico, pero en realidad, el número total de ejemplares impresos del primer número fue de 8.000.¹⁴

Lenin era único, entre los líderes revolucionarios de su tiempo, por su actitud hacia los detalles de la organización del partido. Podemos llegar a entenderla si la contrastamos con el punto de vista, por ejemplo, de Rosa Luxemburg y sus compañeros en la dirección del Partido socialdemócrata polaco, que se ha descrito como sigue:

En gran medida, cada persona de la élite actuaba según iniciativa propia y siguiendo sus propias predilecciones y hábitos. Las órdenes eran realmente raras; sin contar algunos casos excepcionales [...], la comunicación se limitaba a ofrecer matices de opinión eruditos. Dzierzinski se horrorizó ante esta laxitud, la veía como una evidencia de deterioro. «Sin política, ni dirección, ni asistencia mutua [...], cada uno debe arreglárselas por su cuenta». Lejos de ser una carencia accidental en la dirección del partido, esta informalidad caprichosa era deliberada y se observaba con mucho cuidado. Muchos de los líderes aborrecían tener que ocuparse de asuntos de dinero o de rutinas de organización; les privaba de escribir. «No me apetece involucrarme en cuestiones de dinero [...]». Para estas cosas, debe dirigirse a Władek [Olszewski], el tesorero», le escribió indignado Marchlewski a Cezarina Wojnarowska en 1902. Lo mismo se puede aplicar a Rosa Luxemburg incluso más marcadamente. En un determinado momento se tomó la decisión formal de partido de que Luxemburg no se involucraría en asuntos organizativos en absoluto ni participaría en ninguna conferencia ni congreso oficiales.*

Como Rosa Luxemburg, Trotski tampoco se implicaba en las tareas administrativas del partido, pero en su caso era porque, en realidad, no pertenecía a ninguno. Entre 1904 (cuando se desvinculó de los mencheviques) y 1917 (cuando se unió a los bolcheviques) solo se le podía asociar a un pequeño y disperso grupo de escritores.

Toda la preparación del Congreso de 1903 estaba en las manos de Lenin. «¡Como esperaba Vladímir Ilich el Congreso!», recuerda Krúpskaya.¹⁵ Pero a pesar de toda su perseverancia y todo el trabajo duro, el Congreso tomó una forma completamente inesperada. En vez de ser un congreso de unidad, sucedió todo lo contrario, y los marxistas rusos se separaron de manera radical en dos tendencias y organizaciones distintas: bolcheviques y mencheviques.

* Unos años más tarde, las cosas iban a cambiar. En 1908, el consenso informal desaparecía, reemplazado por el intento de Jogiches de ejercer una supremacía leninista, pero sin la lealtad de un grupo cohesionado como los bolcheviques internos. Ver J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, Londres 1966, vol. 1, pgs. 263-266).

El Congreso de 1903

Al principio del Congreso, las cosas iban bien para el liderazgo unido: Plejánov, Lenin, Mártoov, Axelrod, Zasúlich y Pótresov. De 51 votos, 33 —una clara mayoría— eran de partidarios de *Iskra*. La cuidadosa preparación de Lenin ayudó en gran medida a que esto ocurriera. El mayor rival de *Iskra*, *Rabócheye Dielo* (el periódico “economista”), solo tenía tres votos; el Bund judío, cinco; y seis de los delegados restantes no estaban alineados con nadie. Plejánov y Lenin llamaron a estos últimos “el pantano”, porque tan pronto votaban con los iskristas como contra ellos. Si los 33 de *Iskra* se mantenían unidos, podían sacar adelante cualquier asunto.

Las primeras tres sesiones del Congreso (de un total de 37) se dedicaron en gran parte a cuestiones triviales de procedimiento. Después vino la discusión del programa del partido, el punto más importante de la agenda, que introdujo Plejánov. La cuestión principal, sobre la dictadura del proletariado, consiguió un respaldo sólido de casi todos, excepto de los “economistas” Martínov y Akímov. Cuando finalmente se aprobó el programa todos votaron a favor, excepto Akímov, que se abstuvo.

Este último atacaba el programa por su espíritu de tutela partidista sobre el proletariado:

Los conceptos “partido” y “proletariado” se colocan uno frente a otro, y se considera al primero como un ente activo, generador de cambios y colectivo; mientras que el segundo es un medio pasivo, sobre el cual el partido debe operar. El nombre del partido se usa siempre como sujeto, en caso nominativo, mientras que el del proletariado se usa como objeto, en el caso acusativo [...]. La condición esencial para la revolución social es la dictadura del proletariado, es decir, la conquista del poder que permitirá al proletariado suprimir todos los intentos de resistencia por parte de los explotadores.

¿Cómo reconciliar el respaldo a esta dictadura con la demanda de una república democrática? Uno de los delegados, Posadovski, preguntó si el partido debía subordinar sus políticas futuras a este o aquel principio democrático básico como si se tratara de un valor absoluto, o si «debían, todos los principios democráticos, subordinarse exclu-

sivamente a los intereses del partido». La respuesta de Plejánov fue clara y decisiva:

Todo principio democrático debe considerarse no por sí mismo, de manera abstracta, sino en relación con lo que podría llamarse el principio fundamental de la democracia, o sea, *salus populi suprema lex*.* Si traducimos esto al lenguaje de los revolucionarios, significa que el éxito de la revolución es la ley suprema. Por lo tanto, si el éxito de la revolución, temporalmente, requiriera una limitación temporal de este o aquel principio democrático, sería un crimen abstenerse de tal limitación. Mi opinión es que incluso el principio del sufragio universal debería considerarse bajo la luz de lo que yo he designado como principio fundamental de la democracia. Es hipotéticamente posible que nosotros, los socialdemócratas, nos posicionemos en contra del sufragio universal. Hubo un tiempo en que la burguesía de las repúblicas italianas negó a la nobleza algunos derechos políticos. El proletariado revolucionario podría limitar los derechos políticos de las clases más altas, tal como estas clases lo han hecho antes con el pueblo. Solo puede juzgarse la adecuación de tales medidas en base a la regla de *salus revolutionis suprema lex*.

Debemos tener la misma posición por lo que respecta a la duración de los parlamentos. Si, en un estallido de entusiasmo revolucionario, la gente escoge un parlamento muy bueno —una especie de *chambre introuvable***— entonces deberíamos tratar de hacer que durara mucho; pero si las elecciones no han dado un buen resultado, entonces tendríamos que intentar que durara, de ser posible, dos semanas en vez de dos años.¹⁶

Plejánov describía con precisión la política bolchevique, sobre todo en 1917. Más tarde se arrepentiría con amargura de sus propias palabras.

Mártoov —quién, cuando terminó el Congreso, se había convertido en un oponente de Lenin— estaba de acuerdo, por entonces, con el discurso de Plejánov respecto a la dictadura del proletariado. Sin embargo, su definición era mucho menos extrema. Unas semanas más

* “El bien del pueblo es la ley suprema”. (N. de la T.)

** Así se conocía la primera Cámara baja francesa escogida por sufragio restrictivo después de la Segunda Restauración Borbónica, en 1815. (N. de la T.)

tarde, en un informe sobre el Congreso que hizo para la Liga de socialdemócratas rusos en el extranjero, Mártoov trató de "defender" a Plejánov rebajando el tono de su discurso: «Estas palabras [de Plejánov] encendieron la indignación de algunos delegados; esto se podría haber evitado si el camarada Plejánov hubiera añadido que, por supuesto, es imposible imaginar una situación tan trágica como que el proletariado, para consolidar su victoria, tuviera que pisotear derechos políticos tales como la libertad de prensa. (Plejánov: Merci.)».¹⁷

Trotsky, que en una fase posterior del Congreso se alinearía con Mártoov y contra Lenin, en este momento defendía el concepto de dictadura del proletariado, pero se le escapaba la dura realidad: la dictadura tendría que dirigirse contra las ideas conservadoras del proletariado que el viejo sistema había diseminado entre las masas y que todavía luchaba para sobrevivir. Se alzó en defensa del programa con una paráfrasis del *Manifiesto comunista*:

Que la clase trabajadora fuera a tener el papel de líder era inconcebible antes de que un gran número de obreros se uniera con ese deseo en la mente. Cuando esto ocurra, serán una mayoría abrumadora. No se trataría entonces de la dictadura de una pequeña banda de conspiradores o un partido minoritario, sino de la inmensa mayoría, que actuaría en interés de la gran mayoría para prevenir una contrarrevolución. En resumen, representaría la victoria de la auténtica democracia.¹⁸

Esto, por supuesto, no era una respuesta a la postura de Akímov, sobre todo en el caso de Rusia, donde el proletariado no era más que un movimiento minúsculo.

Lenin participó muy poco en el gran debate sobre el programa, salvo para hacer una intervención sobre la cuestión agraria (ver capítulo 11). Está claro, sin embargo, tal como demostraría con su política en 1917, que estaba completamente de acuerdo con Plejánov.

El programa que se aprobó en el Congreso era prácticamente igual que el proyecto que se había aportado inicialmente.¹⁹ Las únicas diferencias eran la adición de la demanda de jueces electos; y unas cuantas modificaciones acerca de detalles de legislación para mejorar las condiciones de trabajo. Es interesante observar que durante el debate del programa, Martínov, uno de los delegados "economistas", atacó duramente el *¿Qué hacer?* de Lenin, sin obtener ningún apoyo.

Hay que reiterar, vistos los hechos que vendrían más tarde, que el programa se aprobó con unanimidad, con solo una abstención. La unidad de los iskristas fue menos completa en las sesiones decimosexta y decimoséptima del Congreso: diversas votaciones muy ajustadas revelaban que algunos de ellos habían votado con el Bund o los "economistas" y contra Lenin y Plejánov. Pero estas votaciones concernían puntos poco importantes.

La bomba del Congreso estalló en la sesión vigesimosegunda, dedicada a las reglas del partido. Se estaba discutiendo el primer párrafo del proyecto de estatutos, que establecía unos criterios para definir a los miembros. Lenin propuso que el artículo 1º definiera a un miembro del partido como alguien que «acepta el programa del partido y lo apoya con medios materiales *y a través de su participación personal en una de las organizaciones del partido*». Mártoov propuso una alternativa, que comenzaría exactamente igual, pero la frase final, en cursiva, sería: «*y a través de su asociación personal regular bajo la dirección de una de las organizaciones del partido*».

Lenin defendió su postura una y otra vez: quería un partido estrechamente organizado de revolucionarios.

El partido debe ser únicamente el destacamento de vanguardia, el dirigente de la inmensa masa de la clase obrera, masa que actúa toda (o casi toda) "bajo el control y la dirección" de las organizaciones del partido, pero que no milita ni debe militar en su totalidad en el partido [...]. En unas condiciones que obligan a concentrar la mayor parte de la actividad en estrechos círculos secretos e incluso en encuentros secretos, nos resulta difícil en grado sumo, casi imposible, distinguir a los charlatanes de los que trabajan. Y es poco probable que se pueda encontrar otro país en el que la confusión de estas dos categorías sea tan habitual y cause tal cúmulo de confusión y de daño como en Rusia. [...] padecemos gravemente este mal [...]. Es preferible que diez hombres que trabajan no se llamen a sí mismos miembros del partido (¡quienes trabajan de verdad no persiguen títulos!) antes que un charlatán tenga el derecho y la posibilidad de ser miembro del partido. He ahí un principio que me parece irrefutable y que me obliga a luchar contra Mártoov [...]. No debe olvidarse [...] que cada miembro del partido responde por el partido y que *el partido responde por cada uno de sus miembros*.²⁰

Mártov también habló una y otra vez: él quería un partido amplio. Trotski entonces se alineó con él, cosa sorprendente, porque en una sesión previa había parecido adoptar una postura aún más centralista que Lenin. Así, había dicho:

Los estatutos, dice el camarada Akímov, no definen la jurisdicción del Comité Central con la precisión necesaria. No puedo estar de acuerdo con él. Al contrario, esta definición es precisa y supone que, en la medida en que el partido es una unidad, hay que asegurar el control sobre los comités locales. El camarada Lieber ha dicho, tomando prestadas mis palabras, que las reglas son "desconfianza organizada". Es cierto. Pero yo he usado esta expresión para referirme a las reglas que proponían los portavoces del Bund, que representaban la desconfianza organizada de una sección del partido hacia el conjunto del partido. Nuestras reglas, por el contrario, representan desconfianza organizada del partido hacia todas sus secciones, es decir, control sobre todas las organizaciones locales, de distrito, nacionales y otras.²¹

En cambio, ahora Trotski decía: «No creo que se pueda ejercer un exorcismo estatutario sobre el oportunismo. No interpreto los estatutos de ninguna manera mística [...]. Las causas del oportunismo son mucho más complejas que una u otra cláusula en las reglas. El oportunismo surge a causa del nivel relativo de desarrollo de la democracia burguesa y el proletariado».

Axelrod también se oponía a Lenin; Plejánov, sin embargo, se puso de su lado: «Tengo una idea preconcebida, pero cuanto más reflexiono sobre todo lo que se ha dicho, más claramente veo que Lenin tiene razón [...]. Puede que los intelectuales duden, por razones individualistas, de unirse al partido, pero mejor así, porque en general son oportunistas [...]. Por esta razón, aunque fuera la única, los que se oponen al oportunismo deberían votar a favor de este proyecto».

Los iskristas estaban divididos, y la propuesta de Lenin fue desestimada por 28 votos en contra y 23 votos a favor. La mayoría de MártoV incluía a los cinco delegados del Bund y los dos "economistas"; todos ellos dieron a MártoV y sus seguidores una mayoría suficiente contra Lenin para dominar el Congreso de ahí en adelante.

¿Cómo es posible que MártoV y Trotski, que habían apoyado sin reticencias *¿Qué hacer?* (que proponía que la autoridad absoluta debía

tenerla el Comité Central del partido), rechazaran la postura de Lenin respecto a la definición de los miembros del partido? Combinar un liderazgo fuertemente centralista con unas condiciones laxas de pertenencia al partido era eclecticismo llevado al extremo.

La dura necesidad de establecer un centralismo democrático dentro del partido obrero revolucionario se deriva de los duros imperativos de la dictadura del proletariado, y MártoV y Trotski no querían darse cuenta. Además, los líderes de un partido revolucionario, en su vida diaria, debían dar el más elevado ejemplo de devoción e identificación completa con el partido: es esto lo que les da la autoridad moral para exigir el máximo sacrificio entre sus filas.

Años antes, Engels, en sus discusiones con los anarquistas, había dicho que la revolución proletaria necesitaba una disciplina muy fuerte, y una autoridad férrea:

¿Han visto estos señores alguna revolución? Una revolución, ciertamente, es el evento más autoritario que exista; es un acto a través del cual una parte de la población impone su voluntad sobre otra parte, usando rifles, bayonetas y cañones, medios que son sumamente autoritarios. Y la parte victoriosa, en adelante, debe mantener su liderazgo, y para hacerlo debe usar el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios.²²

De manera que el partido revolucionario no puede evitar exigir contundentemente el sacrificio y la disciplina de sus miembros. La manera como MártoV definía la pertenencia al partido, en cambio, se correspondía con la flaqueza de su concepción de la dictadura del proletariado.

Después de esta decisión sobre el artículo primero de los estatutos del partido, Lenin se encontró repetidamente en minoría. En las sesiones vigesimotercera y vigesimosexta, MártoV —que ahora se oponía a Lenin constantemente— logró poner a la gente de su parte en todos los puntos que se debatieron. Se trataba, sin embargo, de cuestiones poco significativas.

Lenin se hizo con la mayoría de nuevo en la sesión vigesimoseptima, cuando se derrotó la propuesta de que el Bund judío fuera la única organización de trabajadores judíos, y que preservara su autonomía en el partido (se desestimó por 41 votos en contra, 5 a favor y 5 abstenciones). Poco después, los cinco delegados del Bund abandonaron el Congreso. Entonces, los dos delegados "economistas" también

se fueron, porque el Congreso decidió que la iskrista Liga de socialdemócratas revolucionarios rusos en el extranjero fuera la única representante del partido fuera del país. Mártoov, de esta forma, había perdido siete votos de un solo golpe. Ahora solo contaba con el apoyo de 20 votos, mientras que Lenin conservaba 24.

Era el momento en que el Congreso debía elegir los órganos directivos del partido. Ya se había acordado la estructura central: las reglas habían designado un Comité Central de tres personas que operaría dentro de Rusia, y habían establecido que *Iskra* sería el Órgano Central del partido para el liderazgo ideológico. Por encima de ambos habría un Consejo del partido de cinco miembros: dos de ellos designados por el Comité Central, dos por el Órgano Central, y el quinto por el Congreso.

Con esta mayoría, Lenin consiguió que salieran elegidos sus tres candidatos para el Comité Central. Fue la junta editorial de *Iskra*, que ahora pasaba a ser el Órgano Central del partido, la que provocó dificultades, porque en general se había asumido que se elegiría a los seis integrantes originales, cuatro de los cuales, ahora, se oponían a Lenin (Mártoov, Pótrésov, Axelrod y Zasúlich). Lenin propuso una junta editorial de solo tres miembros: Plejánov, él mismo y Mártoov. Fue este asunto el que provocó la división entre bolcheviques (*bolsheviki*, "la mayoría") y mencheviques (*mensheviki*, "la minoría").

Plejánov, Lenin y Mártoov, pues, fueron escogidos como editores. Nostov, Krzhizhanovski y Lengnik, «todos ellos leninistas», fueron elegidos para el Comité Central. Plejánov fue elegido presidente del Consejo del partido. La discusión acerca de los componentes de la junta editorial —si se reelegían los seis miembros de hasta entonces, como quería Mártoov, o los tres que sugería Lenin— se prolongó muchísimo, durante nueve largas sesiones del Congreso, y el debate fue áspero y enconado.

Después de la larga y agotadora discusión por esta cuestión, el resto del Congreso —solo quedaba un día— transcurrió como si los delegados estuvieran medio dormidos y no les importara nada en absoluto. De los 24 puntos de la agenda, solo se habían discutido, al llegar al último día, cuatro. Después de las cinco de la madrugada del último día —y después de un mes de deliberaciones— el Congreso empezó a discutir con desgana resoluciones sobre cuestiones tácticas, incluidas las manifestaciones, el movimiento sindical, el trabajo entre las sectas y entre los estudiantes; sobre cómo comportarse durante los interroga-

torios; sobre los delegados sindicales; sobre el Congreso Internacional de 1904 en Amsterdam; sobre los liberales (la resolución Starover y la de Plejánov); sobre los socialistas-revolucionarios; sobre las publicaciones del partido; sobre los pogromos antisemitas.

La resolución más desafortunada que se aprobó en esta sesión fue la que propuso Potréssov (Starover), y que apoyaron Mártoov y Axelrod, acerca del respaldo que darían los socialistas a los liberales en las siguientes condiciones: 1) que las «corrientes liberales o liberal-demócratas» debían declarar «claramente y sin ambigüedades que, en su lucha contra el gobierno autocrático, se alinearían resueltamente con los socialdemócratas rusos»; 2) que los liberales «no incluirán, en sus programas, demandas que vayan contra los intereses de la clase trabajadora o la democracia en general, o que ofusquen su conciencia política»; 3) que harían del sufragio directo, secreto, igualitario y universal la consigna de su lucha. (Estos puntos se convertirían en la causa de malentendidos generalizados acerca del potencial revolucionario de los liberales). Los delegados estaban tan cansados que aprobaron la resolución muy deprisa, junto con otra que la contradecía y que propuso Plejánov (apoyado por Lenin). En la resolución de Potréssov, apoyada por Mártoov, Zasúlich y Axelrod (y, sorprendentemente, por Trotski) tenemos un ensayo del menchevismo de 1905 y los años siguientes.²³ Es interesante observar que ya durante el Congreso y también más tarde, Lenin prestó muy poca atención a esta resolución; estaba mucho más preocupado por el conflicto sobre la composición de la junta editorial.

La cuestión sobre si habría, en dicha junta, tres o seis personas, que provocó la escisión del partido, parecía una tormenta en un vaso de agua, una pequeña fruta de conflictos personales demasiado insignificante para dividir un movimiento importante. Lenin veía las diferencias como un conflicto entre los que aceptaban el espíritu de asignación de oficiales, por un lado, y aquellos que estaban acostumbrados a las actitudes prevalentes en los círculos, a las "cofradías", en el cual había un elemento personal muy importante, y no estaba en absoluto seguro, en ese momento, de que aquello justificara la división.

Los partidarios de la antigua junta editorial de *Iskra* utilizaron argumentos tales como que «el Congreso no tiene el derecho político ni moral de remodelar la junta editorial» (Trotski); «Es una cuestión demasiado delicada [sic!]» (de nuevo Trotski); «¿Qué pensarán los editores que no han sido reelegidos de que el Congreso ya no les quiera en la junta editorial?» (Tsariov).

El comentario de Lenin fue:

Semejantes argumentos transferían ya plenamente la cuestión al terreno de la *lástima* y los *resentimientos*, reconociendo así abiertamente la bancarrota en el terreno de los argumentos efectivamente de principio, efectivamente políticos. Si aceptamos este punto de vista, que no es de partido, sino *filisteo*, en cada elección nos encontraremos ante el problema de si se ofenderá fulano porque ha sido elegido mengano y no él, si se ofenderá determinado miembro del Comité de organización porque no ha sido elegido él sino otro para el CC. ¿A dónde nos llevará todo esto, camaradas? Si nos hemos reunido aquí, *no para dirigirnos mutuamente discursos agradables, ternuras filisteas*, sino para formar un partido, no podemos en modo alguno estar conformes con semejante punto de vista. Se trata de *elegir a unos camaradas para cargos de responsabilidad* y no puede plantearse como una cuestión de falta de confianza el hecho de que una persona no haya sido elegida: *nuestra única consideración tendría que ser el bien de la causa y lo adecuado de la persona elegida para el cargo de que se trate*".

También se posicionó en contra de «la vieja banda íntima que insiste en la "continuidad" de los círculos».²⁴

La gente está tan acostumbrada a la reclusión íntima y cálida del pequeño círculo que cuando, por primera vez, una persona levanta la voz, asumiendo su propia responsabilidad, en campo libre y abierto, casi se desmayan [...]. El individualismo propio del intelectual y la mentalidad del círculo han chocado con la exigencia de hablar abiertamente ante el partido.²⁵

Cuando MártoV rehusó obedecer la decisión del Congreso respecto a la decisión sobre la junta editorial, diciendo: «¡No somos siervos!», Lenin condenó ese "anarquismo aristocrático", diciendo que debían «aprender a *exigir* que no solo las bases cumplan con sus deberes de miembros del partido, sino también "los de arriba"». ²⁶

¿Por qué trataron de negar MártoV y sus amigos la ineficiencia evidente de los miembros de la antigua junta editorial ahora apartados por el Congreso?

La anterior Redacción de seis miembros era hasta tal punto inepta,

que no llegó a reunirse en pleno *ni una sola vez en tres años*; parece increíble, pero es cierto. *Todos* los 45 números de *Iskra* fueron preparados (en el sentido de la redacción y técnico) sólo por MártoV o Lenin. Y nadie, fuera de Plejánov, planteó *una sola vez* algún problema teórico *importante*. Axelrod no aportó el menor trabajo (ningún artículo en *Zariá* y sólo tres o cuatro en todos los 45 números de *Iskra*). Zasúlich y Starover se limitaron a colaborar y a aconsejar, sin llegar a realizar *nunca* un verdadero trabajo de redactores.²⁷

Explicando los motivos que le llevaban a presentar esa propuesta, Lenin afirmó que en los 45 números de *Iskra*, MártoV había escrito 39 artículos; él mismo, 32; y Plejánov, 24. Zasúlich había escrito solo seis; Axelrod, cuatro; y Potrészov, ocho.²⁸

El deseo de expresar su apoyo con buenas maneras a los veteranos, en vez de subordinarlo todo a las necesidades de la revolución, era ajeno por completo a Lenin. Pero no porque fuera frío hacia los pioneros del marxismo ruso. En particular, estaba muy unido a Vera Zasúlich, igual que Krúpskaya: «"Espera a conocer a Vera Ivánovna", me dijo Vladímir Ilich la tarde que llegué a Múnich, "es una persona nítida como el cristal". Y era cierto».²⁹

Su pasado heroico tocaba alguna cuerda profunda en el corazón de Lenin. En enero de 1878, cuando tenía 29 años, Zasúlich había disparado contra el general TrépoV, jefe de los gendarmes de Petersburgo, como protesta contra el maltrato y la humillación de un prisionero político. Durante el juicio salieron a la luz los terribles abusos que Zasúlich había sufrido en manos de la policía. El jurado quedó tan consternado por las revelaciones y tan impresionado con la acusada que la absolvieron, y cuando la policía, al salir del juzgado, intentó arrestarla, una multitud de simpatizantes la ayudó a escapar. En el extranjero estuvo en contacto estrecho con Karl Marx. Lenin la quería y la admiraba mucho, y sabía que apartarla de la junta editorial sería un golpe muy duro para ella. Como explicaba Krúpskaya:

Vera Ivánovna sentía mucha añoranza de Rusia. Creo que fue en 1899 que entró ilegalmente en el país, no para trabajar, sino simplemente porque «tengo que mirar a un *mizhik* y ver si le ha crecido mucho la nariz». Cuando *Iskra* empezó a aparecer sintió que aquello era un trabajo directamente conectado con Rusia y se aferró a él. Para ella, dejar *Iskra* hubiera significado aislarse de nuevo

de su país, y volver a hundirse en el mar muerto de la vida en el exilio, que la arrastra a una hasta el fondo.

Fue por esta razón que se sublevó cuando se planteó el asunto de la junta editorial de *Iskra* en el segundo Congreso. Para ella no era una cuestión de autoestima, sino de vida o muerte.³⁰

Sin embargo, Lenin era demasiado honesto intelectualmente, y estaba demasiado entregado a la causa, para sacrificar las necesidades de la organización a sus propios sentimientos. Por lo tanto, Vera Zasúlich debía quedar fuera. Aquellos que subordinaban las necesidades del movimiento a consideraciones secundarias eran conciliadores, no revolucionarios, como se vería más tarde. Pero este hecho, por aquel entonces, escapaba incluso a la perspicacia de Lenin.

La actitud de Lenin hacia los camaradas

Del incidente que se describe arriba se puede concluir que Lenin era frío y desconsiderado con sus camaradas, pero esto dista mucho de ser cierto. En realidad era cálido y generoso con todos ellos, y mostraba atención a todas sus necesidades. Incluso cuando rompía con alguien políticamente, a menudo mantenía su afecto por aquella persona. Prueba de ello es su actitud hacia Márto:

Para él fue extremadamente difícil romper con Márto. El trabajo que habían hecho juntos en Petersburgo y el período de trabajo en el viejo *Iskra* los había unido mucho. En esos tiempos, Márto, que era muy impresionable, había mostrado una gran capacidad para comprender las ideas de Ilich y desarrollarlas con talento. Después, Vladímir Ilich luchó decididamente contra los mencheviques, pero cada vez que Márto tomaba la dirección correcta, aunque fuera mínimamente, Lenin recuperaba la vieja actitud hacia él. Por ejemplo, cuando ambos trabajaron juntos en la redacción del *Sotsial-demokrat*, en París, en 1910. Cuando regresaba a casa de la oficina, Vladímir Ilich solía relatar con alegría cómo Márto estaba actuando correctamente, o a veces incluso oponiéndose a Dan. Después, de nuevo en Rusia, cuán satisfecho estaba Vladímir Ilich de la postura de Márto durante los hechos de julio (de 1917); no porque fuera

beneficioso de alguna manera para los bolcheviques, sino porque Márto estaba actuando correctamente, como correspondía a un revolucionario.³¹

Durante el invierno de 1919-20 Lenin supo que Márto estaba muy enfermo y le envió los mejores médicos disponibles en Moscú.

Ningún elemento *personal* afectaba la manera como Lenin apreciaba políticamente a los individuos, y viceversa. Krúpskaya escribía:

Uno de los rasgos característicos de Ilich era su habilidad para distinguir las discusiones sobre principios de las discusiones de ámbito personal, y su capacidad para colocar los intereses de la causa por encima de todo lo demás. Cuando un oponente le atacaba, él se defendía y se mantenía firme en su opinión; pero cuando tenían que realizarse nuevas tareas y la cooperación con el oponente era posible, Ilich era capaz de acercarse a él como camarada. Y lo hacía naturalmente, sin tener que forzarse a ello, y este era el origen de su inmenso poder. A pesar de ser muy riguroso en cuestiones de principios, por lo que respecta a las personas era muy optimista. Y a veces se equivocaba, pero en general su optimismo fue muy beneficioso para la causa.³²

Podía dirigir un ataque feroz contra alguien por su postura política actual, pero al mismo tiempo rendirle homenaje por sus contribuciones en otros campos. En una carta en la que comentaba el fracaso político de Plejánov en 1905 escribía: «El viejo da pena [...]. Pero qué buena cabeza».³³ Dos años después, en un artículo en el que atacaba a Plejánov con acritud por sus políticas durante la Revolución de 1905, Lenin todavía alababa sus importantes contribuciones teóricas de los primeros tiempos.

De nuevo, en una carta a la junta editorial de *Pravda*, escrita un poco después del 25 de mayo de 1913, Lenin podía pasar por alto el pasado y escribir: «Ahora [Plejánov] es valioso, pues lucha contra los enemigos del movimiento obrero».³⁴ Incluso después de 1917, cuando Plejánov no solo apoyó la guerra, sino que además persistía, en su periódico *Edinovo*, en sus acusaciones de que Lenin era un agente a sueldo de los alemanes, el mismo Lenin continuaba alabando sus contribuciones a la teoría marxista.

También mostraba tacto y calidez cuando ayudaba a los camaradas

a desarrollar y mejorar sus conocimientos. Krúpskaya escribe:

Recuerdo la actitud de Lenin hacia los autores inexpertos. En las discusiones sobre sus trabajos, él siempre iba directamente al núcleo del asunto, a los fundamentos, y hacía sugerencias para mejorarlos. Pero lo hacía muy discretamente, de manera que estos autores apenas se daban cuenta de que les estaban corrigiendo. Y además, Ilich sabía ayudar a la gente en su trabajo. Si, por ejemplo, quería que alguien escribiera un artículo pero no estaba seguro de si sería capaz de hacerlo bien, empezaba a discutir con él, exponiendo sus ideas e interesando al escritor en potencia. Después de sondearle suficientemente acerca de la cuestión, le decía: «¿Te interesaría escribir un artículo sobre esto?» Y el autor ni siquiera se daba cuenta de que la discusión preliminar con Ilich le ayudaba en el momento de escribir el artículo, en el cual usaba las mismas expresiones y frases que Lenin.³⁵

Si Lenin tenía una debilidad, era que se enamoraba de las personas demasiado fácilmente. «Vladímir Ilich tenía a menudo estos períodos de entusiasmo con la gente. Veía una cualidad en una persona y se afeurraba a ella».³⁶ Pero este entusiasmo no se mantenía durante mucho tiempo: si, en un primer momento, Lenin “se enamoraba” de un nuevo colaborador, después de un trato más prolongado con esa persona casi siempre le encontraba alguna flaqueza.

Su actitud hacia una persona podía cambiar radicalmente, dependiendo de si, en ese momento, estaba de su parte o contra él. Pero estos cambios no eran fruto de la inconstancia. La razón por la que a menudo se encuentran, en los escritos de Lenin, contradicciones sorprendentes en sus comentarios sobre las personas, es que para él, las necesidades de la lucha tenían prioridad por encima de cualquier otra cosa. Su autocontrol inmenso, que le permitía evaluar objetivamente las contribuciones de la gente, incluidas las de sus oponentes, su generosidad de espíritu y su calidez excepcional, le valieron no solo la confianza, sino también el afecto de sus compañeros.

Y después de esta digresión sobre la actitud de Lenin hacia sus camaradas, vamos a volver a los acontecimientos que siguieron el Congreso de 1903.

La división es una locura

Una vez, mientras Lev Tolstói daba un paseo, vislumbró ante él la figura de un hombre agachado que gesticulaba de una manera extraña. Primero pensó que se trataba de un loco, pero al acercarse se dio cuenta de que el hombre realizaba un trabajo útil: estaba afilando su cuchillo con una piedra. A Lenin le gustaba citar este ejemplo, porque, para un observador externo, las interminables discusiones y las riñas entre una y otra facción durante el Congreso de 1903 podían parecer poca cosa más que los desvaríos de un grupo de locos.

Difícilmente podríamos encontrar un acontecimiento que pareciera más trivial y carente de sentido que la división entre bolcheviques y mencheviques. Leyendo el acta del Congreso, uno no puede evitar quedarse atónito al pensar que aquél fue precisamente el punto de inflexión de la historia del movimiento obrero ruso. Los mismos participantes no creían que la división tuviera mucha importancia, o que fuera a durar demasiado tiempo. Así, Lunacharski escribía:

La mayor dificultad a la que debíamos enfrentarnos era que el segundo Congreso, aunque había dividido el partido, no había resuelto las profundas diferencias entre martovistas y leninistas. Estas diferencias aparecían en el primer párrafo de los estatutos y en el personal de la junta editorial. Muchos estaban avergonzados por la razón insignificante que había llevado a la ruptura.³⁷

Piátnitski, que más tarde sería un oficial prominente del Comintern pero por aquel entonces era un joven obrero, escribía en sus memorias:

No podía entender por qué unas diferencias tan pequeñas nos impedían trabajar juntos [...]. Nos llegaron rumores de discrepancias de opinión dentro del mismo grupo de *Iskra*. No me podía creer lo que oía. Nos esperábamos que dentro del grupo de *Rabócheye Dielo*, y entre sus seguidores, hubiera diferencias importantes, pero yo personalmente no había esperado que hubiera ninguna desunión dentro del grupo de *Iskra*, al que había llegado a considerar como un cuerpo homogéneo. La agnía de tales incertidumbres duró muchos días, hasta que al final, los delegados regresaron a Berlín después del Congreso. Nos ha-

bían llegado informes sobre lo sucedido desde ambas partes. En seguida empezó, cada una de ellas, a hacer agitación a favor de su propia línea. Yo me sentía atrapado entre las dos: por un lado, lamentaba profundamente que se hubiera ofendido a Zasúlich, Potréssov [...], y Axelrod, apartándoles de la junta editorial de *Iskra* [...]. Además, muchos camaradas con quienes había estado muy unido [...] estaban ahora con los mencheviques, pero yo apoyaba sin duda la estructura organizativa del partido que defendía el camarada Lenin. Con la lógica, yo estaba con la mayoría, pero mis simpatías personales, si se me permite expresarme así, estaban con la minoría.³⁸

El ingeniero Krzhizhanovski, muy cercano a Lenin en aquella época, recuerda: «A mí, personalmente, la idea de que el camarada Mártoov era oportunista me pareció especialmente inverosímil». Hay muchas muestras de opiniones parecidas. De Petersburgo, de Moscú, de las diferentes provincias llegaban protestas y lamentos: nadie quería reconocer la ruptura entre los iskristas que había tenido lugar durante el Congreso.³⁹

Un obrero escribió a Lenin, quejándose de la división y la «absurda lucha entre facciones»:

¡Por favor, camarada! ¿Acaso es natural que todas las energías del partido se consuman en ir de un comité a otro sólo para hablar de mayoría y minoría? No lo acabo de entender. ¿Acaso este problema es tan importante como para dedicarle todas las fuerzas, como para que unos traten a otros prácticamente como si fuesen enemigos? Y en realidad, así las cosas, si se elige un comité, supongamos, de uno de los bandos, ninguno de los del otro podrá entrar en él, por mucho que sean aptos para el trabajo; es más, no se les permitirá incorporarse aunque se les necesite para el trabajo, y aunque éste resulte muy perjudicado por su ausencia. Por supuesto, no quiero decir con ello que tengamos que abandonar del todo la lucha en torno a este problema; en modo alguno. Sólo que, a mi entender, esta lucha debería tener otro carácter, y no debemos olvidar por su culpa nuestra tarea principal, que es la de difundir las ideas socialdemócratas entre las masas, porque si olvidamos esto debilitamos a nuestro partido. Yo no sé si es justo, pero cuando uno ve los intereses de la causa

arrastrados por el barro y descuidados por completo, le vienen ganas de llamar a toda esa gente intrigantes políticos. Uno siente dolor y se preocupa por el trabajo, cuando ve que quienes lo dirigen se ocupan de otras cosas. Uno piensa: ¿es que nuestro partido está condenado a eternas escisiones por tales pequeñeces, es que somos incapaces de mantener al mismo tiempo la lucha interna y la lucha externa?⁴⁰

Las críticas personales y el cruce de acusaciones empeoraron la ruptura. Años después, Lenin escribía:

Entre los grupos del movimiento socialdemócrata, ninguna lucha por principios, *en ningún lugar del mundo*, ha transcurrido sin una serie de conflictos personales y organizativos. Hay gente despreciable que se fija en las maneras de expresar el “conflicto”. Pero de todos los “simpatizantes”, solo los diletantes sin coraje pueden avergonzarse de estos conflictos, desecharlos con desaliento o desprecio, como diciendo: «¿Todo esto no son más que riñas!».⁴¹

En aquel momento, en 1903, la enemistad personal entre los enfrentados se añadía a la confusión.

Los escritos de Lenin de esa época muestran que él mismo no tenía clara la profundidad de la ruptura, y la importancia que ésta tendría en el futuro. Su incertidumbre queda reflejada, en parte, por el hecho de que, en la sección de sus *Obras completas* correspondiente a este período, hay una infinidad de cartas no enviadas, comunicados no leídos, y borradores de artículos que nunca se publicaron. Aquellos que sí vieron la luz indicaban que Lenin no esperaba que la ruptura con los mencheviques fuera a durar mucho tiempo, ni creía que estuviera justificado dividir el partido por cuestiones “triviales”. Así lo decía en una carta enviada a A. N. Potréssov el 13 de septiembre:

Por lo tanto, me pregunto: ¿cuál es en realidad el motivo por el que tenemos que separarnos como enemigos para siempre? Examino todos los acontecimientos y las impresiones que tengo del Congreso. Es cierto que con frecuencia actué en un estado de gran irritación, “frenéticamente”; estoy dispuesto a admitir *esta falta mía ante cualquiera*, si puede considerarse una falta lo que

fue producto natural del clima, las reacciones, las exclamaciones, la lucha, etc. Pero al analizar ahora, con calma, los resultados obtenidos tras esa lucha enconada, no encuentro nada que constituya una ofensa para el partido, nada que sea un agravio para la minoría.⁴²

Seis meses después del Congreso escribía: «Las discrepancias que separan las dos alas en el momento actual se reducen, fundamentalmente, no a problemas programáticos o tácticos, sino sólo a problemas de organización»⁴³; «Los problemas de organización [...], son menos fundamentales, por cierto, que los problemas de táctica, y ya no hablemos de los de programa»⁴⁴; «Antes solíamos discrepar a causa de grandes problemas, que a veces podían incluso justificar una escisión; ahora nos hemos puesto de acuerdo en todos los asuntos importantes, y sólo nos separan *matices* de opinión, que podemos y debemos discutir, pero por cuya causa sería absurdo y pueril separarse»⁴⁵. «Para que los miembros del partido puedan ser dignos representantes del proletariado consciente y combativo, y dignos participantes en el movimiento obrero mundial, deben esforzarse por todos los medios para que ninguna diferencia individual en torno a la interpretación y los métodos de aplicar principios reconocidos en el programa de nuestro partido impidan, ni puedan impedir, el trabajo armónico y unido bajo la dirección de nuestras instituciones centrales».⁴⁶

Lenin divagó durante meses. A pesar del mito que propagaron los artífices de la leyenda, él no era una presencia omnisciente, ni podía prever los resultados de la “pequeña grieta” en el partido. Su indecisión afectó gravemente su estado nervioso. En vísperas del segundo Congreso, Krúpskaya recuerda: «Vladímir Ilich estaba tan alterado que desarrolló una enfermedad nerviosa llamada “fuego sagrado”*, que consiste en la inflamación de las terminales nerviosas de la espalda y el pecho [...]. De camino a Ginebra Vladímir Ilich estaba muy inquieto; pero al llegar allí se derrumbó completamente, y estuvo en la cama dos semanas».⁴⁷ Durante el Congreso se ponía tan nervioso que dejó de dormir, y estaba extremadamente inquieto.⁴⁸

De hecho, después de cada conferencia, Lenin hacía largas excursiones a pie o en bicicleta, normalmente con Krúpskaya. Su enorme

* Probablemente se trataba de un brote de herpes zóster. (N. de la T.)

disciplina hacía que fuera difícil ver indicios de las emociones que lo asaltaban interiormente, y sin embargo, las memorias de Krúpskaya aluden constantemente al agotamiento nervioso que sufrió durante semanas y meses.

Y si logró mantener la compostura y seguir adelante con toda su honestidad intelectual, sin que le afectaran demasiado los disgustos personales, ni sus nervios o tensiones, en gran parte fue gracias a Krúpskaya, la compañera que estuvo a su lado gran parte de su vida. Su personalidad excepcional y su devoción a la causa, su energía, su pureza de carácter y su amor inquebrantable fueron un gran apoyo para él.

Si volvemos a los hechos que siguieron el Congreso de 1903, veremos que fueron necesarios más de seis meses para que Lenin llegara finalmente a la conclusión de que la ruptura estaba justificada y era necesaria. Dejó entonces de dudar y afirmó que la división reflejaba las diferencias entre el ala proletaria y el ala pequeñoburguesa e intelectualista del partido.

En su resumen del Congreso de 1903, de 230 páginas, que llamó *Un paso adelante, dos pasos atrás* (escrito entre febrero y mayo de 1904), Lenin dice que para «el individualismo intelectual, que ya se había manifestado en los debates sobre el artículo 1 revelando su propensión a las argumentaciones oportunistas y a las frases anarquistas, toda organización y disciplina proletaria suponen una servidumbre».⁴⁹

Citaba una carta escrita a *Iskra* (ahora un periódico menchevique), que le acusaba de ver el partido como «una gran fábrica» dirigida por un patrón, en la forma del Comité Central. Lenin comentaba, al respecto, que el autor de la carta:

[...] no se da cuenta de que esa terrible palabra suya delata inmediatamente la mentalidad del intelectual burgués poco conocedor tanto de la práctica como de la teoría de la organización proletaria. La fábrica, en la que algunos ven un espantajo, constituye la forma más alta de cooperación capitalista, que ha unido y disciplinado al proletariado, le ha enseñado a organizarse, y le ha colocado a la cabeza de los demás sectores de la población trabajadora y explotada. Y el marxismo, la ideología del proletariado formado por el capitalismo, ha enseñado y enseña a los inestables intelectuales la diferencia que existe entre la fábrica como medio de explotación (disciplina que se sustenta en el

miedo a morir de hambre) y la fábrica como factor de organización (disciplina que se basa en el trabajo en común, unificado por las condiciones de una producción altamente desarrollada desde el punto de vista técnico). El proletario, educado en la "escuela" de la fábrica, asimila con especial facilidad la disciplina y la organización que tanto trabajo le cuesta asimilar al intelectual burgués.⁵⁰

En su ataque a los intelectuales, y para poner énfasis en la necesidad de disciplinarlos desde el partido, Lenin cita abundantemente el brillante retrato que hizo Kautski de los intelectuales individualistas:

El intelectual no es un capitalista. Es cierto que tiene un nivel de vida burgués, y que debe conservarlo si no quiere convertirse en un indigente, pero al mismo tiempo se ve obligado a vender el producto de su trabajo y, con frecuencia, su fuerza de trabajo, y no pocas veces él mismo es explotado y humillado por el capitalista. El intelectual no se encuentra, pues, en una situación de antagonismo económico con respecto al proletariado, pero sus condiciones de vida y de trabajo no son proletarias, y ello engendra cierto antagonismo en cuanto a su modo de pensar y de sentir.

Como individuo aislado, el proletario no es nada. Toda su fuerza, toda su capacidad de progreso, todos sus anhelos y esperanzas derivan de la organización, [...] de formar parte de un organismo fuerte y grande. Ese organismo lo es todo para el proletario y, comparado con él, el individuo significa muy poco. El proletario lucha con la más grande abnegación, como parte de una masa anónima sin perspectivas de ninguna gloria o ventaja personales, cumpliendo con su deber en el puesto que se le asigna con una disciplina voluntaria que impregna todos sus sentimientos y pensamientos.

Muy distinto es el caso del intelectual. Éste no lucha por medio de la fuerza, sino por medio de argumentos. Sus armas son sus conocimientos personales, su capacidad personal, sus convicciones personales. Sólo mediante sus cualidades personales puede alcanzar una posición. De ahí que considere que la más plena libertad de manifestar su personalidad es la principal condición para el éxito. Se resigna con dificultad a ser una parte subordinada

a un todo, y cuando lo hace, es por necesidad, no por inclinación personal. El intelectual reconoce la necesidad de disciplina sólo para la masa, no para los espíritus selectos. Y, por supuesto, él se considera de estos últimos...

La verdadera filosofía del intelectual, que lo hace totalmente incapaz de tomar parte en la lucha de clase del proletariado, es la filosofía de Nietzsche, con su culto al superhombre, para la cual la realización de la propia personalidad lo es todo, y cualquier subordinación de esa personalidad a un fin social es vulgar y despreciable.

Después de Nietzsche, el más destacado representante de una filosofía que responde a los sentimientos de la intelectualidad, es probablemente Ibsen. Su personaje, el doctor Stockmann (del drama "Un enemigo del pueblo") no es, como muchos han creído, un socialista, sino el tipo de intelectual que necesariamente chocará con el movimiento proletario, y con todo movimiento del pueblo en general, tan pronto como intente actuar en él. Y ello, por la sencilla razón de que la base del movimiento proletario, como de todo movimiento democrático, es el respeto a la mayoría de los propios camaradas. El típico intelectual, a la manera de Stockmann, considera a la "mayoría compacta" como un monstruo que debe ser abatido.⁵¹

Lenin concluyó que la posición que habían tomado Mártov y sus seguidores reflejaba la capitulación ante el individualismo de los intelectuales. Las reglas del partido debían tratar de disciplinar estos mismos intelectuales.

Es interesante comparar los argumentos de Lenin en *¿Qué hacer? y Un paso adelante, dos pasos atrás*. En el primer caso, el objetivo de sus críticas es el activista local, cuyo horizonte estrecho era el propio de los círculos. De ahí la noción de que el proletariado solo «es atraído espontáneamente hacia la conciencia sindical», y que los intelectuales marxistas tenían la función clave de proporcionar a los trabajadores la conciencia política y de clase desde fuera. Ahora, dos años después, en *Un paso adelante, dos pasos atrás*, los elementos proletarios del partido debían imponer disciplina a los intelectuales. Los tiempos cambian, las necesidades del movimiento cambian, y Lenin "dobla el palo" hacia donde es necesario para seguir adelante.

Anticipación

La división de 1903 fue un anticipo de lo que vendría más tarde. Las diferencias políticas entre Lenin y Márto, consideradas en términos estáticos, es decir, mecánicamente, eran demasiado pequeñas entonces para justificar la ruptura. Pero cuando pensamos en su desarrollo, es decir, cuando las consideramos dialécticamente, está claro que las pequeñas diferencias pueden acabar siendo grandes. En el partido unido, los círculos pequeñoburgueses no están completamente aislados de los círculos obreros; una facción tiende a agruparse alrededor de sí misma y se convierte en portavoz de un grupo social no proletario, mientras que la otra facción se va volviendo más y más antagónica hacia estos elementos pequeñoburgueses. Pero en 1903, las diferencias se circunscribían solo al ámbito organizativo, y las diferencias políticas y programáticas todavía no se habían manifestado. Por esta razón, Lenin, para empezar, no consideraba justificada la ruptura. Sin embargo, la misma existencia de organizaciones separadas puede llevar a diferencias políticas a medida que ambas se desarrollan independientemente, y el elemento *personal* puede desempeñar un papel importante en la formación de las políticas de cada grupo.

Es cierto que las dos facciones de 1903 no eran de una composición químicamente pura. Por un lado, entre los bolcheviques se contaba Plejánov, que después pasaría a estar a la derecha extrema de la facción menchevique; después, al lado de los mencheviques estaban Trotski y Rosa Luxemburg. Pero el carácter de cada facción lo determinaban básicamente los dos líderes que más diferían entre ellos, Lenin y Márto. El hecho de que los bolcheviques, desde el inicio, fueran llamados "los duros", y los mencheviques "los blandos", es una caracterización psicológica que, en conjunto, encajaba con el liderazgo de ambas alas del movimiento. Todo el mundo hablaba de la dureza de Lenin, y de la blandura de Márto no se hablaba menos. Muchos años después del Congreso de 1903, Trotski llamó a Márto «el Hamlet del socialismo democrático», porque «su pensamiento carecía del resorte de la voluntad».⁵²

Un ejemplo de las diferencias psicológicas entre Lenin y Márto se ve en la elección de los nombres "bolchevique" y "menchevique". Lenin se aferró decididamente al título de bolchevique, mientras que Márto llevó con sumisión la etiqueta de menchevique durante el resto de su vida; ¡incluso cuando obtenía la mayoría, se llamaba a sí mismo menchevique!

Uno de los panfletos que Márto escribió contra Lenin después del segundo Congreso se llamaba; *De nuevo en la minoría*. ¿Hubría llamado Lenin a su grupo "mencheviques", si hubiera estado en minoría en todos los puntos discutidos en el Congreso, como le había sucedido con la regla 1? Desde luego que no. Probablemente, les hubiera llamado los "Duros", los "Marxistas ortodoxos", los "socialdemócratas revolucionarios" o algo parecido. Los nombres elegidos por Márto y Lenin eran sintomáticos: fatalismo y sumisión frente a fuerza de voluntad y acción. Aquí es donde los factores históricos se confunden con los personales.

En 1903, ciertamente, no podía decirse que Márto fuera, en lo político, un reformista: mostraba signos de centrismo, que es un término general usado para describir tendencias y grupos muy variados que se encuentran entre el reformismo y el marxismo. Una de las principales características de los centristas es su tendencia a "oscurecer" la necesidad de una demarcación clara entre la vanguardia de la clase y la masa, entre la iniciativa de una minoría y la rutina de la mayoría. El mayor defecto del centrismo es su fatalismo histórico. A causa de su naturaleza, muy indefinida, y de la falta de un carácter claramente delineado y preciso, por su vacilación entre el marxismo y el reformismo, los grupos centristas no se mueven siempre en una misma dirección. Algunos se mueven hacia la izquierda y el marxismo, y otros hacia la derecha y el reformismo. Además, por su falta de consistencia, los centristas a veces van hacia la izquierda y después viran hacia la derecha. En el proceso, el grupo mismo sufre una diferenciación, y se producen divisiones: algunas secciones se encaminan definitivamente hacia el reformismo, mientras que otras se unen al ala revolucionaria del movimiento obrero.

En la Rusia zarista, el mismo régimen autocrático impedía la diferenciación entre los revolucionarios consecuentes, los centristas y los reformistas. En Europa occidental, los elementos más moderados del movimiento obrero se describían francamente como reformistas. Pero en el régimen zarista, ni siquiera los socialistas más moderados podían plantearse construir un partido reformista, ya que «el camino parlamentario hacia el socialismo» no tenía razón de ser sin un parlamento. Se necesitaba al menos un semiparlamento —la *Duma* zarista de los años posteriores— para que un cretinismo parlamentario levantara la cabeza. Nadie, dentro del movimiento socialista ruso en 1903, podía izar la bandera del reformismo.

Las facciones bolchevique y menchevique de la socialdemocracia

rusa se dirigían a un cisma profundo, que daría expresión en términos políticos reales a las tendencias latentes dentro de cada grupo, y que descartaría la posibilidad de cualquier reconciliación. Pero este resultado todavía quedaba oculto para todos los participantes en las disputas de aquellos años.

Se necesitaba el año revolucionario de 1905 y el período de reacción de 1907-10 para que la tendencia menchevique estuviera completamente formada. Dado que el menchevismo de 1903 era básicamente centrismo, la actitud de los bolcheviques y del propio Lenin hacia la ruptura era poco clara e inestable. Una consecuencia de esto, a más largo plazo, es que la separación completa entre ambas facciones tardaría todavía unos cuantos años en producirse. Para anticiparnos un poco a los acontecimientos, esta es la historia de su relación:

Julio - agosto de 1903	<i>ruptura oficial</i>
Primavera de 1905	<i>ruptura real</i>
1906 - 07	<i>semiunidad</i>
1908 - 09	<i>ruptura</i>
1910	<i>semiunidad</i>
Enero de 1912	<i>ruptura final</i>

Los líderes bolcheviques se niegan a romper con los mencheviques

Poco después del Congreso, Plejánov, que entonces había apoyado a Lenin, cambió de opinión. Anunció que no podía soportar «disparar contra sus camaradas», y que «antes que sufrir esta división, es mejor meterse una bala en el cerebro». Decidió, pues, invitar a Mártoov, Axelrod, Zasúlich y Potrétsov a formar parte de la junta editorial de *Iskra*. Lenin dimitió, indignado.

Su reacción inmediata fue organizar la convocatoria de un nuevo Congreso. El 18 de diciembre de 1903 escribía a uno de sus amigos de más confianza G. M. Krzhizhanovski:

La única salvación es un congreso. Su consigna: luchar contra los desbaratadores. Sólo con esta consigna podremos atrapar a los partidarios de Mártoov, ganar a las amplias masas y salvar la situación. En mi opinión, el único plan posible es el siguiente:

*por el momento, ni una palabra sobre el congreso, que sea completamente secreto. Enviar todas, absolutamente todas las fuerzas a los comités y a realizar viajes. Hay que librar una lucha por la paz, por poner fin a la desorganización, por imponer la autoridad del Comité Central. Hay que poner el máximo esfuerzo en pescar a los partidarios de Mártoov y a la gente de *Iuzhni Rabóchi* en prácticas de desorganización, acosarlos con documentos y resoluciones contra los desorganizadores; las resoluciones de los comités deben llover sobre el Órgano Central. Además, nuestra gente debe entrar en los comités vacilantes. Conquistar a los comités con la consigna: contra la desorganización, esa es la *tarea más importante*. El congreso debe realizarse a más tardar en enero, por lo tanto, hay que ponerse a trabajar con la mayor energía. Repito: o derrota total [...] o *preparación inmediata de un congreso*. Al principio deberá prepararse en secreto, durante un mes como máximo; después de lo cual se procederá, durante tres semanas, a recoger las demandas de la mitad de los comités y se convocará el congreso. Vuelvo a insistir en ello: esta es la única salvación.⁵³*

Sin embargo, Lenin tardó dieciocho meses en arreglárselas para convocar el Congreso, hasta mayo de 1905, momento en que se concretó la ruptura con los mencheviques.

Primero se topó con la resistencia del Comité Central a la idea de un nuevo Congreso. A pesar de que sus miembros eran bolcheviques, la idea de la ruptura les exasperaba, y querían tratar de llegar a un compromiso con los mencheviques:

Poco después del encuentro de enero, cinco o seis miembros del CC que estaban por aquel entonces en Rusia expresaron su desaprobarción ante la demanda de Lenin de un nuevo Congreso. También rechazaban la sugerencia de que debían incluir en el comité a dos miembros más [...]. Los motivos tras la propuesta eran claros. Su carta terminaba así: «Todos imploramos al *Viejo* (Lenin) que deje de lado la pelea y empiece a trabajar. Estamos esperando folletos, panfletos y rodo tipo de consejos: esta es la mejor manera de calmarse los nervios y responder a las calumnias». Pero Lenin no quería tomar ese curso. «No soy una máquina», replicó, «no puedo trabajar en absoluto cuando estamos en un estado tan lamentable».⁵⁴

Después de meses de un acre intercambio de cartas entre los miembros del CC, Lenin fue expulsado del mismo, a todos los efectos, en el verano de 1904, a pesar de que formalmente todavía era miembro de él. En julio de 1904 el Comité Central quiso llegar a un compromiso con los mencheviques: en un anuncio publicado en *Istera* reconocía la autoridad plena de la junta editorial del periódico (compuesta por cinco mencheviques, Plejánov incluido), y pedía a Lenin que se reincorporara a la junta, acusándole de estar agitando para un tercer Congreso con el que ajustar cuentas a los mencheviques.

Lenin había construido, sin que el CC lo supiera, un cuerpo llamado el Buró del sur del CC, dirigido por V. V. Vorovski, que no era miembro del CC. Sin tener un estatus oficial, el Buró le sirvió a Lenin para convocar el nuevo Congreso. Pero el CC lo disolvió y le quitó a Lenin el poder de representar el Comité Central en el extranjero, y le prohibió publicar escritos sin su sanción.⁵⁵ En lugar de Lenin, el representante oficial del CC en el extranjero pasó a ser Noskov, un conciliador.

Pero Lenin no se quedó sentado esperando mientras ocurría todo esto. Con la ayuda de Krúpskaya, desde Ginebra, y un grupo de seguidores que operaban desde el interior de Rusia, construyó un nuevo conjunto de comités centralizados, sin reparar en la Regla 6 de los estatutos del partido, que reservaba al Comité Central el derecho de organizar y reconocer comités. Tres conferencias de los comités locales bolcheviques tuvieron lugar entre septiembre y diciembre de 1904: 1) la del sur (con los comités de Odesa, Ekaterinoslav y Nikoláiev); 2) la del Cáucaso (con los comités de Bakú, Batum, Tiflis e Imeretia-Mingrelia); y 3) la del norte (con los comités de San Petersburgo, Moscú, Tver, Riga y Nizhni-Nóvgorod). Por consejo de Lenin, las conferencias eligieron un Buró de Comités de la Mayoría para preparar y convocar el tercer Congreso de partido. El Buró, del cual Lenin pasó a formar parte, se constituyó formalmente en diciembre de 1904.⁵⁶

En una conferencia convocada inicialmente por 22 bolcheviques, celebrada en Suiza en septiembre de 1904, los 19 asistentes más tres personas suscribieron la decisión de exigir un nuevo Congreso. Entre estos asistentes estaban Lenin, su mujer y su hermana.

En diciembre de 1904, Lenin logró empezar un periódico por su cuenta, *Vperiod* (Adelante), que se convirtió en el órgano del bolchevismo. Sin embargo, incluso después de esto, las cosas no fueron muy

bien. El 11 de febrero de 1905 Lenin escribía a sus dos camaradas de más confianza, A. A. Bogdánov y S. I. Gúsev:

Los bundistas no se pasan el tiempo charlando de centralismo, sino que *cada uno* de ellos escribe semanalmente al organismo central y mantiene así un contacto *real*. Basta con echar un vistazo a su *Posliédnie Izvestia* para darse cuenta de que ese contacto existe. Entre nosotros, en cambio, ya se han publicado seis números de *Vperiod*, y uno de sus redactores (Rajmétov) todavía no ha enviado ni una sola línea, ni sobre *Vperiod* ni para *Vperiod*. Los nuestros "hablan" de amplias conexiones literarias tanto en Petersburgo como en Moscú, de las jóvenes fuerzas de la Mayoría, pero han pasado *dos meses* desde la invitación que se hizo para colaborar [...] y no hemos tenido la menor noticia de nadie [...]. De personas ajenas a nosotros hemos "oído" algo acerca de cierto acuerdo del Comité de Petersburgo de la Mayoría y un grupo de mencheviques, pero de los nuestros no nos ha llegado una sola palabra. Nos resistimos a creer que haya habido bolcheviques capaces de dar un paso tan suicida y tan necio como ese. De personas ajenas a nosotros hemos "oído" algo acerca de una conferencia de los socialdemócratas y de la formación de un "bloque", pero de los nuestros, ni palabra, aunque se dice que se trata de un *fait accompli*.⁵⁷

Entre las bases también había mucha resistencia ante la idea de la ruptura entre bolcheviques y mencheviques, y se necesitaron meses de esfuerzos hercúleos para conseguirla *de facto* en algunas ciudades rusas. En San Petersburgo, el partido se dividió en otoño de 1904, cuando la minoría menchevique se apartó del comité local. «Muchas de las células de distrito, incluso hasta 1904-1905, eran todavía de una composición mixta entre bolcheviques y mencheviques, y muchos de los miembros entre las bases no eran muy conscientes ni de la ruptura ni de su importancia».⁵⁸

En Moscú, la división formal no tuvo lugar hasta el mes de mayo de 1905. En Siberia y otros lugares, las dos facciones operaron con la misma estructura organizativa durante 1904 y 1905, y continuaron haciéndolo hasta la conferencia para la fusión de abril-mayo de 1906.

La famosa imprenta ilegal del Cáucaso, en la que predominaban las simpatías bolcheviques, continuó, durante 1904, reimprimiendo el

Iskra menchevique y muchos otros panfletos de este grupo*. «Nuestras diferencias de opinión», escribe Yenukidze, «no se reflejaban en absoluto en nuestro trabajo». Solo después del tercer Congreso del partido, es decir, no antes de mediados de 1905, la imprenta pasó a manos del Comité Central bolchevique.⁵⁹

Algunos factores dificultaban la división del POSDR. Primero, como hemos dicho, las diferencias entre bolcheviques y mencheviques no estaban claras. Segundo, siempre hay, entre la gente, un sentimiento general a favor de la unidad. En tercer lugar, todos los escritores y teóricos importantes aparte de Lenin estaban en el bando menchevique: Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Márto, Trotski y Potrétsov. Como veremos más adelante, durante los años de reacción (1906-10) Lenin perdió también a los nuevos escritores altamente capacitados que se habían unido en aquel tiempo a los bolcheviques: Bogdánov, Lunacharski, Pokrovski, Rozhkov y Gorki. Los bolcheviques siempre padecieron de una escasez de intelectuales y periodistas cualificados en comparación con los mencheviques. La otra cara de la moneda, sin embargo, es que estos últimos fueron víctimas de la ilusión de que su superioridad en habilidades literarias les garantizaba la influencia en el movimiento obrero.

Se sumaba a las dificultades de Lenin, en aquel verano de 1904, el hecho de que *todos* los líderes del movimiento socialista fuera de Rusia se alinearon con Márto y los mencheviques. Entre ellos Karl Kautski, Rosa Luxemburg y August Bebel. Este último llegó a decir que el «escándalo monstruoso» de las disputas del partido ruso demostraba que el comportamiento de los bolcheviques bordeaba la «inescrupulosidad y la incapacidad completa» para liderar el movimiento.⁶⁰

Contratiempos en Rusia

El 15 de agosto de 1904, Lenin escribió a los líderes bolcheviques de San Petersburgo:

* Esta era, con diferencia, la mayor imprenta clandestina de Rusia, y estaba literalmente bajo tierra, en un sótano. Los impresores eran siete miembros del partido con una gran capacidad de sacrificio: trabajaban 10 horas diarias y durante tiempo ilimitado en casos de urgencia. El sótano no tenía ni calefacción ni ventilación, y para evitar ser detectados, no se permitía entrar ni salir de él durante el día. Por la noche los impresores hacían turnos para salir a pasar un par de horas al exterior.

El estado de cosas en su comité, en el que falta gente, publicaciones, y falta por completo información, es similar al estado de cosas en toda Rusia. En todas partes hay una terrible falta de gente [...], un total aislamiento, desaliento y una amargura general, y un estancamiento en cuanto a trabajo constructivo. Desde el segundo Congreso el partido está siendo destrozado y hoy las cosas han ido lejos, muy lejos en este sentido.⁶¹

El 22 de diciembre de 1904 escribía: «Todo el mundo sabe que nuestro partido se halla gravemente enfermo y que perdió el año pasado la mitad de su influencia».⁶² Y el 11 de marzo de 1905: «En estos momentos los mencheviques son más fuertes que nosotros y hay que librar una lucha tenaz y prolongada».⁶³

Los bolcheviques emprendieron muy poca actividad en Petersburgo durante 1904. Durante ese año publicaron solo 11 folletos, mientras que en 1903 habían publicado 55. Entre mayo y noviembre de 1904 solo vio la luz un folleto, en el mes de julio.⁶⁴

En enero de 1905 los bolcheviques afirmaban disponer de 60 agitadores para toda la ciudad de San Petersburgo, de los cuales más de la mitad eran «muy jóvenes» y supuestamente inexpertos en cuanto a actividades revolucionarias. Sin embargo, el secretario del Comité de dicha ciudad, Gúsev, consideraba que los bolcheviques tenían una gran organización conspirativa en esa zona. Estos líderes locales parece que eran mayoritariamente estudiantes. En el distrito de Gorodskói, los 15 agitadores y los diez propagandistas que los bolcheviques decían tener eran «exclusivamente estudiantes».⁶⁵

Esta era la situación en 1904, el año en que empezó la guerra ruso-japonesa que llevaría directamente a la revolución.

Un declive similar del partido, que afectó tanto a bolcheviques como a mencheviques, tuvo lugar en Moscú:

Los socialdemócratas de Moscú tenían solo unas cuantas células. Durante el verano y el otoño de 1904 el POSDR de la ciudad parecía estar del todo perdido. Sus líderes estaban en la cárcel y sus actividades habían cesado casi por completo. Los folletos del Comité nos proporcionan una muestra de su actividad: de los

252 folletos publicados en *Listovki Moskovski bol'shevikov v period pervoi ruskoi revoliutsii*, solo 16 salieron durante 1904.⁶⁶

El 5 de enero de 1905, cuatro días antes del estallido de la revolución, Krúpskaya escribía desde Ginebra al Comité bolchevique de Petersburgo:

¿Pero dónde están las proclamas con las que el Comité prometía inundar la ciudad? No las estamos recibiendo, ni ningún informe sobre ellas. Hemos sabido por la prensa extranjera que la fábrica Pútilov está en huelga. ¿Tenemos conexiones allí? ¿Nos será realmente imposible obtener información sobre la huelga? Pero debemos tenerla de inmediato. Hagan todos los esfuerzos posibles para que los mismos trabajadores puedan escribirnos informes.⁶⁷

Nevski, citando esta carta, añade: «Uno de los grandes movimientos proletarios estaba empezando, y una avanzadilla del mismo —los trabajadores de la Pútilov— luchaba contra los capitalistas, pero el centro en el extranjero tenía que informarse de estos choques a través de los periódicos extranjeros, porque el Comité bolchevique de Petersburgo estaba demasiado ocupado luchando contra las organizaciones conciliatorias de los mencheviques».⁶⁸ En un pasaje posterior, Nevski ya no culpa a los malvados mencheviques, y escribe acerca de «la inmensa distancia de nuestra organización de las masas más amplias y la ignorancia de la primera acerca de la vida y los intereses de las segundas».

De hecho, un enorme movimiento se había puesto en marcha, y una oleada tremenda, pero desconocida, empezaba a levantarse, pero el Comité bolchevique, mientras tanto, vivía en un estado de aislamiento. Habiendo zanjado que el movimiento de Gapón era zubatovista, no había sido ni siquiera capaz de dilucidar que la huelga de la Pútilov no era una huelga común sino un movimiento unido con lazos muy estrechos con todos los grupos locales de Gapón, y con el poderoso movimiento huelguista de los obreros de Petersburgo en su conjunto.⁶⁹

Un informe que el Comité de Petersburgo envió al tercer Congreso

(abril-mayo de 1905) describía la situación en el partido:

Los acontecimientos de enero cogieron al Comité de Petersburgo en un estado muy lamentable. Sus vínculos con las masas trabajadoras habían sido tremendamente desorganizados por los mencheviques. Nos las arreglamos para preservarlos, con grandes esfuerzos, en el distrito de Gorodskói (sector que siempre ha sostenido un punto de vista bolchevique), en Vasiliev-Ostrov y en el sector de Viborg. A finales de diciembre la imprenta del Comité fue descubierta. Por aquel entonces, el Comité de Petersburgo consistía en un secretario (a través del cual el Comité se comunicaba con el jefe de prensa y la comisión financiera), un redactor en jefe y editor (*otvetstvenni literator*), un organizador jefe, un agitador (que también era el organizador estudiantil) y cuatro organizadores. Entre los miembros del Comité no había ni un solo trabajador. La huelga en la Pútilov, pues, pilló al Comité desprevenido.⁷⁰

Los mencheviques también pasaban por momentos difíciles; la lucha entre facciones había dañado a ambas alas del POSDR. Años más tarde, Mártoov escribía:

Las fuerzas socialdemócratas tenían que hacer esfuerzos tremendos y renovados para alentar en lo posible el rebrote del movimiento obrero y guiarlo hacia la dirección correcta. Sin embargo, las luchas internas del partido impidieron esta posibilidad. Toda la fuerza del partido se consumía en esta disputa, y en el invierno de 1903-04 la actividad de la organización se paralizó.⁷¹

En un distrito de Petersburgo, el número de círculos mencheviques se redujo de 15 o 20, al inicio de 1904, a solo cuatro o cinco en diciembre del mismo año.⁷²

La falta de un liderazgo centralizado

A lo largo de 1904 y hasta bien entrada la revolución, Lenin se quejaba continuamente, en las cartas que enviaba a sus colaboradores más cercanos en Rusia, de la falta de un liderazgo central dentro del país, y de la falta de comunicación con el liderazgo en el extranjero.

En una carta del 11 de febrero de 1905 a A. A. Bogdánov y S. I. Gúsev, escribía:

Ah, sí, hablamos mucho de organización y de centralismo, pero lo cierto es que, aun en el círculo íntimo de camaradas que trabajan en el organismo central, existe tanta discordia, tanta inepticia, que le dan a uno ganas de escupir.⁷³

Los mencheviques cuentan con más dinero, más material publicado, mayores posibilidades de transporte, más agentes, más "nombres", más colaboradores. Sería una imperdonable puerilidad empeñarse en no verlo.⁷⁴

En una carta del 29 de enero de 1905 dirigida al secretario del Buró del Comité de la Mayoría, escribía: «Tengo que pedirle un gran favor: échele una buena bronca a Rajmétov, sí, una buena bronca». Rajmétov solo había escrito:

[...] dos [cartas] en 30 días, ¿qué le parece esto? No da señales de vida. Ni una sola línea para *Vperiod*. Ni una palabra sobre el trabajo, los planes o los contactos. Esto es simplemente imposible, increíble, una desgracia. Dentro de algunos días saldrá el cuarto número de *Vperiod* y en seguida (unos días más tarde) el quinto, sin ninguna ayuda de Rajmétov. Hoy han llegado cartas de Petersburgo, todas ellas muy breves, con fecha del día 10. ¡Y nadie se ha ocupado de preparar cartas buenas y extensas sobre el 9 de enero!⁷⁵

En una carta al Comité Central del POSDR del 11 de julio de 1905, Lenin dice: «La opinión general es que no tenemos Comité Central, que nadie lo comprende ni le presta atención. Y los hechos confirman esto. No hay ni rastro de la dirección política del CC en el partido, y mientras tanto ¡todos los miembros del CC trabajan hasta el agotamiento! ¿Qué sucede?». Y sigue así:

A mi modo de ver, uno de los motivos fundamentales de esto es la falta de folletos regulares del CC. En tiempos de revolución, el liderazgo llevado a cabo por medio de conversaciones y de contactos personales es simplemente una utopía. El liderazgo debe ser público. *Cualquier otra* forma de trabajo debe ser subordinada

absoluta e incondicionalmente a esta forma. Un propagandista responsable del CC debe ocuparse, en primer término, de escribir (o de recibir de los colaboradores, aunque el redactor debe estar siempre preparado para escribir personalmente) dos veces por semana, un folleto sobre temas políticos y del partido (los liberales, los socialistas-revolucionarios, la Minoría, la ruptura, la delegación del *zemstvo*, los sindicatos, etc., etc.) y reproducirlos por cualquier medio, hacer enseguida 50 copias hectografiadas (si no se dispone de imprenta) y enviarlas a los comités para que los publiquen. Los artículos de *Proletari* podrían, quizás, algunas veces, ser utilizados para tales folletos, siempre que se hagan las modificaciones adecuadas. ¡No puedo comprender por qué no se hace esto!! ¿Es posible que Schmidt y Verner se hayan olvidado de nuestras charlas sobre esto? ¿Es posible que no se pueda escribir y distribuir por lo menos un folleto por semana?? Hasta ahora, el texto completo del Comunicado sobre el segundo Congreso no ha sido reimpresso en Rusia. Esto es escandaloso.⁷⁶ Es evidente que los miembros del CC no comprenden para nada la tarea de "actuar públicamente". ¡Y sin esto no hay centro, no hay partido! Trabajan hasta agotarse, pero trabajan como los topos, en entrevistas secretas, en reuniones, con los agentes, etc., etc. ¡Es un verdadero despilfarro de fuerzas! [...] Lo fundamental es actuar, actuar continuamente, públicamente, dejar de ser mudos. De lo contrario también aquí estamos completamente aislados.⁷⁷

Nuestro CC [...] tiene el defecto de carecer de tenacidad, no sabe maniobrar, le falta sensibilidad, no tiene habilidad para aprovechar políticamente cada pequeñez de la lucha en el partido.⁷⁸

De nuevo, en una carta a Lunacharski del 2 de agosto de 1905, Lenin acusa al Comité Central bolchevique de ser mucho menos efectivo en la lucha de facciones que los mencheviques, que, en sus palabras:

[...] son ágiles y rápidos, descarados como mercaderes, y tienen una larga experiencia en materia de demagogia, mientras que en nuestra gente prevalece una "estupidez honesta" o una "honestidad estúpida". No saben pelear, son poco hábiles, torpes, toscos, tímidos [...]. Son buenos muchachos, pero absurdamente ineptos

como políticos. Les falta tenacidad, espíritu de lucha, agilidad y rapidez.⁷⁹

El Comité Central, se quejaba Lenin, también descuidaba completamente el liderazgo en el extranjero:

[El CC] tiene un enorme desprecio por nosotros, los "extranjeros", y mantiene a la mejor gente alejada de nosotros o se la lleva de aquí. Es así como los que estamos en el extranjero quedamos relegados; falta el entusiasmo, el empuje, la energía; la gente no sabe obrar ni pelear por sí misma. En las reuniones no hay oradores; falta alguien que los anime, que exponga los problemas fundamentales, que sea capaz de elevarlos por encima del pantano de Ginebra y de llevarlos al terreno de intereses y problemas más serios. Y todo el trabajo se ve perjudicado. En la lucha política la parálisis es la muerte. Hay miles de necesidades, y cada día que pasa surgen otras nuevas.⁸⁰

Prioridad a la cuestión organizativa

La diferencia entre el concepto de centralismo expresado en *¿Qué hacer?* o *Carta a un camarada sobre nuestras tareas organizativas*, y la realidad que vivieron los bolcheviques en 1904 y 1905 es muy significativa. Entre el ideal de una estructura de partido coherente y eficiente que contempla los escritos de Lenin, y la destaralada organización del partido que existía entonces, había un abismo.

Lenin tuvo que luchar con todo el poder que estaba en sus manos para construir una organización independiente y opuesta a los mencheviques, y crear una maquinaria para el partido. Estaba tan absorto en la lucha contra los mencheviques que, aunque parezca increíble, en sus escritos de todo el año 1904 solo hay tres referencias a la guerra ruso-japonesa. El tema abrumadoramente dominante es siempre la ruptura con los mencheviques. Un volumen entero de sus *Obras completas*, y uno de los más gruesos, contiene escritos y más escritos sobre el Congreso y la ruptura, redactados en su tono más duro, irritable y agresivo.

¿No era una locura centrarse en construir la maquinaria del partido mientras un terremoto sacudía el estado? Pero Lenin no era una persona

que se apartara de una decisión central. Desde 1900 había repetido una y otra vez que la tarea clave a la que se enfrentaba el movimiento era la construcción de un partido revolucionario. El 21 de abril de 1901 había escrito a Plejánov sobre «la prioridad de la organización sobre la agitación en el momento actual»⁸¹. En 1902 decía, reconstruyendo una frase de Arquímedes: «Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia hasta sus cimientos».⁸²

A diferencia de Marx y Engels, que vivieron un período de expansión del capitalismo y, por esa razón, no pusieron ningún énfasis en la organización del partido, para Lenin, la inminencia de la revolución significaba que esta cuestión era de una importancia vital. Él no podría haber escrito, como Marx escribió a Engels el 11 de febrero de 1851:

Estoy muy satisfecho del aislamiento auténtico respecto del público en el que nos encontramos tu y yo. Corresponde perfectamente a nuestros principios y nuestra posición. El sistema de concesiones recíprocas, de medidas a medias que se toleran solo para guardar las apariencias, y la obligación de compartir en público la absurdidad general del partido con todos estos idiotas... Todo esto se ha acabado.⁸³

Tampoco podría haber respondido como Engels respondió a Marx, el 12 de febrero de 1851:

Ahora tenemos una oportunidad, por fin [...] de demostrar que no necesitamos popularidad, ni el respaldo de ningún partido en absoluto [...]. De ahora en adelante solo somos responsables ante nosotros mismos, y cuando llegue el momento en que estos señores nos necesiten, estaremos en una situación desde la cual podremos dictar nuestras propias condiciones. Hasta entonces, al menos tendremos paz, y a decir verdad, incluso un poco de soledad. [...] ¿Cómo es posible que gente como nosotros, que evitamos los cargos oficiales como la peste, se encuentre nunca cómoda en un "partido"? [...] Lo más importante por ahora es que encontremos la manera de que nuestras ideas se publiquen. [...] ¿Qué importancia pueden tener, todos los rumores y el escándalo contra ti que la panda de exiliados hacen circular, una vez que les hayas respondido con tu economía política?⁸⁴

Capítulo 6

La lucha contra los liberales

Para una persona que no estaba involucrada directamente en aquel asunto —y para muchos de los que estaban involucrados— el período de 1903-04 fue una época de rencillas, discusiones interminables y rupturas entre los bolcheviques y los mencheviques y también dentro de la misma facción de los bolcheviques, en un momento en que Rusia parecía estar al borde de una revolución.

Trotsky, en aquel momento, consideraba el faccionalismo de Lenin como simple locura. En un panfleto que escribió en abril de 1904, afirmaba: «Precisamente en un momento en que la historia pone ante nosotros la enorme tarea de cortar el nudo de la reacción mundial, a los socialdemócratas rusos parece que no les importa nada excepto una mezquina lucha interna», y eso era, para él, una «tragedia desgarradora», y creaba una «atmósfera de pesadilla». «Casi todo el mundo era consciente del carácter criminal de la ruptura».⁸⁵

Pero Lenin estaba absolutamente decidido. Pasara lo que pasara, había que construir un partido revolucionario, y había que hacerlo urgentemente. Así, con consistencia, obstinación y sin darse ni un momento de descanso, Lenin construyó la maquinaria del partido entre los años 1900-04. Por muy lejos que estuviera esta maquinaria del modelo ideal, cuando vino la revolución de 1905 la tenía bajo su control. Había demostrado claramente, pues, que tenía el talento político, organizativo y administrativo necesario para erigir una estructura como aquella.

En la revolución propiamente dicha, Lenin demostraría que si era necesario, si las masas iban más allá de donde podía llegar la maquinaria del partido, él estaría dispuesto a superar el atraso de la estructura que él mismo había creado para movilizar a los trabajadores de base. Pero estamos anticipando acontecimientos.

«Si un liberal es injuriado, dice: ¡Gracias a Dios que no me han golpeado! Si lo golpean, agradece a Dios que no lo han matado. Y si lo matan, dará gracias a Dios por haber liberado su alma inmortal de la perecedera envoltura terrenal.»¹

Entre el 8 y el 9 de febrero de 1904 estalló una guerra entre Rusia y Japón. Una de las razones de la guerra era permitir que el gobierno utilizara la histeria bélica contra la agitación revolucionaria. El primer ministro Plehve lo dijo sin ambages: «Necesitamos una pequeña guerra victoriosa para contener la marea de la revolución».²

Los liberales se prestaron de buena gana a participar en el juego zarista: su reacción inmediata fue el patriotismo. En *Osvobozhdenie*, el periódico que publicaban en el extranjero los liberales, Struve —que ahora era un liberal incondicional— sugería como eslogan: «¡Larga vida al ejército!». Sin embargo, cuando los japoneses demostraron su superioridad en la batalla, tanto por mar como por tierra, el patriotismo liberal se diluyó un poco, convirtiéndose en una postura de leve oposición. Esta actitud se agudizó después de que los japoneses vencieran en la batalla de Liaoyang, en julio, cuando se vio claramente que los rusos no iban a ganar la guerra y que el gobierno estaba en un callejón sin salida. Entonces, los valerosos líderes de la pequeña nobleza y las clases medias mostraron su verdadero temple. En *Osvobozhdenie* escribían: «La ocupación de Manchuria y la salida al mar eran, desde el punto de vista económico, un sinsentido para Rusia».³ Su actitud hacia la guerra se volvió derrotista: la derrota debilitaría al zar, forzando a la autocracia a llegar a un compromiso. «Los japoneses», decía un liberal ruso, «no entrarán en el Kremlin, pero los rusos sí».⁴

Ahora, los liberales habían ganado confianza en sí mismos, y empezaron una campaña, utilizando los órganos locales de autogobierno

(los *zemstvos*) como plataforma. Allí expusieron sus agravios y planificaron una conferencia nacional de delegados del *zemstvo*. Dicha conferencia, que tuvo lugar en noviembre, se siguió de una serie de banquetes para terratenientes liberales, industriales, profesores, abogados, médicos, economistas, etc. Se pronunciaron largos discursos, se discutieron planes para hacer reformas constitucionales, se clamaron protestas. Es interesante preguntarse si el objetivo de todo aquello era acabar con el zarismo o llegar a un acuerdo con él.

Los mencheviques se mostraron entusiastas con estos festines. Su política consistía en animar a los trabajadores a respaldar a los liberales, a reforzar su coraje y al mismo tiempo evitar cualquier reacción extrema, no fuera que los liberales se asustaran.

Así, el 1 de noviembre de 1904, el editor de *Iskra* envió una carta a todos los partidos:

En los *zemstvos* liberales y las *Dumas* nos encontramos con enemigos de nuestro enemigo, que no están, sin embargo, dispuestos a llevar su lucha tan lejos como requerirían los intereses del proletariado. Pero aunque solo fuera por su postura oficial contra el absolutismo, su confrontación con él y la exigencia de que sea aniquilado, solo por esto demuestran ser nuestros aliados [...]. Dentro de los límites de la lucha contra el absolutismo, y en particular, el absolutismo en su presente fase, nuestra actitud hacia la burguesía liberal debe ser la de imbuirle más coraje e impelerla a unirse a las exigencias que plantea el proletariado dirigido por la socialdemocracia.⁵

Caeríamos en un error fatal si nos señaláramos el objetivo de *obligar* ahora mismo, con enérgicas medidas de *intimidación*, a los *zemstvos* o a otros órganos de la oposición burguesa a hacer la promesa formal, bajo la influencia del *pánico*, de presentar nuestras reivindicaciones al gobierno. Semejante táctica comprometería a la socialdemocracia porque transformaría toda nuestra campaña política en una palanca para la reacción [...].

Por lo que se refiere a los actuales *zemstvos* [...] nuestra tarea se reduce a presentarles las reivindicaciones políticas del proletariado revolucionario que están obligados a apoyar para tener derecho, por poco que sea, a hablar en nombre del pueblo y confiar en el enérgico apoyo de las masas obreras.⁶

Después de esta declaración, Axelrod, uno de los líderes mencheviques más importantes, sugirió una táctica para la campaña. Había que hacer un esfuerzo para:

[...] poner a las masas en contacto directo con la Asamblea de los *zemstvos*, concentrar la manifestación ante el mismo edificio en que están reunidos los concejales de los *zemstvos*. Parte de los manifestantes penetra en el salón de sesiones para, en el momento oportuno, rogar a la asamblea, por conducto del orador especialmente facultado para ello, que permita dar lectura a una declaración de los obreros. En caso de denegación, el orador expresa en voz alta la protesta contra la falta de deseo de la asamblea, que habla en nombre del pueblo, de escuchar la voz de los representantes auténticos de ese mismo pueblo.

La comisión ejecutiva deberá adoptar de antemano medidas para que la aparición de varios miles de obreros ante el edificio donde se reúnen los concejales del *zemstvo*, y de varias decenas o centenas de obreros dentro del edificio, *no suscite entre los hombres de los zemstvos un miedo cerval*, a influjo del cual sean capaces de lanzarse bajo la vergonzosa defensa de la policía y de los cosacos, transformando así la manifestación pacífica en una riña escandalosa y una paliza brutal, distorsionando todo su sentido.⁷

En su panfleto *Dos dictaduras* (1904), el portavoz de los mencheviques, Martínov, explicaba el razonamiento que había tras esta actitud en términos similares:

La revolución que se acerca será una revolución burguesa, y esto significa que [...] sólo servirá para asegurar, en mayor o menor medida, el poder de todas o algunas clases burguesas [...]. Siendo esto así, está claro que esta revolución no puede asumir formas políticas que vayan *contra la voluntad del conjunto de la burguesía*, ya que ella será la que reinará en el futuro. De manera que seguir un camino que lleve simplemente a *asustar* a la mayoría de elementos burgueses significaría llevar la lucha del proletariado a un único resultado: la restauración del absolutismo a su forma original.

El objetivo de los revolucionarios debía ser, pues, el de hacer que la capa más democrática y "baja" de la sociedad obligue a la sección

más “alta” a dirigir la revolución burguesa hacia su conclusión lógica». ⁸

El periódico menchevique *Iskra*, en ese momento, se explicaba la tarea de la sociedad rusa y la de los trabajadores como sigue:

Cuando observamos el campo de batalla de Rusia, ¿qué es lo que vemos? Solo dos poderes: la autocracia zarista y la burguesía liberal, ésta última organizada y con un peso específico tremendo. Las masas trabajadoras están divididas y no pueden hacer nada; como fuerza independiente no existimos, y por lo tanto nuestra tarea consiste en el apoyo a la segunda fuerza: la burguesía liberal. Debemos alentarla, y de ninguna manera intimidarla con las demandas independientes del proletariado. ⁹

Plejánov secundaba también esta idea. En 1905 escribía:

La simpatía de la “sociedad” para nosotros es muy importante y podemos ganárnosla —o mejor dicho, *hemos tenido muchas oportunidades de ganárnosla*— sin cambiar ni una coma de nuestro programa. Pero por supuesto, para convertir la *posibilidad en realidad* se requiere *tacto*, y *tacto* es lo que a veces nos ha faltado. Entonces, los intereses de los liberales les «forzarían», de hecho, a «actuar junto a los socialistas y contra el gobierno», porque dejarían de encontrarse en las publicaciones revolucionarias que el derrocamiento del absolutismo sería el inicio de una revolución social en Rusia. ¹⁰

Casi todos los artículos firmados por Plejánov fustigaban a los bolcheviques por su falta de tacto. De hecho, escribió una serie de artículos que llamó colectivamente *Cartas sobre táctica y falta de tacto*. ¹¹

Lenin, en el polo opuesto, denunciaba sin tregua que la burguesía liberal rusa era una fuerza contrarrevolucionaria. De las tácticas de campaña de Martínov para la Asamblea del *zemstvo*, escribía, con desdén, en noviembre de 1904:

¡Bonita definición, por cierto, de las tareas de un partido obrero! En un momento en que surge con claridad ante nosotros la posibilidad y probabilidad de una alianza de la gente moderada de los *zemstvos* con el gobierno para luchar contra el proletariado revolucionario [...] nosotros deberíamos “reducir” nuestra tarea,

no a redoblar nuestros esfuerzos en la lucha contra el gobierno, sino a elaborar casuísticas condiciones para los acuerdos con los liberales acerca de un apoyo mutuo. ¹²

Si podemos llevar a cabo una imponente manifestación obrera de masas, en la sala en que se reúne la asamblea de un *zemstvo*, por supuesto que lo haremos (aunque si contamos con las fuerzas necesarias para una manifestación de masas sería mucho mejor “concentrar” esas fuerzas “ante el edificio”, no de un *zemstvo*, sino de la policía, la Gendarmería o la censura). Pero dejarse dominar en tal sentido por consideraciones acerca del pánico de los funcionarios de los *zemstvos* y mantener conversaciones al respecto es el colmo de la necedad, el colmo de lo absurdo... ¹³

Lo que se necesita, en ese caso, no son “negociaciones”, sino la preparación práctica de las fuerzas, no la presión sobre los funcionarios de los *zemstvos*, sino sobre el gobierno y sus agentes. ¹⁴

Lenin expuso francamente y sin rodeos su análisis de las razones por las que los liberales se mostrarían reaccionarios:

El antagonismo entre proletariado y burguesía es, en Rusia, mucho más profundo que en los casos de 1789, 1848 y 1871, razón por la cual la burguesía tendrá más miedo de la revolución proletaria y se apresurará con más urgencia a echarse en brazos de la reacción. ¹⁵

La burguesía, considerada como un todo, es incapaz de luchar con decisión contra la autocracia: teme perder en esa lucha su propiedad, que la encadena a la sociedad existente; teme una actuación demasiado revolucionaria de los obreros, que jamás se detendrán en la revolución democrática, porque aspiran a la revolución socialista; teme la ruptura total con la burocracia, cuyos intereses se hallan entrelazados por mil hilos con los de las clases acomodadas. De ahí que la lucha de la burguesía por la libertad se caracterice por su pusilanimidad, su inconsecuencia y sus posiciones tibias. ¹⁶

La Asamblea constituyente tendrá la fuerza necesaria para obligar al zar a otorgar una Constitución, pero no tendrá ni deberá tener (desde el punto de vista de los intereses de la burguesía) más fuerza que ésa. Deberá desequilibrar la monarquía, pero no de-

rocarla; tendrá que dejar los instrumentos materiales del poder (el ejército, etc.) en manos de la monarquía.¹⁷

La experiencia de la Revolución de 1905 demostró aún más claramente la bancarrota de la burguesía liberal, particularmente respecto al asunto crucial para la inmensa mayoría de la población: la cuestión agraria. Los liberales estaban en contra de expropiar a los grandes terratenientes. Su partido, los cadetes, apoyaba la distribución de las tierras monásticas y de la corona entre los campesinos, pero solo aceptaba la expropiación forzosa de las tierras de los terratenientes con la condición de que se les pagara una compensación adecuada.¹⁸

De hecho, los cadetes eran, en gran medida, los representantes de la clase terrateniente. Lenin citaba pruebas de ello: eran el partido de la burguesía liberal, de los terratenientes liberales y de los intelectuales burgueses. Si había dudas sobre el vínculo terrateniente de los cadetes, se podían señalar dos hechos: 1) la composición de los cadetes en la primera Duma, y 2) su proyecto de programa agrario.¹⁹ Respecto al primer punto, los hechos son los siguientes:

De los 153 cadetes en la primera Duma, 92 pertenecían a la nobleza. De estos, tres poseían fincas de entre 5.000 y 10.000 desiatinas*; ocho poseían entre 2.000 y 5.000 desiatinas; ocho más tenían entre 1.000 y 2.000 desiatinas y treinta tenían entre 500 y 1.000 desiatinas. De manera que más o menos un tercio de los diputados cadetes eran grandes terratenientes.²⁰

Del programa agrario de los cadetes, Lenin dijo:

El proyecto agrario de los cadetes es, en el fondo, el plan de un *terrateniente capitalista*. [...] la transformación del campesino en *Knecht*, y la integración de las comisiones locales agrarias por terratenientes y campesinos a partes iguales, con presidentes nombrados por el gobierno... Todo esto muestra con claridad meridiana que la política de los cadetes respecto al problema agrario es la política de conservar la propiedad terrateniente mediante la depuración de ciertos rasgos feudales, mediante la ruina del *múzhik* a

* 1 desiatina = 2,7 acres.

través del pago de amortizaciones y su sojuzgamiento por parte de los funcionarios.²¹

Stolipin* y los cadetes no estaban de acuerdo en *la extensión* de las concesiones ni en los medios (crudos o más sofisticados) con los cuales la reforma debía plantearse, pero ambos apoyaban la *reforma*, es decir, la preservación del *dominio* de los terratenientes a través de las *concesiones a los campesinos*.²²

Un par de años más tarde, en marzo de 1908, Lenin afirmaba, en un artículo titulado "Sobre la 'naturaleza' de la Revolución rusa", que la experiencia había demostrado el carácter contrarrevolucionario de la actitud liberal hacia la cuestión agraria:

A comienzos de 1906, antes de la primera Duma, el señor Struve escribía: «En la Duma, el campesino será cadete» [...]. El periódico de los monárquicos [...] afirmaba que «el *múzhik* nos ayudará», es decir, que una amplia representación campesina sería beneficiosa para la autocracia. Las opiniones de tal género estaban muy extendidas en aquellos tiempos [...]. Pero la primera Duma disipó definitivamente las ilusiones de los monárquicos y *las ilusiones de los liberales*. El *múzhik* más ignorante, atrasado, primitivo en el aspecto político y menos organizado, resultó estar infinitamente más a la izquierda que los cadetes.²³

Y concluía:

Y toda la significación histórica del primer período de la Revolu-

* Stolipin era el primer ministro del zar. El motivo principal de su fama es la ley de noviembre de 1906, el producto más importante de la contrarrevolución. Dicha ley daba el derecho a una pequeña minoría de campesinos de cualquier comuna (incluso contra la voluntad de la mayoría) a tomar una porción de la tierra comunal para poseerla independientemente. Stolipin describía su política como «viraje hacia los fuertes», es decir, confiaba en que los campesinos más ricos se unieran con los grandes terratenientes y la autocracia. «El contrapeso natural al principio comunal es la propiedad individual», decía Stolipin. «El pequeño propietario es el núcleo del orden estable del estado». El objetivo de la legislación agraria de Stolipin era convertir a los *kúlaks* en una nueva fuente de apoyo social para la autocracia en el campo, al mismo tiempo que se preservaban las haciendas y se destruían forzosamente las comunas rurales.

ción rusa puede resumirse con estas palabras: el liberalismo ha demostrado ya definitivamente su esencia contrarrevolucionaria, su incapacidad para dirigir la revolución campesina; el campesinado no ha comprendido aún plenamente que la verdadera victoria solo puede ser conquistada por el camino de la revolución y la república bajo la dirección del proletariado socialista.²⁴

El liberalismo muestra sus verdaderos colores

Durante la Revolución de 1905, el trayecto político de los liberales fue errático: avanzaban y retrocedían, perdiendo ardor revolucionario a medida que la revolución seguía y atraía a millones de obreros y campesinos hacia la lucha política y social.

Al comienzo de la revolución, Struve escribía: «Cualquier liberal en Rusia que sea sincero y razonable exige una revolución»²⁵. Su Partido cadete, y de hecho la mayoría de empresarios, simpatizaban incluso con la huelga general revolucionaria, que los trabajadores esgrimían como un arma contra el zarismo. Jrústalev-Nosar, entonces el presidente del Soviet de San Petersburgo, escribía:

Durante la huelga de octubre, los patrones, además de no interponer ningún obstáculo a los encuentros de los trabajadores en las fábricas, les pagaban el 50 por ciento del salario durante la huelga; en algunas fábricas incluso se pagaba el salario entero. Durante el período de huelga nadie fue despedido. En la fábrica Pútilov y en el resto de empresas la dirección pagaba todo el salario de los días que los delegados habían asistido a las asambleas del soviét. La dirección de la fábrica Pútilov incluso tuvo la consideración de poner su buque de vapor a la disposición de los delegados del soviét cuando fueron a la ciudad.²⁶

El editor de *Pravo*, el órgano principal del grupo que poco más tarde formaría el Partido cadete, declaraba: «La primera huelga se recordará siempre como una página gloriosa en la historia del movimiento de la liberación, un monumento a los grandes servicios de la clase trabajadora a la lucha para la emancipación política y social del pueblo».²⁷ En el mismo tono, una resolución del congreso fundacional de los cadetes declaraba:

Las demandas de los huelguistas, tal como ellos mismos las han formulado, están confinadas principalmente a la introducción inmediata de las libertades básicas, la libre elección de representantes del pueblo en la Asamblea constituyente sobre la base de una votación universal, igualitaria, directa y secreta; y de una amnistía política general. No hay la menor duda de que estas demandas son idénticas a las del Partido constitucional democrático (cadete). En vista de esta identidad de objetivos, *el congreso constituyente del Partido constitucional democrático considera que es su deber expresar su completa solidaridad con el movimiento huelguista*. Desde el lugar que les corresponde y con la ayuda de los medios de que dispone este partido, sus miembros luchan por conseguir los mismos resultados. Como los demás grupos que participan en la lucha, *rechazamos enfáticamente la idea de obtener nuestro objetivo a través de negociaciones con el gobierno*.²⁸

Pero esta simpatía por los trabajadores revolucionarios se evaporaría rápidamente. Pronto se hizo evidente que era imposible separar las demandas antizaristas de los trabajadores de su lucha para mejorar sus condiciones de vida, cosa que se oponía a los intereses de los patrones. Los trabajadores que participaron en la huelga general contra el zar, en octubre de 1905, ganaron tanta confianza en su propio poder, que un mes más tarde, los más avanzados —los trabajadores de San Petersburgo— empezaron una huelga exigiendo la jornada de ocho horas. Tal cosa amenazaba claramente los ingresos de los patrones, que reaccionaron inmediatamente, y los huelguistas sufrieron un crudo cierre patronal. En noviembre, en San Petersburgo, se cerraron 72 fábricas, que sumaban 110.000 trabajadores; en Moscú, 23, con 58.634 trabajadores; y en otras ciudades la situación era parecida.²⁹ (Los trabajadores, mal organizados, fueron derrotados en esta batalla contra los capitalistas, sus antiguos aliados contra el zar.)

Ahora, todos los políticos burgueses mostraban su animosidad hacia los trabajadores y su miedo a las huelgas. Estas huelgas, que tanto habían elogiado antes, ahora se habían convertido, según el líder cadete Miliukov, en «un crimen, un crimen contra la revolución».³⁰

Struve, que a principios de 1905 había alentado la revolución, ahora escribía: «La perniciosa anarquía de la revolución rusa se demuestra claramente por el hecho de que desorganiza, más que organiza, el país y a sí misma».³¹ Resultó, pues, que la burguesía estaba

mucho más asustada de los trabajadores revolucionarios que del zarismo contrarrevolucionario.

A causa de su oposición a la lucha revolucionaria, el intento de los cadetes de resolver el tema candente de aquel momento —la cuestión de la tierra— se quedó en nada. En marzo de 1905, Struve escribía:

La oposición rusa, siendo no sólo democrática, sino también constitucional-moderada, debe, por el momento, considerar que su punto de partida es el hecho de que *la revolución agraria ya ha empezado en el país*. Así las cosas, la única táctica inteligente, desde cualquier punto de vista, consiste en tomar el control de la revolución desde el principio y, reconociendo su naturaleza justa, dirigirla hacia la reforma social legítima.³²

El programa adoptado en el congreso fundacional del Partido cadete incluía la demanda de una Asamblea constituyente (artículo 13), sin mencionar a la monarquía en absoluto. Pero en el congreso de enero de 1906 el artículo 13 fue modificado, y la demanda era «una monarquía constitucional y parlamentaria». Los cadetes demostraban, como había predicho Lenin, que no estaban hechos de la misma materia que Robespierre y los jacobinos, o Cromwell y sus *ironsides*.

En conclusión

El odio que sentía Lenin hacía los liberales tenía raíces que se remontaban a su juventud. Tal como nos cuenta Krúpskaya:

Vladimir Ilich me explicó una vez cómo se comportaron los liberales cuando arrestaron a su hermano mayor. Todos los conocidos evitaron a la familia Uliánov. Incluso un maestro mayor, que hasta entonces había venido cada tarde a su casa para jugar al ajedrez, dejó de visitarles. En aquel tiempo no había una línea de ferrocarril que llegara hasta Simbirsk, de manera que la madre de Vladimir Ilich tuvo que ir a caballo hasta Sizran para llegar a San Petersburgo, donde su hijo mayor estaba en la cárcel. Vladimir Ilich fue enviado a buscar un compañero de viaje para ella, pero nadie quería viajar con la madre de un hombre arrestado. Vladimir Ilich me dijo que esta cobardía generalizada le había de-

jado entonces una impresión muy profunda. Esta experiencia temprana, sin duda, dejó una huella en la actitud de Lenin hacia los liberales, puesto que se había dado cuenta muy pronto del valor de toda la cháchara liberal.³³

Tampoco olvidaba Lenin la repulsión que el gran revolucionario Chernishevski, en su tiempo, también había sentido por los liberales: a los de los años sesenta, Chernishevski les llamaba «charlatanes, jactanciosos e idiotas». Percibía claramente su terror a la revolución, su falta de carácter y su servilismo ante la autocracia.

Capítulo 7

La Revolución de 1905

El auge del sindicalismo policial

En el capítulo cuarto se describía el crecimiento tempestuoso del movimiento obrero en los años 1900-03, ante el cual el zarismo reaccionó de la manera habitual, con una dura represión. Sin embargo, el gobierno del zar también intentó poner en práctica un nuevo método para frenar el ímpetu revolucionario.

En 1901, un informe policial sobre el movimiento obrero sostenía lo siguiente:

Los agitadores, en un intento de reescribir sus objetivos, han conseguido, por desgracia, cierto éxito en la organización de los trabajadores para luchar contra el gobierno. En los últimos tres o cuatro años, el despreocupado joven ruso se ha transformado en un tipo de *intelectual* semianalfabeto que se cree obligado a desdeñar la religión y la familia, ignorar las leyes y desafiar y burlarse de la autoridad establecida. Afortunadamente, tales jóvenes no son muy numerosos en las fábricas, pero un pequeño puñado de ellos aterroriza a la mayoría inerte para hacerla seguir sus pasos.¹

A pesar de que este informe distorsionaba la situación real, sí que apuntaba a un cambio real en la clase trabajadora: algunos trabajadores habían empezado a unirse a grupos revolucionarios. Fue para evitar que esta situación se extendiera, que una sección de la policía secreta inició una nueva forma de sindicalismo policial: el *zubatovismo* (Zubátov era el jefe de la Gendarmería de Moscú). El objetivo era la formación de sociedades de trabajadores aprobadas por la policía, que servirían para proveer oportunidades de autoayuda a los trabajadores y para protegerles de la influencia de los revolucionarios.

Se organizaron grupos de este tipo en Moscú, Odesa, Kiev, Nikoláiev y Járkov.

Pero los planes de la policía no dieron el resultado esperado. Los trabajadores usaban las organizaciones legales de Zubátov para organizar huelgas e impulsar sus demandas. De hecho, según el historiador bolchevique M. N. Pokrovski, el zubatovismo tuvo un resultado muy distinto a las expectativas de Zubátov:

Precisamente porque estos trabajadores estaban muy poco desarrollados políticamente, el zubatovismo fue un paso enorme en la dirección de acrecentar su conciencia de *clase* y ayudarles a entender la oposición de clases entre el trabajador y el patrón. La estrategia no hacía más que imitar la agitación de los socialdemócratas: eso es lo único que habían concebido como táctica. En su torpe imitación de los agitadores revolucionarios, los agentes de Zubátov fueron tan lejos como para prometer que el gobierno pronto ordenaría que las fábricas dejaran de ser de los empresarios y fueran de los trabajadores. El gobierno, decían, haría cualquier cosa para los trabajadores, si éstos dejaban de escuchar a los "intelectuales insignificantes". En algunas huelgas, la policía incluso apoyó a los trabajadores, dándoles ayuda económica, etc.²

En Odesa, en julio de 1902, una huelga dirigida por los sindicatos de Zubátov se extendió, de manera inesperada para sus organizadores, por toda la ciudad, y adquirió un carácter marcadamente político. Las huelgas políticas masivas de 1903 se extendieron por todo el sur de Rusia (Kiev, Yekaterinoslav, Nikoláiev, Yelisavetgrad y otras ciudades). El resultado fue que el gobierno zarista acabó por rechazar el zubatovismo. A finales de año, todas las sociedades, excepto las de San Petersburgo y Moscú, se habían disuelto, y Zubátov fue forzado a exiliarse. Sin embargo, el zarismo vacilaba aún, y al cabo de pocas semanas el "socialismo policial" se introdujo de nuevo como arma contra los movimientos revolucionarios.

El sindicato policial de San Petersburgo se llamaba "Asamblea de trabajadores rusos de fábricas y talleres". Tenía secciones en todos los distritos de la capital y organizaba actividades de ayuda mutua, culturales, educacionales y religiosas. El líder era el padre Gapón, un capellán de prisiones y protegido de Zubátov.

El movimiento de Gapón empezó siendo una empresa absolutamente "leal", inocente del más pequeño intento de unirse a la lucha entre el trabajo y el capital. Su modesto objetivo era dar a los trabajadores una oportunidad de reunirse y pasar su tiempo libre realizando tareas edificantes. En el período inicial, como escribiría después Gapón, todas las reuniones celebradas en la primera sala de lectura «empezaban y terminaban con rezos». Durante la inauguración oficial de la Asamblea, el 11 de abril de 1904, después de haber aprobado los estatutos se celebró un servicio religioso, y se cantó tres veces "Dios salve al zar". La Asamblea envió un telegrama al ministro del interior «con la respetuosa petición de postrarse a los pies del adorado monarca para expresar los sentimientos más sumisos de los trabajadores, inspirados por un amor ferviente por el trono y la patria».³

El Domingo Sangriento

A finales de diciembre de 1904, el descontento económico alteró el orden de la gigantesca fábrica de maquinaria Pútilov, en Petersburgo, que empleaba a 12.000 trabajadores. La causa inmediata era leve: cuatro trabajadores habían sido despedidos por pertenecer a la organización de Gapón. El 3 de enero de 1905, un lunes, el conflicto desembocó en una huelga para la readmisión de los cuatro trabajadores. Este fue el modesto comienzo que llevó inexorablemente hasta la revolución.

La experiencia de la Revolución rusa, como las de otros países, demuestra sin lugar a dudas que cuando se dan las condiciones objetivas de una crisis política profunda, el más insignificante conflicto, en apariencia alejado del auténtico origen de la revolución, puede actuar como una chispa que encienda los ánimos de la gente.

Para lograr la readmisión de los despedidos, los trabajadores de la Pútilov se dirigieron a la Asamblea de trabajadores rusos de fábricas y talleres. Los líderes de la asamblea habrían perdido toda credibilidad si no hubieran acudido en ayuda de sus cuatro miembros, y debían aceptar que los trabajadores de la Pútilov pidieran apoyo a los trabajadores de otras fábricas. Así, todas las secciones de la asamblea en Petersburgo celebraron mítines masivos. Estos mítines encendieron las pasiones de los trabajadores, y rápidamente se pasó del incidente individual en la fábrica Pútilov a las cuestiones generales que afectaban a los trabajadores

rusos: las condiciones materiales extremadamente duras y la completa ausencia de derechos.

Bajo la influencia de la euforia generada por estos mítines masivos, Gapón sugirió que, a la demanda inicial de readmitir a los cuatro trabajadores despedidos y la destitución del capataz responsable, se añadieran otras peticiones, largamente discutidas en la asamblea, que los trabajadores nunca se habían atrevido a impulsar hasta entonces: la jornada de ocho horas, un aumento del salario diario mínimo de 60 kopeks a 1 rublo para los hombres y de 40 a 75 kopeks para las mujeres, la mejora de las instalaciones sanitarias y la garantía de asistencia médica gratuita. En esta etapa del movimiento, Gapón consiguió ejercer su influencia sobre los trabajadores para que limitaran su lucha a las demandas puramente económicas. Les instruyó para que destruyeran sin leerlos los folletos que distribuían los estudiantes, entre cuyas demandas se incluía la lucha contra el zarismo.

Los líderes de la asamblea creyeron que sería una buena idea que los trabajadores buscaran el apoyo del zar. El departamento de policía accedió: unas cuantas palabras benevolentes del monarca, acompañadas por algunas medidas, aunque fueran pequeñas, para mejorar las condiciones de los obreros, serían suficientes, creyeron, para evitar que el movimiento se volviera extremista y para reforzar el mito del zar como amigo de los trabajadores. Así nació la idea de hacer una petición y una procesión solemne, con el retrato del zar, iconos sagrados y estandartes eclesiásticos. La petición rogaría humildemente al zar que reparara los agravios a los trabajadores, y serían ellos mismos los que, entonando oraciones e himnos, de rodillas, se la encomendarían.

Sin embargo, mientras la policía hacía sus planes, los socialdemócratas de Petersburgo actuaban. Después de un comienzo lento, finalmente intervinieron de manera activa en el movimiento y consiguieron algunos éxitos. Enviaron oradores a los mítines de la Asamblea en los diferentes distritos y lograron aprobar resoluciones y enmiendas al texto original de la petición. En realidad, fue el grupo menchevique quien desplegó esta iniciativa. (Más tarde veremos las tácticas de los bolcheviques durante este período.) El resultado de la petición fue muy distinto del que planeaban los líderes de la asamblea. Bajo la influencia de los socialdemócratas se incluyeron una serie de demandas políticas: la jornada de ocho horas, la libertad de reunión para los trabajadores, tierras para los campesinos, libertad de expresión y de prensa, la separación de la Iglesia y el Estado, la finalización de

la guerra rusojaponesa y la convocatoria de una Asamblea constituyente.

El día 7 de enero, la huelga en la Pútilov empezada el 3 de enero se había convertido en una huelga general de toda la ciudad de San Petersburgo. No solo pararon las grandes fábricas, sino también muchos pequeños talleres; y prácticamente todos los periódicos dejaron de publicarse. Incluso los informes oficiales decían que los huelguistas eran unos 100.000-150.000. «Jamás había presenciado Rusia un estallido tan gigantesco de la lucha de clases», escribía Lenin.⁴

El domingo 9 de enero, 200.000 trabajadores de San Petersburgo marcharon en una enorme procesión pacífica, liderada por el padre Gapón, hasta el Palacio de invierno del zar. Éste rehusó recibir la petición, y ordenó a las tropas que protegían el Palacio que dispararan contra la multitud. Murieron más de 1.000 personas y hubo unos 2.000 heridos. Así fue como el zar trató de sofocar la revolución. Aquella misma noche, Gapón, horrorizado, se dirigió a la gente declarando «Ya no tenemos zar», y les dijo a los soldados que podían considerarse libres de cualquier obligación «respecto al traidor, el zar, que había ordenado que se derramara sangre inocente». A través de aquella experiencia amarga, los trabajadores aprendieron que los retratos y los iconos son menos fuertes que los revólveres y las pistolas.

Hubo varias interpretaciones de los acontecimientos del 9 de enero. La más simple era la del ministerio de guerra, que veía, en aquella huelga masiva, la mano (y la financiación) de agentes anglojaponeses.

El ministro de la guerra fue tan lejos como para publicar en los periódicos y anunciar a través de paneles que los «provocadores anglojaponeses» eran responsables de las huelgas entre los empleados en la manufactura de productos navales. Incluso el Sínodo Sagrado aceptaba esta interpretación, y el día 14 hizo pública una declaración en la que deploraba los altercados recientes «provocados con los sobornos de los enemigos de Rusia».⁵

Los liberales no creían en la existencia de un pueblo revolucionario, de manera que explicaron los hechos como una emanación natural de la personalidad de Gapón. «En Rusia no existe aún algo parecido a un pueblo revolucionario», escribía Peter Struve en su periódico *Osvobodzhdenie* ("Liberación"), publicado en el extranjero, el día 7 de enero de

1905, precisamente dos días antes de que los guardias aplastaran la manifestación de los trabajadores de San Petersburgo.⁶

Los liberales, durante mucho tiempo, perseveraron en la creencia de que el secreto de los acontecimientos del 9 de enero se explicaba solo por la personalidad de Gapón. Le comparaban con los socialdemócratas, valorándolo como un líder político que sabía cómo controlar a las masas, mientras que los socialdemócratas eran una secta doctrinaria. En su análisis olvidaban que los hechos del 9 de enero no habrían tenido lugar si Gapón no se hubiera encontrado con varios miles de trabajadores con conciencia política que habían pasado por la escuela del socialismo.⁷

Lenin valoraba los hechos del 9 de enero de una forma muy diferente. Tres días después del Domingo Sangriento, escribía:

La clase obrera ha recibido una gran lección de guerra civil: la educación revolucionaria del proletariado ha avanzado en un solo día más que en meses y años de gris y medrosa vida cotidiana.⁸ Derrocamiento inmediato del gobierno: tal es la consigna con la que incluso los obreros petersburgueses que antes creían en el zar contestaron a la matanza del 9 de enero por boca de su líder, el cura Gueorgui Gapón, quien declaró, a raíz de dicha matanza: «Ya no tenemos zar. Un río de sangre separa al zar del pueblo. ¡Viva la lucha por la libertad!»⁹

El 8 de febrero reiteraba: «El 9 de enero de 1905 reveló la gigantesca reserva de energía revolucionaria acumulada por el proletariado». Pero añadía, tristemente, que revelaba, también, «todas las insuficiencias de la organización de los socialdemócratas».¹⁰

Lenin y Gapón

Al principio, los socialdemócratas reaccionaron con lentitud ante el movimiento de Gapón. Así, Mártoy declaraba:

Por extraño que parezca, hay que señalar que las organizaciones revolucionarias de Petersburgo habían pasado por alto el creci-

miento y la transformación gradual de la organización obrera legal fundada por el padre Gapón, que en otoño de 1904 ya había dejado de ser el «Fondo de ayuda para apoyo mutuo» inicial y se había transformado en una especie de club de trabajadores.

Cuando, a finales de diciembre de 1904, el grupo de Gapón se enzarzó de lleno en la lucha contra los industriales como resultado del conflicto en la fábrica Pútilov, los socialdemócratas se vieron completamente desbordados por los acontecimientos.

Cuando finalmente los socialdemócratas se dirigieron a los trabajadores influidos por Gapón, éstos les dieron la espalda: los huelguistas destruían los folletos. Incluso una donación de 500 rublos del Comité socialdemócrata fue «recibido a regañadientes».¹¹

Uno de los miembros del Comité bolchevique de Petersburgo, N. V. Doroshenko, señalaba el aislamiento del Comité del movimiento en auge:

Hasta los últimos días de diciembre, mis camaradas más próximos y yo no habíamos tenido la ocasión de visitar ninguna sede de la sociedad de Gapón, y todavía peor, no puedo recordar ni una sola conversación con los trabajadores organizados de los sectores de Vasiliev-Ostrov y Petersburgo para cerciorarnos de si nuestra gente había visitado alguna de dichas sedes.¹²

A principios de enero, los trabajadores del partido que estaban en el Comité de Petersburgo empezaron a prestar atención al movimiento de Gapón:

Los trabajadores, muchos de los cuales estaban sin lugar a dudas bajo la influencia de Gapón, no veían en la socialdemocracia a su propio partido, y más aún, les parecía que la línea contundente y sin ambigüedades de los socialdemócratas les impedía conseguir aquello que Gapón les animaba a exigir. En uno de los encuentros secretos del comité al que acudimos todos los trabajadores del partido, S. I. Gúsev nos informó de los pasos tomados por el Comité y nos transmitió la directiva de que penetráramos en las fábricas hasta meternos en los grupos de la sociedad de Gapón, para que *opusiéramos* a las demandas de éste el programa mínimo del

partido, *exponiendo* la futilidad y la absurdidad del proyecto de marchar hacia el palacio.¹³

El mismo Doroshenko trató de llevar a cabo la tarea de oponerse y exponer, en un encuentro de la sociedad de Gapón del sector de Gorodskói, el 7 de enero, pero se lo impidieron con gritos de «Basta, basta, vete, no interfieras», y similares. «Me fue imposible continuar hablando y tuve que dejar la sala». ¹⁴ De ese encuentro, Doroshenko se dirigió a una conferencia del Comité bolchevique de Petersburgo: «La impresión general fue que la conferencia, de alguna manera, no creía que la marcha al palacio fuera a materializarse. Se pensaba que el gobierno tomaría los pasos necesarios para neutralizar las intenciones de Gapón antes de que dieran sus frutos; de ahí que no hubiera la certeza de que fuera a permitirse un deramamiento de sangre». ¹⁵

Sin embargo, el Comité de Petersburgo decidió finalmente que los miembros del partido debían tomar parte en la procesión del 9 de enero.

Para llevar a cabo las medidas que el Comité había planeado, el comité del sector de Gorodskói eligió, como punto de encuentro para el día 9, la esquina de Sadóvaya y el callejón de Chernishev, donde debían acudir por la mañana los organizadores de los subsectores y los miembros de los círculos organizados.

La asistencia fue lamentable: «solo apareció un pequeño grupo, de unos quince trabajadores y no más». ¹⁶

Lenin, sin embargo, se dio cuenta desde el principio de que el movimiento de Gapón superaría las previsiones de las autoridades zaristas. En un artículo titulado “La huelga de San Petersburgo” escribía:

La huelga iniciada el 3 de enero en la fábrica Pútilov sigue un desarrollo que la convertirá en una de las más imponentes acciones del movimiento obrero [...]. Y ahora, el movimiento zubatovista rebasa sus límites. Lo creó la policía para que sirviera a sus fines y los de la autocracia, y para corromper la conciencia política de los obreros, pero ahora se está volviendo contra la autocracia y se está convirtiendo en un estallido de la lucha de clase del proletariado. Hace ya mucho tiempo que los socialdemócratas predijeron el carácter inevitable de estos resultados del movimiento de Zubá-

tov. La legalización del movimiento obrero —dijeron los socialdemócratas— nos favorecerá indefectiblemente a nosotros, a la socialdemocracia. Incorporará a ciertas capas obreras especialmente atrasadas al movimiento y conmovirá a aquellos a quienes un agitador socialista no conmoviera tan pronto, o quizá nunca. Y una vez incorporados al movimiento e interesados por el problema de su futuro, los obreros seguirán adelante. El movimiento obrero legal sentará nuevas y más amplias bases para el movimiento obrero socialdemocrático. ¹⁷

Una semana más tarde, en un artículo llamado “Los primeros pasos”, discurría sobre lo mismo:

El instinto revolucionario de la clase obrera y su espíritu de solidaridad triunfarán sobre todas las mezquinas astucias policíacas. Los obreros más atrasados serán arrastrados al movimiento por los zubatovistas, y el propio gobierno zarista se encargará luego de que los obreros marcharan hacia adelante; la propia explotación capitalista los alejará del pacífico rebaño de Zubátov, hipócrita de los pies a la cabeza, al campo de la socialdemocracia revolucionaria. ¹⁸

No solo no mostraba Lenin una actitud sectaria hacia el movimiento de masas que se estaba formando alrededor de Gapón, sino que, como solía suceder, se estaba “enamorando” del mismo Gapón. Cuando éste viajó al extranjero, Lenin se mostró ansioso por encontrarse con él. Muchos años después, cuando fue desenmascarado como un agente de la policía y asesinado por un revolucionario, Krúpskaya explicaba de esta manera el encaprichamiento de Lenin con él:

Gapón era una parte viva de la revolución que agitaba Rusia: estaba estrechamente vinculado con las masas trabajadoras, que creían devotamente en él, e Ilich estaba muy agitado esperando ese encuentro. Un camarada, hace poco, preguntaba consternado: «¿Cómo es posible que Ilich tuviera algo que ver con Gapón?». Por supuesto, podía sencillamente haberle ignorado, descartando a priori que se pudiera sacar nada bueno de un cura. Esto es lo que hizo Plejánov, por ejemplo, y recibió a Gapón con suma frialdad. Pero la fuerza de Ilich residía precisamente en el hecho de

que, para él, la revolución era algo vivo: él era capaz de discernir sus rasgos, captar sus muchos matices y detalles, entender lo que las masas querían. Y el conocimiento sobre las masas solo puede obtenerse estando en contacto estrecho con ellas. ¿Cómo hubiera podido Ilich dejar de lado a Gapón, cuando estaba tan cerca de las masas y tenía tanta influencia sobre ellas?¹⁹

El 18 de enero de 1905, Lenin escribía:

No puede, por tanto, descartarse por completo la idea de que el cura Gapón fuese tal vez un sincero socialista cristiano y de que el Domingo Sangriento lo haya empujado hacia un camino verdaderamente revolucionario. Nos inclinamos tanto más hacia esta conjetura, cuanto que las cartas escritas por Gapón después de la matanza del 9 de enero, en las que dice que "ya no tenemos zar", su llamamiento a la lucha por la libertad, etc., constituyen otros tantos hechos que hablan a favor de su honradez y sinceridad.²⁰

El 23 de abril decía sobre Gapón: «Tuve la impresión de que era un hombre incondicionalmente fiel a la revolución, inteligente y emprendedor, aunque, por desgracia, carente de una concepción del mundo consecuente y revolucionaria».²¹

Lenin hizo todo lo posible para tratar de instruir a Gapón sobre marxismo, pero sin éxito. Cuando regresaba de su encuentro con Gapón le contó a Krúpskaya: «Le he dicho: "No se acostumbre a los halagos, padrecito; estudie, o es ahí donde acabará"; y señalé el espacio bajo la mesa».²²

Pero otros líderes bolcheviques estaban mucho menos enamorados de Gapón. S. I. Gúsev, por ejemplo, que llegó desde Ginebra a finales de diciembre o a principios de enero, y pasó a ser el secretario y el líder del Comité de Petersburgo, escribió a Lenin sobre el "maldito Gapón" el 5 de enero:

Este padre Gapón es, con toda certeza, un zubatovista de pura cepa [...]. La base de la agitación que estamos preparando a toda prisa será desenmascarar y luchar contra él. Tenemos que movilizar todas nuestras fuerzas y ponerlas a actuar, incluso si tenemos que derrocarlas en la huelga, porque la situación nos obliga a salvar el honor de la socialdemocracia.²³

Gúsev no cambió de opinión después del Domingo Sangriento. El 30 de enero escribía de nuevo a Lenin:

Los trabajadores también están un poco confundidos (de nuevo a causa de la influencia de los discursos antirrevolucionarios de los mencheviques) sobre cuál es la actitud (adecuada) hacia Gapón. Tu artículo en el núm. 4 describe el papel del gobierno con precisión, pero creo que eres demasiado indulgente con Gapón. *Este hombre es un personaje turbio*. Ya te he escrito sobre esto varias veces, y cuanto más pienso en ello, más sospechoso me parece. Uno no puede decir que es simplemente un excéntrico: era un zubatovista y trabajó con los zubatovistas, *a sabiendas* de qué eran y *qué querían*.²⁴

La lucha contra el sectarismo bolchevique hacia los sindicatos y el soviet

Respecto de la actitud de la socialdemocracia hacia el creciente movimiento sindical, Lenin tuvo que luchar contra sus compañeros, que tenían un punto de vista cerrado y sectario. S. I. Gúsev, que tenía mucho contacto con Lenin y el núcleo bolchevique en el extranjero, propuso, en un encuentro del Comité bolchevique de Odesa, en septiembre de 1905, que los bolcheviques se guiaran, con respecto a la cuestión sindical, por las siguientes normas:

1. Exponer, en nuestra propaganda y agitación, las falsedades sobre los sindicatos, poniendo énfasis especialmente en su estrechez de miras en comparación con los objetivos finales del movimiento obrero.
2. Explicar con claridad al proletariado que el desarrollo estable y amplio de un movimiento sindical es algo impensable en un régimen autocrático, y que tal desarrollo requeriría antes que nada el derrocamiento de la autocracia zarista.
3. Enfatizar con determinación en la propaganda y la agitación que la tarea más vital y primera del proletariado en lucha es prepararse inmediatamente para un levantamiento armado que de-

rroque el zarismo y logre una república democrática.

4. Llevar a cabo una lucha ideológica enérgica contra los llamados mencheviques, que están revirtiendo, en la cuestión sindical, a la estrecha perspectiva de los economistas, que degrada la tarea de la socialdemocracia e impide el avance del movimiento obrero.

Pero, al mismo tiempo, se debía recurrir a todos los medios para asegurarse la influencia socialdemócrata y, de ser posible, el liderazgo, en todos los nuevos sindicatos que iban apareciendo o en aquellos, legales o ilegales, que ya existieran. Algunos miembros del comité no conseguían digerir este último punto. Un fragmento del acta de los encuentros registra que un participante dijo:

El camarada S. pasa por alto el hecho de que el punto 5 de su resolución contradice de lleno todos los puntos precedentes. ¿Qué es lo que dicen estos puntos? Que uno debe exponer y destruir las falsedades; uno debe, en resumen, desarmar a los sindicatos o, en otras palabras, demolerlos. Y, de repente, el punto 5 habla de liderazgo. Para mí, un sindicato tiene un contenido preciso. Si asumo su liderazgo, deberé encargarme de ese contenido, deberé organizar los fondos, etc. Esto es una idea errónea, típica de los mencheviques.²⁵

Gúsev, de todas formas, logró superar las objeciones, y la resolución fue aprobada por unanimidad y enviada a Lenin, que estaba en Ginebra.

La resolución, sin embargo, no gustó a Lenin en absoluto. El 30 de septiembre de 1905 escribió al Comité de Odesa que era "sumamente errónea".

En términos generales creo que hay que tener cuidado de no exagerar la lucha contra los mencheviques en este aspecto. Es probable que en estos momentos comiencen a aparecer sindicatos. No debemos apartarnos y todavía menos dar lugar a que la gente piense que debemos apartarnos; por el contrario, tenemos que esforzarnos por participar, tener influencia, etc. [...]. Es muy importante que la socialdemocracia rusa enfoque con acierto, desde el comienzo, el problema de los sindicatos; que desde el primer

momento se hagan tradicionales la iniciativa, la participación y la dirección socialdemócratas en este aspecto.²⁶

Unos meses más tarde formularía una resolución en la misma línea para el Congreso ("de unificación") de Estocolmo, en abril-mayo de 1906:

1. [...] Todas las organizaciones del partido deben contribuir a la formación de sindicatos apartidistas e impulsar a todos los militantes del partido a ingresar en el sindicato de su respectivo oficio;
2. [...] El partido debe procurar por todos los medios educar a los obreros sindicados en el espíritu de una amplia comprensión de la lucha de clases y de los objetivos socialistas del proletariado, para conquistar con su actividad el papel de dirigente *de facto* en dichos sindicatos y, por último, para que estos sindicatos puedan, en determinadas condiciones, adherirse directamente al partido, pero sin excluir en modo alguno a aquellos de sus afiliados que no son miembros del Partido.²⁷

Todavía más crucial que esta lucha contra el sectarismo de algunos líderes bolcheviques contra los sindicatos fue la batalla que libró Lenin contra el Comité de San Petersburgo casi por entero, respecto al recientemente fundado soviét.

El Soviet de diputados de los trabajadores de Petersburgo había nacido de la huelga general de octubre de 1905. Todo había empezado en Moscú, con una pequeña huelga de los impresores, que reclamaban unos cuantos kopeks extra por cada mil palabras y el pago de los signos de puntuación. La huelga, a partir de ahí, se extendió espontáneamente por el país. La iniciativa de constituir el Soviet de Petersburgo fue de los mencheviques, los cuales, sin embargo, no podían concebir el efecto de su creación a largo plazo. El Comité bolchevique de Petersburgo, por su parte, mostró una hostilidad extrema hacia el soviét.

Se dice que P. A. Krásikov avisó a los agitadores bolcheviques de «esta nueva intriga menchevique [...] un comité apartidista zubatovista». Bogdánov, como jefe del Buró ruso, era el principal líder bolchevique dentro de Rusia, y afirmó que el soviét, que incluía a hombres con opiniones políticas diversas, se podía convertir fácilmente en el

núcleo de un partido obrero antisocialista e independiente.²⁹

B. I. Górev, un representante del Centro bolchevique de Petersburgo, escribía sin rodeos que «cuando el Soviet de Petersburgo expandió su actividad y se convirtió en una fuerza revolucionaria unitaria, el Comité de Petersburgo se asustó». Para afirmar tal cosa se basaba en un comentario de "Nina Livovna" (M. M. Essen, un miembro influyente del Comité de Petersburgo), y en las resoluciones aprobadas en algunos encuentros sectoriales:³⁰

Recuerdo las palabras de "Nina Livovna": «¿Pero qué pintamos nosotros? ¡Así que tenemos que vérnoslas con ellos! El Soviet dicta sus decretos, y nosotros nos arrastramos tras él, sin poder impulsar nuestros propios decretos», etcétera.

Esto también se reflejaba en las resoluciones de los encuentros de sector, especialmente en Peterburgskaya Storona, donde los líderes eran Doroshenko [...] y el bolchevique Mendeleiev, que ahora es el conocido menchevique Schwarz-Monoszon. Exigían que el Soviet se convirtiera en una organización sindical o bien que aceptara nuestro programa y se fusionara efectivamente con la organización del partido.³⁰

La actitud del Comité de Petersburgo hacia el soviet era negativa. Algunos miembros querían boicotearlo por ser innecesario, dada la existencia del partido, mientras que otros apostaban por participar en el soviet, introduciendo en él a tantos bolcheviques como fuera posible, «para hacerlo explotar desde dentro», también basándose en el hecho de que era «innecesario».³¹ En un encuentro del Comité ejecutivo bolchevique del distrito de Nevá (San Petersburgo) sucedió lo siguiente:

El 29 de octubre, uno de los 15 miembros se negó rotundamente a formar parte del Soviet porque «su principio electivo no podía garantizar su conciencia de clase ni su carácter socialdemócrata». Cuatro miembros votaron en contra de participar en el Soviet si éste no aceptaba el programa de los socialdemócratas. Nueve votaron a favor de participar, y otros dos no votaron.³²

Una razón de la actitud negativa que mostraban los bolcheviques de Petersburgo hacia el Soviet en octubre de 1905, es el hecho de que

la actitud de los mencheviques hacia él era positiva. «A través del boicot al Soviet, los bolcheviques intentaban denunciar la inconsistencia y la falta de principios de los mencheviques».³³

El Comité Central de los bolcheviques, entonces en Petersburgo, envió una "Carta a todas las organizaciones del partido", el 27 de octubre, en la cual señalaba el peligro de:

[...] organizaciones políticamente amorfas y, por lo que respecta al socialismo, inmaduras, creadas por el movimiento revolucionario espontáneo del proletariado [...]. Cada una de estas organizaciones representa una determinada fase del desarrollo político del proletariado, pero si se mantienen fuera de la socialdemocracia, hay el peligro objetivo de que estancuen al proletariado en un nivel político primitivo, subyugándolo, así, a los partidos burgueses.

Una de estas organizaciones era el Soviet de diputados de los trabajadores de Petersburgo. El Comité Central pedía a los miembros socialdemócratas del soviet: 1) que invitaran al soviet a aceptar el programa del POSDR y, cuando lo hubiera hecho, que reconociera a los líderes del partido y «finalmente se disolviera en él»; 2) que si el soviet rehusaba aceptar el programa, salieran de él y expusieran la naturaleza antiproletaria de tales organizaciones; 3) que si el soviet, aún rehusando aceptar el programa, se reservara el derecho de decidir su posicionamiento político en cada caso que lo precisara, se mantuvieran en el soviet, pero con el derecho de protestar sobre la «absurdidad de un liderazgo político semejante».³⁴

Unos días más tarde, el camarada Anton (Krásikov), en nombre de los bolcheviques, propuso al Soviet que aceptaran el programa del partido y reconocieran a sus líderes. «Según recuerdo, el debate fue muy breve. Jrústalev se opuso, y la propuesta de Krásikov apenas recibió apoyo. Sin embargo, contrariamente a los planes de Bogdánov, los bolcheviques no abandonaron el soviet».³⁵

Fue necesario que Lenin interviniera para poner orden entre los líderes bolcheviques de Petersburgo, para apartarlos de su actitud totalmente sectaria con respecto al soviet. Lenin permaneció en el extranjero durante casi un mes después de la aparición del soviet, y mientras estaba en camino hacia Rusia, durante una semana que pasó en Estocolmo (llegaría a Petersburgo el 8 de noviembre), escri-

bió un artículo, "Nuestras tareas y el Soviet de diputados de los trabajadores. Una carta al editor", que estaba destinado a la revista *Nóvaya Zhizn*. Decía:

¿Soviet de diputados obreros o partido? Yo pienso que no es así como debe plantearse, pienso que la respuesta debe ser forzosamente: Soviet de diputados obreros y partido. El problema —y es de capital importancia— es únicamente cómo distribuir y cómo coordinar las tareas del soviet y las tareas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

A mi parecer, no sería conveniente que el soviet se adhiriera en forma exclusiva a un solo partido.³⁶

El soviet libraba tanto una lucha económica como política. Sobre la primera, Lenin decía:

¿Deben sostener esta lucha sólo los socialdemócratas?, ¿debe librarse sólo bajo la bandera de la socialdemocracia? Creo que no; mantengo la opinión que expresé en *¿Qué hacer?* (aunque entonces, ciertamente, era en condiciones por completo distintas, que ya pertenecen al pasado): no es conveniente restringir la composición de los sindicatos y por consiguiente de quienes participan en la lucha sindical, económica, nada más que a los miembros del partido socialdemócrata.³⁷

Después, sobre la lucha política:

Tampoco en este sentido me parece conveniente pedir al Soviet de diputados obreros que adopte el programa socialdemócrata y que ingrese en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Opino que para dirigir hoy la lucha política son necesarios indudablemente y por igual tanto el soviet [...] como el partido.³⁸

Lenin sostenía, proféticamente, que el soviet no era solo una nueva forma de organización del proletariado en lucha, sino también la forma del futuro poder revolucionario de obreros y campesinos.

Creo [...] que en el aspecto político debemos considerar al Soviet de diputados obreros como embrión del gobierno provisional re-

volucionario. Creo que el soviet debe proclamarse cuanto antes gobierno provisional revolucionario de toda Rusia o —lo que es lo mismo, pero dicho de otra manera— debe crear el gobierno provisional revolucionario.³⁹

Para conseguir tal cosa, el Soviet tenía que ampliar su base, tenía que:

[...] incorporar para ello a nuevos delegados, no sólo de los obreros, sino, primero, de los marineros y soldados, que en todas partes se sienten ya atraídos por la libertad; segundo, de los campesinos revolucionarios; y tercero, de los intelectuales burgueses revolucionarios [...]. No tenemos una tal amplitud y diversidad, sino que la deseamos, pues sin la unión del proletariado y los campesinos, sin la alianza combativa de socialdemócratas y demócratas revolucionarios, es imposible el éxito total de la gran revolución rusa.⁴⁰

Esta carta tan importante fue rechazada por el editor de *Nóvaya Zhizn*. Solo vio la luz en *Pravda*, el 5 de noviembre de 1940: treinta y cuatro años más tarde.

Así, casi desde el principio, la apreciación de Lenin del futuro papel histórico de los soviets era mucho más avanzada que la de los que participaban en ellos. Para él, el soviet no era solamente una nueva forma de organización del proletariado en lucha; era también la forma del futuro poder de los trabajadores. Pero Lenin no había desarrollado esta idea en el vacío: estaba articulando y generalizando lo que sentían instintivamente muchos trabajadores. La siguiente anécdota de la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotski ilustra este sentimiento de movimiento de bases:

Un viejo cosaco, de la provincia de Poltava, enviaba una queja contra la injusticia de los príncipes Repnin, que le habían explotado como administrativo durante 28 años y después le despidieron sin causa alguna. El viejo pedía al Soviet que negociara por él con los príncipes. La carta que contenía esta curiosa petición iba destinada a: «Petersburgo. Gobierno obrero». El correo revolucionario, sin dudar, entregó el pliego en su destino.*⁴¹

*De hecho, tres días después del Domingo Sangriento, Lenin ya había señalado la necesidad de crear comités populares democráticos para dirigir la lucha:

Un año después de haber escrito el importante artículo antes mencionado, y después de la experiencia de la revuelta de diciembre de 1905 en Moscú, Lenin acabó de desarrollar el concepto de la interrelación entre el soviets y el gobierno revolucionario. En ese artículo afirmaba que el soviets era la forma que tomaría el gobierno revolucionario del futuro. Un año después, decía que el soviets no podía existir independientemente de la situación revolucionaria inmediata, pero también que no era capaz, por sí mismo, de organizar la insurrección armada:

La experiencia de octubre-diciembre nos ha guiado de una manera muy instructiva [...]. Los soviets de diputados obreros son *órganos de lucha de masas directa*. Se originaron como órganos de lucha *huldgutstica*, pero forzados por las circunstancias, muy pronto se convirtieron en órganos de la *lucha revolucionaria general* contra el gobierno. El curso de los acontecimientos y la transición de una huelga a una insurrección los transformó *inevitablemente* en órganos insurreccionales. El hecho de que tal fue precisamente el papel de muchos "soviets" y "comités" en diciembre, es algo absolutamente indiscutible. Los hechos han demostrado, de la manera más asombrosa y convincente, que la fuerza y la importancia de estos órganos en un momento de acción militante depende *por entero* de la fuerza y el éxito de la insurrección. No fue una teoría, ni la petición de alguien ni las tácticas inventadas por alguien, ni la doctrina de partido, lo que condujo estos órganos apartidistas de masas a comprender la necesidad de una insurrección, sino la fuerza de las circunstancias, lo que los transformó en órganos insurreccionales. [...]

Si esto es así —y sin duda lo es— la conclusión es clara: los "soviets" y otras instituciones de masas similares son, por sí mismas, *insuficientes* para organizar una insurrección; son necesarias para unir a las masas, para crear unidad en la lucha, para extender las consignas del partido (o consignas que se han acordado entre partidos) sobre liderazgo político, para despertar el interés de las masas, para conmovérlas y atraerlas. Pero no son suficientes para

«Los comités revolucionarios se constituirán en cada fábrica, en cada distrito, en cada una de las aldeas de más población. El pueblo en revuelta derrocará todas las instituciones del gobierno autocrático zarista y proclamará la convocatoria inmediata de una Asamblea constituyente». (Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 102-105)

organizar una *fuerza de combate inmediata ni una insurrección* en el sentido estricto de la palabra.⁴²

Este pasaje muestra una comprensión excelente de la interrelación estratégica de los soviets y la insurrección armada; ¡y solo en base a unas cuantas semanas de experiencia! Aquí tenemos, en pocas palabras, prácticamente toda la historia de 1917.

Los soviets reunían a casi toda la clase trabajadora. De ahí que, aunque crecieran sólo durante las situaciones revolucionarias, no estaban lideradas por revolucionarios; sus líderes podían incluso oponerse a la revolución. Este fue el caso, en Rusia, después de febrero de 1917, cuando los soviets apoyaron al gobierno provisional burgués y su participación en la guerra imperialista. Era el caso también, en Alemania, en 1918, cuando el Consejo de trabajadores de Berlín no solo excluyó a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht, sino que además apoyó al gobierno capitalista que decapitó la revolución y asesinó a estas dos figuras primordiales.

El partido revolucionario representa a la sección más avanzada de la clase trabajadora. Para el poder de los trabajadores se necesita una determinada combinación del partido y de los soviets. De ahí que «los soviets y otras instituciones de masas similares sean insuficientes, por sí mismas, para organizar una revuelta». Pero hay otra razón. Incluso estando bajo la influencia de un partido revolucionario, como ocurrió en 1917, los soviets por sí solos no podrán llevar adelante la insurrección: les falta una homogeneidad que es vital para una acción tan abrupta como la insurrección armada. Los soviets son necesarios para otorgar un carácter legal a la insurrección, pero no son «suficientes [...] *para organizar una insurrección* en el sentido más estricto de la palabra», dijo claramente Lenin, muchos años antes de 1917.

Es útil comparar la clara explicación de Lenin con el análisis de las lecciones de 1905 de Rosa Luxemburg y Lev Trotski. Rosa Luxemburg, que participó en la Revolución de 1905, en su magnífico libro *La huelga masiva, el partido político y los sindicatos*, no menciona a los soviets en absoluto. No fue hasta 1918 que apreció su papel como forma de gobierno obrero.

Rosa Luxemburg no atribuía ningún papel de gobierno a los soviets [...] aunque era muy consciente de su importancia; eran instrumentos espontáneos de la lucha, pero no debían ser in-

corporados a la estructura institucional permanente. Este concepto de los soviets no tanto como fin sino como medio, todavía dominaba las ideas tempranas de la Spartakusbund alemana doce años más tarde, y no fue hasta que sus líderes tuvieron que enfrentarse a una petición inoportuna del SPD para formar una asamblea constituyente que otorgaron un papel más positivo y permanente a los consejos de trabajadores y soldados... ¡inspirados en el ejemplo ruso!⁴³

Trotsky (que en 1905 había sido el presidente del Soviet de San Petersburgo, y que predijo la naturaleza socialista de la futura Revolución rusa), escribiendo desde la cárcel, inmediatamente después de la revolución, describía claramente el papel de gobierno del soviets:

[...] esta organización [el soviets] no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario. [...] Antes de la aparición del soviets encontramos entre los obreros de la industria numerosas organizaciones revolucionarias [...]. Pero eran formaciones «dentro del proletariado», y su fin inmediato era luchar «por adquirir influencia sobre las masas». El soviets, por el contrario, se transformó inmediatamente en «la organización misma del proletariado»; su fin era luchar «por la conquista del poder revolucionario». [...] En la persona del soviets encontramos por primera vez en la historia de la nueva Rusia un poder democrático; el soviets es el poder organizado de la masa misma y domina todas sus facciones; es la verdadera democracia, no falsificada, sin las dos cámaras, sin burocracia profesional, conservando los representantes el derecho de reemplazar cuando quieran a sus diputados. El soviets, por medio de sus miembros, por medio de los diputados que los obreros han elegido, preside directamente todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto o en grupos, organiza su acción y le da una consigna y una bandera.⁴⁴

Y sin embargo, extrañamente, unos meses después, cuando los soviets ya no tenían una presencia inmediata, Trotsky reflexionaba sobre las lecciones de 1905 en *Resultados y perspectivas* (1906) y ni siquiera los mencionaba. No hacía ningún esfuerzo por identificar la forma que tomaría el gobierno revolucionario obrero: «La revolución es, ante todo

y sobre todo, una cuestión de poder, no de la forma que toma el estado (asamblea constituyente, república, estados unidos) sino del contenido social del gobierno».⁴⁵ Hubiera podido describir el soviets que había surgido, pero para él no tenía ninguna importancia, excepto como fenómeno histórico.

Para los mencheviques, que eran quienes lo habían traído al mundo, el Soviet de Petersburgo no era ni una organización de lucha para el poder, ni una forma de gobierno. Para ellos era sencillamente un «parlamento proletario», un «órgano de autoadministración revolucionaria», etc.

Capítulo 8

“Abrid las puertas del partido”

Lenin se apoya en los miembros de los comités

La personificación del miembro del partido que imaginaba Lenin, tal como se describe en *¿Qué hacer?* o en sus argumentos durante el segundo Congreso y los tiempos que lo siguieron, era el del miembro de un comité bolchevique: el revolucionario profesional por excelencia, que llevaba una vida de agitador y organizador perseguido. Mientras estaba en libertad, pasaba la mayor parte de su tiempo organizando huelgas, manifestaciones, encuentros secretos y conferencias. Después venían la cárcel y el exilio, seguidos de la huida, y de nuevo un período de actividad, interrumpido por otro arresto y la subsiguiente deportación.

De hecho, los mencheviques no eran menos dependientes del trabajo de los revolucionarios profesionales que los bolcheviques, como se muestra en los datos de la tabla 5. Sin embargo, según el concepto menchevique del partido, los revolucionarios profesionales no desempeñaban un papel específico. En teoría, estaban al mismo nivel que todos los demás socialistas, incluidos los huelguistas y los intelectuales. Para Lenin, no obstante, tenían una función muy importante: él, a diferencia de Mártoov, creía que su cometido no era solo el liderazgo político del partido, sino también estar a la cabeza de la jerarquía de revolucionarios profesionales.

Para Lenin era natural, si veía que algún otro líder bolchevique no cumplía con su misión, intentar establecer un contacto directo con los miembros de comités menores del partido que eran más resueltos y menos vacilantes. A estos miembros les animaba y les ascendía a posiciones más altas. Tenía en gran consideración a los miembros de los comités, y apreciaba a los hombres y mujeres de acción y determinación, como I. V. Babushkin, Inessa Armand, G. K. Ordzhonikidze, S. S. Spandarian, M. P. Tomski, I. V. Stalin, A. I. Rikov, L. B. Krasin, F. I. Golótchekin, V. K. Taratuta, L. P. Serebriákov, y muchos otros.

Para él, la maquinaria centralizada del partido no era un fetiche, o un fin en sí misma, sino un medio para aumentar la actividad, la conciencia y la organización de las secciones de vanguardia de la clase trabajadora. En contraste, los miembros del comité tenían características claramente conservadoras y elitistas, como puede verse en una petición escrita por Stalin en vísperas de la Revolución de 1905, que llegaba al clímax siguiente: «Extendamos los brazos y juntemos a los comités del partido. No debemos olvidar ni por un momento que estos comités son los únicos que pueden guiarnos dignamente, ¡solo ellos iluminarán nuestro camino hacia la "tierra prometida" que llamamos el mundo socialista!».¹

Comparemos esto con las palabras de Lenin, escritas prácticamente el mismo día en la lejana Ginebra: «¡Dejad paso a la ira y al odio que se ha acumulado en vuestros corazones a lo largo de siglos de explotación, sufrimiento y dolor!». Trotski cita estas palabras, y después comenta: «Todo Lenin está en la anterior frase. Odia y se rebela junto a las masas, siente la rebelión en sus huesos, y no pide a los rebeldes que obren sólo con el permiso de los "Comités"». ²

Los miembros de los comités eran, en muchos aspectos, personas excelentes: dedicaban su vida al movimiento revolucionario y se ponían completamente a disposición del partido. Fuera del movimiento no tenían vida, y puesto que hacían grandes sacrificios, tenían una autoridad moral muy alta: siempre estaban en la posición de pedir a los trabajadores de las bases que se sacrificaran, porque ellos eran el mejor ejemplo. La frecuente necesidad de tomar decisiones al momento y bajo extrema presión acababa dándoles una gran autoconfianza, y eran, en suma, competentes, astutos, enérgicos, y voluntariosos; como auténticos proscritos, era su única forma de sobrevivir.

Los miembros de los comités mantuvieron un ritmo de actividad incesante durante meses y años. Solo hay que echar un vistazo a la lista de delegados de, por ejemplo, el quinto Congreso de Londres (1907), para encontrarse con la columna vertebral del bolchevismo: una galería de personajes que mantenían la tradición y la continuidad del partido.

Durante el período de reacción de 1906-10, no fueron los miembros de los comités los que desertaron en masa: ellos, en su mayoría, permanecieron leales. Durante la lucha tenía lugar un proceso de selección de los cuadros, y los seleccionados eran, en su conjunto, los miembros de los comités. Pero desafortunadamente, la capacidad de sacrificio y las habilidades específicas no vacunan contra el conserva-

durismo respecto de la maquinaria del partido. Herbert Spencer, un conocido naturalista, observó con agudeza que todos los organismos son conservadores en proporción directa a su perfección. Lenin, que sabía cómo reclutar, entrenar, y mantener la lealtad de los miembros de los comités, tuvo que oponerse a su conservadurismo durante la revolución de 1905.

Durante los años que precedieron la Revolución y los de reacción que la siguieron, los miembros de los comités tenían un nivel de actividad y de conciencia mucho más alto, incluso, que la sección más avanzada del proletariado. Sin embargo, durante la revolución propiamente dicha se quedaron considerablemente rezagados.

Para sobrevivir durante los años difíciles de ilegalidad y sufrimiento, los miembros de los comités habían tenido que desarrollar una disciplina, y ahora esta disciplina se convertía en un impedimento. Krúpskaya resumía hábilmente los rasgos de los miembros de los comités:

El *komitetchik* [miembro de un comité] era por lo general una persona capaz, consciente de la enorme influencia que tenían las actividades de los comités sobre las masas, aunque generalmente no reconocía ningún tipo de democracia interna. «Este democratismo sólo nos llevará a caer en manos de las autoridades; ya estamos suficientemente bien conectados con el movimiento», dirían los *komitetchiks*. Interiormente, estos miembros de los comités menospreciaban a «los del extranjero», que según ellos se limitaban a vivir bien y a organizar intrigas. «Deberían enviarles a trabajar bajo las condiciones de Rusia», decían. No les gustaba que se les presionara desde el extranjero, ni tampoco veían con buenos ojos las innovaciones, pues ni querían ni podían adaptarse a los nuevos cambios.

Durante el período de 1904-05, estos miembros de los comités llevaron sobre sus hombros una tremenda responsabilidad, pero muchos de ellos encontraron muy difícil adaptarse a las nuevas condiciones de trabajo legal y a los métodos de la lucha abierta. En el tercer Congreso no hubo obreros presentes, o por lo menos no hubo ningún obrero prominente. [...] Por otra parte, había muchos miembros de comités.³

La apertura del partido

En los nuevos tiempos de la primavera revolucionaria de 1905, Lenin tenía un discurso distinto, e intentaba conseguir desesperadamente que los miembros de los comités se deshicieran de sus viejos hábitos, de su formalismo, sus precauciones y sus miedos, y de exhortarles a la valentía y a la iniciativa.

Organizar, organizar y organizar; y abrir las puertas del partido a nuevas fuerzas: este era el mensaje que repetía impacientemente, con urgencia. En una carta del 11 de febrero de 1905 a A. A. Bogdánov y S. I. Gúsev, escribía:

La verdad es que muchas veces creo que las nueve décimas partes de los bolcheviques son en realidad unos formalistas [...]. Necesitamos fuerzas jóvenes. Yo recomendaría que se fusilara en el acto a quien se atreviera a afirmar que no hay gente. En Rusia hay una cantidad inmensa de gente; lo que hace falta es reclutar más audaz y ampliamente, a la juventud, *sin tenerle miedo*. Estamos en tiempos de guerra. La juventud decidirá el resultado de toda la lucha, tanto la juventud estudiantil como —en medida mucho mayor todavía— la obrera. Hay que echar por la borda todos esos viejos hábitos de la inmovilidad, del respeto religioso por los títulos, etc. Funden *cientos* de círculos juveniles de *Vperiod* e impúsenlos a que trabajen con todas sus fuerzas. Amplíen el comité *al triple* de sus componentes, haciendo entrar en él a los jóvenes; funden cinco o diez subcomités, incorporen a todas las personas enérgicas y honradas. Autoricen a todos los subcomités a redactar y publicar volantes sin muchos trámites (si cometen faltas no será una desgracia irremediable, ya nos encargaremos de corregirlas “con tacto” en *Vperiod*). Hay que agrupar y movilizar con enorme rapidez a toda la gente con iniciativa revolucionaria. No teman que no estén adiestrados, no se preocupen si son inmaduros e inexpertos [...].

Pero es indispensable organizar, organizar y organizar *cientos* de círculos y, al hacerlo, acabar radicalmente con las necedades (jerárquicas) del comité. Estamos en tiempo de guerra. Una de dos. O crean por doquier organizaciones de combate *nuevas*, jóvenes, despiertas y enérgicas para el trabajo socialdemócrata revolucionario de todo tipo, de todas las formas y entre todas

las capas, o bien se hundirán con la aureola de burócratas de comité.⁴

El 25 de marzo de 1905 escribió al Comité de Odesa del partido: «¿Están incorporando obreros al comité? ¡Esta condición es indispensable, absolutamente indispensable! ¿Por qué no nos ponen en contacto directamente con los obreros? No hay uno solo que escriba a *Vperiod*. Es un escándalo. Necesitamos a toda costa *decenas* de corresponsales obreros».⁵

Poco tiempo después, en un panfleto llamado “Nuevos tiempos y nuevas fuerzas”, insistía incluso con más vehemencia en la apertura del partido. Pero sus demandas chocaban contra la resistencia testaruda y conservadora de los miembros de los comités.

En el tercer Congreso, en la primavera de 1905, Lenin y Bogdánov propusieron una resolución que urgía al partido a abrirse de lleno a los trabajadores, a quienes se les debía dar un impulso para que tuvieran un papel de liderazgo en el mismo; y a:

[...] afianzar con todas sus fuerzas los vínculos del partido con la masa de la clase obrera, elevar a la plena conciencia socialdemócrata a capas cada vez más amplias de proletarios y semiproletarios, desarrollar su espíritu de iniciativa socialdemócrata y preocuparse de que salga de la masa obrera el mayor número posible de obreros capaces de dirigir el movimiento y las organizaciones del partido, tanto en los centros locales como en los organismos centrales del partido; crear el mayor número posible de organizaciones obreras pertenecientes a nuestro partido y procurar que las organizaciones obreras que no quieran ingresar en el partido o no tengan la posibilidad de hacerlo actúen, por lo menos, de acuerdo con él.⁶

El debate en el Congreso adquirió un tono feroz. La persona que intervino entonces, Gradov (Kámenev), dijo: «Debo expresar mi oposición contundente a [...] esta resolución. Como problema en la relación entre trabajadores e intelectuales en organizaciones del partido, esta cuestión no existe. (Lenin: Sí existe.) No, no existe: existe como cuestión demagógica, eso es todo».⁷

La inclusión de trabajadores en los comités locales se debatió con un ardor particular. Filipov dijo que en el Comité de Petersburgo había

un solo trabajador, aunque habían estado trabajando en Petersburgo durante 15 años (Lenin: ¡Vergonzoso!).⁸ Léskov dijo que en el Comité del Norte las cosas eran aún peor:

Hubo un momento en que tres de los siete miembros de nuestro Comité del norte eran trabajadores; ahora, ninguno de los ocho miembros es un trabajador. Muy pronto este asunto se convertirá en algo todavía más complejo. El movimiento obrero está creciendo de manera irresistible, bastante ajeno a las influencias del partido, y se debe organizar a las masas que emergen ahora. Esto debilita la influencia ideológica de la socialdemocracia.⁹

Osípov informaba: «No hace tanto que viajé a los Comités del Cáucaso [...]. En ese momento había un trabajador en el Comité de Bakú, otro en el de Batum, y ninguno en el de Kutais. Sólo en el de Tiflis había varios [...]. ¿Podría ser que nuestros camaradas del Cáucaso prefieran a miembros intelectuales antes que a trabajadores?».¹⁰

Orlovski comentó que «un partido obrero cuyo liderazgo es una propiedad hereditaria de los intelectuales está condenado a la anemia».¹¹ A. Belski (Krásikov) declaró: «En nuestros comités (y he visto muchos mientras hacía mi trabajo) hay algún tipo de fobia con respecto a los trabajadores».¹² Entonces Lenin intervino, y la sesión se volvió aún más ruidosa.

La tarea de la futura dirección central consistirá en reorganizar un número considerable de nuestros comités. Hay que acabar con la inercia de quienes los forman. (*Aplausos y siseos*). Observo que el camarada Serguéiev sisea y que quienes no están en los comités aplauden. Creo que hay que mirar este asunto con mayor amplitud. La incorporación de obreros a los comités no es sólo una tarea pedagógica, sino también política. Los obreros tienen instinto de clase, y con un poco de experiencia política se convierten muy pronto en socialdemócratas firmes. A mí me parecería muy bien que en nuestros comités hubiese ocho obreros por cada dos intelectuales.¹³

Mijáilov, que habló inmediatamente después de Lenin, añadió más leña al fuego:

Debemos asegurarnos de que nuestros comités se expandan inmediatamente a 15 o 20 miembros a través de una junta electiva. Se dice que no tenemos obreros capaces de sentarse en un comité. Esto no es cierto. El criterio para admitir obreros [...] debería ser distinto del que se aplica a los intelectuales. Se habla de socialdemócratas templados, pero [...] los estudiantes de primer o segundo año que están familiarizados con las ideas de la socialdemocracia a través del Programa de Erfurt y unos cuantos números de *Iskra* ya se consideran templados. Así, en la práctica, los requisitos para los intelectuales son muy poca cosa, pero para los obreros son extremadamente altos. (Lenin: ¡Muy cierto! La Mayoría de los delegados: ¡No es cierto!). El único criterio válido para admitir obreros en un comité debe ser su grado de influencia entre las masas (*Silbidos, gritos*). Todos los obreros que sean líderes y hayan estado en nuestros círculos deben ser miembros de nuestro comité (¡Correcto!). Pienso que esta es la única manera de zanjar la polémica cuestión entre intelectuales y trabajadores y cortar por lo sano con la demagogia.¹⁴

Más tarde, Lenin volvía al mismo asunto:

Nopodía quedarme callado al escuchar aquí que no existen obreros aptos para ser miembros de los comités. El asunto se alarga; no cabe duda de que en el partido existe una enfermedad. En los comités deben figurar necesariamente obreros. Es curioso: en el congreso hay sólo tres escritores; los demás delegados son miembros de los comités; pues bien, resulta que los escritores son partidarios de que se incorpore a obreros y, en cambio, los miembros de los comités, por las razones que sea, lo discuten con vehemencia.

Se debía ahuyentar a “los calentabutas y los guardasellos”:

·Si este artículo constituye una amenaza para los comités formados por intelectuales, con más razón estoy a favor. A los intelectuales hay que tratarlos siempre con puño de hierro. Son siempre los promotores de toda suerte de discordias.

De una pequeña periferia intelectualoide local no podemos fiarnos, pero sí podemos y debemos hacerlo cuando se trate de cientos de obreros organizados.¹⁵

La mayoría de los delegados del Congreso eran miembros de comités que se oponían a cualquier movimiento que tendiera a debilitar su autoridad sobre las bases. Apoyándose en citas de *¿Qué hacer?*, llamaron a una «cautela extrema» cuando se admitiera a obreros en los comités y condenaron el hecho de «jugar a la democracia». La resolución de Lenin fue derrotada por 12 votos a 9½. Esta no fue la última vez que Lenin se encontraría en minoría entre los líderes bolcheviques, ni la última en ser abucheado en un Congreso bolchevique.*

El desafortunado Lenin tuvo que persuadir a sus seguidores para apartarse de la línea propuesta en *¿Qué hacer?*, y negó que:

[...] tampoco en el segundo Congreso pensé erigir en algo “programático”, en principios especiales, mis formulaciones hechas en *¿Qué hacer?* Por el contrario, empleé la expresión de enderezar todo lo torcido que más tarde se citaría tan a menudo. En *¿Qué hacer?*, dije que hay que enderezar todo lo que han torcido los “economistas”, y precisamente por ello, porque tratamos de enderezar siempre enérgicamente todo lo que ha sido torcido, nuestra “línea de acción” será siempre la más derecha.

El significado de estas palabras es claro: *¿Qué hacer?* rectifica en forma polémica el “economismo”, y sería erróneo juzgar el folleto desde cualquier otro punto de vista.¹⁶

Sobre la idea de que la conciencia socialista solo podía venir “de fuera”, y de que la clase trabajadora, espontáneamente, solo podía conseguir una conciencia sindical, Lenin planteaba ahora una conclusión en términos exactamente opuestos a los de *¿Qué hacer?*. En un artículo llamado “La reorganización del partido”, escrito en noviembre de 1905, escribía claramente: «La clase obrera es instintiva y espontáneamente socialdemócrata».¹⁷

Unos años más tarde, en un artículo que conmemoraba la Revolución de 1905, Lenin iba incluso más allá al decir que el mismo capitalismo inculca una conciencia socialista en la clase trabajadora:

Sus propias condiciones de vida hacen a los obreros aptos para la

* La oposición de los miembros de los comités a la inclusión de trabajadores en los mismos no se limitaba a los bolcheviques; lo mismo ocurría entre los mencheviques (véase Mártov, *Geschichte der russischen Sozialdemokratie*, op. cit., p. 136).

lucha y los impulsan a ella. El capital reúne a los obreros en vastas masas en las grandes ciudades, los agrupa, les enseña a actuar al unísono. A cada paso los obreros se encuentran cara a cara con su enemigo principal, la clase capitalista. En el combate contra este enemigo, el obrero se hace *socialista*, llega a comprender la necesidad de una completa reorganización de toda la sociedad, de la completa supresión de la miseria y de la opresión.¹⁸

Esto no significa que hubiera estado equivocado en *¿Qué hacer?*. En 1900-03, el énfasis que puso Lenin en la necesidad de una organización de revolucionarios profesionales estaba perfectamente justificada. En 1908, escribía:

Seguir sosteniendo hoy que *Iskra* (¡en 1901 y 1902!) exageraba la idea de una organización de revolucionarios profesionales, es lo mismo que si después de la guerra ruso-japonesa se reprochase a los japoneses el haber exagerado la fuerza militar de los rusos, el haber exagerado, antes de la guerra, la necesidad de prepararse contra dichas fuerzas. Los japoneses, si querían lograr la victoria, tenían que reunir todas sus fuerzas contra el máximo posible de fuerzas rusas. Es de lamentar que muchos juzguen a nuestro partido desde fuera, sin conocimiento de causa, sin ver que *ahora* la idea de una organización de revolucionarios profesionales ha alcanzado *ya* una victoria completa. Pero tal victoria habría sido imposible si en su tiempo no se hubiese puesto esta idea en *primer plano* y si no se hubiese inculcado “exageradamente” en quienes trababan de impedir su realización.¹⁹

No era típico de Lenin ceder ante una derrota, y unos meses después del tercer Congreso, en noviembre de 1905, volvió a la carga con todavía más insistencia. Había que abrir las puertas del partido, a pesar de la oposición de los miembros de los comités: «Ensanchen sus bases de apoyo hasta abarcar a todos los obreros socialdemócratas, incorpórenlos a las filas de las organizaciones del partido».²⁰

Los miembros de los comités temían especialmente los peligros de “diluir” el partido. Lenin salió al encuentro de esta objeción como sigue:

Podría considerarse un peligro el hecho de que de pronto en-

trara en el partido una gran cantidad de elementos no socialdemócratas. Entonces el partido se diluiría en la masa y de ser un destacamento consciente de vanguardia, de la clase obrera, quedaría reducido al papel de furgón de cola. Este sería indudablemente un período lamentable en la vida del partido. Y este peligro *podría* adquirir, por cierto, una importancia *muy seria*, si entre nosotros hubiese propensión a la demagogia, si careciésemos por completo de normas de partido (un programa, unas normas tácticas, una experiencia organizativa), o si éstas fueran débiles e inestables. Pero tales "si" no existen [...]. Tenemos un programa firmemente instituido y oficialmente aceptado por todos los socialdemócratas y cuyas tesis cardinales no han suscitado ninguna crítica de fondo (la crítica de algunos puntos y formulaciones es algo legítimo y necesario en todo partido activo). Nuestras resoluciones sobre la táctica han sido consecuente y sistemáticamente elaboradas en el segundo y el tercer Congreso y en el trabajo de muchos años de la prensa socialdemócrata. Tenemos también cierta experiencia organizativa y una organización real, que ha desempeñado un papel educativo y ha dado innegables frutos.²¹

El partido debía abrir sus puertas del todo, incluso a los obreros religiosos, si se oponían a los patrones y al gobierno:

Tampoco son consecuentes, por supuesto, los obreros cristianos, que todavía creen en Dios, ni los intelectuales partidarios del misticismo (¡uf...!), pero no los expulsaremos, no ya del soviét, ni siquiera del partido, pues tenemos la firme convicción de que la lucha real y el trabajo común mostrarán a todos los elementos sanos la verdad del marxismo, y eliminarán todo lo inepto y estéril. Y de nuestra fuerza, de la fuerza arrolladora de los marxistas en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, no dudamos ni siquiera un instante.²²

No solo había que animar a los obreros a unirse al partido:

El proletariado urbano e industrial constituirá indefectiblemente el núcleo fundamental de nuestro Partido Obrero Socialdemócrata, mas nosotros debemos ganarnos, educar y organizar

a todos los trabajadores y explotados, como dice nuestro programa, a todos sin excepción, a los artesanos, los indigentes, las sirvientas, los vagabundos y las prostitutas, con la condición indispensable y obligatoria, por supuesto, de que sean ellos quienes se adhieran a la socialdemocracia y no a la inversa, de que sean ellos quienes adopten el punto de vista del proletariado y no éste el de aquéllos.²³

Característicamente, Lenin reiteró con vehemencia las tareas inmediatas a las que, según él, debía dedicarse el movimiento. Durante este período pedía continuamente que el partido se abriera a la masa de trabajadores: «Dije que me hubiera parecido muy bien que en nuestros comités hubiese ocho obreros por cada dos intelectuales.²⁴ Hoy sería de desear que en las nuevas organizaciones del partido, por cada miembro proveniente de la intelectualidad socialdemócrata, hubiera varios centenares de obreros socialdemócratas».²⁵

Un año más tarde, en diciembre de 1906, repetía:

Ahora, por supuesto, es necesario ensanchar el partido con la ayuda de elementos *proletarios*. Es anormal que tengamos sólo 6.000 miembros del partido en San Petersburgo (en la *gubernia* de San Petersburgo hay 81.000 obreros en fábricas de 500 o más trabajadores; y en total, hay unos 150.000 obreros); también lo es que en la Región Industrial Central tengamos sólo 20.000 miembros (donde hay 377.000 obreros en fábricas de 500 o más trabajadores; y en total, 562.000 obreros). Debemos aprender a reclutar* cinco veces y diez veces más trabajadores para el partido en esos centros.

No obstante, Lenin tuvo muchas dificultades con la gente que él mismo había organizado y entrenado: la lealtad organizativa de los

* Decimos "aprender a reclutar", porque el número de trabajadores socialdemócratas en esos centros era, sin duda, muchas veces el número de miembros del partido. Sucumbimos a la rutina, y debemos luchar contra ella. Debemos aprender a formar, donde sea necesario, *organizaciones laxas*: organizaciones *proletarias* más amplias y más accesibles. Nuestra consigna es: *¡para un Partido Obrero Socialdemócrata más grande*, y contra un no-congreso obrero del partido y un partido no-partido! (Ver Lenin, *Obras completas*, vol. 11, p. 359)

miembros de los comités, que tanto había cultivado y valorado, se había convertido en fetichismo organizativo y amenazaba con ser un lastre grave para el bolchevismo.

Y sin embargo se mueve...

A pesar de la oposición firme de los miembros de los comités, el Partido Bolchevique se expandió rápidamente tras la revolución, y su composición cambió radicalmente.

Basándonos en los informes presentados en el segundo Congreso, el número de miembros del POSDR en Rusia en 1903 no podía ser superior a unos cuantos miles, excluyendo a los miembros del Bund [...]. En el cuarto Congreso, en abril de 1906, los números habían crecido, y se estimaba que los bolcheviques contaban con 13.000 miembros y los mencheviques con 18.000. Otra estimación de octubre de 1906 indicaba 33.000 miembros para los bolcheviques y 43.000 para los mencheviques [...]. En 1907 los miembros totales habían aumentado a 150.000: 46.143 para los bolcheviques, 38.174 para los mencheviques y 25.468 para el Bund; las partes polacas y letonas del partido contaban, respectivamente, con 25.654 y 13.000 miembros.²⁶

Los bolcheviques también pasaron a ser un partido con muchas personas jóvenes, cosa que más de una vez fue favorable a Lenin para superar la resistencia conservadora al cambio dentro del partido. En 1907, la estructura por edades y por facciones de las bases era la siguiente (en porcentajes):²⁷

Edad	Bolcheviques	Mencheviques	Total
Más de 30	13	7	20
25-29	8	6	14
20-24	19	6	25
10-19	11	1	12
Total	51	20	71

Los "activistas", definidos como propagandistas, oradores públicos, agitadores o miembros de un soviét local o de un destacamento armado (socialdemócrata), no eran mucho mayores:²⁸

Edad	Bolcheviques	Mencheviques	Total
Más de 30	10	10	20
25-29	14	16	30
20-24	25	9	34
10-19	10	0	10
Total	59	35	94

Los líderes del partido bolchevique eran también bastante jóvenes. De los de 1907:

[...] los más viejos eran Krasin, Lenin y Krásilov (todos ellos con 37 años). Los más jóvenes eran Litvinov y Zemliachka (ambos con 31 años). La media de edad de los nueve líderes bolcheviques era de 34 años; la de los líderes mencheviques, de 44.²⁹

Lenin estaba contento y orgulloso de que el partido fuera joven:

Somos el partido del futuro, y el futuro pertenece a la juventud. Somos un partido de innovadores, y es siempre la juventud la que más ansiosamente sigue a los innovadores. Somos el partido que libra una lucha abnegada contra la vieja podredumbre, y la juventud es siempre la primera que emprende la lucha abnegada.

No, dejemos que sean los cadetes quienes congreguen a ancianos "cansados" de treinta años, a revolucionarios que se han "vuelto juiciosos" y a renegados de la socialdemocracia. ¡Nosotros seremos siempre el partido de la juventud de la clase avanzada!³⁰

Unos años más tarde, en una carta a Inessa Armand, escribía: «¡Los jóvenes son la única gente con quien merece la pena trabajar!».³¹

Otro factor que le ayudaría a superar la resistencia conservadora en el partido sería su composición mayoritariamente proletaria. Los resul-

tados del censo del partido de 1922, en el cual se ofrecía información sobre los miembros bolcheviques en 1905, muestran la división ocupacional siguiente:³²

	Obreros	Campesinos	Empleados en tiendas y oficinas	Otros	Total
Miembros	5.200	400	2.300	500	8.400
% del total	61,9	4,8	27,4	5,9	100

Aparecieron células del partido en montones de fábricas. Así, el informe que el Comité de San Petersburgo presentó en el tercer Congreso de los bolcheviques (mayo de 1905) contaba 17 células en las fábricas del distrito de Petersburgo, 18 en el de Viborg, 29 en el de Gorodskói, 20 en el de Nevá, y 15 círculos entre los artesanos.³³ De forma similar, en Moscú, al final del verano de 1905, los bolcheviques afirmaban tener 40 células en las fábricas.³⁴

Los hechos refutan absolutamente la idea de que el partido se componía de un puñado de intelectuales, un punto de vista prevalente entre los estudiosos antibolcheviques. Así, J. L. H. Keep ha afirmado que «el POSDR, que se profesaba un partido proletario, era en realidad una organización de intelectuales revolucionarios con un apoyo popular mínimo».³⁵ Lenin escribía, en enero de 1907, que sólo los mentirosos «pueden dudar ahora del carácter proletario y de masas del Partido socialdemócrata en Rusia».³⁶

Con el paso del tiempo, la proporción de obreros manuales aumentó considerablemente, no solo entre las bases, sino también entre los delegados a los congresos del partido. La composición social de los delegados a los cuatro congresos era como sigue:

* «Esta información se basa en la evaluación de los propios miembros, entre los cuales más de la mitad se consideraban a sí mismos "obrerros". El pequeño número de "campesinos" registrado es una prueba de que la clasificación como "campesino" que hacía el estado se refería a la posición legal al nacer, y no tanto a la profesión: la mayoría de "campesinos" dentro del movimiento (ya incluso en 1905) habían dejado las aldeas para trabajar en las fábricas». (Ver *ibid*)

Congreso	Obreros	Campesinos	Empleados en oficinas y otros	Desconocido
2º (1903)	3	0	40	8
3º (1905)	1	0	28	1
4º (1906)	36	1	108	0
5º (1907)	116	2	218	0

Probablemente, el congreso más representativo fue el quinto, en 1907, en el cual se afirmó que cada delegado representaba a 500 miembros locales del partido. La composición social de los delegados bolcheviques y mencheviques en términos de ocupación (u ocupación previa) se muestra en la siguiente tabla:³⁷

Ocupación	Bolcheviques		Mencheviques	
	Miembros	%	Miembros	%
Obreros manuales	38	36,2	30	31,9
Empleados en tiendas y oficinas	12	11,4	5	5,1
"Profesionales liberales"	13	12,4	13	13,4
Revolucionarios profesionales	18	17,1	22	22,1
Escritores	15	14,3	18	18,6
(Ninguna)	4	3,8	3	3,1
Estudiantes	5	4,8	5	5,2
Terratenientes	0	0	1	1,0
Total		105		100
				97

La tabla ocupacional muestra un alto grado de similitud entre ambas facciones [...]. Las únicas diferencias están en el grupo de empleados de tiendas y oficinas y el de trabajadores manuales, más numerosos entre los bolcheviques que entre los mencheviques, y en el grupo de los revolucionarios profesionales (ligeramente más numerosos entre los mencheviques). Esto último refuta la afirmación común de que los bolcheviques eran una facción de "revolucionarios profesionales" en contraste con los mencheviques.³⁸

En conclusión

La actitud de Lenin hacia las formas organizativas siempre fue históricamente concreta; de ahí su fuerza. Los esquemas dogmáticos o abstractos de organización nunca le sedujeron, y siempre estaba preparado para cambiar la estructura organizativa del partido para reflejar el desarrollo de la clase trabajadora.

La organización está subordinada a la política. Esto no significa que no tenga una *influencia* independiente sobre la política, pero está y debe estar subordinada a la política concreta del momento. La verdad es siempre concreta, como repetía Lenin una y otra vez; y esto se aplica también a las formas organizativas que se necesitan para llevar a cabo tareas concretas.

Lenin comprendió mejor que nadie la necesidad de una organización basada en un partido centralizado. Sin embargo, no veía tal organización como un fin en sí misma, sino más bien como una palanca para incrementar el nivel de actividad y conciencia entre las masas trabajadoras. Convertir la organización en un fetiche, someterse a ella incluso cuando impide la acción masiva, era, para Lenin, como ir en contra de sus principios. Cuando lo creyó necesario, como en 1905-07, o en 1917, él mismo recurriría a la energía de las masas para superar el conservadurismo de la maquinaria del partido.

Capítulo 9

Lenin y la insurrección armada

«Los grandes problemas en la vida de los pueblos se resuelven sólo por la fuerza.»¹

Para Lenin, la insurrección armada era el clímax de la revolución. Los pasivos mencheviques nunca comprendieron la tarea de preparar activamente una revuelta. Los viejos seguidores del *putsch* de Blanqui se limitaban a considerar los aspectos técnicos de la insurrección, separándola completamente del movimiento de masas general, de la vida diaria de las masas, de su organización y su conciencia de clase. Pero Lenin se refería una y otra vez a la insurrección como un arte que necesitaba estudio activo y ejecución, y también y sin embargo, un arte vinculado con el movimiento general de la revolución.

Marx había dicho que la revolución era la comadrona de una nueva sociedad; y el oficio de comadrona tiene unas reglas que deben estudiarse. Lenin planteaba la cuestión de la insurrección en estos términos, observando las circunstancias concretas en las que debía tener lugar. De ahí que, en diferentes períodos de su vida, sostuviera puntos de vista distintos.

En 1897 pospuso la consideración del asunto. En *Tareas de los socialdemócratas rusos*, afirmaba que:

Discurrir de antemano sobre el medio a que recurrirá esta organización para asestar un golpe definitivo al absolutismo, sobre si se preferirá, por ejemplo, la insurrección o la huelga política de masas u otra forma de ataque, se parecería al caso de generales que se reunieran en consejo militar antes de reclutar a las tropas.²

La formación de un ejército requería organización general, propaganda y agitación. En 1902, en *¿Qué hacer?*, Lenin lo planteaba como una cuestión de preparación general:

Imaginemos una insurrección popular. Ahora, es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que debemos pensar en ella y prepararnos para ella. ¿Pero *cómo* prepararnos? ¿Deberá designar el Comité Central agentes en todas las localidades para preparar la insurrección? Aunque tuviésemos un Comité Central, éste no lograría absolutamente nada con designarlos, dadas las actuales condiciones rusas. Por el contrario, una red de agentes que se formen por sí mismos en el trabajo de organización y difusión de un periódico común no tendría que “aguardar con los brazos cruzados” la consigna de la insurrección, sino que llevaría a cabo la actividad regular que en caso de insurrección le garantizaría las mayores probabilidades de éxito. Esta actividad reforzaría nuestros vínculos tanto con las grandes masas obreras como con todos los sectores descontentos con la autocracia, cosa tan importante para la insurrección. Precisamente esta actividad serviría de base para juzgar con acierto la situación política general y, por lo tanto, la capacidad de elegir el momento adecuado para la insurrección. Esta actividad acostumbraría a *todas* las organizaciones locales a hacerse eco simultáneamente de los problemas, incidentes y sucesos políticos que agitan a toda Rusia, a responder a esos “sucesos” con la mayor energía posible, del modo más unánime y conveniente posible; y la insurrección es, en el fondo, la “respuesta” más enérgica, unánime y conveniente de todo el pueblo al gobierno. Por último, acostumbraría a todas las organizaciones revolucionarias, en todos los confines de Rusia, a mantener las relaciones más constantes y a la vez más conspirativas, que crearían así la unidad *efectiva* del partido; pues sin tales relaciones es imposible discutir colectivamente un plan de insurrección ni adoptar las medidas preparatorias indispensables en vísperas de ésta, medidas que deben ser mantenidas en el secreto más riguroso.³

La tercera etapa a tener en cuenta respecto de esta cuestión llegaría en 1905. Después del Domingo Sangriento (el 9 de enero de 1905), Lenin propuso la insurrección haciendo un llamamiento directo, tanto en el periódico *Vperiod* como en el tercer Congreso de mayo de 1905. En una “Resolución sobre la insurrección armada” presentada al Congreso, afirmaba:

El tercer Congreso del POSDR reconoce que organizar al prole-

tariado para la lucha directa contra la autocracia, por medio de la insurrección armada, constituye una de las tareas más importantes e inaplazables del partido en los actuales momentos revolucionarios.

Por lo cual, el congreso encomienda a todas las organizaciones del partido:

a) explicar al proletariado, por medio de la propaganda y la agitación, no sólo la importancia política, sino también el aspecto práctico y organizativo de la insurrección armada que tenemos por delante;

b) explicar, en esta propaganda y agitación, el papel de la huelga política de masas, que puede adquirir una gran importancia al comienzo y en el transcurso de la insurrección; y

c) adoptar las medidas más enérgicas para armar al proletariado, así como para elaborar un plan de insurrección armada y de dirección inmediata de ésta, y, en la medida en que ello sea necesario, proceder a crear, con tal fin, grupos especiales de militantes del partido.⁴

La insurrección armada era la cuestión central de todas las resoluciones del tercer Congreso. Cada punto de la agenda fue discutido y decidido teniéndola en perspectiva.

Dos meses después del Congreso, en su libro *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Lenin enfatizaba de nuevo la urgencia de prepararse para la insurrección:

Es indudable que aún tenemos que trabajar muchísimo para educar y organizar a la clase obrera, pero ahora el problema consiste en saber dónde debe concentrarse, desde el punto de vista político, dicha labor de educación y organización: ¿en los sindicatos y asociaciones legales, o en la insurrección armada, en la formación de un ejército y un gobierno revolucionarios? La clase obrera se educa y organiza tanto en lo uno como en lo otro. Naturalmente, ambos aspectos son necesarios. Pero, sin embargo, en la revolución actual el problema consiste en saber dónde se concentrará la labor de educación y organización de la clase obrera: ¿en el primero o en el segundo?⁵

Un poco más tarde, afirmaba tajante: «Los grandes problemas en

la vida de los pueblos se resuelven sólo por la fuerza».⁶

En vísperas de la insurrección armada de Moscú, en diciembre de 1905, Lenin dejaba claro que una vez que se despierta en las masas el impulso revolucionario y están preparadas para actuar, el partido debe llamar a la insurrección y explicarles los pasos necesarios para que tenga éxito:

La consigna insurreccional es la consigna de la resolución del problema por medio de la fuerza material, y en la civilización europea contemporánea ésta solo puede ser la fuerza militar. No se debe presentar esta consigna mientras no hayan madurado las condiciones generales de la revolución, mientras no se hayan revelado en formas definidas la agitación y la disposición de las masas a la acción, mientras las circunstancias exteriores no hayan desembocado en una crisis evidente. Pero una vez presentada tal consigna... la suerte está echada, hay que abandonar todas las evasivas; hay que explicar franca y abiertamente a las masas cuáles son en estos momentos las condiciones prácticas de una revolución exitosa.⁷

La insurrección como un arte

Una y otra vez, sobre todo después de la lucha armada de Moscú, en diciembre de 1905, Lenin se refería a la opinión de Marx y Engels, a sus profundas afirmaciones sobre la insurrección como arte, y sobre el hecho de que la principal regla de ese arte es librar una *ofensiva* desesperadamente valiente e irrevocablemente decidida». Ponía el énfasis en la tremenda importancia de los conocimientos, la técnica y la organización militares. Los trabajadores debían aprender de las técnicas y los conocimientos de los capitalistas, y de su propia experiencia en la lucha.

En un artículo titulado "Lecciones del levantamiento de Moscú", escrito en agosto de 1906, Lenin dice:

La técnica militar ha progresado aún más en estos últimos tiempos. En la guerra japonesa apareció la granada de mano. Las fábricas de armas livianas han lanzado al mercado el fusil automático. Estas dos armas empiezan ya a emplearse con éxito en la revolu-

ción rusa, pero en una proporción que está lejos de ser suficiente. Podemos y debemos aprovechar los progresos de la técnica, enseñar a los destacamentos obreros a fabricar bombas a gran escala, ayudarlos, lo mismo que a nuestros destacamentos de combate, a proveerse de explosivos, detonadores y fusiles automáticos.⁸

Y sobre las lecciones del levantamiento de Moscú dice:

La táctica militar depende del nivel de la técnica militar, sencilla verdad que Engels demostró y se esforzó por llevar a la comprensión de todos los marxistas. La técnica militar no es hoy la misma que a mediados del siglo XIX. Sería una necedad que la muchedumbre quisiera luchar contra la artillería y querer defender las barricadas a tiros de revólver. Kautski tenía razón al escribir que ya es hora, después de Moscú, de revisar las conclusiones de Engels, y que Moscú ha hecho surgir una *nueva táctica de barricadas*. Esta táctica es la táctica de la lucha de guerrillas. La organización requerida para dicha táctica es la de unidades móviles y extraordinariamente pequeñas, unidades de diez, de tres o incluso de dos personas. Entre nosotros podemos encontrar ahora, con frecuencia, socialdemócratas que se burlan cuando se habla de unidades de cinco y de tres. Pero burlarse no es más que un medio cómodo de cerrar los ojos ante esta *nueva* cuestión de táctica y organización planteada por la lucha callejera, dada la técnica militar moderna. Estudien con atención el relato de la insurrección de Moscú, señores, y comprenderán la relación existente entre las "unidades de cinco" y la cuestión de la "nueva táctica de barricadas".

Moscú previó esta táctica, pero no la desarrolló suficientemente ni la aplicó de forma amplia, con un alcance real de masas. El número de grupos de combate voluntarios era demasiado escaso; no se dio a las masas obreras la consigna de llevar a cabo ataques audaces y ellas no la aplicaron; el carácter de los grupos guerrilleros era demasiado uniforme, sus armas y métodos resultaban inadecuados, su capacidad para dirigir a la muchedumbre apenas se había desarrollado. Debemos superar todo esto, y lo superaremos estudiando la experiencia de Moscú, difundiéndola entre las masas, y estimulando el esfuerzo creador de las mismas en el desarrollo de esta experiencia.⁹

Lenin se daba ya cuenta claramente de que la revolución no podía tener éxito sin que al menos una sección del ejército se pusiera de su parte. Esto se hizo todavía más evidente en 1917. Pero para conseguir tal cosa, hay que convencer a los soldados de que los trabajadores están dispuestos a hacerse con la victoria aun cuando vaya a costarles la vida.

Como es natural, si la revolución no adquiere un carácter de masas y no influye en las tropas, no puede hablarse de una lucha seria. No hace falta decir que debemos trabajar entre las tropas. Pero no debemos figurarnos que se pasarán a nuestro lado de golpe, como resultado de la labor de persuasión o de sus propias convicciones. La insurrección de Moscú demuestra vivamente que esta concepción es estereotipada e inerte. En realidad, la vacilación de las tropas, fenómeno inevitable en todo movimiento auténticamente popular, conduce, al agudizarse la lucha revolucionaria, a una verdadera *lucha por las tropas* [...] pero no pasaríamos de ser unos lamentables pedantes si olvidáramos que en un período de insurrección se necesita también librar una lucha física para atraer a las tropas.

Durante las jornadas de diciembre, el proletariado de Moscú nos brindó admirables enseñanzas acerca de cómo “conquistar” ideológicamente a las tropas; por ejemplo, el 8 de diciembre, en la plaza Strásnaya, cuando la muchedumbre rodeó a los cosacos, se mezcló y confraternizó con ellos y los convenció de que volviesen atrás. O el 10, en la barriada de Presnia, cuando dos jóvenes obreras, que portaban una bandera roja entre una multitud de 10.000 personas, salieron al paso de los cosacos gritando: «¡Mátennos! ¡Mientras nos quede vida no entregaremos la bandera!». Y los cosacos, llenos de confusión, se alejaron al galope, mientras la muchedumbre gritaba: «¡Vivan los cosacos!». Estos ejemplos de arrojo y heroísmo deben quedar grabados para siempre en la memoria del proletariado.¹⁰

De manera característica, Lenin no se limitó a presentar consignas generales, sino que también se ocupó de cuestiones prácticas. Se aseguró de que los escuadrones de combate no se quedaran solo en una idea teórica ni se vieran superados por la rutina. Inmediatamente después del Domingo Sangriento, tradujo al ruso un panfleto titulado *Sobre la lucha en la calle (Consejos de un general de la Comuna)* del general Gustave-

Paul Cluseret.¹¹ El general Cluseret, durante su intrépida vida, había participado, primero, en la represión de la revuelta de los trabajadores parisinos en junio de 1848. Después había estado al servicio de Garibaldi en Italia, y más tarde había luchado con el ejército del Norte en la Guerra Civil de los Estados Unidos (entonces fue cuando se convirtió en general). Finalmente se convirtió en un líder militar de la Comuna de París. Lenin también leyó todo lo que pudo sobre ciencia militar. Su favorito era Clausewitz, autor del estudio clásico *Sobre la guerra*. También releó detenidamente todo lo que habían escrito Marx y Engels sobre cuestiones militares e insurrección. Fue el único líder ruso en el exilio que reaccionó de esta manera tras el Domingo Sangriento.

Los resultados de sus estudios los divulgó, después, entre sus camaradas. Tras recibir un informe del Comité de combate del Comité de Petersburgo, que trataba sobre la organización de las preparaciones para la insurrección y proponía un esquema organizativo, Lenin escribió, el 16 de octubre de 1905, una advertencia contundente sobre el error de construir castillos en el aire e inventar proyectos:

A juzgar por los documentos, existe el peligro de que la cosa degeneren en burocratismo. Todos estos esquemas, todos estos planes de organización del Comité de combate producen una impresión de papeleo oficinesco; ruego que se me perdone por la franqueza y abrigo la esperanza de que no sospecharán en mí de un deseo de buscar fallas. En semejante empresa, lo menos conveniente son los esquemas, así como discutir y conversar sobre los derechos y funciones del Comité de combate.

Lo que se necesita, por encima de todo, es acción:

Lo que aquí hace falta es una energía endiablada, energía y más energía. ¡Veo con espanto, sí, con verdadero espanto, que se está hablando de bombas desde hace más de seis meses, y no se ha fabricado una sola! Y quienes hablan son personas de lo más instruidas [...].

Recomendaba al Comité que acudiera a los jóvenes:

¡Acudan a la juventud, señores! Este es el único procedimiento salvador. De otra manera, les aseguro que llegarán tarde (lo veo

por todos los síntomas), y se quedarán con apuntes “muy eruditos”, planes, diseños, esquemas, magníficas fórmulas, pero sin organización, sin un trabajo vivo. Acudan a la juventud.¹²

Entonces Lenin explica con detalle los pasos prácticos necesarios:

Formen *en seguida* destacamentos de combate en todas partes, entre los estudiantes *y especialmente entre los obreros*, etc., etc. Que se organicen de inmediato destacamentos de tres, diez, 30 y más hombres. Que se armen en seguida ellos mismos, con lo que tengan a su disposición, sea un revólver, un cuchillo, un trapo impregnado en queroseno para provocar incendios, etc. Que estos destacamentos elijan en seguida a sus jefes y *se pongan en contacto*, según sus posibilidades, con el Comité de combate anexo al Comité de Petersburgo. No exijan ninguna formalidad; y ¡por amor de Cristo! dejen de lado los esquemas y envíen al diablo esas discusiones sobre “funciones, derechos y privilegios” [...]. No rehúsen entrar en contacto con ningún grupo, aunque sea de tres hombres, pongan como única condición que sean de fiar en lo que hace al espionaje policial y que estén dispuestos a luchar contra el ejército zarista. Que los grupos que lo deseen entren en el POSDR, o que *se declaren afectos* al POSDR; eso sería magnífico. Pero pienso que sería totalmente erróneo *exigir* esto.

El papel de Comité de combate anexo al Comité de Petersburgo debe consistir en *ayudar* a esos destacamentos del ejército revolucionario, en servir de “buró” para el enlace, etc. Todo destacamento aceptará gustoso sus *servicios*, pero si en *esta empresa* ustedes comienzan con esquemas y con discursos acerca de los “derechos” del Comité de combate, echarán a perder todo el asunto, se lo aseguro, lo echarán a perder sin remedio.

Hay que realizar una amplia propaganda. Que cinco o diez hombres recorran en una semana *cientos* de círculos de obreros y estudiantes, que se metan en todas partes, y que por todas partes propongan un plan claro, escueto, concreto y sencillo: formen inmediatamente un destacamento, ármenlo con lo que puedan, trabajen con todas las fuerzas, nosotros les ayudaremos lo mejor que podamos, pero *no nos esperen*, actúen ustedes mismos.

Lo principal en esta empresa es la iniciativa de la gran cantidad

de pequeños grupos. Ellos lo harán todo. Sin ellos, todo su Comité de combate se queda en nada. Estoy dispuesto a medir la productividad de los esfuerzos del Comité por el número de destacamentos de esta naturaleza con los que esté en contacto. Si al cabo de uno o dos meses no hay un mínimo de 200 o 300 destacamentos dependientes del Comité de combate en Petersburgo será un comité muerto, y habrá que enterrarlo. En la actual situación de efervescencia, no reclutar a centenares de destacamentos significa permanecer al margen de la vida.

Los propagandistas deben proporcionar a cada uno de los destacamentos breves y muy sencillas fórmulas para la fabricación de bombas, deben explicarles de la manera más elemental todos los tipos de trabajo a realizar y después dejar que ellos mismos desplieguen su actividad. Los destacamentos deben comenzar *en seguida* la instrucción militar, iniciando las operaciones de inmediato. Algunos destacamentos, ya mismo, pueden dar muerte a un confidente de la policía, o provocar la voladura de una comisaría, otros el asalto a un banco para confiscar medios con destino a la insurrección, otros realizar entrenamientos o preparar planes de las distintas localidades, etc. Pero, obligatoriamente, hay que comenzar en seguida a aprender en la práctica: no teman estos ataques de prueba. Pueden, naturalmente, degenerar en extremos, pero esa es una desgracia del mañana: hoy la desgracia está en nuestra inercia, nuestro doctrinarismo, en la inmovilidad propia del intelectualismo, en el temor senil a toda iniciativa. Que cada destacamento haga su aprendizaje aunque no sea más que zurrando a los policías; decenas de nuestras bajas serán recompensadas con creces, porque darán centenares de combatientes expertos que mañana conducirán tras de sí a cientos de miles.¹³

Mientras que el punto de vista general de Lenin respecto a la insurrección armada era consistente y concreto en extremo, sus consejos técnicos eran deficientes e inadecuados para las necesidades del momento. Teniendo en cuenta las medidas que tomaron él y Leonid Krasin —el jefe bolchevique de los “grupos de combate”, cuya tarea era obtener y producir armas y prepararse para la insurrección real—, se diría que ambos asumieron que la lucha en la calle tomaría la forma de cargas masivas y escaramuzas a corta distancia, de manera que pusieron todo el énfasis en las granadas de mano y en los revólveres. Cuando la

insurrección tuvo lugar, en Moscú, aquel diciembre de 1905, estas armas de lucha a corta distancia se mostraron claramente insuficientes para hacer frente a los rifles de largo alcance y a la artillería del ejército zarista, como Lenin admitiría después sin titubeos.

En la insurrección de octubre de 1917, Lenin se equivocó también en su enfoque táctico de la situación (cuando, por ejemplo, aconsejó empezar la insurrección en Moscú en vez de hacerlo en Petrogrado). Afortunadamente, Trotski, que fue quien realmente organizó la insurrección de octubre, dio las contraórdenes necesarias para anular esos errores. En 1905, Krasin estuvo de acuerdo con el punto de vista técnico de Lenin. Desde lo alto de una montaña, los comandantes pueden ver todo el campo de batalla con claridad, pero también pueden equivocarse al interpretar qué es lo que está pasando o va a pasar realmente ahí abajo, donde luchan los combatientes.

Una insurrección puede y debería programarse

En febrero de 1905, Lenin ya afirmaba que los líderes revolucionarios no solo deberían ser capaces de decidir el momento de la insurrección, sino que debían hacerlo.

Sí es muy posible fijar de antemano una insurrección, siempre que realmente se haya preparado y que la insurrección popular sea realizable en virtud de las transformaciones *ya producidas* en las relaciones sociales. [...] ¿Se puede programar de antemano el movimiento obrero? No, no se puede, sencillamente porque este movimiento es la resultante de la combinación de mil actos diversos, provocados por la transformación de las relaciones sociales. Pero sí se puede fijar de antemano la fecha de una huelga, a pesar de que toda huelga es el resultado de una transformación operada en las relaciones sociales. ¿Cuándo puede fijarse de antemano el día de una huelga? Cuando la organización o el círculo que la convocan tienen influencia sobre las *masas* obreras involucradas y saben determinar correctamente el momento en que crecen el descontento y la irritación existentes en el seno de estas masas.¹⁴

Si una huelga necesita un liderazgo decidido, que planee y pro-

grame las acciones, tal necesidad es aún mayor en el caso de una insurrección armada. Solo un partido revolucionario realmente entregado es capaz de liderar una insurrección genuina de las masas, porque éstas saben distinguir claramente entre un liderazgo vacilante y uno decidido.

La cuestión de programar la insurrección, que ya era acuciante en febrero de 1905, sería un punto clave en 1917. Durante septiembre y octubre, Lenin imploraba, reprendía y suplicaba a los líderes bolcheviques para que decidieran la fecha de la insurrección. «El éxito, tanto de la revolución en Rusia como de la revolución mundial, depende de dos o tres días de lucha», decía.¹⁵

La extraordinaria imaginación creativa de Lenin

Las conclusiones de Lenin sobre la naturaleza de la insurrección se basaban en la limitada experiencia del levantamiento de Moscú en diciembre de 1905. Este episodio involucró a muy pocos trabajadores y tuvo una duración muy breve. Uno de los líderes de aquel momento escribe en sus memorias: «El número de combatientes armados era más o menos de varios centenares. La mayoría solo tenían revólveres poco fiables, pero algunos tenían máuseres y rifles Winchester, armas lo bastante poderosas para la lucha en las calles». Otro líder importante hacía la siguiente valoración:

«Cuántos combatientes había en Moscú, me preguntarás. Haciendo una estimación muy aproximada, y según la información que estaba a mi alcance, había unos 700-800 miembros de escuadrones de combate armados con revólveres. En el distrito del ferrocarril no había más de 100, en Presnia, Jamónniki y Butirki, incluyendo los que habíamos heredado, pero sin contar la escuadra Schmidt, el número era de 180 o 200; los datos incluyen los "bulldogs" y revólveres que se tomaron de la policía y los fusiles de doble cañón recibidos de la población.¹⁶

Otro participante importante en la insurrección estimaba el número de combatientes en 2.000.¹⁷

Y si contamos todos aquellos que estaban al servicio del movi-

miento haciendo reconocimientos del terreno, los “zapadores” revolucionarios y el personal de las ambulancias (oficio peligroso por aquel entonces, ya que las tropas de Dubasov se cebaban especialmente con todos los que ayudaban a los heridos), tendremos una cifra que se aproxima mucho a los 8.000 que citaba Lenin en su discurso durante la celebración del decimosegundo aniversario de nuestra primera revolución.¹⁸

Las primeras barricadas se levantaron el 9 de diciembre, y la última resistencia fue reprimida por el regimiento Semionovski ocho días después, en el distrito de Presnia. Del fracaso de esa insurrección, Lenin sacó unas conclusiones, mientras que Plejánov, a la derecha extrema de los mencheviques, sacaba las conclusiones opuestas:

«La huelga política iniciada inoportunamente», dice el camarada Plejánov, «condujo en Moscú, en Rostov, etc., a la insurrección armada. Las fuerzas del proletariado resultaron ser insuficientes para lograr la victoria. No era difícil prever esta circunstancia. Por lo tanto, no se debió haber tomado las armas». La tarea práctica de los elementos conscientes del movimiento obrero «consiste en señalar su error al proletariado y explicarle qué riesgo es el juego llamado de la insurrección armada». «Debemos valorar el apoyo de los partidos de oposición no proletarios y no apartarlos de nosotros con actitudes carentes de tacto».¹⁹

En contraste con su autocomplacencia y su pasividad, la reacción de Lenin fue la de realizar una autocrítica del liderazgo, y la de llamar a una *actitud más activa* con respecto a la revuelta armada:

El proletariado sintió antes que sus dirigentes el cambio en las condiciones objetivas de lucha y la necesidad de pasar de la huelga a la insurrección. Como siempre sucede, la práctica adelantó a la teoría. La huelga pacífica y las manifestaciones dejaron de satisfacer en seguida a los obreros, que se preguntaban: ¿qué hacer ahora?, y exigían acciones más resueltas. La indicación de levantar barricadas llegó a los distritos con enorme retraso, cuando ya se levantaban en el centro de la ciudad. Los obreros en masa se pusieron a levantarlas, pero *esto tampoco les satisfacía*; querían saber: ¿qué hacer ahora?, y exigían medidas activas. Nosotros, dirigentes

del Partido socialdemócrata, nos comportamos en diciembre como aquel jefe militar que tenía dispuestas a sus tropas de un modo tan absurdo que la mayor parte de ellas no participaban activamente en la batalla. Las masas obreras exigían instrucciones para realizar acciones resueltas y no las recibían.

Así, pues, nada podía ser menos perspicaz que la opinión de Plejánov, que hacen suya todos los oportunistas, de que la huelga era inoportuna y no debía haberse iniciado, de que «no se debió empuñar las armas». Por el contrario, tuvimos que haberlas empuñado más decididamente, con mayor energía y combatividad; se debió explicar a las masas que era imposible limitarse a una huelga pacífica y que era necesaria una lucha armada intrépida e implacable.²⁰

En conclusión

En lo que concierne a su actitud práctica y decidida respecto de la insurrección armada, el bolchevismo era radicalmente distinto al menchevismo. En un momento tan temprano como marzo de 1904, en un ataque contra el bolchevique *Vperiod*, Mártov había afirmado en un editorial que la socialdemocracia puede “preparar una insurrección” solamente en un sentido: preparando a sus propias fuerzas para un levantamiento potencial de las masas. La parte técnica de esta preparación, por muy importante que sea, debe subordinarse a la parte política. Y la preparación política de nuestro partido y de todo el proletariado consciente para esta insurrección totalmente factible debe incluirse, una vez más, en la profundización y la extensión de la agitación, en la consolidación y el desarrollo de la organización de todos los elementos revolucionarios del proletariado.²¹ La respuesta de Lenin a Mártov fue que «separar el aspecto “técnico” del aspecto político de la revolución constituye el mayor de los absurdos».²²

En 1907, en el quinto Congreso del Partido, en Londres, Mártov mostró más claramente su idea del papel pasivo del partido en la insurrección armada. «Un partido socialdemócrata puede tomar parte en una insurrección armada, puede llamar al levantamiento de las masas [...] pero no puede *preparar* una insurrección si quiere permanecer fiel a su programa de no convertirse en un partido de “putschistas”».²³

Lenin hablaba con mucho desprecio de la fórmula de Mártov de «armar a la gente con un deseo ferviente de armarse». En el primer ar-

título que escribió después de enterarse de lo ocurrido durante el Domingo Sangriento, Lenin decía: «Armar al pueblo debe ser una tarea inmediata». La cuestión de la insurrección armada estaba indisolublemente unida al objetivo de los revolucionarios: ¿era su objetivo hacerse con el poder, o no lo era? Como dijo Lenin: «No se puede luchar si uno no se propone capturar la finalidad por la cual se lucha [...]».²⁴

Es imposible librar una guerra consistentemente si se rechaza la posibilidad de la victoria. Los mencheviques creían que la revolución rusa llevaría a los burgueses liberales al poder. De ahí provenía su actitud pasiva y titubeante ante la insurrección. Los bolcheviques querían tomar el poder; de ahí su enfoque práctico, decisivo y tenaz del arte de la insurrección.

Los hechos de octubre de 1917 supondrían la prueba crucial de las ideas de Lenin sobre la interrelación del movimiento de masas y la insurrección armada organizada. Para conseguir un equilibrio adecuado entre el liderazgo político y la planificación técnica en una insurrección armada, hay que prepararla con suma cautela y ejecutarla con arrojo. Una situación revolucionaria es breve, y los ánimos de las masas cambian muy rápidamente durante esos días de conmoción. El partido revolucionario debe decidir el día exacto y la manera exacta de llevar a cabo la insurrección, porque se trata de una cuestión de vida o muerte para la clase trabajadora.

La precisión de Lenin cuando se trataba de prever la naturaleza de la insurrección armada se demuestra con la cita siguiente. Uno podría fácilmente convencerse de que, en vez de tener fecha de agosto de 1906, se trata de un escrito de 1917:

Recordemos que se avecina una gran lucha de masas. Será una insurrección armada. En la medida de lo posible, deberá estallar a la vez en todas partes. Las masas deben saber que emprenden una lucha armada, sangrienta y encarnizada. El desprecio a la muerte, que debe difundirse entre ellas, ha de asegurar la victoria. La arremetida contra el enemigo debe ser lo más vigorosa posible; el ataque, no la defensa, debe ser la consigna de las masas; el exterminio implacable del enemigo, su cometido; la organización del combate debe ser ágil y flexible; los elementos vacilantes de las tropas se verán arrastrados a la participación activa. Y en esta trascendental lucha el partido del proletariado con conciencia de clase debe cumplir plenamente con su deber.²⁵

Capítulo 10

La lucha por un gobierno provisional revolucionario

La postura de bolcheviques y mencheviques ante el gobierno nacido de la Revolución

Los mencheviques, que iban tras la estela de la burguesía liberal, creían que el objetivo de la revolución era que los burgueses obtuvieran la victoria y encabezaran un gobierno revolucionario. La conferencia que celebraron en Ginebra, entre abril y mayo de 1905, aprobó una resolución "Sobre cómo conquistar el poder y participar en el Gobierno Provisional", que declaraba que la revolución, al ser burguesa, tendría como resultado un gobierno provisional que estaría obligado:

[...] no solo a seguir avanzando en la revolución, sino también a enfrentarse a todos aquellos factores en ella que amenazarán los fundamentos del sistema capitalista.

De ahí que la socialdemocracia deba luchar para preservar, a lo largo de la revolución, la posición que mejor le permita impulsarla, aquella que no la frene oponiéndose a las políticas inconsistentes y egoístas de los partidos burgueses, y que evite su disolución en la democracia burguesa. Por lo tanto, la socialdemocracia no debe tener el objetivo de hacerse con el poder en el gobierno provisional o de compartirlo, sino de seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema.

Siguiendo este argumento hasta su conclusión lógica, una conferencia menchevique en el Cáucaso afirmaba:

La Conferencia cree que la formación de un gobierno provisional por parte de los socialdemócratas, o su participación en un gobierno de esas características, conllevaría, por un lado, el descontento de las masas proletarias y su salida del Partido socialde-

mócrata, porque los socialdemócratas, a pesar de haber tomado el poder, serían incapaces de satisfacer las necesidades urgentes de la clase trabajadora, incluida la de instaurar el socialismo [...], y, por otro lado, *provocaría la capitulación de las clases burguesas, disminuyendo el alcance de la revolución.*¹

Contra tales ideas, Lenin decía que no se puede hacer una revolución sin aspirar a tomar el poder del estado.

Para realizar el programa mínimo de la socialdemocracia se necesitaba una dictadura revolucionaria. En su panfleto *La socialdemocracia y el gobierno provisional revolucionario*, escrito entre marzo y abril de 1905, Lenin afirmaba que:

[...] renunciar a la idea de la dictadura revolucionaria democrática, en el período de derrocamiento del absolutismo, equivale a renunciar a la realización de nuestro programa mínimo. Basta con pensar, en efecto, en todas las transformaciones económicas y políticas planteadas en este programa, en reivindicaciones como las de la república, el armamento del pueblo, la separación de la Iglesia y el Estado, las plenas libertades democráticas y las reformas económicas decisivas. ¿Acaso no es evidente que la implantación de estas reformas, sobre la base del régimen burgués, no es concebible sin la dictadura revolucionaria democrática de las clases inferiores?²

En su libro *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, escrito entre junio y julio de 1905, profundizaría en esa misma idea:

[...] la fuerza capaz de obtener «la victoria decisiva sobre el zarismo» sólo puede ser *el pueblo*, es decir, el proletariado y los campesinos... «La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo» es *la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado.*

Éste era el objetivo de la revolución. Y continuaba:

Y esa victoria será, precisamente, una dictadura: es decir, deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza de las armas, en las masas

armadas, en la insurrección, y no en instituciones creadas “por la vía legal”, “por la vía pacífica”. Sólo puede ser una dictadura, porque la implantación de los cambios inmediata y absolutamente necesarios para el proletariado y el campesinado provocará una enconada resistencia de los terratenientes, la gran burguesía y el zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esa resistencia y rechazar los intentos contrarrevolucionarios.³

A las ideas que se habían planteado en la conferencia de Ginebra, citadas antes, Lenin replicaba:

Figúrense: ¡no participar en el gobierno provisional porque eso obligaría a la burguesía a volver la espalda a la revolución, con lo cual disminuiría su alcance! Aquí tenemos, pues, ante nosotros, expuesta por entero, de forma pura y coherente, esa filosofía de la nueva *Iskra* según la cual, puesto que la revolución es burguesa, debemos inclinarnos ante la ramplonería burguesa y cederle la acera. Si nos dejamos guiar, siquiera parcialmente, siquiera un minuto, por la consideración de que nuestra participación puede obligar a la burguesía a dar la espalda a la revolución, cedemos totalmente la hegemonía en la revolución a las clases burguesas. De esta manera sometemos al proletariado a la tutela de la burguesía (¡¡reservándonos la plena “libertad de crítica”!), y lo forzamos a ser moderado y dócil para evitar que la burguesía vuelva la espalda.⁴

Consenso entre bolcheviques y mencheviques respecto de la naturaleza burguesa de la revolución

Los bolcheviques y los mencheviques discrepaban acerca del tipo de gobierno que se desarrollaría después de la revolución. Los bolcheviques llamaban a una dictadura democrática de trabajadores y campesinos, mientras que los mencheviques preferían que fuese un gobierno burgués. Pero en un punto ambas facciones de la socialdemocracia rusa estaban de acuerdo: en el hecho de que la revolución que se aproximaba sería una revolución *burguesa*. Con esto querían decir que surgiría de un conflicto entre las fuerzas productivas del capitalismo, por un lado, y por el otro la autocracia, los grandes terratenientes y otras reliquias feudales.

Que tal era el punto de vista menchevique no hace falta repetirlo. Pero que Lenin, en ese momento, compartía su opinión y la compartió durante muchos años, necesita aclararse, especialmente teniendo en cuenta la victoria real de la Revolución de Octubre, que fue mucho más allá de los límites de una revolución burguesa.

En *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Lenin decía lo siguiente de la futura revolución rusa:

En el mejor de los casos, podrá llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente y completarla hasta llegar a la república, desarraigar, no sólo de la vida del campo sino también del régimen de la fábrica, todas las características de la bárbara opresión feudal, iniciar un auténtico mejoramiento en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida y, finalmente —el último, pero no el menos importante—, extender la hoguera revolucionaria a Europa. Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa en socialista; la revolución democrática no sobrepasará inmediatamente el marco de las relaciones económico-sociales burguesas.⁵

Y una vez más: «Esta revolución democrática en Rusia no debilitará, sino que fortalecerá la dominación de la burguesía».⁶

Teniendo en cuenta el atraso ruso y la pequeñez de su clase trabajadora, Lenin rechazaba:

[...] las absurdas ideas semianarquistas de realizar en seguida el programa máximo y de conquistar el poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la anterior), hacen imposible la inmediata y absoluta liberación de la clase obrera. Sólo la gente más ignorante puede no tener en cuenta el carácter burgués de la clase democrática que se está desarrollando. [...] Quien desee llegar al socialismo por otro camino que no sea el de la democracia política, formulará inevitablemente conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político.⁷

Además, «nosotros, los marxistas, debemos saber que no hay, ni puede haber otro camino hacia la verdadera libertad del proletariado y los campesinos que el que pasa a través de la libertad y el progreso burgueses».⁸

En el mismo libro, Lenin deja muy claro que el programa de la revolución debería limitarse a las reformas dentro del marco capitalista:

El programa de acción de ese gobierno, de modo que corresponda a las condiciones objetivas del período histórico que estamos atravesando y a los fines de la democracia proletaria. Dicho programa es *todo* el programa mínimo de nuestro partido, el programa de las transformaciones políticas y económicas inmediatas [...] completamente realizables sobre la base de las relaciones económico-sociales existentes.⁹

Lenin no cambiaría de opinión hasta después de la revolución de febrero de 1917. En *La guerra y la socialdemocracia rusa* (escrito en septiembre de 1914), por ejemplo, todavía sostenía que la revolución rusa debía limitarse a «las tres condiciones fundamentales de una transformación democrática consecuente: república democrática (con plena igualdad de derechos y autodeterminación para todas las naciones), confiscación de las tierras de los terratenientes y jornada de ocho horas».¹⁰

Además, todos los escritos de Lenin hasta 1917 dejan clara la idea de que él anticipaba que pasaría un cierto tiempo entre la inminente revolución burguesa y la revolución proletaria y socialista. Su manera de tratar la cuestión agraria, como veremos en el capítulo 11, es ilustrativa al respecto. La nacionalización de las tierras, insistía, era una demanda capitalista, no socialista, si bien es cierto que, al abrir el camino para el desarrollo capitalista, conduciría a un rápido incremento en el número de trabajadores y al auge de la lucha de clases. Haría posible el «desarrollo capitalista a la americana», es decir, el desarrollo liberado de cualquier rastro de feudalismo. La abolición de la propiedad privada de la tierra era lo máximo que se podía conseguir en una sociedad burguesa para eliminar todos los obstáculos a la libre inversión del capital en tierras y para conseguir el libre movimiento del capital de una rama de la producción a otra. «La nacionalización permite demoler en grado máximo *todas* las barreras de la propiedad agraria y “limpiar” toda la

tierra para el *nuevo sistema de economía*, que responde a las exigencias del capitalismo». ¹¹

Podemos ver claramente que, si Lenin hubiera previsto que la revolución burguesa evolucionaría hasta llegar a una revolución socialista, no habría tenido ninguna razón para enfatizar este tipo de argumentos a favor de la nacionalización de la tierra.

Trotsky

Trotsky, como Lenin, estaba convencido de que la burguesía liberal no podía llevar a cabo ningún esfuerzo revolucionario de manera consistente, y sobre todo, creía que la revolución agraria, un elemento fundamental en la revolución burguesa, solo podía llevarse a cabo a través de una alianza de la clase trabajadora y el campesinado. «La cuestión agraria en Rusia es un peso enorme, atado a los pies del capitalismo, un apoyo y al mismo tiempo la dificultad principal para el partido revolucionario, el obstáculo mayor para el liberalismo, un *memento mori* para la contrarrevolución». ¹² Trotsky, sin embargo, discrepaba fundamentalmente de Lenin respecto de la naturaleza de la inminente revolución rusa.

En todas las revoluciones, desde la Reforma alemana, los campesinos habían apoyado a una u otra facción de la burguesía, pero en Rusia, la fuerza de la clase trabajadora y el conservadurismo de los burgueses forzarían a los campesinos a apoyar al proletariado revolucionario. Aunque durante la revolución se forjaría una alianza entre los trabajadores y la mayoría de los campesinos contra el zar y los grandes terratenientes, el gobierno subsiguiente no sería una coalición de dos fuerzas independientes, sino que sería el proletariado quien tomaría el control. Sin dejar lugar a dudas, Trotsky decía que la revolución no podía, por lo tanto, limitarse a llevar adelante los objetivos de la burguesía democrática, sino que debía proceder inmediatamente a impulsar medidas proletarias socialistas:

Con el crecimiento del capitalismo, el proletariado crece y se hace más fuerte. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es también el desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder llegará a las manos de la clase trabajadora depende directamente no del nivel alcanzado por las fuerzas productivas, sino de las relaciones en la lucha de clases, en la situación

internacional, y, finalmente, en ciertos factores subjetivos: las tradiciones, la iniciativa y la disposición a luchar de los trabajadores [...]. Imaginar que la dictadura del proletariado es, de alguna manera, automáticamente dependiente del desarrollo técnico y de los recursos de un país es un prejuicio de materialismo "económico" simplificado hasta el absurdo. Este punto de vista no tiene nada que ver con el marxismo.

Según nuestra opinión, la revolución rusa creará las condiciones en que el poder podrá pasar a las manos de los trabajadores —y en el caso de que la revolución sea victoriosa, deberá ser así—, antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de desplegar completamente su talento para gobernar. ¹³

En el caso de una victoria decisiva de la revolución, el poder pasará a las manos de la clase que haya liderado la lucha. En otras palabras, a las manos del proletariado. ¹⁴

El proletariado en el poder se erguirá ante los campesinos como la clase que los ha emancipado. ¹⁵

Pero, ¿no es posible que el campesinado desplace al proletariado y ocupe su lugar? Eso es imposible. Toda la experiencia histórica protesta ante tal asunción. La experiencia histórica demuestra que los campesinos son absolutamente incapaces de desempeñar un papel político independiente. La historia del capitalismo es la historia de la subordinación del campo a la ciudad. ¹⁶

La dominación política del proletariado es incompatible con su esclavización económica. Sin importar bajo qué estandarte político ha llegado al poder, está obligado a tomar el camino de la política socialista. Sería la mayor utopía creer que el proletariado, habiendo llegado a la dominación política por el mecanismo interno de una revolución burguesa, podría, incluso deseándolo, limitar su misión a la creación de unas condiciones republicano-democráticas para la dominación social de la burguesía [...]. La barrera entre el programa "mínimo" y el "máximo" desaparece inmediatamente cuando el proletariado llega al poder. ¹⁷

Había otro elemento importante en la teoría de la revolución permanente de Trotsky, es decir, el carácter internacional de la revolución rusa que se acercaba. Él creía que empezaría a escala nacional, pero solo podría completarse con la victoria de la revolución en los países más desarrollados:

Pero, ¿hasta qué grado pueden aplicarse las medidas socialistas de la clase trabajadora en las condiciones económicas de Rusia? Podemos afirmar una cosa con certeza: que mucho antes se encontrarán con obstáculos políticos que tropezarán con el atraso técnico del país. *Sin el apoyo directo estatal del proletariado europeo, la clase trabajadora de Rusia no podrá permanecer en el poder y convertir su dominación temporal en una dictadura socialista duradera.* De esto no puede haber la menor duda. Pero por otro lado, no puede haber la menor duda de que una revolución socialista en Occidente nos permitiría convertir directamente la dominación temporal de la clase trabajadora en una dictadura socialista.*¹⁸

No hay duda de que la perspectiva de Trotski sobre la revolución rusa demostró, en 1917, ser totalmente correcta. Acertó no solo con los mencheviques, sino también en cuanto a la opinión de Lenin en 1905-06, sobre una dictadura democrática de trabajadores y campesinos. Sin embargo, a pesar de su claridad de ideas sobre los acontecimientos futuros, Trotski erró completamente al juzgar las posibilidades concretas del bolchevismo frente al menchevismo. Desde un punto de vista abstracto, los bolcheviques, que sostenían que la revolución rusa era burguesa, estaban tan equivocados como los mencheviques. Según él, ambas facciones estaban destinadas a ser obstáculos en el camino de los revolucionarios. Así lo escribía en 1909, en un artículo titulado "Nuestras diferencias", que se publicó en el periódico marxista polaco de Rosa Luxemburg, *Przeгляд social-demokratyczny*.

Por una parte, los mencheviques, partiendo de una concepción abstracta («Nuestra revolución es burguesa»), llegan a la idea de adaptar toda la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta la toma del poder por ésta; por otra, los bol-

* Este aspecto de la teoría de Trotski era un desarrollo del análisis que Marx hizo de la Revolución alemana de 1848. Incluso antes de la revolución, el *Manifiesto comunista* había predicho que a causa de las «condiciones avanzadas» y del «proletariado desarrollado» de Alemania, «la revolución burguesa alemana» sería «solo el prelude de una revolución proletaria que la seguiría de manera inmediata». Después de la derrota de 1848, Marx afirmó que, ante la incapacidad de los burgueses de llevar a cabo la revolución antifeudal, la clase trabajadora debía luchar para convertir la revolución burguesa en una revolución proletaria, y la revolución nacional en una revolución internacional.

cheviques, partiendo de una concepción no menos abstracta («Dictadura democrática pero no socialista»), concluyen que el proletariado en el poder debe autolimitarse y quedarse en un régimen de democracia burguesa. Es cierto que entre mencheviques y bolcheviques hay una diferencia esencial: mientras los aspectos antirrevolucionarios de la doctrina menchevique se manifiestan ya con toda claridad, lo que pueda haber de antirrevolucionario en las ideas bolcheviques no nos amenazaría más que en el caso de una victoria revolucionaria.¹⁹

Pero Trotski se equivocaba con respecto a Lenin, cuyo punto de vista, en 1905, tal como se dice arriba, no solo incluía el hecho de *limitar* la revolución a los aspectos democráticos burgueses, sino también su dinámica interna de acción independiente de la clase trabajadora. Y cuando el bolchevismo fue puesto a prueba en 1917, después de una lucha interna logró despojarse de su cáscara de democracia burguesa. Lenin descubrió que un ejército revolucionario con un programa limitado puede superar los límites del programa siempre y cuando sea auténticamente revolucionario, y hegemónico en su lucha. *On s'engage, et puis... on voit**.

En la posición de Lenin respecto a las posibilidades de la revolución rusa, había una contradicción entre las tareas de democracia burguesa de la revolución y su liderazgo por parte del proletariado. El primer elemento no distingue entre bolchevismo y menchevismo, mientras que el segundo lo hace de una manera fundamental.

Los bolcheviques sostenían que correspondía al proletariado el papel de *dirigente* en la revolución democrática. Los mencheviques reducían su papel al de una «oposición extrema». Los bolcheviques determinaron positivamente el carácter y significado de clase de la revolución al decir que la revolución victoriosa es «la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado». Los mencheviques interpretaron siempre tan erróneamente el concepto de revolución burguesa, que terminaron por aceptar que el proletariado desempeñase en la revolución un papel subordinado y dependiente de la burguesía.²⁰ Los socialdemócratas [...] sólo cuentan, plena y exclusivamente,

* «Uno se compromete, y después... ya verá». (N. de la T.)

con la actividad, la conciencia de clase y la organización del proletariado, con su influencia sobre la masa de los trabajadores y explotados.²¹

Desde el punto de vista proletario, la hegemonía, en una guerra, es para quien lucha con más energía, quien nunca pierde la oportunidad de asestar un golpe al enemigo, quien siempre acompaña las palabras con los hechos adecuados, quien, por lo tanto, es el líder ideológico de las fuerzas democráticas y critica las políticas de compromiso de todo tipo.²²

De la independencia y la hegemonía del proletariado en la revolución burguesa solo hay que hacer otro paso para llegar a la idea de Lenin de que, en el proceso de la revolución, el proletariado puede *sobrepasar* las limitaciones de la democracia burguesa: «De la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con conciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad del camino».²³

En resumen, Lenin plantea dos respuestas a la cuestión de qué sucede después de la victoria de la revolución. La primera, que hallamos básicamente en *Dos tácticas* y sus escritos de 1905-07, es que habrá un período de desarrollo capitalista. La segunda puede sintetizarse como: dejarnos tomar el poder, y después ya veremos.

Trotsky malinterpretó la postura de Lenin porque no la contempló dialécticamente. Uno debe tener en cuenta las fuerzas dinámicas en las que confiaba Lenin, al mismo tiempo que les daba forma: la lucha del proletariado contra el zarismo y contra sus cómplices, los burgueses liberales; la lucha proletaria como punta de flecha del campesinado; el liderazgo proletario de una insurrección armada; el partido marxista en lucha por la conquista del poder, etc. En esta álgebra de la revolución, el valor real del elemento desconocido o dudoso en la ecuación de Lenin —cuán lejos llegaría la revolución más allá del programa mínimo— se decidiría en gran medida en la dinámica de la misma lucha.

Sobre todo, la gran capacidad de Trotsky para la generalización gráfica y abstracta acabó por inducirle al error. Se equivocó al pensar que los méritos del bolchevismo estaban solamente en los diferentes programas, pues también estaban en las personas, agrupadas, organizadas y entrenadas, que había detrás de ellos. De manera que en todo su libro sobre la historia de la Revolución de 1905, no se puede encontrar ni

una sola mención de los bolcheviques ni de Lenin. Mucho después admitiría:

Dado que estuvo fuera de ambas facciones durante el período de la emigración, el autor no pudo apreciar plenamente la circunstancia vital de que en realidad, en la línea de desacuerdo entre bolcheviques y mencheviques, se estaban agrupando revolucionarios inflexibles en un bando y, en el otro, elementos que se iban volviendo más y más oportunistas y acomodados.²⁴

Cabe recordar que, además de los malentendidos entre Trotsky y Lenin, el propio Lenin probablemente no leyó *Resultados y perspectivas* hasta 1919. La primera edición de 1906 fue confiscada por la policía. Sí que es cierto que un par de veces se había referido a la obra, pero el hecho de que nunca citara fragmentos de la misma —cuando su costumbre era citar abundantemente en sus escritos— parece apuntar que no la leyó hasta que apareció la segunda edición.

En resumen, podemos decir que la fórmula abstracta, algebraica de Lenin sobre la dictadura democrática se tradujo, en la vida real, al lenguaje de la aritmética, y que las conclusiones a las que llegó eran el resultado de la suma total de la actividad del Partido Bolchevique en su liderazgo de la clase trabajadora.

Capítulo 11

La rebelión de los múzhiks

Los campesinos entran en la arena política

Las luchas decisivas de la revolución tuvieron lugar en las ciudades, pero se siguieron de levantamientos generalizados de la población rural. Tras la primavera de 1905, las luchas campesinas se desarrollaron extensamente por el campo. Los campesinos tomaban la tierra de los propietarios, saqueaban sus fincas y se llevaban el grano y el ganado. Un historiador describía así el movimiento:

Al sur de Moscú, en lo más profundo de la región de tierra negra*, se extiende la *gubernia*** de Kursk, y fue allí donde empezaron los primeros disturbios agrarios del período revolucionario. Durante la noche del 6 de febrero de 1905 hubo una gran agitación en la aldea de Jolzovki, muchos pasos y chasquidos en la carretera que llevaba a la finca de un tal Popov, mucha madera cortada y mucho estrépito en sus bosques, y después, crujidos más fuertes que volvían por la carretera a la aldea. Cuando aparecieron los guardias era demasiado tarde; los campesinos habían cortado ya grandes cantidades de leña y ahora ofrecían «resistencia armada a la policía», aunque la crónica no menciona como acabó aquello. De Jolzovki, los altercados se extendieron a las comunas vecinas, como siguiendo un plan previamente acordado, según el Departamento de policía. Al atardecer, los campesinos esperaban la orden para ponerse en camino. Entonces, en algún lugar del horizonte aparecía un fuego a modo de señal, y con gran estrépito

* En ruso *chiernozióm*, tierra muy fértil con un alto contenido en humus, fosfatos y otros nutrientes. (N. de la T.)

** Subdivisión administrativa utilizada durante la época de la Rusia imperial, que podría traducirse como "provincia". (N. de la T.)

y una atronadora descarga de las armas, los campesinos se ponían en marcha ruidosamente por la carretera que les llevaría a alguna finca, previamente seleccionada para el pillaje de aquella noche. Se llevaban todo lo que podían transportar en sus carretas y después volvían a casa. El distrito se llenó de destacamentos de soldados, pero los desórdenes se extendieron a cuatro *uezds* o condados más antes de que pudieran ponerles fin.¹

Durante el verano de 1905 hubo levantamientos campesinos en 60 distritos de 27 provincias. En los últimos tres meses del año, ocurrieron en 300 distritos de 47 provincias.²

Fue en la miserable región central donde el movimiento campesino fue más violento. La devastación pasó por todas estas provincias como un ciclón. En el mediodía se recurrió principalmente a las huelgas y al boicot de las explotaciones. Finalmente, en el norte, donde el movimiento fue más débil, sobre todo se cortó madera para calefacción. Allí donde la revuelta económica tomaba un carácter político radical, los campesinos se negaban a reconocer los poderes administrativos y a pagar los impuestos.³

Pero los acontecimientos más tumultuosos tuvieron lugar a fines de 1905 en la provincia de Sarátov. En los pueblos a los que se extendió el movimiento, ningún campesino guardó una actitud pasiva. Todos se levantaron. Se expulsaba a los propietarios y sus familias de sus casas; todos los bienes muebles se repartían, el ganado se llevaba afuera, se pagaba a los obreros y servidores y, como conclusión, "el gallo rojo" —el incendio— desplegó sus alas sobre la hacienda. A la cabeza de las "columnas" campesinas que marchaban al ataque había compañías armadas. Los suboficiales de la Gendarmería y los guardias se escondían; en algunos lugares eran detenidos. Se quemaban las edificaciones del propietario para impedirle volver más tarde a sus dominios. Pero no había violencia.⁴

Las revueltas campesinas continuaron por toda Rusia desde el otoño de 1905 hasta el otoño de 1906. Su objetivo era deshacerse de las relaciones de propiedad y producción heredadas del feudalismo. El problema agrario había dominado la vida nacional rusa durante déca-

das, y las revueltas campesinas se habían repetido una y otra vez por un largo período. De hecho, hacía mucho tiempo que existía un movimiento campesino revolucionario de larga tradición y con una influencia muy amplia.

Hay que tener en cuenta que los campesinos no eran una clase homogénea, sino un grupo social diferenciado en clases contradictorias: los campesinos ricos o kúlaks; los campesinos medios; y por último, los campesinos pobres y los trabajadores agrícolas.

En 1905, Lenin recopiló, en la tabla siguiente, estas divisiones de clase de la población agrícola rusa en la zona de la Rusia europea.⁵

Grupo	Número de propiedades (millones)	Área total de tierra (millones de desiatinas)	Media de desiatinas / propiedad
a) Campesinos arruinados por la explotación feudal	10,5	75	7
b) Campesinos medios	1	15	15
c) Burguesía campesina y propietarios capitalistas	1,5	70	46,7
d) Latifundios feudales	0,03	70	2.333
Total	13,03	230	17,6
No clasificados por propiedades	—	50	—
Suma total	13,03	280	21,4

Esta división básica de la tierra entre unos pocos grandes terratenientes en un extremo y las masas de campesinos pobres en el otro (unas 330 familias campesinas pobres por cada gran terrateniente) era la razón del terrible atraso técnico agrícola, la situación de opresión y miseria de la masa de campesinos y las infinitas variedades de explotación a través de la corvea.

En el sistema agrícola regido por la corvea se asignaba una parcela de tierra al campesino, y con ello, el terrateniente podía disponer de mano de obra, herramientas y ganado a muy bajo coste. El sistema estaba muy extendido sobre todos en las *gubernias* de la Rusia europea, el corazón agrícola de Rusia. El rasgo principal del sistema era el trabajo arrendado, que, en una de sus formas, consistía en hacer un prepagó al campesino durante el invierno por el trabajo que realizaría el verano siguiente. En invierno, los campesinos tenían una necesidad imperiosa de dinero y se veían obligados a aceptar condiciones abusivas. Otra forma de trabajo arrendado era el "servicio de trabajo compuesto", en el cual los campesinos se comprometían, a cambio de dinero o de la tierra que se les arrendaba, a labrar una desiatina de las cosechas de primavera del terrateniente, una desiatina de las de invierno, y a veces también una desiatina de prados, todo ello con sus propias herramientas y caballos.

Las tierras "recortadas" (*otrezki*), un agravio mayor para los campesinos, se utilizaban para explotarles de una forma similar. Estas tierras, que los terratenientes habían robado durante la "emancipación" de los siervos en 1861, constituían más o menos una quinta parte de las tierras que en origen eran de los campesinos. Además, la tierra que se les había arrebatado era la de más calidad: les despojaron de los prados y pastos y del acceso a los bosques y los ríos. También se exigía al campesino que pagara por la parcela de tierra arrendada. Podía pagar ofreciendo su trabajo al terrateniente o haciendo un pago monetario que excedía considerablemente el valor de la parcela (a veces hasta en un 50-75 por ciento). El campesino podía poner fin a su compromiso con un "pago de amortización" que también estaba por encima del valor de mercado de la tierra. En 1905, los terratenientes habían adquirido 1.900 millones de rublos en pagos de amortización e intereses, lo cual, si tenemos en cuenta la devaluación del rublo en los 44 años anteriores, suponía una cifra tres veces superior al valor de mercado de la tierra. La necesidad de trabajar para librarse de esos compromisos dejaba a los campesinos atrapados bajo el yugo de los terratenientes. Para mayor

insulto, muchos campesinos tenían que trabajar en las tierras "recortadas".

Las parcelas que se arrendaban a los campesinos eran pequeños terrenos, normalmente una serie de franjas con tierra de la peor calidad. La tierra más rica pertenecía a los terratenientes desde 1861, y la que quedaba estaba agotada.

Las cadenas de esta esclavitud se reforzaron al instituir la *comuna* aldeana. De esta forma se imponía el uso comunal de la tierra, caracterizado por una rotación obligatoria de los cultivos y la no-división de los bosques y los pastos. Sus rasgos principales eran la responsabilidad colectiva en el cumplimiento de todo tipo de servicios y pagos a los terratenientes y el estado, la redistribución periódica de la tierra sin derecho a rehusar la parcela asignada, y la prohibición de vender o adquirir parcelas. Los grandes terratenientes usaban la comuna aldeana para intensificar la opresión feudal y exprimir al máximo las amortizaciones y otros pagos que debían realizar los campesinos.

El marxismo y los campesinos

Desde sus inicios, el movimiento marxista ruso reconoció la importancia vital de la cuestión agraria, especialmente en lo que concernía a los campesinos. El primer proyecto de programa de los marxistas rusos, que publicó el grupo Emancipación del Trabajo en 1885, exigía:

Una revisión radical de nuestras relaciones agrarias, es decir, de las condiciones en que deben verificarse la amortización y la asignación de tierras a las comunidades campesinas. La concesión a los campesinos que lo consideren conveniente del derecho a renunciar a su parcela y a salir de la comuna, etc.⁶

Esto es todo lo que decía el programa. Años más tarde, Lenin comentaría: «El error de este programa no consiste en contener principios falsos o reivindicaciones parciales equivocadas. No... El error de este programa consiste en su carácter abstracto, en la ausencia de todo criterio concreto sobre la cuestión. Hablando con propiedad, no es un programa, sino una declaración marxista del carácter más general». ⁷ Pero se apresuraba a añadir:

Naturalmente, sería absurdo culpar de este error a los autores del programa, que por primera vez, y mucho antes de constituirse un partido obrero, sentaban ciertos principios. Por el contrario, hay que subrayar de manera especial que en este programa se reconocía, 20 años antes de la Revolución rusa, la inevitabilidad de una "revisión radical" de la Reforma campesina.⁸

Fue muy al principio de su carrera política que Lenin empezó un estudio profundo de la vida rural. El escrito más temprano que se ha conservado sobre esta materia es "Nuevos desarrollos económicos de la vida campesina", escrito en la primavera de 1893. En 1899 publicó su primera gran obra teórica, cuya investigación y escritura había hecho mientras estaba en la cárcel y en el exilio siberiano, y la tituló *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Dos tercios de ella están dedicados a un análisis brillante y exhaustivamente documentado de la evolución capitalista en el medio rural de Rusia, el declive de la economía feudal y la compleja variedad de formas transicionales que habían ido evolucionando. Este estudio teórico aportaba el trabajo preliminar necesario para que los marxistas rusos desarrollaran en la práctica una política, una estrategia y una táctica agrarias.

El primer esfuerzo de Lenin para elaborar un programa agrario fue su artículo "El Partido de los trabajadores y el campesinado" (1901), que puede considerarse, a grandes rasgos, el primer proyecto del programa agrario del POSDR, y que se aprobaría en el segundo Congreso del partido, en 1903. Las demandas clave de la revolución agraria eran:

[...] la abolición total e inmediata de las amortizaciones y los tributos, exigiremos que se devuelvan al pueblo los centenares de millones que durante muchos años ha ido arrebatándole el gobierno zarista para satisfacer el apetito de los esclavistas [...]. Exigiremos que se devuelvan a los campesinos las tierras que les fueron arrebatadas, y que sirven para mantener en vigor el trabajo forzado, la prestación de su trabajo en régimen de corvea, es decir, a mantener virtualmente las mismas formas de trabajo que en la época de la servidumbre.⁹

En el proceso de desarrollo del programa agrario para el segundo Congreso, Lenin formulaba unas líneas generales con el objetivo de abolir todas las relaciones feudales en el medio rural.

Primera: La revolución agraria será inevitablemente una parte de la revolución democrática en Rusia. El contenido de esta revolución será liberar al campo de las relaciones de servidumbre semifeudal. *Segunda:* La futura revolución agraria será, por su significación social y económica, una revolución democrático-burguesa; no debilitará, sino que intensificará el desarrollo del capitalismo y de las contradicciones de clase capitalistas.¹⁰

Además de las demandas poco polémicas, que Lenin nunca enmendó —como la abolición del impuesto social-estatal de los campesinos, la reducción de los arrendamientos o la capacidad de usar las tierras libremente—, el programa agrario aprobado en el segundo Congreso contenía unas cuantas cláusulas que exigían la devolución de los pagos de amortización de tierras y la restitución de las tierras recortadas. Este último punto (la cláusula 4 del programa) era una demanda clave, y estaba justificado porque era la forma de acabar con uno de los rasgos feudales que habían sobrevivido:

Allí donde, al amparo de nuestra tibia reforma campesina, se hayan mantenido intactos hasta hoy los métodos del régimen de servidumbre con ayuda de las tierras recortadas a los campesinos, se concede a éstos el derecho de acabar de una vez y definitivamente con estos vestigios de servidumbre, inclusive por medio de la expropiación; el derecho a exigir la "restitución de las tierras recortadas".¹¹

Lenin repetía y ponía todo su énfasis en este punto: «Afirmamos y nos esforzamos por demostrar que la demanda de "restituir las tierras recortadas" es el máximo de lo que actualmente podemos exigir en nuestro programa agrario». ¹² Al mismo tiempo, sostenía que ir más allá de la restitución de las tierras recortadas sería simplemente apoyar la agricultura a pequeña escala en vez de la agricultura a gran escala.

En términos generales, desarrollar, apoyar, fortalecer y, con tanta mayor razón, multiplicar las pequeñas explotaciones y la pequeña propiedad, no es en modo alguno tarea de los socialdemócratas.¹³ En términos generales, apoyar a la pequeña propiedad es reaccionario, pues tal apoyo va dirigido contra la gran economía capita-

lista, por consiguiente, entorpece el desarrollo social, y empaña y amortigua la lucha de clases. Pero en el caso de que se trata, no queremos apoyar a la pequeña propiedad contra el capitalismo, sino contra el régimen de servidumbre.¹⁴

¿Y la nacionalización de la tierra? En ese momento, por el año 1902, la posición de Lenin era clara: «La consigna de la nacionalización de la tierra, aun siendo completamente acertada en el plano de los principios y muy adecuada en determinados momentos, no se ajusta a las conveniencias políticas en el momento actual». ¹⁵ Si el objetivo de la revolución agraria era la eliminación de las relaciones feudales, entonces no se debía despojar a los terratenientes de *todas* sus tierras, sobre todo, no de aquella parte que se usaba para una agricultura capitalista y con trabajo asalariado.

Lenin aprende de Gapón

Sin embargo, la amplitud y la profundidad del levantamiento campesino en la Revolución de 1905 ponía en evidencia que el programa de Lenin de 1903 era con creces demasiado conservador. Es interesante observar cuan ansiosamente trataba Lenin de sondear los ánimos de los campesinos en aquel momento, y si la demanda de restituirles las tierras recortadas satisfacía esos ánimos, incluso cuando los intermediarios eran el padre Gapón o un visitante fortuito, un marinero llamado Matinshenko. Krúpskaya cuenta como un estudiante que estaba en la habitación de Lenin:

[...] a continuación empezó una disertación explicando por qué era correcto el programa socialdemócrata, exponiéndolo punto por punto con todo el ardor del novicio. [...] El joven seguía leyendo el programa, y entonces entraron Gapón y Matinshenko. En el momento en que iba a hacerles también a ellos una taza de té, el joven llegó al párrafo que trataba de la devolución a los campesinos de los "terrenos". Después de leer este punto, explicó que los campesinos no podían ir más allá de la lucha por esta reivindicación, con lo cual Gapón y Matinshenko se enfurecieron y gritaron: «¡Toda la tierra para el pueblo!»¹⁶

Este episodio tuvo que dejarle una profunda impresión a Lenin, porque Krúpskaya sigue diciendo:

En la conferencia de diciembre de Tammerfors, Ilich propuso una moción para eliminar del programa este punto sobre la tierra de los campesinos. En su lugar insertó un párrafo que apoyaba la adopción de medidas revolucionarias para el campesinado, incluyendo la confiscación de propiedades latifundistas y de las tierras de la Corona, de la Iglesia, y propiedades monásticas y oficiales.¹⁷

Lenin no trató de esconder sus errores pasados:

El programa de 1903 trata de definir de modo concreto el carácter y las condiciones de la "revisión" de la cual hablaban en 1885 los socialdemócratas sólo en forma general. Esta tentativa —en el punto principal del programa: sobre las tierras "recortadas"— se basaba en una división aproximada entre las tierras que sirven para la explotación mediante la servidumbre y el sometimiento feudales (las tierras "recortadas" a los campesinos en 1861) y las tierras explotadas de forma capitalista. Esta división aproximada era completamente errónea, pues el movimiento de las masas campesinas no podía ser orientado en la práctica contra categorías especiales de haciendas de los terratenientes, sino contra la propiedad agraria terrateniente en general.¹⁸

Sin la experiencia de una masa —de hecho, más que eso—, de un movimiento campesino nacional, el programa del POSDR *no podía* concretarse.¹⁹

En 1903, cuando el segundo Congreso de nuestro partido adoptó el primer programa agrario del POSDR, no teníamos todavía una experiencia que nos permitiera juzgar el carácter, la amplitud y la profundidad del movimiento campesino. Los alzamientos campesinos en el sur de Rusia en la primavera de 1902 se quedaron en estallidos esporádicos. Uno puede, por lo tanto, entender la reticencia de los socialdemócratas en cuanto a realizar el proyecto del programa agrario.²⁰

Después de 1905 no había justificación alguna para continuar con este punto de vista rígido y conservador: «Renunciar ahora a la reivindicación de confiscar todas las tierras de los terratenientes constituiría

una evidente restricción del alcance de un movimiento social que ha tomado forma definida». ²¹

En la conferencia bolchevique de Tammerfors (12-17 de diciembre de 1905), Lenin presentó la siguiente resolución:

La conferencia considera que sería deseable modificar el programa agrario de nuestro partido en la siguiente forma: eliminar el punto sobre las tierras recortadas; declarar, en lugar de eso, que el partido apoya las medidas revolucionarias del campesinado, incluso la confiscación de todas las tierras del Estado, la Iglesia, los monasterios, la Corona, y de propiedad privada. ²²

A favor de la nacionalización de la tierra

A partir de ahí, Lenin empezó una revisión más amplia del programa agrario, empezando a lanzar como consigna la nacionalización de todas las tierras. En su panfleto *Revisión del programa agrario del Partido de los trabajadores*, escrito en marzo de 1906, escribía:

Si la victoria decisiva de la revolución actual en Rusia asegura íntegramente el poder soberano del pueblo, es decir, crea una república y un Estado plenamente democrático, el partido luchará por lograr la abolición de la propiedad privada de la tierra y la entrega de todas las tierras en propiedad común al pueblo entero. ²³

La fuerza del movimiento campesino contra los terratenientes también enseñó a Lenin que en 1903 había sobreestimado la importancia del desarrollo capitalista en el campo. Las relaciones feudales no eran simples vestigios, como él había asumido, sino que ejercían una gran influencia en todo el medio rural. En su libro *El programa agrario de la socialdemocracia en la Primera Revolución rusa, 1905-1907*, así lo indicaba:

El error de nuestro programa, aprobado en 1903, sobre las tierras recortadas [...] radicaba en el hecho de que, aunque definimos acertadamente la *dirección general* del desarrollo, no acertamos a definir el *momento* de ese desarrollo. Suponíamos que en Rusia ya habían cristalizado plenamente los elementos de la agricultura capitalista, tanto en la agricultura terrateniente (excepción hecha

de las tierras recortadas y de las condiciones de servidumbre que implicaban; de ahí la reivindicación de que dichas tierras fuesen devueltas a los campesinos), como en la agricultura de los campesinos, que parecía haber dado origen a una burguesía campesina fuerte, y que era por lo tanto incapaz de dar lugar a una "revolución agraria campesina". Este programa equivocado fue fruto... de una *sobreestimación del grado* de desarrollo capitalista en la agricultura rusa. Los vestigios de la servidumbre feudal que habían sobrevivido nos parecían entonces un pequeño detalle, mientras que la agricultura capitalista en las parcelas de los campesinos y en las haciendas de los terratenientes nos parecía plenamente madura y consolidada [...]. Rectificamos el error reemplazando el objetivo parcial de luchar contra *los vestigios del antiguo sistema agrario* por el objetivo de luchar *contra todo el antiguo sistema agrario*. En lugar de la limpieza de la economía terrateniente, nos planteamos como objetivo su destrucción. ²⁴

Aprender del oscuro múzhik

Durante los años de la revolución, 1905-07, Lenin consideraba que era importante aprender de los múzhiks rusos. Incluso los representantes campesinos monárquicos en la Duma zarista le mostraron que bajo la cáscara conservadora había realmente una semilla revolucionaria. Así, se refería con entusiasmo al discurso que había hecho el campesino conservador y monárquico Stórchak en la Duma:

Empieza su discurso citando íntegramente las palabras de Nicolás II sobre el «sacrosanto derecho de propiedad», de lo intolerable de su «transgresión», etc. Prosigue: «¡Que Dios dé mucha salud al Soberano! Ha hablado por el bien de todo el pueblo» [...] Y termina: «Pero si el Soberano ha dicho que deben reinar la justicia y el orden, naturalmente, si yo tengo tres desiatinas de tierra y al lado hay 30.000, ¡eso no es ni orden ni justicia!». ²⁵

Y Lenin comenta:

Es un múzhik ignorante [...] es inocente como un lactante y revela una inverosímil ignorancia política. Para él no está clara la

relación existente entre la monarquía y el "orden", o sea, el desorden y la mentira que protegen a los propietarios de 30.000 desiatinas.²⁶

Stórchak y los diputados sacerdotes Titov, Andreichuk, Popov IV y Nikitiuk, que en lo fundamental comparten la misma posición, expresan el espíritu revolucionario de las masas campesinas de una manera inconsciente, espontánea, temiendo no sólo decir hasta el fin, sino incluso, pensar hasta el fin lo que se desprende de sus palabras y proposiciones.²⁷

Continúa citando a otros oradores campesinos en la Duma:

Tomílov: «He aquí la única salida [...], en nuestra opinión: efectuar hoy mismo en todas las comunas rurales de Rusia, siguiendo el ejemplo de los antiguos censos, un nuevo reparto de la tierra; estos censos deben establecer el número de habitantes varones existente el 3 de noviembre de 1905.

»El más hondo anhelo campesino es conseguir tierra y libertad, pero hemos oído que mientras se halle en el poder el actual gobierno, la propiedad agraria será intocable. (*Una voz del centro: La privada.*) Sí, la privada, la de la nobleza. (*Una voz del centro: Y la de ustedes también.*) Por lo que respecta a nosotros, estamos dispuestos a entregar las parcelas [...], los campesinos de cualquier aldea aceptarían entregar sus parcelas unidad por unidad, igualarse. Según la declaración del representante del ministerio, mientras el poder no pase a manos del campesinado y, en general, del pueblo, los campesinos no verán ni la tierra ni las libertades políticas. Gracias por la franqueza, aunque eso ya lo sabíamos».²⁸

Petrov III: «Recuerden ustedes, señores, los tiempos del reinado de Alexei Mijáilovich y la protesta del pueblo campesino, expresada en el movimiento dirigido por Razin*. (*Voces en la derecha: ¡Oh!*) [...] El pueblo expuso con vigor sus reivindicaciones en 1905. Porque, también entonces, la miseria obligó al pueblo a salir a la calle y a proclamar en voz alta lo que necesitaba [...]. Todas las tierras deben pasar al usufructo igualitario de todo el pueblo [...]. Yo, naturalmente, soy enemigo de la propiedad pri-

vada de la tierra [...] y digo que el pueblo trabajador sólo sentirá alivio cuando toda la tierra pase a sus manos [...]. Estoy plenamente convencido de que volverán a ver ustedes cómo se agitan las profundidades del mar de la vida. Y entonces se hará realidad la sentencia de los Evangelios: quien a hierro mata, a hierro muere. (*Risas en la derecha*). El grupo trúdovik [campesino] no ha cambiado de ideales, no ha cambiado de anhelos [...]. Nosotros [...] decimos: ¡toda la tierra a los que la trabajan, y todo el poder a la población trabajadora!».

Merzliákov: «La tierra debe pertenecer a quien la cultiva [...] Pero de modo que en Rusia no se pueda en forma alguna especular con ella, sino que pertenezca a quienes la cultivan con su propio esfuerzo».²⁹

Decía el campesino Nechitailo: «La gente que ha chupado la sangre y succionado el cerebro de los campesinos los llama ignorantes». Interrumpe Golovin: el terrateniente puede insultar al campesino, ¿pero el campesino... al terrateniente? «De estas tierras, que pertenecen al pueblo, se nos dice: cómprenlas. ¿Somos acaso extranjeros provenientes de Inglaterra, de Francia, etc.? Esta es nuestra patria; ¿por qué tenemos que comprar nuestra propia tierra? La hemos pagado ya diez veces con sangre, sudor y dinero». He aquí lo que dijo el campesino Kirnósov (provincia de Sarátov): «Hoy no hablamos más que de la tierra; se nos vuelve a decir que es sagrada, inviolable. En mi opinión, no puede ser inviolable; *si el pueblo lo quiere, nada puede ser inviolable.* (*Una voz de la derecha: ¡Vaya, vaya!*) Cierto: ¡Vaya, vaya! (*Aplausos de la izquierda*). Señores de la nobleza, ¿creen que no sabemos que ustedes nos jugaban a las cartas, nos cambiaban por perros? Sí lo sabemos. Esa era su sagrada, su inviolable propiedad [...] Ustedes nos robaron la tierra [...] Los campesinos que me enviaron aquí han dicho: la tierra es nuestra. No hemos venido aquí a comprarla, sino a tomarla».

He aquí lo que dice el campesino Vasiatin (provincia de Járkov): «En la persona del presidente del Consejo de Ministros nosotros no vemos al ministro de todo el país, sino al ministro de los 130.000 terratenientes. Noventa millones de campesinos no representan nada para él [...]. Ustedes [se dirigió a los diputados de la derecha] son explotadores, arriendan sus tierras a precios exorbitantes y desuellan vivo al campesino [...]. Sepan que si el

* Stepán Razin fue un prominente líder de la revuelta campesina rusa de 1667-71 contra la opresión feudal y la servidumbre.

gobierno no satisface las necesidades del pueblo, éste no esperará el consentimiento de ustedes, tomará la tierra [...]. Yo soy ucraniano [relata que Catalina regaló a Potemkin una pequeña hacienda de 27.000 desiatinas con 2.000 siervos]. Antes, la tierra se vendía por un precio de 25 a 50 rublos la desiatina, pero ahora el precio de arrendarla es de 15 a 30 rublos la desiatina y el de los henares, de 35 a 50 rublos. Esto es desollar. (*Una voz de la derecha: ¿Qué? ¿Desollar? Risas.*) Sí, no se acaloren (*aplausos de la izquierda*); a esto lo llamo yo desollar vivos a los campesinos.³⁰

Lenin comenta que los discursos de los representantes campesinos:

[...] expresan francamente el espíritu revolucionario de las masas campesinas [...]. Los discursos de los campesinos trúdoviks, que exponen sus opiniones de manera abierta, [están] transmitiendo con enorme exactitud y vivacidad el estado de ánimo y las aspiraciones de las masas; es cierto que se embrollan con los programas (algunos declaran que simpatizan con el proyecto de ley de los 42 campesinos, y otros con el de los cadetes), pero expresan con la mayor pujanza algo más profundo que todos los programas³¹.

Lenin va aún más lejos, pues considera que los discursos de los representantes de los campesinos tienen mucho más fervor revolucionario que los de los diputados de los trabajadores socialdemócratas.

Cuando se comparan los discursos de los campesinos revolucionarios de la segunda Duma con los de los obreros revolucionarios, salta a la vista la siguiente diferencia. Los primeros están imbuidos de un espíritu revolucionario mucho más espontáneo, de un ardiente deseo de destruir en seguida el régimen terrateniente y crear de inmediato un sistema nuevo. El campesino está ansioso por arrojar ahora mismo sobre el enemigo y estrangularlo.³²

Lenin demostraba así no ser víctima de ningún tipo de dogmatismo, al contrario, sentía el auténtico latido del movimiento de las masas, incluso cuando provenía del pecho de un campesino monárquico.

Bolcheviques, mencheviques y el campesinado

Durante las elecciones para la segunda Duma tuvo lugar una lucha feroz entre las dos facciones de la socialdemocracia, los mencheviques y los bolcheviques, respecto a la cuestión de si debían aliarse o no con los cadetes, o con los trúdoviks y contra los cadetes.

Ya en 1892 Plejánov había dicho que el campesinado ruso, como el de los países occidentales, era fundamentalmente conservador. «Si descontamos a la burguesía y el proletariado, no percibimos ninguna fuerza social en nuestro país que esté dispuesta a apoyar a los grupos opositores o revolucionarios».³³

En un panfleto titulado *El deber de los socialistas con respecto a la Hambruna*, Plejánov escribía:

El proletario y el múzhik son polos opuestos. El papel histórico del proletariado es tan revolucionario como el del múzhik es conservador. Es gracias a los campesinos que los despotismos orientales han permanecido inmutables durante miles de años. En un período relativamente corto, el proletariado ha dado una buena sacudida a los cimientos de la sociedad europea occidental. Y en Rusia, el desarrollo y la educación política de los trabajadores progresa incomparablemente más de prisa que antaño en Occidente.³⁴

Esta línea argumentativa influenciaría la actitud menchevique con respecto al partido liberal —cadete— por un lado, y el partido de los campesinos —trúdovik— por el otro.

El menchevique D. Koltsov defendió la alianza con los cadetes y razonó contra un pacto con los trúdoviks con los términos siguientes:

¿Con quién tienen los socialdemócratas más puntos de contacto, con la democracia urbana o con la campesina? ¿De quién, sobre todo, puede esperar apoyo la socialdemocracia en su lucha contra todos los prejuicios culturales, religiosos, nacionales, etc.? ¿Quién apoyará primero todas las medidas posibles para liberar las fuerzas productivas? Basta con plantear estas preguntas, cardinales para la política socialdemócrata, y la respuesta aparecerá clara por sí sola. Todo lo que dice el *Manifiesto comunista* sobre el papel revolucionario de la burguesía sigue siendo tan exacto en el siglo

XX como lo era en el XIX, tan correcto para Rusia como lo era para Inglaterra [...]. En cuanto a la democracia campesina, a pesar de su porte revolucionario defenderá en muchos casos modos de producción y de organización social viejos y caducos.³⁵

Lenin se oponía así a tales argumentos:

El ala de los bolcheviques ve a los liberales como los representantes de la gran industria, que se empeñan en acabar con la revolución lo más rápido posible por temor al proletariado y buscan compromisos con la reacción. Esta ala considera a los trúdiviks como democracia pequeñoburguesa revolucionaria y sostiene que tienden a adoptar una posición radical en un problema de la tierra de tanta importancia para el campesinado: la confiscación de los grandes latifundios. De ahí nace la táctica de los bolcheviques. Éstos niegan su apoyo a la traidora burguesía liberal, es decir, a los cadetes, y se esfuerzan por librar de su influencia a la pequeña burguesía democrática; quieren apartar al campesino y al pequeño burgués urbano de la influencia de los liberales y conducirlos, con el proletariado como vanguardia, a la lucha revolucionaria.³⁶

[...] un cadete dijo que un campesino de derechas está a la izquierda de los cadetes. En efecto, en el problema agrario, los campesinos "de derechas" de las tres Dumas estaban a la izquierda de los cadetes, con lo que demostraron que el espíritu monárquico del múzhik es una ingenuidad que está desapareciendo, a diferencia del monarquismo de los hombres de negocios liberales, que son monárquicos por interés de clase.³⁷

En la revolución democrática y antifeudal, Lenin prefería una alianza del partido proletario con los partidos democráticos de los campesinos pequeñoburgueses:

Los partidos y organizaciones democrático-revolucionarias (el Partido social-revolucionario, la Unión campesina, una parte de las organizaciones semisindicales y semipolíticas, etc.) expresan con mucha exactitud los intereses y el punto de vista de las grandes masas del campesinado y de la pequeña burguesía, actúan decididamente contra la propiedad terrateniente de la tierra y en

contra del Estado semifeudal y tratan de aplicar consecuentemente la democracia y revestir sus objetivos, virtualmente democrático-burgueses, de una ideología socialista más o menos nebulosa; y el Partido socialdemócrata considera posibles y necesarios los acuerdos de lucha con tales partidos, pero al mismo tiempo denuncia inflexiblemente su carácter pseudosocialista y su tendencia a disimular las contradicciones de clase entre el proletariado y el pequeño propietario.³⁸

Hay que aclarar rápidamente que para Lenin, la consigna de la nacionalización de las tierras no significaba ir más allá de la revolución democrática. Según él, había dos caminos hacia el desarrollo capitalista en el campo: el primero, obstaculizado y distorsionado por los vestigios feudales, que llamó la vía prusiana; el segundo, libre de todas las reliquias de servidumbre, que llamó la vía americana de desarrollo.

En el primer caso, la economía feudal del terrateniente se transforma lentamente en una economía burguesa, *Junker*, que condena a los campesinos a décadas enteras de la más dolorosa expropiación y servidumbre, mientras que al mismo tiempo surge una pequeña minoría de *Grossbauern* (grandes campesinos) [...]. En aras del desarrollo de las fuerzas productivas (criterio supremo del progreso social) no debemos apoyar la evolución burguesa de tipo terrateniente, sino la evolución burguesa de tipo campesino. La primera implica el mantenimiento al máximo de la sujeción y la servidumbre (modelada al modo burgués), el desarrollo menos rápido de las fuerzas productivas y un lento desarrollo del capitalismo; implica calamidades y sufrimientos, explotación y opresión incomparablemente mayores para las grandes masas campesinas, y, por consiguiente, también para el proletariado. La segunda implica el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas y las mejores condiciones posibles de existencia para las masas campesinas (bajo una producción mercantil). La táctica de la socialdemocracia en la revolución burguesa rusa no está determinada por la tarea de apoyar a la burguesía liberal, como piensan los oportunistas, sino por la de apoyar al campesinado en lucha.³⁹

Los revolucionarios debían aspirar a encaminar a Rusia por la vía americana, de ahí que debieran apoyar la nacionalización de la tierra

como la manera más extrema y consistente de dejar atrás todos los residuos feudales. «En la revolución rusa, la lucha por la tierra no es otra cosa que la lucha por una vía renovada de desarrollo capitalista. La consigna consecuente de esa renovación es la nacionalización de la tierra».⁴⁰

Para apuntalar su tesis, Lenin alude a Marx, quien «defendía la posibilidad de nacionalizar la tierra, no sólo en la época de la revolución burguesa de 1848 en Alemania, sino también en 1846 en Norteamérica, que, como señalaba ya entonces con mucha exactitud, *no hasta más que comenzar* su desarrollo “industrial”».⁴¹

Un par de años más tarde, en 1908, Lenin reiteraría esta opinión:

No hay nada más erróneo que pensar que la nacionalización de la tierra tiene algo en común con el socialismo o inclusive con la tenencia igualitaria de tierras. El socialismo, como sabemos, significa la abolición de la economía mercantil. La nacionalización significa transformar la tierra en propiedad del Estado, y semejante transformación no afecta en nada a la explotación privada de la tierra.⁴²

La nacionalización de la tierra: ¿el primer paso hacia el socialismo?

Lenin profundizó en su explicación de por qué la nacionalización de la tierra era un punto clave de la revolución burguesa. Por ejemplo, en su libro *El programa agrario de la socialdemocracia en la Primera Revolución rusa, 1905-07*, escrito en noviembre-diciembre de 1907, decía:

Después del período de la nacionalización revolucionaria, la demanda de la división de la tierra puede suscitarse por la aspiración a consolidar en el mayor grado posible las nuevas relaciones agrarias, que responden a las exigencias del capitalismo. Puede suscitarse por la aspiración de dichos propietarios de tierras a aumentar sus ingresos a costa del resto de la sociedad, y por último, por la aspiración de “apaciguar” (o sencillamente sofocar) al proletariado y a las capas semiproletarias, para los cuales la nacionalización de la tierra será un elemento que “estimulará el apetito” de socialización de toda la producción industrial.⁴³

[...] nada puede barrer de un modo tan completo los vestigios medievales en Rusia, renovar de un modo tan completo las zonas rurales, sumidas en un estado de semidecadencia asiática, y promover el progreso agrícola con tanta rapidez como la nacionalización. Cualquier otra solución del problema agrario en la revolución creará puntos de partida menos favorables para el desarrollo económico posterior.

La importancia moral de la nacionalización en la época revolucionaria consiste en que el proletariado ayude a asestar un golpe tal a “una forma de propiedad privada” que sean inevitables sus repercusiones en todo el mundo.⁴⁴

Pero la nacionalización de la tierra, además de ser un punto clave de la revolución burguesa, también puede ser, dependiendo del balance de fuerzas de las diferentes clases, un trampolín en la lucha por el socialismo en el campo. En septiembre de 1917, en un epílogo a la segunda edición de *El programa agrario de la socialdemocracia* (la primera edición de 1908 había sido confiscada por la policía), Lenin escribió: «La nacionalización de la tierra no sólo es “la última palabra” de la revolución burguesa, sino también *un paso hacia el socialismo*».⁴⁵

En todas sus predicciones sobre la Revolución Rusa, Lenin mostró siempre una ausencia absoluta de dogmatismo y una gran disposición a empujar la revolución más allá de las limitaciones burguesas, y hacia una lucha inmediata e ininterrumpida por el socialismo.

El proletariado y el campesinado

A lo largo del desarrollo de la política agraria del partido, aparecen dos puntos que fueron centrales en el pensamiento de Lenin: 1) la clase trabajadora debe liderar y guiar al campesinado; 2) el partido de los trabajadores debe mantenerse independiente y claramente separado de los campesinos:

[...] al apoyar al campesinado revolucionario, el proletariado no debe olvidar ni un solo instante su independencia de clase y sus tareas específicas de clase. El movimiento del campesinado es un movimiento de otra clase social; no es una lucha proletaria, sino de pequeños propietarios; no es una lucha contra las

bases del capitalismo, sino para depurarlas de todos los restos del feudalismo.⁴⁶

Apoyamos el movimiento campesino hasta el fin, pero debemos recordar que es un movimiento de otra clase, *no de la clase* que puede realizar y realizará la revolución socialista.⁴⁷

El campesinado no significa nada sin la iniciativa y la dirección del proletariado.⁴⁸

Lenin planteaba el posible desarrollo de un partido campesino independiente, en la forma de una coalición entre los trúdoviks y los socialistas-revolucionarios, pero dudaba de su estabilidad y de su habilidad de conseguir una homogeneidad:

Nadie puede decir ahora qué forma adquirirá en Rusia, en el futuro, la democracia burguesa. Quizá la bancarrota de los cadetes lleve a la formación de un partido democrático campesino, de un verdadero partido de masas, no de una organización de terroristas semejante a lo que fueron y todavía son los socialistas-revolucionarios. Es posible también que las dificultades objetivas para lograr la unidad política de la pequeña burguesía no permitan la formación de ese partido, y dejen por mucho tiempo a la democracia campesina en el estado actual de masa trúdovik indefinida, amorfa y gelatinosa.⁴⁹

Los trúdoviks no son demócratas perfectamente consecuentes. Los trúdoviks (incluyendo a los eseristas) vacilarán sin duda entre los liberales y el proletariado revolucionario. Tales vacilaciones no son casuales. Son inevitables, por la propia esencia de la situación económica del pequeño productor. Por una parte, está oprimido, sometido a explotación; se siente impulsado involuntariamente a la lucha contra tal situación, a la lucha por la democracia, a abrazar la idea de suprimir la explotación. Por otra parte, es un *pequeño propietario*. En el campesino está latente el instinto del propietario, si no de hoy, de mañana. Este instinto de pequeño patrono, de propietario, es lo que aparta al campesino del proletariado, engendra en él la ilusión y el deseo de convertirse en alguien, de transformarse en burgués, de aislarse de toda la so-

ciudad, encerrándose en su propio pedazo de tierra, en su propio montón de estiércol.⁵⁰

[...] los elementos más democráticos del campesinado, [son] incapaces de organizarse con solidez.⁵¹

Tan equivocado y con tanta razón

La victoria de 1917 demostró que Lenin estaba equivocado, respecto a la Revolución rusa, en dos puntos muy importantes: su creencia, por un lado, de que sería una revolución burguesa, y por el otro, de que la nacionalización de la tierra sería el trampolín para un desarrollo económico capitalista más amplio y rápido. ¿Cómo puede ser, entonces, que Lenin desempeñara un papel tan importante en la victoria de dicha revolución? La respuesta es, en esencia, que incluso en sus errores de perspectiva había un núcleo central de tácticas y estrategia que conducía directa y precisamente a una victoria de aquellas características, a una revolución proletaria:

De que nuestra revolución sea burguesa por su contenido económico (lo cual es indudable), no puede deducirse que la burguesía tenga en ella el papel dirigente, que la burguesía sea su fuerza motriz. Semejante conclusión, habitual en Plejánov y los mencheviques, es una vulgarización del marxismo, es hacer una caricatura del marxismo. El dirigente de la revolución burguesa tanto puede ser el terrateniente liberal junto con el fabricante, el comerciante, el abogado, etc., como el proletariado con las masas campesinas. En ambos casos el carácter burgués de la revolución se mantiene, pero sus marcos, el grado de conveniencia para el socialismo (*vale decir*, para el rápido desarrollo de las fuerzas productivas, en primer lugar), *son completamente diferentes* en los dos casos.

De esto los bolcheviques deducen la táctica *fundamental* del proletariado socialista en la revolución burguesa: conducir a la pequeña burguesía democrática, apartarla de los liberales, paralizar la inestabilidad de la burguesía liberal y desarrollar la lucha de las *masas* por la *liquidación* de todos los vestigios del régimen feudal, que incluye la propiedad terrateniente.⁵²

Lenin fue consecuente al sostener que aunque la naturaleza de la revolución era burguesa-democrática, el campesinado debía mostrar la máxima iniciativa y democracia a través de la creación de organizaciones locales independientes de lucha, sin esperar una liberación desde arriba, ni siquiera de instituciones nacionales surgidas de la revolución, como la futura Asamblea Constituyente.

Sólo hay un medio para que la reforma agraria, inevitable en la Rusia actual, desempeñe un papel democrático revolucionario: que sea realizada por la iniciativa revolucionaria de los propios campesinos, a pesar de los terratenientes y de la burocracia, a pesar del Estado; es decir, que debe realizarse por la vía revolucionaria [...]. Y nosotros señalamos este camino, colocando como piedra angular la constitución de comités campesinos revolucionarios.⁵³

Marx, después de la experiencia de la Comuna de París, decía que «la clase trabajadora no puede sencillamente tomar la maquinaria estatal y como está y utilizarla para conseguir sus propósitos»; el proletariado debe «destruirla, y esa es la precondition para cualquier revolución real del pueblo». Los argumentos de Lenin se hacían eco de estas palabras: «El campesinado no puede realizar una revolución agraria sin eliminar el antiguo régimen, el ejército permanente y la burocracia, los más firmes soportes de la propiedad terrateniente, a la que los ligan miles de lazos».⁵⁴

Además, incluso en el caso de que la revolución fuera solo burguesa-democrática, tendría a pesar de todo un carácter internacional:

La revolución rusa puede triunfar con sus propias fuerzas, pero no puede en ninguna forma mantener y consolidar sus conquistas con sus propias manos. No puede lograrlo si no se produce una revolución socialista en Occidente [...]. Después de la victoria completa de la revolución democrática, es inevitable que el pequeño propietario se enfrente al proletariado, y cuanto más pronto se arroje por la borda a todos los enemigos comunes del proletariado y del pequeño propietario, es decir los capitalistas, los terratenientes, la burguesía financiera, etc. más pronto sucederá el enfrentamiento. Nuestra república democrática no tiene otra reserva que el proletariado socialista de Occidente.⁵⁵

Una lucha sin tregua contra la burguesía liberal; desconfianza en el titubeante partido campesino y la independencia con respecto a él; la llamada a la acción directa por parte de los campesinos; la lucha para destruir la vieja maquinaria burocrática del estado policial; el énfasis en el carácter internacional de la revolución... Todas estas ideas maduras durante la revolución de 1905-07 fueron claves en la política que llevaría a la victoria de 1917. Su cáscara burguesa-democrática se dejaría de lado en las turbulentas luchas futuras. Desafortunadamente, la contradicción entre el núcleo revolucionario consecuente de la política de Lenin (en 1905 y después) y la cáscara burguesa-democrática sería un factor en las crisis del partido y en la parálisis de los líderes bolcheviques en los días y las semanas que siguieron a la Revolución de Febrero de 1917, antes de que Lenin regresara a Rusia para oponerse a la "vieja formulación bolchevique" que el mismo había ideado.

Capítulo 12

El gran ensayo general

Aunque terminó en derrota, la Revolución de 1905 fue sumamente importante porque puso al descubierto los intereses y objetivos de las diferentes clases sociales, sus respectivas fuerzas y debilidades y la relación cambiante entre ellas, y la importancia relativa de cada clase en la sociedad rusa. También supuso una prueba reveladora, aunque no definitiva, para los principales partidos existentes.

Los años de revolución y declive (1905-07) fueron, según Lenin, una oportunidad magnífica para millones de personas para obtener experiencia, para aprender una lección que la gente asimilaría en su sangre, en su sistema nervioso, en sus corazones y sus cerebros.

La naturaleza real de las clases y los partidos quedó claramente expuesta. Durante ese período, todos los partidos completaron la "fase fetal de su desarrollo".

Por primera vez, las clases, en lucha política abierta, han deslindado los campos y se han definido: los partidos políticos que ahora existen [...] expresan con una exactitud antes desconocida los intereses y criterios de las clases que en tres años han madurado cien veces más que en el medio siglo anterior.¹

Primero de todo, la "sociedad" quedó expuesta. Los liberales se mostraron tal y como eran:

Lo que antes de la revolución se llamaba "sociedad" liberal, o liberal-populista o parte "ilustrada" y portavoz de la "nación" en general, la amplia masa de "oposición acomodada, noble, intelectual, que parecía algo compacto, homogéneo, que nutría a los *zemstvos*, las universidades, toda la prensa "seria", etc., etc., todos estos elementos se mostraron en la revolución como ideólogos y partidarios de la burguesía, todos ellos adoptaron una posición

contrarrevolucionaria —evidente ahora para todos— con relación a la lucha de *masas* del proletariado socialista y el campesinado democrático. La burguesía liberal contrarrevolucionaria ha surgido y crece.²

Por encima de todo, los tempestuosos acontecimientos revelaron el papel del proletariado durante la revolución:

Durante este período, tomado en su conjunto, se ha puesto públicamente de relieve el papel dirigente de las masas proletarias en la revolución y en todos los terrenos de la lucha, desde las manifestaciones, continuando (en orden cronológico) por la insurrección, hasta la actividad “parlamentaria”.³

La revolución era una escuela de masas magnífica:

Millones de personas han adquirido *experiencia* práctica a través de las formas más diversas de una verdadera lucha de masas directamente revolucionaria: “huelga general”, expulsión de los terratenientes, incendio de sus fincas, insurrección armada abierta.⁴

La mejor educación es la que se adquiere a través de la lucha. En una conferencia sobre la Revolución de 1905 que Lenin dio en un encuentro de jóvenes trabajadores de Zúrich, el 9 de enero de 1917, Lenin dijo:

Cuando los señores burgueses, y sus inescrupulosos imitadores, los socialistas reformistas, hablan con petulancia de la “educación” de las masas, por lo general entienden por ello algo pueril y pedante, algo que desmoraliza a las masas y les inculca prejuicios burgueses.

La verdadera educación de las masas no puede ir nunca separada de su lucha política independiente, y sobre todo, revolucionaria. Sólo la lucha educa a la clase explotada, sólo la lucha le descubre la magnitud de su fuerza, amplía sus horizontes, eleva su capacidad, despeja su inteligencia y forja su voluntad.⁵

Y es en este despertar de inmensas masas populares a la conciencia política y a la lucha revolucionaria donde estriba la significación histórica del 22 de enero de 1905.⁶

Aunque los trabajadores no habían ganado la revolución, la revolución había ganado a los trabajadores:

Con su heroica lucha durante el curso de tres años (1905-1907), el proletariado ruso conquistó para sí y para el pueblo ruso lo que a otras naciones les llevó décadas conquistar. Conquistó la *emancipación* de las masas obreras *de la influencia* del *liberalismo* traidor y despreciablemente impotente. Conquistó *para sí* la *hegemonía* en la lucha por la libertad y la democracia, como premisa de la lucha por el socialismo. Conquistó para todas las clases oprimidas y explotadas de Rusia *la capacidad* de realizar la lucha revolucionaria de masas, sin la cual jamás se logró nada importante para el progreso de la humanidad en ninguna parte del mundo.⁷

La masa de trabajadores no debía olvidar 1905:

Aguarden, 1905 vendrá de nuevo; así piensan los obreros. Para ellos, ese año de lucha fue un ejemplo de *lo que hay que hacer*. Para los intelectuales y la pequeña burguesía renegada fue “un año de locura”, un ejemplo de *lo que no hay que hacer*. Para el proletariado, el estudio y la asimilación con espíritu crítico de la experiencia revolucionaria deben consistir en aprender cómo aplicar *con mayor éxito* los métodos de lucha *de entonces*, para hacer más masiva, más concentrada y más consciente esa misma lucha huelguística de octubre y esa misma lucha armada de diciembre.⁸

Se dice que los ejércitos que han sido derrotados aprenden bien... Los primeros años de la revolución y las primeras derrotas en la lucha revolucionaria de las masas han dado un fruto indiscutible: me refiero al golpe mortal asestado a la inconsistencia, a la debilidad que antes demostraron las masas. Las líneas divisorias se han vuelto más nítidas. Ha ocurrido la división entre las clases y los partidos.⁹

La revolución había conformado los partidos políticos más importantes, dándoles una forma permanente que las vicisitudes de la lucha ya no podían cambiar totalmente:

En los períodos de lucha revolucionaria directa se construyen los cimientos profundos y firmes de los agrupamientos de clase

y tiene lugar una división en grandes partidos políticos que luego subsisten incluso durante los más largos períodos de estancamiento. Algunos partidos pueden refugiarse en la ilegalidad, no dar señales de vida, desaparecer de la escena política, pero en cuanto sobreviene la menor reanimación, las fuerzas políticas fundamentales vuelven sin falta a ponerse de manifiesto, tal vez de otra forma, pero con el mismo carácter y la misma orientación de su actividad, en tanto que las tareas objetivas de la revolución, que ha sufrido reveses de tal o cual magnitud, no sean resueltas.¹⁰

El énfasis de Lenin en la iniciativa de las masas

Para Lenin, el significado de 1905 era, ante todo, la confirmación práctica de su creencia en las increíbles habilidades creativas de la clase trabajadora. En *La victoria de los cadetes y las tareas del Partido de los trabajadores*, escrito en marzo de 1906, dice:

Son precisamente los períodos revolucionarios los que son más amplios, más ricos, más intencionados, más metódicos y sistemáticos, más valerosos y más vivos en la construcción de la historia que los períodos del progreso pequeñoburgués, cadete y reformista. ¡Pero los liberales pintan las cosas al revés! Presentan la mezquindad como un modo magnífico de hacer historia. Consideran la inactividad de las masas aplastadas u oprimidas como el triunfo del “sistema” en la actividad de los burgueses y los burócratas. Lamentan la desaparición del pensamiento y de la razón justamente cuando, en lugar del tijeiteo de proyectos de ley por parte de toda suerte de tinterillos de oficina y de periodistas liberales a tanto la línea, llega el período de la acción política directa de la “plebe”, que, con toda sencillez, derriba todos los órganos de opresión del pueblo, se apropia del poder y toma para sí lo que se consideraba una pertenencia de todo tipo de explotadores del pueblo. En pocas palabras: justamente cuando el pensamiento y la razón de millones de seres oprimidos se despiertan no sólo para leer libros, sino para la acción, para la acción viva, humana, para hacer historia.¹¹

Y de nuevo:

La capacidad creadora del pueblo, en particular del proletariado, y luego del campesinado, en materia de organización, se manifiesta, durante los períodos de torbellino revolucionario, de una manera millones de veces más fuerte, más rica y más fructífera que en los períodos del llamado progreso histórico tranquilo.¹²

Años más tarde, Lenin retomaba el mismo argumento: «Un demócrata [...] cualesquiera que sean las ilusiones que abrigue a veces en lo que se refiere a los intereses y los anhelos de las masas [...] *tiene fe* en las masas, en la *acción* de las masas, en la legitimidad de sus sentimientos y en la conveniencia de sus métodos de lucha».¹³

En la conferencia de Zúrich mencionada antes, Lenin decía de 1905 que:

[...] demuestra cómo puede ser de grande la energía latente del proletariado. Demuestra que en un período revolucionario —lo digo sin ninguna exageración, basándome en los datos más exactos de la historia rusa— el proletariado *puede* desarrollar una energía combativa *cien veces mayor* que en épocas corrientes, pacíficas. ¡Demuestra que la humanidad no conoció hasta 1905 qué grandes, qué inmensas son las fuerzas que el proletariado es y será capaz de poner en una lucha por objetivos verdaderamente grandes, en una lucha realizada de un modo verdaderamente revolucionario!¹⁴

Aprender de las masas

Hemos visto que el Partido Bolchevique se quedó rezagado con respecto a las masas entre el 9 de enero y la instauración del Soviet de Petersburgo. Lenin siempre puso todo el énfasis en el hecho de que el partido debía confiar en las masas: «Las consignas de los revolucionarios, lejos de quedar sin eco, en realidad *se quedaban rezagadas* respecto de la marcha de los acontecimientos. El 9 de enero, las huelgas de masas que siguieron, la sublevación del Potemkin, fueron todos ellos acontecimientos que se adelantaron a los llamamientos directos de los revolucionarios».¹⁵

El papel clave del partido era «hacer que se despliegue en toda su envergadura la iniciativa revolucionaria creativa de las masas, que en tiempos de paz dan pocas señales de vida, pero que en las épocas revolucionarias pasan al primer plano»¹⁶, darse cuenta «de que la conciencia política de las masas es la fuerza fundamental»¹⁷, y valorar, «por encima de todo, el desarrollo de la conciencia política y de clase de las masas».¹⁸

El partido siempre debe estar junto a las masas en lucha, en la victoria y en la derrota, cuando actúen correctamente y cuando cometan errores. Como Lenin diría muchos años más tarde, después de la victoria de la Revolución de Octubre:

Vínculos indisolubles con la masa obrera, capacidad para desarrollar una labor constante de agitación entre ella, participar en todas las huelgas y hacerse eco de todas y cada una de las demandas de las masas: esto es lo fundamental para un partido comunista.¹⁹

Los errores son inevitables cuando las masas luchan, pero los comunistas *permanecen junto a las masas*, ven esos errores, los explican a las masas, tratan de corregirlos y luchan persistentemente por el triunfo de la conciencia de clase sobre la espontaneidad.²⁰

Cuando Lenin hablaba de las masas en lucha, no aludía, necesariamente, a la mayoría de la clase trabajadora. Un partido revolucionario debe tener su base en esta clase, pero no hace falta que sea la clase al completo. Durante un período histórico entero puede construirse sobre una pequeña minoría de la clase: su vanguardia. Como escribía Lenin el 22 de agosto de 1907:

No apoyar el movimiento de una notoria minoría revolucionaria significa, en esencia, renunciar a todos los métodos revolucionarios de lucha. Pues está fuera de toda discusión que quien participó en las acciones revolucionarias que tuvieron lugar durante todo el año 1905, fue *una notoria minoría revolucionaria*. Fue justamente porque las masas que lucharon se encontraban en minoría —y no por ello dejaban de ser masas— que no lograron un éxito completo en su lucha. Pero todos los éxitos que en general obtuvo el movimiento de liberación en Rusia, todas las conquistas logradas, *todo, sin excepción*, fue el resultado *exclusivo* de esta lucha de masas, que estaban en minoría.²¹

En enero de 1905, la mayoría de trabajadores pensaban que podían dirigirse al zar y hablarle como a una persona decente. El Domingo Sangriento abrió los ojos de millones de ellos. En octubre, los mismos trabajadores creyeron que con agitar el puño ante el zar sería suficiente para forzarle a hacer concesiones. La huelga general de octubre les demostró que no era así. El empleo de las armas era el paso siguiente. Pero de nuevo, esta idea no fue aceptada por la mayoría de la clase trabajadora, y solo una minoría de trabajadores de Moscú participó en el levantamiento armado de diciembre.

El partido revolucionario, arraigado en la sección más avanzada de la clase trabajadora, aprende de los trabajadores que luchan al mismo tiempo que les enseña.

1905: escuela para los bolcheviques

La Revolución de 1905 fue también una gran escuela para el partido revolucionario de los trabajadores. La revolución es la mejor prueba para todo tipo de teorías y programas. Elimina toda clase de ambigüedades y ficciones políticas, y exige ser irreconciliable ideológicamente. Obliga a los trabajadores avanzados a desprenderse de las rutinas, la inercia, la falta de resolución. Al mismo tiempo exige al partido (a causa de los cambios bruscos de dirección que toma la lucha) importantes habilidades tácticas y la adaptabilidad suficiente ante las necesidades rápidamente cambiantes del movimiento.

La revolución mejoró enormemente no solo la relación del partido de vanguardia con la clase, sino también la del líder del partido con el mismo partido. En 1905, el liderazgo de Lenin en su propia facción era, en conjunto, indiscutible. Pero se le exigía un esfuerzo continuo de pensamiento y organización: en cierto sentido, cada día debía reafirmar su liderazgo y reconquistar al partido. Basándonos en los acontecimientos de 1905 y en la experiencia de 1917, se podrían escribir capítulos muy instructivos sobre lo que sucedió a los líderes leninistas sin Lenin. Si 1905 templó a los bolcheviques, templó todavía más a Lenin. Sus ideas, su programa y sus tácticas fueron sometidas, en aquel momento, a la prueba más estricta.

Lenin era explícito en su punto de vista sobre el liderazgo del proletariado y su independencia respecto de los liberales, sobre el papel del soviét como forma de organización en la lucha revolucionaria y como

forma de gobierno revolucionario del futuro, y sobre el arte de la insurrección. La Revolución de 1905 fracasó, *a pesar* de que la estrategia y las tácticas de Lenin eran correctas. Fracasó porque el proletariado y su partido no estaban lo suficientemente desarrollados. Para Lenin, los hechos de 1905 fueron una magnífica escuela de formación, que les prepararía a él y a su partido para los grandes días de 1917.

De la misma manera que Marx y Engels, durante los años de aburrida "normalidad", miraban atrás una y otra vez a los hechos de 1848 como el momento del cual se podía extraer el futuro patrón del movimiento revolucionario de los trabajadores, también Lenin, en los años que siguieron, volvería una y otra vez a 1905. La lucha de masas revolucionaria de ese período fue el punto de partida de su formulación y reformulación de la estrategia y las tácticas del bolchevismo.

Capítulo 13

La victoria de una oscura reacción

La revolución todavía avanza

Aunque hacía meses que la revolución iba en declive y la reacción empezaba a ganar terreno, Lenin seguía creyendo que la primera aún seguiría creciendo. Así, poco después de la derrota de la insurrección de 1905, escribía:

¿Cuál es la situación de la revolución democrática en Rusia, ha sido vencida o solo atraviesa un período de calma momentánea? ¿La insurrección de diciembre fue el punto culminante de la revolución y ahora nos deslizamos de manera incontenible hacia un régimen "constitucional zarista"? ¿O bien el movimiento revolucionario en su conjunto, lejos de decrecer, continúa en ascenso, en tanto prepara un nuevo estallido, acumula nuevas fuerzas en este período de calma y promete, tras la insurrección fracasada, una nueva insurrección con posibilidades de éxito incomparablemente mayores?¹

Y él respondía a estas preguntas como sigue:

El nuevo estallido puede que no tenga lugar esta primavera, pero se aproxima, y con toda probabilidad no está lejos. Cuando llegue debemos estar armados, organizados militarmente, y preparados para realizar operaciones ofensivas decididas.

De acuerdo con esto, la conferencia bolchevique reunida en Tammerfors (Finlandia) entre el 12 y el 17 de diciembre de 1905, también:

[...] aconsejó a las organizaciones del partido que usaran amplia-

mente las asambleas electorales, no para (sometiéndose a las restricciones policiales) conseguir unas elecciones en la Duma, sino para ampliar la organización revolucionaria del proletariado y para agitar a todas las capas del pueblo para una insurrección armada, insurrección que debe prepararse inmediatamente, sin demora; debe organizarse en todos los lugares, porque solo la insurrección victoriosa nos permitirá reunir una representación verdaderamente popular, es decir, una Asamblea constituyente elegida libremente en base a un sufragio universal, directo, igualitario y secreto.²

Tres meses más tarde, en un proyecto de resolución escrito para el Congreso de unidad del POSDR, Lenin todavía insistía en que la insurrección era una posibilidad inmediata: «La insurrección armada es, en estos momentos, no solo el medio necesario de la lucha por la libertad, sino una etapa del movimiento ya alcanzada en los hechos».³

A principios del mes de junio de 1906, escribía: «Es evidente que estamos viviendo uno de los momentos más importantes de la revolución. Hace ya tiempo que viene observándose un nuevo ascenso del amplio movimiento de masas contra el viejo orden. En la actualidad, este ascenso se aproxima a su punto culminante».⁴ En julio, todavía creía que la revolución iba en aumento: «Crece la posibilidad de acciones simultáneas en toda Rusia. Crece la posibilidad de que todas las insurrecciones parciales se fundan en una sola. Vastos sectores de la población sienten como nunca que la huelga política y la insurrección, en cuanto formas de lucha por el poder, son inevitables».⁵

Sin embargo, seis meses después, a principios de diciembre, cambió su postura respecto a la situación. Y sin disculparse en absoluto, explicó por qué se había quedado rezagado respecto a aquellos —los mencheviques sobre todo— que habían declarado hacía meses que la revolución estaba derrotada:

Los marxistas son los *primeros* en prever la inminencia de un período revolucionario y ya comienzan a despertar al pueblo y tocar a rebato cuando los filisteos todavía duermen el sueño servil de los fieles súbditos. De ahí que los marxistas sean los *primeros* en emprender el camino de la lucha revolucionaria directa [...]. Los

marxistas son los *últimos* en abandonar el camino de la lucha revolucionaria directa, sin apartarse de él hasta que se han agotado todas las posibilidades, cuando ya no queda ni *asomo* de esperanza de un camino más corto, cuando ya, evidentemente, no encuentran eco alguno los llamamientos a preparar las huelgas de masas, la insurrección, etc. De ahí que los marxistas traten con desprecio a los incontables renegados de la revolución que les gritan: «¡Nosotros somos más “progresistas” que ustedes, fuimos los primeros en renunciar a la revolución! ¡Fuimos los primeros en “someter” a la constitución monárquica!»⁶

Un revolucionario no puede aceptar la derrota de la revolución hasta que los hechos objetivos no dejen lugar a dudas: es el último en dejar el campo de batalla.

Una perspectiva errónea

En 1907 hubo una depresión internacional, y Lenin esperaba que esta situación reavivaría la lucha revolucionaria. Así, en un proyecto de resolución para el quinto Congreso del POSDR, escribía: «Una serie de hechos testimonia la extrema agudización de las necesidades económicas del proletariado y de su lucha económica [...]. Este movimiento económico es la fuente principal y la base más importante de la crisis revolucionaria que se desarrolla en Rusia».⁷

La opinión de que una crisis económica aumenta la lucha revolucionaria era general entre los marxistas rusos. La única excepción era Trotski, y más tarde se vería que su punto de vista era absolutamente correcto:

Después de un período de grandes luchas y descalabros, las crisis no actúan sobre la clase obrera como acicate de exaltación, sino de un modo depresivo, quitándole la confianza en sus fuerzas y descomponiéndolas políticamente. En circunstancias tales, sólo un nuevo florecimiento industrial puede mantener cohesionado al proletariado, infundirle vida nueva, devolverle la confianza en sí mismo y ponerle en condiciones de volver a luchar.⁸

Retrospectivamente Trotski diría, con mucho acierto:

La crisis industrial mundial, que se inició en 1907, prolongó por otros tres años la ya larga depresión, y lejos de mover a los obreros a emprender una nueva lucha, los dispersó y debilitó más que nunca. Bajo los golpes de los cierres patronales, del paro y de la miseria, las fatigadas masas se desanimaron definitivamente. Tal fue la base material de las "proezas" de la reacción de Stolipin. El proletariado necesitaba la fuente renovadora de otro resurgimiento industrial para recuperar su fuerza, llenar sus filas y sentirse otra vez el indispensable factor en la producción, lanzándose a una nueva lucha.⁹

La victoria de la reacción

Durante los años 1907-10 la reacción fue terrible. El retroceso del movimiento obrero puede medirse a través del declive catastrófico de huelgas después del pico de 1905.¹⁰

Año	Número de trabajadores en huelga (en miles)	Porcentaje del total de trabajadores
1895-1904 (media)	431	1,46-5,10
1905	2.863	163,8
1906	1.108	65,8
1907	740	41,9
1908	176	9,7
1909	64	3,5
1910	47	2,4

«En 1908, y todavía más en 1909, el número de huelguistas era mucho más pequeño incluso que la media de huelguistas de diez años antes de la revolución».¹¹ El declive en las huelgas *políticas* fue especialmente pronunciado. Las cifras de los días de huelga son las siguientes:¹²

Año	Días totales de huelga	Días de huelgas políticas
1895-1904 (total)	2.079.408	
1905	23.609.387	7.569.708
1906	5.512.749	763.605
1907	2.433.123	521.647
1908	864.666	89.021

El declive de la revolución dejó la iniciativa completamente en manos del gobierno zarista, y la represión por parte de los Blancos* fue masiva:

Durante la dictadura de Stolipin se dictaron unas 5.000 sentencias de muerte, y unas 3.500 personas fueron efectivamente ejecutadas. Esta cifra es como mínimo tres veces mayor que el número de ejecuciones que hubo durante todo el período del movimiento masivo (sin incluir, por supuesto, los fusilamientos sin juicio que tuvieron lugar tras la represión de la insurrección armada).¹³

La desintegración del movimiento obrero

Después de que el movimiento revolucionario empezara a declinar y el gobierno zarista recuperara la confianza, el proceso de desintegración del movimiento obrero se aceleró. Tras ser derrotado en la batalla, el hundimiento moral se intensificó y la retirada se convirtió en una huida en desbandada. Los trabajadores no podían ofrecer más resistencia, y el movimiento al completo se vino abajo.

El 1 de marzo de 1908, Lenin escribía:

Es indudable que el primer semestre transcurrido desde el reaccionario golpe de estado del 3 de junio se caracteriza por un considerable descenso y debilitamiento de todas las organizaciones

* "Los Blancos", "el Ejército Blanco", etc. eran formas de referirse al conjunto de las fuerzas contrarrevolucionarias, también después de la Revolución de Octubre de 1917. (N. de la T.)

revolucionarias, incluida la de los socialdemócratas. Las vacilaciones, la dispersión y la desintegración son los rasgos generales de este medio año.¹⁴

Pero Lenin no se rindió fácilmente. Se aferraba a cualquier cosa que indicara una mejora en el movimiento, como el aumento de publicaciones ilegales o la persistencia de grupos locales y en las fábricas. En enero de 1909 proclamaba esperanzado: «La reciente Conferencia del POSDR marca el camino al partido y es evidente que representa un viraje en el desarrollo del movimiento obrero ruso después de la victoria de la contrarrevolución».¹⁵

Pero su optimismo carecía de base, y las indicaciones de mejora eran infundadas. En realidad, en la conferencia que menciona Lenin, de diciembre de 1908, solo había cuatro delegados de Rusia.¹⁶ Stalin describía la situación de aquel momento en un artículo titulado «La crisis en el partido y nuestras tareas»:

Para nadie es un secreto que nuestro Partido atraviesa una grave crisis. La defección de miembros del partido, la reducción de las organizaciones y su debilidad, el aislamiento en que viven unas respecto a otras, la falta de unificación en el trabajo del partido, todo ello indica que el Partido está enfermo, que atraviesa una grave crisis.

Lo primero, lo que más aqueja al Partido, es el aislamiento de sus organizaciones respecto a las grandes masas. Hubo un tiempo en que nuestras organizaciones contaban en sus filas con millares de militantes y llevaban en pos de sí a centenares de miles de personas. Entonces el Partido tenía fuerte arraigo en las masas. Ahora no es así. En lugar de millares de militantes, en las organizaciones han quedado unas decenas, en el mejor de los casos unos centenares. En cuanto a dirigir a centenares de miles de personas, de esto ni siquiera vale la pena de hablar. [...] Basta señalar Petersburgo (donde en 1907 había unos 8.000 militantes y ahora apenas si habrá 300 o 400), para comprender en seguida la gravedad de la crisis. No hablaremos de Moscú, los Urales, Polonia, la cuenca del Donetz, etc., que se encuentran en un estado parecido. Pero eso no es todo. El mal que aqueja al Partido no sólo consiste en el aislamiento respecto a las masas, sino también en la falta de todo vínculo entre sus organizaciones, que no viven una misma

vida de partido y están aisladas unas de otras. Petersburgo no sabe lo que se hace en el Cáucaso, el Cáucaso no sabe lo que se hace en los Urales, etc., cada rincón vive su propia vida particular. Hablando propiamente, no existe ya el Partido único, con una vida común, del que hablábamos todos nosotros con orgullo en 1905, 1906 y 1907.¹⁷

El movimiento, de hecho, estaba en un caos completo. Por ejemplo, durante el verano de 1905, en el distrito de Moscú había 1.435 miembros.¹⁸ La cifra se elevaría a mediados de mayo de 1906 hasta los 5.320.¹⁹ Pero a mediados de 1908 había caído hasta los 250, y seis meses más tarde, hasta los 150. En 1910 la organización dejó de existir cuando el cargo de secretario del distrito cayó en manos de un tal Kulkushkin, un agente de la *ojrana*, la policía secreta.²⁰

Los primeros en dejar el barco que se hundía fueron los intelectuales. En marzo de 1908 Lenin comentaba «el abandono del partido por parte de los intelectuales», y citaba diferentes corresponsales para respaldar su opinión:

«La organización regional ha muerto en los últimos tiempos *por carecer* de trabajadores intelectuales», escribe un corresponsal de la fábrica de Kulebaki (organización regional de Vladímir, en la Región industrial central). «Nuestras fuerzas ideológicas se derriten como la nieve», escriben de los Urales. «Los elementos que rehuyen las organizaciones ilegales en general... y que se habían adherido al partido sólo en el momento de ascenso y de libertad *de facto* existente entonces en muchos sitios, han dejado nuestras organizaciones». Y en un artículo titulado «Cuestiones de organización», el Órgano Central resume así estas noticias (y otras que no mencionamos): «Los intelectuales, como es bien sabido, han desertado en masa en los últimos tiempos».²¹

Un año más tarde, a finales de enero de 1909, Lenin describía el penoso estado del movimiento con estas palabras:

Un año de desintegración, un año de discrepancia ideológica y política, un año de desorientación del partido queda detrás nuestro. Todas las organizaciones del partido vieron reducidos sus efectivos, y algunas —justamente las que contaban con una

cantidad menor de proletarios— se vinieron abajo.

La causa fundamental de la crisis del partido [...] es la vacilación de los elementos intelectuales y pequeñoburgueses, de los cuales el partido obrero ha tenido que desembarazarse. Elementos que se adhirieron principalmente con la esperanza de un triunfo próximo de la revolución democrático-burguesa y no pudieron mantenerse firmes durante la reacción. Su inestabilidad se manifestó tanto en la teoría (se apartaron del marxismo revolucionario), en la táctica (las consignas se moderaron), como en la organización del partido.²²

En una carta a Maksim Gorlci escrita en febrero o principios de marzo de 1910, subrayaba una vez más «el gran declive de las organizaciones en todas partes y su casi desaparición en muchos lugares. La huida en masa de la intelectualidad. Quedan sólo los círculos obreros y algunos individuos aislados. Los obreros jóvenes e inexpertos se abren camino con dificultad».²³

En octubre del mismo año escribía:

La grave crisis del movimiento obrero y el Partido socialdemócrata en Rusia continúa. La desintegración de las organizaciones del partido, el éxodo casi general de los intelectuales, las disensiones y las vacilaciones entre los socialdemócratas que permanecen fieles, el desaliento y la apatía en sectores bastante amplios del proletariado de vanguardia, la inseguridad respecto de cuál es el camino para salir de esta situación... Tales son los rasgos que caracterizan el momento presente.²⁴

En diciembre se quejaba de que «El CC no se ha reunido ni una sola vez en todo el año».²⁵ En mayo de 1911, escribió: «Hoy día la situación *real* del partido es tal, que en casi todas partes, en las localidades hay grupos y núcleos obreros del partido no formalmente constituidos, muy pequeños y minúsculos, que se reúnen de forma irregular. No están vinculados entre sí, y raramente ven alguna publicación».²⁶

Las actividades de los agentes provocadores contribuyeron a la desintegración del movimiento. En 1910 y principios de 1911 todos los miembros bolcheviques del Comité Central que trabajaban en Rusia fueron arrestados.²⁷

La *ojrana* se infiltró en casi todas las organizaciones del partido y la atmósfera imperante de sospechas y desconfianza mutua frustraba cualquier iniciativa. Al principio de 1910, después de algunas detenciones bien calculadas, el provocador Kukushkin se convirtió en el jefe de la organización del distrito de Moscú. «El ideal de la *ojrana* se está haciendo realidad», escribía un activista. «Los agentes secretos controlan todas las organizaciones de Moscú». La situación, en Petersburgo, no era mucho mejor. «El liderazgo parecía haber sufrido una derrota completa, y no había manera de reconstruirlo, los provocadores atacaban nuestros puntos vitales, las organizaciones se hundían». No se realizó ni una sola conferencia en el extranjero con representantes del partido ruso sin que acudiera al menos un agente de la *ojrana*.

En 1912, cuando el diario bolchevique *Pravda* se fundó en Petersburgo, dos agentes de la policía, Miron Chernomazov y Román Malinovski, formaban parte del equipo editorial, el primero como redactor y presidente de la junta editorial, el segundo como redactor colaborador y tesorero. A través de Malinovski la policía obtuvo una lista completa de personas que contribuían con donaciones al diario y una lista completa de suscriptores. Malinovski era también el presidente del grupo bolchevique en la Duma y un miembro del Comité Central. Lenin le admiraba. «*Por primera vez* hay entre los nuestros, en la Duma, un *destacado* dirigente obrero».²⁸ Solía hacerle venir al extranjero para los reuniones más confidenciales, y le confiaba importantes secretos.

Zinóviev, que estaba en contacto estrecho con Lenin, diría más tarde: «En este período tan lamentable el partido en su conjunto dejó de existir».²⁹

La vida en el exilio es insoportable

Durante el período de reacción, la vida se volvió casi intolerable para los revolucionarios en el extranjero. Caminando por las calles de Ginebra, Lenin murmuraba: «Me siento como si hubiera venido aquí para que me entierren». Krúpskaya, comentando esta anécdota, escribe: «Nuestro segundo período de emigración [...] fue mucho más duro que el primero».³⁰

El primer período de Lenin en el extranjero duró cinco años, pero fueron tiempos de alza en el movimiento, tiempos de esperanza. El se-

gundo duró diez años, y empezó con la reacción y la desintegración del movimiento.

Aislados e impotentes, los emigrados se enzarzaron en disputas feroces, denunciándose unos a otros con acritud, acusándose de traiciones y echándose la culpa de las terribles derrotas. Lenin describía así aquel tormento:

Sí, hay muchos aspectos dolorosos en la vida de los exiliados. [...] La necesidad y la miseria son entre ellos más grandes que en otras partes; la proporción de suicidios es muy elevada. Es increíble, monstruosamente elevado, el número de personas que no son más que un manojo de nervios enfermo. ¿Y podía ocurrir de otro modo entre quienes son víctimas de tantos padecimientos?³¹

En una carta a su hermana María del 14 de enero de 1908, decía: «Hace ya varios días que estamos en esta maldita Ginebra [...]. Es un agujero infecto, ¡pero qué le vamos a hacer! Ya nos acostumbraremos».³²

Unos diez meses más tarde, cuando estaban planeando irse a París, escribió a su madre: «Espero que una gran ciudad nos anime un poco a todos; estamos cansados de este rincón provinciano».³³

Pero un año más tarde, en febrero de 1910, escribía otra vez: «París es un agujero podrido en muchos aspectos [...]. Hasta ahora (¡después de un año de estar aquí!) he sido incapaz de adaptarme *del todo* a esta ciudad».³⁴

En el otoño de 1911, cuando su hermana Anna acudió a visitarle a París, Lenin no pudo ocultarle que la segunda emigración había sido dolorosa en extremo. «Su estado de ánimo era visiblemente menos alegre [...]. Un día, mientras paseábamos juntos, me dijo: ¿Seremos capaces de vivir hasta la próxima revolución?».³⁵

El 11 de abril de 1910 le escribía a Gorki: «La vida en el exilio, ahora, es cien veces más difícil que antes de la revolución. La vida en el exilio y las disputas son inseparables».³⁶

En el ámbito doméstico, la pobreza les perseguía. Krúpskaya lo recuerda así:

Éramos muy pobres. Los trabajadores conseguían ganarse la vida de una manera u otra con gran esfuerzo, pero la situación de los intelectuales era muy mala. No siempre era posible hacerse trabajador. Era humillante vivir de los fondos de exiliados y comer

en sus comedores. Recuerdo varios casos tristes. Un camarada intentó hacerse pulidor, pero no le fue fácil aprender el oficio, y se veía obligado a cambiar frecuentemente de trabajo. Vivía en un barrio obrero lejos de donde habitaban los otros exiliados. Al final estaba tan débil por falta de alimentación que no podía abandonar el lecho y nos escribió pidiendo dinero. Sin embargo pedía que no se lo lleváramos directamente a él sino que lo dejáramos con el conserje.

Nikolái Vasiliévich Sapozhkov (Kuznetsov) lo pasó bastante mal. Él y su esposa encontraron trabajo pintando vasijas, pero ganaban muy poco y día a día se podía ver cómo aquel gigante iba adelgazando y la cara se le llenó de arrugas producidas por la escasez de alimentos. Pero él nunca se quejó de su estado. Hubo muchos casos como aquel. El más triste de todos fue el del camarada Prigara, que había participado en la insurrección de Moscú. Vivía en un suburbio obrero y los camaradas sabían poco de él. Un día vino a vernos y empezó a hablar excitadamente de incoherentes historias de carros de maíz con muchachas hermosas que los llevaban, etc., etc. Era evidente que se estaba volviendo loco, y primeramente pensamos que se debía a la inanición. Mi madre empezó a prepararle algo de comer. Ilich, pálido de compasión, se quedó con Prigara mientras yo iba a casa de un amigo nuestro, que era especialista en enfermedades mentales. Cuando este amigo vino, tuvo una charla con el enfermo y dijo que se trataba de un grave caso de locura producido por la inanición. El caso no era crítico, dijo, pero evolucionaría a una manía persecutoria que podía acabar en suicidio. Debía ser vigilado, pero ni siquiera sabíamos su dirección. Brittman fue a acompañarle a su casa pero se le escapó por el camino. Reunimos nuestro grupo y organizamos su búsqueda, pero fue en vano. Más tarde encontraron su cadáver en el Sena, con piedras atadas a manos y pies. Se había suicidado.³⁷

Mala comunicación con Rusia

El aislamiento de los exiliados respecto del minúsculo movimiento que había sobrevivido en Rusia se añadía a la tensión que sentían Lenin y sus compañeros en el extranjero. Las comunicaciones entre Lenin y los

activistas en la clandestinidad nunca habían sido buenas, pero en el período de reacción se deterioraron todavía más, hasta que fueron prácticamente inexistentes.

Lenin había conocido a muchos de sus contactos personales en reuniones del partido o de la facción. Pero estas reuniones, ahora, contaban con pocos delegados del interior de Rusia. La conferencia de diciembre de 1908, como hemos mencionado, solo juntó a cuatro delegados rusos. A la siguiente reunión, de la "Junta editorial ampliada de *Proletari*", en junio de 1909, acudieron cinco delegados de Rusia: tres de ellos eran de las mismas áreas que los que habían acudido a la conferencia de diciembre, y los otros dos habían escapado de Siberia y, por lo tanto, tampoco estaban demasiado al corriente de los acontecimientos.

Gorki y Lenin que, por entonces, estaban en bandos opuestos políticamente, se carteaban con frecuencia durante esta época. Gorki tuvo un poco más de éxito con su escuela, que abrió en Capri en 1909; aunque solo asistían trece miembros de comités rusos. Eso le permitió a Lenin ampliar un poco sus contactos, porque cinco de aquellos estudiantes y un organizador se fueron de la escuela en noviembre como "leninistas" y viajaron a París para verle. Los otros ocho estudiantes hicieron lo mismo cuando la escuela terminó en diciembre.

De manera que de diciembre de 1908 a diciembre de 1909 Lenin solo se encontró con 22 miembros de comités rusos. Durante los siguientes 15 meses, hasta que empezó la propia escuela de Lenin en Longjumeau —organizada durante la primavera de 1911—, no contactó con ningún miembro de los comités en absoluto. En diciembre de 1910 intentó «repetir el experimento de Capri» con los estudiantes de la escuela que Bogdánov y Lunacharski (por entonces también opuestos a Lenin) habían organizado en Boloña, pero el intento fue un auténtico fracaso.³⁸

La correspondencia con Rusia era también muy irregular. Antes de la conferencia de 1903, Lenin escribía unas 300 cartas al mes a Rusia, pero ahora dejó de escribir casi por completo. Las *Obras completas* (quinta edición rusa), que contienen sus cartas de ese período, reproducen o aluden a poquísimas cartas a Rusia: nueve durante todo el año 1909, 15 en 1910, siete en 1911, y ocho en la primera mitad de 1912.

(A partir de ahí, el número aumenta considerablemente: 31 en la segunda mitad de 1912, 43 en 1913, 35 en los primeros siete meses de 1914).³⁹

Para empeorar todavía más las cosas, los corresponsales rusos no eran, a menudo, demasiado útiles. Con frecuencia escribían usando un lenguaje muy oscuro, fuera para engañar a los censores, o como pretexto cuando no tenían nada que contar o cuando querían enturbiar la situación real. Lenin, después, se quejaba: «Nicolái envía una carta llena de expresiones de júbilo, pero absolutamente inútil», y «en vez de cartas, usted nos envía varias exclamaciones breves, telegráficas, que son en gran parte incomprensibles», y «He recibido sus dos cartas y he quedado muy sorprendido después de leerlas. ¿Qué podría ser más sencillo que escribirnos con simplicidad y claridad sobre lo que ocurre?». ⁴⁰ A menudo no le escribían en absoluto, y en las cartas de Lenin se pueden leer comentarios como «qué pena que no hayamos recibido antes noticias de usted... estamos terriblemente aislados, aquí; tratamos de contactar con usted y con Vyach, pero no tuvimos suerte»⁴¹, o «Queridos camaradas, no hemos tenido noticias tuyas desde hace mucho tiempo» (¡Esto se lo decía a los miembros del Buró ruso del Comité Central!)⁴². Todos estos comentarios individuales pueden resumirse en esta súplica: «Por Dios, denos más contactos. Contactos, contactos, contactos; esto es lo que nos falta».⁴³

Se añadió, también, otra dificultad: el sistema de distribución de periódicos bolcheviques (todos los cuales, hasta 1910, se producían en el extranjero) se derrumbó después de 1905 y ya no pudo restablecerse por completo. Eran pocos los ejemplares que entraban clandestinamente en Rusia; y además, los miembros de los comités a menudo se quejaban de que los periódicos publicados fuera del país estaban tan desconectados de los asuntos rusos que eran prácticamente inútiles. En 1909, Stalin escribía:

[...] los órganos de prensa editados en el extranjero, sin hablar ya de que llegan a Rusia en número muy limitado, están rezagados, evidentemente, respecto de la vida del Partido en Rusia, no están en condiciones de percibir y tratar a su debido tiempo las cuestiones que preocupan a los obreros y, por eso, no pueden vincular sólidamente, en un todo único, nuestras organizaciones locales.⁴⁴

Esto es un buen ejemplo de la manera de razonar de un activista

“práctico”, orgulloso del trabajo organizativo que ha llevado a cabo en condiciones difíciles, y desdeñoso de los grupos de discusión en el extranjero que él ha “superado”. Piátnitski se hacía eco de las palabras de Stalin en la conferencia de Praga, en 1912: «Ataqué a la junta editorial con violencia porque a veces se olvidaba de que el Órgano Central —el *Sotsial-demokrat*— existía no solo para los camaradas en el extranjero que estaban al corriente de todas las riñas en el partido, sino principalmente para los camaradas en Rusia».⁴⁵

El doctor N. A. Semashko, él mismo un emigrado, escribía tras la revolución: «Habitualmente, las rencillas entre emigrados se veían como choques entre *viejas glorias* desterradas. En gran medida incluso yo, que directamente participaba en tales peleas, lo veía así».⁴⁶ Durante la conferencia de enero de 1912, uno de los siete miembros (elegido en dicha conferencia) del Comité Central, Suren Spandarian, expresó sus dudas de que un grupo de emigrados fuera necesario en absoluto: «Que los que quieran trabajar [...] vengan a Rusia conmigo».⁴⁷

Lenin muestra cómo retirarse

Dirigir un ejército en retirada es, habitualmente, mucho más difícil que dirigirlo en una ofensiva. Sin duda, uno de los episodios más difíciles de la historia del bolchevismo es el de los años de reacción, durante los cuales Lenin estuvo sumido en un aislamiento mucho mayor que nunca antes o después. Muchos años más tarde, mirando atrás, se daba cuenta de que los líderes revolucionarios deben aprender cómo llevar a cabo esta retirada.

Los partidos revolucionarios debían completar su educación. Estaban aprendiendo cómo atacar, pero ahora tenían que entender que era también necesario saber retirarse en buen orden. Tenían que darse cuenta —y es a través de una experiencia amarga que la clase revolucionaria adquiere esa conciencia— que la victoria es imposible a menos que se haya aprendido cómo atacar y como retirarse adecuadamente.

Con un justificado orgullo, Lenin explicaba:

De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques quienes realizaron el repliegue más ordenado, con menos bajas en su “ejército”, conservando mejor su núcleo central, con las divisiones menos graves (en cuanto al carácter

profundo e irreparable de éstas), con menos desmoralización, y en mejores condiciones para reanudar la acción en la más amplia escala y del modo más acertado y enérgico. Los bolcheviques lograron esto solo porque desenmascararon sin piedad y expulsaron a los charlatanes revolucionarios y a quienes no querían comprender que había que replegarse.

En términos concretos, retirarse significaba apartarse del campo de batalla donde la lucha revolucionaria se libraba de forma directa y abierta, para, en vez de eso, «actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios y en los sindicatos más reaccionarios, y en las cooperativas, mutualidades y otras organizaciones semejantes».⁴⁸

La actitud hacia las elecciones de la Duma

Durante varios años (1906-10), la cuestión sobre qué actitud tomar hacia la Duma fue de una importancia clave, y este problema causó desacuerdos entre Lenin y la mayoría de miembros de su facción —los bolcheviques— y, por razones diferentes, con los mencheviques.

La cuestión surgió en un momento temprano, en mayo de 1905, antes del Congreso bolchevique o la Conferencia de los mencheviques, cuando se anunció que el zar había dado instrucciones al nuevo ministro del interior, Buligin, para que elaborara un proyecto para la creación de una asamblea representativa consultiva. Los mencheviques estaban a favor de participar en las elecciones, y no modificaron su posición ni siquiera cuando se publicaron los estatutos de la Duma el 6 de agosto, en los que se dejaba claro que la asamblea tendría unos poderes muy limitados y que el proceso de elecciones sería muy antidemocrático. Los votantes se dividirían según “estratos” sociales, con una representación extremadamente pequeña para los trabajadores, y habría muchas fases en el proceso electoral. Los bolcheviques se posicionaron a favor de un boicot “activo” de las elecciones.

A principios de septiembre de 1905, una conferencia de todos los socialdemócratas —bolcheviques, mencheviques, los socialdemócratas letones y polacos, el Bund judío y el Partido revolucionario ucraniano— decidió, con la excepción de los representantes mencheviques, respaldar el boicot. Lenin explicó lo que eso significaba en un artículo titulado “El boicot a la Duma de Buligin y la insurrección”, escrito en

agosto de 1905: «En oposición a la abstención pasiva, el boicot activo debe significar agitación decuplicada, organización de reuniones en todas partes, aprovechamiento de las reuniones electorales, aunque sea participando en ellas por la fuerza, organización de manifestaciones, huelgas políticas, etc., etc.»⁴⁹

El 11 de diciembre se publicó un estatuto con una nueva ley electoral, que, aparte de confirmar la división de los votantes en “estratos” sociales, y las muchas fases de la elección, hacía concesiones significativas respecto a la representación de los trabajadores y los campesinos. Se aumentaba en gran medida el número de representantes que los trabajadores podían elegir, y todavía más el de los campesinos. Sin embargo, el voto plural para las clases más enriquecidas de la sociedad y las elecciones indirectas eran elementos claramente antidemocráticos, inclinando el sistema hacia una representación mayor de los grandes terratenientes que de los campesinos. Los trabajadores y los campesinos debían votar separadamente de las otras clases de la población.

El estrato de los terratenientes elegía a un representante por cada 2.000 votantes, el estrato urbano elegía a un representante por cada 7.000 votantes. Es decir, el voto de un terrateniente equivalía a tres votos de la burguesía urbana, 15 votos campesinos y 45 votos obreros. El porcentaje de personas de los estratos obreros que tenía derecho a voto era de solo un cuatro por ciento del total de votantes que elegían diputados para la Duma.⁵⁰

Lenin propuso un boicot activo a las elecciones a la Duma porque asumía que la revolución iba a continuar creciendo, de ahí su táctica. Así, escribía: «El “boicot activo” [...] es inconcebible sin una consigna clara, precisa y directa. Tal consigna sólo puede ser la insurrección armada».⁵¹ Después de la derrota de la insurrección de Moscú, en diciembre de 1905, Lenin seguía siendo partidario del boicot, ya que, según él, la revolución se había frenado solo temporalmente y no faltaba mucho para una insurgencia mayor.

Finalmente, tanto los bolcheviques como los mencheviques, que habían cambiado de opinión, boicotearon las elecciones a la Duma, pero algunos socialdemócratas, a título individual, participaron en ellas desafiando las instrucciones del partido. Muchos de ellos tuvieron un éxito razonable, cosa que llevó a los mencheviques a reconocer apresuradamente que habían cometido un error boicoteando las elecciones.

Cuando se reunió la Duma, el 28 de abril de 1906, entre los diputados había algunos socialdemócratas. Catorce de ellos se organizaron en un grupo socialdemócrata. En elecciones posteriores, los mencheviques georgianos lograron que otros cinco de sus miembros salieran elegidos.

En mayo, Lenin comentaba esta victoria electoral en un artículo, “La victoria en las elecciones de la socialdemocracia en Tiflis”:

Saludamos el éxito de nuestros camaradas del Cáucaso. [...] Nuestros lectores saben que estábamos a favor del boicot a la Duma. [...] Pero se sobreentiende que ahora, si esos diputados realmente han llegado a la Duma por la vía partidista y son socialdemócratas verdaderamente partidistas, todos nosotros, como miembros de un partido único, los ayudaremos, en la medida de nuestras fuerzas, a cumplir su difícil misión.⁵²

Cuando el Congreso de Estocolmo del POSDR (abril-mayo de 1906) se reunió, los delegados mencheviques de Transcaucasia propusieron que el partido cesara en el boicot y que designara a candidatos para las elecciones que estaban por venir. La facción bolchevique acusó a los mencheviques de traición. Pero, consternados, vieron que Lenin era el único delegado bolchevique que se alineaba con los mencheviques. De hecho, Lenin ignoró la disciplina de la facción y votó con los mencheviques.

A finales de junio de 1906 justificaba así su nueva postura:

¿Se deduce *necesariamente* del boicot que no podemos formar nuestro propio grupo de partido en la Duma? De ninguna manera. Los partidarios del boicot que sostienen semejante opinión [...] se equivocan. Estábamos obligados a intentar —y lo intentamos— cuanto de nosotros dependía para impedir la convocatoria de una falsa institución representativa. Esto es cierto. Pero si a pesar de todos nuestros esfuerzos esta institución representativa se ha convocado, no podemos sustraernos a la tarea de utilizarla.⁵³

El 12 de agosto ya abogaba inequívocamente por acabar con el boicot:

Los socialdemócratas del ala izquierda deben reconsiderar la cuestión del boicot a la Duma del Estado. Debe recordarse que siempre hemos planteado esta cuestión en forma concreta, y en relación con una situación política dada.⁵⁴

Ha llegado el momento de que los socialdemócratas revolucionarios dejen atrás el boicot. No nos negaremos a ir a la segunda Duma cuando (o en el caso de que) se convoque. No nos negaremos a utilizar esa palestra, pero tampoco exageraremos en modo alguno su modesto valor; por el contrario, guiados por la experiencia que nos brinda la historia, supeditaremos por entero la lucha que libramos en la Duma a otra forma de lucha, es decir, la huelga, la insurrección, etc.⁵⁵

Después de este cambio de línea Lenin se encontró aislado del resto de bolcheviques. En la tercera conferencia del POSDR en Kotka (Finlandia), celebrada los días 21-23 de julio de 1907, presentó una resolución contra el boicot (el portavoz oficial de los bolcheviques, Bogdánov, había presentado una a favor). Ningún delegado bolchevique apoyó a Lenin; al contrario, le acusaron de traicionar el bolchevismo.

El proyecto de resolución de Lenin decía lo siguiente:

Considerando,

(1) que el boicot activo, como lo ha demostrado la experiencia de la revolución rusa, es una táctica acertada por parte de la socialdemocracia únicamente cuando existe un ascenso revolucionario amplio, general y rápido, en vías de convertirse en una insurrección armada, y sólo cuando está ligado al objetivo ideológico de la lucha contra las ilusiones constitucionalistas originadas por la convocatoria de la primera asamblea representativa por parte del antiguo régimen;

(2) que cuando no se dan estas condiciones, la táctica acertada de la socialdemocracia revolucionaria exige [...] participar en las elecciones, como ocurrió en el caso de la segunda Duma.⁵⁶

A Lenin no le preocupaba el hecho de haber llegado a la conclusión de que era necesario acabar con el boicot a las elecciones de la Duma después que los mencheviques. Al contrario, un "error" de este tipo no era un error en absoluto. «Los socialdemócratas revolucionarios deben ser los *primeros* en emprender el camino de la lucha más decidida y directa, y los *últimos* en adoptar métodos de lucha más indirectos».⁵⁷

Lenin sabía muy bien que entre los bolcheviques que querían continuar con el boicot había muchos de los mejores militantes revolucionarios,

y que éstos sostenían su punto de vista con la mejor de las intenciones:

No cabe duda de que, en muchos casos, lo que suscita simpatía por el boicot es precisamente esta aspiración de los revolucionarios, merecedora de todo respeto, de mantener la tradición del mejor pasado revolucionario, de alumbrar el desolador pantano de los actuales días grises con el fuego de la lucha audaz, franca y decidida. Pero precisamente porque apreciamos esta preocupación por las tradiciones revolucionarias debemos protestar enérgicamente contra la idea de que mediante la aplicación de una consigna de un período histórico determinado se puede hacer revivir las condiciones fundamentales de esa época. Una cosa es preservar las tradiciones de la revolución, saber utilizarlas constantemente para la propaganda y la agitación, y para dar a conocer a las masas las condiciones de la lucha directa y de ofensiva contra el antiguo régimen, y otra cosa es repetir una consigna arrancada del conjunto de las condiciones que la hicieron surgir y aseguraron su éxito, para aplicarla a condiciones esencialmente distintas.⁵⁸

Lenin exigía a los bolcheviques que se prepararan para afrontar la realidad: «Ya que la maldita contrarrevolución nos ha metido en esta maldita pocilga, trabajaremos también en ella, sin lloriqueos, pero también sin jactancias, para el bien de la revolución».⁵⁹

Muchos años después, mirando atrás, diría:

A menudo, las circunstancias imponen inevitablemente compromisos a un partido que lucha [...]. El deber de un partido auténticamente revolucionario no consiste en declarar que es imposible renunciar a todo compromiso, sino saber permanecer fiel, *a través de todos los compromisos*—cuando son inevitables—, a sus principios, a su clase, a su misión revolucionaria, a su tarea de preparar la revolución y de educar a las masas populares para la victoria de la revolución.

Por ejemplo: participar en la tercera y la cuarta Duma era un compromiso, una renuncia temporal a las exigencias revolucionarias. Pero era un compromiso absolutamente forzoso, pues la correlación de fuerzas excluía para nosotros, por cierto tiempo, la lucha revolucionaria de masas, y para poder preparar durante un período largo esa lucha era necesario saber trabajar incluso en una "pocilga"

semejante. La historia ha demostrado que el planteamiento del problema que hacían los bolcheviques como partido era absolutamente correcto.⁶⁰

Capítulo 14

Estrategia y táctica (Lenin aprende de Clausewitz)

Durante los veinte años de 1894-1914 se produjo un crecimiento enorme y una gran maduración del movimiento obrero ruso. Tal desarrollo era una escuela viva de táctica y estrategia, y Lenin, el producto más importante de esta escuela, creció con el movimiento, lo influyó y fue influido por él. Estas dos décadas fueron un período de largas preparaciones —para él y para el conjunto de la clase trabajadora— para la prueba más importante táctica y estratégicamente: la de la terrible masacre de la guerra, y la de su finalización a través de la revolución. Las lecciones más intensivas de este período preparatorio fueron las de la Revolución de 1905 y los años que la siguieron.

El marxismo: ciencia y arte

Como hemos señalado, cuando estalló la Revolución de 1905 Lenin se apresuró a estudiar los escritos militares de Karl von Clausewitz, que le influyeron de manera considerable en su formulación de estrategia y tácticas políticas.

Clausewitz, el gran filósofo de la guerra, que se inspiraba en Napoleón, definía la táctica como «la teoría del uso de las fuerzas militares en el combate», y la estrategia como «la teoría del uso del combate para el objetivo de la guerra». Lenin definía la relación entre la táctica revolucionaria y la estrategia revolucionaria en términos muy parecidos a los de Clausewitz. El concepto de táctica se aplica a las medidas destinadas a realizar una sola tarea, o para una sola rama de la lucha de clases. Por eso Lenin hablaba de las tácticas que eran necesarias, por ejemplo, durante enero de 1905, o en relación a Gapón. También habla de las tácticas sindicales, de las tácticas parlamentarias, etc. La estrategia revolucionaria, en cambio, comprende una combinación de tácticas que, al asociarse y crecer, deben dirigir a la clase trabajadora a la conquista del poder.

La Segunda Internacional, que surgió durante el período de crecimiento lento, orgánico y sistemático del capitalismo y del movimiento obrero, se limitó, en la práctica, a cuestiones tácticas: a los objetivos de la lucha del día a día para conseguir reformas en los sindicatos, en el parlamento, en los cuerpos gubernamentales locales, en las cooperativas, etc. El movimiento revolucionario ruso, que se desarrolló durante tiempos muy turbulentos, mientras el rumbo de los acontecimientos cambiaba a menudo muy rápidamente, tuvo que hacer frente a la cuestión más amplia de la estrategia, y la relación de ésta con la táctica. No había nadie más competente para afrontar esa cuestión que Lenin, que sabía mejor que nadie cómo elevar el marxismo de una ciencia a un arte.

Constantemente se refiere al marxismo como ciencia, pero cuando es una guía para la acción, es también, necesariamente, un arte. La ciencia se ocupa de lo que existe, mientras que el arte nos enseña cómo actuar. La principal contribución de Lenin es el desarrollo del marxismo como arte. Si Marx hubiera muerto sin participar en la fundación de la Primera Internacional todavía sería Marx, pero si Lenin hubiera muerto sin construir el Partido Bolchevique, sin tener un papel relevante en la Revolución de 1905 o en la que siguió más tarde, en 1917; o sin haber fundado la Internacional Comunista, no hubiera sido Lenin.

Para ir de la teoría a la práctica, de la ciencia al arte, Lenin tenía que demostrar la relación dialéctica entre ellos: lo que tienen en común uno y otro elemento, y los que los diferencia.

«Nuestra teoría no es un dogma, sino una guía para la acción», decían siempre Marx y Engels, ridiculizando la mera memorización y repetición de «fórmulas» que, a lo sumo, solo pueden señalar objetivos *generales* que son necesariamente cambiantes y están sujetos a las condiciones económicas y políticas *concretas* de cada *período* particular del proceso histórico.¹

Hay una gran diferencia entre las leyes *generales* de la dinámica de la sociedad y las condiciones históricas reales y concretas, porque la vida es infinitamente más complicada que cualquier teoría abstracta. Con tantos factores interactuando, el conocimiento teórico por sí solo no puede ser la base del conocimiento de la realidad. Lenin no se cansaba de repetir: «La teoría, amigo mío, es gris, pero el árbol eterno de

la vida es verde». La realidad viva es siempre mucho más rica en acontecimientos, probabilidades y complicaciones que cualquier concepto teórico o pronóstico, y es por esta razón que Lenin se burlaba de aquellos que convertían el marxismo en un icono: «A un icono se le puede rogar, ante un icono la gente se santigua y se arrodilla, pero el icono no cambia en nada la vida práctica, ni la política práctica».² En una carta a Inessa Armand escribía con amargura: «La mayor parte de la gente (el 99 por ciento de la burguesía, el 98 por ciento de los liquidadores y del 60 al 70 por ciento de los bolcheviques) no saben *pensar*, solo *aprenden palabras de memoria*».³

El obstáculo principal para una comprensión no dogmática del marxismo, para poder usarlo como una guía para la acción, es la inclinación por substituir lo concreto por lo abstracto. Éste es uno de los errores más peligrosos, sobre todo en una situación prerrevolucionaria o revolucionaria, momento en que el desarrollo histórico es errático, irregular, lleno de retrocesos y giros bruscos.

La verdad abstracta no existe. La verdad es siempre concreta.⁴

Toda verdad abstracta se convierte en una frase vacía si se aplica a cualquier situación concreta. Es indiscutible que «cada huelga esconde tras de sí la hidra* de la revolución social», pero es absurdo pensar que de cada huelga se puede pasar en el acto a la revolución.⁵

Toda consideración histórica general, aplicada a un caso particular sin un análisis especial de las condiciones de ese caso concreto, se convierte en una frase vacía.⁶

Al mismo tiempo, una comprensión científica clara de los rasgos *generales* del desarrollo histórico de la lucha de clases es algo esencial para un líder revolucionario, el cual, sin un conocimiento general de economía y política, no sería capaz de orientarse y conservar la confianza a lo largo de los muchos giros y recovecos de la lucha. Por eso Lenin repetía hasta la saciedad que la estrategia y la táctica deben ba-

* Serpiente acuática venenosa. En la mitología griega, la Hidra de Lerna era un monstruo acuático que tenía forma de una serpiente con muchas cabezas. (N. de la T.)

sarse en «una apreciación exacta de la situación *objetiva*»,⁷ mientras que, al mismo tiempo, deben «elaborarse después de analizar las relaciones de clase *en su totalidad*»⁸. En otras palabras, deben basarse en un análisis teórico claro y firme; en la ciencia.

El escepticismo teórico es incompatible con la acción revolucionaria. «Lo que importa es estar seguros de haber elegido el buen camino, y esta seguridad centuplicará la energía y el entusiasmo revolucionarios, que son capaces de realizar milagros».⁹

Sin comprender las leyes del desarrollo histórico no se puede mantener una lucha persistente. Durante los años de grandes esfuerzos y decepciones, de aislamiento y penas, los revolucionarios no podrían sobrevivir sin la convicción de que sus acciones concuerdan con lo que es necesario para el avance histórico. Para no perderse en un camino tan largo y tortuoso, uno debe mantenerse firme ideológicamente. El escepticismo teórico y la lucha revolucionaria implacable no son compatibles. La fuerza de Lenin consistía en relacionar siempre la teoría con los cambios del desarrollo humano. Él juzgaba la importancia de cada concepto teórico en relación con las necesidades prácticas. De la misma manera, comprobaba que cada paso práctico encajara en la teoría marxista, combinando teoría y práctica a la perfección. No era ninguna exageración lo que escribió el historiador bolchevique M. N. Pokrovski: «No hallaréis ni una sola obra de Lenin que sea puramente teórica; en cada una de ellas hay una parte de propaganda».¹⁰

Lenin creía en la improvisación, pero para que la improvisación no degenerara en un mero dejarse arrastrar por las impresiones de cada momento, debe mezclarse con una *perspectiva general* basada en una teoría desarrollada a conciencia. La práctica sin teoría lleva a la incertidumbre y a los errores. Por otro lado, estudiar el marxismo separándolo de la lucha es desposeerlo de su fuerza principal —la acción—, y solo crea inútiles devoradores de libros. A través de la teoría revolucionaria se clarifica la práctica, y a través de la práctica se verifica la teoría. Conseguir que el ánimo y la mente de la gente asimilen las tradiciones marxistas solo es posible a través de la lucha.

La teoría es la generalización de la práctica del pasado. De ahí que, como Gramsci indicó muy acertadamente, «las ideas no nacen de otras ideas, ni las filosofías de otras filosofías; unas y otras son una expresión, renovada continuamente, del desarrollo histórico real».¹¹ Para adaptarse a cualquier situación nueva sin perder la propia identidad, hay que unir la teoría a la práctica.

Lenin sabía que ninguna organización revolucionaria puede sobrevivir sin un laboratorio ideológico que estuviera creando constantemente. Él mismo siempre trataba de encontrar un uso eventualmente político para sus investigaciones, pero mientras estaba entregado a ellas, no dudaba de apartarse durante meses de la práctica política para sumergirse en el Museo Británico o la Bibliothèque Nationale*.

El programa del partido —sus principios básicos— toma como punto de partida el potencial histórico de la clase trabajadora, es decir, se deriva de las condiciones materiales de la sociedad en general, y en particular, de la posición de la clase trabajadora dentro de ella. La estrategia y la táctica, sin embargo, no toman como punto de partida el mundo material en sí mismo, sino la conciencia de los trabajadores. Si la conciencia —aquello que Marx llamaba la superestructura ideológica— reflejaba la base material directamente, entonces la táctica y la estrategia podían derivarse directamente del programa del partido. Sin embargo, esta derivación es, de hecho, indirecta y complicada, y sobre ella influyen las tradiciones y la experiencia de los trabajadores, además de las actividades del propio partido. Un partido revolucionario, en principio, se opone al sistema salarial, pero tácticamente está muy lejos de ser indiferente a la lucha de los trabajadores para mejorar sus salarios.

Un liderazgo revolucionario no solo necesita comprender la lucha globalmente, sino también la capacidad de impulsar las consignas correctas en cada punto de inflexión. Éstas no derivan sencillamente del programa del partido, sino que deben ajustarse a las circunstancias, y sobre todo al ánimo y a la forma de sentir de las masas, para que los líderes las puedan utilizar para llevar adelante a los trabajadores. Las consignas deben ser apropiadas no solamente para la dirección general del movimiento revolucionario, sino también para el nivel de conciencia de las masas. Solo a través de la *aplicación* de la línea general del partido se pone de manifiesto su valor real. La unidad orgánica de la teoría general y las tácticas particulares era el punto clave de la lucha de Lenin y de su forma de actuar.

* En sus memorias, M. N. Pokrovski explica que en 1908, los bolcheviques enviaron una delegación, que incluía al mismo Pokrovski, para hablar con Lenin y pedirle que abandonara sus estudios filosóficos para volver a la política práctica. Lenin, sin embargo, rehusó (ver I. Deutscher, *Stalin*, Londres, 1949, p. 116)

Sin un programa, un partido no puede existir como organismo político integral capaz de seguir su línea sin desviarse ante cualquier viraje de los acontecimientos. Sin una línea táctica basada en la apreciación del momento político y que dé respuestas precisas a los "malditos problemas" de la actualidad, puede existir un círculo de teóricos, pero no una entidad política actuante.¹²

La única manera de verificar que un plan estratégico o una táctica son correctos, es a través de ponerlos a prueba en la práctica, de comprobar su validez aplicándolos al desarrollo real de la lucha de clases:

Es necesario *verificar* lo más a menudo posible las decisiones tácticas adoptadas a la luz de los nuevos acontecimientos políticos. Tal verificación es necesaria tanto teórica como prácticamente: teóricamente, para comprobar si, en los hechos, las decisiones tomadas son justas, y qué correcciones obligan a introducir en ellas los acontecimientos políticos ocurridos después de tomarlas; prácticamente, para aprender a usar estas decisiones como una guía adecuada, para aprender a considerarlas como directivas que deben ser puestas en práctica de inmediato.¹³

Trotsky expresaba muy bien esta misma idea cuando decía: «El prejuicio fundamental de los bolcheviques consiste precisamente en la idea de que uno solo puede aprender a montar cuando está sentado y listo sobre un caballo». Solo a través de la misma lucha se puede aprender sobre estrategia y táctica. Una y otra vez, Lenin citaba a Napoleón: «*On s'engage et puis... on voit*». En traducción libre, vendría a ser: «Comprometámonos primero en una batalla importante, y después veremos qué ocurre».

En una guerra, sobre todo en la guerra de clases durante un período revolucionario, los elementos que se desconocen, no solo del enemigo sino de uno mismo, son tan numerosos que, al análisis más riguroso, hay que añadirle la improvisación valerosa, basada en gran parte en la intuición y en una imaginación creativa y activa.

El marxismo se diferencia de todas las demás teorías socialistas por la magnífica forma en que combina una completa rigurosidad científica en el análisis de la situación objetiva y del curso objetivo

de la evolución, con el reconocimiento más decidido de la importancia que tienen la energía revolucionaria, el genio creativo revolucionario y la iniciativa revolucionaria de las masas, y también, naturalmente, de los individuos, de los grupos, organizaciones y partidos que saben hallar y establecer contacto con tales o cuales clases.¹⁵

Lenin insistía constantemente en que era necesario ser conscientes de lo que pensaban y sentían las masas, y él mismo tenía una especial habilidad para ello. Como decía Trotsky: «El arte de conducir revolucionariamente a las masas en los momentos críticos consiste, en nueve décimas partes, en saber pulsar el estado de ánimo de las propias masas [...]. La gran fuerza de Lenin consistía en su incomparable capacidad para tomar el pulso a la masa y saber cómo sentía». ¹⁶

Solo en la misma lucha el partido puede descubrir lo que realmente piensan y son capaces de conseguir las masas. El marxismo no acepta el determinismo mecánico, el fatalismo ni la obstinación voluntarista. En su base encontramos la dialéctica materialista y el principio de que las masas descubren sus propias habilidades a través de la acción. No hay nada en común entre el realismo de Lenin y la pasividad y la bajeza de la *Realpolitik*. Contra esta última hay que contraponer, como dijo Lenin, «la dialéctica revolucionaria del realismo marxista, que destaca las tareas urgentes de la clase avanzada y revela, en el estado existente de las cosas, los elementos que llevarán a destruirlo». ¹⁷ Se daba cuenta perfectamente de que una valoración rigurosa de las fuerzas reales es necesaria, y que el mismo partido revolucionario es un factor clave en el equilibrio de fuerzas. La audacia del partido da confianza a los trabajadores, mientras que los titubeos pueden llevar a las masas a la pasividad y a la desesperanza. La única manera de cerciorarse del equilibrio de fuerzas y de la disposición de las masas para luchar es a través de la acción liderada por el partido.

A medida que la lucha revolucionaria se desarrolla y se modifica, hay que tener cuidado de no aferrarse a tácticas que han quedado obsoletas. El error más peligroso y devastador que puede cometer un líder revolucionario es encerrarse dentro de las fórmulas que le sirvieron en el pasado, pero que ya no sirven para el nuevo equilibrio de fuerzas del momento presente. Demasiado a menudo ocurre que, cuando la historia da un giro brusco, incluso los partidos progresistas se ven, por un tiempo, incapaces de adaptarse a la nueva situación, y repiten consignas que antes eran ade-

cuadas pero que ahora carecen de significado: lo pierden tanto más repentinamente cuanto más brusco sea el cambio histórico.

En la vida revolucionaria, la programación es crucial. Hay que calcular tan exactamente como sea posible el ritmo al que la revolución se desarrolla, porque, de lo contrario, elaborar una táctica realista es imposible. De hecho, las perspectivas respecto al ritmo de los acontecimientos nunca serán absolutamente precisas, de manera que habrá que corregir los errores de cálculo tan rápidamente como sea posible.

Para que la táctica y la estrategia del partido encajen con sus principios generales, deben ser claras y directas, y para que las masas entiendan la política de un partido revolucionario se debe evitar la sobrecarga de detalles, que distrae la atención del núcleo esencial de la política; al contrario, ésta debe expresarse con unas cuantas consignas simples y claras. «La política franca es la mejor, y la política basada en los principios es la más práctica».¹⁸

En resumidas cuentas, una política amplia y de principios es la única política práctica y real [...] Quien se dedique a los problemas particulares sin antes resolver los generales, “tropezará” inevitablemente y a cada paso con estos problemas sin darse cuenta de ello. Y tropezar ciegamente con ellos a cada caso equivale a condenar la propia política a las peores vacilaciones y a la más nefasta falta de principios.¹⁹

Se puede y *se debe* fundar una u otra línea de acción en la teoría, en las referencias históricas, en el análisis de toda la situación política, etc., pero el partido de la clase combatiente está obligado a no perder de vista la necesidad de brindar respuestas absolutamente claras, *que no admitan dobles interpretaciones*, a los interrogantes concretos de nuestra actividad política: ¿sí o no? ¿Debemos hacer tal o cual cosa, en este preciso momento, o no?²⁰

Primero hay que calcular la relación de fuerzas con todo rigor, y después, cuando se ha tomado una decisión, hay que actuar con firmeza. «No hay hombre más pusilánime que yo cuando se trata de trazar un plan militar», escribía Napoleón al General Berthier. «Exagero todos los peligros y todas las desgracias posibles [...]. Cuando tomo una decisión, todo queda olvidado, excepto lo que puede asegurar la victoria».

Después de citar este fragmento, Trotski comenta:

Si prescindimos de cierta pose que se trasluce en la poca adecuada palabra de “pusilánime”, la esencia de este pensamiento puede aplicarse enteramente a Lenin. Cuando quería resolver un problema de estrategia él dotaba por anticipado al enemigo de su propia resolución y perspicacia. Los errores tácticos de Lenin solían ser con frecuencia los productos secundarios de su fuerza estratégica.²¹

Formular un plan audaz sobre la base de las premisas menos favorables era algo típico de Lenin.

Apoderarse del “eslabón clave”

Lenin nos enseña que, en la compleja cadena de la acción política, uno debe identificar siempre el “eslabón clave” en cada momento concreto, para apoderarse de él y dirigir toda la cadena.

Todo problema “se mueve en un círculo vicioso”, pues toda la vida política es una cadena sin fin compuesta por una infinita serie de eslabones. Todo el arte de la política consiste en encontrar y asir con fuerza el eslabón que más difícil sea que nos arranquen de las manos, el más importante en un momento determinado, el que más garantice a quien lo posee el control de toda la cadena.²²

Lenin recurría a menudo a esta metáfora, y en la práctica siempre se guiaba por la regla que se desprendía de ella; durante los períodos más decisivos fue capaz de dejar de lado todos los factores secundarios y aferrarse al más importante, apartando todo lo que directa o indirectamente podía desviarle de la cuestión central. Como expresaba Trotski con precisión:

Cuando la etapa crítica quedaba felizmente atrás, Lenin exclamaba a veces, refiriéndose a uno u otro asunto:

—Nos olvidamos por completo de hacer esto... Ocupados con la cuestión principal, aquí tuvimos un fallo...

Y cuando se le replicaba:

—El asunto se planteó y fue presentada esta misma proposición, pero usted no quiso entonces ni escuchar siquiera.

—¿Es posible? —contestaba—. No lo recuerdo —y dejaba escapar una risa maliciosa, como de quien se siente “culpable”, a la vez que hacía con la mano un ademán muy característico suyo, de arriba abajo, que debía significar: se ve que es imposible abarcarlo todo.

Este “defecto” era sólo el reverso de su capacidad de poner en marcha una grandiosa movilización interna de todas sus energías, y esta capacidad es precisamente lo que le convirtió en el más grande revolucionario de la historia.²³

De nuevo dice Tlotski:

A Vladímir Ilich le criticaron muchos —yo entre ellos— en repetidas ocasiones porque parecía no advertir muchas causas y circunstancias de orden secundario. Debo decir que, en una época de desarrollo lento y “normal”, esto podría haber sido un defecto en un dirigente político; pero constituía la gran superioridad del camarada Lenin como jefe de la época nueva, en la que todo lo secundario y exterior se pierde y queda atrás, en que sólo queda el antagonismo fundamental e irreductible de las clases bajo la terrible forma de la guerra civil. Advertir y señalar con la mirada revolucionaria clavada adelante lo principal, lo fundamental, lo más necesario, es un don que Lenin poseía en el más alto grado. Y los que, como yo, han podido observar, de cerca, el trabajo de Vladímir Ilich, han experimentado necesariamente una admiración entusiasta —sí, repito, una admiración entusiasta— al ver la perspicacia y la agudeza de su pensamiento, que separa lo exterior, lo casual, lo superficial, y se aferra a los métodos fundamentales de la acción.²⁴

Lenin cometió, es cierto, errores tácticos, principalmente a causa de su concentración en el eslabón esencial y de sus largas ausencias del lugar de la acción. Pero la otra cara de la moneda era su gran comprensión estratégica. La estrategia del partido se definía a distancia, implacablemente, incluso cuando cabía la posibilidad de cometer algunos errores tácticos.

En principio, Lenin tenía razón cuando insistía en “doblar el palo” un día en una dirección, y al siguiente en la otra. Si todos los aspectos del movimiento obrero hubieran estado igual de desarrollados, si el crecimiento equilibrado hubiera sido la norma, entonces, esa práctica de “doblar el palo” hubiera sido perjudicial para el movimiento. Pero en la vida real prevalece la regla del desarrollo desigual. Un aspecto del movimiento puede ser decisivo en un momento dado. El obstáculo principal para el avance puede ser la falta de cuadros en el partido, o, al contrario, el conservadurismo de los cuadros del partido puede causar un retraso con respecto a la sección más avanzada de la clase. La sincronización perfecta de todos los elementos haría innecesaria la necesidad de “doblar el palo”, pero también de un partido o un liderazgo revolucionarios.

Intuición y coraje

La evaluación más sobria de la situación objetiva no es suficiente por sí misma para desarrollar una estrategia y una táctica revolucionarias. Por encima de todo, un líder revolucionario debe estar dotado de una intuición muy aguda.

En una situación revolucionaria, donde hay tantos elementos que desconocemos, que dependen del azar o pueden estar sujetos a complicaciones, tener una voluntad de hierro no es suficiente. Lo que se necesita es tener la capacidad de comprender rápidamente toda la situación, para poder distinguir lo que es esencial de lo que no lo es, y para colocar las piezas que faltan en el rompecabezas. Cada revolución es una ecuación con muchas incógnitas. Es por eso que el líder revolucionario debe tener una imaginación altamente realista.

Exceptuando una interrupción muy breve en 1905, Lenin pasó los quince años previos a la revolución en el extranjero. Pero su capacidad para percibir la realidad, para entender el ánimo de los trabajadores, no disminuyó con el tiempo; al contrario, aumentó. Su imaginación realista se basaba en una comprensión teórica profunda, una buena memoria y un pensamiento creativo, y se alimentaba de encuentros ocasionales con individuos que acudían a verle en el exilio.

Su intuición revolucionaria era asombrosa. Aquí pondremos solo un ejemplo, para mostrar cómo era capaz de visualizar una situación sociopolítica global a partir de una sola frase de un trabajador, frase que, probablemente, cualquier otra persona hubiera pasado por alto.

Después de los días de julio, gracias a las atenciones extremadamente solícitas con que me honró el gobierno de Kerenski, me vi obligado a pasar a la clandestinidad. Naturalmente, eran los obreros quienes ocultaban a la gente como nosotros. En un apartado suburbio obrero de Petrogrado, en una pequeña casa obrera, nos sirven la comida. La dueña de la casa pone el pan en la mesa, y su marido dice: «¡Mira qué pan más magnífico! Ahora no se atreven a darnos pan malo. Y eso que ya casi habíamos dejado de creer que se pudiera conseguir pan bueno en Petrogrado de nuevo».

Me quedé sorprendido ante esta apreciación de clase sobre los días de julio. Mis pensamientos giraban en torno de la significación política de aquellos acontecimientos, valoraban su papel en el curso general de los acontecimientos, analizaban la situación que había provocado aquel zig-zag en la historia y la situación que crearía, y cómo debíamos modificar nuestras consignas y nuestro aparato de partido para adaptarlo a la nueva situación. En cuanto al pan, yo, que no he conocido la miseria, no había pensado en él. Yo daba por supuesto que siempre habría pan [...].

Sin embargo, este representante de la clase oprimida —aunque uno de los obreros bien pagados y con bastante inteligencia— coge al toro por los cuernos con una sencillez y una franqueza admirables, con esa decisión firme y esa asombrosa claridad de juicio que para nosotros, los intelectuales, quedan tan lejos como la tierra del cielo. El mundo entero está dividido en dos bandos: “nosotros”, los trabajadores, y “ellos”, los explotadores. Ni un atisbo de vergüenza por lo sucedido, que fue simplemente una de las tantas batallas en la larga lucha entre el trabajo y el capital. No se puede talar árboles sin que salten astillas.

«¿Qué dolorosa es esta “situación excepcionalmente complicada” que ha creado la revolución!», piensa y siente el intelectual burgués.

«Los hemos apretado un poco; no se atreverán a mandarnos despóticamente como antes. ¡Los apretaremos todavía más y los echaremos para siempre!», piensa y siente el obrero.²⁵

Krúpskaya tenía mucha razón cuando escribía: «Ilich siempre tuvo un instinto especial, una profunda comprensión de lo que la clase obrera estaba experimentando en un momento dado».²⁶ La intuición es especialmente importante para captar lo que sienten las masas en los momen-

tos más dramáticos de la historia, y Lenin lo hacía magníficamente: «La habilidad de pensar y sentir para y con las masas era algo particularmente característico de él, sobre todo en las grandes coyunturas políticas».²⁷

Después de tomada la decisión sobre una determinada táctica, el líder revolucionario no puede titubear; y debe mostrar un coraje inquebrantable, coraje que a Lenin ciertamente no le faltaba. M. N. Pokrovski describe así esta cualidad suya:

Ahora, cuando miramos al pasado, me parece que una de las características principales de Lenin era su gran coraje político, que no es la misma cosa que la bravura o el desafío al peligro. Entre los revolucionarios no faltaba gente valerosa, sin miedo a la soga, a la horca o a Siberia. Pero esas personas tenían miedo de cargar con la responsabilidad de las grandes decisiones políticas. Pero fue siempre evidente que esa carga no asustaba a Lenin, por muy pesada que fuera, y por lo que respecta a ella, nunca trató de rehuir ningún riesgo, y aceptó la responsabilidad de actos que le concernían no solo a él y al destino de su partido, sino al destino de todo el país y, hasta cierto punto, al de la revolución mundial. Este fenómeno era tan especial que sus acciones siempre empezaban con un grupo muy reducido de gente, porque solo unos pocos eran lo suficientemente valerosos como para seguirle desde el principio.²⁸

Muchos “marxistas” han dotado el marxismo de un aura fatalista para intentar eludir la obligación de llegar a decisiones importantes. Es lo que hacían, característicamente, los mencheviques. En todas las crisis se mostraron titubeantes, sin resolución, temerosos. Una revolución, sin embargo, es el método más implacable de resolver un problema social, y la indecisión, en un momento revolucionario, es la peor condición posible. Lenin era el revolucionario más consistente: sobresalía por la gran valentía de sus decisiones y por su disposición a asumir la responsabilidad de los actos más importantes.

El sueño y la realidad

Para llevar adelante una estrategia y unas tácticas revolucionarias, uno tiene que ser no solo realista, sino también soñador. Muchos escritores

han descrito a Lenin como un realista, y no como un romántico, lo cual es un poco injusto, porque no se puede ser un revolucionario sin la inspiración de un gran sueño.

«Hay grietas y grietas», escribía Pisarev, refiriéndose a la separación entre los sueños y la realidad. «Mi sueño puede ir más allá de la marcha natural de los acontecimientos, o puede irse por la tangente en una dirección que la marcha natural de los acontecimientos nunca seguirá. En el primer caso, mi sueño no me causará ningún daño; puede incluso respaldar y acrecentar la energía de los trabajadores [...]. No hay nada en tales sueños que distorsione o paralice la fuerza obrera. Por el contrario, si un hombre fuera completamente incapaz de soñar de esta manera, si no pudiera, de vez en cuando, ir más allá y concebir, mentalmente, una imagen completa y acabada del producto que sus manos empiezan apenas a dar forma, entonces no puedo imaginar en absoluto qué estímulo sería capaz de inducir a un hombre a emprender y completar el trabajo largo y extenuante que requiere el arte, la ciencia, o cualquier esfuerzo práctico [...]. La grieta entre los sueños y la realidad no causará ningún daño mientras la persona que sueña crea firmemente en su sueño y observe detenidamente la vida, comparando esas observaciones con sus castillos en el aire; y si, hablando en general, trabaja a conciencia para realizar sus fantasías. Si hay una conexión entre los sueños y la vida, entonces todo está bien». Este tipo de sueños, sin embargo, escasean en el movimiento. Y la gente más responsable de que así sea son aquellos que se jactan de su sobriedad, de su "aproximación" a lo "concreto".²⁹

Lenin subordinaba su propio lado romántico a la necesidad de acción. Aborrecía el idealismo de los intelectuales rusos. Una y otra vez se refería despectivamente a Oblómov, el héroe de la famosa novela de título homónimo de Goncharov, un "hombre superfluo", que sueña constantemente con grandes hazañas, pero es demasiado perezoso y débil para llevarlas a cabo.

Ferdinand Lassalle expresó muy bien lo que se necesita fundamentalmente en la política revolucionaria: «Toda gran acción empieza con una afirmación de lo que hay». Lenin solía repetir, en inglés: «*Facts are*

stubborn things»*. El marxismo, decía, «basa su posición en los hechos, no en las posibilidades. Un marxista debe sentar las bases de su política *solamente* sobre hechos minuciosos e incuestionablemente demostrados». ³⁰ Siempre buscaba el puente entre lo real y lo posible, y no tenía miedo de mirar dentro del abismo que separaba la enormidad del trabajo al que se enfrentaba el movimiento y la pobreza *real* de dicho movimiento. Tenía los pies en el suelo, pero la cabeza en las nubes.

El partido como escuela de táctica y estrategia

Los problemas de táctica y estrategia revolucionarias tenían sentido para Lenin solo si había una posibilidad real de ponerlas en práctica a través del partido revolucionario. Para él, el partido era una escuela de táctica y estrategia, una organización de combate para la conquista del poder de la clase trabajadora.

¿Cómo puede aprender de las masas el liderazgo revolucionario, saber cómo se sienten y qué piensan, a menos que el mismo liderazgo sea una parte integral de esas masas, que las escuche en las calles y allí donde trabajan, comen y viven? Para enseñar a las masas, primero los líderes deben aprender de ellas, algo que Lenin creyó e hizo durante toda su vida.

El partido no debe quedarse rezagado respecto a la sección avanzada de la clase, pero no puede adelantarse tanto como para quedar fuera de su alcance. Debe estar a la cabeza de los más avanzados, y enraizarse en esa sección:

Para tener éxito, cualquier trabajo revolucionario serio requiere que se entienda y se traduzca a la acción la idea de los revolucionarios como fuerza capaz de desempeñar sólo el papel de la vanguardia de la clase realmente valerosa y avanzada. Una vanguardia actúa como vanguardia solo cuando es capaz de evitar aislarse de las masas de gente a quien dirige, solo cuando realmente es capaz de dirigir hacia adelante a toda la masa.³¹

La necesidad de un partido revolucionario, como hemos señalado, es el reflejo de la conciencia desigual de la clase trabajadora. Al mismo

* «Los hechos son testarudos». (N. de la T.)

tiempo, sin embargo, el partido existe para acelerar la superación de esa desigualdad, aumentando la conciencia al nivel más alto posible. Adaptarse al nivel medio de conciencia de la clase, o incluso al nivel más bajo, indica un carácter oportunista. La independencia organizativa y el aislamiento de la sección más avanzada de la clase, por otro lado, lleva al sectarismo. El papel del partido realmente revolucionario es elevar a la sección avanzada hasta el nivel más alto que permitan las circunstancias prevalentes. *v

Para aprender de las masas, el partido también debe ser capaz de aprender de sus propios errores y ser muy autocrítico:

La actitud de un partido político con respecto a sus propios errores es uno de los métodos más importantes y seguros para juzgar cuán riguroso es el partido y cómo desempeña, *en la práctica*, sus obligaciones hacia su *clase* y hacia los *trabajadores*. Reconocer con franqueza un error, averiguar las razones de ese error y discutir largamente cómo rectificarlo; éstos deben ser los objetivos de un partido riguroso. Así es como debería llevar a cabo su deber, y así debería educar y entrenar el partido a su *clase*, y después, a las masas.³²

El partido combatiente de la clase avanzada no debe temer los errores. Lo que debería temer es la persistencia en un error, el negarse a reconocerlo y corregirlo debido a un falso sentido de vergüenza.³³

Las masas deben ayudar a corregir los errores del partido. El 21 de enero de 1905, Lenin escribía:

Nosotros, los socialdemócratas, recurrimos al secretismo respecto al zar y los sabuesos del zarismo, pero al mismo tiempo procuramos por todos los medios que el pueblo sepa todo lo que hay que saber acerca de nuestro partido, que esté informado de los matices de opinión dentro de él, de su programa y su táctica, e incluso de lo que tal o cual delegado dijo en este o aquel congreso del partido.³⁴

El debate abierto es incluso más importante y esencial durante un período de lucha revolucionaria directa, como escribió Lenin en un folleto escrito en los días 25-26 de abril de 1906:

En una época revolucionaria como ésta, los errores teóricos y las desviaciones tácticas del partido son sometidos a la crítica más implacable por la experiencia misma, que ilustra y educa a la clase obrera con una rapidez sin precedentes. En épocas tales, el deber de todo socialdemócrata es procurar que, dentro del partido, la lucha ideológica sobre cuestiones de teoría y de táctica se desarrolle de la manera más franca, amplia y libre posibles, pero que en ningún caso llegue a perturbar o a dificultar la unidad de acción revolucionaria del proletariado socialdemócrata.³⁵

Lenin insistía repetidamente en que los debates no se limitaran a los círculos internos del partido, sino que fueran públicos, para que la gente que no pertenecía al partido pudiera seguirlos:

La grave enfermedad de nuestro partido no es otra cosa que los dolores de crecimiento de un partido *de masas*. Porque no puede haber un partido de masas, un partido de clase, sin una claridad total sobre los matices esenciales, sin que haya una lucha abierta entre las diferentes tendencias, sin dar a conocer a las *masas* cuáles son los dirigentes y las organizaciones del partido que siguen una u otra línea. Sin esto no se puede formar un partido digno de este nombre [...].³⁶

Y de nuevo:

La crítica, dentro de los límites de los *principios* del programa del partido, debe ser absolutamente libre (recordemos, por ejemplo, el discurso de Plejánov al respecto en el segundo Congreso del POSDR) y, además, no sólo en las reuniones del partido, sino también en los mítines públicos. Esta crítica o "agitación" (ya que no se puede separar la crítica de la agitación) no puede estar prohibida.³⁷

Hay una relación dialéctica entre la democracia dentro del partido y las raíces del partido en la clase. Sin una política de clases correcta y un partido compuesto de proletarios, una democracia de partido saludable no es posible. Sin una base firmemente trabajadora, todos los discursos sobre democracia y disciplina en el partido no dejan de ser verborrea sin sentido. Al mismo tiempo, sin democracia dentro del par-

tido, sin una autocrítica constante, el desarrollo de una política de clases correcta tampoco es posible.

En el terreno de la teoría, hemos expuesto ya muchas veces nuestras ideas acerca de la importancia de la disciplina y de cómo debe entenderse este concepto en el partido de la clase obrera. *Unidad de acción, libertad de discusión y de crítica*: he ahí nuestra definición. Solamente una disciplina así es digna del partido democrático de la clase avanzada.³⁸

El proletariado no reconoce la unidad de acción sin libertad de discusión y de crítica.³⁹

Si la democracia es esencial para asimilar la experiencia de la lucha, el centralismo y la disciplina son necesarios para dirigir esa lucha. Una fuerte cohesión organizativa permite que el partido actúe, tome la iniciativa y dirija la acción de las masas. Un partido sin confianza en sí mismo no puede ganarse la confianza de las masas. Sin un liderazgo fuerte, que tenga poder para actuar sin demora y dirigir las actividades de sus miembros, un partido revolucionario no puede existir. El partido es una organización centralista que lleva a cabo una lucha decidida por el poder, y como tal, necesita actuar con una disciplina férrea.

Clausewitz y el arte de la guerra

Al principio de este capítulo hemos mencionado que el concepto de táctica y estrategia de Lenin estaba profundamente influido por los escritos de Clausewitz. Solo hay que citar algunos fragmentos de éste último para detectar un parecido sorprendente en planteamientos y actitudes.

Clausewitz empezaba su libro *Sobre la guerra* afirmando que hay una diferencia radical entre el concepto abstracto de la guerra y las guerras reales y concretas. La guerra real difiere de la abstracta, decía Clausewitz, porque las condiciones idealizadas nunca se dan en la realidad. Los hechos ocurren no solo por simple causalidad, sino por la intersección de diferentes cadenas de causas y efectos en las que el azar desempeña un papel muy importante; los factores psicológicos son determinantes importantes para las decisiones que toman las personas,

etc. Clausewitz clasifica todas estas circunstancias bajo el epígrafe de "fricción", una alusión obvia al concepto físico análogo que explica la discrepancia entre los procesos mecánicos reales y los idealizados. Solo si se tiene en cuenta la "fricción" se puede entender la relación entre la guerra real y la abstracta, entre la experiencia y la teoría. Esta es la fuente de la «diferencia entre la realidad y el concepto» de la guerra, y «la influencia de circunstancias particulares».⁴⁰

Para acercar el concepto al mundo real, hay que «retroceder hasta los resultados correspondientes de la experiencia; porque de la misma manera que muchas plantas solo dan frutos cuando no brotan demasiado, en las artes prácticas, las hojas y las flores de la teoría tampoco pueden dejarse brotar demasiado, sino que deben mantenerse cerca de la experiencia, que es su medio de crecimiento más adecuado».⁴¹

El arte de la guerra depende de muchas ciencias: la física, la geografía, la psicología, etc.; pero es, sin embargo, un *arte*. El gran líder de la guerra es aquel que consigue aprender a usar estas ciencias para el objetivo específico de derrotar al enemigo. A causa de la complejidad de la guerra, el comandante necesita, por encima de todo, experiencia y una gran fuerza de voluntad, por un lado, y por el otro, intuición e imaginación:

Todas las guerras contienen innumerables hechos particulares y, al mismo tiempo, cada una de ellas es un mar inexplorado, lleno de escollos. Aunque el general sospeche de su existencia, nunca los ha visto con sus propios ojos, y además, debe maniobrar alrededor de ellos durante la noche. Si se levanta un viento que le va en contra, es decir, si cualquier gran acontecimiento accidental surge y se opone a él, entonces tendrá que recurrir a sus habilidades más consumadas, a toda su fortaleza mental y a todas las energías de que disponga [...]. El conocimiento de esta fricción es una parte clave de esa famosa experiencia de guerra que se le exige a un buen general. Es verdad que aquel que deje que esa experiencia crezca desproporcionadamente en su mente y se quede apabullado ante ella no será el mejor general [...], pero un general siempre deberá darse cuenta de que la fricción existe para poder superarla, si es posible, y para no esperar un grado de precisión en los resultados que es imposible por culpa de esa misma fricción. Además, tal cosa no se puede aprender a través de la teoría; y si se pudiera, todavía faltaría esa experiencia del juicio que se llama tacto.⁴²

Clausewitz formulaba muy bien la relación entre la táctica y la estrategia:

La estrategia es el empleo del combate para conseguir finalizar la guerra; debe, por lo tanto, proporcionar un objetivo a toda la acción militar, y este objetivo debe concordar con el objeto de la guerra. En otras palabras, la estrategia forma el plan de la guerra; y para tal fin une los actos que llevarán a la decisión final, es decir, hace planes para las campañas separadas y regula los combates que hay que luchar en cada una de ellas. Dado que todas estas cosas, en gran medida, solo pueden determinarse en base a conjeturas (algunas de las cuales más tarde se demostrarán incorrectas, mientras que otros detalles no pueden prepararse previamente en absoluto), se desprende, de manera lógica, que la estrategia debe descender con el ejército al campo de batalla para preparar los detalles sobre el terreno, y para hacer las modificaciones al plan general que incesantemente serán necesarias durante la guerra. La estrategia, por lo tanto, nunca puede quedarse ociosa, ni por un momento.⁴³

La táctica debe subordinarse a la estrategia. Sin embargo, una serie de movimientos tácticos, para tener éxito, pueden requerir un cambio en la estrategia:

Lo más importante es tener en mente las relaciones prevalentes de ambas partes. A partir de ellas se creará un cierto centro de gravedad, un centro de poder y movimiento, del cual depende todo; y es contra este centro de gravedad del enemigo que debemos concentrar nuestro golpe y todas nuestras fuerzas.

Lo pequeño siempre depende de lo grande, lo insignificante de lo importante, lo accidental de lo esencial. Esto debe guiar nuestro punto de vista.⁴⁴

La superioridad en el punto decisivo es una cuestión de vital importancia y [...] esta cuestión, en la mayoría de casos, es decididamente la más importante de todas.⁴⁵

Los pensamientos alejados de toda dogmática de Clausewitz le permitieron entender claramente la relación entre el modelo idealizado y la realidad que ese modelo trata de representar. Clausewitz en-

tendió las relaciones orgánicas entre la teoría y la práctica en el desarrollo de cada una de ellas, y subrayó la conexión entre las ciencias, cuya adaptación es necesaria para un liderazgo de guerra victorioso, y el arte de la guerra. Por encima de todo, comprendió la gran importancia de poseer una intuición poderosa respaldada por una concepción científica clara.

Las ideas de Clausewitz influenciaron los escritos militares de Engels, y tanto Clausewitz como Engels influenciaron mucho a Lenin. La grandeza de este último reside en el hecho de que estos conceptos de táctica y estrategia, con su compleja integración de la experiencia, la ciencia y el arte, no solo se convirtieron en parte de su pensamiento, sino que también penetraron su ánimo. Instintivamente, con rapidez, Lenin desarrolló la estrategia y las tácticas más efectivas, y su fuerza de voluntad estuvo a la par con su intelecto.

Sus poderes como estratega y táctico florecieron durante la Revolución de 1905 y dieron lo mejor de sí doce años más tarde, en la victoria de la Revolución de Octubre de 1917.

Capítulo 15

Semiunidad con los mencheviques

Durante los meses turbulentos de la Revolución de 1905, el partido menchevique estaba desorganizado y en estado de cambio. Se componía básicamente de elementos centristas. Intoxicado por los acontecimientos, se desplazó globalmente y de manera muy importante hacia la izquierda, abandonando su alianza con los liberales y haciendo causa común con los bolcheviques:

Muchos mencheviques empezaron a perder la fe en la revolución burguesa. Rechazaban a la burguesía por traicionera y contrarrevolucionaria o por ser virtualmente inexistente, y, como los bolcheviques, se preparaban para tomar el poder y establecer un gobierno provisional revolucionario. Como Dan escribía a Kautski: «*Man lebt hier wie im Taumel, die revolutionäre Luft wirkt wie Wein*» (Uno vive aquí como en un delirio, el aire revolucionario tiene un efecto parecido al del vino).¹

Los editores del periódico menchevique *Náchaló* eran Trotski y Parvus. Las relaciones entre este periódico y el bolchevique *Nóvaya Zhizn*, según Trotski:

[...] no podían ser más cordiales. Entre ellos no surgió polémica alguna. «Acaba de aparecer el primer número de *Náchaló* —escribía el órgano bolchevique—, al que saludamos desde aquí como a compañero de lucha. En el primer número se destaca el brillante estudio del camarada Trotski sobre la huelga de noviembre». No es así como se habla de un adversario. Pero no había tal. Por el contrario, los periódicos se defendían mutuamente contra la crítica burguesa. Después de la llegada de Lenin, el *Nóvaya Zhizn* tomó la palabra para salir a la defensa de mis artículos sobre la revolución permanente. Al igual que las fracciones, sus órganos

se orientaban en el sentido de una fusión. El Comité Central de los bolcheviques votó por unanimidad —y en ello intervino Lenin— una propuesta en que se decía que la escisión de las dos ramas, originada por circunstancias transitorias ocurridas en el extranjero, ya no tenía razón de ser ante el desarrollo de la revolución. El mismo punto de vista defendía yo en nuestro periódico, aunque con la resistencia pasiva de Mártoov.²

Años más tarde, Lenin todavía podía escribir: «Recuerden *Náchalo* [...]. Recuerden los artículos al estilo de “Witte agente de la bolsa, Struve agente de Witte”. ¡Eran buenos, aquellos artículos! Buenos tiempos aquéllos... Entonces no discrepábamos de los mencheviques en la apreciación de los cadetes».³ El menchevique conservador Chervanin recordaba tristemente el período de 1905-06: «Supongamos que los mencheviques se hubieran mantenido todo el tiempo consecuentes en las posiciones mencheviques en vez de convertirse en bolcheviques bajo la influencia de la embriaguez revolucionaria, participando en la huelga de noviembre en Petersburgo, la implantación forzosa de la jornada de ocho horas, el boicot a la primera Duma».⁴

La situación contemporánea y el posible futuro

En Moscú, los mencheviques estaban a la cabeza de la lucha de los trabajadores revolucionarios. En un encuentro del Soviet de Moscú del 6 de diciembre apoyaron con entusiasmo la resolución para una huelga general y una insurrección armada.⁵ Unos cuantos días más tarde, distribuyeron folletos a favor de ésta última.⁶ Uno de los líderes mencheviques, Martínov, resumía su manera de proceder en 1905: «Por aquel entonces, nos decíamos: *Le vin est tiré, il faut le boire* (Ahora que el vino está servido, tendremos que beber). En momentos decisivos uno se ve forzado a actuar con firmeza, sin tiempo para análisis». Pero los mencheviques se dejaban influenciar por los acontecimientos, más que dirigirlos. «La diferencia, sin embargo», continuaba este líder menchevique, «era que nosotros considerábamos que estábamos en esta situación a la fuerza, mientras que los bolcheviques luchaban por ella y la consideraban natural».⁷ Unos meses más tarde, Martínov ya empezaba a abjurar de la “locura” de 1905. La reacción de Mártoov fue típica. En febrero de 1906 se quejaba, en una carta a Axelrod: «Ya han pasado dos

meses [...]. No acierto a llevar a término ninguna obra empezada [...]. No sé si será la neurastenia o la fatiga psíquica, pero lo cierto es que no consigo desarrollar debidamente una sola idea». «La enfermedad que Mártoov no acertaba a diagnosticar», escribió Trotski después de 1917, cuando esta carta se hizo pública, «tenía un nombre muy claro: menchevismo», y añade: «Sí; en un momento revolucionario ser oportunista es, ante todo, sufrir una gran confusión mental y la incapacidad de “desarrollar debidamente una idea”».⁸

Lenin tenía la esperanza de que la presión de los acontecimientos revolucionarios continuaría haciendo virar a los mencheviques hacia la izquierda, y a partir de febrero de 1905 llamó a la unidad entre bolcheviques y mencheviques. En noviembre, decía:

Para nadie es un secreto que la enorme mayoría de los obreros socialdemócratas está muy disconforme con la escisión del partido y exige la unificación. Para nadie es un secreto que la escisión provocó cierta indiferencia de los obreros socialdemócratas (o dispuestos a convertirse en socialdemócratas) hacia el partido. Los obreros han perdido casi todas las esperanzas de que las “cumbres” del partido lleguen a unificarse por sí solas. La necesidad de unificarse fue reconocida oficialmente por el tercer Congreso del POSDR y por la conferencia de los mencheviques de mayo de este año. Desde entonces han transcurrido seis meses, pero en materia de unificación no se ha dado un paso adelante. No es extraño que los obreros hayan comenzado a manifestar impaciencia ante este hecho.⁹

En realidad, de una forma bastante independiente de la política central, y por su propia iniciativa, las ramas bolcheviques y mencheviques se habían estado mezclando por toda Rusia. En el verano de 1905 hubo una serie de uniones entre los comités de ambos partidos. Piát-nitski recuerda cómo tuvo lugar la unión entre ellos en Odesa, el mes de noviembre de 1905, unos seis meses antes de la unificación oficial de los dos partidos a escala nacional:

Por aquel entonces, el bolchevique Leva (Vladimirov), un agente del Comité Central, vino de San Petersburgo con la propuesta de unirnos a los mencheviques costara lo que costara, sin esperar a la unión de los dos centros desde arriba. Le apoyaba en esta idea

el bolchevique Baron (Edward Essen), que había llegado a Odesa antes del pogromo. Los miembros del partido, mencheviques y bolcheviques por igual, recibieron su propuesta con entusiasmo. Era fácil entender por qué: durante el pogromo todos los miembros se habían dado cuenta de que las pocas fuerzas que teníamos a nuestra disposición eran débiles y dispersas. En el encuentro general de los miembros de la organización de Odesa, en el cual el camarada Gúsev leyó un informe sobre la forma que debía tomar nuestra organización después del Manifiesto del 17 de octubre, los camaradas Leva y Baron propusieron la unión inmediata con los mencheviques. El comité no puso objeciones, pero estaba totalmente en contra del método de unión desde la base. El comité de Odesa formaba parte del Partido Bolchevique, en cuya cabeza estaban el Comité Central y el Órgano Central elegidos durante el tercer Congreso del Partido. ¿Cómo podía Odesa, entonces, unirse con los mencheviques sin informar al Comité Central de nuestro partido y sin obtener su consentimiento? Baron y Leva, por otro lado, abogaban por la unión sin el consentimiento del Comité Central, para añadir presión desde abajo. Para el comité era claro que la propuesta de unión sería aprobada en la gran mayoría en los encuentros, tanto de los bolcheviques como de los mencheviques, porque siempre que los defensores de la unidad inmediata hablaban, conseguían un apoyo casi unánime. Así las cosas, el comité bolchevique se vio forzado a establecer las condiciones de una unión que ellos mismos no querían.¹⁰

Entre el 23 de abril y el 8 de mayo de 1906 se reunió un Congreso de "Unificación" en Estocolmo. El partido "unido" que resultó incluía no solo a los bolcheviques y los mencheviques (entre todos, unos 70.000 miembros), sino también al Bund judío (con 33.000 miembros), los socialdemócratas polacos, bajo el liderazgo de Rosa Luxemburg (con 28.000 miembros), y los socialdemócratas letones (con 13.000 miembros).

En abril de 1906, Lenin decía que las diferencias entre mencheviques y bolcheviques se estaban haciendo, en la práctica, más pequeñas, y que la unidad entre unos y otros era más necesaria que nunca:

En efecto, si examinamos el asunto desde el punto de vista de las desviaciones de la socialdemocracia de su camino habitual o "nor-

mal", veremos que también en este sentido durante el período del "torbellino revolucionario", la socialdemocracia muestra —en comparación con el período anterior—, no una menor, sino *una mayor* cohesión e integridad ideológicas. La táctica de la etapa del "torbellino" no alejó, sino que acercó a ambas alas de la socialdemocracia. En lugar de las antiguas divergencias, surgió la unidad de criterio en lo que respecta al problema de la insurrección armada. Los socialdemócratas de ambos sectores trabajaban en los soviets de diputados obreros —estos peculiares y embrionarios órganos de poder revolucionario—; incorporaban a ellos a los soldados y a los campesinos; publicaban manifiestos revolucionarios junto con los partidos revolucionarios pequeño-burgueses. Las viejas discusiones de la época prerrevolucionaria cedieron lugar a la solidaridad en las cuestiones prácticas. El ascenso de la ola revolucionaria relegó las divergencias, obligó a aceptar la táctica del combate, eliminó el problema de la Duma, puso a la orden del día la cuestión de la insurrección, vinculó en el terreno de la acción directa e inmediata a la socialdemocracia y a la democracia burguesa revolucionaria. En *Siéverni Golos*, mencheviques y bolcheviques, juntos, llamaron a la huelga y a la insurrección, llamaron a los obreros a no abandonar la lucha hasta haber conquistado el poder. La situación revolucionaria, por sí sola, dictó las consignas prácticas. Las disputas se referían sólo a detalles en la apreciación de los acontecimientos. *Náchalo*, por ejemplo, consideraba a los soviets de diputados obreros como órganos de autogobierno revolucionario, mientras que *Nóvaya Zhizn* los consideraba como órganos embrionarios del poder revolucionario, que reunían al proletariado y a la democracia revolucionaria.

Náchalo se inclinaba hacia la dictadura del proletariado. *Nóvaya Zhizn* mantenía el punto de vista de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado. ¿Pero no hallamos acaso estas y otras divergencias similares en el seno de la socialdemocracia en cualquier período de desarrollo de cualquier partido socialista europeo?¹¹

Lenin, sin embargo, no se engañaba pensando que se podía tener una confianza absoluta en los mencheviques, y no deseaba disolver su facción en el partido unido. En vísperas del Congreso de "Unificación", le explicó a Lunacharski: «Si tenemos una mayoría en el Comité Cen-

tral exigiremos la disciplina más estricta. Insistiremos que los mencheviques se sometan a la unidad del partido. Peor para ellos si su carácter pequeñoburgués no les permite juntarse con nosotros. Dejemos que asuman la responsabilidad de romper el partido».

«¿Y si nos quedamos en minoría?», preguntó Lunacharski. «Estaremos obligados a someternos a ellos?».

Lenin sonrió y respondió: « No permitiremos que la idea de la unidad nos ate una soga al cuello, y bajo ninguna circunstancia permitiremos que los mencheviques nos dirijan tirando de ella».¹²

Lenin creía que la presión de los acontecimientos garantizaría que los mencheviques irían más a la izquierda, y persistió en esta idea incluso cuando, a finales de 1906, se presentaron a las elecciones junto a los cadetes, una decisión que condenó duramente. Así, en noviembre de 1906, escribía:

¿Acaso el hecho de que los socialdemócratas aprueben los bloques con los cadetes exige la ruptura total de las relaciones orgánicas, es decir, una escisión? Nosotros creemos que *no*, y todos los bolcheviques piensan lo mismo. En primer lugar, los mencheviques apenas se disponen a marchar, con paso todavía inseguro y vacilante, por el camino del oportunismo práctico en grande [...]. En segundo lugar, y esto es mucho más importante, las condiciones objetivas de la lucha del proletariado en Rusia son tales que impulsan con fuerza irresistible a dar pasos *definidos* y decisivos. Ya sea que la marea de la revolución suba mucho (como nosotros esperamos) o baje totalmente (como piensan ciertos socialdemócratas, aunque no se atrevan a decirlo), en *cualquiera de los casos* la táctica de los bloques con los cadetes tendrá que irse inevitablemente a pique, y además en un futuro no muy lejano. Por lo tanto, nuestro *deber* ahora es evitar la histeria propia de los intelectuales, mantener la unidad del partido, para lo cual confiamos en la firmeza del proletariado revolucionario y en su sano instinto de clase.¹³

Lenin creía que «Los camaradas mencheviques pasarán [...] por el purgatorio de los bloques con los oportunistas de la burguesía y retornarán a la socialdemocracia revolucionaria».¹⁴

Mientras tanto, la conferencia del partido en Tammerfors (3-7 de noviembre de 1906) decidió, bajo la influencia de los mencheviques,

entrar en un bloque electoral con los cadetes. La reacción de Lenin fue pedir que las organizaciones locales del partido tuvieran libertad para oponerse a esta decisión en sus áreas respectivas: «En la actual campaña electoral, la decisión de los mencheviques y del Comité Central a favor de los bloques no es obligatoria en la práctica para las organizaciones locales ni ata al partido en su conjunto a esta bochornosa táctica de los bloques con los cadetes».¹⁵

Todos los delegados que han participado en ella coincidieron en que las decisiones de la conferencia *no son obligatorias*, no atan a nadie en modo alguno, ya que la conferencia tuvo carácter deliberativo y no resolutivo. Los delegados no fueron elegidos democráticamente, sino seleccionados por el CC en organizaciones locales señaladas por él y en número establecido por él.¹⁶

De las decisiones, Lenin dijo:

«¿Dentro de qué límites son obligatorias en el problema que nos ocupa?»

Evidentemente, dentro de los límites de las decisiones del congreso del partido y de la autonomía reconocida por éste a las organizaciones locales del partido».¹⁷

¿Qué había pasado con el centralismo democrático que Lenin tanto apreciaba? Durante años había abogado por la subordinación de los órganos más bajos del partido a los más altos, y en contra del concepto federal del partido. En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, escrito entre febrero y mayo de 1904, había escrito que «la indudable tendencia a *defender el autonomismo contra el centralismo*, [...] es una característica fundamental del oportunismo en materia de organización».¹⁸

Para Lenin, sin embargo, los métodos organizativos estaban totalmente subordinados a los fines políticos, y estaba dispuesto a proponer reglas de organización, para el partido unido de 1906, bastante diferentes de las que hasta ahora había defendido. Sin ninguna vergüenza, poco después explicaría:

Los estatutos de nuestro partido establecen inequívocamente la organización democrática del partido. Toda la organización se estructura de abajo arriba, sobre la base del principio electivo. Las organizaciones locales, según los estatutos del partido, son independientes (autónomas) en sus actividades locales. El Comité

Central, de acuerdo con los estatutos, coordina y dirige todo el trabajo del partido. De aquí se desprende claramente que no tiene derecho a inmiscuirse en la *composición* de las organizaciones locales. Si la organización se estructura de abajo arriba, querer inmiscuirse desde arriba en su composición sería una flagrante transgresión de la democracia y de los estatutos del partido.¹⁹

Daba así otra vuelta de tuerca al concepto de la disciplina del partido:

Una vez que los organismos competentes hayan tomado una decisión, *todos* nosotros, miembros del partido, debemos *actuar como un solo hombre*. El bolchevique de Odesa, por ejemplo, introducirá en la urna una boleta electoral en la que figure el nombre de un cadete, por mucha repugnancia que ello le cause. El menchevique de Moscú, en cambio, introducirá en la urna una boleta en la que sólo figuren nombres de socialdemócratas, aunque en su fuero interno suspire por los cadetes.²⁰

Un par de meses más tarde, en enero de 1907, Lenin fue tan lejos como para defender que era necesario un *referéndum* de todos los miembros del partido sobre las cuestiones de que debía ocuparse el partido. Esta es, ciertamente, una sugerencia que iba contra todo el concepto del centralismo democrático.

Para resolver una cuestión de un modo realmente democrático, no basta con reunir a los representantes electos de la organización. Hace falta, además, que *todos* los miembros de ésta, al elegir a sus representantes, expresen al mismo tiempo su opinión *independiente e individual* ante los problemas en debate que interesan a toda la organización.²¹

Aunque admitió que sería imposible decidir todas las cuestiones importantes por referéndum, «las cuestiones más importantes y sobre todo aquellas que se relacionan directamente con una determinada acción por parte de las *mismas masas*, deben decidirse, si de veras se quiere obrar democráticamente, no sólo mediante el envío de representantes, sino también mediante la consulta de opinión de todos los miembros del partido».²²

En resumen, durante el año de la revolución, los mencheviques se dejaron arrastrar por la ola de acontecimientos, y mientras tanto, diferentes tendencias dentro del menchevismo empezaban a diferenciarse unas de otras. A la derecha estaban gente como Plejánov, Axelrod y Mártov, que se decantaban por los cadetes y se sentían próximos al concepto de la revolución burguesa liderada por los liberales. A la izquierda estaban personas como Trotski y Parvus, y Lenin tenía la esperanza de que habría ciertos cambios entre los mencheviques, similares a los que muchos años después iban a permitir formar la Internacional comunista, que acabarían produciendo el desplazamiento de muchos elementos centristas hacia la izquierda. Lenin trazaba una distinción entre el centrismo de los trabajadores mencheviques y el centrismo profesional, incurable, de muchos líderes. Mientras que mantenía su oposición al ala derecha menchevique, y a los centristas convencidos, todavía creía que para desplazar a los elementos centristas sería más efectivo que el grupo sólido de bolcheviques de línea dura formase una facción dentro de un partido unido que si existiera como grupo totalmente separado.

Capítulo 16

Lenin expulsa a los ultraizquierdistas

Lenin tendría que enfrentarse a dificultades dentro del mismo grupo bolchevique. La cuestión del boicot no había sido zanjada aún después de las elecciones para la segunda Duma, en las que el POSDR participó plenamente. En estas elecciones, el partido tuvo un éxito considerable: se eligieron 65 diputados socialdemócratas, entre los que había 18 bolcheviques.¹

Sin embargo, el 3 de junio de 1907, el primer ministro Stolipin disolvió la segunda Duma y emitió un nuevo decreto electoral, mucho menos representativo, con el que quería librar al gobierno de la mayoría opositora. Las nuevas regulaciones otorgaban a la curia terrateniente un representante por cada 230 personas; a la primera curia urbana, uno por cada 1.000 personas; la segunda curia urbana tenía uno por cada 15.000 personas; y la curia campesina, uno por cada 60.000. La curia de trabajadores tenía uno por cada 125.000. Los terratenientes y la burguesía eligieron a un 65 por ciento de los representantes, los campesinos a un 22 por ciento (en vez del 42 por ciento de antes), y los trabajadores a un 2 por ciento (antes un 4 por ciento). La ley privaba del derecho de voto a las poblaciones indígenas de la Rusia asiática y a los pueblos turcos de las *gubernias* de Astracán y Stavropol, y reducía a la mitad los representantes para la población de Polonia y el Cáucaso. Todos aquellos que no hablaban ruso perdían el derecho al voto. El resultado fue un gran aumento de la proporción de miembros de la Duma que representaban a los terratenientes y a la burguesía comercial e industrial, y una reducción drástica del número de diputados de los campesinos y los obreros, que ya antes era pequeño.

La cuestión del boicot, resuelta no hacía mucho, se reavivó inmediatamente. La gran mayoría de organizaciones bolcheviques locales votaron a favor de volver a boicotear la Duma. En la conferencia del partido de Finlandia, en julio de 1907, ocho de los nueve delegados bolcheviques liderados por Bogdánov votaron a favor de recuperar la

política del boicot. Lenin votó con los mencheviques, los socialdemócratas polacos y el Bund para derrotar el boicot.

Cuando se celebraron las elecciones según la nueva ley, en otoño de 1907, los socialdemócratas lograron hacerse con 19 escaños.

Después de la conferencia de 1907, una sección de los bolcheviques se constituyó en un grupo que vino a llamarse el grupo de los otzovistas (del ruso *otzovisti*, "retiracionistas"). En 1908, lograron una organización fuerte y se convirtieron en un desafío importante para la posición de Lenin entre los bolcheviques. Hubo contiendas para lograr la alineación de las organizaciones locales entre leninistas y otzovistas. Lenin retuvo el control de la organización de Moscú por un margen muy escaso. En mayo de 1908, en una conferencia general de la ciudad de Moscú, los otzovistas obtuvieron 14 votos, y los seguidores de Lenin, 18.² El Buró Regional de la Región Industrial Central era fervientemente otzovista.³

Una forma menos extrema de oposición, llamada "Ultimatismo", preveía en San Petersburgo. Sus defensores pedían que se diera a la delegación socialdemócrata de la Duma un ultimátum, exigiéndoles que fueran más inflexiblemente radicales. Los ultimativistas mantuvieron el control de la organización bolchevique de San Petersburgo hasta septiembre de 1909.⁴

Aunque el punto de discrepancia más importante entre Lenin y los boicoteadores radicaba en si los socialdemócratas debían participar o no en las elecciones de la Duma y tener representantes en ella, los últimos también querían boicotear los sindicatos legales, ya que, si éstos aparecían en el registro de la policía y se dedicaban solo a actividades legales, eso significaba, según ellos, que no tenían ningún valor para la revolución.⁵

Entre los líderes de los otzovistas había gente importante. Bogdánov (Maxímov), el segundo al mando de los bolcheviques durante unos cuantos años; el mayor organizador bolchevique, Krasin; los propagandistas y escritores Lunacharski, Gorlki y Bazarov; el historiador M. N. Pokrovski; y el líder del grupo bolchevique en la Duma, Alexinski. Todos ellos acusaban a Lenin de «pasarse al punto de vista parlamentario de los mencheviques a cualquier precio». En la conferencia para toda Rusia de diciembre de 1908, el menchevique Dan decía: «¿Quién no sabe que ahora los bolcheviques acusan a Lenin de traicionar el bolchevismo?»⁷

El colapso del movimiento revolucionario creó unas condiciones idóneas para que el germen del ultraizquierdismo se multiplicara. El

parecido entre la situación psicológica de los revolucionarios después de 1905 y después de la revolución de 1848 es casi extraordinario. Se pueden citar las palabras de Marx sobre Willich y Schapper, los Bogdánovs de su época:

La represión violenta de una revolución deja una huella poderosa en las mentes de aquellos que se han visto involucrados en ella, sobre todo si se les fuerza a abandonar sus hogares y se les empuja al exilio. De manera que incluso individuos con una personalidad firme pueden perder la cabeza durante un tiempo más o menos largo. Ya no pueden mantener el ritmo de los acontecimientos. No quieren admitir que la historia ha cambiado de rumbo. De ahí esos juegos conspirativos y revolucionarios que comprometen la causa a la que sirven no menos que a ellos mismos; de ahí, también, los errores de Willich y Schapper.⁸

Después de aplastada una revolución, ¿qué podría ser más satisfactorio que presentar como un objetivo inmediato la preparación de una nueva insurrección armada, como hizo Bogdánov?

El terrible período de la reacción hizo que muchos revolucionarios —sobre todo los exiliados, cuyas oportunidades de acción concreta eran muy pocas— se volcaran en la propaganda abstracta, cuyo extremismo verbal era directamente proporcional a su pasividad real. Este revolucionismo, carente de toda responsabilidad revolucionaria práctica, se limitaba a la propia glorificación, y la intransigencia verbal se convirtió en un disfraz para la autocomplacencia pasiva.

Cuando los revolucionarios están aislados de cualquier apoyo real de la clase trabajadora, se establece un medio muy propicio para el ultraizquierdismo. Cuanto más aislados se encuentran, menos dispuestos están a aceptar correcciones de los trabajadores en lucha, y mayor es la atracción que sienten por las consignas extremas. Dado que prácticamente nadie les escucha, ¿por qué no utilizar frases revolucionarias extremas? En un vacío, la presión para ajustarse a una nueva situación es mínima.

La impaciencia de Bogdánov y sus amigos para obtener resultados rápidos, sin importar los obstáculos objetivos que encontraran, podía haber sido corregida desde el partido: este es el elemento democrático del centralismo democrático. Desafortunadamente, sin embargo, el partido apenas existía, y no podía corregir los errores de sus líderes.

Lenin les acusó de rechazar las "tareas menores", especialmente el uso de la plataforma parlamentaria. En la práctica, su táctica consistía en esperar los "grandes días". «Unos y otros frenan lo que es más importante y más urgente: unir a los obreros en organizaciones grandes, poderosas, que funcionen adecuadamente, capaces de funcionar bien en todas las circunstancias, impregnadas del espíritu de la lucha de clase, que comprendan con claridad sus objetivos y estén educadas en la verdadera concepción del mundo marxista.»⁹

Los nuevos tiempos exigían tácticas nuevas, decía Lenin:

Durante la revolución aprendimos a "hablar francés", es decir, a introducir en el movimiento la mayor cantidad de consignas entusiastas para elevar la energía y el alcance de la lucha directa de las masas. Ahora, en este período de estancamiento, de reacción y desintegración, debemos aprender a "hablar alemán", es decir, a actuar lentamente (es imposible hacerlo de otra manera mientras no llegue un nuevo ascenso), de modo sistemático y tenaz, avanzar paso a paso, conquistando palmo a palmo. En vano toma el nombre de marxista quien considera aburrida esta labor, quien no comprende la necesidad de conservar y desarrollar los principios revolucionarios de la táctica socialdemócrata *también en esta etapa, en este recodo del camino.*¹⁰

Según él, los revolucionarios:

[...] sabrían cumplir con su deber aun en el trabajo cotidiano más duro, lento e insignificante, si después de la lucha, después de agotadas todas las oportunidades revolucionarias existentes, la historia nos obligara a arrastrarnos por los caminos de la "constitución autocrática". [...] Para cumplir este compromiso con el proletariado era necesario tomar de nuevo en las manos, pacientemente, y reeducar a quienes se sintieron atraídos a la socialdemocracia por los días de libertad (hasta apreció, incluso, un tipo de "socialdemócratas de los días de libertad"); a quienes atrajo, sobre todo, la decisión, el revolucionismo y la "brillantez" de nuestras consignas; a quienes carecían de firmeza para luchar no sólo en las fiestas revolucionarias, sino también en los días grises de la contrarrevolución. Algunos de estos elementos fueron incorporándose de modo gradual a la actividad proletaria y asimi-

laron la concepción marxista del mundo. Otros sólo aprendieron de memoria unas cuantas consignas, sin captar su sentido, y repetían viejas frases sin saber aplicar a las nuevas condiciones los viejos principios de la táctica socialdemócrata revolucionaria.¹¹

No hay duda de que en el largo período de reacción y en el subsecuente crecimiento lento posterior, el bolchevismo se habría apagado si la política ultraizquierdista de Bogdánov y sus aliados no hubiera sido desechada. Retrospectivamente, muchos años después, Lenin podía escribir en su libro *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* (1920):

[...] el bolchevismo se formó, se fortaleció y se templó en largos años de lucha contra el revolucionismo *pequeñoburgués*, que se parece al anarquismo o que ha tomado algo de él, y que, en todos los problemas esenciales, deja de lado las condiciones y exigencias de una lucha de clases consecuentemente proletaria. [...] El *pequeñoburgués* a quien vuelven "frenético" los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son de público conocimiento la inconstancia de ese revolucionismo, su esterilidad y su tendencia a transformarse rápidamente en sumisión, apatía, quimeras e incluso en entusiasmo frenético por una u otra corriente burguesa "de moda".¹²

Lenin sabía que para preparar las grandes luchas revolucionarias del futuro, un partido revolucionario debe aprender a pasar por un período de reacción, *junto a las masas*, a su cabeza, sin disolverse en ellas, pero también sin separarse de ellas. Este período también es propicio para templar y entrenar a los cuadros más fuertes. Sin embargo, este entrenamiento no puede llevarse a cabo en el vacío, aislado de la lucha, aunque su objetivo y su profundidad sean muy restringidos.

La expulsión de Bogdánov

Entre el 8 y el 17 de junio de 1909, en su apartamento de París, Lenin reunió en una conferencia a la junta editorial ampliada del periódico bolchevique *Proletari*. Por instigación suya, esta conferencia apartó al

viejo Centro Bolchevique, elegido en el Congreso de Londres de 1907, y asumió el poder de designar, destituir y legislar. Aprobó una decisión según la cual «el bolchevismo, como tendencia definida en el POSDR, no tiene nada en común con el otzovismo o el ultimatismo», y expulsó a Bogdánov (Maxímov), el guía espiritual del otzovismo, de las filas bolcheviques. Bogdánov intentó en vano negar que una nueva conferencia editorial tuviera el derecho de destituir a personas elegidas en una conferencia previa. Su llamada para un nuevo congreso bolchevique se ignoró.

Lenin reconocía la justicia *formal* del caso de Bogdánov. «Desde el punto de vista formal, la expulsión de Maxímov es “arbitraria” —nos dicen los destituidos— y “no reconocemos esta expulsión”, pues Maxímov “fue elegido por el congreso bolchevique, es decir, por el sector bolchevique del congreso del partido».¹³ Pero a sabiendas de que la facción bolchevique ya no era lo que había sido en absoluto, y temiendo que Bogdánov consiguiera la mayoría en la nueva conferencia, Lenin se opuso con todas sus fuerzas a la convocatoria de un nuevo congreso bolchevique. Logró que se aprobara una resolución que decía lo siguiente:

Teniendo en cuenta [...] que [...] convocar conferencias y congresos bolcheviques especiales conduciría inevitablemente a la división del partido de arriba abajo y asestaría un golpe irreparable a la facción que tomara la iniciativa de una tal división definitiva dentro del POSDR, [...] la Redacción ampliada del *Proletari* resuelve:

Prevenir a todos sus integrantes contra la agitación a favor de un congreso bolchevique especial, porque la misma conduciría objetivamente a la división del partido y asestaría un golpe decisivo a la posición que la socialdemocracia revolucionaria ya ha conquistado en el partido.¹⁴

La lucha contra Bogdánov dentro de la facción bolchevique fue una tarea muy difícil. Los ultraizquierdistas son formalistas, estériles, y están desconectados de la realidad; ¿pero cómo demostrarlo sin una acción de masas? Lenin no podía acudir a los trabajadores activos, al movimiento vivo, para obtener apoyo, de manera que se vio obligado a utilizar aquello que tenía a mano: en este caso, una reunión artificial y no representativa de una junta editorial ampliada.

Entre los seguidores de Lenin había muchos a quienes las medidas aparentemente arbitrarias tomadas contra Bogdánov no habían gustado. Incluso Stalin, un ferviente seguidor de Lenin por aquel entonces, le reprochó su acción despótica y que hubiera dividido a los bolcheviques. Aunque mantenía su solidaridad *política* con Lenin respecto de su actitud hacia las elecciones de la Duma, en un editorial del *Bakinski Proletari* del 27 de agosto de 1909 decía:

Por otro lado, teniendo en cuenta que ambas partes de la redacción, a pesar de las indicadas discrepancias, coinciden en las cuestiones de mayor importancia para la fracción (apreciación del momento, el papel del proletariado y de las otras clases en la revolución, etc.), el Comité de Bakú estima que la unidad de la fracción y, por tanto, el trabajo conjunto de ambas partes de la redacción son posibles y necesarios.

En vista de ello, el Comité de Bakú no está de acuerdo con la política practicada por la mayoría de la redacción en el terreno de la organización, y protesta contra todo intento de “expulsar de nuestro medio” a los partidarios de la minoría de la redacción. El Comité de Bakú protesta también contra la conducta del camarada Maxímov, que ha declarado que no se somete a las decisiones de la redacción y ha dado así otro motivo para nuevos y más fuertes rozamientos.¹⁵

El uso de la vara filosófica contra Bogdánov

Una de las armas que Lenin empleó contra Bogdánov fue la filosofía. Su conexión con él venía de lejos. Bogdánov era médico, y un escritor de prestigio en el ámbito de la economía, la sociología, las ciencias naturales y la filosofía. Lenin había conocido su reputación antes de conocerle en persona desde 1898, cuando una copia de su *Curso corto de ciencia económica* le llegó a Siberia. El libro le pareció tan bueno que rechazó la propuesta de un editor de escribir un manual de economía política porque «sería difícil competir con Bogdánov».¹⁶

Cuando Bogdánov se unió a los bolcheviques en 1904, le envió a Lenin su primer volumen filosófico, *Empiriomonismo* (el segundo volumen se publicó en 1905, y el tercero en 1906). Esta obra, muy influida por los escritos de los neokantianos Ernst Mach y Richard

Avenarius, se convertiría en el blanco principal del ataque filosófico de Lenin en 1909.

Plejánov, el principal portavoz de la filosofía marxista ortodoxa y ahora un menchevique, se burlaba de Lenin por su asociación con Bogdánov. En el tercer Congreso de 1905, Lenin replicó:

[...] Plejánov trae a colación a Mach y Avenarius. Para mí, es un verdadero misterio qué relación tienen con el problema de la revolución social estos dos escritores, por los que no siento la menor simpatía. Ellos escribieron acerca de la organización individual y social de la experiencia, o algo por el estilo, pero nunca dedicaron reflexión alguna a la dictadura democrática.¹⁷

Lenin no compartía la filosofía de Bogdánov. En una carta a Gorki, escribía que había leído el primer volumen de Bogdánov nada más recibirlo y se encontró en desacuerdo con él. Después había escrito una larga carta crítica a su autor. Cuando el tercer volumen de *Empiriomismo* apareció en 1906, Bogdánov le envió a Lenin una copia dedicada, y éste correspondió inmediatamente con otra «declaración de amor, una breve misiva sobre filosofía que acabó ocupando tres cuadernos». Pero esto no impedía que Lenin continuara colaborando políticamente con Bogdánov, sin pensar siquiera en sugerir que la asociación entre ellos debía romperse por culpa de una cuestión filosófica, o que la filosofía tuviera una relación directa y necesaria con las tácticas políticas.

En febrero de 1908 escribía:

[...] la Redacción del *Proletari*, en su condición de representante ideológico de la tendencia bolchevique, se considera en el deber de declararlo siguiente. En realidad, dicha discusión filosófica no tiene un carácter fraccionista ni, a juicio de la Redacción, debe tenerlo; cualquier intento de atribuir a dichas discrepancias un carácter fraccionista es erróneo de raíz. Dentro de una y otra fracción hay partidarios de ambas tendencias filosóficas.¹⁸

Y en una carta a Gorki del 25 de febrero de 1908:

En el verano y el otoño de 1904, Bogdánov y yo llegamos a ponernos de acuerdo completamente, como *bolcheviques*, y formamos un bloque tácito, que tácitamente dejaba de lado la filosofía

como terreno neutral. Tal bloque existió durante toda la revolución y nos permitió llevar a cabo de manera conjunta las tácticas de la socialdemocracia revolucionaria (es decir, el bolchevismo), las cuales, estoy profundamente convencido de ello, eran las únicas tácticas correctas.¹⁹

Proletari debe mantenerse absolutamente neutral hacia todas nuestras divergencias filosóficas, y no dar al lector *el más mínimo motivo* para asociar a los bolcheviques, como tendencia, como línea táctica del ala revolucionaria de los socialdemócratas rusos, con el empiriocriticismo o el empiriomonismo.²⁰

El 16 de abril le escribía de nuevo a Gorki: «Hay que *separar* la filosofía de los asuntos del partido (del grupo); la resolución del Centro Bolchevique lo hace obligatorio».²¹

Sin embargo, cuando en 1908 fue finalmente evidente que un giro revolucionario no era inminente, las diferencias tácticas entre ambos, en vez de disminuir fueron creciendo, como en la cuestión del boicot. Después de la reacción ideológica general, las diferencias filosóficas fueron adquiriendo más importancia. Bogdánov, Bazarov y Lunacharski eligieron ese momento para unirse a los mencheviques Yuskevich, Valentin y otros escritores para publicar un simposio sobre filosofía titulado *Aspectos generales sobre la filosofía del marxismo*.

Sería incorrecto asumir que el interés de Lenin por la filosofía se debía solamente al hecho de que podía proporcionarle un arma en la lucha dentro de la facción contra Bogdánov, aunque tal cosa fuera un elemento importante para él. La filosofía, en ese momento, estaba ganando una posición destacada en el pensamiento marxista. Antes de la Revolución de 1905, la doctrina económica de Karl Marx fue el tema de discusión más importante entre socialistas. Durante la revolución, las políticas marxistas ocuparon ese puesto. En el período de reacción posterior, fue el turno, inevitablemente, de la filosofía marxista. Como diría Lenin:

El pesimismo, la no resistencia y la invocación al “Espíritu” constituyen una ideología que surge inevitablemente en una época en que todo el viejo régimen “se ha revuelto” y en que la masa educada en ese viejo régimen, y que ha mamado, junto con la leche de su madre, todos los principios, costumbres, tradiciones y

creencias de ese régimen, no ve ni puede ver *cómo* es el nuevo régimen que “se va asentando”, *qué* fuerzas sociales lo hacen “asentarse” y cómo lo hacen, *qué* fuerzas sociales *pueden* traer la liberación de las calamidades innumerables y extraordinariamente graves propias de las épocas de “cambios”.²²

Dado que la política, aparentemente, no era capaz de superar el horror del régimen zarista, la escapada al reino de la especulación filosófica se hizo común. A falta de cualquier contacto con el movimiento de masas real, todo debía demostrarse desde el principio: no había nada, en las tradiciones del movimiento, ninguno de sus fundamentos, que se salvara de ser puesto en duda constantemente.

El año 1904 era el centenario de la muerte de Immanuel Kant. Durante unos cuantos años, algunos marxistas discutieron largamente sobre la ética kantiana y la teoría “neokantiana” del conocimiento, tal y como aparecía en el pensamiento científico moderno. En esta discusión, Bogdánov, Lunacharski, Bazarov y otros trataron de combinar el marxismo con la teoría neokantiana del conocimiento, como habían hecho Ernst Mach y Richard Avenarius. Lunacharski llegó incluso a hablar abiertamente de fideísmo.* Utilizaba metáforas religiosas, y hablaba de «ver a Dios» y de «construir a Dios». Gorki, influenciado por Bogdánov y Lunacharski, escribió en aquel tiempo una novela, *La confesión*, que llegaba al clímax en el siguiente fragmento:

Llamé a la humanidad a la nueva religión [...]. El pueblo, ellos son los creadores [...]. En ellos reside Dios [...]. He visto aquí [la tierra] —mi madre— en el espacio entre las estrellas [...] y he visto a su dueño, el pueblo poderoso e inmortal [...]. Me puse a orar:

«Pueblo! ¡Tú eres mi Dios, creador de todos los dioses, a los cuales has formado con las bellezas de tu espíritu, con la ansiedad y el trabajo de tus investigaciones!»

Que no haya en el mundo otros dioses más que tú, pues tú eres el Dios único, creador de milagros».²³

* Lenin definió el “fideísmo” como «la doctrina que sustituye el conocimiento por la fe, o que generalmente atribuye importancia a la fe» (ver Lenin, *Obras completas*, vol. 14, p. 19).

La reacción de Lenin fue realmente cortante, y escribió a Gorki: «El cura católico que viola muchachas [...] es *mucho menos* peligroso, precisamente para la “democracia”, que un cura sin sotana, un cura sin una religión burda, un cura ideológicamente pertrechado y democrático que predica la creación y la invención de un dios».²⁴

Lenin usó la vara filosófica contra Bogdánov y sus amigos no solo por las diferencias entre ellos con respecto a la participación en las elecciones de la Duma, la actividad en los sindicatos, etc., sino también porque creía que el idealismo filosófico neokantiano era peligroso para la supervivencia del marxismo durante el período de reacción. El misticismo religioso y el pesimismo político y social iban de la mano, y amenazaban lo que quedaba del movimiento revolucionario.

Sin embargo, la obra del propio Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, también padecía de la falta de contacto real con el movimiento vivo. (Solo hay que compararla con el magnífico y dialécticamente laconico *Cuaderno filosófico*, vol. 38 de las *Obras Completas* de Lenin). Cabe destacar que nunca repitió esos argumentos en panfletos o artículos posteriores, como había hecho con otros escritos suyos. No hubo artículos especiales en ninguna publicación de prensa que elaboraran las tesis de este libro, ni es aludido en ningún escrito de Lenin, ni en su vasta correspondencia, después de 1909.

En ese año 1909, la lucha contra el sentimiento antimaterialista basado en la religión, la mística y la introspección surgido durante la reacción ya casi había terminado, y el principio de un renacimiento en el movimiento de masas no quedaba lejos.

Los bogdanovistas continúan luchando

Después de que Lenin forzara la ruptura en junio de 1909, Bogdánov y sus seguidores se convirtieron en una facción independiente en el POSDR. Se autoproclamaban los únicos “bolcheviques auténticos”, y en diciembre empezaron su propio periódico, cuyo título era el del primer periódico bolchevique fundado por Lenin y Bogdánov en 1904, *Vperiod* (Adelante). Durante los años siguientes se les conoció como los bolcheviques del *Vperiod*.

Por un tiempo les fue bastante bien con relación a los leninistas. Lenin escribía, en diciembre de 1910: «Los del *Vperiod* [...] se consolidaron en una fracción con su propio transporte, sus propias *agencias*,

y se han hecho *varias veces* más fuertes desde el pleno de enero de 1910.²⁵

En 1909, para impulsar sus ideas, Bogdánov, Lunacharski y Aleksinski, con la asistencia de Gorki, organizaron una escuela del partido en Capri (Italia), que duró unos cuatro meses. Se organizó una segunda escuela en Bolonia, a finales de 1910 y principios de 1911.

En aquel tiempo, los alumnos de la escuela de Capri invitaron a Ilich para que fuera a dar una conferencia. Ilich se negó categóricamente. Les explicó el carácter fraccional de la escuela y les pidió que fueran a París. Dentro de la escuela de Capri se suscitó una lucha de división. A principios de noviembre, cinco estudiantes (había doce en total), entre los cuales se encontraba Vilonov, el organizador de la escuela, se declararon leninistas convencidos y fueron expulsados de la escuela. Este incidente demostró mejor que ningún argumento que Lenin tenía razón respecto al carácter fraccional de la escuela. Los estudiantes expulsados vinieron a París.

Con Michael llegaron cinco estudiantes más de la escuela de Capri. [...] Ilich les dio una serie de conferencias y dedicó gran atención a sus estudios. Luego se fueron a Rusia, excepto Michael, que sufría de tuberculosis [...]. A finales de diciembre los estudios de Capri finalizaron, y el resto de los alumnos vino a París. Ilich les dio conferencias, les hablaba sobre temas de actualidad, sobre las reformas de las tierras introducidas en Rusia por el entonces primer ministro Stolipin.²⁶

Eran tiempos de muy poca acción, y aquella pequeña escuela del partido en el extranjero ya era todo un éxito. A efectos prácticos, el partido apenas existía. La ruptura con Bogdánov y sus asociados parecía la gota que colmaba el vaso.

Para aquellos que participaban, y también para los que las observaban desde fuera, las peleas entre los bolcheviques parecían insinuar que el partido de Lenin estaba acabado. El número de miembros cayó a un nivel muy bajo, de más de 40.000 en 1907 a unos pocos centenares en 1910. Hubo una fragmentación en pequeños grupos, en cuyo seno la infiltración de la policía secreta era enorme. Los grupos tenían escaso contacto entre ellos o con los líderes en el exterior. Además, Lenin había perdido a los mejores escritores que hasta entonces había

tenido a su lado: Bogdánov, Lunacharski, Pokrovski, Rozhkov y Gorki. Los mencheviques se regodeaban con la pobreza intelectual de los bolcheviques. Así, unos cuantos años después de la expulsión de Bogdánov y los otros, a Mártoev le pareció que prácticamente podía descartar el liderazgo bolchevique:

[...] un puñado de gente literalmente sin nombres o con nombres que tenían algo de indeseable, un grupo de lumpenproletariado intelectual más que de intelectuales. Después de empuñar el bastón de mando, se convirtieron en cabos, que mostraban el nombre de un intelectual —Lenin— como estandarte ideológico.²⁷

Pero esto era una ilusión menchevique: el talento para el liderazgo de los cuadros del partido no podía medirse con el simple criterio de la habilidad literaria. Durante el período de reacción, Lenin mantuvo a su lado a centenares de cuadros, reclutó a unos cuantos centenares más y les entrenó, siempre preparándose para el futuro.

Capítulo 17

La ruptura final con el menchevismo

Los mencheviques oscilan hacia la derecha

Durante la revolución, los mencheviques habían permanecido bastante a la izquierda, pero después de ella hicieron un giro brusco hacia la derecha. En el Congreso de Unidad de Estocolmo, del 10 al 25 de abril de 1906, el ala izquierda, influenciada por Trotski y Parvus, apenas era discernible. Como dijo Lenin:

Además llamó la atención la total ausencia entre los mencheviques de la corriente que con tanta claridad se manifestó en *Náchaló* y que en el partido se solía vincular a los nombres de los camaradas Parvus y Trotski. Es posible que entre los mencheviques hubiese “parvunistas” y “trotskistas” —a mí, por ejemplo, me aseguraron que había alrededor de ocho.¹

Kunarcharski explicaba como sigue el cambio radical de posición de los mencheviques:

Los mencheviques son impresionables, son personas que reaccionan según su estado de ánimo, según las circunstancias. La ola se levanta, transcurren los meses de octubre y noviembre de 1905, y he ahí que *Náchaló* se lanza a toda carrera, adopta actitudes más bolcheviques que los propios bolcheviques. Galopa ya de la dictadura democrática a la dictadura socialista. Se produce un reflujo, el estado de ánimo decae, los cadetes levantan cabeza, y he aquí que los mencheviques se apresuran a amoldarse al estado de ánimo decaído, brincan tras los cadetes y desprecian las formas de lucha de octubre y noviembre.²

Durante 1905, gente como Plejánov y Mártoev se habían quedado solos afirmando que los socialdemócratas debían mostrar "tacto" hacia los liberales. Ahora, en el período de reacción, la táctica más significativa del menchevismo era aliarse con los cadetes. Uno de sus portavoces, Rajmétov, defendió así esa coalición:

Es mucho más fácil que los cadetes se den vuelta y se escabullan cuando se los rodea de una hostilidad infundada, que si uno se aproxima a ellos con la propuesta de una *coalición política* [...]. Mediante la presión de la opinión pública sobre los cadetes (envío de resoluciones, mandatos, peticiones y demandas a la Duma, organización de mítines de protesta, *negociaciones entre el grupo obrero y los cadetes*) puede lograrse mucho más que con alborotos sin sentido, y por ello mismo inútiles, para expresarnos de un modo tajante [cursiva de Lenin, en las O.C.].³

En un artículo titulado "Bloques con los cadetes", escrito en noviembre de 1906, Lenin reaccionaba: «El hecho de aprobar los bloques con los cadetes señala definitivamente a los mencheviques como el ala oportunista del partido obrero».⁴

La tendencia del ala derecha más constante en el menchevismo era el liquidacionismo: que influenciaría a la facción de la misma forma que el otzovismo y el ultimatismo influenciaron a los bolcheviques. Mientras que Bogdánov convertía la ilegalidad en un fetiche y aborrecía cualquier tipo de esfuerzo de trabajo legal en la Duma o los sindicatos, los liquidadores intentaban limitar el movimiento a las actividades legales y abiertas (las elecciones de la Duma y su actividad parlamentaria, los sindicatos y los periódicos legales), y apoyaban la restricción o la liquidación de las actividades y las organizaciones políticas ilegales. Así, A. N. Potrésov, el editor de *Nasha Zariá*, y el nuevo portavoz de los liquidadores, declararon sin rodeos, en febrero de 1910, que «el partido, como jerarquía integral y organizada de instituciones, no existe». Otra publicación liquidacionista, *Vozrozhdenie*, comentaba este punto de vista en su número del 30 de marzo de 1910, diciendo:

«Nada hay que liquidar, y, agregaremos nosotros [es decir, la Redacción de *Vozrozhdenie*], el sueño de restablecer esta jerarquía en su antigua forma clandestina es simplemente una nociva y reaccionaria utopía, que indica la pérdida de intuición política por

los representantes de un partido que en un tiempo era el más realista».⁵

De forma similar, el menchevique B. Bogdánov escribía: «Lo nuevo, lo que caracteriza también la novísima fase de nuestro movimiento obrero, es el deseo de romper con la vieja clandestinidad y entrar en una fase de acción social y política realmente abierta».⁶

Mártov apoyó hasta cierto punto el liquidacionismo al abogar por la *igualdad* de derechos entre las organizaciones de partidos legales e ilegales. Según él, las organizaciones ilegales debían servir básicamente de apoyo al partido legal.

[...] una organización conspirativa más o menos definida y, hasta cierto punto, centralizada, tiene sentido en este momento (tiene, de hecho, mucho sentido), solo mientras forme parte de la *construcción de un partido socialdemócrata*, el cual, por necesidad, es menos definido y tiene su *respaldo* principal en las organizaciones obreras abiertas.⁷

Lenin dijo sobre esa idea que:

[...] lleva en los hechos a subordinar el partido a los liquidadores, porque el legalista que se ubica contra el partido ilegal, considerándose a la par de él, no es más que un liquidador. La "igualdad de derechos" entre un socialdemócrata ilegal, perseguido por la policía, y un legalista que por su posición legal y por su apartamiento del partido goza de seguridad, equivale en la práctica a la "igualdad de derechos" entre el obrero y el capitalista.⁸

[...] corresponde a las *organizaciones ilegales juzgar* si los legalistas *están en realidad por el partido*, es decir, ¡[la carta del CC que expresa nuestra opinión] rechaza en forma especial la "teoría de la igualdad de derechos!"».⁹

Para Mártoev, la clandestinidad tenía que ser una estructura mínima, una reserva para utilizar en el caso de un retorno forzoso a la ilegalidad completa. Para Lenin, las actividades legales eran algo muy reducido, cuyo propósito era el de ampliar la base de sus operaciones en el partido clandestino. Las consecuencias políticas de dar la espalda al movimiento

clandestino serían muy importantes. Era, por supuesto, imposible abogar por el derrocamiento del zarismo en publicaciones que debían pasar la censura, y por lo tanto, confinar el partido a las formas de acción legales suponía, virtualmente, abandonar el principio republicano. Este fue el primer paso hacia aceptar el punto de vista de la transformación gradual del régimen zarista hasta convertirlo en una monarquía constitucional, algo muy codiciado por los cadetes.

Cuando se enfrentaba a los ultraizquierdistas, Lenin ponía mucho cuidado en enfatizar el peligro de caer en el liquidacionismo, de restringir el programa a las necesidades de la legalidad:

[...] esa combinación del trabajo ilegal y legal requiere en especial de nosotros que luchemos contra cualquier "subestimación del papel y el significado" del partido ilegal. Y esa necesidad de defender la posición del partido dentro de los marcos legales en las cuestiones más insignificantes, dentro de la escala más modesta, por motivos parciales, exige una especial vigilancia, para que las tareas y consignas no se *restringan*, para que la modificación de la forma de lucha no destruya su contenido, no la haga menos inconciliable, no deforme la perspectiva histórica y los objetivos históricos del proletariado.¹⁰

En un informe para la junta editorial ampliada de *Proletari* (junio de 1909), llamó a combatir en dos frentes, contra los ultraizquierdistas y contra los liquidacionistas de ala derecha:

[...] la lucha contra el liquidacionismo de ambos matices, el liquidacionismo de la derecha y el liquidacionismo de la izquierda. Los liquidadores de la derecha dicen que no hace falta un POSDR ilegal, que la actividad socialdemocrática debe concentrarse exclusivamente o casi exclusivamente en las posibilidades legales. Los liquidadores de la izquierda vuelven las cosas del revés: para ellos, las posibilidades legales en la actividad del partido no existen; para ellos la ilegalidad a toda costa lo es todo. Tanto uno como los otros son liquidadores del POSDR en igual medida, aproximadamente, pues sin una *combinación* planificada y racional del trabajo legal e ilegal en la situación que actualmente nos ha impuesto la historia son inconcebibles "la conservación y el fortalecimiento del POSDR".¹¹

Mientras que Lenin estaba preparado para expulsar a los ortovistas de la facción bolchevique, Márkov, que era básicamente un conciliador, fue incapaz de llevar a cabo una lucha implacable contra los liquidadores, a pesar no estar de acuerdo con ellos.

El congreso obrero

Una manera de liquidar el partido consistía en reemplazarlo por un Partido obrero amplio y un Congreso obrero. Larin, el *enfant terrible* del menchevismo, así lo afirmaba en un panfleto titulado *Un Partido obrero amplio y un Congreso obrero* (Moscú, 1906). Un partido obrero amplio, tal como lo concebía Larin, debía juntar unos 900.000 de los nueve millones de trabajadores rusos. Tenían que quitar el "rótulo": el partido no debía ser socialdemócrata; los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios tenían que fusionarse, y el nuevo partido tenía que ser un "partido apartidista". Los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios debían actuar como «asociaciones de propaganda dentro del partido amplio».¹²

De una forma similar, uno de los líderes oficiosos del menchevismo, P. B. Axelrod, decía:

El Congreso obrero completará la liquidación que se ha estado llevando a cabo durante los últimos años, la liquidación del régimen del viejo partido que creció sobre la base histórica caduca del estado feudal y del régimen de jerarquías sociopolíticas, y al mismo tiempo señalará el principio de una época completamente nueva en la vida histórica de los socialdemócratas rusos, la época del desarrollo en las mismas líneas que los partidos socialdemócratas en Occidente.¹³

Otro menchevique, N. Rozhkov, sugería construir una organización obrera abierta y pacífica: «una asociación política para la protección de los intereses de la clase trabajadora».¹⁴

¡No trato de defender ningún tipo de violencia; no encontrarán una sola palabra, ni un solo pensamiento sobre la necesidad de una revolución violenta, ya que en la realidad esa necesidad puede no existir jamás. Si a alguien, que estuviera cegado por la demen-

cia reaccionaria, se le ocurriera acusar a los miembros de esta "asociación" de anhelar una revolución violenta, todo el peso de la acusación, jurídicamente insignificante, infundada e insensata, caería sobre la cabeza del acusador!¹⁵

Lenin escribió abundantemente y con vehemencia contra la idea de un Congreso obrero. Primero, decía que la *Realpolitik* de los liquidadores con respecto al Congreso obrero no era realista. Así, a principios de diciembre de 1911, escribía:

Es obvio que las "autoridades" no autorizarán esa asociación [...] ni consentirán que sea "llevada a la práctica". Solo los ciegos liberales no lo ven. [...] Es cosa útil organizar sindicatos legales, siempre que se comprenda que en las condiciones actuales no podrían ser amplios, ni "políticos", ni fuertes. Pero predicar especies liberales acerca de una asociación obrera política que *excluya* toda idea de violencia es palabrerío hueco y nocivo.¹⁶

En marzo de 1912 repetía lo mismo:

Como es obvio, en las condiciones políticas que imperan en Rusia, donde incluso el partido de los liberales, los cadetes, no tiene estatus legal, la formación de un Partido Obrero Socialdemócrata abierto sólo podía ser una expresión de deseos. Los liquidadores rechazaron el partido ilegal pero no cumplieron su promesa de fundar un partido legal.¹⁷

Un poco más tarde, preguntaba: ¿dónde está el Congreso?

Desde hace ya más de un año venimos diciendo a los liquidadores: basta de palabras, funden sus "sociedades políticas legales" por el estilo de la "sociedad en defensa de los intereses de la clase obrera", etc. ¡Basta ya de frases, pongan manos a la obra!

Pero no pueden poner manos a la obra porque es imposible hacer realidad una utopía liberal en la Rusia *de nuestros días*.¹⁸

En oposición a la idea de un Congreso obrero legal, Lenin propuso la supremacía del partido ilegal.

(1) El único tipo correcto de estructura organizativa es un partido ilegal como suma de células partidarias rodeadas por una red de asociaciones obreras ilegales y semilegales.

(2) Es absolutamente obligatorio adaptar las formas organizativas de la construcción ilegal a las condiciones locales. La diversidad de las formas de protección de las células ilegales y la mayor flexibilidad posible en la adaptación de las formas de trabajo a las condiciones de vida locales y generales garantizan la vitalidad de la organización ilegal.

(3) La principal tarea inmediata en el terreno de la labor organizativa es ahora: establecer en todas las empresas comités fabriles ilegales, exclusivamente partidarios, integrados por los elementos obreros más activos. El enorme ascenso del movimiento obrero crea condiciones en que, en la inmensa mayoría de las localidades, resulta posible la reconstrucción de los comités de partido en las fábricas y el fortalecimiento de los existentes.

(4) [...] ahora se ha hecho esencial crear en cada centro una organización dirigente única a partir de los grupos locales ahora dispersos.¹⁹

Por supuesto que los socialistas revolucionarios tenían que luchar por la "libertad de asociación", pero esto tendría que ser solo una parte de la lucha para derrocar el zarismo. Si no se señala la conexión directa entre la reforma parcial y el derrocamiento revolucionario del zarismo se está engañando a los trabajadores y cayendo en el liberalismo.

Es fundamental indicar que la libertad de prensa, de asociación, de reunión y de huelga es *absolutamente* necesaria para los obreros, pero *precisamente* para conseguirla hay que comprender los *vínculos indestructibles* entre ella y las bases generales de la libertad política, los cambios *radicales* de todo el sistema político. No la utopía liberal de libertad de asociación *bajo* el régimen del 3 de junio, sino una lucha *por* la libertad en general y la libertad de asociación en particular *contra este régimen* en toda la línea, contra las *bases* de este régimen.²⁰

Los obreros exigen *en serio* la libertad de asociación, y *por eso* luchan por la libertad para todo el pueblo, por el *derrocamiento de la monarquía*, por la república.²¹

Durante el período de reacción, las condiciones existentes hacían que la idea de concentrarse por completo en el trabajo legal fuera muy atractiva. Cientos de intelectuales volcaron todas sus actividades en varias organizaciones legales: cooperativas, sindicatos, sociedades educativas, comités asesores para el grupo de la Duma, etc.

Los liquidadores estuvieron a la vanguardia durante los años más desolados. «Sufrían menos por persecuciones policiales», escribe Olminski. «Tenían a muchos escritores, a buena parte de los conferenciantes y, en conjunto, a la mayoría de los intelectuales. Eran los gallitos, y bien lo cacareaban». Las tentativas del bando bolchevique, cuyas filas iban aclarándose sin cesar, por conservar su máquina ilegal, tropezaban a cada paso con circunstancias hostiles. El bolchevismo parecía definitivamente acabado. «Toda la evolución de estos tiempos», escribía Márto, «convierte en una patética utopía reaccionaria la formación de cualquier secta de partido duradera».²²

Lenin catalogaba a los liquidadores como intelectuales que habían abandonado la clandestinidad:

La huida de la clandestinidad pudo ser en algunas personas resultado de su fatiga y desaliento. A esas personas sólo se las puede compadecer; hay que prestarles ayuda, porque su desaliento pasará, y aparecerá de nuevo el impulso de alejarse del filisteísmo, de los liberales y de la política obrera liberal y de acercarse a la clandestinidad obrera. Pero cuando los fatigados y desalentados usan el periodismo como tribuna y pregonan que su huida no es una manifestación de fatiga, ni de debilidad, ni de ruindad intelectual, sino un mérito, y luego cargan la culpa a la "ineficaz", la "inútil" o la "moribunda", etcétera, clandestinidad, entonces estos transfugas se convierten en repugnantes renegados, en apóstatas. Entonces estos transfugas se convierten en los peores consejeros del movimiento obrero, y por lo tanto, en sus peligrosos enemigos.²³

Pero no todos los mencheviques, por supuesto, eran liquidadores. Sin embargo, en general, todos los mencheviques los toleraban. Aunque Márto y Dan no estaban de acuerdo con ellos, les defendían de los ataques bolcheviques en su periódico *Golos Sotsialdemokrata*, publicado

en París. Al mismo tiempo, ambos colaboraban activamente en la prensa legal que publicaban los liquidadores.

La cuestión de las "expropiaciones"

Con el declive de la revolución, la obtención de fondos por parte de los partidos se convirtió en un problema cada vez más apremiante. Incluso durante 1905, la maquinaria bolchevique era muy modesta. En sus memorias, Krúpskaya cuenta que a causa del trabajo excesivo se enroló a otro secretario, Mijaíl Sergueiéovich Weinstein, y también a una secretaria auxiliar, Vera Rudolfovna Menzhinskaya.

Mijaíl Sergueiéovich se ocupaba más de la organización militar, y siempre estaba ocupado transmitiendo las instrucciones de Níkitin (L. B. Krasin). Yo me encargaba de las citas y comunicaciones con comités e individuos. Sería difícil de explicar ahora lo simple de la técnica empleada por la secretaría del CC. Recuerdo que nunca asistíamos a las reuniones del CC, nadie estaba "a cargo" de nosotros, no se hacían actas, las direcciones en clave se guardaban en cajas de cerillas, en cubiertas de libros y en sitios parecidos.

Teníamos que confiar en nuestra memoria. Éramos asediados por mucha gente que nos pedía cosas y debíamos satisfacerles con todo lo que querían: publicaciones, pasaportes, instrucciones, consejos. Ahora es difícil de imaginar cómo conseguimos resolver todos aquellos problemas y al mismo tiempo tener todas las cosas en orden, sin nadie que nos controlara y actuando "a nuestro aire".²⁴

¡Y esta secretaría de tres personas servía a un partido que en 1907 tenía 46.143 miembros!

Los que trabajaban a tiempo completo para el partido recibían una paga miserable. «A los miembros que dedicaban todo su tiempo a las tareas del partido se les remuneraba con una cantidad muy pequeña, a veces tan poca cosa como tres, cinco o diez rublos, y nunca más de 30 rublos al mes».²⁵ Comparativamente, el salario medio, en el período 1903-05, era de 28 rublos.

Por muy modesta que fuera la maquinaria del partido, y por muy bajos que fueran los salarios de los trabajadores a tiempo completo, el

dinero era siempre un problema. Durante la revolución se resolvía en gran medida a través de las donaciones de simpatizantes ricos. Por ejemplo, en la organización bolchevique de Moscú, que en la primavera de 1905 tenía unos 1.000 miembros:

Las cuentas del Comité para el mes de junio de 1905 muestran que hubo un ingreso total de 9.891 rublos, 1.013 de los cuales han sido adelantados [...]. Los ingresos incluyen varias grandes sumas, una de 4.000 rublos, por ejemplo, "de un amigo", y una de 3.000 rublos "para armas". Es bien conocido que la causa bolchevique atraía a muchos simpatizantes ricos, incluyendo a A. M. Gorki y el hijo del propietario de una fábrica [...]. Las otras cuotas individuales solo llegaban a los 1.378 rublos.²⁶

En octubre, las grandes contribuciones de los simpatizantes ricos aumentaron: dos de ellas llegaron a los 4.000 y 8.400 respectivamente, provenientes de "amigos".²⁷

Mártov informaba de una situación parecida entre los mencheviques. Durante el período revolucionario:

[...] los presupuestos de la organización del partido crecieron muchísimo [...]. Las cuotas de los miembros solo representaban una pequeña parte de ellos. El informe del tesorero del comité de partido en Bakú muestra que para febrero de 1905, de unos ingresos de 1.382,8 rublos, solo 38,9 rublos o un tres por ciento provenían de las cuotas de los trabajadores. En un informe de la rama de Riga para agosto, solo 143,4 rublos de 558,7, o un 22 por ciento, provenía de las cuotas. En un informe del comité de Sebastópol se dice que las cuotas suponían un 14 por ciento de los ingresos; en los informes de la rama de Mariúpol un 33 por ciento, etc. El porcentaje más alto de ingresos provenientes de las cuotas es el de la rama de Ivanovo-Voznesensk de los socialdemócratas rusos, donde las cuotas suponían un 53 por ciento del ingreso total.²⁸

Uno de los "ángeles" más notables era A. M. Kalmíkova (llamada "tiíta"), que proporcionó los fondos necesarios para lanzar *Iskra*. Era una editora y librera rica, y una buena amiga de Krúpskaya. Distribuía libros populares baratos y literatura progresista. Otro colaborador era

el gran magnate del textil Morozov, que donaba regularmente 2.000 rublos al mes a los bolcheviques, a través del ingeniero Krasin. (Morozov se suicidó tras la derrota de la Revolución de 1905.) Su sobrino, N. P. Schmidt, a quien nos referiremos después, también fue un colaborador importante.

Con el inicio de la reacción, prácticamente todos los simpatizantes ricos dejaron el partido. La habilidad de Lenin para obtener fondos fallaba cada vez con más frecuencia. Krúpskaya, que además de la secretaria de los bolcheviques era también su tesorera nacional, se quejaba una y otra vez de la falta de dinero. Para Lenin, *salus revolutionis suprema lex*. Si es necesario, los revolucionarios deben arrastrarse, incluso en el barro, hacia su objetivo. Cuando se trataba de obtener fondos, no tenía manía alguna. El caso de la herencia de Schmidt es un buen ejemplo de su actitud.

El joven Nikolái Pavlovich Schmidt, sobrino del magnate textil Morozov y propietario de una fábrica de muebles en el distrito Presnia de Moscú, se pasó al bando obrero en 1905 y se unió a los bolcheviques. Proporcionó el dinero para fundar *Nóvaya Zhizn* y también para conseguir armas. Intimó con los obreros y era uno de sus mejores amigos. La policía calificaba a la fábrica de Schmidt de "cueva del diablo". La fábrica jugó un papel importante durante el levantamiento de Moscú. Nikolái Pavlovich fue detenido y en la prisión sufrió toda clase de torturas. La policía le llevó a su fábrica para que viera qué habían hecho con ella; le llevaron a ver los cadáveres de los obreros asesinados y finalmente le mataron en la cárcel. Antes de morir, consiguió informar a sus amigos del exterior de que dejaba sus propiedades a los bolcheviques.

Yelisabeta Pávlovna Schmidt, hermana menor de Nikolái Pavlovich, heredó parte de las propiedades de su hermano, y también ella decidió donarlas a los bolcheviques. Pero era aún menor de edad, y para poder disponer de su dinero a su antojo se decidió concertar un casamiento ficticio. Yelisabeta Pávlovna se casó con el camarada Ignátiev, un miembro del piquete de lucha que había conseguido mantener su legalidad, y siendo su esposa oficial podía, con el consentimiento de su marido, disponer de su legado. Pero la boda fue realmente ficticia, puesto que Yelisabeta Pávlovna era en realidad la mujer de otro bolchevique, Víctor Ta-

ratuta. La boda oficial le permitió obtener el legado inmediatamente y el dinero fue entregado a los bolcheviques.²⁹

A pesar de todo, las finanzas de los bolcheviques eran muy insuficientes, y Lenin decidió financiar el partido a través de las "expropiaciones" ("exs"): el asalto armado a los bancos y otras instituciones. Después de unas cuantas "exs", los mencheviques pusieron el grito en el cielo. Trotski criticó duramente a Lenin en la prensa socialdemócrata alemana. Incluso muchos bolcheviques desaprobaban tales tácticas. En el Congreso del Partido de Estocolmo (1906), una mayoría de 64 votos contra cuatro, con 20 abstenciones, apoyó la resolución menchevique para prohibir las "exs". Esto significa que hubo delegados bolcheviques que votaron con los mencheviques.

En su extenso informe sobre el Congreso de Estocolmo, Lenin evitó mencionar la resolución sobre los actos armados, con el pretexto de que no estuvo presente durante la discusión. «Además, no es, por supuesto, una cuestión de principios». Difícilmente la ausencia de Lenin fue accidental; lo que no quería era atarse las manos.

En el Congreso de Londres de mayo de 1907, donde Lenin se salió con la suya en prácticamente todos los demás puntos, una proporción abrumadora votó contra las "exs". La mayoría de bolcheviques votaron con los mencheviques, y cuando los delegados gritaron desde abajo: «¿Y Lenin? ¡Que hable Lenin!», él se aprovechó de su posición en la silla para evitar votar y solo sonrió «misteriosamente».³⁰

En su informe del Congreso, en el cual participó como delegado, Stalin intentó argumentar la resolución de forma poco convincente:

De las resoluciones mencheviques solo la que trataba de las acciones de guerrilla salió adelante, y aquella lo hizo por puro accidente: sobre ese punto los bolcheviques no quisieron pelearse, o mejor dicho, no desearon discutir la cuestión hasta el final, puramente por «dañar a los camaradas mencheviques al menos una oportunidad para regodearse».

En realidad, los bolcheviques «no quisieron pelearse» solo porque respecto a este asunto se enfrentaban a la oposición no solo de los mencheviques, sino también de los polacos y el Bund, y también de muchos miembros de la misma facción bolchevique.

El 23 de junio, seis semanas después del Congreso de Londres, y a

pesar de la resolución, los agentes de Lenin llevaron a cabo la expropiación más audaz de todas: el asalto a la Tesorería de Tiflis. Esta acción les proporcionó 341.000 rublos, que fueron debidamente transferidos a la tesorería bolchevique en el extranjero. Sin embargo, dado que la recaudación consistía en billetes muy grandes, no fue fácil cambiarlos en los bancos extranjeros, que habían sido advertidos de aquella posibilidad. Varios bolcheviques de importancia, como el futuro comisario de asuntos exteriores, Litvinov, fueron arrestados en Europa occidental cuando trataron de cambiar el dinero.

Tanto Trotski como Mártoev denunciaron con vehemencia a los bolcheviques durante el Congreso de Londres, y un tiempo después llegaron incluso a llevar sus protestas a las columnas de la prensa socialista de los países del occidente europeo.

Es probable que el papel de Stalin como organizador audaz pero cauteloso de "exs", incluida la de Tiflis, fuera lo que llamó la atención de Lenin. Entre los camaradas involucrados en las "exs" había algunos de los mejores bolcheviques. Solo hay que pensar en Kamo (Semión Arshakóvich Ter-Petrosian), quien llevó a cabo asaltos en Tiflis y en otros lugares, y se autoasignaba, a él y a sus camaradas, 50 kopeks al día para subsistir. Entre sus hazañas había varias "exs", una valerosa fuga de la prisión de Tiflis, y la entrada clandestina de pistolas a Rusia. En una prisión alemana fingió tan convincentemente que estaba loco que, a pesar de las torturas de varios tipos a que fue sometido, convenció a sus carceleros, y fue transferido de nuevo a Tiflis. Escapó, le atraparon, y fue sentenciado a muerte, pero le conmutaron la sentencia a cadena perpetua.

Ruptura, ruptura, ruptura

Después del Congreso de Unidad de Estocolmo, las peleas con motivo de las elecciones de la Duma llegaron a su punto culminante en Petersburgo. Cuando fue el momento de designar a los delegados de Petersburgo, los leninistas, que tenían asegurado el control de la ciudad, lograron que salieran elegidos sus candidatos. Sin embargo, 31 delegados mencheviques, obedeciendo instrucciones del Comité Central controlado por su facción, se fueron de la conferencia de Petersburgo y se reunieron en una conferencia provincial especial que decidió aliarse con los cadetes.

Lenin publicó inmediatamente un panfleto acusando a los separa-

tistas de complicidad con los cadetes, «con el propósito de vender el voto de los trabajadores» y «negociar para que sus hombres entren en la Duma a pesar de los trabajadores y con la ayuda de los cadetes». Esta crítica no se dirigía solamente a los separatistas, sino también al Comité Central del partido. Era un caso claro de violación de la disciplina del partido por parte de Lenin, y por aquello se vio ante un tribunal del partido, acusado de una «conducta inadmisibles en un miembro del partido». Se le permitió elegir a tres jueces; el Comité Central eligió a otros tres y las organizaciones de los letones, los polacos y el Bund judío eligieron uno cada uno.

El juicio, por sí mismo, no es de un gran interés para nosotros, ya que fue interrumpido por un congreso del partido que derrotó a la mayoría menchevique y puso las riendas en manos de Lenin. Pero su conducta en el juicio es muy interesante, ya que muestra su perseverancia implacable en la lucha de facciones contra el ala derecha del partido.

Al empezar el juicio, Lenin reconoció con toda calma que había usado una «formulación [...] inadmisibles para miembros de un partido unido»³¹, pero no se disculpó en absoluto por ello. De hecho, en su lucha contra los liquidacionistas y sus aliados en el movimiento nunca dudó de usar las armas más cortantes de que disponía. La moderación no es un rasgo bolchevique.

Lenin propone un acercamiento con Plejánov

Aunque era implacable, Lenin no guardaba rencor a nadie. Tan pronto como veía un gesto por parte de sus oponentes políticos hacia el acercamiento, él estaba dispuesto a recibirlos. Un buen ejemplo concierne a Plejánov.

En 1908-09, Lenin vio la posibilidad de reconstruir el partido a través de sacrificar a los ultraizquierdistas y atraer a los elementos anti-liquidacionistas en el seno menchevique, es decir, aquellos que no habían abandonado la idea de construir organizaciones clandestinas. El líder de este grupo era Plejánov.

En diciembre de 1908, Plejánov dejó la junta editorial del periódico liquidacionista *Golos Sotsialdemokrata*. Al mismo tiempo dimitió de la junta editorial que se encargaba de la obra de cinco volúmenes *El movimiento social en Rusia*, entonces editado por Mártoov, Máslov y Potrétsov. Atacó agriamente este simposio en *Dnevnik* (núm. 9, 1909), dedicando

especial atención a un artículo de Potrétsov que sostenía lo siguiente con respecto a los liquidadores:

Pido al lector [...] si es posible que exista, en este año 1909, que exista como algo real y no como un producto de una imaginación enfermiza, una tendencia liquidacionista, una tendencia para liquidar aquello que ya está más allá de cualquier liquidación y que ya no existe como conjunto organizado.

Plejánov respondía:

No hay duda, sin embargo, de que un hombre *para quien nuestro partido no existe, no existe para nuestro partido*. [La cursiva es de Plejánov] Ahora todos los miembros del partido tendrán que decir que el señor Potrétsov no es su camarada, y algunos de ellos, quizás, dejarán de acusarme por haber hecho lo mismo desde hace tiempo.³²

«Potrétsov perdió la habilidad de mirar la vida social a través de los ojos de un revolucionario». El liquidacionismo, dice Plejánov, conduce a «la ciénaga del oportunismo más ignominioso». «Entre ellos [los liquidacionistas] el vino nuevo es convertido en un líquido rancio que quizá sólo sirva para preparar un vinagre pequeñoburgués». El liquidacionismo «facilita la penetración de tendencias pequeñoburguesas en un medio proletario». «Más de una vez traté de demostrar a influentes camaradas mencheviques que cometían un grave error al manifestar a veces su disposición a marchar hombro con hombro con señores que, en mayor o menor medida, olían a oportunismo». «El liquidacionismo se dirige en línea recta a la ciénaga irremediable del oportunismo y de las aspiraciones pequeño burguesas, hostiles a la socialdemocracia».³³

Después de esta declaración, Lenin propuso una reconciliación con Plejánov. En noviembre de 1909, llamó a:

[...] un *acercamiento de los partidistas* de todas las fracciones y sectores del partido y, ante todo, un acercamiento entre los bolcheviques y los mencheviques partidistas, y con los mencheviques del tipo de los camaradas de Viborg en San Petersburgo y de los plejanovistas en el extranjero. [...] llamamos a *todos los mencheviques* capaces de combatir abiertamente el liquidacionismo, de

apoyar abiertamente a Plejánov y, por supuesto, ante todo a los mencheviques obreros.³⁴

En la práctica, fue muy poco lo que se consiguió con los esfuerzos de Lenin por colaborar con Plejánov: las diferencias básicas entre ambos eran demasiado radicales. El hecho de que Plejánov, en 1905, hubiera estado a la extrema derecha de los mencheviques, que se opusiera al levantamiento de diciembre porque podía asustar a los liberales y que pidiera tener tacto con los cadetes limitaba demasiado el ámbito de este experimento de cooperación.

Lenin lucha contra los conciliadores

Lenin luchó para superar el ultraizquierdismo en la facción bolchevique y se enfrentó a los liquidadores mencheviques, pero tan pronto como los bolcheviques del *Vperiod* fueron expulsados, apareció una nueva fuente de oposición en la facción: los conciliadores o, como se llamaban a sí mismos, los “bolcheviques del partido”. El POSDR estaba hecho añicos, y tan exhausto que sus miembros llamaban a una unidad simple, una reconciliación entre el bolchevismo y el menchevismo, y a acabar con todo faccionalismo.

Mientras tanto, Lenin empezaba a perder apoyos dentro de la facción a medida que muchos bolcheviques importantes se adherían al llamamiento por un partido unido. Entre los conciliadores había varios que habían sido elegidos como miembros o candidatos del Comité Central durante el quinto Congreso, notablemente A. I. Rikov, V. P. Nogin, I. F. Dubrovinski, S. A. Lozovski y G. Y. Sokolnikov.³⁵

En estas circunstancias, los líderes mencheviques pudieron reunir un pleno del CC en París, a principios de enero de 1910. Lenin, que se oponía al encuentro, estuvo esta vez en minoría, no solo en el partido en su conjunto, sino también en su propia facción. El único bolchevique importante que estaba de su lado y en contra de la conciliación era Zinóviev. (A partir de aquel momento, Zinóviev fue el mejor aliado de Lenin, que confiaba completamente en él, hasta que los hechos de 1917 le sometieron a una dura prueba.)

Durante tres largas semanas Lenin fue duramente criticado. Le forzaron a devolver el dinero de Schmidt y tuvo que liquidar el periódico de su facción, *Proletari*, y aceptar un periódico común con los men-

cheviques —el *Sotsial-demokrat*—, cuya junta editorial estaría compuesta por dos bolcheviques, Lenin y Zinóviev, más los mencheviques Márto y Dan, y un representante de la socialdemocracia polaca, Varski. El periódico vienés de Trotski, *Pravda*, se declaró órgano oficial del partido (Kámenev fue enviado allí para asistirle) y se pidió al Comité Central que le diera apoyo económico. Por si no fuera insulto suficiente, mientras que el pleno, de palabra, condenaba a los liquidadores, al mismo tiempo les invitaba a participar en la vida del partido, y designó a tres de ellos para el Comité Central clandestino.

Trotski llegó a referirse a los resultados del pleno de París como «el más grande acontecimiento de la historia de la socialdemocracia rusa».³⁶ La actitud de Lenin se hace patente en una carta a Gorki del 11 de abril de 1910:

En el Pleno del CC (“el largo Pleno”, ¡tres semanas de angustias, todos los nervios crispados, las mil y una!) a estos factores serios y profundos, que no todos reconocieron, se sumaron otros pequeños y mezquinos, un espíritu de “conciliación en general” (sin una noción clara de con quién, para qué y cómo), más el odio contra el Centro bolchevique por su implacable lucha ideológica, más las intrigas de los mencheviques, que deseaban una pelea, y como resultado salió un niño cubierto de pústulas.

Y ahora tenemos que sufrir. O —en el mejor caso— abrimos las pústulas, se deja salir el pus y curamos y criamos al niño.

O —en el peor de los casos— el niño muere. En esas circunstancias, viviremos algún tiempo sin niños (es decir, restableceremos el grupo bolchevique) y luego haremos nacer una criatura más saludable.³⁷

Sin embargo, la “unidad” nunca fue operativa, y no tanto por la intransigencia bolchevique como por la poca disposición de los mencheviques a cumplir con su parte del trato. El pleno de enero de 1910 comprometía a los bolcheviques a renunciar a todo contacto con los partidarios del boicot, y a los mencheviques a cortar sus vínculos con los liquidacionistas. Lenin no tuvo dificultad alguna en cumplir con su parte del trato, dado que ya había expulsado a Bogdánov, Lunacharski y a los otros boicotistas del campo bolchevique. Sin embargo, los mencheviques no pudieron cumplir con sus obligaciones: la actitud de los liquidadores era demasiado prevalente entre sus filas, y si los hu-

bieran expulsado, hubieran destruido completamente la facción, y esto habría ayudado a los bolcheviques a ganarse al movimiento. MártoV dijo sin rodeos más tarde que en ningún momento había tenido la intención de cumplir con su compromiso, y que si había aceptado la "unidad" en el pleno era solo porque los mencheviques eran demasiado débiles para arriesgarse a una ruptura inmediata.³⁸

El golpe final fue cuando los tres liquidadores que habían sido invitados a unirse al Comité Central rehusaron de plano involucrarse en la organización clandestina. Cuando los "conciliadores" bolcheviques, que tenían la mayoría en Rusia, propusieron seguir negociando con otros líderes liquidadores, Lenin les ignoró. Cuando MártoV y Dan trataron de exponer sus puntos de vista en el *Sotsial-demokrat*, el periódico que supuestamente editaban conjuntamente con Lenin y Zinóviev, se les impidió hacerlo. (Varski votó con Lenin y Zinóviev en la junta editorial.)

El *Pravda* de Trotski fracasó como periódico de un partido unido: cuando su intento de reconciliación se vino abajo porque —como dijo él mismo— los mencheviques se habían negado a disolver su facción y deshacerse de los liquidadores, Trotski no los condenó, sino que hizo "suspensión de juicio".³⁹ Kámenev no pudo persuadirle de tomar una actitud más firme.

Otro factor intervino contra la unidad del POSDR: la policía secreta zarista. Inicialmente, el principal portavoz de los conciliadores era I. F. Dubrovinski, pero fue pronto arrestado y después se suicidó en Siberia.⁴⁰ Ocupó su lugar como líder conciliador en el Comité Central Alexei Rikov. Cuando Rikov fue a Rusia para organizar a los bolcheviques contra las tácticas rupturistas de Lenin, la policía le interceptó en la calle inmediatamente después de su llegada, antes de que pudiera llegar a ninguno de los bolcheviques en la clandestinidad. La *ojrana* sabía muy bien, gracias a su hombre clave, Malinovski, dónde se encontraba políticamente cada uno de los líderes bolcheviques, y cómo encontrarlos. «La policía rusa, entonces, tenía un interés especial en apoyar a los bolcheviques que querían la ruptura. Para prevenir una socialdemocracia unida y por lo tanto más peligrosa, las instrucciones de la *ojrana* señalaban que había que concentrarse en el arresto de los conciliadores».⁴¹

Los mencheviques se enfurecieron por el hecho de que la política rupturista de Lenin coincidiera con la de la *ojrana*. Ésta tenía la esperanza de que la ruptura de la socialdemocracia debilitaría el movimiento obrero; Lenin creía que tal cosa templaría el liderazgo revolucionario de los trabajadores. La historia ha dado su veredicto:

la trama de la policía secreta no dio los frutos esperados.*

¿Quién utilizaba a quién? Esta pregunta se formularía de nuevo cuando en 1917 el mariscal de campo Ludendorff dejó regresar a Lenin a Rusia a través de Alemania, en el "tren blindado", para debilitar el esfuerzo de guerra ruso y dividir a los enemigos de Alemania.

La victoria de Lenin sobre los conciliadores

Lenin convocó una conferencia en Praga, en enero de 1912, de la cual quedaban forzosamente al margen los liquidadores. Los partidos nacionales polaco y letón, el Bund judío, el *Vperiod*, Trotski y Plejánov rehusaron participar. Los 14 delegados con voto (dos de los cuales eran agentes de la policía) representaban a diez comités del partido en Rusia. Esta conferencia eligió un nuevo Comité Central, con siete miembros de "línea dura": Lenin, Zinóviev, Ordzhonikidze, Golótchekin, Spandarian, Schwartzman y Román Malinovski (el agente de policía). Poco después, el comité reclutó a dos miembros más: I. V. Dzbugashvili (Stalin) e I. S. Belostotski. Cinco miembros fueron enviados a trabajar dentro de Rusia, incluidos tres caucasianos: Ordzhonikidze, Spandarian y Stalin.

Trotski seguía con su idea fija de la unidad entre todos los grupos socialdemócratas, y en respuesta a la conferencia de Praga de Lenin, convenció a los mencheviques asociados al Comité de Organización para convocar una conferencia de todos los socialdemócratas en Viena en agosto de 1912. Tenía la esperanza de que, como en 1905, el auge revolucionario en Rusia llevaría a una contemporización entre las diferentes tendencias. Escribió: «Es ridículo y absurdo afir-

* Lenin no sabía que Malinovski era un agente de la *ojrana*, y una y otra vez le alababa y le defendía decididamente de las "calumnias" de MártoV: «¿Qué hizo la *Rabóchaya Gazeta*? Esparcir rumores insidiosos e insinuar que Malinovski era un agente *provocador*. ¡Pero estos chismosos intelectuales en el pasado fueron los maestros del escándalo, los que venían de MártoV o iban hacia él (u otros sucios calumniadores como él) y alentaban rumores insidiosos, o recogían y transmitían insinuaciones! Quienquiera que haya estado aunque solo sea una vez con estos intelectuales chismosos amantes del escándalo conservará, por el resto de su vida (a menos que sea él mismo un chismoso), la sensación de asco por estas criaturas despreciables. No creo ni por asomo en los "rumores" que hacen circular MártoV y Dan; tengo la firme determinación de ignorarles, de no concederles la más mínima importancia». [Lenin, Obras completas, vol. 20, p. 475-6]

mar que hay una contradicción irreconciliable entre las tendencias políticas de *Luch* y *Pravda*. «Nuestras facciones históricas, el bolchevismo y el menchevismo, son formaciones puramente intelectuales en su origen».*

Sin embargo, estaba terriblemente equivocado: la grieta que se había consolidado con los años entre bolchevismo y menchevismo era demasiado profunda para cerrarse, y el nuevo despertar político todavía la profundizaría más. Lenin recogía ahora los frutos de sus incansables esfuerzos: sus seguidores lideraban el movimiento clandestino, mientras que los mencheviques eran una colección dispersa y dividida de grupúsculos. Los bolcheviques se negaron a participar en la conferencia de Viena. Los mencheviques, los ultraizquierdistas ex-bolcheviques (los de *Vperiod*), el Bund judío y el grupo de Trotski se reunieron y fundaron una confederación conocida como el Bloque de Agosto. Trotski era su portavoz principal, y atacaba persistentemente a Lenin por sus «tácticas de ruptura». Esta confederación empezó a desmoronarse desde el mismo momento en que nació.

Tras la conferencia de Praga, en febrero de 1912, Lenin decidió publicar un periódico diario legal, y para indignación de Trotski, se apropió del nombre *Pravda*. El primer número del *Pravda* bolchevique apareció el 22 de abril, y se siguió publicando hasta el estallido de la guerra. El periódico desempeñó un papel central en la construcción del partido bolchevique. Plejánov era, por primera vez, un colaborador regular. Se invitó también a colaborar a Bogdánov y al resto del grupo de *Vperiod*, pero con la excepción de Alexinski, ninguno de ellos participó en *Pravda* durante demasiado tiempo. Las cuestiones del «ultramatismo», el otzovismo e incluso la teoría de Mach habían perdido su importancia inmediata. Lenin estaba muy contento de que Plejánov y Alexinski escribieran para *Pravda*.

Pero se dio cuenta de que incluso cuando se encontraba entre los de «línea dura» tenía que continuar luchando contra la conciliación

* La mala comprensión de Trotski, antes de 1917, sobre el papel del partido en la revolución y de la importancia del bolchevismo en la historia se hace patente sobre todo en su libro *1905*. En todo el libro no hay una sola mención ni de los bolcheviques ni de Lenin. Este fracaso explica por qué los epígonos de Trotski nunca publicaron esta interesante obra del líder del Soviet de Petersburgo, aunque publicaron una y otra vez otros escritos suyos mucho menos importantes. Apenas se puede encontrar alguna referencia sobre *1905* en la prensa de sus epígonos.

con los mencheviques y los liquidadores. Durante tres meses, incluso se suprimió la palabra «liquidador» del vocabulario de *Pravda*. «Esta fue la razón por la que Vladímir Ilich se enojó cuando *Pravda* eliminó de sus artículos todos sus argumentos de oposición a los liquidacionistas. Escribió duras cartas a *Pravda* protestando por aquello [...]». ⁴² «A veces, aunque raramente, se perdían los artículos de Ilich. A veces retrasaban la publicación de sus artículos. Esto le irritaba y escribía iracundas cartas a *Pravda*, aunque era inútil». ⁴³

En una carta del 1 de agosto de 1912 a V. M. Molotov, el secretario de la junta editorial de *Pravda*, Lenin escribía:

Usted escribe —y como secretario, sin duda, en nombre de la Redacción— que «la Redacción considera en principio completamente aceptable mi artículo, incluyendo la actitud hacia los liquidadores». Si es así, entonces, ¿¿por qué *Pravda* suprime obstinada y sistemáticamente toda mención de los liquidadores, tanto en mis artículos como en los artículos de otros colegas?? ⁴⁴

El 25 de enero de 1913, escribió a los diputados bolcheviques de la Duma:

[...] hemos recibido una carta estúpida e insolente de los editores. No vamos a contestar. Deberían ser destituidos [...]. La ausencia de noticias sobre el plan para reorganizar la junta editorial nos causa una gran preocupación [...]. La reorganización, o mejor aún, la expulsión completa de todos los antiguos miembros, es absolutamente esencial. Se han comportado de una manera absurda. Colman de alabanzas el Bund y el *Zeit*: es sencillamente asqueroso. No pueden seguir la línea correcta contra *Luch*. Es vergonzosa la manera como tratan los artículos [...]. Sencillamente exasperante [...]. Esperamos noticias sobre todo esto con impaciencia. ⁴⁵

Pero la junta editorial continuaba siendo un quebradero de cabeza. El 9 de febrero, Lenin escribió a Sverdlov:

La utilización de *Dien** para mantener informados a los obreros

* *Dien* («Día») era un nombre en clave para *Pravda*. (N. de la T.)

con conciencia de clase y divulgar su labor (en especial la del Comité de Petersburgo) está por debajo de toda crítica. Hay que acabar con la llamada "autonomía" de estos inútiles editores. Usted tiene que poner manos a la obra antes que nada. [...] Si esto se organiza bien, se reanimará también el trabajo del Comité de Petersburgo, cuya ineptitud raya en lo ridículo, que no sabe decir ni una palabra y pierde todas las oportunidades que se le presentan para intervenir. Y debería intervenir en forma legal casi a diario (en nombre de los "obreros influyentes", etc.), e ilegalmente una o dos veces por mes, cuando menos. Una vez más, la clave de toda la situación es *Dien*. Aquí es posible vencer, y entonces (y solo entonces) organizar también el trabajo local. De lo contrario, todo fracasará.⁴⁶

El Comité Central envió a Sverdlov a Petersburgo para reorganizar la junta editorial.⁴⁷ Lenin le escribió una carta el 9 de febrero de 1913: «Hoy hemos tenido noticias sobre el comienzo de reformas en *Dien*. Mil saludos, felicitaciones y deseos de éxito [...]. No se imaginan hasta qué punto nos ha agotado el trabajo con una redacción sordamente hostil».

Las cosas se hicieron más o menos como Lenin quería. En un encuentro conjunto de los miembros del Buró ruso del Comité Central y la junta editorial de *Pravda* se llegó a una solución de compromiso: tres de los miembros de la junta editorial de entonces se quedarían como editores, y adicionalmente, Sverdlov, aunque no estaba en la junta, tendría derecho a voto y a censurar los artículos del periódico. Este compromiso no duraría demasiado, porque Sverdlov fue arrestado menos de tres semanas más tarde.

La nueva junta, aparentemente curada de sus inclinaciones hacia los liquidadores, trabajó, en un principio, de una manera bastante cordial con Lenin. A finales de mayo, sin embargo, surgió un nuevo conflicto, esta vez porque *Pravda* se excedía en la dirección opuesta, hacia la cooperación con los otzovistas. El 26 de mayo publicó una declaración del líder otzovista, Bogdánov, en que trataba de esclarecer la actitud de su grupo hacia la facción de la Duma. Cuando Lenin recibió una copia de *Pravda* se puso furioso y escribió una carta a la junta editorial.

La acción de los editores con respecto a la distorsión del señor Bogdánov sobre la historia del partido es tan escandalosa que, a

decir verdad, uno no sabe si es posible seguir colaborando con la publicación [...].

Exijo categóricamente que el artículo adjunto sea publicado en toda su extensión. Siempre he permitido a los editores que hicieran cambios como camaradas, pero después de la carta del señor Bogdánov no doy permiso para alterar o de ningún otro modo cambiar nada de este artículo [...].

Insisto en una respuesta inmediata. No puedo continuar colaborando con mis artículos viendo la línea despreciable del señor Bogdánov.

Le devolvieron el artículo, alegando que era demasiado contundente. Lenin accedió a realizar una única enmienda: suprimir la palabra "señor" (*gospodin*) que precedía el nombre de Bogdánov. La junta editorial se negó a publicarlo, y el artículo no vio la luz hasta 1939.⁴⁸

Lenin escribió entonces a Kámenev, pidiéndole que presionara más a *Pravda*, y en enero de 1914, le envió a Rusia para que se encargara de editarlo. Otra vez las relaciones eran cordiales, a pesar de que el asunto de Bogdánov no había quedado completamente resuelto: en una fecha tan tardía como febrero de 1914, Lenin todavía recibía cartas de censura por su actitud con respecto a Bogdánov.⁴⁹ Con Kámenev como editor, *Pravda* y Lenin se mantuvieron en buenas relaciones hasta que el periódico dejó de publicarse en julio de 1914. Su cierre evitó una nueva crisis, ya que la guerra dividiría profundamente a Lenin y a Kámenev con respecto a la cuestión vital de la actitud que debía tomarse ante el conflicto bélico.

La conciliación también afectó al grupo bolchevique de la Duma. Los seis diputados de la cuarta Duma, que conservaron ese cargo durante casi un año (de diciembre de 1912 a septiembre de 1913), no veían las cosas del mismo modo que Lenin. Lo primero que hicieron después de ser elegidos fue llegar a un acuerdo con los delegados mencheviques para colaborar tanto en *Pravda* como en el periódico de los liquidadores, el *Luch*. En una resolución especial publicada en *Pravda*, la facción unida reconocía que «la unidad de la socialdemocracia es una necesidad urgente», y se postulaba a favor de fusionar *Pravda* y *Luch*, y como primer paso en esa dirección recomendaba que todos sus miembros colaboraran en ambos periódicos. El 18 de diciembre, *Luch* publicaba triunfal los nombres de cuatro diputados bolcheviques (dos de ellos no habían aceptado) en su lista de colaboradores, y los nombres

de siete miembros de la facción menchevique aparecieron simultáneamente en la lista de colaboradores de *Pravda*.⁵⁰

En un encuentro en Cracovia, a finales de diciembre, Lenin insistió en el hecho de que los diputados debían romper el acuerdo de colaborar en *Luch*, y ellos lo anunciaron como correspondía cuando la Duma se reunió de nuevo a finales de enero. Sin embargo, en el encuentro de Cracovia también se insistió en que había que exigir paridad con el grupo menchevique, que les superaba en un diputado y por lo tanto decidía todas las votaciones de la facción socialdemócrata. El grupo de la Duma dudaba de la reorganización de *Pravda*, destinada a terminar con sus inclinaciones conciliacionistas. Seis meses más tarde, en junio de 1913, Lenin les escribió apremiándoles de nuevo a exigir la paridad con los mencheviques, y proponiendo una ruptura si rehusaban.⁵¹ En apariencia, los diputados no hicieron nada, y en la conferencia de Poronin el asunto volvió a plantearse más o menos en los mismos términos.⁵² Después de esta conferencia, que reunió al Comité Central y a los miembros más importantes del partido, incluyendo a los diputados de la Duma, éstos hicieron finalmente la demanda, fueron derrotados, y se produjo la ruptura en la facción. Y así terminaron finalmente las relaciones fraternales entre los diputados mencheviques y bolcheviques en la Duma.

Malinovski desempeñó un papel importante —de hecho, dual— en esa ruptura. El General Spiridovich, de los gendarmes, escribió: «Malinovski, siguiendo las directivas de Lenin y del Departamento de policía, libró, en octubre de 1913, [...] la contienda final entre los "siete" y los "seis"». ⁵³

El hecho de que Lenin tardara casi un año en persuadir a los diputados bolcheviques de que debían romper con los mencheviques nos muestra un panorama muy distinto al que se acepta habitualmente, a saber, que el bolchevismo era una organización totalitaria bajo su dominio. De hecho, Lenin tuvo que luchar una y otra vez para convencer a los miembros de su propio partido, o, como también podría expresarse, para colonizar a su propio partido.

Capítulo 18

La ola revolucionaria crece

Prosperidad económica

En 1909, tras la depresión llegó un *boom* económico. Casi todas las industrias se recuperaron de la grave crisis de 1907-08, y durante los años siguientes hubo un crecimiento constante de la producción, tal como se puede ver en la tabla siguiente, en donde aparecen las ramas principales de la industria rusa y su rendimiento en millones de puds.*¹

Industria	1910	1913
Arrabio	186	283
Hierro y acero	184	246
Hierro para tejados	22,9	25,3
Raíles	29,5	35,9
Cobre	1	2
Carbón	1.522	2.214
Petróleo	588	561
Coque	168	271
Consumo de algodón	22,1	35,9

También el movimiento revolucionario se reavivó, y entre las masas populares, los primeros en movilizarse fueron los estudiantes.

Descontento estudiantil

En el otoño de 1910, tras la muerte del anterior presidente liberal de

* Un pud = 16,38 kilogramos.

la primera Duma, Muromtsev, y la de Lev Tolstói, hubo diversas manifestaciones de estudiantes. También ocurrieron como respuesta al maltrato brutal de los prisioneros políticos en la cárcel de Zerentui en Trans-Baikal. Se realizaban mítines en las universidades, se aprobaban resoluciones de protesta y se intentaba organizar las manifestaciones en las calles. A principios de 1911 empezó una huelga general de estudiantes contra las medidas represivas aprobadas por el gobierno, y se extendió por toda Rusia. Lenin acogió el despertar estudiantil con entusiasmo, y criticó sin ambages la carta de un grupo de estudiantes socialdemócratas que trataban de quitarle importancia al movimiento por no estar vinculado a ninguna acción obrera masiva. La carta de los estudiantes decía: «Concebimos la acción estudiantil únicamente coordinada con la acción política general. En virtud de ello, nos pronunciamos contra la acción académica»². Lenin comentó con dureza:

Tal argumento es totalmente erróneo. La consigna revolucionaria —hay que tender a coordinar la acción política de los estudiantes y el proletariado, etc.— de una guía viva para una agitación cada vez más amplia, múltiple y combativa, pasa a ser, en este caso, un dogma muerto que se aplica mecánicamente a etapas distintas de formas diferentes del movimiento. No basta con proclamar la acción política coordinada, repitiendo la “última palabra” de las enseñanzas de la revolución. Hay que *saber hacer* propaganda a favor de la acción política, *aprovechando* todas las posibilidades, todas las condiciones y, ante todo y sobre todo, cualquier conflicto de masas entre diversos sectores progresistas, sean cuales fueren, y la autocracia.

Pueden darse condiciones en las que el movimiento estudiantil rebaje el nivel de un movimiento político, lo divida o se aleje de él. En ese caso, los grupos de estudiantes socialdemócratas estarían obligados, como es lógico, a concentrar toda su agitación contra tal movimiento. Sin embargo, todo el mundo advierte que las condiciones políticas objetivas del momento actual son distintas: el movimiento estudiantil expresa el *comienzo* del movimiento del nuevo “relevo” de jóvenes estudiantes, más o menos acostumbrados ya a una autonomía muy restringida. Este movimiento se inicia en una situación en la que no existen las demás formas de la lucha de masas, en una situación de calma [...].³

Era más fácil movilizar a los estudiantes que a los trabajadores, que habían sufrido mucho durante el período de reacción. Pero el renacer estudiantil era un indicio de un despertar mucho más amplio y profundo de las masas populares.

El despertar de los trabajadores

Durante 1911 los trabajadores fueron moviéndose hacia la ofensiva de manera gradual. En 1908, el número de huelguistas había sido mínimo, de 60.000; en 1910 había sido todavía más bajo, con 46.623 huelguistas; en 1911 se elevó hasta los 105.110. La conferencia de los bolcheviques de enero de 1912 afirmaba:

En amplios círculos democráticos, y en primer lugar entre el proletariado, se observa el comienzo de una reanimación política. Las huelgas obreras de 1910-11, el comienzo de las manifestaciones y los mítines proletarios y la iniciación del movimiento entre los demócratas burgueses urbanos (huelgas estudiantiles), etc., son todos síntomas de que crecen los sentimientos revolucionarios de las masas contra el régimen del 3 de junio.⁴

El movimiento recibió un ímpetu muy importante tras la terrible masacre de los mineros de oro de Lena del 4 de abril de 1912. En esas minas, 6.000 mineros estaban en huelga. Estaban situadas en una región de bosques de taiga, alejada unos 2.000 kilómetros del ferrocarril siberiano. Un oficial de los gendarmes ordenó que se disparara sobre la multitud desarmada y hubo 500 víctimas, entre muertos y heridos. El grupo socialdemócrata en la Duma atacó al gobierno por la masacre y recibió una respuesta insolente del ministro del interior zarista, A. A. Makarov: «¡Así fue, y así será!».

Es interesante subrayar que las manifestaciones que siguieron a la masacre de Lena tenían desde el principio como consigna la república democrática, y reflejaban, por lo tanto, un nivel de conciencia mucho más elevado entre las masas que el que había existido al inicio de la Revolución de 1905, que había empezado con una petición muy ingenua al zar. En abril de 1912, los trabajadores rusos retomaron aquello que habían dejado a medias en la cúspide de la revolución de unos siete años antes.

Las noticias del drama sangriento en las minas de oro de Lena encendieron los ánimos de la clase trabajadora. Las manifestaciones, los mítines y las protestas empezaban a ocurrir por todo el país. Unos 300.000 trabajadores participaron en las huelgas de protesta, que se fusionaron con la huelga del Primero de Mayo, en la cual participaron 400.000 trabajadores⁵, y siguieron otras huelgas políticas.

Antes de que los delegados de la curia de los trabajadores de la *gubernia* de San Petersburgo pudieran reunirse en el congreso en que debían designar a los representantes para la cuarta Duma, en diciembre de 1912, el gobierno zarista declaró la elección de 21 de ellos como nula e inválida. En respuesta a ello, los trabajadores de varias fábricas de San Petersburgo convocaron una huelga política, en la cual participaron unos 100.000 trabajadores.

El 11 de noviembre algunos trabajadores de Riga organizaron una manifestación en protesta por la sentencia de muerte que había dictado un consejo de guerra en Sebastópol a un grupo de marineros del buque de guerra *Ioann Zlatoust*, y también en contra de la tortura de los prisioneros políticos en las cárceles de Algachinski y Kutomarski. Más de 15.000 obreros marcharon por las calles de Riga cantando canciones revolucionarias. Al día siguiente, algunas de las fábricas más grandes de la ciudad empezaron una huelga política. También en Moscú los trabajadores de varias fábricas se declararon en huelga el 8 de noviembre, en protesta por las ejecuciones de Sebastópol.

Cuando, en noviembre de 1913, seis obreros de la fábrica Óbujov de Petersburgo fueron arrestados (acusados de infringir la ley que prohibía las huelgas en las "fábricas socialmente necesarias"), hubo mítines de protesta en todas las fábricas de Petersburgo. En solidaridad con los acusados, 100.000 trabajadores acudieron a la huelga, y hubo una manifestación violenta, que exigía el *derecho de los trabajadores a organizarse*, delante del edificio de los tribunales. Debido a la presión que generaron estos acontecimientos, el tribunal dictó sentencias leves para los acusados. A pesar de ello, se presentó un recurso, y el 20 de mayo de 1914, cuando se oía el recurso, hubo todavía otra huelga de protesta en la capital, con la asistencia de más de 100.000 trabajadores.⁶ El 15 de noviembre, el día en que empezaba a funcionar la Duma, unos 180.000 obreros se declararon en huelga.

Lenin tenía motivos para escribir, en su artículo "El desarrollo de las huelgas revolucionarias y las manifestaciones" (*Sotsial-demokrat*, 12 de enero de 1913), lo siguiente:

Estamos presenciando huelgas *revolucionarias* masivas, el principio de un *auge revolucionario* [...]. En ningún país del mundo sería posible, a menos que se diera una situación de revolución social, conseguir que centenares de miles de obreros se unieran a la acción política por las más variadas razones, y varias veces al año [...]. El *comienzo* del ascenso revolucionario es hoy *incomparablemente mayor* de lo que fue en vísperas de la primera revolución. En consecuencia, la segunda revolución, que ahora se aproxima, revela, ya ahora, una reserva *mucho mayor* de energía revolucionaria en el proletariado. [...] La huelga revolucionaria de los obreros rusos en 1912 fue de carácter nacional en el sentido cabal de la palabra.⁷

Las huelgas políticas revolucionarias continuaron hasta que estalló la Primera Guerra Mundial. Podemos mencionar algunos momentos clave de San Petersburgo. El 9 de enero de 1913, el aniversario del "Domingo sangriento", unos 80.000 trabajadores dejaron las herramientas. El 4 de abril de 1913 —el aniversario de la masacre de Lena— una huelga de un día tuvo una participación de 85.000 trabajadores. Unas semanas más tarde, el Primero de Mayo, hicieron huelga unos 250.000 trabajadores. Entre los días 1 y 3 de julio, 62.000 personas protestaron contra la persecución de la prensa obrera, la continua confiscación de periódicos, etc. En la primera mitad de 1914, el número de trabajadores que participaron en huelgas fue de 1.425.000, de los cuales 1.059.000 en huelgas políticas. Esto casi supone llegar a la cifra para todo el año 1905 (1.843.000 participantes en huelgas políticas). El movimiento avanzaba hacia la revolución, pero el estallido de la guerra interrumpió esa marea ascendente.

Los bolcheviques se aprovechan de la situación parlamentaria

Durante los años 1912-14 los bolcheviques aprovecharon al máximo la Duma zarista. Al contrario que los otzovistas y los ultimistas, Lenin dejaba claro que el trabajo de los bolcheviques en la Duma debía estar integrado en la actividad de los revolucionarios fuera de la institución zarista y subordinado a ella. Debían, según él:

[...] abordar en seguida una labor coordinada en este sentido,

para que todo diputado socialdemócrata sienta realmente que el partido lo respalda, que se preocupa por sus errores y se esfuerza por encarrilarlo por la buena senda; para que todo militante participe en la labor general del partido relacionada con la Duma, aprenda de la constructiva crítica marxista que se hace a cada una de las etapas de ese trabajo, sienta que su deber es colaborar en él y se esfuerce por lograr que la actividad del grupo se adapte a toda la labor de agitación y propaganda del partido.⁸

Y también:

Debemos trabajar y trabajaremos con tenacidad y perseverancia para acercar el partido al grupo, para mejorar al grupo.

Entre nosotros, la lucha del partido contra el grupo parlamentario para corregir los errores de éste apenas comienza. No hemos celebrado todavía ni una sola conferencia que plantee al grupo, con firmeza y claridad, que debe rectificar su táctica en determinados aspectos concretos. No contamos aún con un Órgano Central periódico que, en nombre de todo el partido, siga paso a paso la actividad del grupo y lo oriente. Nuestras organizaciones locales han hecho todavía muy poco, poquísimo, en esa misma esfera de trabajo: la propaganda entre las masas con motivo de cada intervención de los socialdemócratas en la Duma y explicación de cualquier error existente en uno u otro discurso.⁹

Para enfrentarse al “cretinismo parlamentario” y asentar la idea de que la Duma debía usarse como una plataforma para la propaganda al mundo exterior y para nada más, Lenin formuló una serie de normas de conducta muy claras para los diputados bolcheviques en la Duma.

Para que los proyectos de ley presentados por el grupo socialdemócrata en la Duma cumplan su finalidad, son necesarias las condiciones siguientes:

1. los proyectos de ley deben exponer en la forma más clara y precisa posible las diversas demandas de la socialdemocracia que figuran en el programa mínimo de nuestro partido o que surgen necesariamente de este programa;
2. los proyectos de ley nunca deberán estar recargados de sutilezas

jurídicas; deben dar los *principales fundamentos* de las leyes propuestas y no el texto minuciosamente elaborado de las leyes, con todos sus detalles;

3. los proyectos de ley no deben aislar demasiado los diferentes aspectos de la reforma social y de los cambios democráticos, por necesario que pudiera parecer desde un punto de vista estrictamente jurídico, administrativo o “puramente parlamentario”; por el contrario, con el fin de hacer propaganda y agitación socialdemócrata, los proyectos de ley deben dar a la clase obrera la idea más acabada posible de *la vinculación necesaria* que existe entre las reformas fabriles (y sociales en general) y los cambios políticos democráticos, sin los cuales todas las “reformas” de la autocracia de Stolipin están inevitablemente condenadas a una tergiversación “a lo Zubátov” y a ser reducidas a letra muerta. Se sobreentiende que esta mención del vínculo entre las reformas económicas y políticas no debe lograrse incluyendo en todos los proyectos de ley el conjunto de las reivindicaciones de una democracia consecuente, sino destacando las instituciones democráticas y en especial las proletario-democráticas correspondientes a cada una de las reformas, y la imposibilidad de dar vida a tantas instituciones sin cambios políticos radicales debe ser subrayada en la nota explicativa del proyecto de ley.¹⁰

Lenin rechazaba la idea reformista de que el grupo parlamentario debía tener una posición de control en el partido. Él consideraba que debía estar subordinado al partido en su conjunto y tenía que desempeñar un papel subsidiario al de las masas que luchaban en las fábricas y en las calles.

El grupo parlamentario no es el Estado Mayor general (si se nos permite utilizar [...] una comparación “militar”), sino más bien un destacamento de trompetas, en unos casos, y de exploradores, en otros, o una de las organizaciones de algún otro “brazo” auxiliar.¹¹

[...] el bolchevismo considera la lucha directa de las masas [...] como la forma superior del movimiento, y la actividad parlamentaria sin la acción directa de las masas como la forma inferior del movimiento.¹²

Es imposible reconocer la lucha revolucionaria de las masas y so-

portar la actividad puramente legal, puramente reformista de los socialistas en los parlamentos [...]. Es esencial decir clara y públicamente que los socialdemócratas, en los parlamentos, deben usar su posición no solo para hacer discursos parlamentarios, sino también para dar una asistencia extraparlamentaria versátil a las organizaciones ilegales y a la lucha revolucionaria de los trabajadores, y que las masas mismas deben, a través de su organización ilegal, revisar esas actividades de sus líderes.¹³

El control del partido sobre sus diputados en la Duma era tan estricto, que incluso cuando el liderazgo del grupo cayó en manos del agente de policía Román Malinovski, el partido se benefició mucho más de sus actividades en la Duma que la policía. Lenin escribía muchos de los discursos de los delegados. Cuando Malinovski recibía el suyo, lo entregaba al director del Departamento de policía, y éste intentaba introducir cambios en el texto, pero el control del partido era tan estrecho que Malinovski no podía llevar adelante los cambios. Incluso cuando omitía un párrafo, o algo por el estilo, y después lo achacaba a un accidente debido a la confusión en la Duma, el texto original escrito por Lenin se publicaba entero en el diario *Pravda*. ¡Malinovski demostró, al fin y al cabo, ser un agitador bolchevique tremendamente útil!

A. Y. Badáiev, el diputado bolchevique por San Petersburgo en la Duma, de profesión ingeniero, testificaba hasta qué punto el trabajo del grupo de la Duma estaba vinculado estrechamente con el trabajo de la junta editorial de *Pravda* y el de los bolcheviques en las fábricas.

Pravda y la fracción trabajaban estrechamente, y solo con la ayuda del periódico podía la fracción sacar adelante las tareas que le asignaba el partido y el movimiento revolucionario. Utilizábamos el estrado de la Duma para hablar a las masas por encima de las cabezas de los parlamentarios de todos los colores. Pero esto solo era posible gracias a la existencia de nuestra prensa obrera. [...] Sin un periódico bolchevique, nuestros discursos no hubieran llegado a conocerse más allá de los muros del Palacio de Taurida. Ésta no era la única asistencia que recibíamos de *Pravda*. En las oficinas de la editorial nos encontrábamos con delegados de las fábricas de San Petersburgo, discutíamos varios asuntos y obte-

níamos información de ellos. En resumen, *Pravda* era el centro que agrupaba a los trabajadores revolucionarios y que proveía el apoyo para el trabajo de la fracción en la Duma.¹⁴

Los diputados bolcheviques estaban muy implicados en la lucha de los trabajadores. Así, entre finales de octubre de 1913 y el 6 de junio de 1914, consiguieron recaudar fondos por valor de 12.819 rublos (12.063 de los cuales provenían de 1.295 grupos de trabajadores), para ayudar a los camaradas que estaban en prisión o en el exilio, para los huelguistas de las diferentes fábricas y para otras necesidades del movimiento de la clase trabajadora.¹⁵

En las elecciones de 1912 para la cuarta Duma, los bolcheviques obtuvieron buenos resultados: seis diputados electos (los mencheviques lograron siete). Todos los diputados bolcheviques habían sido elegidos en las curias trabajadoras, mientras que los de los mencheviques provenían de circunscripciones electorales de clase media. En las siete *gubernias* que escogieron diputados mencheviques había, en total, 136.000 obreros industriales, mientras que en las seis que escogieron diputados bolcheviques había un total de 1.144.000 trabajadores. En otras palabras, los delegados mencheviques podían decir que contaban con el voto de un 11,8 por ciento de los trabajadores, y los bolcheviques, con un 88,2 por ciento.¹⁶

Todos los diputados bolcheviques provenían de las fábricas: Malinovski, Badáiev, Petrovski y Muranov trabajaban en el sector metalúrgico, Shagov y Samoïlov en el textil. Fueron elegidos gracias a las grandes áreas industriales: Badáiev por San Petersburgo, Malinovski por Moscú, Petrovski por Ekaterinoslav, Muranov por Járkov, Shagov por la *gubernia* de Kostroma, y Samoïlov por la *gubernia* de Vladímir.

La bandera bolchevique empieza a izarse

El procedimiento electoral impuesto por las autoridades zaristas facilitó que las masas pudieran realizar un trabajo electoral activo más prolongado. Para separar a los trabajadores de los campesinos, como hemos visto, la ley electoral estableció una serie de curias de trabajadores, es decir, para elegir a los delegados de los trabajadores separadamente. La campaña, en una de estas curias, tenía diferentes etapas: la elección de representantes en las fábricas y talleres, la elección de

colegios electorales, y finalmente la elección de los delegados.

Cuando exponían sus razones para participar en las elecciones, ni los candidatos ni los delegados que les elegían ocultaban que apostaban por el programa revolucionario. Así, por ejemplo, el colegio electoral de Petersburgo hizo pública la siguiente declaración para las elecciones de octubre de 1912:

Las demandas del pueblo ruso que planteó el movimiento de 1905 todavía siguen sin realizarse.

Los obreros, además de carecer del derecho a la huelga (no tienen ninguna garantía de que no serán despedidos si se declaran en huelga), además de carecer del derecho de organizar sindicatos o de reunirse (no tienen ninguna garantía de que no serán arrestados si lo hacen); además de todo eso, no tienen ni siquiera el derecho de optar a la Duma, porque si lo hacen serán "inhabilitados" u obligados a exiliarse, como fueron inhabilitados los obreros de la fábrica Pútilov y los del astillero de Nevski hace pocos días.

Todo esto dejando de lado las decenas de millones de campesinos que se mueren de hambre y que son abandonados a la merced de los terratenientes y de los jefes de policía rurales.

Todo esto apunta a la necesidad de realizar las demandas de 1905. El estado de la vida económica en Rusia, las señales ya visibles de la crisis industrial que se avecina y el creciente empobrecimiento de amplias capas de la población campesina, todo esto hace necesaria la realización de los objetivos de 1905 con más urgencia que nunca.

Nosotros creemos, por lo tanto, que Rusia está a punto de ver movimientos masivos, más profundos quizá que los de 1905. Esto lo demuestran los acontecimientos de Lena, las huelgas de protesta contra las "inhabilitaciones", etc.

Como era el caso en 1905, el proletariado ruso, la clase más avanzada de la sociedad rusa, actuará de nuevo como vanguardia del movimiento.

Los únicos aliados posibles para el proletariado son los campesinos, que tanto han padecido, y que tienen un interés vital en la emancipación de Rusia del feudalismo.

Una lucha en dos frentes: contra el orden feudal y contra la burguesía liberal, que trata de unirse a los viejos poderes. Esta es la forma que deben tomar las próximas acciones del pueblo. El es-

trado de la Duma es, en las condiciones actuales, uno de los mejores medios para iluminar y organizar a las amplias masas del proletariado.

Es con este mismo propósito que enviamos a nuestro delegado a la Duma, y le encomendamos a él y al conjunto de la fracción socialdemócrata de la cuarta Duma que ayude a extender ampliamente nuestras demandas desde el estrado de la Duma, y que no juegue a legislar en la Duma estatal [...].

Queremos oír el sonido fuerte de las voces de los miembros de la fracción socialdemócrata desde el estrado de la Duma, proclamando el objetivo final del proletariado, proclamando todas las demandas íntegras de 1905, proclamando a la clase trabajadora rusa como líder del movimiento popular y denunciando a la burguesía liberal como la traidora de la "libertad del pueblo".

Llamamos a la fracción socialdemócrata de la cuarta Duma a actuar en unidad y cerrando filas, y a trabajar basándose en estas consignas.

Que gane fuerzas gracias al contacto constante con las amplias masas.

Que marche codo con codo con la organización política de la clase trabajadora de Rusia.¹⁷

Actividad masiva durante las elecciones

La campaña de las elecciones no fue precisamente una tarea sosegada, al contrario: las huelgas y las manifestaciones masivas desempeñaron un papel central. Badáiev describía la campaña con las siguientes palabras:

La atmósfera de las elecciones y la apresurada "inhabilitación" de los delegados de la mitad de las fábricas indignaron a los trabajadores de San Petersburgo. El gobierno había ido demasiado lejos, y los trabajadores respondieron con un contundente movimiento de protestas.

La fábrica Pútilov fue la primera en actuar. El día de las elecciones, el 5 de octubre, en vez de volver a sus puestos de trabajo después de la comida, los trabajadores se reunieron en los talleres y se declararon en huelga. Toda la fábrica salió: casi 14.000 obreros. A las

tres de la tarde varios miles de trabajadores dejaron la fábrica y marcharon hacia la puerta de Narvski cantando canciones revolucionarias, pero la policía los dispersó. El movimiento se extendió al astillero de Nevski, donde 6.500 personas organizaron un mitin y una manifestación política. A ellas se unieron los trabajadores de las fábricas Pale y Maxwell, la Alexeiev, etc. Al día siguiente fue el turno de los trabajadores de Erickson, Lessner, Heisler, Vulcan, Duffon, Phoenix, Chesiré,¹⁷ Lébedev y otras fábricas.

La huelga se extendió rápidamente por todo San Petersburgo, y no se limitó a aquellas fábricas cuyos delegados habían sido declarados no válidos, sino que se involucraron muchas más. Se organizaron mítines y manifestaciones, y muchas fábricas relacionaron las protestas contra la persecución de los sindicatos con las invalidaciones electorales. La huelga fue completamente política; no se formuló ninguna demanda económica. Al cabo de diez días más de 70.000 personas estaban participando en el movimiento. La huelga continuó creciendo hasta que el gobierno asumió que no podía privar a los trabajadores de su derecho a voto y se vio forzado a anunciar que se realizarían nuevas elecciones primarias en aquellas fábricas que se habían visto afectadas. Muchas de ellas no habían participado en la elección anterior de delegados y ahora se incluyeron en la nueva lista. En consecuencia, las elecciones de representantes tuvieron que ser anuladas y repetirse después de haber escogido los delegados adicionales. Esto fue una gran victoria para la clase trabajadora y en especial para el proletariado de Petersburgo, que había demostrado semejante conciencia de clase revolucionaria.

Las elecciones suplementarias de delegados de más de 20 empresas se programaron para el domingo 14 de octubre. *Pravda* y la organización de nuestro partido llevó a cabo una campaña intensa de propaganda, igual que habían hecho durante las primeras elecciones. El movimiento de protesta contra la privación de los derechos electorales a los trabajadores continuó mientras estaban en marcha las elecciones, y los mítines en las fábricas revelaron cómo había crecido el ánimo revolucionario y se había elevado el interés en la campaña electoral.

Los discursos de los delegados bolcheviques y el texto de sus instancias también se acompañaban una y otra vez de la acción de las

masas. De hecho, éste era el objetivo primordial de sus discursos y sus interpelaciones.

El objetivo de nuestras interpelaciones era demostrar y exponer la naturaleza real del régimen existente.

La actuación que llevaba a cabo la fracción socialdemócrata en la Duma de las Centurias Negras* se apuntalaba y se reforzaba con la acción de los trabajadores de San Petersburgo, que declararon, para el mismo día, una huelga de 24 horas. Mientras nosotros hablábamos desde el estrado de la Duma sobre la muestra más reciente de represión zarista, los trabajadores abandonaban las fábricas y, en mítines convocados a toda prisa, aprobaban resoluciones de protesta [...].

La huelga no terminó el 14 de diciembre. A la mañana siguiente se sumaron otras fábricas, y las que ya estaban participando no volvieron al trabajo. Una tras otra salieron a la calle, y al final, el movimiento de huelgas duró más de una semana. Es difícil hacer estimaciones fiables sobre el número de trabajadores que participaron, pero se puede decir con seguridad que no eran menos de 60.000, es decir, el número de obreros de las fábricas más grandes de San Petersburgo. Adicionalmente, sin embargo, un pequeño número de empresas también participó: imprentas, talleres de reparación, etc. Esta formidable huelga de protesta del proletariado de San Petersburgo probó la plena solidaridad de las masas con sus delegados [...]. Los miembros de la fracción socialdemócrata, los delegados de los trabajadores, estábamos en plena batalla, y teníamos una comunicación constante con los huelguistas; les ayudábamos a formular sus demandas, les entregábamos los fondos que recolectábamos, negociábamos con las autoridades gubernamentales, etc.¹⁸

La lucha de los trabajadores para mejorar sus condiciones materiales, contra la persecución de la prensa obrera por la policía, contra las preparaciones del gobierno zarista para la guerra... todos estos asuntos, en diferentes combinaciones, eran claves en la propaganda y el trabajo organizativo de los diputados bolcheviques en la Duma.

* Las Centurias Negras (en ruso, *Chíornaya sótnia*) era un movimiento conservador, ultranacionalista y monárquico. (N. de la T.)

En marzo de 1914 tuvieron lugar en San Petersburgo varios acontecimientos que dieron un impulso importante al movimiento obrero. A principios de aquel mes, empezaron unas cuantas huelgas políticas: los trabajadores protestaban, con huelgas de un día, contra la persecución de nuestra prensa, contra el rechazo sistemático de las interpelaciones de nuestra fracción en la Duma, contra la persecución y la supresión de los sindicatos y las asociaciones educativas, etc. El movimiento se extendió por toda la ciudad, y fueron muchas las fábricas que participaron en él. Los trabajadores también protestaban contra la conferencia secreta que había convocado Rodzianko, el presidente de la Duma, con el propósito de incrementar el armamento [...]. Cuando denunciábamos este nuevo gasto del dinero de los contribuyentes para comprar armas nos apoyó una huelga de 30.000 trabajadores.

A lo largo de marzo, el movimiento continuó creciendo y recibió un nuevo impulso en el aniversario de la masacre de los trabajadores de Lena [...]. Pensando en el inminente aniversario, decidimos presentar una nueva interpelación [...].

Todas las organizaciones del partido se estaban preparando para la manifestación del aniversario, y llevaban a cabo actos de propaganda en todas las fábricas. El Comité de San Petersburgo lanzó una proclama en que pedía a los trabajadores que se manifestaran en las calles en apoyo a la interpelación, y los trabajadores de varias fábricas decidieron avanzar en bloque hasta la Duma estatal.

La manifestación se programó para el 13 de marzo, y la huelga empezó en el distrito de Viborg. En la fábrica de Novi Aivaz los trabajadores del turno de noche salieron a las tres de la madrugada, y por la mañana se les unieron los otros trabajadores. La huelga se extendió rápidamente por la ciudad y más de 60.000 hombres participaron en el movimiento; 40.000 de ellos eran del sector metalúrgico.¹⁹

La fracción bolchevique en la Duma también hacía las veces de centro coordinador para todo el trabajo del partido, incluyendo el trabajo ilegal.

Los trabajadores venían a preguntarme todo tipo de cosas, sobre todo los días de paga, cuando traían el dinero para ayudar a los huelguistas. Cada uno de los trabajadores que venía a hacer su

contribución hacía muchas preguntas. Tuve que arreglármelas para proveer pasaportes y escondites a aquellos que se habían convertido en "ilegales", ayudar a encontrar trabajo a aquellos que habían perdido el suyo durante las huelgas, emitir peticiones a los ministros de parte de los arrestados, organizar la ayuda para los exiliados, etc. Cuando había señales de que una huelga empezaba a decaer, era necesario tomar medidas para renovar las fuerzas de los huelguistas, proporcionarles la ayuda necesaria, imprimir y enviar folletos. Además, me consultaban constantemente sobre asuntos personales.²⁰

Finalmente, Badáiev podía decir: «No había una sola fábrica o taller, por pequeño que fuera, con el que no estuviera conectado de algún modo».²¹

Los bolcheviques se introducen en los sindicatos

El movimiento sindical, durante la Rusia zarista, era realmente débil. Durante la década de 1890 aparecieron sindicatos embrionarios, en la forma de "comités de trabajo" y "comités de huelga", y también una serie de grupos de ayuda mutua. Los comités de huelga (a menudo llamados "fondos de huelga"), eran en realidad el tipo de organización laboral principal tras las huelgas de 1895-97. No se ocupaban solamente de organizar alguna huelga ocasional y de ayudar a los huelguistas, sino que se proponían construir una organización permanente dentro de la industria. Se hicieron varios intentos de crear un cuerpo central que uniera a todas las organizaciones de trabajadores existentes en una determinada localidad o industria, pero este objetivo no se consiguió hasta el período revolucionario de 1905.*

Incluso durante la Revolución de 1905, solo una proporción mínima de los obreros industriales rusos —más o menos un siete por ciento, o 245.555 trabajadores, en valor absoluto— estaban sindica-

* En la Polonia y la Letonia rusas, los intentos de construir organizaciones permanentes a partir de los comités de huelga estaban mucho más avanzados, y hacia 1900, un 20-40 por ciento de los trabajadores judíos estaban sindicados. El Bund, que se había creado en 1897, se mantenía básicamente con el apoyo de los comités de huelga y en ellos basaba principalmente sus actividades (ver S. P. Turin, *From Peter the Great to Lenin*, Londres, 1935, p. 53).

dos.²² Los sindicatos existentes eran muy pequeños. De un total de 600, 349 tenían menos de 100 miembros cada uno; 108 tenían entre 100 y 300 miembros; sólo había 22 sindicatos con más de 2.000 miembros.²³ Durante el período de reacción de 1908-09 dejaron de existir por completo. No había en absoluto sindicatos nacionales. Los pocos sindicatos locales que había juntaban poco más de 20.000-30.000 miembros en todo el país.²⁴

A pesar de las muchas limitaciones de la actividad de los sindicatos, los bolcheviques intentaron aprovecharlos al máximo, y de manera global, especialmente en San Petersburgo, ejercieron más influencia en ellos que sus rivales, los mencheviques y los SR.* El 21 de abril de 1913 se celebraron elecciones para los cargos de dirección del Sindicato de los trabajadores del metal de San Petersburgo. Diez de los 14 miembros elegidos eran de la lista de *Pravda*, es decir, simpatizantes bolcheviques. El 22 de agosto de 1913 tuvo lugar una reelección de los directivos del mismo sindicato. A la reunión en que debían realizarse las elecciones asistieron unos 3.000 obreros metalúrgicos. La lista bolchevique fue aprobada por una gran mayoría, y solo unos 150 dieron su voto a la lista patrocinada por los mencheviques.

En junio de 1914, Lenin podía decir que los bolcheviques controlaban 14 de los 18 sindicatos, mientras que los mencheviques controlaban tres, y en uno de ellos ambos partidos tenían la misma cifra de simpatizantes. De los 13 sindicatos de Moscú, diez eran *pravdistas* y tres indefinidos, aunque eran cercanos a los *pravdistas*. No había ni un solo sindicato liquidacionista o *naródnik* en todo Moscú.²⁵

El seguro social

Una institución legal que, aunque tenía un ámbito muy limitado, desempeñó un papel único en el movimiento obrero de la época, fue la organización del seguro médico. De hecho, su papel fue más importante que el de los sindicatos para construir la red de trabajadores que apoyaban a los bolcheviques.

El objetivo que creían que iban a conseguir las autoridades zaristas con el seguro social fue muy diferente de sus consecuencias

* Miembros del Partido social-revolucionario, también llamados socialistas revolucionarios o eseristas. (N. de la T.)

reales. Para evitar que los revolucionarios acrecentaran su influencia entre las masas de trabajadores, las autoridades decidieron mejorar la suerte de estos últimos a través de la legislación laboral en el campo del seguro social. «Cuanto más protegidos estén económicamente los trabajadores, menos influencia podrá ejercer la propaganda revolucionaria sobre la masa de la población trabajadora», escribía S. P. Beletski, el vicepresidente del Departamento de policía.²⁶ En una circular confidencial, el ministro del interior, N. A. Maklakov, afirmaba lo siguiente:

La legislación laboral, para nosotros, es un fenómeno bastante nuevo, sin precedentes históricos, y las clases trabajadoras están muy influenciadas por los partidos revolucionarios, que las explotan para sus propios intereses. Pero las clases trabajadoras se han dado cuenta, por la experiencia previa, de que son ellos los que cargan con la mayor parte del peso de las huelgas, y han dejado de creer en las consignas revolucionarias. El momento presente, por lo tanto, es muy oportuno para evitar que las masas se involucren en actividades revolucionarias, mediante la aprobación de leyes para un seguro social [...]. Pero, por otro lado, la Ley del Seguro pondrá a disposición de los asegurados grandes sumas de dinero [...] y es, por lo tanto, muy importante que, al principio, el trabajo práctico esté organizado de tal forma que la influencia del partido revolucionario quede paralizada.²⁷

El 23 de junio de 1912, la Duma aprobó dos leyes sobre el seguro, que hacían posible una retribución económica a los trabajadores que hubieran sufrido un accidente o estuvieran enfermos. Estas leyes eran un paso adelante, si las comparamos con la ley previa, de 1903; pero eran todavía muy insuficientes. Su principal defecto era que solo se podían aplicar a una pequeña proporción de trabajadores. Todos aquellos que trabajaban en sus casas o en empresas de menos de 20 personas, todos los trabajadores de la agricultura y la construcción, de Siberia y el Turkistán, los inválidos, los ancianos y los desempleados, no podían beneficiarse de las ayudas. De hecho, solo quedaban cubiertos por la ley alrededor de un 20 por ciento de los trabajadores industriales. Los trabajadores no podían tener ninguna responsabilidad directa en la administración de los fondos del seguro, pero se les ofrecía el privilegio de designar a candidatos.

Los bolcheviques asumieron la tarea de explicar los términos exactos de la legislación, para que los trabajadores pudieran beneficiarse tanto como fuera posible de ella. También promovían la actividad dirigida a extender la aplicación del seguro y la representación de los trabajadores en su estructura. Durante 1912 empezaron a establecerse fondos médicos en las fábricas de San Petersburgo para distribuir ayudas a los enfermos. Estas organizaciones existían en fábricas individuales que empleaban al menos a 200 trabajadores. Las fábricas más pequeñas se agrupaban en torno a un solo fondo médico. En la práctica, cada fondo cubría a unos 700-1.000 trabajadores, y todos ellos se financiaban a través de las contribuciones de éstos (un 1-3 por ciento del salario), y a través de una subvención del empresario equivalente a dos tercios de la suma total de las contribuciones de los trabajadores. La administración de estos fondos iba a cargo de juntas directivas, en parte electas por los trabajadores y en parte designadas por los empresarios. Por cada cinco miembros electos, cuatro eran designados. Así, los trabajadores tenían bastante autonomía, aunque los empresarios podían ejercer su influencia sobre los miembros electos con la amenaza del despido, tras el cual instantáneamente dejaban de ser miembros del fondo. *Pravda*, el diario bolchevique, concentró su ataque en exponer las restricciones para administrar los fondos, en exigir un control completo por parte de los trabajadores, que se pusiera fin a sus contribuciones económicas y que todo el coste se trasladara a los empresarios.

Los diputados socialdemócratas de la Duma empezaron su ataque a la administración de los fondos en diciembre de 1912. Para extender su campaña, el Comité bolchevique de San Petersburgo publicó un folleto en el que se pedía un día de huelga en apoyo a los diputados. Este fue el movimiento que se ha descrito antes, que empezó el 14 de diciembre y continuó durante una semana, con la participación de unos 60.000 trabajadores.

El otro ámbito de agitación bolchevique era la participación activa en el fondo, participación que usaban para llevar la propaganda mucho más allá del limitado problema del seguro. Como se decía en el *Pravda* del 3 de noviembre de 1912: «Los fondos de seguro de las fábricas se convertirán, al fin y al cabo, en células de trabajadores. Sus miembros se contarán por millares. Tienen que extenderse en una red que abarque toda Rusia.»²⁸

Después de publicar una serie de artículos sobre los fondos, *Pravda* estableció una sección regular en sus páginas bajo el título “El seguro

de los trabajadores: preguntas y respuestas”. Los bolcheviques instaban a los trabajadores a convocar reuniones para discutir asuntos relacionados con el seguro y a mantener a los diputados de la Duma informados de todos los acontecimientos en las fábricas. A medida que crecía el interés por la campaña del seguro, las demandas bolcheviques se fueron volviendo más específicas: un fondo central urbano, la administración de los fondos completamente a cargo de los trabajadores y la transferencia de ayuda médica a los fondos.

En la conferencia bolchevique de enero de 1912, Lenin presentó una resolución sobre el proyecto de ley del gobierno que exponía el tipo de Ley del Seguro que quería el partido.

a) el seguro debe garantizar a los obreros los medios de subsistencia en todos los casos de incapacidad (accidente, enfermedades, vejez, invalidez; a las obreras, además, durante el embarazo y el parto; así como una indemnización a las viudas y a los huérfanos por fallecimiento del jefe de familia) o en caso de pérdida de salario por desempleo; b) el seguro debe comprender a todos los asalariados y a sus familias; c) todos los asegurados deben recibir subsidios equivalentes a su salario *completo*, y *todos* los gastos del seguro deben correr a cargo de los patronos y del Estado; d) todos los tipos de seguro deben ser administrados por organizaciones *uniformes*, estructuradas según el principio *territorial* y sobre la base de la independencia *total* del asegurado.²⁹

Afirmaba que los bolcheviques tenían que luchar por una Ley del Seguro sin olvidar en ningún momento que su objetivo final era la victoria completa de la revolución:

La Conferencia previene del modo más resuelto a los obreros contra todo intento de restringir y tergiversar por completo la agitación socialdemócrata, limitándola a lo que autoriza la ley en un período en que predomina la contrarrevolución; por otra parte, la Conferencia destaca que el aspecto fundamental de esta agitación debe ser explicar a las amplias masas del proletariado que sin un nuevo ascenso revolucionario no se logrará ninguna mejora efectiva en la situación de los obreros, y que todos los que deseen una verdadera reforma obrera deben luchar ante todo por una nueva, y victoriosa, revolución.³⁰

Los bolcheviques debían aprovechar todas las oportunidades disponibles para hacer campaña abiertamente sobre el seguro social.

Si, a pesar de las protestas del proletariado con conciencia de clase, se aprueba el proyecto de ley de la Duma, la Conferencia invita a los camaradas a aprovechar las nuevas formas de organización que este proyecto contiene (sociedades de asistencia médica) para realizar, también en estas unidades orgánicas, una enérgica propaganda de las ideas socialdemócratas y para convertir así esta ley ideada con el fin de sojuzgar y oprimir aun más al proletariado en un instrumento para desarrollar su conciencia de clase, fortalecer su organización e intensificar su lucha por la plena libertad política y por el socialismo.³¹

Para respaldar la campaña del seguro, los bolcheviques lanzaron un periódico semanal, en octubre de 1913, llamado *Voprosi Strajovania* (Problemas del Seguro), que llegó a tener una tirada de unos 15.000 ejemplares. Lenin escribía a menudo en él. Mientras que la intención de Malákov, el ministro del interior, era usar el seguro social para estabilizar el régimen zarista, Lenin usó hábilmente esa misma arma para movilizar a cientos de miles de trabajadores contra aquél. Alrededor de los fondos se formó una red de simpatizantes bolcheviques.

En marzo de 1914 tuvieron lugar en San Petersburgo las elecciones de los representantes de las sociedades del seguro médico de la Junta de Seguros para toda Rusia y de la Junta metropolitana. Para la primera organización, los trabajadores eligieron a 5 miembros y a 10 suplentes; para la segunda, 2 miembros y 4 suplentes. En ambos casos, la lista de candidatos promovida por los bolcheviques fue elegida en bloque. En las segundas elecciones los resultados de la votación que anunció el presidente eran las siguientes: seguidores de *Pravda* [bolcheviques], 37; mencheviques, siete; narodniks, cuatro; sin especificar, cinco.³²

La perspicacia de Lenin para percibir el valor de cualquier cuestión, por pequeña que fuera, que posibilitara el despertar de un gran número de trabajadores y su unión para formar una clase independiente, se demuestra claramente con el trabajo de los bolcheviques con los fondos, y se hizo especialmente evidente después del estallido de la guerra,

cuando el grupo bolchevique en la Duma fue obligado a exiliarse en Siberia, el diario legal del partido fue clausurado, y las instituciones del seguro se convirtieron en el único recurso legal para los bolcheviques. Esta historia nos lleva más allá del objetivo del presente volumen, pero es necesaria para mostrar la importancia de los recursos de Lenin en este ámbito.

En su primer número, *Voprosi Strajovania* explicaba el tema central de su política como sigue: «La aprobación de los *fondos de enfermedad* abre un campo legal e incluso obligado de actividad».³³ Tras empezar la guerra, el periódico publicó un comunicado que era prácticamente un desafío abierto al conflicto:

El alto coste de la vida es bien conocido por todos; todos sabemos de qué se trata, y hemos oído hablar sobre él. Pero no hemos oído nada sobre un aumento de salario para los trabajadores, ni sobre ninguna mejora en las condiciones laborales, que aliviaría la carga de los precios elevados.³⁴

En mayo de 1916, el periódico publicó un artículo de Lenin titulado «Chovinismo alemán y no-alemán», el cual, al mismo tiempo que atacaba abierta y duramente el chovinismo alemán, acababa diciendo que no había diferencias cualitativas entre el chovinismo prusiano y el ruso. «El chovinismo es fiel a sí mismo, sin importar cuáles sean sus colores nacionales».³⁵

Voprosi Strajovania fue un arma especialmente útil para los bolcheviques durante la campaña que precedió las elecciones de los Comités de la industria de guerra, constituidos a mediados de 1915. Estos comités tenían por objetivo implicar a los trabajadores en el aumento de la producción. Los bolcheviques, que se oponían a la guerra, llamaron a boicotear los comités; los mencheviques, en cambio, se mostraron a favor de participar en ellos. *Voprosi Strajovania* publicó un escrito que podría muy bien calificarse de denuncia abierta de los Comités de industria de guerra:

Solo en una atmósfera de libertad política y civil, en donde el peligro de un régimen arbitrario ha desaparecido, en donde la posibilidad de una unión de todos los trabajadores rusos exista, solo entonces, la clase trabajadora podrá dar su opinión con autoridad sobre los asuntos de defensa del país.³⁶

Durante la guerra, los fondos atrajeron a un movimiento masivo que seguramente superaba los sueños más fantásticos de Lenin. En febrero de 1916, dos millones de trabajadores eran miembros de los fondos.³⁷ La influencia de los bolcheviques sobre ellos era inmensa. En las elecciones a la Junta del Seguro de enero de 1916, de 70 representantes, 39 votaron la lista de *Voprosi Strajovania*, es decir, apoyaron a los bolcheviques.³⁸

La *ojrana* era muy consciente de la situación, y un informe de septiembre de 1916, de uno de sus agentes, decía: «Antiguos miembros del partido se van colocando en la administración de los Fondos de Enfermedad —elegidos por los miembros obreros— y, por lo tanto, los fondos han adquirido un matiz político definido».³⁹ ¡Era Lenin, claramente, y no Makhakov, quién estaba en lo cierto sobre el papel que desempeñarían estos organismos!

La forma en que los bolcheviques manejaron el seguro social es un ejemplo para todos los revolucionarios, cuyas aspiraciones para la futura emancipación de la humanidad deben acompañarse de esfuerzos continuados para participar en las luchas más pequeñas, conscientes de que:

[...] el más pequeño movimiento del proletariado, por modesto que sea al comienzo, y por insignificante que parezca el motivo que lo ponga en marcha, amenaza inevitablemente con crecer, rebasando sus metas inmediatas, para convertirse en una fuerza tremenda e inconciliable, llamada a reducir a escombros *todo* el viejo régimen.

Los rasgos fundamentales que caracterizan la situación del proletariado bajo el capitalismo infunden al movimiento de esta clase la incontenible tendencia a convertirse en una lucha enconada y *total* por la victoria completa sobre las fuerzas oscuras de la explotación y la opresión.⁴⁰

El periódico legal

Los bolcheviques aprovechaban cualquier ocasión dentro de la legalidad para publicar su material. La conferencia del partido de enero de 1912, como hemos mencionado, decidió publicar un periódico legal, *Pravda*, que debía reemplazar el anterior, *Zvezda*, un periódico semanal que se había estado publicando legalmente en San Petersburgo desde el 16 de diciembre de 1910. En enero de 1911, *Zvezda* empezó a aparecer dos veces por semana, y desde marzo, tres veces por semana. Las autoridades lo prohibían constantemente; de un total de 63 números, 30 fueron confiscados y ocho tuvieron una multa. Las grandes colectas de dinero de los grupos de trabajadores que se organizaban para *Zvezda* prepararon el terreno para *Pravda*, cuyo primer número vio la luz el 22 de abril de 1912.

Pravda también sufrió una persecución continuada, y tuvo que cambiar de nombre ocho veces, convirtiéndose en *Rabóchaya Pravda* (*La verdad de los obreros*), *Siévernaya Pravda* (*La verdad del norte*), *Pravda Truda* (*La verdad del trabajo*), *Za Pravda* (*Por la verdad*), *Proletárskaya Pravda* (*La verdad proletaria*), *Put Pravdi* (*El camino de la verdad*), *Rabochi* (*El obrero*), y *Trudovaya Pravda* (*La verdad del trabajo*).

Una y otra vez se hacían redadas en las oficinas de *Pravda*, se confiscaban números, se ponían multas, se arrestaba a los editores, y se acababa a los chicos que repartían los periódicos. A pesar de todo, el periódico seguía apareciendo. Del 22 de abril de 1912 al 8 de julio de 1914 se publicaron 645 números. Esto fue posible gracias a la habilidad del personal del periódico para evitar acciones judiciales, al apoyo económico de los lectores, a los vacíos existentes en la legislación de prensa y a la ineficiencia de la policía.¹

Mediante el uso de un lenguaje críptico *Pravda* podía discutir los

asuntos vigentes sin riesgo de una confiscación automática. Así, como estaba prohibido referirse al POSDR, el periódico hablaba de lo "subterráneo", del "conjunto", y del "viejo". El programa bolchevique de tres partes para una república democrática, la confiscación de las fincas con tierras y la jornada de ocho horas, se aludía con "las demandas íntegras de 1905" o bien "los tres pilares". Un bolchevique era "un demócrata constante" o un "marxista constante". Los trabajadores mejor informados sabían cómo leer y entender el periódico.

La legislación de prensa requería que las tres primeras copias de cada número se enviaran al censor. Los editores de *Pravda*, sin embargo, estaban decididos a distribuir el periódico con la aprobación del censor o sin ella, de manera que trataban de ganar todo el tiempo posible entre el envío de las tres copias y la demasiado frecuente llegada de la policía a la imprenta. Resolvieron el problema de una manera muy ingeniosa. La ley que exigía el envío de las copias al censor no especificaba cuánto tiempo debía tardar el envío, por lo que la tarea diaria de entregarlas fue asignada a un trabajador septuagenario de la imprenta, que con sus muchos años y su paso lento garantizaba que las copias no llegarían al censor hasta al cabo de unas dos horas. Después de entregar los periódicos, el hombre se quedaba en la oficina, aparentemente para descansar, pero en realidad era para observar de cerca al censor, que examinaba otros periódicos además de *Pravda*. Si, tras leer éste último, el inspector empezaba con otro, el hombre volvía a paso tranquilo a la imprenta. Pero si el censor llamaba por teléfono al Distrito Policial Tercero —donde se encontraba la imprenta de *Pravda*—, el anciano salía disparado de la habitación, tomaba un taxi y regresaba a toda prisa. Alrededor de la imprenta había vigías que esperaban a que volviera, y cuando le veían venir rápidamente desde la esquina sabían inmediatamente lo que ocurría; saltaba la alarma y todo el mundo empezaba a trabajar con un ritmo febril. Los periódicos se hacían desaparecer, se escondían, se cerraba el departamento de distribución y la prensa dejaba de funcionar. Cuando llegaba la policía, la mayoría de periódicos ya no estaban allí; solo se había dejado algunos por "protocolo".²

Se designaba a editores nominales que iban a la cárcel mientras los editores reales permanecían en libertad; había unos cuarenta "editores" de este tipo, personas que, con frecuencia, eran analfabetas. En el primer año de existencia de *Pravda*, estos "editores" pasaron 47 meses y medio en prisión. De los 645 números publicados, la policía trató de confiscar sin éxito 155, y 36 de ellos tuvieron multa.

De cada número, la mitad de los ejemplares los vendían en las calles los repartidores, y la otra mitad en las fábricas. En las grandes fábricas de San Petersburgo, para cada departamento había una persona que se encargaba de ello: distribuía el periódico, recolectaba fondos y mantenía el contacto con los editores. La distribución fuera de San Petersburgo era muy difícil. Si bien es cierto que *Pravda* tenía 6.000 suscripciones por correo, no era tan fácil como parece hacer que los periódicos llegaran a su destino. Los ejemplares debían envolverse en un lienzo para que no se estropearan, y se enviaban desde media docena de oficinas de correos diferentes para despistar a la policía. Además, paquetes de ejemplares de *Pravda* se enviaban a las diferentes provincias por unas cuantas rutas complejas. Los miembros del partido o los simpatizantes que trabajaban en los ferrocarriles lanzaban los paquetes en puntos señalados a lo largo de la ruta, allí donde se esperaban otros camaradas. En una ciudad, los ejemplares se enviaban directamente a la oficina de correos, donde un camarada cartero se hacía cargo de ellas cuando llegaban.

La tirada de *Pravda* era ciertamente notable, sobre todo si se tiene en cuenta el estatus ilegal del partido que lo publicaba. Era de entre 40.000 y 60.000 ejemplares al día; el sábado era el día en que se llegaba a cifras más altas. Esto suponía un paso de gigante respecto de las cuatro copias originales que Lenin escribía a mano y después copiaba cuidadosamente en letras de imprenta. Era también un gran contraste comparado con el primer periódico en que había colaborado Lenin, el *Rabochi Listok* de San Petersburgo (el Boletín de los trabajadores de San Petersburgo), que era el órgano de la Liga de lucha por la emancipación de la clase trabajadora de San Petersburgo. Este periódico de temprana aparición había tenido dos ediciones: una que se mimeografió en Rusia, con 300-400 ejemplares (enero de 1897), y otra impresa en Ginebra (septiembre de 1897). Una tirada de 40.000-60.000 ejemplares puede parecer algo modesto con respecto a las tiradas occidentales de ahora, pero bajo las condiciones represivas del zarismo se trataba de una gran hazaña, y las ideas del periódico encontraron respuesta entre cientos de miles de trabajadores*.

Sin embargo, Lenin no estaba para nada satisfecho con la tirada

* La circulación de *Pravda* era bastante inestable, y cambiaba mucho según las circunstancias. Así, en abril y mayo de 1912, su circulación fue de 60.000 ejemplares, y en verano disminuyó hasta los 20.000 (ver Lenin, *Obras completas*, vol. 36, p. 212).

del periódico. En abril de 1914, en un artículo titulado "Nuestras tareas", escribía:

Put Pravdi debería tener una tirada de tres, cuatro y cinco veces más ejemplares que ahora. Debemos lanzar un suplemento sobre los sindicatos, y tener representantes de todos los sindicatos y grupos en la junta editorial. Nuestro periódico debe tener suplementos regionales (para Moscú, los Urales, el Cáucaso, el Báltico, Ucrania) [...]. La crónica de la vida organizativa, ideológica y política de los trabajadores con conciencia de clase debería expandirse, multiplicarse.

[...] *Put Pravdi*, en su forma actual, es esencial para el obrero con conciencia de clase, y debería ampliarse aún más, pero es demasiado caro, demasiado difícil, demasiado grande para el trabajador de la calle, para las bases, para cualquiera de entre los millones de trabajadores que todavía no han sido atraídos por el movimiento. Hay que empezar un *Viéchernaya Pravda** de un kopek, con una tirada de 200.000 o 300.000 ejemplares [...].

Debemos afianzar un grado mucho más alto de organización por parte de los lectores de *Put Pravdi* que el actual, en sus diversas fábricas, distritos, etc., y una participación más activa en la correspondencia, la elaboración y la distribución del periódico. Debemos hacer que los trabajadores tomen parte de manera regular en el trabajo editorial.³

Las aspiraciones de Lenin de tener un periódico con una tirada masiva no se realizaron hasta después de la revolución.

Un periódico obrero de verdad

Pravda no era un periódico para los obreros; era un periódico obrero. Era muy distinto de su homónimo publicado bimestralmente en Viena por Trotski (1908-12), que estaba escrito casi en su totalidad por un pequeño grupo de periodistas brillantes (Trotski, Adolphe Ioffe, David Riazánov y otros). Como dijo Lenin, «el periódico obrero de Trotski es un periódico para los obreros, pues no hay ni rastro de la iniciativa de

* *Pravda* costaba 2 kopeks.

éstos en él, ni tampoco conexión alguna con las organizaciones de la clase trabajadora».⁴ En contraste, en el *Pravda* de Lenin se publicaron más de 11.000 cartas o artículos de trabajadores en un solo año, es decir, unos 35 por día.

Unos meses después de que empezara a publicarse, Lenin expuso su concepto de un periódico para los trabajadores:

Cuando miran los informes de las colectas de los trabajadores, *en conexión* con las cartas de los obreros de las fábricas y las oficinas de todas las partes de Rusia, los lectores de *Pravda*, la mayoría de los cuales están dispersos y separados unos de otros por las duras condiciones externas de la vida rusa, pueden llegar a hacerse una idea de cómo luchan los proletarios de los diferentes sectores y localidades, cómo se están despertando para defender la democracia de la clase trabajadora.

La crónica de la vida de los trabajadores está apenas empezando a desarrollarse como sección permanente en *Pravda*. No cabe duda de que más adelante, aparte de las cartas que hablan de los abusos en las fábricas, del despertar de una nueva sección del proletariado, de las colectas para uno u otro campo de la causa obrera, el periódico obrero recibirá informes sobre las opiniones y los sentimientos de los obreros, sobre las campañas electorales, la elección de los delegados obreros, lo que leen los trabajadores, las cuestiones que les interesan particularmente, etc.

El periódico obrero es un foro para los trabajadores. Ante toda Rusia éstos deberían plantear aquí, una tras otra, las diversas cuestiones de su vida en general y de la democracia de la clase trabajadora en particular.⁵

Lenin creía que los mismos trabajadores debían escribir sobre sus vidas.

Los trabajadores deberían, a pesar de todos los obstáculos, intentar compilar, una y otra vez, sus propias estadísticas de las huelgas obreras. Dos o tres trabajadores con conciencia de clase podrían compilar una descripción precisa de cada huelga, la hora en que empieza y termina, la cifra de participantes (con la distribución según sexo y edad, siempre que sea posible), las causas y los resultados de la huelga. Se debería enviar una copia de tales des-

cripciones a la sede de la asociación obrera respectiva (sindicato u otro cuerpo, o la oficina de un periódico sindical); una segunda copia debería enviarse al periódico obrero central, y por último, se debería enviar una tercera copia a un diputado de clase trabajadora de la Duma estatal para que tuviera dicha información [...]. Solo si los mismos obreros se ponen manos a la obra serán capaces de ayudar a una mejor comprensión de su propio movimiento —con tiempo, y después de trabajar obstinadamente y con esfuerzos persistentes—, asegurando de esta manera mayores logros para dicho movimiento.⁶

Lenin sabía escribir artículos muy populares y cortos para *Pravda*. Siempre se atenía a los hechos, y cada artículo se centraba en una sola idea, que exponía y argumentaba. Podía ser que repitiera el mismo tema una y otra vez, pero siempre enfocándolo desde una perspectiva distinta, con ejemplos e historias diferentes. Para tener una idea de cómo eran tales artículos, a continuación se reproducen dos muestras.

RUSOS Y NEGROS

Qué comparación más extraña, puede pensar el lector. ¿Cómo puede compararse una raza con una nación?

Es una comparación lícita. Los negros fueron los últimos en ser liberados de la esclavitud, y todavía soportan, más que nadie, las crueles marcas de ésta última —incluso en países avanzados—, porque el capitalismo no tiene “espacio” para otra emancipación que no sea la legal, y a ésta también la reducirá tanto como sea posible.

Con respecto a los rusos, la historia dice que fueron “casi” liberados del yugo de la servidumbre en 1861. Fue más o menos en ese mismo momento, tras la guerra civil contra los dueños de esclavos americanos, que los negros de Norteamérica fueron liberados de la esclavitud.

La emancipación de los esclavos americanos sucedió de una manera menos “reformista” que la de los esclavos rusos.

Este es el motivo de que ahora, medio siglo más tarde, los rusos todavía muestren muchos más rastros de esclavitud que los negros. De hecho, sería más exacto hablar de instituciones, más que de ras-

tros. Pero en este artículo corto debemos limitarnos a una pequeña ilustración de lo que hemos dicho, a saber, el asunto de la alfabetización. Es bien conocido que una de las características de la esclavitud es el analfabetismo. En un país oprimido por los pashás, los Purishkévich y similares, es imposible que la mayoría de la población esté alfabetizada.

En Rusia hay un 73 por ciento de analfabetos, sin contar a los niños menores de nueve años.

Entre los negros de los EUA, había (en 1900) un 44,5 por ciento de analfabetos.

Tal porcentaje escandalosamente alto de analfabetos es una desgracia para un país civilizado y avanzado como la República de Norte América. Todavía más, todo el mundo sabe que la posición de los negros en América, en general, es indigna de un país civilizado. El capitalismo no puede ofrecer ni la emancipación completa ni la igualdad completa.

Es instructivo el hecho de que entre los blancos, en América, la proporción de analfabetos no supera el 6 por ciento. Pero si dividimos América entre las partes donde había esclavos (la “Rusia” americana) y las partes sin esclavos (la no-Rusia americana), hallaremos que en las primeras hay un 11-12 por ciento de analfabetos blancos, mientras que en las segundas hay de un cuatro a un seis por ciento.

La proporción de analfabetos entre los blancos es el doble de alta en las zonas donde había esclavos. ¡No solo los negros muestran rastros de esclavitud!

Qué vergüenza para América, la penosa situación de los negros.⁷

GRANDES TERRATENIENTES Y PEQUEÑOS CAMPESINOS LA POSESIÓN DE TIERRAS EN RUSIA

En relación con el reciente aniversario del 19 de febrero de 1861*, no está de más recordar la actual distribución de la tierra en la Rusia europea.

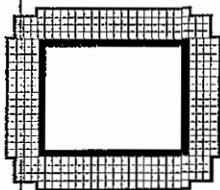
El ministerio del interior publicó los últimos datos estadísticos

* El aniversario de la abolición de la servidumbre en Rusia.

oficiales sobre la distribución de la tierra en la Rusia europea en 1905.

Según estos datos, había (en cifras redondas) unos 30.000 grandes terratenientes que poseían unas 500 desiatinas cada uno. La extensión total de sus tierras era de 70 millones de desiatinas.

Unos 10 millones de hogares campesinos pobres suman la misma extensión de tierra.



De esto se desprende que, de media, hay unas 330 familias campesinas pobres para cada gran terrateniente. Cada familia campesina posee unas siete desiatinas, mientras que cada gran terrateniente posee unas 2.300 desiatinas.

Para mostrar esto gráficamente, hemos elaborado el diagrama que aparece arriba.

El gran rectángulo blanco en el centro representa la finca de un gran terrateniente. Los cuadraditos a su alrededor representan las tierras de los pequeños campesinos.

En total hay 324 cuadraditos, y el área del rectángulo blanco equivale a 320 cuadraditos.⁸

Se trata de una explicación magníficamente sencilla de un análisis marxista complejo, sin vulgarizaciones y lleno de interés.

Es mucho más difícil escribir en términos marxistas para las masas que para los cuadros del partido. Para estos últimos la discusión puede desarrollarse de una forma analítica, pero para las primeras debe basarse en la propia experiencia de los trabajadores, absteniéndose del uso de recursos que exijan conocimientos de marxismo. Lenin dominaba a la perfección ambos tipos de escritura. Su estilo era simple y directo. Era un hombre que solo quería convencer, indiferente a las formas literarias. Su prosa es uniforme, contundente y repetitiva, y es precisamente esta

rigidez y este estilo directo suyo que demuestran la sinceridad y la profundidad de su pensamiento. En sus escritos no hay embellecimientos ni ambigüedades, evasiones ni reservas.

Lenin admiraba a G. N. Chernishevski y le consideraba el más grande de los revolucionarios rusos. El parecido entre ambos, incluyendo su estilo, es sorprendente. Chernishevski, al inicio de su *¿Qué hacer?*, se dirige al lector de la siguiente manera: «No tengo talento artístico ninguno, e incluso utilizo pobremente el lenguaje. Pero esto no es importante: lee, público amable. Lee y obtendrás un provecho. La verdad es algo grande; y compensa las deficiencias del escritor que la sirve». Esta era también la actitud de Lenin. Detestaba las poses, los expertos en el arte de la palabra y los estilistas elegantes que erigían una barrera entre sus escritos y la realidad que pretendían plasmar. En Lenin, y en Chernishevski, no merece la pena perder el tiempo buscando gracia y estilo.

Para justificar un proyecto de programa muy poco elegante que había escrito en 1919, Lenin diría lo siguiente:

Un programa constituido de partes heterogéneas no es elegante (pero eso, por supuesto, no es importante), pero cualquier otro programa sería sencillamente incorrecto. Aunque sea muy desagradable, aunque sea desproporcionado, nos será imposible, durante mucho tiempo, evitar esta heterogeneidad, esta necesidad de construir a partir de materiales diferentes.⁹

No toleraba las florituras en la presentación si con ello se dejaba de mirar a la realidad honestamente. Él era capaz de explicar problemas muy complicados de una manera sencilla, y no hablaba con condescendencia a los que le escuchaban, al contrario, les mostraba un gran respeto.

El escritor popular dirige al lector hacia pensamientos profundos, hacia el estudio profundo, avanzando desde hechos generalmente conocidos y simples; con la ayuda de argumentos sencillos o ejemplos llamativos puede exponer las conclusiones principales que resultan de tales hechos, y plantea siempre preguntas nuevas en la mente de los lectores reflexivos. El escritor popular no presume que el lector no piensa, que no puede o no desea pensar; al contrario, asume que el lector poco desarrollado tiene la intención

sería de usar la cabeza, y le ayuda en esta tarea sería y difícil, le guía, le acompaña en sus primeros pasos, y le enseña a seguir por sí solo. El escritor vulgar asume que su lector no piensa y que es incapaz de hacerlo; no le acompaña en sus primeros pasos hacia un conocimiento serio sino de una manera simplista y distorsionada, añadiendo bromas y tonterías y proporcionándole todas las conclusiones de una teoría determinada "hechas a medida", de manera que el lector ni siquiera tiene que masticar, sino que se limita a tragar lo que le dan.¹⁰

Lenin era un buen maestro: no descendía hasta sus alumnos desde las alturas de los dioses, sino que llegaba a nuevos niveles con ellos. Les guiaba, y ellos le guiaban a él. Se esforzaba junto con ellos para encontrar maneras de superar las dificultades, y sus oyentes debían percibir que el líder estaba pensando en voz alta para ellos y con ellos. Sus discursos no solían terminar con retórica, sino con frases muy simples: «Si entendemos esto, si actuamos de esta forma, entonces podemos estar seguros de vencer», o bien «Uno debe luchar por esto, no con palabras sino con hechos», o incluso más simple: «Esto es todo lo que quería decirlos».

Muchas personas se sentían decepcionadas al conocer a Lenin: esperaban ver a un hombre de tres metros, y se encontraban, al contrario, con un hombre muy pequeño. Pero después de escucharle, ellos mismos se sentían como si midieran tres metros.

Su estilo sencillo y sin pretensiones se puede ver perfectamente en sus numerosos artículos en *Pravda*, que daban al lector obrero la confianza de que él mismo tenía la habilidad de entender los problemas y también el mundo, y que podía cambiarlo. Al mismo tiempo, no dibujaban la línea que separaba a los bolcheviques de otros grupos, sobre todo de los mencheviques; al contrario, daban una dirección política clara. En este aspecto, también, el *Pravda* de Lenin era completamente diferente del periódico homónimo de Trotski. Éste «trataba de dirigirse a los "trabajadores llanos" antes que a los hombres del partido políticamente conscientes, y "servir, no dirigir" a sus lectores».¹¹

Sobre esta afirmación, Deutscher comenta lo siguiente:

El lenguaje sencillo del *Pravda* de Trotski, y el hecho de que predicara la unidad del partido, le aseguraban una cierta popularidad, pero no una influencia política duradera. Los que defienden

la causa de una facción o grupo normalmente se implican en argumentos más o menos complicados y se dirigen a las capas altas y medias del movimiento, y no tanto a las bases. Los que dicen, por otro lado, que, sin importar las diferencias, el partido debería cerrar sus filas, contaban, como en el caso de Trotski, con un caso simple, fácil de explicar y con atractivo. Pero muchas veces este atractivo es superficial, y es muy posible que los oponentes que se ganen a los cuadros del partido con argumentos más complicados acaben ganándose también a las bases; los cuadros extenderán sus argumentos, de una forma simplificada, al resto. Las llamadas de Trotski a la solidaridad de todos los socialistas eran por entonces aplaudidas por muchos [...]. Pero la misma gente que aplaudía la llamada después la desoiría y seguiría a una u otra facción, y acabaría dejando al predicador de la unidad aislado. Aparte de esto, había, en la postura popular de Trotski, en su énfasis en la prosa llana y su promesa de "servir, no dirigir", más de un indicio de demagogia, porque para el político, sobre todo el revolucionario, la mejor manera de servir a aquellos que le escuchan es dirigiéndoles.¹²

Los artículos de Lenin en *Pravda* se dirigían no solo a las bases, sino también a los cuadros.

Nunca, en circunstancia alguna, deberá esta gran escuela descuidar la enseñanza del abecé, de las primeras letras del saber y de los rudimentos del pensamiento independiente. Pero si a alguien se le ocurriera dejar a un lado los problemas de la ciencia superior y se redujera al abecé, si alguien pretendiera contraponer los inseguros, dudosos y "estrechos" resultados de esta ciencia superior (accesibles a un círculo de personas mucho más reducido que el de quienes estudian los rudimentos) a los permanentes, profundos, amplios y sólidos resultados de la escuela elemental, daría con ello pruebas de una increíble miopía. Inclusive contribuiría de este modo a desvirtuar todo el sentido de esta gran escuela, ya que la ignorancia de los problemas de la ciencia superior no haría más que ayudar a los charlatanes, demagogos y reaccionarios a desorientar a quienes sólo han aprendido las primeras letras.¹³

Lenin prácticamente dirigía *Pravda*, y era él quien daba forma de

manera decisiva a la línea editorial principal. Cada día enviaba artículos, críticas de otros artículos, propuestas, correcciones, etc. Para dirigir mejor el periódico, en junio de 1912 se trasladó de París a Cracovia, en la Galicia polaca, que estaba a solo 24 horas de San Petersburgo con el tren exprés.

A parte de *Pravda*, Lenin utilizaba también otros periódicos para servir a los cuadros. Por ejemplo, estaba *Prosveshchenie* (La Ilustración), una revista literaria y sociopolítica que se publicó en San Petersburgo de diciembre de 1911 a junio de 1914. Lenin era el principal contribuyente, y la sección de arte y literatura iba a cargo de Maksim Gorki. Su tirada llegó a los 5.000 ejemplares.

El partido contaba con otra revista teórica pensada para los cuadros del partido, *Sotsial-demokrat*, que, al ser ilegal, podía tratar más abiertamente que la prensa legal ciertos asuntos. Entre febrero de 1908 y enero de 1917 se publicaron 58 números, cinco de ellos con suplementos. En esta revista se publicaron más de 80 artículos de Lenin. En 1912-13, *Sotsial-demokrat* solo apareció entre largos intervalos de tiempo: en dos años salieron solo seis números. Lenin se encontró con muchas dificultades para entrar la revista en Rusia. En una carta de 1913, dice: «Es casi imposible establecer un medio de transporte adecuado a Rusia. La experiencia de 1910 y 1911 muestra que las publicaciones que se habían entrado se amontonaban en almacenes y no había direcciones ni puntos de encuentro para distribuir las». ¹⁴ Esto no es para nada sorprendente, si tenemos en cuenta que la persona encargada de la distribución del material que entraba en Rusia hasta 1912 era Brendinski, un agente de la *ojrana*.

Sin embargo, la *ojrana* cometió el error de infravalorar la importancia de la prensa bolchevique publicada en el extranjero. El informe de uno de sus agentes, en junio de 1914, decía:

A pesar de la energía y los recursos que se dedican a su transporte no ha dado resultados positivos: el material está colmado por completo de teóricos exiliados, y cuando llega a Rusia, con un retraso considerable, ha perdido todo el interés, no es inteligible para las clases bajas semianalfabetas y no tiene capacidad para suscitar sentimientos sociales. ¹⁵

Al contrario, el *Sotsial-demokrat*, como el *Proletari* antes que él, desempeñaban un papel clave en la dirección de los cuadros más im-

portantes del partido bolchevique. Los periódicos eran el medio principal de transmisión de las ideas de Lenin (y de unos cuantos exiliados cercanos a él) a sus estrechos colaboradores en Rusia.

Los bolcheviques tenían también una editorial que les publicaba libros y panfletos. Una de las publicaciones más populares fue un calendario de bolsillo de 1914, el *Spútnik Rabóchiego* (El manual de los trabajadores), que contenía información esencial sobre legislación laboral rusa, el movimiento obrero ruso e internacional, sobre partidos políticos, asociaciones y sindicatos, la prensa, etc. El Manual de los trabajadores fue confiscado por la policía, aunque en realidad se agotó en un solo día, antes de que le pudieran poner las manos encima. Cuando Lenin recibió una copia, escribió a Inessa Armand que ya se habían vendido 5.000 ejemplares. ¹⁶ En febrero de 1914 se publicó una segunda edición, con supresiones y enmiendas pensadas para superar la censura; se vendieron en total 20.000 ejemplares.

Lenin insistía en el hecho de que todas las publicaciones políticas debían estar subordinadas por completo a las instituciones del partido:

En contraposición a los hábitos burgueses, a la prensa burguesa comercializada, mercantilista, al profesionalismo y al individualismo literario burgués, al “anarquismo aristocrático” y a la carrera tras el lucro, el proletariado socialista debe afirmar, realizar y desarrollar en la forma más amplia y completa posible el principio de las *publicaciones de partido*.

¿En qué consiste este principio de las publicaciones de partido? No sólo en que para el proletariado socialista el quehacer de redacción no es un medio de enriquecimiento para personas o grupos; en general no puede ser una labor individual, independiente de la causa del proletariado. ¡Abajo los escritores apartidistas! ¡Abajo los superhombres de la literatura! La labor de redacción debe ser *parte* de la causa común del proletariado, debe ser “la rueda y el tornillo” de un único y grandioso mecanismo socialdemócrata, puesto en movimiento por el conjunto de la vanguardia políticamente consciente de toda la clase obrera. La labor de redacción debe transformarse en parte integrante del trabajo organizado, planificado y cohesionado del Partido socialdemócrata. Las editoriales y distribuidoras, las librerías y salas de lectura, las bibliotecas y otros establecimientos similares, todo esto debe ser controlado por el partido.

[...] Queremos crear, y crearemos, una prensa libre, no sólo de la policía, sino también del yugo del capital, exenta de profesionalismo; más aún, liberada del individualismo anárquico burgués.¹⁷

Más o menos un año más tarde, Lenin añadiría los siguientes comentarios, con respecto a los socialdemócratas y la prensa burguesa:

¿Es admisible que un socialdemócrata colabore en periódicos burgueses?

No, ciertamente. [...]

¿Tenemos derecho a apartarnos de tales reglas aquí en Rusia?

Se nos dirá que no hay regla sin excepción. Esto es indiscutible. Sería un error condenar un camarada que, viviendo en el destierro, escriba en cualquier periódico. *A veces*, resulta difícil condenar a un socialdemócrata que, para ganarse la vida, trabaja en cualquier sección poco importante de un periódico burgués. Se puede justificar la publicación de una refutación apremiante y formal, etc.¹⁸

Pravda como organizador

El periódico servía de organizador no solo porque lo leían, contribuían en él y lo vendían miles de trabajadores, sino también porque animaba a formar grupos de trabajadores que recolectaban dinero para su publicación. Tanto el periódico bolchevique como el menchevique, *Luch*, publicaban informes regulares sobre las colectas y las donaciones. En el *Pravda* del 12 de julio de 1912, Lenin escribía:

Desde el punto de vista de la iniciativa y energía de los *propios* obreros, son mucho más importantes 100 rublos recogidos, supongamos, por 30 grupos de obreros, que 1.000 rublos reunidos entre algunas decenas de "simpatizantes". Un periódico fundado en las *monedas de cinco kopeks* recaudadas por pequeños grupos de obreros fabriles es muchísimo más sólido, estable y *serio* (tanto financieramente como —lo que es más importante de todo— desde el punto de vista del desarrollo de la democracia obrera) que un periódico fundado en decenas y cientos de rublos aportados por intelectuales simpatizantes.¹⁹

Un par de días más tarde, añadía:

Hay que crear el hábito de que *cada* obrero entregue *cada* día de pago *un kopek* para el periódico obrero. Que las suscripciones se hagan como siempre y que quienes puedan contribuir más, que lo hagan, como tenían por costumbre. Pero además es muy importante establecer y difundir el hábito de «*un kopek para el periódico obrero*».

La importancia de estas recaudaciones dependerá ante todo de que sean realizadas regularmente cada día de pago, sin interrupción, y de que un número cada vez mayor de obreros participe en estas recaudaciones regulares. Las informaciones que se diesen en el periódico podrían ser muy sencillas: «*tantos kopeks*», es decir, tantos obreros de determinada fábrica han cotizado para el periódico obrero; y luego, si existen contribuciones mayores, se podría agregar: «*además, tantos obreros contribuyeron con tanto*».²⁰

En 1912, *Pravda* recibió contribuciones económicas de 620 grupos de trabajadores, mientras que el periódico menchevique las recibió de 89 grupos. Durante 1913, *Pravda* recibió 2.181 contribuciones, y los mencheviques, 661. En 1914, hasta el 13 de mayo, *Pravda* tenía el apoyo de 2.873 grupos de trabajadores, y los mencheviques de 671. Así, en 1913 los de *Pravda* organizaban el 77 por ciento de los grupos obreros rusos, y en 1914 el 81 por ciento.²¹ La formación de grupos para recolectar fondos para *Pravda* compensaba la falta de un partido legal. Lenin, muy acertadamente, llegaba a esta conclusión: «[...] cuatro quintas partes de los trabajadores han aceptado las decisiones de *Pravda* como si fueran las suyas propias, han aprobado el pravdismo, y de hecho se han agrupado a su alrededor».²²

El número total de grupos de trabajadores que hicieron donaciones a *Pravda*, de abril de 1912 al 13 de mayo de 1914, fue de 5.674 (por supuesto, algunos grupos hicieron varias colectas, pero no contamos con datos separados para cada una, de manera que la cifra real de grupos era considerablemente menor). La cantidad media que donaron los grupos, entre el 1 de enero al 13 de mayo de 1914, fue de 6,59 rublos, cosa que equivale al salario semanal medio de un trabajador de San Petersburgo.

Pravda dependía casi por completo del apoyo económico de los

trabajadores. De las donaciones al periódico entre las dos fechas antes mencionadas, el 87 por ciento provenía de las colectas de trabajadores, y el 13 por ciento de otras fuentes. (En el caso del periódico menchevique, las proporciones eran del 44 por ciento y el 56 por ciento, respectivamente).²³

El 14 de junio de 1914, Lenin escribía en *Trudovaya Pravda*: «5.674 grupos obreros reunidos por los pravdistas en menos de dos años y medio son un número bastante considerable, si tenemos en cuenta las difíciles condiciones existentes en Rusia. Pero esto es sólo el comienzo. Necesitamos, no miles, sino decenas de miles de grupos obreros. Debemos intensificar diez veces nuestra actividad.»²⁴

Desgraciadamente, la guerra estalló pocas semanas más tarde, y *Pravda* nunca consiguió cumplir con los objetivos que se marcaba Lenin.

Capítulo 20

El Partido Bolchevique se convierte en un partido de masas

Los socialdemócratas de la generación de Plejánov podían contarse por unidades, y después por decenas. La segunda generación, a la que pertenecía Lenin (que tenía 14 años menos que Plejánov) entró en la actividad política a principios de la década de 1890, y en aquel momento ya eran cientos. La tercera generación, compuesta por personas unos diez años más jóvenes que Lenin (Trotski, Zinóviev, Kámenev, Stalin, etc.), que se unieron a la socialdemocracia en el cambio de siglo, ya se contaba por millares.

En diciembre de 1903 el Partido Obrero Socialdemócrata ruso de San Petersburgo solo tenía 360 miembros (bolcheviques y mencheviques). Durante el invierno de 1904, los miembros se redujeron considerablemente¹, y a principios de 1905 había menos de 300. Sin embargo, el estallido de la Revolución de 1905 dio un impulso al crecimiento del partido. En el Informe del tercer Congreso de 1905, el Comité de San Petersburgo afirmaba que contaban con un total de 737 miembros bolcheviques.² El *Iskra* menchevique decía, en abril de 1905, que su facción tenía entre 1.200 y 1.300 miembros en San Petersburgo³, de manera que los miembros totales del partido a mediados de 1905 en San Petersburgo eran unos 2.000. En enero de 1907, los bolcheviques contaban con 2.105 miembros, y los mencheviques con 2.156; cifra que suma un total de 4.261 miembros.⁴ En Moscú, las cifras del Partido socialdemócrata pasaron de 300 en noviembre de 1904 a 8.000 en septiembre de 1905: la cifra de miembros se multiplicó por veinticinco en menos de un año.⁵

Se dio un aumento de miembros similar por todo el país. Según la información de los informes presentados al segundo Congreso (1903), los miembros del partido no podían ser más de unos pocos miles, excluyendo el Bund.⁶ Sin embargo, para el cuarto Congreso, de abril de 1906, se estima que los miembros habían llegado a 13.000 (bolcheviques) y 18.000 (mencheviques).⁷ En 1907, los miembros totales del

partido ascendían a 150.000: los bolcheviques tenían 46.143; los mencheviques, 38.174; el Bund, 25.468; el partido polaco, 25.654; y el partido letón, 13.000.⁸

El partido se había convertido básicamente en un partido obrero, con muy pocos intelectuales: “[...] los jóvenes obreros rusos [...] constituyen ahora las nueve décimas partes de los marxistas organizados en Rusia», escribía Lenin en mayo de 1914.⁹ De los intelectuales, escribía en 1912:

[...] la *mayoría* de los representantes “cultos” e “intelectuales” de lo que se conoce con el nombre de sociedad [...] No todos, por cierto, practican la apostasía con una suerte tan excepcional como para convertirse en millonarios; pero nueve décimas partes, si no el noventa y nueve por ciento, practican precisamente esa apostasía, *empiezan* como estudiantes radicales y *terminan* por obtener «cualquier puesto cómodo» o por dedicarse a cualquier negocio fraudulento.¹⁰

A finales de marzo de 1913, Lenin escribía a L. B. Kámenev: «Toda la “intelectualidad” está con los liquidadores. La masa obrera está con nosotros, pero los obreros crean *su* intelectualidad muy difícilmente. Lenta y difícilmente».¹¹ Y el 20 de diciembre de 1913, en una carta a Voitinski: «los intelectuales se han largado (y hasta la vista a esos sinvergüenzas) y los trabajadores han encontrado su propia posición contra los liquidadores».¹²

Cuando Badáiev describía el trabajo del Comité del partido de San Petersburgo, se refería una y otra vez a la ausencia de intelectuales en el partido. «Los folletos tienen una gran importancia y el comité ha dedicado un gran esfuerzo a la mejora de sus medios de impresión y distribución. El comité está formado enteramente por trabajadores, y nosotros mismos escribimos los folletos y tenemos dificultades para encontrar intelectuales que ayuden a corregirlos».¹³ S. V. Malishev, que fue el secretario de *Pravda* en 1914 (hasta que fue arrestado), señalaba que les era muy difícil:

[...] saber cómo organizar y administrar un periódico obrero. Nunca habíamos podido ir a la escuela. Todos nosotros éramos bolcheviques semianalfabetos: todos posponíamos el estudio hasta que nos encarcelaban, cosa que sucedía a menudo. Allí, día tras día, practicábamos las declinaciones, los verbos, las oraciones

subordinadas y los participios. Cuando nos dejaban en libertad, nos sentábamos en el escritorio de secretario o de editor y trabajábamos según las órdenes del partido.¹⁴

La composición de clase del Partido Bolchevique se correspondía con su programa de clase. Fuera del partido, las rupturas, las uniones, y todavía más rupturas estaban a la orden del día, pero los bolcheviques, que tenían profundas raíces en las masas, durante los años 1912-14 no sufrieron ninguna ruptura, ninguna expulsión individual siquiera. La poderosa fuerza de las masas mantenía unido el Partido Bolchevique.

Los grupos que no están bien arraigados en las masas están condenados, en la práctica, a titubear. Como señalaría Lenin:

En lugar de una línea firme y clara, que atrae a los obreros y es confirmada por la experiencia viva, en esos grupos reina una *diplomacia estrecha*. La falta de vínculos con las masas, la falta de raíces históricas en las tendencias de masa de la socialdemocracia rusa [...], la falta de una línea consecuente, integral, clara y absolutamente definida, comprobada por la experiencia de muchos años, es decir, la falta de respuesta a los problemas de táctica, de organización y de programa: ese es el terreno en el que florece la diplomacia estrecha y esos son sus síntomas.¹⁵

En otro momento diría lo mismo: «[...] en política en general y en el movimiento obrero en particular sólo pueden ser tomadas en serio las tendencias que tienen influencia en las masas»;¹⁶ «[...] la política sin las masas es una política aventurera».¹⁷

Aunque la Revolución de 1905 dio un gran impulso al crecimiento del partido, durante el período de reacción éste quedó casi desintegrado. No hay cifras fiables para esa época, pero en 1910 el número total de miembros, probablemente, no era mayor que el de antes de la revolución. Sin embargo, dado que el período entre el final de la primera revolución y el auge de la nueva lucha revolucionaria fue relativamente corto —de unos cuatro o cinco años— muchos trabajadores que habían dejado el partido durante la reacción se unieron de nuevo a él más tarde.

Los bolcheviques recogían, entonces, los frutos de su trabajo clandestino. Los pocos que habían resistido entonces, ahora reclutaban a miles de personas. De hecho, la historia demostró que era más fácil pasar de un millar a diez mil miembros que de diez miembros —los que había

a principios de la década de 1890— a mil. Lenin y sus compañeros fueron capaces de hacer incursiones dentro de las masas y de utilizar las oportunidades legales de que disponían sin sacrificar en ningún momento su intransigencia política y sus principios revolucionarios inflexibles.

La “inestabilidad” y la estabilidad del bolchevismo

La historia del bolchevismo nos brinda muestras de inestabilidad y discontinuidad, que eran, en gran parte, una consecuencia inevitable de las condiciones ilegales en las cuales funcionaba el partido.

Un activista bolchevique veterano estimaba que, a causa de la intervención policial, la vida media de un grupo socialdemócrata, a principios de siglo, era de solo tres meses.¹⁸ Un informe de 1903, de Tver, una pequeña ciudad en el trayecto del ferrocarril que iba de Moscú a San Petersburgo, y un centro importante de la socialdemocracia rusa, afirmaba que en los círculos de trabajadores había un reemplazo muy rápido de miembros: «muchos de ellos venían regularmente, pero otros, después de venir una vez o dos, dejaban el círculo».¹⁹ En el mismo sentido, Lenin escribió, en noviembre de 1908, que «es probable que el “promedio de vida” de la mayoría de los revolucionarios del primer período de nuestra revolución [1905–T. Cliff] no pase de unos cuantos meses».²⁰

Los cuerpos superiores del partido tampoco eran demasiado estables. De hecho, los miembros del Comité Central y sus agentes estaban todavía más expuestos a la persecución policial. Muy pocos de ellos permanecieron libres durante mucho tiempo tras regresar a Rusia. De los bolcheviques de primer orden, Dubrovinski, Goldenberg, Tomski, Breslav, Shvartsman, Serebriákov, Zalutski, Stalin y Svérdlov fueron todos arrestados antes de que hubieran transcurrido tres meses después de su regreso a Rusia. Ordzhonikidze, Inessa Armand, Golótchekin, Kámenev, Piátnitski y Spandarian fueron arrestados antes de un año. Solo cuatro se libraron del arresto: Belostotksi, Zevin, Malinovski e Iskraiánnistov, y los dos últimos eran agentes de policía. Solo quince de ellos permanecieron en libertad dentro de Rusia durante un año o más: Rikov, Kostrov, Belostotski, Zevin, Golótchekin, Spandarian*, Lobova, Shvartsman, Rozmirovich, y los seis di-

* Dado que el período en que estuvo libre fue exactamente de un año, lo he incluido en ambas listas.

putados de la Duma. Este estado de cosas no debe sorprendernos: como ya hemos señalado, no hubo ninguna conferencia bolchevique en que no estuviera presente al menos un agente de la policía.²¹

Los comités del partido eran muy inestables. Así, se tardó años en construir el Buró ruso del Comité Central —se consiguió, finalmente, a principios de 1912.²² San Petersburgo no tuvo un comité hasta noviembre de 1912.²³ En el verano de 1912 se había constituido un comité en Moscú, pero durante la primavera de 1913 se había venido abajo.²⁴ En la primavera de 1914, Krúpenskaya se quejaba de que la organización del partido estaba prácticamente en ruinas.²⁵ En julio de 1914, tres de los miembros del Comité del partido de San Petersburgo eran agentes de policía.²⁶ Entre enero y julio de 1914, el comité fue mermado por detenciones no menos de cinco veces. Como hemos visto, los comités del partido no eran homogéneos; con frecuencia titubeaban y a menudo entraban en conflicto con Lenin.

El liderazgo de máximo nivel del partido sufrió también cambios importantes. En los años 1896-1900, los aliados de Lenin eran Márto y Potrétsov. Entre 1900 y 1903, Plejánov, Axelrod y Zasúlich compartían el liderazgo. Durante la ruptura de 1903-04, Lenin se quedó solo. En 1904 se le unieron Bogdánov, Lunacharski y Krasin. Estos tres rompieron con él y finalmente dejaron el partido (Krasin en 1907, y los otros en 1909). Entonces el liderazgo se componía de Lenin, Zinóviev y Kámenev. Durante los acontecimientos de 1917, los dos últimos se opusieron a la insurrección de octubre y rompieron con Lenin.

¿Por qué había este recambio tan rápido entre los líderes? El mismo proceso de elegir a personas para dirigir el partido tenía riesgos inherentes: los que llegan arriba del todo sienten una inclinación natural por dar forma a sus métodos de trabajo, su pensamiento y su comportamiento para adaptarse a las necesidades inmediatas y específicas del momento. El movimiento revolucionario ruso cambió de rumbo muchas veces como resultado de la lucha de clases, y un líder que en una etapa se había adaptado a las necesidades inmediatas del momento podía quedarse rezagado en la etapa siguiente. Bogdánov, Lunacharski y Krasin, por ejemplo, se adaptaron al período de agitación revolucionaria creciente de 1905, pero no pudieron amoldarse al lento avance posterior. Zinóviev y Kámenev aprendieron por amargas experiencias que era un error exagerar las posibilidades revolucionarias inmediatas, que durante el período de reacción uno debía emprender el trabajo lento y sistemático de organización y agitación, y dedicarse a pequeñas

tareas —la actividad en la Duma, la campaña del seguro social, etc. Cuando llegaron los acontecimientos turbulentos de 1917, Zinóviev y Kámenev no estuvieron a la altura.

Los miembros de los comités no tenían que tomar decisiones políticas clave, pero los líderes sí: de ahí que cuanto más elevada era la posición que tenía en el partido, más probable era que el líder se adaptase a las circunstancias inmediatas, y más conservador se volvía. Repitiendo la observación de Herbert Spencer: todos los organismos son conservadores de manera directamente proporcional a su perfección. Esto se aplica también a las organizaciones políticas: la virtud puede convertirse en vicio. Lenin era único entre los líderes por su capacidad de adaptarse, al mismo tiempo que perseguía implacable y continuamente el mismo objetivo: el poder de los trabajadores.

El hecho de que, a pesar de todos estos factores que promovían la inestabilidad, el partido sobreviviera con tanta fuerza, se debe a su arraigo profundo en la clase, al hecho de ser realmente un partido de trabajadores masivo. Por supuesto, todas las cifras son relativas. Un censo del Partido Bolchevique, en 1922, que analizaba 22 *gubernias* y *oblasts**, mostraba que 1.085 miembros se habían unido al partido antes de 1905.²⁷ Una estimación aproximada da una cifra del doble para las áreas que quedaron fuera del censo. Asumiendo que un gran número de miembros del partido murieron durante la revolución y la guerra civil, vemos una continuidad considerable de miembros entre 1905 y 1922. Estos eran los cuadros que daban estabilidad al partido. Para un partido que trabaja en condiciones ilegales, en un país donde el proletariado industrial solo alcanza la cifra de 2,5 millones, el hecho de que una organización con varios miles de cuadros sobreviviera muchos años es una hazaña no poco importante.

San Petersburgo, la vanguardia

San Petersburgo desempeñó un papel dominante en el desarrollo del Partido Bolchevique y del proletariado en los años 1912-14, cosa que ofrecía un anticipo de los acontecimientos de 1917.

* Término que, en la Rusia imperial, designaba algunas partes del territorio dentro de las gubernias. En la Unión Soviética dejó de utilizarse el término "gubernia" y los oblasts pasaron a ser unidades administrativas compuestas de distritos. (N. de la T.)

Sin embargo, no tuvo la misma importancia en 1905. Durante la Revolución de 1905, en San Petersburgo los mencheviques eran más fuertes que los bolcheviques, mientras que las posiciones relativas, en Moscú, se invertían. Ni siquiera en los años inmediatamente después de la revolución, les fue muy bien a los bolcheviques en San Petersburgo. Esto era especialmente cierto en el distrito de Viborg, en la parte noroeste de la ciudad, el centro industrial de la ingeniería más moderna. En 1907, Lenin se refería al «distrito de Viborg, baluarte de los mencheviques»²⁸. En la elección del Comité de San Petersburgo, el 25 de marzo de 1907, los mencheviques obtuvieron 267 votos en Viborg, y los bolcheviques solo 155. En el distrito de Nevá, donde estaba la fábrica Pútilov, los mencheviques lograron 231 votos y los bolcheviques 202. En Okruzhov, sin embargo, los bolcheviques obtuvieron 300 votos y los mencheviques, 50.²⁹

Una dificultad añadida para los bolcheviques en San Petersburgo, durante los años 1905-07, fue el desafío que suponía la influencia de los social-revolucionarios, herederos de los *naródniks*, entre los trabajadores industriales. En las elecciones de la segunda Duma en San Petersburgo, en 1907, se eligieron como representantes a 17 socialdemócratas (más un simpatizante socialdemócrata) y a 14 social-revolucionarios. Los social-revolucionarios tuvieron mucho éxito en las grandes fábricas —nueve de sus representantes obreros salieron de dos fábricas gigantes (la Semiánnikov y la Óbujov). Si consideramos las cuatro fábricas más grandes, tenemos el panorama siguiente: en total se eligieron 14 representantes, de los cuales 11 eran social-revolucionarios y tres socialdemócratas. En las fábricas pequeñas, salieron elegidos 15 socialdemócratas y tres social-revolucionarios. El mayor apoyo de los bolcheviques estaba en las fábricas de tamaño medio, con entre 50 y 100 trabajadores.

La razón por la que los social-revolucionarios tenían tan buenos resultados en las grandes fábricas era que la clase trabajadora en general era muy inmadura, y en particular la de las grandes fábricas, que tenía una alta proporción de trabajadores no cualificados llegados recientemente desde las aldeas.

Durante los años de la reacción, los cuadros del Partido social-revolucionario fueron incluso más víctimas que los mencheviques de las enfermedades típicas de los intelectuales: inestabilidad, pesimismo, faccionalismo, liquidacionismo, etc. y el partido casi dejó de existir en San Petersburgo. Los mencheviques sufrieron un destino parecido.

Mientras tanto, los trabajadores de San Petersburgo maduraban

con las vicisitudes de la lucha. «Aquél que ha recibido latigazos vale por dos que no los hayan recibido», dice un proverbio campesino que Lenin citaba a menudo. Los años de la revolución y la reacción desarrollaron la conciencia de la sección avanzada de la clase trabajadora, cuya vanguardia estaba en San Petersburgo. El historial de huelgas de San Petersburgo era muy superior al de Moscú, a pesar de que en la primera ciudad había la mitad de trabajadores industriales que en la segunda. El número de huelguistas en San Petersburgo, en 1905, fue de 1.033.000, mientras que en Moscú fue de 540.000.³⁰ En San Petersburgo, los salarios eran casi el doble de altos que en Moscú, y el distrito a la cabeza era Viborg, un nombre que está destinado a reaparecer muchas veces.

Los bolcheviques, que trabajaron incesantemente en la clandestinidad durante los años de reacción, fueron ganando importancia gradualmente en la clase trabajadora. De 1912 en adelante, estaban en una posición bastante avanzada como líderes de los trabajadores de San Petersburgo. En el número del 2 de julio de 1914 de *Trudovaya Pravda*, Lenin podía escribir:

Durante los últimos años Petersburgo ha estado a la cabeza del movimiento obrero. Mientras el proletariado de algunos (ahora ya no muchos) lugares de provincias no ha podido aún despertar del letargo de 1907-1911, y en otras partes recién ha emprendido los primeros pasos para ponerse a la altura del proletariado de Petersburgo [...], éste ha reaccionado ante todos los acontecimientos que tienen relación con el movimiento obrero. El proletariado de Petersburgo figura en el primer puesto [...].³¹

El ascenso del bolchevismo en San Petersburgo reflejaba y al mismo tiempo alentaba el crecimiento de la lucha de clases.

La experiencia de los meses de la Revolución de 1905 había dejado una profunda impresión en el corazón y el cerebro de muchos. Esto era especialmente cierto para los miembros del partido, incluso aquellos que lo dejaron durante el período de reacción y tardaron un tiempo en salir de su estado de letargo y alzarse de nuevo. Miles de ex-miembros del partido no solo conservaban los recuerdos de aquella época intoxicante de la revolución, sino también las publicaciones, los panfletos y los periódicos de aquel momento. En los años 1912-14, con la nueva lucha revolucionaria, miles de ellos se unieron de nuevo al partido. Y mientras que, en 1905 y 1906, los mencheviques aventajaban a los bol-

cheviques, en 1907 hubo un pequeño desplazamiento a favor de los bolcheviques, que consiguieron atraer hacia sí a los trabajadores organizados, especialmente en San Petersburgo.

Las cifras que citábamos en el último capítulo, sobre el número de grupos de trabajadores que hacían donaciones a *Pravda*, y el número de cartas e informes que se enviaban al periódico, demuestran claramente que en los años 1912-14 los bolcheviques se convirtieron en un partido revolucionario de masas (en el contexto del tamaño de la clase trabajadora industrial). En agosto de 1913 Lenin estimaba que el partido tenía entre 30.000 y 50.000 miembros.³² Sin embargo, esto era probablemente una exageración.

Sin embargo, Lenin tenía motivos para decir: «El partido *está* allí donde están la mayoría de los obreros con conciencia de clase, marxistas, que participan de forma activa en la vida política».³³ «Por primera vez se ha establecido sólidamente una verdadera base proletaria para un verdadero partido marxista».³⁴ «La única fuente de poder del movimiento obrero —pero invencible sin embargo— es la *conciencia de clase* de los obreros y la amplitud de su lucha, es decir, la participación en ella de *masas* de trabajadores asalariados».³⁵

El director del departamento de policía confirmaba la evaluación hecha por Lenin de la fuerza del bolchevismo en 1913:

Durante los últimos diez años [...] el elemento más enérgico, más intrépido, capaz de luchar sin tregua, con persistencia y continua organización, es el formado por las organizaciones y las personas que se concentran en torno a Lenin [...]. El corazón y el alma permanentes de la organización del Partido y de sus empresas importantes están en Lenin [...]. La facción de los leninistas es siempre la mejor organizada de todas, la más fuerte en su simplicidad de propósito, la que tiene más recursos para propagar sus ideas entre los trabajadores [...]. Cuando, en estos dos últimos años, el movimiento obrero comenzó a hacerse más fuerte, Lenin y sus adeptos se acercaron a los trabajadores más que los otros, y fue él quien lanzó antes que nadie consignas puramente revolucionarias [...]. Los círculos bolcheviques, sus núcleos y organizaciones, están hoy diseminados por todas las ciudades. Se han establecido contactos y correspondencia permanentes con casi todos los centros fabriles. El Comité Central funciona casi regularmente, y está por entero en manos de Lenin [...]. En vista de ello, nada tiene

de sorprendente el hecho de que actualmente se esté agrupando todo el Partido clandestino alrededor de las organizaciones bolcheviques, [...] y de que éstas últimas constituyan en realidad el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.³⁶

Mientras Lenin manifestaba su optimismo y su confianza en el arraigo masivo del bolchevismo, Mártoov se lamentaba de la debilidad organizativa del menchevismo. Así, en septiembre de 1913, cuando recibió la noticia de la victoria bolchevique en las elecciones del Sindicato de los trabajadores metalúrgicos, Mártoov escribió a Potréssov:

Estoy desalentado por esta historia del Sindicato de los trabajadores metalúrgicos, que expone todavía más de lo acostumbrado nuestra debilidad. Es muy probable que durante los meses siguientes nuestras posiciones en Petersburgo se reduzcan todavía más. Pero esto no es lo peor. Lo peor es que desde el punto de vista organizativo, el menchevismo [...] sigue siendo un pequeño círculo endeble.³⁷

Más de la mitad de las copias de *Pravda* se vendían en San Petersburgo. En las colectas para el periódico entre el 1 de enero y el 13 de mayo de 1914, San Petersburgo dio 13.943,24 rublos, recolectados por 2.024 grupos de trabajadores, de un total de 18.934,10 rublos recolectados por 2.873 grupos. Así, un 70 por ciento de los grupos de trabajadores y un 74 por ciento del dinero recolectado provenían de San Petersburgo.³⁸ De todos los grupos que recolectaban donaciones para los periódicos obreros en San Petersburgo, un 86 de ellos las ofrecían a *Pravda*, mientras que solo un 14 por ciento daba sus colectas al periódico menchevique. En las provincias, sin embargo, un 32 por ciento de los grupos de trabajadores apoyaba a los mencheviques.³⁹

La organización del partido bolchevique en San Petersburgo era increíblemente fuerte en los años 1912-14. En diciembre de 1911, una carta publicada en *Rabóchaya Gazieta* (un periódico popular que editaba Lenin y se publicaba en París) afirmaba que se habían establecido vínculos entre las varias células del partido, y que se había formado un Comité de San Petersburgo. Este comité tenía conexiones con los siguientes distritos de la ciudad: Narvski, Viborski, Petersburgski, Gorodskói y Vasileostrovski. De éstos, el que contaba con una organización

mejor era el de Vasileostrovski, ya que habían constituido tanto comités de barrio como de sub-barrio.⁴⁰

A finales de enero de 1913 la dirección del Comité de Petersburgo se reunió, y aprobó el plan siguiente para la estructura de la organización de la ciudad: un Comité de Petersburgo amplio y democrático, elegido cuando fuera posible; que los miembros designados no fueran más de una tercera parte de los miembros totales, y una dirección cerrada y conspirativa de tres miembros. Ésta última, principalmente, sería designada, en interés de la seguridad y la continuidad de la actividad, y las designaciones tendrían que ser ratificadas por el Comité de San Petersburgo. El comité adquirió todavía más influencia. Organizaciones de trabajadores de todo tipo lo consideraban la única organización local del POSDR con autoridad.⁴¹

A finales de 1913, la organización se había afianzado más. Todos los barrios tenían un grupo, y en los comités había representantes de muchos de los barrios. Por aquel entonces el Comité de Petersburgo hacía reuniones regulares cada dos o tres semanas, y su dirección era muy activa. Ésta se componía de tres miembros y dos candidatos; tres de ellos eran trabajadores, y dos, intelectuales. Se encontraban dos veces por semana y discutían la situación actual y la respuesta que debía dar el partido. La dirección también mantenía contacto con el Comité Central en el extranjero y les informaba de todas las actividades en la ciudad.

En septiembre de 1913, Badáiev informaba a la Conferencia bolchevique de Poronin sobre la organización bolchevique de San Petersburgo y el trabajo que llevaba a cabo. Su informe ofrece una descripción clara de la situación presente por entonces, que obviamente se consideraba muy satisfactoria:

Toda la actividad en el distrito de San Petersburgo es controlada, ahora, por el Comité de San Petersburgo, que lleva funcionando desde el pasado otoño. El comité tiene contacto con todas las fábricas y está informado de todo lo que acontece en ellas. El distrito se organiza de esta forma: en la fábrica, los miembros del partido forman núcleos en los diversos talleres y los delegados de los núcleos forman un comité de fábrica (en las fábricas pequeñas, los miembros mismos son el comité). Cada comité de fábrica, o cada núcleo de los talleres en las fábricas grandes, designa un recolector, que los días de paga recoge las cuotas y otros fondos, se encarga de las suscripciones a

los periódicos, etc. También se designa a un controlador para que visite las instituciones adonde van a parar los fondos, para asegurarse de que han recibido la cantidad correcta y recolectar los fondos. Con este sistema se evitan abusos en el manejo del dinero. Cada comité de distrito elige, por votación secreta, una comisión ejecutiva de tres miembros, poniendo mucho cuidado en el hecho de que el comité, en su conjunto, no sepa quiénes son los integrantes de la comisión ejecutiva.

Las comisiones ejecutivas de distrito envían delegados al Comité de San Petersburgo, y de nuevo intentan que los nombres no sean conocidos por todo el comité de distrito. El Comité de San Petersburgo también elige una comisión ejecutiva de tres miembros. Algunas veces, por razones de confidencialidad, se consideró inoportuno elegir a los representantes de la comisión de distrito, de manera que fueron designados por la dirección del Comité de San Petersburgo.

Gracias a este sistema, era más difícil para la policía descubrir quiénes eran los miembros del Comité de San Petersburgo, que, de esta manera, podía llevar a cabo su trabajo, guiar las actividades de las organizaciones, declarar huelgas políticas, etc.⁴²

El elemento que cohesionaba toda la estructura organizativa del partido en San Petersburgo y también a nivel nacional era el grupo de diputados de la Duma. El hecho de que el líder de este grupo fuera un agente de la policía —Malinovski— y de que los demás fueran arrestados poco después de que estallara la guerra hizo que toda la estructura se desmoronara. Pero esto es una historia posterior.

Fuera de San Petersburgo, ciertamente, la organización del partido era muy endeble, incluso en 1914. Así, Krúpskaya escribía a Elena Stasova el 21 de febrero de 1914:

La organización ilegal está hecha trizas. No hay centros regionales sólidos. Las organizaciones locales están aisladas unas de otras y en la mayoría de los casos, en las organizaciones solo hay trabajadores, [los revolucionarios profesionales] hace tiempo que han desaparecido. No hay reuniones secretas en ningún lugar, ni ninguna otra práctica conspirativa parecida.⁴³

En términos organizativos, los bolcheviques de San Petersburgo iban

muy por delante de sus camaradas de cualquier otro lugar. En muchas ciudades, los bolcheviques ni siquiera se organizaron separadamente de los mencheviques hasta después de la Revolución de febrero de 1917.

En los centros obreros, en Yekaterinburg, Perm, Tula, Nijni-Novgorod, Sormovo, Kolomna, Yusovka, los bolcheviques no se separaron de los mencheviques hasta fines de mayo. En Odesa, Nikoláiev, Yelisavetgrad, Poltava y otros centros de Ucrania, estábamos a mediados de junio, y los bolcheviques aún no contaban con organizaciones independientes. En Bakú, Zlatoust, Bezhetk, Kostroma, los bolcheviques no se separaron definitivamente de los mencheviques hasta fines de junio.⁴⁴

De hecho, 351 organizaciones del partido se unieron a organizaciones mixtas bolcheviques-mencheviques, y en muchos casos esa unión duró hasta una fecha tan tardía como septiembre de 1917.⁴⁵

Como veremos, en 1917, las organizaciones locales con frecuencia acusaban al Comité Central —y no sin motivos— de preocuparse solamente de Petersburgo.

El auge revolucionario en vísperas de la guerra

Ya hemos mencionado antes que el número de huelgas políticas en la primera mitad de 1914 era parecido al del año 1905. La manifestación del Primero de Mayo de 1914 fue mucho mayor que la de los años anteriores. En San Petersburgo, 250.000 trabajadores se declararon en huelga, y en Moscú, unos 50.000; también hubo huelgas en unas cuantas ciudades de provincia.

El 2 de mayo, el diputado ultrarreaccionario de la Duma Puriskévich había dicho: «Estamos presenciando escenas extraordinarias; estamos pasando por un período sorprendentemente similar al de 1904. Si no es que somos ciegos, seremos capaces de ver que, a pesar de ciertas diferencias, hay muchas cosas en común entre lo que está pasando ahora y lo que pasó en 1904. Debemos sacar las conclusiones necesarias.»⁴⁶

Los bolcheviques de San Petersburgo convocaron una huelga y una manifestación para el 7 de julio, que protestaban porque la policía había disparado contra unos trabajadores unos días antes.

En la mañana del 7 de julio, la ciudad parecía la que había sido durante 1905. Con muy pocas excepciones, las fábricas estaban cerradas, y unos 130.000 trabajadores siguieron la huelga. Los trabajadores salieron a la calle masivamente y las patrullas de policía fueron totalmente incapaces de controlarles; solo pudieron arreglárselas para evitar que la manifestación fuera hacia la avenida Nevski. Para evitar cualquier "escándalo" durante la visita del presidente francés, se concentraron numerosos efectivos policiales en esa zona, para evitar que los trabajadores llegaran al centro de la ciudad. El movimiento no se limitó a una simple manifestación. Se interrumpió el tráfico normal; se paró a los tranvías y se obligó a los pasajeros a bajar de ellos, y los controles fueron eliminados. Los trabajadores entraban en los vehículos y evitaban que se movieran. Más tarde, los hombres de una de las terminales de tranvías se unieron a los huelguistas [...]. Los trabajadores le habían perdido el miedo a la policía; y contra la brutalidad de ésta luchaban con vigor, y tuvieron lugar muchas peleas cuerpo a cuerpo. Aquella misma tarde, el gobernador de la ciudad y el ministro del interior se reunieron de urgencia para hablar de los acontecimientos del día, y decidieron aplicar medidas contundentes. La mañana siguiente, el gobernador de la ciudad publicó una proclama que advertía a la población de las consecuencias de aquellos desórdenes y reproducía, en efecto, la famosa orden que había dado Trépotov en 1905: «No escatiméis municiones».

A pesar de ello, no hubo señales de que el movimiento decayera, sino que continuó creciendo durante los días siguientes, hasta el 12 de julio. El número de huelguistas aumentó a 150.000, y el 9 de julio se podían ver barricadas por las calles de San Petersburgo, principalmente en el distrito de Viborg: vagones de tranvía, barriles, postes, etc. servían de material para construirlas. Todo el tráfico se interrumpió y en muchas áreas los trabajadores controlaban por completo las calles.⁴⁷

Por desgracia, el movimiento de julio de 1914 fue interrumpido por la declaración de guerra de Rusia, el 1 de agosto. El movimiento retrocedió, pero más tarde volvería a crecer. La guerra, con el tiempo, aceleraría, fortalecería y profundizaría el movimiento revolucionario.

Notas

Prólogo

- 1 S. Budgen, S. Kouvelakis y S. Žižek (ed.), *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad*, Madrid, Akal, 2010, p. 5.
- 2 Solamente en 1938 hubo 638.509 detenciones y 328.618 fusilamientos según J. ArchGetty y Oleg V. Naumov, *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*. Barcelona, Crítica, 2001. p. 474.
- 3 Sobre este punto ver: P. Broué, *El partido bolchevique*, Madrid, Ayuso, 1974 y I. Birchall, *Vladimir Lenin: Guía Anticapitalista*, En lucha, 2010.
- 4 D. Hallas, "Building the Revolutionary Party" en *International Socialism (1st series)*, n. 79, junio 1975, p. 17-22. Disponible en: <http://www.marxists.org/archive/hallas/works/1975/06/lenin1.htm>
- 5 Como comenta Ian Birchall en su extensa biografía sobre Cliff: I. Birchall, *Tony Cliff. A Marxist For His Time*. Londres, Bookmarks, 2011. p. 390-391.
- 6 En castellano hasta el presente solamente había estado publicado otro libro de Cliff: *Capitalismo de Estado en la URSS*, Barcelona, Ediciones En lucha, 2000.
- 7 I. Birchall: *op. cit.*, p. 396
- 8 Ver T. Cliff, *Trotskismo después de Trotski*, En lucha, 2010.
- 9 Cliff plasmó su teoría en el libro *Capitalismo de Estado en la URSS*
- 10 Ver: *El trotskismo después de Trotski y Marxismo y revolución en el "tercer mundo"*, disponibles en <http://www.marxists.org/espanol/cliff/index.htm> y publicados como folleto por Ediciones En lucha.
- 11 Además de las obras mencionadas Cliff escribió sobre muchos otros temas, entre ellos Palestina y Oriente Medio, el mayo del 68, la Revolución en Portugal de 1974-75 o el movimiento obrero en Gran Bretaña. Destaca también un libro sobre Rosa Luxemburg (disponible en castellano en <http://www.marxists.org/espanol/cliff/luxemburg/index.htm>) y una biografía de Trotski en 4 volúmenes. Sobre la extensa bibliografía de Cliff ver I. Birchall, *op. cit.*, p. 563-603 para una lista de artículos, folletos, documentos y libros (una parte se encuentra disponible en: <http://www.marxists.org/archive/cliff/index.htm>).
- 12 Ver D. Hallas, *op. cit.*
- 13 T. Cliff, *A world to win. Life of a revolutionary*, Londres, Bookmarks, 2000. p. 178.
- 14 I. Birchall, *op. cit.*, p. 396
- 15 A. Callinicos, "¿Leninismo en el s. XXI? Lenin, Weber y la política de la responsabilidad" en Budgen, S., Kouvelakis, S. y Žižek, S.: *op. cit.* p. 42.
- 16 Entrevista a I. Birchall, "Talkin' 'bout a revolutionary" en *International Socialism*, julio 2011. Disponible en <http://www.isj.org.uk/index.php4?id=747&issue=131>

1 Lenin se convierte en un marxista

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 5, p. 27-76.
- 2 I. Lalayants, "On my meetings with V I Lenin in the period 1893-1900", *Proletarskaya Revoliutsia*, n. 1 (84), 1929, p. 49.
- 3 A. Elizarova, "Memories of Alexander Ilyich Ulyanov", *Proletarskaya Revoliutsia*, n. 2 y 3, 1927, p. 287.
- 4 P. P. Pospelov, et al., *Vladimir Ilich Lenin: Biografía*, Moscú, 1963, p. 9.
- 5 E. Foss, "The first prison of V I Lenin", *Ogonek*, n. 11, 1926, p. 5.
- 6 V. Adoratski, "After 18 years (meeting Vladimir Ilyich)", *Proletarskaya Revoliutsia*, n. 3 (26), 1924, p. 94.
- 7 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 6, p. 190-191.
- 8 G M Krzhizhanovski, *O Vladimire Ilyiche*, Moscú, 1924, p. 13-14.
- 9 N Valentinov, *Vstrechi s Leninym*, Nueva York, 1953, p. 106.
- 10 L. Trotski, *The Young Lenin*, Nueva York, 1972, p. 192.
- 11 *Ibid.*, p. 131.
- 12 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 41, p. 478.
- 13 *Ibid.*, vol. 43, p. 430.
- 14 I. Deutscher, *Lenin's Childhood*, Londres, 1970, p. 52-53.
- 15 F. Venturi, *Roots of Revolution*, Londres, 1960, p. 34-35.
- 16 *Ibid.*, p. 129.
- 17 *Ibid.*, p. 136.
- 18 *Ibid.*, p. 159.
- 19 *Ibid.*, p. 505.
- 20 *Ibid.*, p. 503.
- 21 G. V. Plejánov, *Selected Philosophical Works*, vol. 1, Moscú, 1961, p. 182.
- 22 B. A. Chagin, *Proniknovenie Idei Marksizma v Rossiiu*, Leningrad, 1948, p. 10.
- 23 A. Walicki, *The Controversy over Capitalism*, Londres, 1969, p. 63.
- 24 *Manifesto of the Communist Party*, en K. Marx y F. Engels, *Selected Works*, vol. 1, Londres, 1950, p. 36-37.
- 25 *Perepiska K Marksa i F Engelsa s Russkimi Politicheskimi Deiateliami*, Moscú, 1947, p. 341.
- 26 Walicki, *op. cit.*, p. 26.
- 27 Citado por Plejánov, *Selected Philosophical Works*, vol. 1, p. 439.
- 28 Trotski, *op. cit.*, p. 52-53.
- 29 V. Korolenko, *Die Geschichte meines Zeitgenossen*, vol. 1, Berlín, 1919, p. 47-48.
- 30 N. K. Karatáiev, *Narodnicheskaja Ekonomicheskaja Literatura*, Moscú, 1958, p. 631.
- 31 V. Ivanov-Razumnik, *Istoriia Russkoi Obschestvennoi Mysl*, vol. 2, San Petersburgo, 1908, p. 335.
- 32 S. H. Baron, *Plejánov*, Londres, 1963, p. 44.
- 33 Venturi, *op. cit.*, p. 511.
- 34 *Ibid.*, p. 481.
- 35 *Ibid.*, p. 516.

- 36 M. N. Pokrovski, *Brief History of Russia*, vol. 1, Londres, 1933, p. 220.
- 37 G. V. Plejánov, *Sochineniia*, vol. 1, Moscú, 1923, p. 67 y siguientes.
- 38 Plejánov, *Selected Philosophical Works*, p. 844.
- 39 Plejánov, *Our differences*, *Ibid.*, p. 384.
- 40 Pokrovski, *Brief History of Russia*, *op. cit.*, p. 230.
- 41 Plejánov, *Selected Philosophical Works*, *op. cit.*, p. 451.
- 42 *Ibid.*, p. 224.
- 43 *Ibid.*, p. 266.
- 44 *Ibid.*, p. 120.
- 45 *Ibid.*, p. 452.
- 46 *Ibid.*, p. 138.
- 47 *Ibid.*, p. 390.
- 48 *Ibid.*, p. 391-392.
- 49 *Ibid.*, p. 392.
- 50 *Ibid.*, p. 402-403.
- 51 Trotski, *Young Lenin*, *op. cit.*, p. 189-190.
- 52 Baron, *op. cit.*, p. 126.
- 53 L. Márto, *Razvitie Krupnoi Promyshlenosti i Rabochee Dvizhenie v Rossii*, Petersburg-Moscú, 1923, p. 19.
- 54 M. Gordon, *Workers Before and After Lenin*, New York 1941, p. 16.
- 55 Lenin, V.: *Obras completas*, vol. 22, p. 70.
- 56 Ver N. K. Krúpskaya, *Mi vida con Lenin*, Mandrágora, 1976, p. 9.
- 57 E. Lampert, *Sons against Father*, Oxford, 1965, p. 173.
- 58 Geyer, *Lenin in der russischen Sozialdemokratie*, Cologne-Graz, 1962, p. 7-8.
- 59 Baron, *op. cit.*, p. 144.
- 60 Plejánov, *Izbranníe Filosofskie Proizvedeniia*, vol. 4, Moscú, 1956, p. 113-114.
- 61 *Ibid.*, vol. 1, p. 392.
- 62 *Ibid.*, vol. 4, p. 86.
- 63 A. Gramsci, *Prison Notebooks*, London 1971, p. 387.
- 64 Ver Plekhanov, *Selected Philosophical Works*, *op. cit.*, p. 789.
- 65 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 1, p. 370.
- 66 *Ibid.*, vol. 1 p. 431.
- 67 *Ibid.*, vol. 1, p. 548.
- 68 *Ibid.*, vol. 1, p. 438.
- 69 *Ibid.*, vol. 1, p. 438.
- 70 *Perepiska G. V. Plekhanova i P. B. Akselroda*, vol. 1, Moscú, 1925, p. 271.
- 71 Plekhanov, *Selected Philosophical Works*, *op. cit.*, p. 116-17.
- 72 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 1, p. 552-553.
- 73 *Ibid.*, vol. 22, p. 126-127.
- 74 *Ibid.*, vol. 47, p. 254.
- 75 *Ibid.*, vol. 4, p. 247.
- 76 *Ibid.*, vol. 6, p. 142.

2 Del círculo de estudio marxista a la lucha obrera

- 1 G. V. Plejánov, "The Russian Worker in the Revolutionary Movement", *Sochineniia*, vol. 3, p. 131.
- 2 *Ibid.*, p. 143.
- 3 E. Mendelsohn, "Worker Opposition in the Russian Jewish Socialist Movement: From the 1890s to 1903", *International Review of Social History*, 1965.
- 4 A. K. Wildman, *The Making of a Workers' Revolution: Russian Social Democracy, 1891-1903*, Chicago, 1967, p. 31.
- 5 Vladimir Akimov on the *Dilemmas of Russian Marxism, 1895-1903*, editado por J. Frankel, Londres, 1969, p. 235-236.
- 6 Citado en Mendelsohn, *op. cit.*
- 7 S. I. Mitskévich, *Revoliutsionnaia Moskva*, Moscú, 1940, p. 144.
- 8 Wildman, *op. cit.*, p. 34
- 9 *Ibid.*, p. 32.
- 10 *Ibid.*, p. 37.
- 11 L. Márto, *Zapiski sotsialdemokrata*, Berlín-Petersburgo-Moscú, 1922, p. 224-225.
- 12 *Ibid.*, p. 227.
- 13 Plejánov, *O Zadachi Sotsialistov v Borbe s Golodom v Rossii*, Ginebra, 1892, p. 58.
- 14 *Ibid.*, p. 79.
- 15 S. N. Valk, "Materials on the history of May Day in Russia", *Krasnaia Letopis*, n. 4, 1922, p. 253.
- 16 V. V. Sviatlovski, *Istoriia Professionalnogo Dvizheniia v Rossii*, Leningrado, 1925, p. 301.
- 17 D. Pospelovski, *Russian Police Trade Unions*, Londres, 1971, p. 7.
- 18 *Ob Agitatsii*, Ginebra, 1896, p. 1.
- 19 *Ibid.*, p. 9.
- 20 *Ibid.*, p. 16.
- 21 *Ibid.*, p. 17.
- 22 *Ibid.*, p. 17-18.
- 23 Márto, *Istoriia RSDRP*, Moscú, 1922, p. 28.
- 24 Márto, *Zapiski Sotsial-Demokrata*, *op. cit.*, p. 250-252.
- 25 Akimov, *op. cit.*, p. 238.
- 26 *Ibid.*, p. 288.
- 27 Márto, *Zapiski Sotsialdemokrata*, *op. cit.*, p. 227-232.
- 28 Akimov, *op. cit.*, p. 214.
- 29 Márto, *Zapiski Sotsial-Demokrata*, *op. cit.*, p. 227-228.
- 30 A. Voden, "At the Dawn of Legal Marxism", *Letopis Marksizma*, n. 3, 1927, p. 80.
- 31 Wildman, *op. cit.*, p. 166.
- 32 *Ibid.*, p. 164.
- 33 L. Deich, ed, *Grupa 'Osvobozhdenie Truda'*, vol. 6, Moscú, 1928, p. 174.
- 34 *Perepiska G.V. Plekhanova i P.B. Akselroda*, *op. cit.*, vol. 1, p. 166.
- 35 *Ibid.*, p. 32.

- 36 Deich, *op. cit.*, p. 204-205.
- 37 *Ibid.*, p. 207-08.
- 38 *Ibid.*, p. 114.
- 39 *Ibid.*, p. 115.
- 40 *Ibid.*, p. 72.
- 41 *Ibid.*, p. 85.
- 42 *Navy Mir*, junio de 1963.
- 43 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 11.
- 44 *Ibid.*, p. 12.
- 45 Geyer, *op. cit.*, p. 49.
- 46 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 5, p. 160.
- 47 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 13.
- 48 *Ibid.*, p. 18.
- 49 *Ibid.*, p. 17.
- 50 R. Pipes, *Social Democracy and the San Petersburg Labor Movement, 1885-97*, Cambridge, Mass., 1963, p. 93-94.
- 51 Pokrovski, *op. cit.*, vol. 2, p. 37.
- 52 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 21.
- 53 T. Dan, *The Origins of Bolshevism*, Nueva York, 1964, p. 211-212.
- 54 Pipes, *op. cit.*, p. 124.
- 55 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 4, p. 177-178.
- 56 Márto, *Zapiski Sotsial-Demokrata*, *op. cit.*, p. 410.
- 57 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 4, p. 180 y 392.
- 58 *Ibid.*, p. 336-337
- 59 *Ibid.*, p. 392
- 60 *Ibid.*, p. 392
- 61 Dan, *op. cit.*, p. 212.
- 62 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 19.
- 63 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 46, p. 74-75.

3 Avanzar hacia la construcción del partido

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 6, p. 134.
- 2 Krúpskaya, *Mi vida con Lenin*, *op. cit.*, p. 36.
- 3 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 4, p. 199-200
- 4 *Ibid.*, p. 200
- 5 *Ibid.*, p. 200-201
- 6 *Ibid.*, p. 203
- 7 *Ibid.*, p. 206-207
- 8 *Ibid.*, p. 354-355
- 9 *Ibid.*, p. 355
- 10 *Ibid.*, p. 356
- 11 *Ibid.*, p. 359-360

- 12 *Ibid.*, p. 360
 13 *Ibid.*, p. 362
 14 *Ibid.*, p. 363-364
 15 *Ibid.* p. 370.
 16 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 148.
 17 Trotski, *Mi vida*, Debate, 2006, p. 170.
 18 A. V. Lunacharski, *Revolutionary Silhouettes*, Londres, 1967, p. 39.
 19 M. Gorki, *Lenin*, Edinburgo, 1967, p. 42.
 20 Lenin, "Carta a la madre de Lenin", 1 de octubre de 1900, en *Obras completas*, vol. 55, p. 448.
 21 A. N. Potréssov, *Posmertnyi Sbornik Proizvedenii*, París, 1937, p. 299.
 22 Trotski, *Mi vida*, *op. cit.*, p. 172.
 23 Z. Krzhizhanovskaya, *Neskolko Shtrikov iz Zhizhni Lenina*, vol. 2, Moscú, 1925, p. 49.
 24 C. Zetkin, *Reminiscences of Lenin*, Nueva York, 1934, p. 50-51.

4 "¿Qué hacer?"

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 6, p. 4.
 2 *Ibid.*, vol. 6, p. 32-33
 3 *Ibid.*, p. 43.
 4 *Ibid.*, p. 44.
 5 *Ibid.*, p. 43.
 6 *Ibid.*, p. 84.
 7 Gramsci, *Prison Notebooks*, *op. cit.*, p. 197.
 8 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 4, p. 312
 9 *Ibid.*, p. 312.
 10 *Ibid.*, p. 313.
 11 Marx, Engels, Lenin, *Anarchism and Anarcho-Syndicalism*, Moscú, 1972, p. 57.
 12 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 6, p. 62.
 13 *Ibid.*, vol. 6, p. 74.
 14 *Ibid.*, p. 75.
 15 *Ibid.*, vol. 7, p. 326.
 16 Ver Trotski, *Mi vida*, *op. cit.*, p. 124-126.
 17 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 6, p. 85-86.
 18 *Ibid.*, p. 107.
 19 *Ibid.*, p. 107-108.
 20 *Ibid.*, p. 108.
 21 *Ibid.*, p. 134.
 22 *Ibid.*, p. 131.
 23 *Ibid.*, p. 140.
 24 *Ibid.*, vol. 1, p. 325.
 25 *Ibid.*, vol 5 p. 11-12.

- 26 *Ibid.*, p. 187-189.
 27 *Ibid.*, vol. 6, p. 188.
 28 *Ibid.*, vol. 7, p. 10.
 29 *Ibid.*, p. 10-11.
 30 *Ibid.*, p. 16-18.
 31 *Ibid.*, p. 21-22.
 32 *Ibid.*, p. 25.
 33 *Ibid.*, p. 24.
 34 *Ibid.*, vol. 7, p. 271-273.
 35 V. Lenin, "Un paso adelante, dos pasos atrás" en *Obras completas*, vol. 8, p. 242.
 36 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 242.
 37 Lunacharski, *op. cit.*, p. 69.
 38 B. Lockhart, *Memoirs of a British Agent*, Londres, 1932, p. 233-234.
 39 M. A. Silvin, "To the Biography of V. I. Lenin", *Proletarskaia Revoliutsiia*, n. 7, 1924, p. 68.
 40 Gorki, *Lenin*, *op. cit.*, p. 13.
 41 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 44, p. 533.
 42 *Ibid.*, vol. 19, p. 312.
 43 J Mártov, *Geschichte der russischen Sozialdemokratie*, Berlín 1926, p. 49-50.
 44 *Ibid.*, p. 60.
 45 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 23, p. 426-427.
 46 *Ibid.*, vol. 23, p. 428.
 47 *Ibid.*, vol. 8, p. 394.

5 El Congreso de 1903: el nacimiento del bolchevismo

- 1 Krúpskaya, *Mi vida con Lenin*, *op. cit.*, pg. 50.
 2 *Ibid.*, pg. 64.
 3 Trotski, *Mi vida*, *op. cit.*, p. 171-172.
 4 Krúpskaya, *op. cit.*, pg. 73.
 5 *Pisma PV. Akselroda i Iu. O. Mártova*, Berlín 1924, vol. 1, p. 46.
 6 I Getzler, *Mártov*, Londres, 1967, p. 75.
 7 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 46, p. 213.
 8 *Ibid.*, p. 214.
 9 Wildman, *Making of a Workers' Revolution*, *op. cit.*, p. 241.
 10 Trotski, *Stalin*, Janés, 1956, p. 43-44.
 11 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 94-95.
 12 O. Piátnitski, *Memoirs of a Bolshevik*, Londres, p. 57.
 13 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 66.
 14 Geyer, *Lenin*, *op. cit.*, p. 319-320.
 15 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 78.
 16 *Vtoroi Sezd RSDRP*, Moscú, 1959, p. 374.
 17 *Protokoly 2-go Ocherednogo Sezda Zagranichnoi Ligi Russkoi Revoliutsionnoi Sots-*

- Demokratii, Ginebra, 1904, p. 57.
- 18 *Vtoroi Sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 169.
- 19 Para el proyecto presentado, ver *Iskra*, n. 21, 1 de junio de 1902; para el programa que aprobó el Congreso, ver *KPSS v Rezoliutsiakh*, *op. cit.*, p. 37-47.
- 20 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 7 p. 305-306
- 21 *Vtoroi Sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 169.
- 22 Marx, Engels, Lenin, *Anarchism*, *op. cit.*, p. 103.
- 23 Márto, *Geschichte*, *op. cit.*, p. 81.
- 24 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 317-318.
- 25 *Ibid.*, p. 285-286.
- 26 *Ibid.*, p. 404.
- 27 *Ibid.*, p. 18-19.
- 28 *Ibid.*, vol. 46, p. 31.
- 29 Krúpskaya, *op. cit.* p. 46.
- 30 *Ibid.*, p. 47.
- 31 *Ibid.*, pg. 86-87.
- 32 *Ibid.*, p. 207-208.
- 33 Carta a P. A. Krásikov, 5 de abril de 1905, V. Lenin, *Obras completas*, vol. 47, p. 31.
- 34 *Ibid.*, vol. 48, p. 208.
- 35 Krúpskaya, *op. cit.* p. 219-220.
- 36 *Ibid.*, p. 71.
- 37 Citado en Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 47.
- 38 Piátnitski, *op. cit.*, p. 59-60.
- 39 Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 47.
- 40 V. Lenin, *Obras completas*, Ed. Progreso, vol. 7, p. 32-33.
- 41 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, vol. 18, p. 237-238.
- 42 *Ibid.*, vol. 37, p. 303.
- 43 *Ibid.*, vol 7, p. 232.
- 44 *Ibid.*, p. 432.
- 45 *Ibid.*, p. 375.
- 46 *Ibid.*, p. 152.
- 47 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 74.
- 48 *Ibid.*, p. 83.
- 49 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 7, p. 385.
- 50 *Ibid.*, p. 419.
- 51 *Ibid.*, p. 353-354.
- 52 Trotski, *Historia de la Revolución Rusa*, Sarpe, 1985, vol. 2, p. 453.
- 53 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 37, p. 343-344.
- 54 *Leninskii sbornik*, vol. 15, p. 249-259, 351-353.
- 55 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 9, p. 446.
- 56 *Ibid.*, p. 451.
- 57 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 8, p. 142-143.

- 58 D. Lane, *The Roots of Russian Communism*, Assen, 1969, p. 71.
- 59 Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 48.
- 60 Geyer, *op. cit.*, p. 410.
- 61 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 38, p. 11.
- 62 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 9, p. 147.
- 63 *Ibid.*, vol. 47, p. 22.
- 64 *Listovki Petersburgskikh bolshevikov, 1902-1917 gg.*, vol. 1, Leningrado, 1939.
- 65 Lane, *op. cit.*, p. 74.
- 66 *Ibid.*, p. 101.
- 67 V. I. Nevsky, *Rabochee Dvizhenie v Ianvarskie Dni 1905 Goda*, Moscú, 1930, p. 85; S M Schwarz, *The Russian Revolution of 1905*, Chicago, 1967, p. 65.
- 68 Nevsky, *op. cit.*, p. 65.
- 69 *Ibid.*, p. 157; Schwarz, *op. cit.*, p. 67.
- 70 *Tretii Sezd RSDRP*, Moscú, 1959, p. 544-545
- 71 Márto, *op. cit.*, p. 88.
- 72 Lane, *op. cit.*, p. 72.
- 73 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 8, p. 142
- 74 *Ibid.*, p. 145.
- 75 *Ibid.*, vol. 38, p. 75.
- 76 *Ibid.*, p. 108-109.
- 77 *Ibid.*, p. 109.
- 78 *Ibid.*, p. 124.
- 79 *Ibid.*, p. 123.
- 80 *Ibid.*, p. 124.
- 81 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1981-88, vol. 46, p. 106.
- 82 "¿Qué hacer?" en *Ibid.*, vol. 6, p. 134.
- 83 Marx y Engels, *Werke*, Berlín 1966, vol. 27, p. 185.
- 84 *Ibid.*, p. 186.
- 85 N. Trotski, *Nashi Politicheskie Zadachi*, Ginebra, 1904, p. 4.

6 La lucha contra los liberales

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1969-1972, vol. 14, p. 205.
- 2 D. J. Dallin, *The Rise of Russia in Asia*, Londres, 1950, p. 79.
- 3 *Ibid.*, p. 81.
- 4 Citado en B. Pares, *A History of Russia*, Londres, 1937, p. 428.
- 5 Dan, *op. cit.*, p. 297.
- 6 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 9, p. 80-86.
- 7 *Ibid.*, p. 89.
- 8 A. Martínov, *Dve Diktatury*, Ginebra, 1904, p. 57-58.
- 9 Citado en G. Zinóviev, *Istoriia Rossisskoi Kommunisticheskoi Partii (Boishevikov)*, Moscú-Leningrado, 1923, p. 158.
- 10 Plejánov, *Selected Philosophical Works*, *op. cit.*, p. 116.

- 11 Plejánov, *Sochineniia*, vol. 15.
 12 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, vol. 7, p. 553-554.
 13 *Ibid.*, p. 558.
 14 *Ibid.*, p. 558.
 15 *Ibid.*, vol 8, p. 265.
 16 *Ibid.*, p. 590-591.
 17 *Ibid.*, p. 570-571.
 18 Ver D. P. Dolgorukov y I. I. Petrunkevich, eds., *Agrarnii Vopros*, Moscú, 1905, una colección de artículos sobre la cuestión de la tierra, especialmente M. I. Gertsenshtein, *Land Nationalization*.
 19 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 15, p. 81.
 20 *Ibid.*, p. 532.
 21 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, vol. 12, p. 182.
 22 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 15 p. 208.
 23 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, vol. 15, p. 17-18.
 24 *Ibid.*, p. 18.
 25 Pokrovski, *op. cit.*, vol. 2, p. 148.
 26 *Ibid.*, p. 181.
 27 *Ibid.*, p. 181.
 28 *Ibid.*, p. 246.
 29 S. E. Sef, *Burzhuziia v 1905 Godu*, Moscú-Leningrado 1926, p. 82.
 30 P. N. Miliukov, *God Borbi. Publistitscheskaia Khronika, 1905-6*, San Petersburgo, 1907, p. 171.
 31 Citado en Sef, *op. cit.*, p. 109.
 32 *Ibid.*, p. 101.
 33 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 9.
- 7 La Revolución de 1905**
 1 S. S. Harcave, *First Blood: the Russian Revolution of 1905*, Londres, 1965, p. 23.
 2 Pokrovski, *op. cit.*, vol. 2, p. 52-53.
 3 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 17, p. 286-287.
 4 *Ibid.*, vol. 9, p. 229.
 5 Harcave, *op. cit.*, p. 97.
 6 Trotsky, *1905*, Ruedo Ibérico, 1971, p. 81.
 7 *Ibid.*, p. 80.
 8 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 8, p. 92.
 9 *Ibid.*, p. 93.
 10 *Ibid.*, p. 167-168.
 11 *Tretii sezd RSDRP, op. cit.*, p. 54.
 12 N. Doroshenko, "The Role of the Social-Democratic Bolshevik Organisations in January 1905 Days", *Krasnaia Letopis*, n. 3, 1925, p. 211, Citado en Schwarz, *op. cit.*, p. 68-69.

- 13 Doroshenko, *op. cit.*, p. 212.
 14 *Ibid.*, p. 213-4.
 15 *Ibid.*, p. 214.
 16 *Ibid.*, p. 215; Schwarz, *op. cit.*, p. 68-70.
 17 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 85-86.
 18 *Ibid.*, p. 112.
 19 Krúpskaya, *op. cit.*, pg. 98.
 20 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 8, p. 103.
 21 *Ibid.*, p. 480.
 22 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 98-99.
 23 "The Correspondence of N. Lenin and N. K. Krúpskaya with S. I. Gusev", *Proletarskaia Revoliutsiia*, n. 2 (37), 1925, p. 23-24; Schwarz, *op. cit.*, p. 66.
 24 *Ibid.*, p. 36; Schwarz.
 25 The Correspondence of N. Lenin and N. K. Krúpskaya with the Odessa Organisation, *Proletarskaia Revoliutsiia*, diciembre de 1925, p. 62, Citado en Schwarz, *op. cit.*, p. 157-158.
 26 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 38, p. 172-173.
 27 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 12, p. 237.
 28 V. S. Voitinski, *Gody Pobed 11. Porazhenii*, Moscú, 1923, Citado en J. L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Russia*, Londres, 1964, p. 230.
 29 Voitinski, *op. cit.*, p. 194; Keep, *op. cit.*, p. 231.
 30 B. I. Gorev, *Iz Partiinogo Proshlogo*, Leningrado, 1924, p. 75-76; Schwarz, *op. cit.*, p. 180.
 31 Schwarz, p. 180-181.
 32 *Novaia Zhizn*, n. 5, noviembre de 1905; Lane, *op. cit.*, p. 88.
 33 P. Gorin, *Ocherki po Istorii Sovetov Rabochikh Deputatov v 1905 Godu*, Moscú, 1925, p. 60; Schwarz, *op. cit.*, p. 181.
 34 V. I. Nevski, *Sovety v 1905 Godu*, p. 39-40, 70; Schwarz, *op. cit.*, p. 183-84.
 35 En Sverchkov, *Na Zare Revoliunii*, Moscú, 1921, p. 6-7; La carta de Trotsky sirve de prólogo; Schwarz, *op. cit.*, p. 181.
 36 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 10, p. 13-14.
 37 *Ibid.*, p. 14.
 38 *Ibid.*, p. 15.
 39 *Ibid.*, p. 15.
 40 *Ibid.*, p. 17-18.
 41 Trotsky, *1905, op. cit.*, vol. 1, p. 201.
 42 Lenin, *Obras completas*, vol. 11, p. 124-25.
 43 Nettle, *op. cit.*, vol. 1, p. 340.
 44 Trotsky, *1905, op. cit.*, vol. 1, p. 223-225.
 45 Trotsky en *Nashe Slovo*, 17 de octubre de 1915; Citado en Trotsky, *The Permanent Revolution*, Londres, 1962, p. 254.

8 "Abrid las puertas del partido"

- 1 J. V. Stalin, *Obras*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1953, vol. 1, p. 85.
- 2 Trotsky, *Stalin*, *op. cit.*, p. 71.
- 3 Krúpskaya, *Mi vida con Lenin*, *op. cit.*, p. 108.
- 4 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 8, p. 144-146.
- 5 *Ibid.*, vol. 38, p. 93.
- 6 *Ibid.*, vol. 8, p. 471-472.
- 7 *Tretii sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 255; Schwarz, 1905, *op. cit.*, p. 217.
- 8 *Tretii sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 267.
- 9 *Ibid.*, p. 265.
- 10 *Ibid.*, p. 334.
- 11 *Ibid.*, p. 275.
- 12 *Ibid.*, p. 335; Schwarz, *op. cit.*, p. 218-219.
- 13 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 462.
- 14 *Tretii Sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 362.
- 15 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 467-474.
- 16 *Ibid.*, vol. 13, p. 120.
- 17 *Ibid.*, vol. 10, p. 26.
- 18 *Ibid.*, vol. 16, p. 299.
- 19 *Ibid.*, vol. 13, p. 114.
- 20 *Ibid.*, vol. 10, p. 26.
- 21 *Ibid.*, vol. 10, p. 25-26.
- 22 *Ibid.*, vol. 10 p. 17.
- 23 *Ibid.*, vol. 9, p. 233.
- 24 *Ibid.*, vol. 8, p. 462.
- 25 *Ibid.*, vol. 10, p. 30.
- 26 Lane, *Roots*, *op. cit.*, p. 12-13.
- 27 *Ibid.*, p. 37.
- 28 *Ibid.*, p. 36.
- 29 *Ibid.*, p. 35.
- 30 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 11, p. 383.
- 31 *Ibid.*, vol. 43, p. 613.
- 32 Lane, *op. cit.*, p. 25-26.
- 33 *Tretii Sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 547-553.
- 34 *Proletari*, n. 22, octubre de 1915; Lane, *op. cit.*, p. 116.
- 35 Keep, *Rise*, *op. cit.*, p. 287.
- 36 Lane, *op. cit.*, p. 37.
- 37 *Ibid.*, p. 38.
- 38 *Ibid.*, p. 39.

9 Lenin y la insurrección armada

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 9, p. 129.

2 *Ibid.*, vol. 2, p. 345.

3 *Ibid.*, vol. 5, p. 568-569.

4 *Ibid.*, vol. 8, p. 416-419.

5 *Ibid.*, vol. 9, p. 14-15.

6 *Ibid.*, vol. 9, p. 129.

7 *Ibid.*, vol. 9, p. 371.

8 *Ibid.*, vol. 11, p. 180-182.

9 *Ibid.*, vol. 11, p. 181-182.

10 *Ibid.*, vol. 11, p. 178-179.

11 *Leninskii Sbornik*, vol. 26, p. 355-365.

12 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 9, p. 347.

13 *Ibid.*, vol. 9, p. 347-349.

14 *Ibid.*, vol. 8, p. 153-154.

15 8 October 1917, *Ibid.*, vol. 26, p. 181.

16 Pokrovski, *Brief History*, *op. cit.*, vol. 2, p. 208-209.

17 *Ibid.*, p. 212.

18 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 23, p. 250.

19 *Ibid.*, vol. 10, p. 107-108.

20 *Ibid.*, vol. 11, p. 177-178.

21 *Iskra*, 2 de marzo de 1904; Dan, *Origins*, *op. cit.*, p. 203.

22 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 175.

23 *Piatyi Sezd RSDRP*, Moscú, 1934, p. 62.

24 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 444.

25 *Ibid.*, vol. 11, p. 183.

10 La lucha por un gobierno provisional revolucionario

1 Dan, *Origins*, *op. cit.*, p. 332.

2 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 8, p. 295.

3 *Ibid.*, vol. 9, p. 51.

4 *Ibid.*, p. 90.

5 *Ibid.*, p. 51-52.

6 *Ibid.*, p. 19.

7 *Ibid.*, p. 24.

8 *Ibid.*, p. 108.

9 *Ibid.*, p. 23.

10 *Ibid.*, vol. 22, p. 111.

11 *Ibid.*, vol. 13, p. 317.

12 Trotsky, 1905, *op. cit.*, vol. 1, pg. 47.

13 Trotsky, "Results and Prospects", *The Permanent Revolution*, *op. cit.*, p. 194-195.

14 *Ibid.*, p. 201.

15 *Ibid.*, p. 203.

16 *Ibid.*, p. 204-205.

- 17 *Ibid.*, p. 233-234.
 18 *Ibid.*, p. 236-237.
 19 Trotsky, *1905, op. cit.*, vol. 2, p. 136-137.
 20 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 13, p. 123-124.
 21 *Ibid.*, vol. 8, p. 18.
 22 *Ibid.*, vol. 9, p. 31.
 23 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 9, p. 232.
 24 Trotsky, "Results and prospects", *op. cit.*, p. 163-164.

11 La rebelión de los múzshiks

- 1 G. T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime*, Londres, 1932, p. 155-156.
 2 L. O. Owen, *The Russian Peasant Movement, 1906-17*, Londres, 1937, p. 20.
 3 Trotsky, *1905, op. cit.*, vol. 1, p. 173.
 4 *Ibid.*, vol. 1, p. 174-175.
 5 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 13, p. 227.
 6 *Ibid.*, vol. 13, p. 240.
 7 *Ibid.*, p. 240-241.
 8 *Ibid.*, p. 241.
 9 *Ibid.*, vol. 4, p. 434.
 10 *Ibid.*, vol. 10, p. 172.
 11 *Ibid.*, vol. 6, p. 148.
 12 *Ibid.*, p. 138.
 13 *Ibid.*, p. 154.
 14 *Ibid.*, p. 155.
 15 *Ibid.*, p. 161.
 16 Krúpskaya, *Mi vida con Lenin, op. cit.*, p. 103-104.
 17 *Ibid.*, p. 104.
 18 *Ibid.*, p. 256-257.
 19 *Ibid.*, p. 256.
 20 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 13, p. 241-242.
 21 *Ibid.*, vol. 10, p. 180.
 22 *Ibid.*, p. 82.
 23 *Ibid.*, p. 82.
 24 *Ibid.*, vol. 13, p. 278-279.
 25 *Ibid.*, vol. 15, p. 320.
 26 *Ibid.*, p. 320-321.
 27 *Ibid.*, p. 322.
 28 *Ibid.*, p. 324.
 29 *Ibid.*, p. 324-325.
 30 *Ibid.*, vol. 13, p. 388-389.
 31 *Ibid.*, vol. 15, p. 322.
 32 *Ibid.*, vol. 13, p. 390.

- 33 Plejánov, *Sochineniia, op. cit.*, vol. 3, p. 119.
 34 *Ibid.*, p. 382-383.
 35 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 12, p. 180.
 36 *Ibid.*, p. 193-194.
 37 *Ibid.*, vol. 13, p. 445.
 38 *Ibid.*, vol. 10, p. 160.
 39 *Ibid.*, vol. 13, p. 224-228.
 40 *Ibid.*, p. 280.
 41 *Ibid.*, p. 308.
 42 *Ibid.*, vol. 15, p. 137.
 43 *Ibid.*, vol. 13, p. 312.
 44 *Ibid.*, p. 313.
 45 *Ibid.*, p. 424.
 46 *Ibid.*, vol. 10, p. 411.
 47 *Ibid.*, p. 194.
 48 *Ibid.*, vol. 15, p. 54.
 49 *Ibid.*, vol. 13, p. 135.
 50 *Ibid.*, vol. 12, p. 447.
 51 *Ibid.*, vol. 15, p. 368.
 52 *Ibid.*, vol. 12, p. 173-174.
 53 *Ibid.*, vol. 9, p. 317.
 54 *Ibid.*, vol. 13, p. 338.
 55 *Ibid.*, vol. 10, p. 283.

12 El gran ensayo general

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 15, p. 280.
 2 *Ibid.*, p. 280.
 3 *Ibid.*, p. 281.
 4 *Ibid.*, p. 280.
 5 *Ibid.*, vol. 24, p. 262.
 6 *Ibid.*, p. 259.
 7 *Ibid.*, vol. 16, p. 388.
 8 *Ibid.*, vol. 15, p. 48.
 9 *Ibid.*, p. 218-219.
 10 *Ibid.*, p. 286.
 11 *Ibid.*, vol. 10, p. 255.
 12 *Ibid.*, p. 261.
 13 *Ibid.*, vol. 17, p. 300.
 14 *Ibid.*, vol. 24, p. 261.
 15 *Ibid.*, vol. 13, p. 20.
 16 *Ibid.*, vol. 8, p. 643.
 17 *Ibid.*, vol. 11, p. 479.

- 18 *Ibid.*, vol. 16, p. 119.
 19 *Ibid.*, vol. 31, p. 437.
 20 *Ibid.*, p. 265.
 21 *Ibid.*, vol. 13, p. 64-65.

13 La victoria de una oscura reacción

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 10, p. 137.
 2 KPSS v Rezoliutsiia, *op. cit.*, vol. 1, p. 100-101.
 3 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 10, p. 154.
 4 *Ibid.*, vol. 11, p. 11.
 5 *Ibid.*, p. 131.
 6 *Ibid.*, p. 379-380.
 7 *Ibid.*, vol. 12, p. 134-135.
 8 Trotski, *Mi vida, op. cit.*, p. 247.
 9 Trotski, *Stalin, op. cit.*, p. 140.
 10 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 16, p. 397-398.
 11 *Ibid.*, p. 397.
 12 *Ibid.*, p. 408.
 13 Pokrovski, *op. cit.*, vol. 2, p. 284.
 14 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 15, p. 11.
 15 *Ibid.*, p. 364.
 16 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 150.
 17 Stalin, *Obras*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1953, vol. 2, p. 154-155.
 18 Lane, *op. cit.*, p. 104.
 19 Márto, *Geschichte der russischen Sozialdemokratie, op. cit.*, p. 195.
 20 Trotski, *Stalin, op. cit.*, p. 104.
 21 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 15, p. 12.
 22 *Ibid.*, p. 367.
 23 *Ibid.*, vol. 38, p. 279.
 24 *Ibid.*, vol. 16, p. 287.
 25 *Ibid.*, vol. 17, p. 9.
 26 *Ibid.*, p. 197.
 27 *Ibid.*, p. 533.
 28 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 39, p. 19.
 29 Zinóviev, *op. cit.*, p. 241.
 30 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 142.
 31 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 18, p. 380.
 32 *Ibid.*, vol. 41, p. 325.
 33 *Ibid.*, p. 345.
 34 *Ibid.*, p. 391.
 35 *Ibid.*, p. 56.
 36 *Ibid.*, vol. 38, p. 293.

- 37 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 177-178.
 38 *Ibid.*, p. 181.
 39 D. A. Longley, "Central Party Control in the Bolshevik Party, 1909-17", mimeografiado en 1973.
 40 Lenin, *Sochineniia*, 5ª edición rusa, vol. 48, p. 54-55.
 41 *Ibid.*, vol. 47, p. 223.
 42 *Ibid.*, vol. 48, p. 267.
 43 *Ibid.*, p. 58.
 44 Stalin, *op. cit.*, vol. 2, p. 163-164.
 45 Piátnitski, *op. cit.*, p. 162.
 46 *Proletarskaia Revoliutsiia*, n. 2 (14), 1923, p. 452.
 47 *Istoriia KPSS*, Moscú, 1966, p. 369.
 48 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 33, p. 132.
 49 *Ibid.*, vol. 9, p. 178.
 50 *Ibid.*, vol. 12, p. 513-514.
 51 *Ibid.*, vol. 9, p. 179.
 52 *Ibid.*, vol. 10, p. 422-423.
 53 *Ibid.*, vol. 11, p. 81.
 54 *Ibid.*, p. 144.
 55 *Ibid.*, p. 148.
 56 *Ibid.*, vol. 13, p. 59.
 57 *Ibid.*, vol. 11, p. 293.
 58 *Ibid.*, vol. 13, p. 34.
 59 *Ibid.*, p. 36.
 60 *Ibid.*, vol. 26, p. 390-391.

14 Estrategia y táctica

- 1 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 24, p. 458.
 2 V. Lenin, *Obras completas*, Moscú, Ed. Progreso, 1969-1972, vol. 40, p. 138.
 3 *Ibid.*, vol. 48, p. 277.
 4 *Ibid.*, vol. 8, p. 425.
 5 *Ibid.*, vol. 35, p. 411.
 6 *Ibid.*, vol. 35, p. 389.
 7 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 27, p. 244.
 8 *Ibid.*, p. 165.
 9 *Ibid.*, vol. 9, p. 99.
 10 *Molodaia Gvardiia*, febrero-marzo de 1924, p. 248.
 11 Gramsci, *op. cit.*, p. 201.
 12 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 27, p. 287.
 13 *Ibid.*, vol. 9, p. 139.
 14 Trotski, *Terrorism and Communism*, University of Michigan Press, 1961, p. 101.
 15 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 23, p. 31.

- 16 Trotski, *Historia de la Revolución Rusa, op. cit.*, vol. 1, p. 117.
 17 VV. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 9, p. 143.
 18 *Ibid.*, vol. 12, p. 16.
 19 *Ibid.*, p. 467, 489.
 20 *Ibid.*, vol. 9, p. 258.
 21 Trotski, *Historia de la Revolución Rusa, op. cit.*, vol. 2, p. 331.
 22 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 5, p. 555.
 23 Trotski, *Lenin*, Ariel, 1972, p. 186.
 24 *Ibid.*, p. 250-251.
 25 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 27, p. 230.
 26 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 100.
 27 Trotski, *Diary in Exile*, Londres, 1958, p. 81.
 28 T. Deutscher, ed., *Not by Politics Alone*, Londres, 1973, p. 71.
 29 V. Lenin, *Obras completas*, Cartago, vol. 5, p. 562.
 30 *Ibid.*, vol. 39, p. 374.
 31 *Ibid.*, vol. 36, p. 191.
 32 *Ibid.*, vol. 33, p. 162.
 33 *Ibid.*, vol. 27, p. 167.
 34 *Ibid.*, vol. 8, p. 602.
 35 *Ibid.*, vol. 10, p. 308.
 36 *Ibid.*, vol. 13, p. 187.
 37 *Ibid.*, vol. 10, p. 442.
 38 *Ibid.*, vol. 11, p. 343.
 39 *Ibid.*, p. 344.
 40 Carl von Clausewitz, *On War*, Londres, 1971, p. 164-165.
 41 *Ibid.*, p. 91.
 42 *Ibid.*, p. 166.
 43 *Ibid.*, p. 241.
 44 *Ibid.*, p. 389.
 45 *Ibid.*, p. 266.
- 15 Semiunidad con los mencheviques
 1 Getzler, *Mártov, op. cit.*, p. 110.
 2 Trotski, *Mi vida, op. cit.*, p. 204.
 3 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 12, p. 336.
 4 *Ibid.*, vol. 16, p. 102.
 5 M.I. Vasilev-Iuzhii, *Moskovskii Sovet Rabochikh deputatov v 1905.g.*, Moscú, 1925, p. 85.
 6 M. N. Pokrovski, ed., *1905*, Moscú-Leningrado, 1926, p. 443-445.
 7 B. D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution*, Boston, 1948, p. 340.
 8 Trotski, *Mi vida, op. cit.*, p. 204.
 9 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 10, p. 31.

- 10 Piátnitski, *Memoirs, op. cit.*, p. 90-91.
 11 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 10, p. 253-254.
 12 A. Lunacharski, *Vospominaniia o Lenine*, Moscú, 1933, p. 21.
 13 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 11, p. 344.
 14 *Ibid.*, p. 350.
 15 *Ibid.*, p. 344.
 16 *Ibid.*, p. 345.
 17 *Ibid.*
 18 *Ibid.*, vol. 7, p. 424.
 19 *Ibid.*, vol. 11, p. 486.
 20 *Ibid.*, p. 346.
 21 *Ibid.*, p. 478.
 22 *Ibid.*, p. 479.
- 16 Lenin expulsa a los ultraizquierdistas
 1 A. Levin, *The Second Duma*, Newhaven, 1940, p. 70.
 2 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 15, p. 488.
 3 *Ibid.*, vol. 16, p. 39.
 4 *Ibid.*, vol. 16, p. 62-73.
 5 T. Hammond, *Lenin on Trade Unions and Revolution, 1893-1917*, Nueva York, 1957, p. 56-57.
 6 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 16, p. 65.
 7 *Ibid.*, p. 46.
 8 Marx, *The Cologne Communist Trial*, Londres, 1971, p. 131.
 9 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 16, p. 348.
 10 *Ibid.*, vol. 15, p. 489-490.
 11 *Ibid.*, p. 488.
 12 *Ibid.*, vol. 33, p. 136.
 13 *Ibid.*, vol. 16, p. 49.
 14 *Ibid.*, vol. 15, p. 480.
 15 Stalin, *Obras, op. cit.*, vol. 2, p. 177.
 16 Cartas a su madre del 14 de febrero y el 29 de mayo de 1898, Lenin, *Obras completas*, vol. 37, p. 155 y 264.
 17 *Ibid.*, vol. 8, p. 432-433.
 18 *Ibid.*, vol. 13, p. 440.
 19 *Ibid.*, p. 441.
 20 *Ibid.*, p. 452-453.
 21 *Ibid.*, vol. 38, p. 227.
 22 *Ibid.*, vol. 17, p. 42.
 23 Gorki, *Mis confesiones*, Picazo, 1973, p. 210.
 24 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 39, p. 95.
 25 *Ibid.*, vol. 16, p. 366.

26 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 167-168.

27 *Nasha Zariia*, n. 3, 1914; Getzler, *op. cit.*, p. 137.

17 La ruptura final con el menchevismo

1 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 10, p. 321-322.

2 *Ibid.*, p. 368.

3 *Ibid.*, vol. 11, p. 54.

4 *Ibid.*, p. 343.

5 *Ibid.*, vol. 16, p. 239.

6 *Ibid.*, vol. 17, p. 155.

7 MártoV, "On Liquidationism", *Golos Sotsialdemokratia*, agosto-septiembre de 1909; Getzler, *op. cit.*, p. 125.

8 Lenin, *Obras completas*, vol. 16, p. 157.

9 *Ibid.*, pg. 156.

10 *Ibid.*, p. 151.

11 *Ibid.*, vol. 15, p. 452-453.

12 *Ibid.*, vol. 12, p. 375.

13 *Zhivala zhizn*, 25 de julio de 1913; *Ibid.*, vol. 19, p. 44-45.

14 N R-kov, "The Present Situation in Russia and the Main Tasks of the Working-Class Movement at the Present Moment", *Nasha Zariia*, n. 9-10; *Ibid.*, vol. 17, p. 322.

15 *Ibid.*, vol. 17, p. 332.

16 *Ibid.*, p. 366.

17 *Ibid.*, vol. 18, p. 21.

18 *Ibid.*, p. 474.

19 *Ibid.*, vol. 19, p. 44-45.

20 *Ibid.*, p. 18, p. 497.

21 *Ibid.*, p. 302.

22 Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 121.

23 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 20, p. 150-151.

24 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 121-122.

25 E Yaroslavski, *History of the Communist Party*, Moscú, 1927, vol. 5, p. 15.

26 Lane, *op. cit.*, p. 108.

27 *Ibid.*

28 MártoV, *Geschichte der russischen Sozialdemokratie*, *op. cit.*, p. 33.

29 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 155.

30 Trotski, *Mi vida*, *op. cit.*, p. 242.

31 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 12, p. 409.

32 *Ibid.*, vol. 18, p. 21.

33 *Ibid.*, vol. 16, p. 14.

34 *Ibid.*, p. 99.

35 Zinóviev, *op. cit.*, p. 162.

36 *Pravda*, Viena, 12 de febrero de 1910; Getzler, *op. cit.*, p. 32.

37 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 38, p. 292.

38 MártoV, *Spasiteli ili Uprazdniteli?*, París, 1911, p. 16.

39 *Pravda*, Viena, n. 12, en I. Deutscher, *The Prophet Armed*, Londres, 1954, p. 195.

40 Zinóviev, *op. cit.*, p. 244-245.

41 M. A. Tsialovski, ed., *Bolsheviki, Dokumenty po istorii bolshevizma 1903 po 1916 god biushago moskovskago okhrannago otdeleniia*, Moscú, 1918, p. 48 y siguientes, en O. H. Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War*, Stamford University Press, 1940, p. 106.

42 Krúpskaya, *op. cit.*, p. 200.

43 *Ibid.*, p. 216.

44 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 38, p. 379.

45 *Ibid.*, vol. 43, p. 335.

46 *Ibid.*, vol. 39, p. 33.

47 Nota al pie en Lenin, *Sochineniia*, 3a ed., vol. 16, p. 696, citado en Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 48.

48 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 39, p. 41.

49 *Ibid.*, p. 58-59.

50 Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 159.

51 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 39, p. 64-65.

52 *Ibid.*, vol. 20, p. 231-234.

53 Trotski, *Stalin*, *op. cit.*, p. 178.

18 La ola revolucionaria crece

1 P. I. Lyashchenko, *History of the National Economy of Russia*, Nueva York, 1949, p. 688.

2 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 15, p. 226.

3 *Ibid.*, p. 226-227.

4 *Ibid.*, vol. 17, p. 461.

5 *Ibid.*, vol. 18, p. 158.

6 T. Dan, en MártoV, *Geschichte der russischen Sozialdemokratie*, *op. cit.*, p. 268-269.

7 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 19, p. 63-64.

8 *Ibid.*, vol. 15, p. 371-372.

9 *Ibid.*, p. 309-310.

10 *Ibid.*, vol. 16, p. 110.

11 *Ibid.*, vol. 15, p. 304-305.

12 *Ibid.*, vol. 16, p. 28.

13 *Ibid.*, *Obras completas*, vol. 36, p. 384.

14 A. Badáiev, *The Bolsheviks in the Tsarist Duma*, Londres, 1933, p. 179.

15 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 21, p. 298-307.

16 *Ibid.*, vol. 20, p. 223.

17 Badáiev, *op. cit.*, p. 21-22.

18 *Ibid.*, p. 53-56.

- 19 *Ibid.*, p. 135-136.
 20 *Ibid.*, p. 86.
 21 *Ibid.*
 22 V. Grinevich, *Professionalhoe Dvizhenie Rabochikh v Rossii*, San Petersburgo, 1908, p. 285.
 23 *Ibid.*
 24 S. M. Schwarz, *Labor in the Soviet Union*, Nueva York 1952, p. 338.
 25 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 21, p. 307.
 26 M. Korfiut, "The 1912 Insurance Act", *Krasnaia Letopis*, n. 1 (25), 1928, p. 139.
 27 *Ibid.*, p. 163.
 28 S. Milligan, "The Petrograd Bolsheviks and Social Insurance, 1914-17", *Soviet Studies*, enero de 1969.
 29 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 17, p. 481-482.
 30 *Ibid.*, p. 484.
 31 *Ibid.*
 32 *Ibid.*, vol. 22, p. 23-24.
 33 *Vo prosy Strakhovaniia*, 26 de octubre de 1913; Milligan, *op. cit.*
 34 *Ibid.*, 20 de marzo de 1913.
 35 *Ibid.*, 31 de mayo de 1916; Lenin, *Obras completas*, vol. 22, p. 184.
 36 *Ibid.*, 31 de agosto de 1915; Milligan, *op. cit.*
 37 *Ibid.*, 16 de febrero de 1916.
 38 *Ibid.*
 39 M.G. Fleer, *Peterburgskii Komitet Bolshevikov v Gody Voiny, 1914-1917*, Leningrado, 1927, p. 69.
 40 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 8, p. 501.

19 Pravda

- 1 Para una descripción muy interesante, ver W. Bassow, "The Pre-Revolutionary *Pravda* and Tsarist Censorship", *The American Slavic and East European Review*, febrero de 1954.
 2 *Ibid.*
 3 *Ibid.*, p. 283.
 4 *Ibid.*, vol. 20, p. 328.
 5 *Ibid.*, vol. 18, p. 300.
 6 *Ibid.*, vol. 19, p. 324.
 7 *Ibid.*, vol. 18, p. 543-544.
 8 *Ibid.*, p. 586-587.
 9 *Ibid.*, vol. 29, p. 166-167.
 10 *Ibid.*, vol. 5, p. 311-312.
 11 *Pravda*, Viena, n. 1; Deutscher, *The Prophet Armed*, *op. cit.*, p. 193.
 12 *Ibid.*, p. 194-194.
 13 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 8, p. 529.

- 14 *Proletarskaia Revoliutsiia*, n. 2 (14), 1923, p. 45.
 15 *Ibid.*, p. 455.
 16 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 39, p. 110-111.
 17 *Ibid.*, vol. 10, p. 39-41.
 18 *Ibid.*, vol. 11, p. 276.
 19 *Ibid.*, vol. 18, p. 246.
 20 *Ibid.*, p. 257-258.
 21 *Ibid.*, vol. 22, p. 21.
 22 *Ibid.*, p. 18.
 23 *Ibid.*, p. 21-22.
 24 *Ibid.*, vol. 21, p. 287.
 20 El Partido Bolchevique se convierte en un partido de masas
 1 Lane, *op. cit.*, p. 72.
 2 *Tretii Sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 547.
 3 *Iskra*, n. 97, abril de 1905; Lane, *op. cit.*, p. 74.
 4 V. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1969-1972, vol. 12, p. 400.
 5 Pokrovski, *Brief History of Russia*, *op. cit.*, p. 155.
 6 *Vtoroi Sezd RSDRP*, *op. cit.*, p. 514-685.
 7 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 11, p. 279.
 8 M. Liadov, "The London Congress of the RSDLP in Figures", *Itogi Londresskogo Sezda*, San Petersburgo, 1907, p. 84.
 9 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 21, p. 243.
 10 *Ibid.*, vol. 18, p. 333.
 11 *Ibid.*, vol. 39, p. 50.
 12 *Ibid.*, vol. 43, p. 368.
 13 Badáiev, *op. cit.*, p. 110.
 14 S. V. Malishev en *Molodaia Gvardiia*, n. 2-3, 1925, p. 138-139.
 15 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 21, p. 393.
 16 *Ibid.*, p. 386.
 17 *Ibid.*, p. 272.
 18 O. Piátnitski, *Iskrovski Period v Moskve*, Moscú-Leningrado, 1928, p. 60.
 19 N. Angarski, ed., *Doklady Sotsial-Demokraticeskikh Komitetov Vtoromu sezdru RSDRP*, Moscú-Leningrado, 1930, p. 616.
 20 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 15, p. 300.
 21 Longley, *op. cit.*
 22 *Istoriia KPSS*, Moscú, 1966, vol. 2, p. 338.
 23 *Ibid.*, p. 384-385.
 24 *Proletarskaia Revoliutsiia*, n. 2 (14), 1923, p. 452.
 25 *Istoricheskii arkhiv*, n. 1, 1957, p. 26-27.
 26 A. Kiselev, "In July 1914", *Proletarskaia Revoliutsiia*, n. 7 (30), 1924.
 27 Lane, *Ibid.*, p. 12.

- 28 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 12, p. 64.
 29 *Ibid.*, p. 385.
 30 *Ibid.*, vol. 16, p. 401.
 31 *Ibid.*, vol. 22, p. 70.
 32 *Ibid.*, vol. 20, p. 158.
 33 *Ibid.*, p. 205.
 34 *Ibid.*, vol. 21, 190.
 35 *Ibid.*, p. 278.
 36 Citado en Trotsky, *Stalin, op. cit.*, p. 179-180.
 37 Citado en L. Harrison, "The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905-1917", *Slavic Review*, diciembre de 1964.
 38 V. Lenin, *Obras completas*, vol. 21, p. 280-282.
 39 *Ibid.*
 40 *Partiia Bolshevikov v Gody Novogo Revol. iusionnogo Podema*, 1910-1914 gg., Moscú, 1959, p. 284-287.
 41 *Ibid.*, p. 291.
 42 Badáiev, *op. cit.*, p. 109.
 43 R. H. McNeal, *Bride of the Revolution*, Londres, 1973, p. 145.
 44 Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa, op. cit.*, vol. 1, p. 336.
 45 V. V. Anikeev, en *Voprosy Istorii KPSS*, n. 2 y 3, 1958.
 46 Badáiev, *op. cit.*, p. 153.
 47 *Ibid.*, p. 176-177.

Índice analítico

- Adoratski, V. V., 27
 Agitación, definición de, 67; Plejánov y agitación, 67ss, 71-73; papel pionero de los trabajadores judíos y polacos, 67-68; panfleto de A. Kremer and I. Mártov sobre, 68-70; establece las bases para el "economismo", 69-70, 80-82; miembros trabajadores de los círculos de estudio, actitud hacia, 79-80; Lenin y, 73-80
 Akímov, V. P., 70, 71, 130, 132, 134
 Alexinski, G. A., 326, 335, 358
 Armand, Inessa, 199, 211, 295, 396, 404
 "Bloque de Agosto", 358
 Axelrod, P. B., y el grupo Emancipación del Trabajo, 51-52; y los liberales, 57-59; y la agitación en las fábricas, 71-73; e *Iskra*, 94-98; sobre la personalidad de Lenin, 101-102; en el segundo Congreso del partido, 130; y los liquidadores, 342-344
 Babushkin, I. V., 77, 79, 87, 199
 Badáiev, A. Y., los bolcheviques en la Duma y *Pravda*, 269-371; los bolcheviques en la Duma y la lucha de los trabajadores, 371-375; las campañas electorales para la Duma, 371; sobre la estructura de la organización bolchevique en Petersburgo, 411-412
 Balabanova, A., sobre Lenin, 118
 Bernstein, E., 82, 83
 Blagóiev, Dimitri, 31, 52
 Bogdánov, A. A., se une a los bolcheviques, 156; y el soviét, 191; sobre un partido amplio, 202-204; y la escuela de Capri, 284; y las elecciones a la Duma, 289-292; expulsado de la facción bolchevique, 329-331; y la filosofía, 331-335
 Bolcheviques, origen de, 130; la ruptura con los mencheviques considerada injustificada por los participantes, 143-146; la escisión anticipa futuras diferencias, 150-151; historia de las relaciones de organización con los mencheviques, 151-152; los líderes bolcheviques se oponen a la escisión de los mencheviques, 152-156; Lenin apartado del liderazgo de la facción bolchevique, 153-154; Karl Kautski, Rosa Luxemburg y August Bebel y los bolcheviques, 156; miembros, 157-159, 210, 212, 277-280, 401-406; y el movimiento de Gapón, 158-159, 179-182; sobre la manifestación del Domingo Sangriento, 182-187; actitud hacia los sindicatos, 187-189; actitud hacia los soviets, 189-193; actitud hacia un partido amplio, 238ss; y la composición social de los comités del partido, 203-205; composición por edades, 210-211; composición social, 211-213; en la insurrección armada (diciembre de 1905), 217-218, 223-225; sobre la naturaleza de clase de la revolución, 237-239; y el campesinado, 250-251, 255ss; fortalecidos por la revolución de 1905, 271-272; agentes de la ojra infiltrados en, 279; aprender

a retirarse, 286-287; y las elecciones a la Duma, 287-292, 367-373; y la unidad con los mencheviques, 237-238; las finanzas de, 347-351; y el movimiento huelguístico, 373-377; y los sindicatos, 377-378; y el seguro social, 378-384

Brúsnev, grupo, 76-77

Bund, 68, 91, 125-126, 130, 133-135, 155, 210, 287, 318, 326, 350, 352, 357-359, 402-403

Cadetes, ver Liberales

Campesinado, y los naródniks, 31; y los liberales, 170; y Lenin, 230, 250; y Trotski, 234-235; y la Revolución de 1905, 241-245; diferencias de clase en el, 243-244; y la "emancipación" de 1861, 243; y el grupo Emancipación del Trabajo, 205-206, 245; y Gapón, 248-249; los campesinos monárquicos y la revolución, 251-254; Plejánov sobre el papel del campesinado, 255; los mencheviques y el papel de los campesinos, 255-256

Chaikovski, N. V., 42

Chaikovistas, 43-44

Chernomazov, Miron, 281

Chiorni Peredel, 42, 45

Chernishevski, G. N., fundador de la política del narodismo, 32-33; y la rebelión campesina, 32; y la comuna rural, 32; funda la primera organización clandestina de los naródniks, 32; arresto y exilio (1862-83), 33; y los liberales, 175; y el estilo (influencia sobre Lenin), 392

Chervanin, N., 316

Círculos de estudio, 63-66

Clausewitz, K., principal autoridad para Lenin en cuestiones militares, 221; sobre la ciencia y el arte en la guerra, 310-311; sobre la relación entre táctica y estrategia, 312

Cluseret, Gustav Paul, 221

Comités, miembros de, devoción y capacidad de sacrificio, 199-200; y la iniciativa de las masas, 200; relación con las masas durante la revolución de 1905, 405-406; y un partido amplio, 202-206; y ¿*Qué hacer?*, 206-207

Dan, F. I., sobre el "economismo" y la agitación en las fábricas, 81-82; sobre los oponentes del "economismo" y el futuro de los cuadros bolcheviques, 87-89

Deutsch, L. G., 42, 51, 297n, 394

Dobroliúbov, N. A., 32

Duma, 287-291, 325-327, 370-377

"Economismo", relación con la agitación en las fábricas de los socialdemócratas, 81-82; relación con el revisionismo de Bernstein, 82-85; ataque de Lenin a, 85-86; trabajadores opuestos al "economismo" y futuros cuadros del bolchevismo, 87-88; declive en 1900, 119-120

Emancipación del Trabajo, grupo, 51-52, 71-73, 245

Engels, F., sobre la "adaptación" del marxismo por parte de los naródniks, 37; sobre el autoritarismo en la revolución, 134-135; indiferente a la existencia de un partido,

163-164; influencia de sus escritos militares sobre Lenin, 221

Fedoséiev, N. E., 26

Figner, Vera, 39

Gapón, G. A., padre, 158-159; actividades en vísperas de la revolución de 1905, 179; papel en el Domingo Sangriento, 179-182; relación con Lenin, 185-187; actitud de Plejánov hacia, 185; influencia sobre la comprensión de los sentimientos campesinos por parte de Lenin, 248

Golótschekin, F. I., 199, 357, 404

Gorki, A. M., sobre el estilo de vida de Lenin, 101; sobre la personalidad de Lenin, 118-119; y su escuela de Capri, 284; y la "creación de un dios", 334-335; y la financiación de los bolcheviques, 347-348; y *Pravda*, 395

Gramsci, A., sobre Plejánov, 57; sobre la relación entre teoría y práctica, 297

Gúsev, S. I., 154, 157, 160, 183, 186, 187, 188, 202, 318

Herzen, A. I., fundador del narodismo, 31-33; sobre su liderazgo del campesinado, 31-32; sobre la comuna rural como base del socialismo, 31; llama a los estudiantes a "dirigirse al pueblo", 32

Intelectuales, papel en el "acercamiento al pueblo", 32, 34; concepto de los naródniks del papel de, 46-47; y los círculos de estudio, 71; y los "economistas", 86-89; y Lenin, 111, 147-149, 208-209, 345-346; y Plejánov, 134; y su individualismo, 148-149; abandonan el partido durante el período de reacción, 279; y los bolcheviques, 279-280; y los liquidadores, 402

Iskra, Krúpskaya como secretaria-tesorera, 123-125, 127; como organizador del partido, 125-127; agentes de, 126-128; su transporte a Rusia, 128

Jrústalev-Nosar, G. F., 172, 191

Kalmíkova, Alexandra ("Títa"), 76, 348

Kámenev, L. B., , 355, 356, 361, 401, 402, 404, 405, 406; contra un partido amplio (1905), 203

Kautski, K., 148, 156, 219, 315; sobre el individualismo de los intelectuales, 149; y los bolcheviques, 156

Krásikov, P. A., 189, 191, 204

Krasin, L. B., 53, 63, 199, 211, 223, 224, 326, 347, 349, 405

Krúpskaya, N. K., se une a un círculo marxista, 76; enseña en la escuela dominical para trabajadores, 76; recopila información para los folletos socialistas, 77; sobre los folletos que escribía Lenin, 78; sobre los orígenes del "economismo", 81; sobre cómo Lenin se convirtió en un líder de los trabajadores, 88; sobre Plejánov, 99-101; sobre la determinación de Lenin, 101; y la organización de *Iskra*, 123-125; sobre la evaluación de los sentimientos de los trabajadores de Lenin, 127; sobre el transporte de *Iskra* a Rusia, 127-128; sobre Lenin y Zasúlích, 139-140; sobre Lenin y Mártoov, 141; su personalidad, 147; sobre el estado de la organización bolchevique de Petersburgo en vísperas de la revolución, 158; sobre Lenin y los liberales, 174-175; sobre los miembros de los comités, 201; sobre la vida en el exilio, 281-283; sobre el estado de la organización bolchevique en 1914, 405

Krzhizhanovski, G. M., 63, 76, 92, 136, 144, 152
Kuskova, Y. D., 59, 83
Lalayants, I. J., 24, 27, 41
Lassalle, F., 306
Lengnik, F. V., 125, 136
Liberales, actitud respecto a la guerra ruso-japonesa, 165-166; y la campaña de los banquetes del *Zemstvo*, 167; actitud respecto al problema agrario y el campesinado, 170-172; apoyo inicial a la revolución de 1905, 172; apoyo a las huelgas obreras contra el zar, 172-173; cambio de rumbo contra los obreros y la revolución, 173; del republicanismo a la monarquía constitucional, 174; sobre la "irracionalidad" de las masas en la revolución, 268
Liga de Lucha de San Petersburgo, 76
Lockhart, Bruce R. H., sobre la personalidad de Lenin, 118
Lunacharski, A. V., sobre la determinación de Lenin, 100-101; comparación de la personalidad de Lenin y la de Trotski, 118; sobre la insignificancia de las diferencias entre bolcheviques y mencheviques (1903), 143; se une a los bolcheviques, 156; en la escuela de Capri, 284; y la participación en las elecciones de la Duma, 325; y la "creación de un dios", 334; de la inestabilidad ideológica de los mencheviques, 339
Luxemburg, R., sobre la década de 1880, 40; y la administración del partido, 128-129; y los bolcheviques, 150, 156; y el soviét, 195
Makarov, A. A., 365
Maklakov, N. A., 379, 382, 384
Malinovski, R., 281, 356, 362, 370, 371
Mártov, L., sobre la alienación de los trabajadores de los círculos de estudio con respecto al proletariado, 66; con A. Kremer escribe *Ob Agitatsii*, 68-70; papel principal en el giro hacia la agitación en las fábricas, 72; funda con Lenin la Liga de Lucha de San Petersburgo, 76-79; se une a Lenin contra el "economismo", 87-88; e *Iskra*, 94-100, 123-125, 136; y la "normativización", 117; en el segundo Congreso, 129-130; y la dictadura del proletariado, 131-132; y las reglas del partido sobre los miembros, 133, 134-136; y los liberales, 138; Trotski sobre su personalidad, 150, 317; sobre el movimiento de Gapón, 182-183; y las preparaciones para la insurrección armada, 227; nerviosismo durante la Revolución de 1905, 316-317; sobre la bancarrota de los bolcheviques a causa de su falta de intelectuales, 337; y los liquidadores, 342-343, 346-347; sobre las "exs", 351; sobre la debilidad organizativa de los mencheviques, 410
Martínov, A. S., y el programa del POSDR, 130, 132; la naturaleza de la revolución, 167; actitud hacia los liberales, 168; sobre la "locura" de los mencheviques en 1905, 316
Marx, K., y la censura zarista, 35-36; los narodniks adaptan sus enseñanzas, 35-38; sobre la relación entre las luchas seccionales-económicas y las generales-políticas, 105; indiferencia a la existencia del partido, 163; sobre la revolución permanente,

236; sobre la nacionalización de la tierra, 258; sobre la unión de teoría y práctica, 294; comparado con Lenin, 294; sobre el extremismo verbal en tiempos de revolución, 327

"Marxismo legal", 56

Mencheviques y menchevismo, nacimiento, 136; diferencias originales con el bolchevismo, 150; y el centrismo, 151-152; de los miembros del partido, 157-159, 210, 401, 406; y los liberales, 168; edad de sus líderes en comparación con los bolcheviques, 211; sobre la naturaleza burguesa de la revolución, 229; sobre el campesinado, 255; y las elecciones a la Duma, 288-289; unidad con los bolcheviques, 288-289, 317; y la influencia de Trotski (1905), 315-316; y los liquidadores, 340-347; finanzas, 347-351; y los sindicatos, 377-378

Moscú, insurrección de, 225-227

Naródnaya Volia, 27, 28, 36, 39, 40, 42, 46, 49

Naródniks, y Herzen, 31-32; papel del campesinado, 31-32; y Chernishevski, 32-33; Zemlia i Volia, 33; "acercarse al pueblo", 34; y el terrorismo individual, 33, 35, 40-41; y el marxismo, 35-38; heroísmo, 38-41; Alexander Uliánov intenta construir un puente entre ellos y el marxismo, 40-41; y el papel de los intelectuales, 46, 50

Niecháiev, S. G., 33, 34, 35

Noskov, V. A., 154

Ob Agitatsii, 68-71, 73, 76, 81

Ojrana, se infiltra en el liderazgo bolchevique, 279, 281, 384, 396; y la escisión entre bolcheviques y mencheviques, 356-357; sobre legislación laboral, 379; sobre la prensa bolchevique publicada en el extranjero, 396; sobre la fuerza de los bolcheviques, 409-410

Ordzhonikidze, G. K., 199, 357, 404

Parvus, A. L., 315, 323, 339

Piátnitski, O. A., sobre el transporte de publicaciones ilegales a Rusia, 127-128; incompreensión de la ruptura de 1903, 143-144; sobre los exiliados y su falta de contacto con los activistas en Rusia, 286; sobre la unidad desde la base entre bolcheviques y mencheviques, 318-319

Pisarev, D. I., 306

Plejánov, G. V., 26, funda Chiorni Peredel, 26, 41-42, 45; funda el marxismo ruso, 41-42, 67; en la primera manifestación obrera en Petersburgo, 45; a favor de la propaganda entre trabajadores, 45; escribe *El socialismo y la lucha política* y *Nuestras diferencias*, 47; sobre la comuna rural, 47, 48-49; y V. V., 47; y el proletariado como líder de la revolución, 47, 48; y el terrorismo, 49; y el papel de los intelectuales, 50; su riqueza de conocimientos, 50; y el grupo Emancipación del Trabajo, 51-52, 71-72, 255; y Struve, 54-56, 95-96; Gramsci sobre, 57; y los liberales, 58, 168; y el narodismo, 59-60; sobre la relación entre la propaganda y la agitación, 67; sobre los círculos de estudio, 63-64; y la propaganda popular socialista, 73; y el conflicto generacional, 73; sus relaciones personales con Lenin,

94-100; su declive con el crecimiento del movimiento de masas, 100; en el segundo Congreso, 130; y el programa del partido, 130; sobre la dictadura del proletariado, 130-132; con Lenin sobre la definición de los miembros del partido, 134; y Gapón, 185-186; y la insurrección armada, 226; y el campesinado, 255; y la posición filosófica de Bogdánov, 332; sobre los liquidadores, 264

Pokrovski, M. N., sobre Plejánov, 47; sobre el zubatovismo, 178; sobre la insurrección de Moscú, 225; sobre Lenin, 305

Potréssov, A. N., e *Iskra*, 94-97; sobre Lenin, 101; y el segundo Congreso, 130; y los liberales, 130ss; y los liquidadores, 340

Pravda, organización de, 385-388; relación con la masa de trabajadores, 388-389; como organizador del partido, 398-399

Rádchenko, S. I., 63, 126

Revolución de 1905, vísperas de, 123-128; insurrección, 265

Ríkov, A. I., 199, 354, 356, 404

Schmidt, N. P., 161, 225, 349, 354

Semashko, N. A., 286

Serebriákov, L. P., 199, 404

Sindicatos, entre los trabajadores judíos, 67; en 1897-1914, 377; bolcheviques y mencheviques en los, 378

Social-revolucionarios, 161, 260, 343

Spandarian, S. S., 199, 286, 357, 404

Stalin, I. V., su actitud respecto a las masas en comparación con la de Lenin, 200; sobre la desintegración del partido (1909), 278; sobre el distanciamiento de los activistas respecto de los exiliados, 285; y la expulsión de Bogdánov de los bolcheviques, 331; y las "exes", 351

Stásova, E., 76, 412

Stolipin, P. A., política agraria de, 171; ejecuciones en masa bajo su mandato, 277; golpe del 3 de junio de 1907, 325

Struve, P. B., sobre la Revolución de 1905, 172-174

Sverdlov, I. M., 359, 360, 404

Taratuta, V. K., 350

Tochiski, círculo, 52

Tomski, M. P., 199, 404

Tolstói, Lev, 40, 143, 363

Trépov, general, 35, 83, 139, 414

Trotsky, L. D., y la leyenda estalinista sobre Lenin, 25-26; sobre Plejánov, 29-30, 100; y la influencia del narodismo, 29-30; sobre Lenin y Plejánov, 50-51, 100-101; sobre las sectas religiosas, 107-108; su personalidad comparada con la de Lenin, 118; sobre el papel de Krúpskaya en *Iskra*, 124; y la organización del partido, 129; en el segundo Congreso, 132ss; sobre la dictadura del proletariado, 134-135; sobre el centralismo del partido, 134; y los liberales, 137; sobre el faccionalismo de Lenin, 164; sobre el papel del soviét, 193; como organizador de la

insurrección de 1917, 224; sobre el estilo político de Lenin, 200, 299, 300-302; sobre la revolución permanente, 232-237; sobre el futuro de los bolcheviques, 237-239; sobre la relación entre la depresión económica y la reacción política, 275-277; sobre la unidad entre teoría y práctica de los bolcheviques, 297-299; sobre el desplazamiento a la izquierda de los mencheviques en 1905, 315-316; sobre la conciliación entre bolcheviques y mencheviques, 355-357; y su *Pravda*, 388-389

Trúdoviks, 60, 253, 254-256, 260

Uliánov, Alexander (Sasha), ejecutado por intentar asesinar al zar, 24; personalidad, 24; influencia sobre Vladímir, 24-25; intento de construir un puente entre el narodismo y el marxismo, 29-31, 40-41

Uliánov, Anna, 24-26, 75, 282

Uliánov, Dimitri, 25

Uliánov, Iliá Nikoláievich, 23

Uliánov, María, 25, 282

Vorontsov, V. P. (V. V.), adapta el marxismo al narodismo, 36-37; Lenin critica su teoría, 53-55

Zasúlich, V. I., intento de asesinato del general Trépov, 35; y el grupo Emancipación del Trabajo, 51; fracaso respecto a la propaganda popular, 71-72; sobre el conflicto generacional, 73; sobre Lenin, 101; en el segundo Congreso, 130ss; y los liberales, 137; Lenin sobre, 139

Zemlia i Volia, 33, 35, 41, 45, 61

Zetkin, C., sobre Lenin, 118

Zinóviev, G. E., 79, 281, 354, 355, 356, 357, 401, 405, 406

Zubátov, coronel, 177-178, 184-185, 370